

Primer Encuentro Nacional
por un Nuevo Pensamiento

El trabajo
y la política
en la Argentina
de fin de siglo

Compilador
Claudio Lozano



Instituto de Estudios y
Formación



Eudeba
Universidad de Buenos Aires

Instituto de Estudios y Formación CTA

1ª edición abril de 1999

©1999
Editorial Universitaria de Buenos Aires
Sociedad de Economía Mixta
Av. Rivadavia 1571/73 (1033)
Tel: 383-8025 / Fax: 383-2202

Diseño de Cubierta: Agustín Rojo
Ilustración de Tapa: Piedras Bros.
Diagramación: Yolanda Padilla

ISBN: 950-23-0919-7
Impreso en Argentina
Hecho el depósito que establece la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

SUMARIO

PRÓLOGO	7
RAZONES PARA UNA CONVOCATORIA	
CRISIS EN EL PENSAMIENTO. LA RELEVANCIA DEL DEBATE ACERCA DEL TRABAJO Y LA POLÍTICA EN LA SOCIEDAD DE FIN DE SIGLO. <i>Claudio Lozano</i>	9
I. ESCENARIO, REFLEXIONES Y ALGUNAS CERTEZAS	
LAS CERTIDUMBRES DE LA CRISIS MUNDIAL <i>Mario Rapoport</i>	23
REFLEXIONES <i>Marcelo Matellanes</i>	35
QUINCE AÑOS DESPUÉS: DEMOCRACIA E (IN)JUSTICIA EN LA HISTORIA RECIENTE DE AMÉRICA LATINA <i>Atilio Borón</i>	57
II. POR UN NUEVO PENSAMIENTO	
NI SISTEMAS NI MODELOS. ANÁLISIS, PROYECTOS, ACCIÓN Y ACTUALIZACIONES <i>Sergio Rodríguez</i>	83
REFLEXIONES POR UN NUEVO PENSAMIENTO <i>Jorge Cerletti</i>	95
UNIDAD EN LA DIVERSIDAD Y POLÍTICA COMO NECESIDAD <i>Ana Dinerstein</i>	109
PENSAMIENTO Y POLÍTICA <i>Raúl Cerdeiras</i>	125
	3

LAS CRISIS Y LAS FISURAS DEL PENSAMIENTO ÚNICO <i>Julio Sevares</i>	131
III. TABAJO Y POLÍTICA EN EL FIN DEL SIGLO	
LA URGENCIA POR DIFERENCIAR ENTRE TRABAJO Y EMPLEO <i>Marta Maffei</i>	141
TRABAJO Y POLÍTICA EN EL FIN DE SIGLO <i>Emir Sader</i>	147
AUTONOMÍA SINDICAL Y ROL POLÍTICO DEL SINDICATO <i>Antonio Baylos</i>	153
REFLEXIONES SOBRE LA RELACIÓN TRABAJO Y POLÍTICA EN EL MUNDO ACTUAL. EL PAPEL DE LA EDUCACIÓN <i>Jorge Cardelli</i>	161
EL CAPITALISMO ACTUAL YA NI SIQUIERA HACE PROMESAS <i>Fernando Martínez Heredia</i>	169
IV. ¿DE LA CIVILIZACIÓN DEL TRABAJO A LA SOCIEDAD DEL FIN DEL TRABAJO?	
OBSERVACIONES SOBRE LA RELACIÓN ENTRE TRABAJO Y EMPLEO <i>Hugo Nochteff</i>	175
TRANSFORMACIONES EN EL MUNDO DEL TRABAJO <i>Victorio Paulón</i>	181
EL TRABAJO COMO CONDICIÓN DE VIDA <i>Ana Quiroga</i>	187
EL FIN DEL TRABAJO ASALARIADO <i>Marcelo Abdala</i>	193
V. POLÍTICA, TRABAJO Y MOVIMIENTO OBRERO	
REFLEXIONES EN TORNO AL TRABAJO Y LA POLÍTICA: LOS CAMBIOS EN LA CONFORMACIÓN DEL TRABAJADOR COLECTIVO <i>Juan Ferrante</i>	199

ACTORES SOCIALES, LUCHAS REIVINDICATIVAS Y POLÍTICA POPULAR <i>Isabel Rauber</i>	205
LA VUELTA DE LA POLÍTICA <i>Martín Hourest</i>	241
UNA POLÍTICA DESDE EL TRABAJO <i>Carlos Girotti</i>	255
LOS DESAFÍOS PARA EL MOVIMIENTO OBRERO <i>Julio Gambina</i>	269
LOS SINDICATOS EN ARGENTINA: EL PESO DE LA CULTURA EN EL ESTADO <i>Osvaldo Battistini</i>	275
 VI. INTELLECTUALES, CULTURA Y POLÍTICA	
EL COMPROMISO DE LOS INTELLECTUALES SUBJETIVIDAD: LOS OBSTÁCULOS PARA LA LIBERACIÓN <i>León Rozitchner</i>	289
LIBERTAD DE CREACIÓN, LIBERTAD DE MERCADO Y DEBERES DE LA INTELIGENCIA <i>Eduardo Rosenzvaig</i>	297
LA POLÍTICA COMO CREACIÓN <i>Raúl Cerdeiras</i>	305
 VII. POLÍTICA ECONÓMICA, MERCADO LABORAL Y REGULACIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO	
ESTABILIDAD O EMPLEO: LA ANTINOMIA POR SUPERAR <i>Héctor Valle y Mercedes Marcó del Pont</i>	311
CÓMO SUPERAR EL DESEMPLEO Y LA PRECARIZACIÓN LABORAL, MEDIANTE UNA NUEVA REGULACIÓN ECONÓMICA Y UNA NUEVA INSTITUCIONALIDAD (UTILIZACIÓN DE LA “REVOLUCIÓN INFORMACIONAL” Y DEMOCRATIZACIÓN DE LA GESTIÓN) <i>Carlos Mendoza</i>	319

TRABAJO Y CIVILIZACIÓN. LOS DATOS DE LA EXPERIENCIA ARGENTINA RECIENTE <i>Instituto de. Estudios y Formación de la CTA</i> <i>Eduardo Basualdo, Martín Hourest, Claudio Lozano y Beatriz Fontana</i>	329
TERRORISMO LABORAL: EL RETIRO (IN)VOLUNTARIO EN LAS EMPRESAS PRIVATIZADAS <i>Luis Enrique Ramírez</i>	357
DERECHO DEL TRABAJO, MODOS DE PRODUCCIÓN Y ESPECIALIZACIÓN PRODUCTIVA: APORTES AL DEBATE SOBRE LA FLEXIBILIZACIÓN LABORAL <i>Beatriz Fontana</i>	371
 VIII. TRABAJO Y POLÍTICA EN LA ARGENTINA DE FIN DE SIBLO	
LAS NUEVAS FORMAS DEL TRABAJO. LA IMAGEN Y EL TIEMPO EN LAS LUCHAS SOCIALES <i>Horacio González</i>	385
TRABAJO, EXCLUSIÓN Y POLÍTICA <i>Juan Villarreal</i>	391
LA CULTURA DE LA MORTIFICACIÓN, UNA FORMA DE LA PSICOPATOLOGÍA SOCIAL <i>Fernando Ulloa</i>	395
LLENAR LAS CALLES POR MÁS DIGNIDAD <i>Oswaldo Bayer</i>	397
NO HAY LUCHA SIN UN PENSAMIENTO QUE LA PROYECTE <i>Víctor De Gennaro</i>	399

PRÓLOGO

Entre los días 23 y 25 de octubre, cerca de 1.500 personas participaron del *Primer Encuentro por un Nuevo Pensamiento* que tuvo lugar en el Colegio Nacional de Buenos Aires. El mismo coronó el desarrollo de veintiún encuentros previos, convocados durante el año 1998 por distintas instituciones y organizaciones en diferentes regiones del país, con el objeto de debatir acerca de un tema central: Trabajo y política en el fin de siglo.

Durante las jornadas se pusieron en debate aproximadamente 150 ponencias y las posturas presentadas por panelistas locales e invitados extranjeros respecto a la problemática en discusión.

El evento contó con el auspicio de la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional del Comahue. Fue declarado de interés legislativo por la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, y de interés académico por la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.

El presente texto es sólo una selección de los debates que atravesaron las tres jornadas de trabajo. Futuras publicaciones darán cuenta del resto de las ponencias presentadas.

El Plenario Final del Encuentro ratificó la importancia de profundizar y ampliar un espacio de esta naturaleza, al tiempo que definió el nuevo eje que organizará los debates a desarrollar en las distintas convocatorias que se promuevan a nivel provincial y nacional durante 1999: “Democracia, Estado y Desigualdad”.

**RAZONES PARA UNA CONVOCATORIA
CRISIS EN EL PENSAMIENTO.
LA RELEVANCIA DEL DEBATE ACERCA DEL TRABAJO Y LA POLÍTICA
EN LA SOCIEDAD DE FIN DE SIGLO.**

Claudio Lozano

Director

Instituto de Estudios y Formación CTA

Las líneas que aquí presentarnos sólo pretenden explicitar el sentido que para el Instituto de Estudios y Formación de la CTA, adquiere la convocatoria que bajo el lema “Por un nuevo pensamiento en la Argentina” pusimos en marcha en noviembre de 1997.

Intentaremos señalar las condiciones que en nuestra opinión configuran el cuadro de crisis por el que atraviesa el pensamiento, y a la vez, precisaremos la relevancia que le otorgamos a la temática que hemos transformado en eje de nuestro primer encuentro: “El trabajo y la política en este fin de siglo”.

**I - LA CRISIS EN EL TERRENO
DEL PENSAMIENTO**

En primer término queremos destacar qué entendemos por pensamiento, y cuál es la función que el mismo ha cumplido en la historia de la humanidad. Asignamos la palabra pensamiento a “todo procedimiento argumental que tiene la posibilidad de autofundarse, establecer sus propias leyes y que exhibe la capacidad de producir verdades”. Por tanto, como productor de verdades, es el lugar de constitución de los “sujetos” (luego aclararemos este punto). En el marco de lo expresado parece sencillo comprender que la función primordial que el pensamiento ha cumplido en la historia de la humanidad consiste en “producir nuevos sentidos para la experiencia humana”.

Casualmente, frente a un mundo sin certezas, donde los sentidos emancipatorios que caracterizaron al pensamiento político de la denominada modernidad parecen haber perdido eficacia, el desafío sigue siendo gestar condiciones que *permitan vertebrar un pensamiento en clave de emancipación.*

Si bien esto puede parecer alejado de las tareas y responsabilidades que como Central de Trabajadores nos competen, es interesante entender que con toda la urgencia que deviene de nuestro compromiso cotidiano, pretendemos abrir un espacio de trabajo donde tengamos tiempo para formular nuestras propias preguntas. Decisión no inocente habida cuenta que estamos convencidos que quien pone las preguntas, gobierna las respuestas. La posibilidad de abrir nuevas problemáticas respecto a los temas que nos convocan y preocupan descansa justamente en la capacidad de interrogarnos de manera diferente frente al devenir de nuestra existencia.

Entendemos que resulta sencillo concluir que nuestro país atraviesa una crisis económica, social e institucional de envergadura. Sin embargo, percibimos la existencia de una cuarta crisis (de la que poco se habla) y que, incluso, determina en gran medida la capacidad de resolver las anteriores. Esta debe situarse, en nuestra opinión, como la “crisis en el terreno del pensamiento”. Más aún, *puede afirmarse que es la ausencia de una concepción que le otorgue sentido a la idea de emancipación como horizonte para pensar la “situación social” lo que garantiza el predominio del pensamiento dominante.*

Una constatación evidente de lo expuesto puede presentarse del siguiente modo. En los últimos años se han producido en nuestro país múltiples experiencias y acontecimientos políticos y sociales que cuestionaron el orden de dominación vigente. Desde 1994 hasta la fecha, se han sucedido hechos tales como: la desarticulación del bipartidismo tradicional, la constitución de una nueva Central de Trabajadores, la Marcha Federal, la multitudinaria movilización del 24 de marzo de 1996, más de cinco paros generales, la Carpa Blanca, los cortes de ruta, la experiencia de Memoria Activa frente a la ausencia de resolución del caso AMIA, el repudio popular al asesinato de José Luis Cabezas, la experiencia de H.I.J.O.S, e incluso la manifestación electoral de octubre de 1997 que supuso poner en crisis el intento y la experiencia de partido hegemónico que pretendía afirmar el Justicialismo menemista. Sin embargo, podemos decir que la eficacia de los acontecimientos descriptos se agota con rapidez frente a la imposibilidad de inscribirlos en una concepción sostenida en clave de no-dominación. Incluso se percibe con absoluta claridad la capacidad del pensamiento dominante para reubicar todos estos hechos bajo los moldes y categorías de su propia concepción. Es aquí donde situamos el punto más evidente de esta situación de crisis en el terreno del pensamiento que intentamos caracterizar.

Probablemente pueda ser un buen ejemplo de lo expuesto una mínima referencia a la actualidad. En un contexto donde la crisis internacional en curso desnuda los límites de las políticas aplicadas durante los últimos años, resulta por lo menos “sintomático” que las recomendaciones que se presentan como razonables consisten en plantear que la mejor forma de afrontar la situación mundial es profundizar el rumbo que casualmente consumó nuestra aguda vulnerabilidad externa”. Es por ende, la dificultad para apropiarnos de “las fisuras” que exhibe el pensamiento dominante lo que decreta su permanente capacidad para reproducirse y la situación de parálisis política que sobre los mejores intentos y experiencias se plantea en la actualidad.

Por cierto, no creemos que la situación expuesta sea resultado de la casualidad. Confluyen para explicarla, por lo menos tres cuestiones que nos parecen centrales. El fracaso de las estrategias populares de mediados de la década del 70, la debacle de los socialismos reales y ciertamente el terror que se desplegó sobre nuestra sociedad. El miedo construido al amparo del genocidio dictatorial, el terrorismo de mercado (hiperinflación) y la vigencia actual del desempleo, han entronizado una consigna que se ha transformado en rectora del pensamiento dominante. Esta reza lo siguiente: “cómo evitar lo peor”. En nombre de ella cobró sentido la necesidad de violentar el cuadro institucional a los efectos de decretar impunidad sobre los asesinos como modo de evitar la reedición del genocidio. En nombre de ella se acepta convalidar los límites que en materia económica y social exhibe el presente plan convertible por temor a la reaparición del fenómeno hiperinflacionario. En su nombre adquiere racionalidad la propuesta de degradar las condiciones laborales y el salario de bolsillo como forma de reducir el desempleo. En suma, la consigna aquí expuesta se transformó en mordaza restándole al pensamiento su capacidad principal: *aquella que se expresa en la tarea de arriesgar hipótesis que pongan en crisis al orden establecido.*

La consecuencia de este cuadro de situación ha decretado una suerte de encandilamiento con la ideología dominante y ha promovido el culto a la técnica y a las estrategias de gestión. Entendidas estas últimas como “gestión de lo que hay” y expulsión definitiva de la noción de cambio y transformación del debate teórico y conceptual.

El obstáculo a la idea de transformación (emancipación, no-dominación) encuentra su fundamentación en los efectos principales que el paradigma neoliberal y la silenciosa ideología del terror han afirmado en nuestra sociedad durante las últimas dos décadas.

El efecto central a observar como triunfo clave del paradigma neoliberal supera en mucho sus “falacias” argumentales. Descansa en haber impuesto una visión y enfoque acerca de la economía que equipara a esta disciplina con las denominadas ciencias duras, y que declara la vigencia de condiciones de legalidad en el funcionamiento económico similares a las que regulan la vida natural. Se opera, por tanto, un fenómeno de “naturalización del mercado” que despoja al debate económico de la consideración de sus condiciones histórico-sociales concretas, transformando la legalidad vigente en única e inexorable. En tanto el mismo paradigma ha transformado al debate económico en el “único debate”, la consecuencia es que los procesos sociales pasan a ser entendidos como naturales y, por ende, imposibles de ser modificados. Parece clave destacar a esta altura que estos dos efectos del paradigma neoliberal invaden como supuestos de base las consideraciones que desarrollan incluso concepciones que suelen presentarse como alternativas a dicho paradigma. *Por lo tanto, creemos que no es en la discusión acerca de las falacias con la que se presentan las leyes de la oferta y la demanda donde deben buscarse los límites que el neoliberalismo le ha colocado a la idea de transformación. Es en el economicismo reinante y en la naturalización de los procesos históricos que deben situarse sus efectos principales. Es en la operación de transformar la economía en el centro del debate y en la capacidad de presentar el imperio del poder establecido*

como ley natural donde desaparece la función creadora de la práctica política.

A su vez, el predominio de esta “silenciosa ideología del terror” que describiéramos en los párrafos precedentes consume otra operación de crucial envergadura. *Desde la primacía del terror se ha construido un universo de “víctimas” que han desplazado del debate y la consideración a los otrora “sujetos de la historia”.* La deconstrucción de la idea de sujeto popular en el marco y la emergencia de una multiplicidad de categorías que presentan diferentes ideas o mediciones de la pobreza, explota en el terreno de la política eliminando la posibilidad de que los mencionados actores sociales puedan constituirse como sujetos *a partir de su capacidad para comprometerse con una verdad.* He aquí, por cierto, un aspecto que ratifica la singular importancia que para una nueva práctica política plantea el abordaje de esta crisis en el terreno del pensamiento. Si éste se define por su capacidad de producir verdades, es difícil suponer que pueda constituirse un nuevo sujeto por fuera de la gestación de novedades en este terreno. *Más aún, en ausencia de nuevas concepciones se reproduce la idea de transformar a los sujetos en víctimas escamoteándoles su capacidad para decidir protagonizar su propia historia y gestando las condiciones para que la política deje de aludir a una idea de transformación y se afirme como una estrategia asistencial.*

El “asistencialismo” dominante hoy en las principales recomendaciones de los organismos internacionales, sugiere que esta es la forma que la política adopta en consonancia orgánica con la primacía del terror.

En suma, el economicismo vigente, la naturalización de los procesos histórico-sociales y la sustitución de la idea de sujeto por concepciones sostenidas en la consideración de las víctimas describe alguna de las condiciones, a nuestro juicio fundamentales, de esta crisis en el terreno del pensamiento. Crisis que se traduce en la desaparición de la idea de la política entendida como “subversión del orden establecido” y su reemplazo por estrategias cuya discusión remite exclusivamente a la “gobernabilidad” y reproducción del orden vigente.

II - CONDICIONES PARA PERPETUAR LA CRISIS Y POSIBILIDAD DE UNA ALTERNATIVA

Situaremos apenas dos que entendemos como principales. La falaz y estéril fractura que suele presentarse entre el pensamiento y la acción, y la profunda fragmentación vigente de los diferentes intentos que existen de plantear algo distinto al discurso dominante.

Respecto a la escisión pensamiento o acción, cabe explicitar una definición que viene a completar lo afirmado en el punto I. Se trata de entender que no existe acción alguna que no se inscriba en una determinada matriz de pensamiento, y que tampoco puede entenderse la idea de pensamiento con independencia de su capacidad de intervención en términos de producción de efectos y acciones concretas.

Por ende, la crisis en el terreno del pensamiento es un complejo fenómeno que bajo ningún punto de vista puede situarse o entenderse en términos restringidos al quehacer intelectual. No nos referimos al “saber”, hablamos de “pensamiento” y con él remitimos a *la ausencia de discursos y prácticas que puedan nombrar y articular aquello que sistemáticamente queda por fuera de la “representación dominante”*.

En el planteamiento de esta fractura estéril y falaz sólo lucran aquellos que, pese a presentarse bajo el ropaje del “saber técnico” y “neutral”, constituyen en la práctica los “orgánicos pensadores” (administradores) del poder establecido.

Respecto a la vigencia de una fuerte fragmentación, remitimos a la ausencia de ámbitos donde, de manera sistemática y permanente las prácticas y discursos que pretenden exceder y desmontar al pensamiento dominante y a las prácticas tradicionales en que este se expresa, puedan encontrarse y articularse en una estrategia común.

Sobre este cuadro que en nuestra opinión reproduce y amplía la situación de crisis expuesta, es que debe entenderse esta propuesta de gestar un “Encuentro anual y permanente por un Nuevo Pensamiento en la Argentina”. Se trata de una estrategia de trabajo dirigida a promover un mecanismo donde los múltiples esfuerzos que normalmente hacemos en esta dirección puedan encontrar un cauce común.

Cauce que vale en sí mismo aun en el caso de que no exista la posibilidad de sintetizar las múltiples miradas por las que hoy transita nuestra incertidumbre. Más aún, creemos profundamente que este cauce no debe constituirse en torno a la idea de lograr una síntesis. Debe fundarse en la capacidad de aprehender la diversidad por la que transita nuestro debate.

Proponemos elegir todos los años un tema o conjunto de temáticas que por su densidad condensen las aristas principales del debate político nacional. A partir de ellos, la idea sería que todas las instituciones, grupos, organizaciones, partidos, personas, revistas, programas de radio y TV, etc., puedan realizar trabajos, seminarios, presentaciones y convocatorias en torno a la temática definida. En este marco el Encuentro Nacional sería el ámbito donde se profundice el intercambio y se socialice lo producido. Sería el modo de motorizar el debate a lo largo y a lo ancho del país. Buscamos con esta propuesta:

- a) Superar la estéril fractura entre pensamiento y acción afirmando la posibilidad de recrear una producción intelectual situada social y políticamente.
- b) Abrir un ámbito donde podamos formular nuestras propias preguntas.
- c) Permitirnos recuperar una nueva visión épica de nuestra historia.
- d) Aportar a la afirmación de una nueva agenda para el debate político de la Argentina.

III - POR QUE DEBATIR ACERCA DEL TRABAJO Y LA POLÍTICA

La primera reflexión que proponemos implica reconocer que ambas categorías atraviesan estructuralmente el pensamiento de la modernidad. En las concepciones

reformistas y socialdemócratas se asociaba la construcción del sistema político al diseño de estrategias de concertación que incluían centralmente el papel de los trabajadores, que promovían estrategias de planeamiento indicativo y distribución del ingreso y que sustentaban el compromiso social propio del denominado Estado de Bienestar. En las concepciones revolucionarias la noción que transformaba a los trabajadores en los “naturales” portadores de una nueva sociedad, también otorgaba una argamasa relevante a las nociones en debate. En ambos casos, ambas categorías establecían relaciones y ocupaban papeles determinantes en los sistemas de pensamiento o concepciones que estamos comentando.

Sin embargo, la presente etapa de la humanidad pareciera pretender proponernos otro debate. La emergencia de una nueva sociedad salarial, la idea acerca de la sociedad del fin del trabajo, la evidencia de dispositivos teóricos y prácticos que disocian la política de sujeto alguno o que descentran su constitución, indican que el fin de siglo le asigna a este debate una especial relevancia.

Esta puede apreciarse desde diferentes abordajes. Una simple descripción del cuadro de situación que observa el empleo en el mundo nos permite un primer ángulo de ingreso de carácter histórico-concreto. De acuerdo al informe que para 1998 presenta la OIT (Organización Internacional del Trabajo) surge, por ejemplo, *que 1.000 millones de personas exhiben hoy problemas de empleo (desocupados o subocupados) en el planeta*. Las consideraciones del informe mencionado permiten consignar que el cuadro en Asia meridional y en África no ha mejorado en absoluto. América latina observa un cuadro paradigmático donde el registro de tasas positivas de crecimiento no han disminuido el desempleo ni mejorado la situación ocupacional.

La Unión Europea sólo redujo en décimas su tasa de desocupación y mantiene aún un total de 18 millones de trabajadores desocupados. Japón, en un contexto de estancamiento, sube el total de desempleados. En concreto, el mundo desarrollado exhibe una sola excepción, los Estados Unidos. Allí se observan las tasas más bajas desde los 70. Sin embargo, cabe una observación, este cuadro de aparente mejoría a nivel ocupacional coexiste con un proceso donde los incrementos de producción son acompañados por el descenso en los niveles de salarios. De este modo, en todas partes se observa el descenso en la participación de los salarios sobre el total del ingreso. El cuadro presentado es acompañado por tendencias globales y regionales que no permiten abrigar entusiasmo sobre el futuro. La crisis asiática supone multiplicar por tres el desempleo en Indonesia y Tailandia, agrava el cuadro de Corea, multiplica por dos la desocupación en Hong Kong y amenaza la situación de India, Pakistán y Bangladesh. Camboya, China, Lao y Vietnam evidencian notorias dificultades en su tránsito a economías de mercado y China calcula en 3.5 millones los despidos para el año 1998. La situación en Europa Central y Oriental también es negativa. El desempleo ha saltado del 0 al 9% y los salarios observan una tenencia declinante. La situación de colapso que vive la producción en esa zona del planeta define una fuerte expulsión de mano de obra. Asimismo, la cada vez más nítida demostración de que la denominada crisis asiática es el emergente de una crisis global pone en cuestión también la perspectiva de la propia economía norteamericana.

El contexto expuesto describe sin cortapisas *la centralidad que el tema del trabajo adquiere hoy como promotor de contradicciones a escala planetaria. Contradicciones que además se presentan como insolubles para las estrategias políticas en vigencia.* Asimismo, el cuadro presentado decreta el debilitamiento manifiesto de un sistema de representaciones políticas y sociales que crecieron en el mundo de posguerra.

Frente a esto, algunas preguntas desarticulan la visión idílica de la denominada globalización.

- Si se considera el trabajo como productor de bienes, de relaciones, de comunicaciones, de constitución y afirmación de identidades. No merece considerarse al desempleo y al subempleo como un claro ejemplo de despilfarro de energías sociales e individuales?
- Mujeres y hombres parados y subempleados dispuestos a construir pero impedidos de hacerlo, no son una muestra de desperdicio fenomenal de energía’?
- No es el desempleo y el subempleo un producto y productor de la sociedad de la desigualdad?

Si abandonamos la situación mundial para referirnos al caso argentino, la centralidad del tema no sólo no se modifica sino que se profundiza. En nuestro país prácticamente el 50% de la Población Económicamente Activa tiene problema de empleo de algún tipo. La desocupación es, en este marco, el emergente manifiesto de una degradación global del cuadro ocupacional que se expresa también en los niveles de subempleo, precarización y sobreocupación.

En un país que no conoció en su historia situaciones similares, la cuestión no puede restringirse a una evaluación de carácter exclusivamente económico. Configura nuevos rasgos en la estructura social, desarticula y limita la capacidad del sistema tradicional de representaciones para influir en las decisiones públicas, y reproduce los patrones culturales contruados al amparo del terror.

En concreto, en la cuestión del trabajo se condensan buena parte de las contradicciones que vive nuestra sociedad. Más aún, del modo en que se aborde esta cuestión dependerá, en gran medida, la suerte futura que tenga nuestra sociedad.

Lo expuesto constituye un indicador a partir del cual podemos hilvanar interrogantes que reformulan la agenda hoy vigente en la Argentina.

- Por qué, si el desempleo, la situación ocupacional o la cuestión del trabajo tienen la centralidad señalada, el tema principal del debate sigue siendo si hay o no hay que flexibilizar las relaciones laborales? Una pregunta que, dada la vigencia fáctica de la flexibilización, así se responda de manera afirmativa o negativa, contribuye a ausentar la discusión principal.
- Si afirmamos que la situación ocupacional vigente debilita las organizaciones populares, en qué tipo de organizaciones estamos pensando? En aquellas que crecieron y vieron afirmar su influencia al amparo de situaciones de pleno empleo? Qué tipo de organizaciones pueden crecer en un contexto de esta naturaleza?
- Si Argentina se desarrolló en un marco de “movilidad social ascendente”, cómo se piensan estrategias que permitan canalizar y potenciar la situación de conflicto

social, político y cultural que plantea el cuadro de involución y pauperización de sus capas medias?

- Si el desempleo ha aumentado en un contexto donde la tasa de crecimiento del PBI se ha ubicado en torno al 7% anual, por qué se propone el crecimiento como alternativa para resolver el desempleo?

Las preguntas podrían continuar, pero las hasta aquí esbozadas reflejan tan sólo una dimensión del debate que puede plantearse en torno a la cuestión del trabajo y la política.

Existe otra arista relevante que consiste en reflexionar acerca de los impactos que sobre el mundo laboral plantean los nuevos procesos de trabajo. Este debate, normalmente planteado en relación con lo que ocurre al interior de las firmas, suele ocultar el hecho de que la fábrica es efecto de un proceso más global. La vigencia de un nuevo paradigma productivo y tecnológico, la organización en red de la producción mundial, el movimiento del capital financiero y la consolidación de grupos transnacionales de capital asociado, coexiste con la ruptura de los espacios nacionales como ámbitos principales del proceso de acumulación. Se afirma sobre el desplazamiento del salario como variable fundamental de la demanda agregada y con una recomposición de esta última orientada a la desaparición de la demanda masiva. Un análisis estricto de la actualidad permite demostrar que la “diferenciación del producto” como estrategia de producción dominante, es la forma de compatibilizar los efectos que en el terreno del consumo produce la regresividad distributiva implícita en la nueva etapa de acumulación capitalista. Si el “consumo de masas” implicaba que muchos “compren” el mismo producto, la “diferenciación” supone que haya una multiplicidad de productos para una franja más angosta de consumidores.

Se trata de una lógica que promueve la diversidad de consumo de pocos frente a la lógica capitalista anterior que propiciaba la expansión del consumo de masas.

En este marco también son múltiples las preguntas que corresponde realizar:

- La tecnología puede pensarse como un dato exógeno? La incorporación de la misma a los procesos productivos puede entenderse como “neutral”?
- El compromiso con la “nuevas formas de producción” que privilegian la calidad, no requiere poner en debate el sesgo de regresividad implícito?
- El desarrollo de nuevas tecnologías que exigen mayores niveles de calificación no resulta contradictorio con “formas sociales” que cuestionando el Estado de Bienestar tienden a transformar el tema de la “calificación laboral” en un problema individual de cada trabajador?
- El descenso en la edad laboral útil, no nos interroga acerca de la vida entre los 40 y 60 años en un contexto de desestructuración de los sistemas previsionales?
- Qué es lo que aparece cuestionado frente a la propuesta de “reducción de la jornada laboral”? La eficiencia de los procesos productivos o la tasa de ganancia empresaria?
- Cómo puede pensarse la otrora famosa clase trabajadora en un contexto que combina:

- *trabajadores que son analistas simbólicos de alta calificación y
- *trabajadores absolutamente prescindibles o descartables?

O puesto de otro modo:

- *trabajadores integrantes del núcleo estratégico de la firma, y
- *trabajadores que sólo se integran de manera temporal en función de objetivos concretos y puntuales de producción?

Para algunos, el cuadro de situación planteado consume la “ruptura definitiva” de los ‘lazos de solidaridad’ que se gestaban al interior de los procesos de trabajo. Otros, enfatizan la gestación de condiciones de producción extendidas en el espacio social por fuera incluso de las firmas y que por ende, promueven la mayor autonomía de los trabajadores y alteran la potestad capitalista de conducir el proceso de producción. Lo cierto es que ambas cosas ocurren y en todo caso las diferentes lecturas abren el interesante espacio de disputa por asignarle sentido a este proceso.

- Cómo se piensa el tema de la confrontación-negociación en el marco de relaciones capitalistas que alteran la homogeneidad del universo trabajador y que presentan, en el otro polo, el predominio de grupos empresarios de carácter transnacional e inserción multisectorial?

Las reflexiones e interrogantes hasta aquí presentados nos abre en pleno, a la última dimensión que nos interesa señalar en orden a seguir exponiendo la centralidad que adopta para la reflexión contemporánea la cuestión del Trabajo y la Política.

Lo dijimos al comienzo de este capítulo. El maridaje que en la historia del pensamiento recorren ambas categorías, se hace presente en el debate acerca del “sujeto histórico”. El dispositivo teórico de las concepciones revolucionarias ubicó al trabajador como portador de una nueva sociedad. Desde esta definición se articuló una estrategia de poder que se expresó del siguiente modo:

“La construcción de organizaciones que *representen* a los trabajadores permite articular un *sujeto* en capacidad de tomar *el poder del Estado* y desde ese lugar *construir una nueva sociedad*”.

Esta afirmación muestra, de manera palpable, la relevancia de las cuestiones en debate. En primer término, nos habla de una nueva sociedad que ya sabemos cómo debe construirse. Se trata por tanto, de una sociedad planificada. Este es el primer punto a considerar. Se puede planificar una idea de sociedad y subordinar la historia a su conformación? Máxime cuando esto no registra precedente alguno en la historia de humanidad. Ninguna sociedad se planificó de antemano como sí lo fue la idea de “sociedad socialista”. Más aún, esta cuestión de tener “programado el futuro” ¿no asocia, en la práctica actual, a la primacía que “lo programático” exhibe en la presentación de las fuerzas políticas? ¿No se trata, en ambos casos, de un resabio de cientificismo propio del positivismo que caracterizó el desarrollo de la modernidad? Los vicios de la concepción revolucionaria ¿no reaparecen en las desvaídas estrategias políticas actuales?

En segundo lugar y en la misma dirección, la idea de tomar el poder del Estado para, desde ahí, impulsar la transformación, no se asemeja al criterio de socorrer a las “víctimas de la injusticia”?

En tercer término, la idea de representación implícita en la afirmación revolucionaria (pero también en las prácticas actuales), no supone que el “representante” sabe lo que debe representar y lo que quieren y demandan “sus representados”? No supone una “entidad homogénea” que puede y desea ser expresada?

Desde la reflexión cartesiana “pienso, luego existo”, el hombre se coloca en el centro de la historia y se transforma en “la imagen del mundo”. El hombre, como sujeto autoconciente, es quien fija las “reglas” de aquello que termina siendo representado.

Este recorrido permite señalar dos cosas:

1. La fuerte asociación que los postulados políticos actuales mantienen con la vieja concepción revolucionaria. Asociación que remite a los supuestos filosóficos y a la articulación conceptual. Como observamos, el “programa” sustituye a la “sociedad planificada”, “los representantes” saben lo que quieren los “representados” y la “toma del poder del Estado” es el centro de la actividad política y el ámbito desde, el cual atender a las víctimas de la injusticia. Por cierto, las similitudes no inhiben observar que las desvaídas prácticas actuales han expulsado de su concepción el soplo fresco que imbuía en la tradición revolucionaria el cuestionamiento a fondo del sistema y la noción de transformación.
2. Persistir en la búsqueda del “sujeto histórico” bajo las viejas reglas, puede decretar la incapacidad para percibir la emergencia de nuevos sujetos.

Recuperando lo hasta aquí expuesto, puede consignarse lo siguiente: “es probable que toda idea de ruptura del lazo de dominación vigente deba convivir con la ausencia de certeza sobre el modelo que pudiera tener otra sociedad”.

“Es posible que hoy existan muchos sujetos y que estos sólo puedan ser percibidos a partir de un replanteo profundo de nuestra concepción”.

Las preguntas y reflexiones presentadas sólo apuntan a dimensionar la “envergadura del debate”. Por cierto, sería injusto y deshonesto finalizar estas reflexiones sin decir que abordamos esta discusión desde determinadas posiciones y munidos de algunas certezas. Entendemos que:

- Resulta obvio que el capitalismo a nivel global pretende desembarazarse de las limitaciones que en buena parte de este siglo le impusieron tanto los Estados Nacionales como los movimientos sociales encabezados por la clase trabajadora.
- Es obvio también que este movimiento impacta sobre el concepto de civilización que ha regido nuestras sociedades.
- En realidad, el escenario mundial muestra el final de un proceso corto de la historia del capitalismo donde el empleo adquirió un valor central en la configuración de sus instituciones.

Sobre estas consideraciones, fundadas en un estricto análisis de la sociedad contemporánea, queremos afirmar que:

- Más allá de los debates abiertos sobre la sociedad del fin del trabajo, lo cierto es que en todo el mundo aún se debe trabajar para vivir y que el empleo, en alguna de sus formas, sigue siendo la vía mayoritaria para la reproducción de las sociedades.
- Resulta difícil concebir un proyecto de sociedad que no aborde en su complejidad el problema del acceso al empleo como un umbral de integración social, reconocimiento y constitución de identidad. En este exacto sentido poner en debate la cuestión del trabajo y la política supone interrogarnos acerca del tipo de civilización que estamos construyendo.

Frente a esto afirmamos que:

- El empleo no puede ser un saldo, querido si se crea o repudiado si se lo destruye, de estrategias de desarrollo impuestas sin tomarlo en cuenta.
- La dinámica del presente “patrón de sociedad” destruye el mundo del trabajo.
- Si está en duda la capacidad del trabajo para integrar a las sociedades, tal cual lo hiciera en el pasado, la alternativa nunca puede pasar por articular un esquema de dualización social con una estrategia de beneficencia. La opción es, sin duda, el reparto equitativo del trabajo y el paro.
- Desde nuestra perspectiva, un nuevo eje civilizatorio nunca puede ni debe *ser fundado* sobre la desigualdad. Máxime cuando fue ésta la que explicó las luchas y las impugnaciones de los trabajadores a la propia civilización del trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

- OIT. Informe sobre el empleo en el mundo. 1998-1999
- Raúl Cerdeiras. Una política de la no-representación. Revista Acontecimiento Nro. 15.
- Instituto de Estudios y Formación de la Central de los Trabajadores Argentinos. Trabajo y Civilización. Los datos de la experiencia argentina reciente.

I. ESCENARIO, REFLEXIONES Y ALGUNAS CERTEZAS

LAS CERTIDUMBRES DE LA CRISIS MUNDIAL

Mario Rapoport

*Director del Instituto de Investigaciones de
Historia Económica y Social, UBA*

La actual crisis financiera internacional pareció sorprender en la Argentina, donde se incurre con frecuencia en el grave error que señalaba, ya hace muchos años, en 1929, un filósofo liberal español, Ortega y Gasset, en un artículo sobre nuestras clases dirigentes: “la falta mayor de nuestro tiempo –y especialmente de esos sectores– es la ignorancia de la historia”. El actual proceso de globalización de los mercados financieros es un caso de este tipo; desde hace años que en los ambientes académicos y en los medios de información de los países del primer mundo se reflexiona sobre el “riesgo sistémico” que implica la creciente desproporción entre el libre flujo de capitales y activos financieros que se mueve a través del globo respecto a las corrientes comerciales y a la producción real. Las cifras son abrumadoras, pero para dar un ejemplo, podemos mencionar el mercado de productos derivados, el más sofisticado y especulativo; en los últimos 10 años se ha multiplicado por 20 representando más de dos veces el PBI de los Estados Unidos.

Sorprendentemente, para los que dan por seguro que el mercado financiero global es un hecho adquirido que representa una etapa diferente e innovadora en la historia del capitalismo, publicaciones de ideología liberal como *The Economist*, advierten que aún falta mucho para la constitución de ese mercado. Por el contrario, en un mundo con perfecta movilidad de capitales debería haber escasa relación entre el ahorro y la inversión nacionales y este lazo se ha debilitado muy poco en los países industrializados; la mayor parte de la inversión interna es financiada con ahorros domésticos. Incluso en las economías emergentes en su conjunto sólo el 10% de la inversión doméstica es financiada externamente. Krugman lo señala también en un libro reciente criticando las teorías en boga sobre la “guerra económica” entre las naciones. Pero lo más notable es que a fines del siglo pasado y principios de éste la situación no fue así” los índices de movilidad de capital en función de estas variables

eran muy superiores; al menos tres veces más que actualmente. De igual modo, mientras que para los países ricos la proporción de la inversión extranjera directa sobre la inversión interna es hoy de cerca del 6%, a principios de siglo los capitalistas británicos invertían en el exterior casi tanto como en su propio país.¹

El vigor relativo de la economía norteamericana en los últimos años se ha basado en el hecho de que el comercio exterior de ese país no representa más que el 12% de su PBI y en el que el rol clave de la moneda norteamericana le asegura el financiamiento externo a través de su propia emisión monetaria. Es, en principio; el consumidor norteamericano el que ha sostenido el reciente proceso de crecimiento, no como ocurre en países como el nuestro. En la Europa del “euro” pasa lo mismo: el 90% de los ingresos de los europeos provienen de sus propios gastos. La misma revista *The Economist* señala alarmada que, aunque los mercados tienden a ser cada vez más globales, en los estados industrializados los gastos públicos han aumentado notablemente en los últimos años. Un análisis histórico muestra que esos gastos con relación al PBI se han incrementado en promedio para el conjunto de esos países del 27,9% en 1960 al 42,6% en 1980 .y el 45,9 en 1996. Estados Unidos y Gran Bretaña, paradigmas de las nuevas políticas económicas, no han visto disminuir significativamente sus gastos públicos en los últimos 20 años.² La conclusión para los neoliberales era hasta hace poco obvia, porque con la crisis se ha ido revirtiendo: las actuales dificultades no obedecerían a la necesidad de establecer controles, que pueden erosionar la confianza del inversor, como hoy ya se reclama en muchos lados, sino a obtener una mayor integración financiera, asegurando mercados más abiertos que terminen borrando las opciones nacionales. Por supuesto, los riesgos son mucho más importantes para países con mercados financieros pequeños y relativamente poco sofisticados, como lo ha puesto de manifiesto con crudeza el actual derrumbe de la economía mundial.

Sin embargo, Aldcroft, Galbraith y otros economistas e historiadores que estudiaron las lecciones de la crisis de los años 30 nos habían puesto en guardia sobre estas soluciones.³ Con patrón cambio oro, estabilidad monetaria, políticas económicas pasivas y una amplia libertad de los mercados comerciales y financieros, los movimientos de capital en la década de 1920, en lugar de jugar un papel de equilibrio entre los países deudores y acreedores, contribuyeron a desestabilizar la situación y a desencadenar la crisis, convergiendo, es cierto, como está ocurriendo ahora, con otros factores, como la caída en los precios de los productos primarios y la fuerte declinación en la capacidad de importación de los países deudores.

La especulación y la extrema volatilidad de los movimientos de capital a corto plazo constituyeron elementos claves para explicar ya en aquel entonces la quiebra

¹ *The Economist*, 18-10-1997.

² *The Economist*, 20-9-1997.

³ Derek H. Aldcroft, *De Versalles a Wall Street, 1919-1919*, Crítica, Barcelona, 1985; John K. Galbraith, *El Crac de 1929*, Ariel, Barcelona, 1976.

del sistema económico y monetario internacional. Para los países emergentes y deudores de la época, como en el caso argentino, aun en años de bonanza económica, el considerable flujo de importaciones de capital, provenientes sobre todo de Estados Unidos, no alcanzó a cubrir el endeudamiento externo y cuando una porción significativa de esos capitales se retiró abruptamente, a partir de 1928, hubo que suspender urgentemente el funcionamiento de la Caja de Conversión, la antecesora de la actual Ley de Convertibilidad, y se debió obrar, para hacer frente a la crisis, como en la mayoría de los países del mundo, a través de una combinación de medidas que incluía deflación, devaluación, control de cambios, reducción del gasto público y, aunque no en la Argentina, la suspensión del pago de las deudas externas. Estos cambios implicaron, paradójicamente, las primeras políticas económicas de intervención creciente del Estado en la actividad económica bajo la conducción de gobiernos conservadores liberales muy cercanos ideológicamente a las actuales conducciones económicas.

Las lecciones históricas se detienen allí. Aun cuando no exista un mercado financiero totalmente integrado a un nivel global, la globalización financiera actual no puede ser comparada ni por su magnitud ni por la sofisticación de los productos financieros, inmensamente mayores que entonces, con la que existía a principios de siglo. El creciente divorcio entre los valores negociados en los mercados de “derivados”, basados en operaciones de futuro, y el proceso productivo, ha constituido lo que algunos economistas denominan una “economía virtual”, o directamente de “casino”, una expresión acuñada por Keynes en los años 20, con una permanente fuga hacia delante de consecuencias imprevisibles que ahora ya acosan al establishment económico y político de los países industrializados, definitivamente alarmado frente a la falta de control de las “burbujas especulativas” y la abrupta caída actual de los mercados de valores, anticipada por la crisis de la deuda de 1982 y 1994 y el crash financiero de 1987.

Pero lo que ocurre actualmente no es sólo una crisis bursátil sino una verdadera crisis de superproducción o también, de acuerdo a otras interpretaciones, de subconsumo, como las había descrito Karl Marx hace más de un siglo.

La crisis no vino de fuera como se dice superficialmente, es decir de los países del sudeste asiático, sino que refleja las propias características de la evolución de la economía mundial en los últimos 20 años, en donde el crecimiento de esos países fue mucho más fuerte, con tasas del 5% al 10% anual promedio, que el de los países industrializados de Occidente, con tasas anuales del 2% ó 3%. Esto creó, a través de agresivas políticas exportadoras, una saturación de la oferta impulsada por la acelerada revolución científico-tecnológica a través de sus dos principales impulsores, la informática y las telecomunicaciones, que transformaron las estructuras productivas y aceleraron la movilización de los capitales. Pero las políticas económicas en curso restringían al mismo tiempo el consumo y achicaban los mercados internos a través de la expulsión de mano de obra, la flexibilización laboral y la reducción de los salarios. Mientras que en los países desarrollados esta situación se expresaba a través del incremento de la desocupación o de la desigualdad de los ingresos, creando en el primer mundo islotes de pobreza y marginación y reduciendo el consumo de las capas

medias, en los países de la periferia se traducían en índices más altos de redistribución regresiva del ingreso y pobreza masiva.

El crecimiento que algunos mercados emergentes tuvieron en los últimos años, como ocurrió en la Argentina, no respondía a las mismas leyes de la economía neoclásica, pues estaba basado en el fuerte aumento de la productividad de trabajo, sin contrapartida en una mejora de los salarios e incrementando asimismo, y aceleradamente, la desocupación.

La crisis de superproducción tiene tres ejes sobre los que se sustenta: la diferencia entre la oferta creciente de los países asiáticos y la capacidad de consumo de los mercados mundiales tomados en su globalidad; la que se produce en los mismos países desarrollados entre sus propias producciones y ofertas de bienes y las restricciones crecientes de los mercados públicos y privados; y las que sufren, con mayor vehemencia, los países periféricos con mercados sujetos a continuos ajustes públicos, caídas salariales y de empleo y desaparición de sectores medios. Se derrumba así la ideología de la competitividad externa, cuando las gigantes plataformas exportadoras de los NICS, presentadas hasta hace poco, ya como espejo de la estrategia argentina, ya como principal vía para superar sus limitaciones, se transforman en el punto de partida de una nueva crisis mundial poniendo en cuestión las recetas exportadoras para países como el nuestro, que las privilegiaron sobre sus demandas internas, desequilibrando fuertemente, al mismo tiempo, sus cuentas externas. La brusca caída de los precios de productos electrónicos y manufacturas, materias primas industriales y alimentos en orden del 20% al 30% en forma similar a lo que ocurrió en los años 30, a lo que se añaden ahora fuertes reducciones en la producción industrial en diversas partes del mundo, con suspensiones de trabajadores, despidos y cierres de plantas, indica la magnitud de esta crisis sistémica de carácter estructural. El peligro principal no es más la inflación sino la deflación de precios, motivada por la caída de la demanda efectiva, el problema principal con el que tropezaron Keynes y los economistas de su época.

Pero la crisis no es como la aparición de un rayo un día de sol, sus causas vienen de lejos. Se trata, en verdad, de la no resolución de la crisis de las economías occidentales de los años 70 que comienza con la caída del dólar, en 1971, y la crisis del petróleo, en 1973, poniendo fin a los llamados 30 años gloriosos del boom de posguerra y del Estado de Bienestar, al menos en los países más desarrollados. Frente al debilitamiento de las instituciones implementadas en Bretton Woods y a los procesos de estanflación que comenzaban a manifestarse en las economías occidentales y que originaban una disminución de la rentabilidad en la mayor parte de ellas, se produjeron dos fenómenos, ya señalados por Konratieff y Schumpeter en sus análisis de los ciclos largos en la economía capitalista. Por un lado, se aplicaron aceleradamente en la esfera privada las innovaciones tecnológicas producto de la carrera espacial y militar de la guerra fría, basadas en la informática y en las telecomunicaciones. Por otro, la plétora de capitales disponibles del boom anterior comenzó a movilizarse rápidamente en busca de mayores tasas de rentabilidad hacia los países emergentes en un proceso de globalización financiera, similar en muchos aspectos al que había

ocurrido en la primera “gran depresión” de fines del siglo XIX, gracias al cual, y también a través de la llegada masiva de capitales externos, la Argentina inició su inserción en la economía mundial como país agroexportador.

Las cifras de crecimiento de la economía mundial no avalaron, sin embargo, las expectativas optimistas puestas por economistas “nobelizados”. Las tasas de crecimiento anual del conjunto de los países más desarrollados experimentaron un fuerte descenso en los últimos 30 años: de un promedio del 4,3% entre 1965 y 1980 a uno del 2,2% entre 1980 y 1996. En la década del 90 los países de la OCDE crecieron a razón de un 1,5% anual, lejos del 3,5% del quinquenio 1975-1980 y más lejos aún del 5% alcanzado en la década de 1960, aunque a partir de 1994 la economía mundial pareció haber encontrado índices de crecimiento más aceptables por el mejor desempeño económico de los EE.UU. Según la UNCTAD, a pesar de que muchos países habían logrado superar desequilibrios estructurales y reducir la inflación, las tasas de crecimiento se volvieron “más erráticas, dentro de niveles que no son suficientes para permitir una plena utilización del trabajo y del capital”.⁴ Como señala Thurow “en dos décadas el capitalismo –habría perdido– un 60% de su impulso”.⁵

En este marco de estancamiento, las principales excepciones a la regla general, Japón y los países del sudeste asiático, fueron los primeros que entraron en crisis. Es que en vez de reiniciarse nuevamente, como había ocurrido hasta ahora en la historia del capitalismo, otra faz positiva de crecimiento, las contradicciones del sistema se agudizaron, planteando, a diferencia del fin del milenio pasado, o del “boom” de la segunda posguerra, un principio del nuevo milenio oscuro y amenazador. Es verdad que la depresión de los años 30 se superó finalmente no por las políticas activas (New Deal y otras) aplicadas en los países más desarrollados, sobre todo en Estados Unidos cuyo PBI había caído en los peores años de la crisis un 50%, sino por el inmenso proceso de destrucción del fascismo y del nazismo surgidas al amparo de la misma crisis. No por casualidad los ideólogos del “fin de la historia”, como Francis Fukuyama, que afirmaban ligeramente tras la caída del muro de Berlín y del comunismo soviético que ahora venía un mundo parecido a los inmutables paisajes de la pintura japonesa, recuerden de pronto que nuevos fascismos son posibles en medio de una crisis sistémica que fueron incapaces de prever.

Con esto se derrumban también los mitos ideológicos que prevalecieron desde los años 70 para hacer frente a la llamada crisis del Estado de Bienestar y del “fracaso de las pláticas keynesianas”. La “revolución” tacheriana y reganiana, basada en una vuelta más sofisticada al liberalismo del siglo XVIII de los economistas clásicos, e impulsada desde los centros académicos norteamericanos por economistas como Friedrich Von Hayek o Milton Friedman, revela, a su vez, con los actuales aconteci-

⁴ United Nations Conference on Trade en Development, Trade and Development Report, 1996, Nueva York, 1996, pág. 9.

⁵ Lester C. Thurow, El Futuro del Capitalismo, Buenos Aires, 1996, pág. 16.

mientos, su propio fracaso, aunque ideológicamente haya alcanzado a ejercer una influencia dominante sobre el fin del siglo XX.

La manera en que el discurso globalizador logró, en el terreno económico, la casi unanimidad de organismos internacionales y gobiernos, le dio un nombre: “el pensamiento único”. No por singular, sino porque frente a él todas las interpretaciones alternativas parecieron haberse fundido como la nieve. Pero el cambio en las ideas no pudo producirse sin la caída del “socialismo real”, que, como señala Krugman, no sólo ayudó a “desacreditar las políticas estáticas” en todo el mundo, sino también a asegurar a “los inversores que sus activos en los países en desarrollo no serían expropiados por los gobiernos de izquierda”. El nuevo punto de vista que aparecía, apoyado por una constelación de actores nacionales e internacionales, entre los que se destaca. Dan instituciones y redes de líderes de opinión vinculados al capital mundial (FMI, Banco Mundial, bancos de inversión, empresas multinacionales) fue conocido como el “Consenso de Washington”, término que acuñó el economista John Williamson.⁶ Los diez puntos expresados a través de este “consenso de ideas” que deberían presidir, a partir de allí, las pláticas económicas de la economía global (y de las economías nacionales incluidas en ella) tenían como eje el control del gasto público y la disciplina fiscal, la liberalización del comercio y del sistema financiero, el fomento de la inversión extranjera, la privatización de las empresas públicas, y la desregulación y reforma del Estado. Los Estados debían limitarse a fijar el marco que permita el libre juego de las fuerzas del mercado pues sólo éste podía repartir de la mejor manera posible los recursos productivos, las inversiones y el trabajo. La economía de bienestar desaparecía y el individuo volvía a ser así enteramente responsable de su propia suerte. El “homo economicus” resurgía con toda su fuerza y la economía pasaba a tener primacía sobre lo político. El nuevo orden económico tendría, por supuesto, sus ganadores y sus perdedores, resultante del tipo de vinculación de cada uno con el mercado y con los valores principales que lo regulan; la rentabilidad, el libre cambio, la productividad, la competitividad y la flexibilidad del trabajo.

Numerosas instituciones, en diversos países, pero sobre todo en Estados Unidos, garantizaron la difusión de estas ideas. Organismos económicos internacionales, a través de sus informes anuales o de sus asesores, o fundaciones de grandes empresas, que financian universidades y cátedras de economía y administración, ayudaron a conformar el nuevo credo. El politólogo francés Ignacio Ramonet, definirá las cuatro características principales de ese “pensamiento único”: es planetario, permanente, inmediato e inmaterial. Planetario, porque abarca todo el globo. Permanente, porque se supone inmutable, sin posibilidades de ser cuestionado o cambiado. Inmediato, porque responde a las condiciones de instantaneidad del “tiempo real”. Inmaterial, porque se refiere a una economía y a una sociedad virtual, la del mundo informático. El modelo central del nuevo pensamiento son los mercados financieros, que no tie-

⁶ Paul Krugman, “Dutch tulipes and emergents markets” en *Foreign Affairs*, vol. 74, julio-agosto de 1995.

nen más como marco teórico de referencia, como en el caso de la economía productiva, las ciencias físicas o naturales o la química orgánica, sino la teoría de los juegos y del caos y la matemática borrosa. El núcleo duro del “pensamiento único” es la mercantilización acelerada de palabras y de cosas, de cuerpos y de espíritus.⁷

Pero las certezas ideológicas se escurren como la arena. Por ejemplo, el rol de las instituciones financieras internacionales, los “prestamistas de última instancia” que economistas como Kindleberger consideran necesarios para estabilizar el sistema, ya carecen de la confianza del “establishment” de los economistas neoliberales. Uno de los más duros, Jeffrey Sachs, sostiene que el FMI y el Banco Mundial se han comportado con sorprendente arrogancia aconsejando políticas de ajuste erróneas a los países en desarrollo, basados en una burocracia que desde la sede de esas organizaciones ignora en verdad las verdaderas condiciones económicas financieras de aquellos países, que acataron ciegamente el mensaje tutelar del gobierno norteamericano, “obedecer al FMI”.⁸ Es aún más explícita la posición de un conservador como Henry Kissinger que en un mensaje con acentos extrañamente “dependientistas” advierte “que la versión extrema de la globalización descuida el inevitable desfasaje entre la política y la organización económica del mundo. A diferencia de la economía –sostiene Kissinger– la política divide al mundo en unidades nacionales. Y aunque los dirigentes políticos pueden aceptar cierto grado de sufrimiento en nombre de la estabilización de sus economías, no pueden sobrevivir como defensores de una casi permanente austeridad sobre la base de directivas impuestas desde el exterior”.⁹ En esto retomaba, quizás sin saberlo, las reflexiones de la misma revista *The Economist*, en plena crisis, en septiembre de 1930, cuando señalaba que desde el punto de vista económico el mundo es una unidad integral de acción pero que políticamente ha permanecido fragmentado. Por lo que las tensiones entre “estos dos desarrollos contrapuestos han desencadenado una serie de conmociones y de quiebres en la vida social de la humanidad”. Entre las cuales, agregamos, las tensiones y rivalidades entre los propios países o bloques desarrollados y entre estos y los países pobres o en “interminables” procesos de desarrollo, que no parecen converger jamás con los del “primer mundo”.

En verdad, los errores no se deben, como afirma Sachs a las deficiencias “burocráticas” de los organismos internacionales y una reorganización de los mismos no traerían necesariamente el alivio esperado. La libertad absoluta de los mercados supone en primer lugar, el derecho de los capitales y de las empresas transnacionales a moverse por el mundo sin ningún tipo de controles mientras que, por el contrario, los gobiernos de los países en desarrollo deben sujetarse al control de los organismos internacionales para asegurar esa libertad de mercados. Hace muchos años ya el economista norteamericano James Tobin había propuesto una modesta tasa del 1% a las transacciones de

⁷ Ignacio Ramonet, *Géopolitique du chaos*, Galilée, París, 1997, capítulo IV.

⁸ *The Economist*, 12-18 de septiembre de 1998.

⁹ *Clarín*, 4-10-98.

capitales, que no tuvo ningún tipo de aceptación, pero hoy se abren paso ideas de otras tasas aún más urticantes, como a las inversiones extranjeras directas y a las ventas globales de las empresas multinacionales, que reparten a su favor los costos pero no las ganancias (ahorran costos en unos mercados y venden en otros). Pues mientras la mayoría de los países, incluso los del primer mundo, desregularizan sus economías, flexibilizan sus políticas laborales y disminuyen los gastos públicos para hacer frente a las deudas externas o los déficits comerciales; las empresas transnacionales o los capitales volátiles escapan a todo tipo de reglas laborales o fiscales. Aprovechan impositivamente todos los paraísos fiscales y laboralmente los países con sistemas salariales más deprimidos; deslocalizan y mueven sus empresas y capitales en función exclusiva de sus tasas de rentabilidad, dejando el peso de la carga fiscal y salarial a las poblaciones de las naciones afectadas como si fueran el huracán “George”. En este sentido, tanto los trabajadores de los países desarrollados como los de los más pobres soportan, cierto que desigualmente, un mismo tipo de carga.

Es como señalaba Keynes, hace muchos años, en un artículo premonitorio escrito en 1926 y titulado “el fin del laissez-faire”, “no es de ninguna manera verdad que los individuos posean a título prescriptivo una libertad natural en el ejercicio de sus actividades económicas... no existe ningún pacto que pueda conferir derechos perpetuos a los poseedores o a los que devienen poseedores... y tampoco el mundo está gobernado por la providencia de manera de hacer coincidir siempre el interés general con el particular”. La brutal crisis del 30 confirmó estas ideas, entonces no escuchadas, pero que deberían volver a oírse frente a la crisis de los 90.¹⁰

No podríamos terminar nuestra exposición, sin embargo, si no nos referimos a las perspectivas de la crisis sobre la distribución de los ingresos y el mundo del trabajo. Un núcleo ideológico fuerte del neoliberalismo ha sido hasta ahora que la producción globalizada difunde de modo generalizado el progreso económico en los países y regiones que tienen éxito en incluirse en él. La globalización marcaría un campo en el cual el mundo se divide ahora entre incluidos y excluidos de la misma. Los países que fracasan en incluirse quedan marginados de la “aldea global” y se hunden en el atraso o en la barbarie (un ejemplo paradigmático sería el África negra).

Esta concepción, que se apoya en el concepto de la interdependencia entre las diversas regiones y países concebida como un proceso de atenuación de sus diferencias y contradicciones, hace abstracción de las asimetrías de poder económico y político y del hecho de que, a lo largo del siglo, el propio proceso de mundialización del capital ha sido, en gran medida, el que ha reforzado esas asimetrías; no sólo en relación con las áreas “marginadas” sino en el seno de las economías crecientemente integradas al mundo.

Así, por ejemplo, los países más ricos, que constituyen el 20% de la población mundial, consumen más del 80% de los bienes de la tierra mientras que el 60% más pobre de esa población, concentrado en la “periferia”, consume menos del 6%. El

¹⁰ John Maynard Keynes, *Essays in Persuasion*, Rupert Hart-Davis, Londres, 1931.

proceso de concentración del ingreso ha sido progresivo en el tiempo. En 1930 la diferencia entre el 20% más rico y el 20% más pobre era de 1 a 30, en 1990 fue de 1 a 59.¹¹ Los últimos informes de Desarrollo Humano el PNUD señalan que no más de 300 personas en el mundo tienen ingresos similares a los de otras 2.000 millones. En América Latina, en particular, en la “década perdida” de los 80 y con el predominio de las políticas de ajuste estructural de los 90 (que tienen por objeto, según sus sostenedores, adaptarse al proceso de globalización, disciplinando las economías y aumentando su competitividad), el número de pobres ha crecido de 130 a 200 millones, anulando los progresos de las décadas del 60 y del 70.

En los últimos años, con el fin del Estado de Bienestar, las políticas de flexibilización laboral y el aumento del desempleo, ha crecido la pobreza y se ha acentuado la concentración regresiva del ingreso también en los países desarrollados. Se han abandonado las políticas de pleno empleo, reducido los recursos financieros destinados a los más pobres y desmantelado las redes de protección social. Según Robert Reich, entre 1977 y 1990 la brecha de ingresos entre la quinta parte menos favorecida de la población y la quinta parte de los más ricos en los Estados Unidos se amplió significativamente: para los primeros un 5% menos, para los segundos un 9% más. Por otro lado, en el período mencionado, mientras el crecimiento de la productividad media alcanzó un 30% los salarios disminuyeron un 13%.¹² Esto es lo que ha permitido que en la sociedad norteamericana la tasa de desocupación se hubiera mantenido en proporciones razonables en los últimos años; pero en Europa, en cambio, donde los salarios reales no cayeron en igual medida, la desocupación constituye la principal manifestación del malestar social. Para el conjunto de los países de la OCDE europeos esa tasa en los últimos años orilla el 10%, llegando en algunos países, como España, a cerca del 20%.¹³ El desmantelamiento de las políticas sociales del “modelo europeo”, que ha dado ya lugar a fuertes resistencias, como en Francia y en Alemania, puede agravar la situación precarizando el trabajo y desamparando a los desocupados. Como reconoce una publicación francesa, los distintos mecanismos de protección social permiten eludir la pobreza a casi 13 millones de franceses.¹⁴

La Argentina no ha escapado por supuesto a esta regla, y no sólo la tasa de desocupación se incrementó desde los comienzos del plan de convertibilidad de un 6% al 13% actual, sin añadirle la subocupación que lleva el índice a cerca de la tercera parte de la población activa, sino que los niveles de distribución del ingreso se hicieron cada vez más regresivos y hoy el coeficiente de Gini, de 0 a 1, que aumenta a medida que crece la iniquidad, nos acerca cada vez más a los países tradicionalmente más

¹¹ ÜNDP, Human Development Report, 1992, New York, 1992, pág. 35. Ver también, Jacques Adda, *La mondialisation de l'économie*, 2. Problemes, París, 1996, pp. 44-51.

¹² Michael Lind, “To have or have not. Notes on the progress of the American class war”, *Harper's Magazine*, New York, junio de 1995.

¹³ Anuario El País 1996, pág. 40.

¹⁴ Ramses 96, pág. 197.

inequitativos: en 1974, el índice de Gini para la Argentina era de 0,33%, hoy es de 0,52%, cercano a Brasil, Venezuela y Tailandia, que tienen 0,55% y 0,52% respectivamente).¹⁵ En este sentido nos parecemos al “primer mundo”, sumamos los problemas de iniquidad de Estados Unidos y de desocupación de Europa.

En suma, el salto en el proceso de conversión de las economías de los diversos países y regiones en una economía mundial única, no implica un proceso de apropiación de los “frutos del progreso técnico” para la mayoría de la población mundial, ni siquiera en los países centrales, y tampoco atenúa las diferencias entre éstos y el mundo “periférico”. La dinámica de la globalización contribuyó más bien a la marginación de vastos sectores y a aumentar las distancias entre los países más desarrollados y en vías de desarrollo, aunque pueda crear en las zonas más pobres polos aislados de modernidad conectados con la economía mundial y desvinculados del resto de la población.

Finalmente, una de las cuestiones que suscita mayores controversias se refiere al rol de las tecnologías y sus efectos sobre el mundo del trabajo en el proceso de globalización. Es imposible negar que un nuevo paradigma tecnológico, el “paradigma informático”, está en “la base de la formación de la economía global”. Esto ha permitido que las “actividades estratégicas decisivas” funcionen en “tiempo real” y a escala planetaria. Pero las nuevas tecnologías van más allá de la capacidad de transmitir “información” en el sentido lato de la palabra; no sólo revolucionaron las telecomunicaciones y proporcionaron a la sociedad moderna una creciente e inagotable base de datos sino que generaron procesos de automatización y control que se aplican a todos los campos de la actividad económica, revolucionando al mismo tiempo el mundo del trabajo.

Por eso, sus aspectos más destacables deben ser analizados también desde una perspectiva histórica y teniendo en cuenta las bases económico-sociales en las que se sustenta. Esto nos lleva a realizar algunas consideraciones.

En primer lugar, los avances tecnológicos tienen la particularidad de ser “extraordinariamente” incluyentes y excluyentes. Todas las revoluciones industriales anteriores lo eran pero, por lo general, sus transformaciones terminaron por incorporar al sistema capitalista a grandes masas de población; como fue el caso de los agricultores y artesanos precapitalistas en las primeras etapas del proceso de industrialización o el de las regiones periféricas del mundo a través de la colonización, los movimientos de capital o el intercambio de mercancías en distintas épocas de la expansión mundial del sistema. La situación actual no parece ser la misma. Por un lado, la transnacionalización de las economías y la globalización de los mercados financieros constituyen una realidad “unificadora” e “inclusiva”; por otro, el desempleo, la pobreza y la marginación de diversas regiones del globo, que no pueden autosubsistir y

¹⁵ Raúl Cuello, *Política económica y exclusión social*, Buenos Aires, 1998, pág. 180.

carecen de los más elementales medios de comunicación (los índices de desarrollo humano de Naciones Unidas son terminantes a este respecto), muestran claramente las tendencias a la “exclusión” de vastos sectores. Puede argüirse que tal cosa ha ocurrido en el pasado, como cuando los “ludditas” (término proveniente del nombre de su principal dirigente Walter Ludd) destruían a principios del siglo XIX las primeras máquinas industriales que consideraban la causa del deterioro de sus condiciones de vida. Pero no es en la tecnología (como no lo fue en aquella época) sino en la sociedad que le sirve de sustento donde podemos encontrar una respuesta a los propios desafíos que la misma plantea. La tecnología no es neutra, ni independiente de los modos de acumulación capital ni de los procesos productivos.

En segundo término, las actuales tecnologías informáticas conllevan una fragmentación de la sociedad, un grado de “individualización” y una “distanciación” del proceso productivo como no se habrían verificado nunca en la historia del capitalismo. Como señala un autor, si la sociedad se concibe como una suma de agentes económicos (productores y, sobre todo, consumidores) y de “animales comunicantes”, en torno los cuales se construye artificialmente un “aglomerado social”, compuesto de estadísticas que intentan medir su grado de homogeneidad a través de los indicadores del mercado, tendremos un determinado tipo de sociedad y una tecnología en correspondencia con ella.¹⁶ En este caso, el “paradigma informático” privilegiará la “atmización” y la “fragmentación”. Lo mismo ocurre con respecto a los procesos de trabajo “la flexibilización laboral” y la “precarización del empleo”, bajo el pretexto de una mejor adecuación a las nuevas tecnologías, responden a una ideología que no se ha mostrado eficaz como “creadora de empleos” ni coincide con los objetivos iniciales del “toyotismo”. Se habla también del “desempleo estructural” (o incluso de la tendencia al “fin del toyotismo”. Se habla también del “desempleo estructural” (o incluso de la tendencia al “fin del trabajo” según la expresión de Rifkin, o al “fin del trabajo salarial”, que de algunos finales más, sin duda frustrados como todos los otros –“el fin de la historia”, el “fin de las ideologías”, el “fin de los estados-nacionales”– a las teorías milenaristas del “fin del siglo”) como resultado, de las innovaciones tecnológicas, y la pregunta que muchos se hacen es si los “fenómenos de anomia social que hoy afligen a nuestra sociedad” no están ligados a “la disminución de ese factor educativo central que es el trabajo”.¹⁷ Nuevamente, la respuesta no puede hallarse en los procesos tecnológicos en sí mismos, sino en la esencia del propio capitalismo. La solución no está sin duda en castigar al mundo del trabajo, el único, que en el mundo liberado y desregulado no goza de las mismas libertades, salvo la de soportar las libertades de los demás, sino en que la reconversión productiva, y el futuro mismo del capitalismo, se transforme de nuevo en incluyente. Como señala el primer ministro francés, Lionel Jospin “las crisis tienen una virtud: arruinan, al menos por algún tiem-

¹⁶ Roer Lesgrands, “L’empire des techniques”, en *Manieres de Voir N° 28*, pp. 29-31.

¹⁷ Gianni Vattimo, “El fin del empleo”, en *El País*, 4-5-96.

po los conformismos; sacuden las certidumbres... si el capitalismo ha perdido desde 1989 su principal rival, no está sin embargo al abrigo” de todo peligro. “El mejor enemigo del capitalismo —como agrega Jospin— puede ser el capitalismo mismo”.¹⁸

Es posible entonces que el muro de Berlín se haya caído para ambos lados, y la tarea del fin del siglo sea la de reconstruir la sociedad sobre otras bases, fundadas en un nuevo tipo de “pensamiento social”, lejos de la “falsa” humareda de la “guerra fría” prolongada en el totalitarismo del “pensamiento único”.

¹⁸ Le Nouvel Observateur, N° 1766, septiembre 1998.

REFLEXIONES

Marcelo Matellanes

Economista

*Titular de la Cátedra Economía Internacional
de la Facultad de Ciencias Políticas de la UBA*

Ante todo, creemos que para encarar las actuales situaciones nacionales, regionales y globales a las que nos enfrentamos, debemos hacerlo conscientes de que veinte años de hegemonía neoliberal y conservadora en términos de pensamiento económico y político nos condicionan más allá de lo que nuestra visceral reacción a ese estado de cosas puede permitirnos en primera instancia suponer. Por ello, nuestra mirada debe sospechar de sí misma para no ser aliada enmascarada de todos los elementos, incluida nuestra propia potencia intelectual, que ese pensamiento ha naturalizado.

Nuestro diagnóstico, como explicaremos luego, no debe ser cómplice, sino que debe recurrir a todo el esfuerzo reflexivo posible para pensar la realidad de nuestros pueblos de manera crítica, potente y radicalmente alternativa. Esto dicho, pensamos que ese diagnóstico debe ante todo situar y caracterizar la fase histórica del capitalismo que enfrentamos. Descentrar entonces, desde la tradición crítica más enérgica y hacia el devenir alternativo más desutopizable, el pensamiento que han naturalizado las elites internacionalizadas actuales (sin excluir por encima de todo las menos sospechables pero más sospechadas) y recuperar así nuestra intelección de qué es el capitalismo hoy es una cuestión preliminar ineludible.

En este sentido, se nos habla (y muchas veces hablamos) de crisis del capitalismo desde hace más de dos décadas. Pero de qué crisis nos hablan los que la usan para prolongar indefinidamente, hacia un sendero de no retorno, los ajustes salvajes, el deterioro salarial, el recorte de la seguridad social, la imposición regresiva, la exclusión, la precariedad laboral, la vulnerabilización de porciones crecientes de nuestras sociedades, etc. No nos hablan de una crisis en la acepción tradicional del término. Las tasas de ganancia, principalmente las de los sectores dinámicos actuales (léase telecomunicaciones, informática, robótica, microelectrónica, automotriz, biotecnolo-

gías, etc.) conocen niveles inéditos de rentabilidad en la historia capitalista, sobre todo en nuestros países.

Y ello, por su parte, sumado al hecho de que la desregulación financiera mundial las políticas de ajuste hacen que también las tasas de interés muestren niveles sin precedentes. Lo cual permite entonces a las grandes empresas no sólo lucrar en su propia especialización productiva, sino desviar excedentes hacia la especulación financiera, cambiarla y bursátil sin riesgo, haciendo de ello una subsidiaria, cuando no preponderante, fuente de ganancias a costa casi siempre de los salarios de los respectivos trabajadores de los países, cuyo deterioro se profundiza con el chantaje de la pérdida de competitividad por parte de aquéllos mismos que hacen de la apuesta contra sus propias monedas nacionales su nueva modalidad de enriquecimiento.

Entonces, no estamos hablando de una crisis del capitalismo como depresión de la tasa de ganancia, desincentivo a la inversión, depresión de la demanda, etc., como lo fuera la última crisis de los años treinta en particular, o como se entendía hasta ahora cualquier crisis del capitalismo a partir de su caracterización histórica y de la especificidad de su naturaleza. El empeño neoliberal en sostener entonces un renovado discurso de crisis tradicional es sólo para legitimar nuevas degeneraciones de ajuste a costa de los asalariados, los desempleados, los precarizados, los excluidos, etc. Porque, por otra parte, cada generación de ajuste acerca la dinámica económica, política, social, sindical, etc., da un escenario de no retorno. Y ello por múltiples razones que no cabe aquí desarrollar, pero entre las que se cuentan la pérdida incremental, con cada nuevo ajuste, de grados de libertad en materia de soberanía política, de gestión monetaria, de política social, etc., todo ello en un contexto de atomización disolvente de la sociedad en general, y de los sectores, instituciones y grupos sociales llamados a conservar en cada momento y reproducir dinámicamente cierto nivel inmunológico contra la disolución de la sociedad en la violencia y la exclusión.

Tratando siempre de intentar esa nueva mirada, y partiendo de lo anterior, creemos entonces que lo que el capitalismo enfrenta no es una crisis, sino un fracaso. Y ese fracaso es de naturaleza política, en el sentido de que el capitalismo no tiene ya un proyecto de sociedad mínimamente legítimo en lo político, aceptablemente incluyente en lo social ni viablemente generalizable en términos de modernidad económica. Es el fracaso de un proyecto de socialización, algo muy diferente a una crisis económica más aún cuando se la quiera caracterizar como más que estructural.

Es precisamente, creemos, la matriz de configuraciones estructurales del capitalismo, como articulación entre lo político y lo económico capitalistas, como ecuacionamiento entre legitimidad-represión, como límites al par derecho-delito, entre otras submatrices de configuración del modo de producción capitalista. Lo que nos muestra la realidad social de nuestros pueblos es una crisis de civilización, bajo la modalidad de relaciones sociales capitalistas. En otros términos, la reproducción económica del capitalismo ha asumido en las últimas décadas perversiones, violencias, y corrupciones que hacen que éste ya no pueda reconciliar su propia reproducción económica con la reproducción social. Y es éste el argumento ontológico de su crisis política del más

elevado orden, de su fracaso socializante, de su límite civilizatorio. Y todo esto hace que, simultáneamente, las bases formales e ilusorias de la “democracia liberal están siendo llevadas hasta sus propios límites y estén estallando.

Sabemos, por otra parte, que sin inscripción salarial, no hay ciudadanía política. En consecuencia, un sistema que expulsa permanentemente a los asalariados, les hace simultáneamente visible la ilusión de su ciudadanía republicana y de la puesta en jaque del carácter democrático de los regímenes políticos actuales. A esta altura de la exposición, creemos necesario que tratamos de describir el escenario actual desde su propia efectividad, no por fuera pero sin aspiraciones filiales respecto de las diferentes teorizaciones acerca de la crisis terminal del modo de producción.

También aclaramos que gran parte de los atributos constitutivos del capitalismo persisten y se recrudecen exponencialmente –violencia, explotación, desigualdad, etc.– pero es precisamente por ello que lo que está desarrollándose parece empezar a requerir otro nombre. Si no buscamos, caracterizamos e indagamos profundamente ese nuevo monstruo-nombre, dejaremos que siga su curso el discurso de la crisis, que nos sigan distrayendo con soluciones posibles.

Sin abundar mayormente en esto, creemos que ese fracaso se debe esencialmente a tres elementos:

- 1) La virtual desaparición de la lucha de clases como motor de nuevos compromisos políticos, gremiales y sociales debido a la angustia por el desempleo y a la mercantilización de la otrora llamada conciencia de clase;
- 2) La atomización, límites y focalización excesiva de los movimientos sociales como disparadores de una mayor equidad distributiva, justicia social y participación democrática y, finalmente
- 3) La desaparición desde fines de los años setenta de los Estados capitalistas como árbitros relativamente autónomos respecto de la miopía, cortoplacismo y ansia explotadora de los capitales financieros y productivos individuales. Ya no hay más Estados, hay gobiernos que otorgan más de lo que se les pide, que descuidan la reproducción del conjunto social y participan activamente de su propia degradación institucional. Y ello debido a que han enganchado partidaria y corporativamente su reproducción clientelar a la de los intereses y lobbies de sectores específicos. La racionalidad política de conjunto que encarnaban esos Estados desaparece entonces ante la degradación disolvente de la clase política.

En otros términos, las sociedades ya no tienen un representante político relativamente trascendente y representante al menos “formal” del interés común y del bienestar general, sino agentes activos de su propia desagregación. Y el capitalismo ya no tiene instancias de racionalidad sistémica, global y de largo plazo, es decir, política en el sentido de modo de socialización, sino racionalidades atomizadas, caóticas, imposibles de conformar en su agregación un sector portador de un proyecto político mínimamente legítimo. Parece incluso de mal gusto que se aplique a esos agentes económicos la teoría de las expectativas racionales. Creemos que ayudarían más las matemáticas de la teoría de catástrofes.

Ello no quiere decir en manera alguna que debamos sentarnos a esperar que ese fracaso, hoy ya evidente, se realice plenamente. Los intereses en juego no aceptarán ese fracaso. Tratarán de desviarlo, ocultarlo y expresarlo con nuevos espejismos, nuevas fetichizaciones, nuevas alienaciones, nuevas violencias, nuevas miserias. Sin extendernos demasiado en esto, se dibujan ya, desde los influyentes centros académicos e intelectuales del establishment americano dos enmascaramientos de este fracaso.

El primero de ellos, el más extremo, se presenta ya en el discurso de Samuel P. Huntington, asesor del Departamento de Estado americano, diciendo que los grandes conflictos del próximo siglo no serán de índole económica, política o social, sino determinados por beligerancias crecientes y generalizadas de orden étnico, racial, religioso, etc. En lugar entonces de un conflicto mundial intra-capitalista, la máscara del fracaso pasará por la promoción de la violencia entre los grupos sociales, países y regiones excluidos del devenir capitalista. El ocaso civilizatorio del capitalismo se venderá entonces como un renacimiento de primitivismos, fundamentalismos y violencias de los excluidos. Sus culturas, razas y religiones serán las responsables de la situación y las encargadas de esconder que la cultura que fracasó es la del propio capitalismo. En fin, una nueva cara histórica del viejo adagio “civilización o barbarie”.

El otro escenario, menos extremo pero no más aceptable, es el de desplegar toda una nueva ingeniería política neoliberal que desplace el problema del desempleo, la pobreza, la marginalidad y la exclusión hacia nuevas formas, sumamente degradadas, de inscripción socialmente residual, económicamente premoderna y políticamente antidemocrática. Sobre esto trabaja, entre otros, Jersey Rifan en su último libro “El fin del trabajo”. El objetivo aquí es desplazar “el trabajo” como fundamento de nuestras sociedades y ocultar así este conflicto mayor del capitalismo actual, base esencial de su fracaso y no simple emergente de una crisis más. Sus propuestas respecto de un cierto tercer sector no pueden dejar de inspirarnos la sospecha de que se trata de nuevos empleos basura, bolsones de precarización y reservas para minorías sociales, aunque en su conjunto conformen crecientemente la mayoría de la sociedad.

Seguramente los escenarios serán más variados y complejos que los que hoy somos más capaces de imaginar en función de tendencias y discursos ya presentes. Tampoco subestimamos la capacidad de organización y de lucha de las víctimas de este estado de cosas. Simplemente quisimos comenzar nuestra contribución por donde creemos ser el diagnóstico más serio que somos capaces de formular.

Quisiéramos por último aclarar que el término fracaso no connota para nosotros ningún exitismo. En parte porque la situación no da para alegrarse de la violencia y miseria que ese fracaso promueve en forma exponencial fue construido sobre la derrota de las conquistas, luchas y derechos ganados, y luego porque no pareciéramos estar, como sectores progresistas, muy cerca de teorías, propuestas y prácticas sociales económicas y políticas alternativas.

FUNDAMENTALES DEL SISTEMA ECONÓMICO NEOLIBERAL

Sin pretender aquí una exposición detallada de los axiomas, presupuestos y métodos de este pensamiento, queremos sólo insistir en aquellas características que, simultánea y paradójicamente, hacen de él un sistema de pensamiento, doctrina y política altamente dogmático, cuasi-religioso, totalitario pero, no obstante ello, sumamente seductor, de fácil divulgación mediática y muy apto a la penetración ideológica.

Ante todo debe decirse, que todo lo que de él se deduce, todas las conclusiones a las que llega, todas sus implicancias políticas –dimensión negada por este dispositivo ya que se presenta como la “naturaleza de las cosas”– están contenidas en sus presupuestos de base. Sólo se encuentra en él lo que ya estaba contenido en un principio, y eso que se encuentra no tiene nada que ver con el devenir efectivo de las relaciones sociales ya que, partiendo de sujetos libres, racionales, homogéneos, (es decir, de una ficción o a lo sumo de una construcción de laboratorio), que sólo se interrelacionan a través de sus intercambios en los mercados, se llega a una concepción que niega el carácter eminentemente social e histórico de las relaciones sociales capitalistas.

Sólo le importa entonces que esa libertad y racionalidad individuales no sean interferidas por instancias políticas, léase Estado, sindicatos, asociaciones de todo tipo. Por ello, como este sistema no admite la existencia de crisis o desequilibrios, cuando estos se producen, los únicos responsables e imputables por ello son los que interfieren políticamente en las decisiones de los empresarios, consumidores, trabajadores, etc. Léase, la responsable es la política. En cierta forma y para provocar un poco, tienen razón, ya que para muchos sólo se trata de repolitizar la economía, lo cual no es poco, cuando en verdad creemos que un horizonte radical consistiría en deseconomizar la política. Las experiencias antropológicas y culturales a este respecto abundan, baste con señalar como símbolo la polis griega.

Decimos entonces por ello que es totalitario, porque bajo un falso manto de apoliticidad, de impecable tecnocracia y de cierta estética formal, propone en realidad un “político” carente de representatividad, de participación, de organización social, gremial o política que interfiera con esa libertad, que no es otra que la de dejar librado el devenir social a los mercados. Decimos igualmente que es totalizante, porque sin explicar nada en realidad, pretende, y es efectivo en hacer creer, que lo explica todo. Nada queda fuera de su corpus teórico y de política económica, salvo la historia, la política, la solidaridad, la organización asociativa, la lucha, las múltiples relaciones intersubjetivas que toda sociedad comporta.

No obstante ello, esta visión, aunque divorciada de la realidad, al esconder el conflicto, la crisis, los desequilibrios, ofrece una propuesta de sociedad altamente tranquilizadora y tranquilizante. Y ello, junto a la simplicidad formal de sus argumentos, hace a su carácter seductor, a su facilidad de lograr hegemonías discursivas y a su penetración ideológica. Es un saber vulgar, convencional, fácilmente instalable como sentido común. En fin, todo ello se encuentra mucho más seriamente elabora-

do por las producciones de la escuela francesa de la Regulación, principalmente en la introducción al libro de Michel Aglietta, *Regulación y Crisis del Capitalismo*.

Cierto es que esa victoria ideológica, política y discursiva, que de hecho se manifestó a partir de los años setenta, sólo es posible bajo ciertas condiciones de desmovilización de los sectores intelectuales, críticos, sindicales, sociales y políticos progresistas como veremos más adelante. Su contenido totalitario se demuestra, por último, al caracterizar como acientífica, irreal, voluntarista, imposible, toda visión alternativa de la economía, la sociedad y la política. Eso es el pensamiento único, pero no lo es por necesidad o naturaleza, lo es porque cierta configuración de retirada, derrota y resignación masiva de quienes lo padecen en todos los ámbitos y de quienes debieran ser los primeros responsables en oponérsele, se lo han permitido. Creemos, una vez más, que sin autoflagelos, pero con lucidez, asumir esa derrota es otra condición para ser capaces de esa otra mirada de la que hablábamos al comienzo.

Finalmente, apelando a la historia como prueba de lo antes dicho, se impone recordar que en el período en que este sistema fue llevado a la práctica en total conformidad con sus postulados (entre fines del siglo XIX y finales de los años treinta) el resultado fue crisis social, dos guerras mundiales, sesenta millones de muertos, nazismo; fascismo y una gran depresión que sólo fue superada cuando se reintrodujo lo político, el compromiso social, y una nueva política económica, en las antípodas de la receta liberal.

CAUSAS DE LA VICTORIA DEL PENSAMIENTO ÚNICO A FINES DE LOS SETENTA Y DIAGNÓSTICO ACERCA DE LA DERROTA DEL PENSAMIENTO ÚNICO

Para llegar a explicar las razones de la aplastante victoria político-ideológica del neoliberalismo tenemos que remontarnos a la manera en que concluye el punto anterior, es decir a las modalidades que asumió la superación de la crisis de los treinta y de los compromisos *sociales* de la inmediata posguerra, a la base del naciente Estado de Bienestar.

En primer lugar, si es cierto que el New Deal y las políticas (y cabe recordar que el New Deal es anterior a la Teoría General de Sir John Maynard Keynes, lo cual no deja de tirar su sentido hasta nuestros días, en el sentido de que en ese momento la economía se definió desde la política, cosa hoy rara de imaginar en esta época en que los políticos le piden disculpas a la economía antes de decir nada) keynesianas significaron la cristalización institucional de reivindicaciones históricas del movimiento obrero, en términos de mayor progresividad en la distribución del ingreso, protección y seguridad social, jornada de trabajo, legislación laboral, etcétera.

Cierto es también que ello terminó siendo altamente costoso para la institución sindical y para la clase obrera en su conjunto. Y ello debido a las características tecnológicas, productivas, de gestión de la fuerza de trabajo y de los esquemas de representación (excesivamente delegativa en lo político y distribucionista en lo económico) de

los trabajadores que el régimen político asociado al fordismo impuso como contrapartida a sus concesiones.

Pedimos aquí disculpas por lo compacto y resumido de este punto, como de tantos otros que aquí abordamos, pero el imperativo de un diagnóstico que se pretende sino inédito por lo menos no cómplice, y de un espacio de propuestas o espacios que decanten de él nos imponen, dentro de la extensión razonable en una publicación de este tipo, cierta desprolijidad en las mediaciones analíticas y los desarrollos conceptuales.

El fordismo representó en realidad, bajo un régimen de cadena de producción masiva de productos standardizados altamente rígido en su concepción, una vuelta de tuerca más en términos de sumisión de los trabajadores sobre el taylorismo que lo precedió, dándole asimismo el gradiente patronal en términos de gestión de la mano de obra, es decir; eliminación de tiempos muertos, ruptura de los colectivos de trabajo, alienación del trabajador respecto de su producto y del conocimiento de su proceso, en fin, atomización en lo gremial y debilitamiento en lo político-sindical. Las nuevas tecnologías fordistas permitieron perfeccionar la estrategia taylorista de dominación-explotación gracias a una fenomenal expropiación del conocimiento, organización y gestión de los trabajadores sobre el proceso productivo. Los rutinizó, los atomizó, los ató a tiempos y movimientos que implicaban su cuasi total degradación como agentes activos de la producción.

Esta nueva modalidad de puesta en explotación de los trabajadores no pudo implicar otra cosa que una derrota política de ellos y de sus representantes respecto del capital. Ya que perder control, gestión y conocimiento de la producción, junto a la desarticulación de los colectivos de trabajo, no es otra cosa que una enorme fragilización político-gremial-sindical de los trabajadores y sindicatos en sus relaciones de fuerza respecto del capital. Si se nos permite cierta impiedad en la elección de la figura elegida, se permitió que se cambiara el Fiat 600 por la conciencia de clase. Y la fuerza de trabajo conceptualizada por Marx como “mercancía maravillosa”, por ser la única capaz de crear valor, pasó a ser una “mercancía descartable”. Y todo ello con exquisita anticipación descrito por Herbert Marcuse en su obra, *El Hombre Unidimensional*.

Junto con ello, que se da en el propio proceso productivo, desde lo institucional, los sindicatos formularon un esquema altamente delegativo, reforzando así la atomización obrera, en donde todo se resumía a acordar convenciones colectivas por rama, indexación salarial por inflación, plus por productividad, etc. No nos parece exagerada la comparación con la entrega de las armas que los partidos y organizaciones de resistencia le exigieron a la gente apenas conformadas las coaliciones de gobierno en la inmediata posguerra. A los obreros se les pidió su única, irremplazable y maravillosa arma, su conocimiento-control-gestión del *savoir-faire* de la producción y del control del proceso productivo. Sería conveniente rever “Tiempos Modernos” de Chaplin y “Novechento” de Bertolucci desde esta mirada, aunque nuestro espiar teóricamente por el ojo de la cerradura de esas realidades no se compare con la llave de intelección que paradójicamente, ayer como hoy, dan el cine y las artes en general.

Esto dicho, no intentamos pasar por alto los numerosos y valiosísimos ejemplos de lucha obrera, autonomía operaria y demás formas de combatividad que se dieron, sobre todo y en muchos países, tanto desarrollados como subdesarrollados, a partir de los años sesenta. Queremos sólo puntualizar que estos procesos dejaron a sindicatos y trabajadores delante de un vacío de conciencia obrera, de conceptualización de esa etapa del capitalismo y de respuesta gremial ante la instalación de la “crisis” a mediados de los setenta. Para no hablar de la cuasi universal ilusión del Estado de Bienestar (a la cual no escapó la gran mayoría del arco sindical aunque competía más bien a la academia y a la intelectualidad prevenirlos al respecto por dentro de los sectores progresistas, con las honorables excepciones de siempre). Obviamente, esto facilitó enormemente la instalación del discurso, la ideología, la política y la economía neoliberal y conservadora.

Por otra parte, respecto de lo que sucedió en los sectores académicos e intelectuales progresistas en materia de Estado Benefactor, se pensó, groseramente hablando, que éste era ya una forma universal del Estado Capitalista, en vez de una modalidad particular, históricamente determinada del mismo. En otros términos, al caer el Estado de Bienestar, estos sectores quedaron desnudos frente a la elaboración de otra propuesta que aceptara la caducidad del Estado Benefactor como modalidad histórica, pero que tratara, al menos reformista e inmediatamente, de elaborar una nueva forma de Estado que reeditara y aún potenciara las conquistas sociales y laborales asociadas al fordismo. Ese vacío teórico-político alimentó también, en convergencia con lo anterior, la imputación por parte de los neoconservadores de la responsabilidad de la crisis al desenfreno de las demandas sindicales y sociales, a los casos antes citados de fértil combatividad obrera y a la pérdida del control de las cosas por parte del Estado de Bienestar.

Para empezar a concluir este punto, podemos decir que los modelos de organización sindical, y las fetichizaciones respecto del Estado por parte del pensamiento crítico, junto con, como anunciaba Marcuse ya en 1967, la unidimensionalidad crecientemente mercantilista de la subjetividad, con su correlato de germen de individualismo fueron todos factores que, si no promovieron, por lo menos crearon un terreno sumamente fértil para que se difundiera, y ulteriormente se naturalizara, el hoy llamado pensamiento único. A esto debe agregarse, por último, la promesa de eliminar la inflación, de retomar el pleno empleo, de difundir el consumo, etc., que usó la revolución conservadora para volver al “orden” económico, social y político.

Frente a subjetividades mercantilizadas y atomizadas y frente a la falta de propuestas que trascendieran la mera repetición de las viejas recetas, debemos aceptar que esto no fue tarea difícil para que, en nombre del bienestar de todos, se instalara como nunca antes la prioridad de los intereses de algunos, en un marco de creciente destrucción de las regulaciones sociales nacionales en simultáneo con la pujante internacionalización de los intereses económicos por parte de élites cada vez menos nacionales.

En este contexto, y ante la angustia por la depresión económica, la inflación y cierto fantasma de descontrol social promovido por los conservadores, el discurso que proponía que había que volver a las bases de la democracia liberal, de la “libertad individual” y la retomada del consumo mercantil, dio a la propuesta neoliberal una renovada legitimidad política. Su idea simplista pero avasalladoramente atractiva era que de la suma de libertades individuales y de bienestar personales resultaría la libertad política colectiva y el bienestar económico generalizado. No muy lejos de los principios fundadores del liberalismo en economía, salvo por la existencia de unas cuantas decenas de millones en el olvido y en el medio de esas dos promesas liberales.

Para concluir y a modo de síntesis, los conceptos y representaciones tradicionales respecto del trabajador, de la clase obrera, del Estado, del sindicalismo, de la subjetividad obrera y ciudadana, etc. ya no guardaban proporción con sus correlatos reales. Por otra parte, la parálisis de los sectores progresistas en todas sus manifestaciones ante la crisis y el avance neoconservador impidió el esfuerzo, la reflexión y la indagación respecto de las nuevas categorías que estaban dibujándose.

En lo que a los sectores académicos respecta, se produjo una formidable fuga hacia adelante, como por ejemplo en materia de teoría del valor, teoría del Estado, etc. Con la excepción de aquellos que para su propia desgracia, o al menos soledad, depasan su propio tiempo al punto de la incomunicación con sus pares al tiempo que son rápidamente identificados por los sepultureros de siempre, que preparan acallando la voz de los intelectos potentes el entierro anticipado de otros devenires posibles.

ÉXITO DEL SECTOR CAPITALISTA EN IMPUTAR LAS RAZONES DE LA CRISIS A LAS CONQUISTAS DE LA CLASE TRABAJADORA Y AL ESTADO DE BIENESTAR

Si bien es indudable que en un comienzo sí hubo crisis económica, en términos de caída de la tasa de ganancia, manifestada macroeconómicamente como stagflación –inflación con recesión– ello no se debió a las conquistas obreras ni a las coberturas sociales del Estado Benefactor, como propagandizó el discurso neoliberal. Si bien es cierto que en un período de crisis económica, como lo fue al comienzo y hasta mediados de los ochenta, pagar esos compromisos laborales, sociales y políticos le era más difícil al capital que durante épocas de crecimiento (los treinta gloriosos 1945-1975), ello no quiere decir que sean esas conquistas las causas efectivas de la crisis. Las causas verdaderas de la crisis fueron las rigideces tecnológico-productivas asociadas al proceso de producción fordista, el cual no fue una opción de los trabajadores sino una estrategia del capital para aumentar la sumisión real en el proceso de trabajo, atomizar los colectivos de trabajo y descalificar a los mismos.

O sea que, paradójicamente, el capital, que había devaluado a los trabajadores en el fordismo se dio cuenta que fue esa devaluación-atomización-descalificación la que, dialécticamente, le provocó su crisis posterior. Se había castrado el potencial productivo de la única mercancía maravillosa capaz de producir valor. El resultado no podía ser otro

que el de una crisis de la valorización del capital. De allí la interpelación inicial en el comienzo de los ochenta del capital a la capacitación, a la recomposición de colectivos de trabajo, a la mayor implicación de los trabajadores en los procesos productivos, etc. Pero esto era algo que el capital no podía reconocer política, gremial ni salarialmente, y por ello acompañó esa estrategia con otra simultánea de flexibilización laboral, retirada del Estado de Bienestar, etc. Nos estamos refiriendo básicamente a los países periféricos, y al nuestro particularmente, dado lo caricatural de su modalidad a este respecto.

Este doble juego de glorificar a los trabajadores al mismo tiempo que se les robaban sus conquistas, o se les minimizaba el equivalente monetario de su enorme aumento en términos de productividad, gracias a los famosos imperativos de competitividad impuestos por la globalización y su hija bastarda, fue lo que permitió a las fracciones del gran capital más concentrado y especializado no sólo recomponer su tasa de ganancia sino llevarla a niveles inéditos. Y ello debido a la combinación perversa entre una enorme productividad-calidad-total derivada de las nuevas tecnologías con la cooperación asociativa de los trabajadores (la mayor de la veces impuesta, en algunos pocos países negociada) y una ausencia cuasi total –salvo algunas excepciones– de equivalente salarial y de condiciones de trabajo acordes a esa potenciada productividad.

**RETIRADA DE LOS GOBIERNOS A TRAVÉS DE LAS CONCESIONES REALIZADAS
AL GRAN CAPITAL PRODUCTIVO Y FINANCIERO. PÉRDIDA DE SU SOBERANÍA
ECONÓMICA Y MONETARIA. PRIVATIZACIÓN DE LO POLÍTICO**

Pero esta perversa estrategia del capital no es novedosa respecto de sus modalidades históricas en materia de lucha de clases. Tampoco agotan este análisis las derrotas sindicales, obreras, sociales, intelectuales y políticas de los sectores progresistas antes señaladas. Para que esa estrategia capitalista pudiera instalarse hacía falta algo más: la retirada masiva del Estado Capitalista como árbitro de la nueva situación, como garante de la rentabilidad de los capitalistas individuales, pero también como responsable de la reproducción sistémica, global y de largo plazo de ese mismo capitalismo.

Un Estado de esa naturaleza presupone cierta racionalidad global de su parte que trascienda los apetitos de los capitalistas individuales, y haga expresión efectiva los intereses y la racionalidad del capital en general, es decir, de la relación social. También supone que la reproducción de los capitales individuales, en otro nivel de abstracción, ya fenomenal, admita la reproducción del conjunto de la sociedad.

Por último, pero no menor, ni después, ni como concesión, sino como elemento fundacional del modo de producción mismo, supone además que el Estado vele por la legitimidad política del sistema. Todo ello implica un proyecto político, una racionalidad de conjunto, un horizonte de tiempo y un cuidado por la cuestión social y por el resguardo de la soberanía nacional que escapa necesariamente a los capitalistas tomados individualmente. Y ello era aún así en la época en que existían las llamadas burguesías nacionales industriales.

Con mayor razón debía serlo entonces ante la desaparición o al menos el desdibujado de éstas, debido, entre otras cosas, a los efectos socio-políticos que la globalización produjo en los sectores empresarios, creando nuevas elites internacionales de distinta índole, interés y modalidad, pero que intentan socavar las soberanías nacionales, o, en algunos casos, utilizarlas/fragilizarlas para su propio posicionamiento internacional. Y recíprocamente, usan ese posicionamiento internacional para legitimar sus reclamos ante el poder político, o lo que queda de él, en el plano nacional/regional.

En suma, a partir de esta crisis de los setenta, estamos delante de Estados que renuncian a su propia naturaleza, funciones y a lo que el modo de producción espera de ellos. A partir de los setenta, tenemos gobiernos que no encarnan ya esa naturaleza ni esas funciones de los Estados. Son simplemente gobiernos que instrumentan un cambio de envergadura en la historia del capitalismo: la renuncia del Estado a su “relativa” trascendencia política. Esto, como ya fuera mencionado al comienzo, es un elemento esencial del por qué caracterizamos a esta situación como fracaso y no como crisis del capitalismo.

Somos conscientes de que, en sus inicios, la crisis impuso cierta modalidad del ajuste que, pese al esfuerzo de naturalización del mismo realizado desde distintos frentes, no fue ni natural, ni necesaria, ni universal, sino políticamente impuesta con mayor o menor beneplácito de los gobiernos de turno, y que ese ajuste, a su vez, demandó, entre otras cosas, privatizaciones de empresas estatales, desregulaciones de tipo laboral, financiero, comercial, etc. Pero lo más esencial y previo a ello, es una privatización de la que casi no se habló. Es la gran ausente del discurso del ajuste, pero su condición de posibilidad. Es la *privatización de lo político*. Es el abandono de lo político al devenir de los mercados, lo cual equivale a decir abandonar a las sociedades a lo que los mercados financieros y productivos globalizados y más voraces que nunca les permitan.

O mejor aún, es el abandono de toda reconfiguración, consenso, política económica, compromisos sociales y sindicales, etc., en fin, de todo aquello que no sea la única forma entonces naturalizada de la política, que no es otra que la de la renuncia a la politización de lo económico. A partir de esa privatización de lo político, se abandona todo a la economía, hecho aún inédito en el propio capitalismo, con la salvedad ya planteada de que un escenario muy parecido pero tal vez no tan extremo fuera históricamente el de la vigencia del patrón oro durante la hegemonía del imperio británico, situación que desembocó en la gran crisis del treinta, el fascismo y el nazismo. Los gobiernos olvidan entonces que, en última instancia, representan a los Estados, y conceden irracionalmente lo que los capitales les piden: privatizaciones, flexibilización y precarización laborales, desregulaciones, desmantelamiento de los regímenes laborales, renuncia a la soberanía monetaria y, en los casos más caricaturales, a la política industrial, tecnológica, educativa, de salud, de cobertura y protección social, etcétera.

En lo social, su cohesión, equidad relativa, reproducción progresista y modernizante, etc., éstas ya no son funciones que los gobiernos asuman como propias. En lo político, permiten y a veces promueven, por mecanismos corporativos, clientelares,

corruptos o mafiosos, etc., la degradación de los poderes e instituciones políticas de los antiguos estados. Este desmoronamiento social, territorial, regional, institucional y político, es implementado por gobiernos de diferente color político y con matices según los casos.

Pero lo importante es que desaparece un agente esencial de la socialización capitalista, un instrumento indispensable si el sistema quiere tener ciertos niveles de legitimidad política, sin lo cual, creemos, deberíamos comenzar a hablar de otra cosa diferente al modo de producción capitalista como lo entendimos hasta ahora, o la cuestión teórico-política fundamental y constituyente del mismo, su legitimación. Los gobiernos entregan así todos los resortes de potestad legislativa y regulatoria, a la voracidad de los intereses privados. Al devenir de los mercados (esas instituciones históricamente ficticias pero realizadas a golpes de intervención estatal y que ahora sólo esconden la especulación más abierta, privada y caótica), perdiendo por tanto su carácter institucional.

Y ello, para peor, en un mundo globalizado, incierto e impredecible. Esa globalización imponía, en lugar de retirada y abandono, una reconstrucción y resignificación supranacional de la trascendencia política capitalista que antes tenía sede en los Estados-Nación si ésta conseguía perpetuarse reconciliando, muy estrechamente, dada la naturaleza constitutivamente antagónica de su relación social, acumulación de capital con inclusión social, mayor bienestar generalizado y formas renovadas de legitimidad política y de calidad institucional. Este es el gran “lapsus” del capitalismo contemporáneo. Esta es la base material y política de su fracaso como proyecto social, civilizatorio, identitario, socializante y antropológico.

No obstante todo lo previo, tal vez debamos aprovechar la parte potencialmente buena de esta modificación trascendental del capitalismo, a través de la recreación de formas participativas, alternativas, que no se sustituyan al Estado, sino que se apropien de ese vacío político para la reinención de un político-gremial-social que no negocie ante el tribunal de una instancia, como el Estado capitalista, basada en la violencia y en la dominación, sino que nos permita salir de esas trampas de un capitalismo que nos mostraba un “político” ilusorio donde aparentemente se podían resolver los problemas de su “económico”. Tal vez nos sirva que esta ilusión haya caído, porque sin olvidar la inmediatez y la urgencia que la situación de la mayoría de nuestros pueblos exige, sea posible abrir caminos que no tributen obligatoriamente a la violencia, a la dominación, al poder, en fin, a todos esos atributos de “lo político” del capitalismo.

NATURALIZACIÓN DE LAS POLÍTICAS ECONÓMICAS DE DESINFLACIÓN COMPETITIVA, MÁS ALLÁ DEL COLOR POLÍTICO DE LOS GOBIERNOS DE TURNO

Con respecto a la globalización que mencionamos recientemente, debemos señalar que lo que comúnmente se entiende por ese proceso tampoco es una necesidad ni

una naturaleza ni una ley de la acumulación capitalista, aún menos lo es la modalidad anárquica que está asumiendo, lo cual se vincula a la desaparición de los Estados de la que hablábamos recientemente, así como a la elitización internacional de diversos grupos de interés económico-financiero que antes radicaban especialmente sus lobbies en el espacio nacional. En todo caso, lo que sí nos interesa aquí es el efecto que ella produce en la naturalización de las llamadas políticas económicas de desinflación competitiva y los efectos nefastos de éstas en el mundo del trabajo. En este sentido, el pensamiento único, que se expresa a través de esas políticas, ataca desde varios planos.

Por un lado, y a pesar de que en los sectores de punta y estratégicos, los costos del trabajo no representan, en promedio, más que el treinta por ciento de los costos totales, el neoliberalismo insiste en el abaratamiento de los costos laborales directos e indirectos. Como se ve, este razonamiento es parte de un falso presupuesto, ya que está muy estudiado que, en la fase actual del capitalismo, la competitividad no-costo es más importante que la competitividad costo para mantener situaciones global y dinámicamente competitivas. Pero la falacia de ese discurso permite, aparte de aumentar la tasa de explotación, precarizar a los trabajadores, administrar una gestión laboral por el stress y volcar la relación de fuerzas políticas intra-fábrica y sector o rama, aún más en favor del capital.

También se usa a la globalización en el sentido de que, bajo esta concepción errónea de la competitividad, si no se reducen los salarios, se pierde competitividad, generando una vulnerabilidad externa que caerá finalmente sobre la fortaleza de las monedas nacionales. Otra forma perversa en que la globalización, procesada por estas políticas, ataca a los trabajadores, consiste en decir que si los operadores financieros internacionales no ven que se lleva a cabo flexibilización y precarización, ello implicará a mediano plazo una pérdida de competitividad que los llevará a apostar contra las monedas de los países en cuestión.

En fin, como se aprecia, estas formas son convergentes y no son las únicas. Lo que aquí importa es que sobre la base de una falsedad, bajo la amenaza psicológica de atentar contra la moneda nacional, etc., se descarga todo el peso de la presión competitiva sobre los trabajadores.

Por otra parte, ante la inexistencia de regulaciones supranacionales en este sentido y gracias a la ausencia de voluntades políticas nacionales para detener estas tendencias, se legitima una suerte de mundialización del dumping social. Lo cual es, por su parte, sumamente coherente con la desnacionalización de las nuevas elites globalizadas. Esto obliga a que si un país avanza un paso más en la flexibilización-precuarización, otros tengan la excusa, cuando no la obligación, de invocar ese ejemplo para avanzar sobre sus propias condiciones laborales y salariales. Aparte de la degradación laboral y social que estas políticas producen, lo más perverso de ellas es que se invocan razones de soberanía monetaria. Soberanía a la cual se renunció en el momento mismo en que se permitió una desregulación mundial financiera como la actual, decisión política que obviamente no fue tomada ni consensuada con los trabajadores.

En el mismo sentido, y sin soñar con una regulación laboral global, vemos las dificultades que la propia Unión Europea tiene respecto de la construcción de la Europa Social que debía acompañar a la construcción política europea. Maastricht triunfó sobre esa aspiración social-regional, lo cual implica que la situación de la clase trabajadora europea depende más de las mesas de dinero mundiales que de sus propios gobiernos, aún cuando éstos invocan falsamente la defensa de las monedas nacionales para justificar estas políticas.

Lo terrible es que estas políticas se han naturalizado y se plantean como la “senda correcta”, como la única vía posible. Ello no es así, aquí no hay naturaleza alguna, sólo se trata de intereses financieros y productivos altamente concentrados e internacionalizados que, casi sin resistencia alguna, aprovechan los mecanismos que ellos mismos promovieron para aumentar sus ganancias y llevar hacia su lado las relaciones de fuerza, no sólo respecto de los trabajadores, sino también respecto de los propios gobiernos. Esto instala un círculo vicioso, ya que esos gobiernos, aún aquellos más progresistas, están obligados a conceder más, a corromperse, y a degradar las democracias e instituciones debido a que, carentes de legitimidad política por parte de los sectores trabajadores, desempleados, precarizados y marginalizados o excluidos, buscan ilusoriamente sustituir esa pérdida con el beneplácito de los capitales concentrados y de sus agentes académicos, mediáticos, intelectuales, etcétera.

Para culminar este punto, cierto es que este ajuste sin fin comienza a plantear cierto grado de irreversibilidad de estas políticas. Aún suponiendo un vuelco o una situación más favorable a los sectores oprimidos en términos de relaciones de fuerzas. En otros términos, y sin querer ser apocalípticos, hasta el propio reformismo se ve cada vez más amenazado en sus ya estrechas posibilidades de cambio económico, político y social. Por ello es que insistimos, una vez más, en la radicalidad y alternatividad en sentido estricto que deben tener nuestro diagnóstico y nuestras propuestas.

**DIFICULTADES IDEOLÓGICAS, DISCURSIVAS, TEÓRICAS, GREMIALES, MEDIÁTICAS,
Y DEL ORDEN DE LA ATOMIZACIÓN DISOLVENTE EN LO SOCIAL
PARA AGRIETAR LA HEGEMONÍA DEL PENSAMIENTO ÚNICO**

Muchos de los aspectos que hacen a las dificultades para agrietar, y más ambiciosamente, como lo pensamos desde la necesidad de un diagnóstico alternativo, descentrar al pensamiento único ya fueron señalados. Podernos agregar que ese pensamiento, más allá de regir las políticas económicas vigentes casi planetariamente, comienza a perder permeabilidad en amplios sectores sociales tanto de los países desarrollados como de los subdesarrollados. Abundan los ejemplos de ello, pero baste mencionar el reciente evento social francés, donde ciudadanos de todas las categorías pegan en los muros de París páginas del libro de Vivianne Forrester “El horror económico”. Ello se debe a que se sienten representados por ese grito, pero el grito no alcanza.

Es la primera señal de que están dadas condiciones objetivas de saturación de nuestras poblaciones para seguir padeciendo los resultados de estas políticas. Nuestro deber es transformar ese grito en palabras, en diagnósticos, en propuestas, en la recreación de subjetividades que permitan encaminarnos a un nuevo “político”. No obstante, y sin desmerecer el aporte de la novelista citada, es casi vergonzoso que ese grito no encuentre correlatos en conceptos y representaciones de las ciencias sociales. Esto dificulta nuestra tarea en el sentido de luchar contrahegemónicamente, ya que los dispositivos teóricos con los que contamos siguen trabajando inercialmente con categorías como trabajador, capital, sujeto, sindicatos, etc., que ya no representan a sus equivalentes actuales. Por otro lado los sujetos, relaciones sociales y procesos tendenciales que se nos presentan en la realidad no encuentran representaciones que agoten su intelección.

Nos hacen falta teorías que den cuenta de la situación actual. Finalmente, y siempre dentro de este esquema de crisis de las ciencias sociales, no aparecen nuevos imaginarios, nuevas utopías desutopizables. No obstante, los recientes encuentros de economistas europeos, regionales y locales para salir del pensamiento único, aunque tímidos en sus propuestas, hacen al menos honor a la urgencia de la situación y a la necesidad de internacionalizar los esfuerzos, las prácticas políticas, sociales y gremiales que expresan, antes que la teoría misma, algunas sendas germinales.

Porque, creemos, es allí, en la no resignación de ciertos grupos víctimas del pensamiento dominante, en sus reacciones desde la defensa de su dignidad, que de hecho se están expresando las pistas que nos ayudarán a dar esta batalla. Sin perjuicio de ello creemos que el espíritu de la convocatoria antes citada es un aliado al menos táctico, si no estratégico, de nuestra tarea. Por ejemplo, el documento de ese encuentro francés, expresa en algunos de sus tramos: “(...) al igual que el propio pensamiento económico, la política económica tampoco se conjuga en singular. En consecuencia, ella no puede aspirar a la neutralidad. Toda política económica expresa determinadas opciones sociales, responde a ciertas prioridades, así como privilegia intereses específicos. Las decisiones económicas resultan entonces claramente ser decisiones políticas”.

Y más adelante, “el neoliberalismo no es portador de un proyecto de sociedad aceptable para la gran mayoría de las poblaciones”. Finalmente, en coincidencia con nuestro diagnóstico, señalan, “el simple retorno a políticas keynesianas no constituye en forma alguna una respuesta suficiente a los desafíos frente a los cuales nos colocan la coherencia de las políticas neoliberales y la potencia de los intereses que ellas representan”.

Esta última aseveración nos lleva a otro de los aspectos que hacen a las dificultades que enfrentamos y ello se juega en el campo mediático. La enorme revolución tecnológica que se da en el plano de las telecomunicaciones, las fusiones, absorciones y reconfiguraciones estratégicas de los cada vez más pocos y concentrados medios de comunicación constituyen un obstáculo de envergadura y ello a pesar de que es el periodismo, en muchas naciones, el sector que goza de mayor prestigio social. Así como el tratamiento por la CNN de la Guerra del Golfo llevó al sociólogo francés Jean Baudrillard a escribir un libro titulado “La Guerra del Golfo no existió”,

no es difícil imaginar la posibilidad de que en pocos años la violencia, la miseria, la marginalidad, la exclusión no existan en las pantallas ni en las noticias, o sólo tal vez para aquellos que estén enchufados en los medios de más difícil acceso. Este escenario interpela de nuestra parte toda una serie de luchas en favor de un periodismo e información libres así como de exigir de los poderes políticos regulaciones en este sentido. Pero este tema desborda los límites de nuestro aporte.

Volviendo a la temática de las nuevas tecnologías, creemos que, en lo inmediato, su empleo en el sector industrial, al menos dentro de la frontera tecnológica actual, está en un período de madurez, con su enorme costo en términos de expulsión de mano de obra y de creación de subjetividades potencialmente alternativas, pero hasta ahora, reapropiadas por el capital y conducentes a lo que el sociólogo francés Robert Castel llama “individualismos negativos”, o sea competitivos, cómplices del capital y sospechosos de sus propios pares. Pero lo que queda aún por venir es su efecto en el sector de los servicios.

Obviamente hablamos de los servicios que no son de “punta”, donde los resultados son los mismos que los ya expuestos para el sector industrial. Nos inquieta la expulsión de mano de obra que ello provocará. Y como prueba de ello, es inquietante que un economista como Jeremy Rifkin, proveniente de un país donde ese sector ha sido, aún a un alto costo de pérdida salarial y degradación laboral, una salida para contener las pulsiones al desempleo, como es el caso de Estados Unidos, nos diga en su último libro, antes citado, que en treinta años casi la totalidad de la producción mundial podrá ser llevada a cabo por apenas un 3 a 5 por ciento del total de la población mundial en condiciones de trabajar. No es entonces casual que sea ese propio autor el que empiece, tal vez con esa ingenuidad tan norteamericana, a elaborar proyectos en búsqueda de descentrar al trabajo como eje de la inserción social y como elemento fundacional de la cohesión social. Pero sobre este punto nos detendremos hacia el fin de nuestra contribución.

EFFECTOS DE NO RETORNO DE LAS POLÍTICAS EN MATERIA DE EXPULSIÓN

Hemos hablado de condiciones de irreversibilidad en materia de las condiciones, mecanismos y procesos que crean las políticas neoliberales no sólo para avanzar en su devastador diseño, sino también como reaseguro frente a posibles cambios en las relaciones de fuerzas políticas, sociales y sindicales. También hemos evocado las altas posibilidades de no retorno de la soberanía política, monetaria y económica, aún con el acceso al poder de partidos, bloques o alianzas de corte progresista. Pero hay un ángulo del no retorno y de la irreversibilidad que rara vez se encuentra en los discursos o producciones teóricas. Es el relativo a la degradación, dinámicamente creciente, en el orden psíquico, anímico, físico, educativo, participativo y ciudadano de la gran mayoría de los desocupados, subocupados, precarizados, excluidos y marginados.

Esos grupos, socialmente significativos y muchas veces mayoritarios, según los países, no son un número, una masa, un quantum, que hoy se excluye o deteriora y mañana se inscribe, comenzando a fojas cero. La angustia, la depresión, muchas veces la ruptura de los lazos de socialización doméstica, familiar, grupal, vecinal, etc., y muchas veces la apelación a la violencia que implican no son procesos que se puedan resarcir ni en muchos casos recuperar. Esos grupos sociales, en su gran mayoría, se consideran a sí mismos y son estigmatizados por otros, a veces por aquellos de su mismo entorno, como expulsados de la sociedad. No forman parte del proceso de socialización, no tienen utilidad social, renuncian a sus derechos cívicos y ciudadanos por su propia autopercepción. Y ello no se revierte.

Esos son amplios sectores sociales que constituyen un serio problema para nuestro diagnóstico y nuestra propuesta alternativa. Como lo muestra numerosa filmografía británica y francesa, entre otras, muchos subgrupos de entre ellos no quieren volver a la sociedad salarial, ni aceptan lo que queda de la protección social del Estado Benefactor. Este problema también es una de las más dramáticas conclusiones del estudio del más renombrado sociólogo francés, Pierre Bourdieu, quien en su libro *La Miseria del Mundo*, y luego de 600 encuestas de campo realizadas en el conurbano parisino llega a la misma conclusión.

Esto es más que un emergente de las consecuencias de las políticas neoliberales. Este es un grave problema que debemos asumir en toda su complejidad. ¿Cómo resocializar a estos grupos? O, ¿Debemos hacerlo? Porque más allá de los casos en que esa expulsión deriva en delincuencia, suicidio, enfermedades terminales, locura, etc., también debemos dejar abierta la posibilidad de que esos clones de rechazo a la civilización actual contengan elementos germinales, no mercantiles, sociales, solidarios, etc., que deberíamos no subestimar y preocuparnos por relevar. Por otra parte, lo cual expande ahora sí cuantitativamente la envergadura de este problema, lo antes dicho no exime a los sectores que no han sido aún completamente expulsados o marginalizados, sino que ese deterioro abarca en parte a los que aún gozan de ciertos ingresos monetarios o de capacitación de distinta índole.

Como dice nuevamente Robert Castel, hay muchos excluidos hipercalificados. En todo caso, lo que (y sin perjuicio del desafío y análisis cuidadoso que estos grupos sociales exigen de nuestra parte, según las modalidades, gravedad y envergadura que asumen en cada país o región), importa en lo más mediato es remontar la filial de estos procesos productores no sólo de trabajos basura sino de lo que sus implementadores llaman directamente basura social. Decíamos entonces, remontar la genealogía de estos procesos implica centrar nuestro análisis en la propia incertidumbre, fragilización, angustia, stress, y rotación que se produce en el seno mismo de los incluidos, o sea, en las empresas, en los procesos de trabajo.

Y ello nos lleva a las políticas que crean y recrean esas condiciones. En este sentido, como en tantos otros, tenemos que ver la película, no la fotografía. Tenemos que ver a la gente y a sus condiciones, no a los números y estadísticas. Tenemos que reconstruir el origen de la chispa, sin desprestigiar en lo inmediato el diseño de matafuegos.

Para concluir este punto, cabe una reflexión crítica acerca de la generalización del empleo del término “fractura social”. Este es un término originado en ámbitos políticos e intelectuales de derecha, aunque su uso se halla incorporado al léxico progresista y de izquierda. Esta situación a la que asistimos en este fin de siglo, no es en modo alguno una fractura social. El término no es ingenuo. Sartre decía, “cuando hablo, disparo”, éstos, cuando hablan, ocultan. El término sugiere que una fractura puede ser enyesada, reparada, devuelta la zona fracturada al cuerpo al que pertenece. Por lo antes expuesto, esto no es fractura, es desagregación social, atomización disolvente, crisis civilizatoria, fracaso del capitalismo como proyecto de sociedad.

EN LO INMEDIATO, PARAR LA MISERIA Y LA VIOLENCIA A TRAVÉS DE NUEVOS COMPROMISOS SOCIALES, COMO POR EJEMPLO LA REDUCCIÓN DEL TIEMPO DE TRABAJO

Hasta aquí nuestro diagnóstico de la situación actual, así como la del ensayo que hemos hecho para deconstruir las razones que nos llevaron a ella y, finalmente, las pocas pistas que hemos dado respecto de la manera de enfrentar la realidad. Ellas han apuntado, esencialmente, a lo estratégico. Pero somos conscientes de que este estado de cosas reclama acciones en lo inmediato. Descartamos las implementadas por una gran mayoría de gobiernos, sobre todo de países subdesarrollados, por considerarlas clientelares, asistencialistas, degradantes en todo sentido para las poblaciones objeto de esas políticas.

No obstante ello, debemos trabajar urgentemente en la agregación de las demandas sociales y laborales hoy atomizadas para lograr una mínima relación de fuerzas que nos permita exigir compromisos sociales de emergencia. La situación específica de cada país determinará la forma, los tiempos y los contenidos de esos compromisos, pero de manera general, hay un punto que abarca a todas las situaciones, porque se deriva de la dinámica capitalista global que hemos descrito.

También debemos hacerlo con el conocimiento de que, en muchos casos, las propias víctimas rechazan lo que se les ofrece desde los gobiernos, pero que sería no obstante ello un piso aceptable para muchos sectores progresistas negociadores. En fin, el punto que nos parece más esencial y generalizable es el atinente a la reducción del tiempo de trabajo. Sobre él centraremos ahora nuestro análisis, para después focalizar propuestas más específicas y sin olvidar el espíritu crítico y alternativo que nos anima.

La reducción del tiempo de trabajo no debe buscarse como una conquista, debemos lograr crear un nuevo sentido común a este respecto, ya que ella es una consecuencia necesaria del fenomenal carácter social que ha asumido la productividad del trabajo en el capitalismo actual. Si se puede producir más y mejor en menos tiempo, es lógico que en vez de desempleo, ello genere una radical transformación en el tiempo total social de trabajo necesario. El estado actual de la productividad debe liberar tiempo social de trabajo y, simultáneamente, beneficiar a los hoy desocupados, mar-

ginados de ese progreso. Ya que ellos son también quienes han contribuido a esa potencia productiva.

Esto, insistimos, no debe arrancarse en negociaciones, debemos instalarlo como un resultado naturalmente justo de la historia social, política y laboral del conjunto de nuestras sociedades. Ello permitiría que, quienes están hoy inscriptos salarialmente gocen de un mayor tiempo libre, al mismo tiempo que se reinserta a quienes han sido individualmente expulsados de los beneficios de un estado social de cosas.

Insistimos en el doble aspecto de, por un lado, tiempo liberado para el conjunto de lo que queda de la sociedad salarial en simultáneo con la repartición equitativa de esa mayor potencia productiva social a través de la creación de nuevos puestos de trabajo. Siendo el trabajo la interface de socialización por excelencia, su distribución debe comprender a todos. Y no debemos permitir que sean los gobiernos o empresarios quienes ecuacionen esta nueva re-socialización inmediata. Aquí hay tasa de ganancia por demás para lograr este nuevo compromiso. Y no debemos permitir que ello sea desnaturalizado y tenga como resultado más precarización, más fragmentación y mayor tasa de explotación. La estrategia neoliberal es atomizar, individualizar la relación laboral. Debemos ser eficaces en la penetración de un discurso que destaque que el trabajo no es ya más individual, sino que es eminente, inmediata y naturalmente social, dado el estado actual de las tecnologías, las ciencias y las artes productivas.

En ese sentido sí reivindicamos el espíritu keynesiano. Debemos encontrar las formas de discurso, lucha, sentido y prácticas políticas que nos permitan un renovado pleno empleo. Sin perjuicio de reservarnos mayor radicalidad y alternatividad en el mediano y largo plazo, ésta debe ser una exigencia inmediata. Keynes decía que en el largo plazo estamos todos muertos. Hoy, muchos están en el corto plazo miserabilizados, marginados, excluidos, invalidados. Si el pleno empleo fue en la época de Keynes posible a partir de una crisis de depresión, tanto más realizable es hoy con tasas de ganancias inéditas. Es ese plus de las tasas de ganancias actuales, el que tiene como equivalente el desempleo y la exclusión. Pero la gran diferencia respecto de los años treinta, es que hoy la productividad social se ha potenciado de manera increíble, pero sin contrapartida política y social.

En otros términos, este nuevo pleno empleo debe ser con mayor tiempo libre para todos y, si es posible, con una concepción del tiempo libre que sea para la libertad y no para el consumo alienante. De lo contrario, estaríamos hipotecando nuestras aspiraciones respecto de la política de la subjetividad y de la libertad a más largo plazo. En suma, nuestra reivindicación inmediata de la reducción del tiempo de trabajo y de un renovado pleno empleo debe ser cuidadosamente diseñada para que pueda articularse con el nuevo imaginario individual-social y simultáneamente con la reinención de un nuevo “político” como horizontes de nuestra potencia alternativa. Y ese esfuerzo debe legitimarse respecto de los trabajadores, desempleados y excluidos y no justificarse ante el altar de los que sólo piden sacrificios.

**DESARROLLO DEL PROCESO DE TRASLADO DEL CONFLICTO CAPITAL/TRABAJO
AL CONFLICTO CAPITAL/DESARROLLO**

En convergencia con su estrategia de fragilización sindical, deterioro salarial, degradación de las condiciones de trabajo, etc., la estrategia neoliberal, principalmente desde su artillería de producción en ciencias políticas, pretende centralizar el problema de lo que ellos mismos denominaron la fractura social, en el problema de la exclusión, lo cual, en un corto período de tiempo, será equivalente directo y sin mediaciones de la desocupación. Esa estrategia no es ingenua, porque aparte de desplazar el centro genealógico del antagonismo en las relaciones sociales capitalistas, es decir, entre el capital y el trabajo, busca que los desocupados y excluidos vean como enemigos a aquellos que continúan inscriptos en lo que queda de la sociedad salarial. La reaparición, al menos en las sociedades desarrolladas, del neofascismo y la xenofobia es resultado de esta estrategia, pero también en los países menos desarrollados asistimos a múltiples formas de violencia entre las propias víctimas de este modelo.

Ya señalamos los peligros de focalizar el tema sólo en la exclusión, tomándola como dato, sin remontar las filiales de los procesos que le dan origen, pero ello no nos exime de entrever la posibilidad de que este devenir instale un conflicto social mayor y violento entre ocupados y desocupados. El discurso neoliberal tiende a reemplazar su viejo lema: “siempre habrá pobres”, por el de “siempre habrá excluidos o desocupados”. Si el capital está siendo eficaz en instalar este discurso es porque, entre otras cosas, detenta el monopolio de la angustia, no sólo respecto de desocupados y excluidos, sino aún entre los propios ocupados, a través de lo que describimos como individualismos negativos y nuevas subjetividades reapropiadas por el capital.

Es esa misma angustia la que permitirá, si todo sigue así, potenciar el conflicto ocupados/desocupados. A ello tampoco es ajena la concentración del esfuerzo sindical en mantener las fuentes de trabajo, relegando a un plano secundario, cuando no negando o abandonando, la posibilidad, sumamente difícil de instrumentar por cierto, de organizar la creciente masa de desocupados para que su destino final no sea la lumpenización, la marginalidad o la simple exclusión. No pretendemos aquí abrir un debate sobre este punto, sino simplemente señalar que el tema de la desocupación, desde sus inicios, planteaba a las organizaciones sindicales la inminencia de su propio desborde respecto de su ámbito tradicional de acción, obligándolas a desbordarse, en el sentido positivo del término, sobre la cuestión social.

En la medida y en los tiempos y ritmos en que el trabajo dejó de ser el eje de la inserción social y el fundamento de la socialización, los sindicatos debieron ver dibujarse en ese proceso la proyección de un nuevo ámbito de acción política, que trascendía de mucho a las empresas, sectores o ramas, y que comprendía a la sociedad misma. Volviendo al elemento central de este punto, si las primeras violencias originadas en torno de la problemática de un trabajo cada vez más escaso se concentraron en los inmigrantes, es porque la cuestión nacional seguía siendo vigente. Pero como estos procesos implican, al menos para algunos países, el desdibuje de la cuestión

nacional, esto reafirma nuestra hipótesis de que, si no actuamos con rapidez respecto de esta estrategia del capital, la desaparecida beligerancia inter-clase tomará la forma de violencia abierta intraclase, es decir entre las víctimas miserabilizadas y las víctimas de lujo de este modelo.

Es por ello, y para concluir este punto, que juzgamos necesario romper ese monopolio de la angustia, para que ésta pueda expresarse no como violencia, rencor, re resignación o abandono, sino como principio de una nueva subjetividad potente, libertaria, solidaria. Esto es, una vez más, uno de los puntos de interfase entre nuestra acción inmediata y el horizonte de socialización renovada que nos desafiamos a encarar.

LA NATURALEZA DE LA ACTUAL PRODUCTIVIDAD LABORAL ES INÉDITA, INSTANTÁNEA Y EMINENTEMENTE SOCIAL. A MEDIANO PLAZO, NO HAY INGENIERÍA POLÍTICA LIBERAL QUE RESUELVA ESTE DESMORONAMIENTO DE LAS BASES GENEALÓGICAS DE LA SOCIALIZACIÓN CAPITALISTA

Como se dijo anteriormente, el “sistema automático de máquinas”, que es en realidad la actualidad del modo de producción capitalista, implica que la *ley* del valor, las bases genealógicas de la explotación, el capital mismo estallan en sus elementos constitutivos trayendo a la luz el hecho de que toda la riqueza es producción social. Esto debería provocar un nuevo agenciamiento de las subjetividades, las cuales serían individualidades-sociales, lo cual desplegaría toda la potencia inmanente en los sujetos sociales para expresar su producción, su libertad, no ya para el desarrollo de la riqueza únicamente, sino para la plena actualización de los atributos que les son inmanentes y que fueron obliterados durante siglos por la explotación, la miseria, la alienación, la violencia y el poder. Actualización de las potencias inmanentes para la libertad, ese es el “afirmativo” del actual régimen de acumulación capitalista, así como el camino desutópico de su propia superación histórica. Creemos que ese debe ser el gradiente hacia el cual debemos dirigirnos. No somos ingenuos respecto de la dificultad de este nuevo agenciamiento ontológico de la individualidad capitalista, transformándola en individualidad-social, pero ¿quién hubiera pensado en los últimos años del Antiguo Régimen que en poco llegaría la Revolución?

En fin, si no logramos ayudar a la construcción de este escenario, a la actualización de esta potencia, volveremos atrás, tan atrás como los escenarios que prevé el capitalismo y que describimos al comienzo de nuestra contribución.

QUINCE AÑOS DESPUÉS: DEMOCRACIA E (IN)JUSTICIA EN LA HISTORIA RECIENTE DE AMÉRICA LATINA

Atilio A. Borón

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales / CLACSO

I. SOBRE MIRADAS, PERSPECTIVAS Y LA CUESTIÓN DE LA JUSTICIA

Unos quince años han transcurrido desde el momento en que varios estados latinoamericanos comenzaron a avanzar resueltamente por el sendero de la democratización. Un tanto más, veinte para ser más precisos, si se opta por fijar el inicio de la nueva ola democrática, o las así llamadas “transiciones” latinoamericanas, con el llamado a elecciones constituyentes en el Perú efectuado por el régimen de Morales Bermúdez en 1978.

Tiempo suficiente para intentar una evaluación de sus logros y de sus frustraciones, de sus realizaciones tanto como de las promesas incumplidas que aún permanecen en el “debe” de nuestras clases dirigentes. No se trata, como puede apreciarse, de ponderar la obra de un período gubernamental sino de calibrar los avances producidos luego de un lapso considerable de tiempo. En varios países de América Latina ya existe una generación que comienza a ejercer sus derechos políticos y que, o bien ha nacido en democracia, como en el caso del Perú, o lo hizo cuando el régimen autoritario predecesor se encontraba ya agonizando, como en la Argentina de inicios de los años ochenta. Las actitudes, valores y conductas de esta generación: su despolitización, su apatía, su desencanto por la promesa de la democracia, son claras señales de que no andamos por el buen camino.

El objetivo que anima nuestro trabajo es el de proponer una nueva mirada en torno a los procesos de democratización y redemocratización que han tenido lugar en América Latina. Una mirada, bien, pero: ¿desde dónde? Pregunta relevante que supone descartar desde el vamos la existencia de miradas neutras, desde “la ciencia” o desde un puro sujeto epistemológico, capaz de autoconcebirse como un espíritu tras-

centente herméticamente aislado de las condicionantes sociales –situación de clase, clima epocal, peculiaridades nacionales, inserción internacional, valores e ideologías, etc.– que inexorablemente configuran su visión del mundo. En contra de las pretensión: del viejo credo positivista –“dejar que los hechos hablen por sí mismos”– o de la increíble exhortación weberiana a constituir una ciencia social “libre de valores” (que el mismo Weber desoyó una y otra vez), no existen miradas neutras y carentes de perspectiva. El que mira siempre lo hace desde un lugar, por más refinamientos y recaudos metodológicos que adopte para minimizar las distorsiones que inevitablemente ocasione su punto de vista. La futilidad de tal empeño quedó demostrada en la agónica y fracasada tentativa weberiana, sin duda el proyecto más lúcido para fundar una ciencia social basada en una mirada “libre de valores”, es decir, carente de perspectiva.

Por eso, aquellos que presumen de poseer una mirada neutra –y lamentablemente todavía hay muchos en las ciencias sociales que se hallan en esa situación– no hacen otra cosa que asumir la perspectiva dominante en su propia sociedad y reformularla en el lenguaje de las ciencias sociales. De esta manera, la cultura y el “sentido común” construido por la hegemonía de las clases dominantes: las creencias y valores fundamentales de una sociedad, su definición de lo verdadero y lo falso, lo real y lo ilusorio, lo permanente y lo transitorio, lo moral y lo inmoral, lo posible y lo imposible, se introducen en la mirada del analista dando lugar a una visión supuestamente “natural y objetiva” del mundo y de las cosas. En la coyuntura actual y bajo la fenomenal hegemonía político-ideológica del neoliberalismo el mercado se convierte en “1a verdad de la economía” y su único criterio de realidad; la democracia liberal, con las limitaciones que le conocemos en la experiencia latinoamericana, se transforma en modesta verdad de la política; el capitalismo ahora aparece como el sinceramiento de la economía con la esencia “naturalmente” egoísta y adquisitiva del hombre; y, por supuesto, todo planteamiento teórico o práctico que intente cuestionar creencias tan sólidamente arraigadas como éstas aparece como una irrefutable demostración de insanía mental. Lo que en Francia se ha dado en llamar la “pensée unique” ha adquirido, en América Latina una fortaleza extraordinaria. (*Le Monde Diplomatique*, 1998) El reverso de la medalla lo constituyen la resignación y el desencanto políticos.

LA PERSPECTIVA DE LA JUSTICIA

Descartada la hipótesis de la mirada neutra, no sólo por imposible sino también por indeseable, digamos que la perspectiva desde la cual analizaremos los resultados de las transiciones democráticas es la que se construye desde el punto de vista de la justicia, entendida desde Platón a nuestros días como la suprema virtud de todo orden político. Hay, por supuesto, otras miradas posibles, en general todas “desde arriba”. En homenaje a la brevedad citemos simplemente las dos más populares en las ciencias sociales: el “acuerdo entre las elites”, que privilegia el consenso entre los grupos dominantes como patrón de evaluación de los logros de la democracia; o el “éxito económico”

—medido de muchas formas— que ofrece otra plataforma desde la cual observar y calibrar el desempeño de las jóvenes democracias latinoamericanas. Tales perspectivas ofuscan la visión de la totalidad, la que, por el contrario, se encuentra plenamente iluminada cuando se adopta el punto de vista de la justicia, que no mira al Estado y al proceso político desde arriba, desde abajo o desde el costado sino que lo hace desde una perspectiva totalizante y dialéctica. Si la justicia es un imperativo de toda polis, como lo recuerda Platón en las páginas iniciales de *La República*, lo es todavía mucho más cuando se trata de una polis democrática. Sería incongruente que la democracia, en cuanto forma política específica de organización de la ciudad, pudiera constituirse y desarrollarse alentando el logro de fines incompatibles con la suprema virtud de ésta. Sin embargo, es bien sabido que los grupos políticos y fuerzas sociales que dirigieron los procesos de transformación democrática en América Latina y el Caribe lejos de haber colocado el imperativo de la justicia en el tope de la agenda de las prioridades gubernamentales parecieran haberse esmerado por desentenderse por completo de ella.

La perspectiva de la justicia remite a un argumento irreductible al cálculo de costo/beneficio propio de toda transacción mercantil. Para nuestra desgracia, sin embargo, los regímenes democráticos de América latina adoptaron, bajo el influjo del neoliberalismo y sus supremos sacerdotes, los economistas neoclásicos (esa plaga de fin de siglo que azota a las sociedades latinoamericanas) el cálculo de costo/beneficio como el criterio fundamental en la elaboración de las políticas públicas. La pregunta que parecieran formularse nuestros líderes no es “¿qué es lo que un Estado democrático debe hacer?” sino esta otra, mezquina y digna de Shylock: “¿cuánto cuesta esta política?”. La respuesta, por supuesto, estará sometida a los dictámenes de las auditorías externas de rigor que no sólo calcularán el costo de las políticas en cuestión sino que, al mismo tiempo, se encargarán de recordarle al gobernante de turno, en caso que fuera necesario, cuáles son las “verdaderas” prioridades nacionales, eufemismo bajo el cual se ocultan los intereses de los grandes conglomerados capitalistas que dominan la economía mundial.

Este abandono de los criterios de justicia se revela claramente en la “mercantilización” de los procesos políticos de las democracias latinoamericanas. El viejo lenguaje de los “derechos ciudadanos” a la salud, la educación, la vivienda y la seguridad social, para no hablar sino de los casos más conocidos, ha sido reemplazado por la prolija jerga de la economía neoclásica y convertidos en “bienes” que, como todo otro bien de la economía, se transa en el mercado, se compra y se vende, y nadie puede invocar un derecho especial a adquirir un bien determinado. Así como sería insensato que un ciudadano pretextara que le asiste un derecho para vestirse con un traje de Armani, o para manejar una Ferrari, o para vacacionar en las Islas Seichelles, no menos insensata sería la demanda formulada al Estado exigiendo educación o salud gratuitas, o un régimen de seguridad social fundado en criterios no-mercantiles. El lento pero progresivo desplazamiento del lenguaje de los “derechos”, planteado y resuelto en el terreno de las instituciones públicas, al lenguaje de los “bienes”, conjugado en el ámbito de mercado, es un sutil indicador de la decadencia política de las democracias latinoamericanas, (Borón, 1998)

La democracia se convierte en una ficción, o una mentira piadosa, si no se apoya sobre una plataforma mínima de justicia. Si bien la justicia absoluta es imposible de alcanzar, un cierto mínimo de justicia –históricamente variable, por cierto– es absolutamente imprescindible para que una democracia digna de ese nombre sea históricamente viable. Conciente de esto Fernando H. Cardoso agudamente observó ya en los primeros tramos de las transiciones latinoamericanas desde el autoritarismo que “sin reformas efectivas del sistema productivo y de las formas de distribución y de apropiación de riquezas no habrá Constitución ni Estado de derecho capaces de eliminar el olor de farsa de la política democrática.” (Cardoso: 1985, p. 17) En conclusión: es muy improbable y más que problemática la sobrevivencia de la democracia en una sociedad desgarrada por la injusticia, con sus desestabilizadores extremos de pobreza riqueza y con su extraordinaria vulnerabilidad a la prédica destructiva de los demagogos. Un orden político asentado sobre un sistema productivo y formas de distribución y apropiación de la riqueza sumamente desiguales puede perdurar, pero su eventual persistencia nada tiene que ver con lo que en la literatura se conoce como “consolidación democrática”. Advertido acerca del tipo de sociedad requerido para sostener un régimen democrático Rousseau preguntaba:

“¿Queréis dar al Estado consistencia? Acercad los grados extremos cuanto sea posible: no permitáis ni gentes opulentas ni pordioseros. Estos dos estados, inseparables por naturaleza, son igualmente funestos para el bien común: del uno salen los fautores de la tiranía, y del otro los tiranos; siempre es entre ellos entre quienes se hace tráfico de la libertad pública, el uno la compra y el otro la vende.” [Rousseau: 1980, pp. 291-292].

En suma: para evaluar el desempeño de las nuevas democracias latinoamericanas es necesario poner sobre la mesa el tema tantas veces negado –por “ideológico”, “utópico”, normativo o improcedente– de la “buena sociedad”, y muy principalmente el de la justicia distributiva. Dicho de otro modo, preguntarnos hasta qué punto ese “olor de farsa” sagazmente detectado por Cardoso sobrevive o no luego que la pompa y las circunstancias de la democracia política hicieron su entrada. En este sentido quisiéramos manifestar nuestro desacuerdo con el “reduccionismo economicista” que, por ejemplo al evaluar los resultados de las “reformas orientadas al mercado” se entretienen en señalamientos acerca de tasas e índices de todo tipo mientras que se omite la pregunta fundamental, a saber: esta sociedad, reconstruida cruentamente desde el dogma neoliberal, ¿nos acerca de alguna manera al ideal de la “buena sociedad” existente en el imaginario colectivo? O, dicho de otro modo, la sociedad actual, ¿es mejor que la vieja sociedad “estadocéntrica, de economía cerrada y proteccionista, surcada por tendencias populistas y socializantes? Tomando en cuenta un conjunto de indicadores, y no tan sólo algunos índices macroeconómicos, nuestras democracias ¿cumplieron con las expectativas de crear una sociedad mejor?

Ante el avance imperialista del método de la economía neoclásica en las ciencias sociales, y muy especialmente en la ciencia política, es muy probable que estas preguntas sean machaconamente respondidas enarbolando los consabidos índices con los cuales la comunidad financiera internacional evalúa la estabilidad y solidez de los

mercados. Sin embargo, este consenso “conversacional” a la Rorty –consenso disciplinador que cuidadosamente excluye del atildado coro neoliberal toda voz disonante que pretenda participar en la imaginaria conversación sosteniendo otros valores que los mercantiles– no alcanza para ocultar que en la rica tradición de la teoría y la filosofía políticas se disponen de otros instrumentos para calibrar la conducta de los gobiernos y los logros, o frustraciones, de las democracias.

En todo caso, cualesquiera que sean los criterios específicos utilizados para juzgar el desempeño de las democracias y cualesquiera que sean las tecnicidades aplicables a dicho examen existe un elemento de fondo, inamovible, y que no puede ser soslayado: que tal como lo recordara Aristóteles en *La Política* un gobierno democrático debe necesariamente beneficiar a los pobres, por la simple razón de que en todas las sociedades conocidas hasta ahora éstos constituyen la mayoría, y la democracia es, según el filósofo, el gobierno de las mayorías. La fórmula lincolniana gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo ratifica con más contundencia todavía esta premisa aristotélica.

II. ¿DEMOCRACIAS O CAPITALISMOS DEMOCRÁTICOS?

LA PERNICIOSA HERENCIA DE LA CONCEPCIÓN SCHUMPETERIANA

Antes de proseguir nuestra marcha conviene hacer un alto en el camino para efectuar una clarificación necesaria. Hasta ahora hemos venido utilizando la expresión “democracia” (o “gobierno democrático”, o “estado democrático”) con la laxitud con que el término se emplea en las corrientes dominantes de la ciencia política contemporánea. La visión canónica adhiere, con mayores o menores recaudos, a la concepción schumpeteriana que como es bien sabido reduce el proyecto democrático a sus contenidos formales y procedimentales. Dado que hemos examinado extensamente este tema en otra parte no lo reiteraremos aquí. (Borón, 1991 (a)) En todo caso, conviene señalar que la matriz schumpeteriana (de la cual se derivan las diversas propuestas del *mainstream*) culmina exaltando los estrechos límites y ámbitos de las democracias capitalistas cual si éstos constituyeran en realidad la coronación de toda aspiración democrática. Es importante subrayar que el pensamiento de Joseph Schumpeter contiene dos errores que atentan fatalmente contra toda su argumentación: por una parte, ignora el contenido ético y normativo de la democracia, haciendo caso omiso del hecho de que ella es un componente crucial e imprescindible de cualquier propuesta acerca de la organización de una “buena sociedad” y no tan sólo un dispositivo administrativo o decisional que, según sus palabras, puede ser utilizado para decidir “democráticamente”, por ejemplo, si habrá de perseguirse a los cristianos, enviar las brujas a la hoguera o exterminar a los judíos. En el hueco formalismo schumpeteriano la democracia es un simple método y, como cualquier otro, “no puede

ser un fin en sí mismo.” (Schumpeter, p. 242) Aun el lector menos avisado no dejará de notar las radicales consecuencias que tiene este planteamiento: al convertir a la democracia en un simple medio, más o menos idóneo según los casos, para el logro de ciertos fines de los cuales se encuentra por completo dissociada se la termina vaciando de todo contenido. La desvalorización de la democracia producida en este enfoque es más que evidente: in extremis, la democracia es un instrumento que se autonomiza de fines y valores para convertirse en un puro modelo decisional al estilo de los que propone Peter Drucker en sus recomendaciones sobre el gerenciamiento de las empresas capitalistas exitosas. Sin embargo, nos parece que la democracia es algo más que eso.

Por otra parte, la matriz schumpeteriana ignora asimismo los procesos históricos concretos que desembocaron en la constitución de las “democracias realmente existentes”. Al proponer el abandono de lo que Schumpeter denominaba la “teoría clásica” de la democracia, y en la cual abrevaban autores tan diversos como Platón, Aristóteles Maquiavelo, Rousseau, Tocqueville y Marx, el economista austríaco proyectó una imagen paradisíaca de las secuencias históricas que, en un puñado de estados nacionales, culminaron con la constitución de la democracia. La naturaleza épica del proceso de construcción de un orden democrático, fue retratado con palabras conmovedoras por Alexis de Tocqueville:

“Todo este libro ha sido escrito bajo una especie de terror religioso, sentimiento surgido en el ánimo del autor a la vista de esta revolución irresistible que desde hace tantos siglos marcha sobre todos los obstáculos, y que aún hoy vemos avanzar entre las ruinas a que da lugar.” (Tocqueville, 1969: I, p. 12)

Sería sumamente sencillo encontrar en la tradición clásica pasajes como el de Toqueville que señalaran el carácter traumático que adquirió, aun en los países más desarrollados, pluralistas y tolerantes, la instauración de un orden democrático. Barrington Moore insistió persuasivamente sobre este punto en su clásico *Social Origins* al hablar de la ruptura violenta con el pasado como el rasgo fundamental marcador de la puesta en marcha de la reconstrucción democrática del estado en países como Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. (Moore, 1966)

Todo esto, por supuesto, se volatiliza en la construcción formalista de la tradición schumpeteriana, con lo cual no solamente se desnaturaliza por completo el concepto mismo de la democracia sino que se abre otra pregunta, igualmente inquietante: si ésta es algo tan sencillo como un simple método de organización de la decisión colectiva, ¿por qué razones la abrumadora mayoría de la humanidad vivió la mayor parte del tiempo bajo regímenes no-democráticos? ¿Por qué ha sido tan difícil su adopción y efectiva implementación? ¿Por qué ciertos formatos organizativos, la empresa capitalista y la sociedad por acciones, por ejemplo, adoptados sin mayores resistencias una vez impuesto el modo de producción capitalista mientras que la “forma democrática” generó guerras, luchas civiles, revoluciones y contra-revoluciones e interminables baños de sangre?

Estas dos críticas: el vaciamiento ético de la democracia y su inconsistencia en relación al proceso de construcción de las democracias “realmente existentes” son suficientes para hacer del rápido abandono de las posiciones schumpeterianas una

cuestión prioritaria a la hora de repensar creativamente la problemática de la democracia y la democratización.

¿DEMOCRACIA CAPITALISTA O CAPITALISMO DEMOCRÁTICO?

Un paso en esta dirección lo aporta una necesaria clarificación conceptual. En efecto, si el uso de la voz “democracia” a secas es distorsionante, o por lo menos ambiguo ¿democracia “de” quienes, “por” quienes, “para quienes”? –no lo es menos la expresión “democracia capitalista” (o “democracia burguesa”). Es por eso que nos parece que la manera más rigurosa y precisa de referirse al universo de las democracias “realmente existentes” es denominarlas (aun cuando de este modo se pueda ocasionalmente lesionar la elegancia del lenguaje) “capitalismos democráticos”. Veamos por qué.

Al hablar de “democracia” a secas se evaporan las enormes y muy significativas diferencias existentes entre: (a) la versión de la democracia tal como hizo su aparición en la Grecia clásica y quedara inmortalizada en la Oración Fúnebre de Pericles; (b) aquella que incipientemente se asomara en algunas ciudades italianas en los albores del Renacimiento, para luego ser aplastadas por la reacción aristocrático-clerical; y, por último, (c) los distintos modelos de democracia conocidos en el siglo XX en algunas sociedades capitalistas. Tal como lo hemos argumentado en trabajos anteriores, la democracia como forma de organización del poder social en el espacio público es inseparable de la estructura económico-social sobre la cual dicho poder se sustenta. Sus distintas modalidades de organización tanto dictatoriales o democráticas, o las seis formas clásicas del poder político plasmadas en *La Política* de Aristóteles se arraigan sobre el suelo de un modo de producción y un tipo de estructura social que le es propio, todo lo cual torna sumamente impreciso y confuso un discurso que hable sobre la “democracia” sin otras calificaciones. En efecto, ¿de qué democracia se habla? ¿De una democracia basada en la esclavitud, como en la Grecia clásica? ¿O de aquella que prosperaba en los islotes urbanos rodeados por el océano de la servidumbre feudal, y en la cual el pópulo minuto pugnaba por ser algo más que una masa de maniobra del patriciado oligárquico de Florencia y Venecia? ¿O de las democracias sin sufragio universal y sin voto femenino de la Europa anterior a la Primera Guerra Mundial? ¿O de las “democracias keynesianas” de la segunda posguerra?

Es a causa de esta desconcertante ambigüedad, que pone en cuestión la supuesta univocidad de la “democracia burguesa”, que un autor con evidentes inclinaciones neoliberales como Enrique Krauze hiciera un encendido alegato en favor de una democracia “sin adjetivos”. (Krauze, 1986: pp. 44-75) . Su exhortación, sin embargo, cayó en el vacío: un reciente análisis de la literatura hecho por David Collier puso al descubierto la enorme proliferación de “adjetivos” que en la ciencia política son empleados para calificar al funcionamiento de los regímenes democráticos, al extremo que existen más categorizaciones conceptuales que regímenes democráticos. (Collier, 1995). No obstante ello, la adjetivación de la democracia aun cuando para tal efecto se

empleen términos “fuertes”, o muy cargados de significación, como “capitalismo” o “socialismo” no termina de resolver el problema sino que apenas sirve para colocar un elemental taparrabos que no impide constatar que el rey está desnudo.

Y esto es así porque aun cuando la estrategia teórica consistente en la colocación de un conveniente adjetivo a la palabra democracia permita temporariamente salir de apuros, la verdad es que el problema de fondo permanece irresuelto. Tomemos por ejemplo la expresión “democracia capitalista.” ¿Qué significa, precisamente? Algunos podrán alegar que por medio de este expediente se califica la “democraticidad” de la democracia en cuestión, lo que remite al problema más amplio de las relaciones entre capitalismo y democracia y, más específicamente, al tema de los límites que aquél erige a la expansividad de la democracia. No obstante, este planteamiento, hecho de buena fe por muchos (¡aunque con una nada inocente ambigüedad por otros!) que se sienten incómodos ante las flagrantes injusticias del capitalismo y las limitaciones de sus expresiones democráticas, es esencialmente incorrecto: descansa sobre el supuesto a todas luces falso, de que en este tipo de régimen político el componente “capitalista es un mero adjetivo que apenas si califica el funcionamiento de la democracia, aun los casos en donde ésta haya alcanzado su mayor desarrollo.

No es necesario ser sumamente perspicaz para percibir los alcances de esta auténtica “inversión hegeliana” de la relación economía/sociedad civil/política contenida en esta expresión y sus claras connotaciones apologéticas de la sociedad capitalista. A partir de la formulación que estamos analizando la democracia se convierte en la sustancia de la sociedad actual, adjetivizada por un dato accidental o “contingente”: ¡da menos que el capitalismo!, que pasa así a ocupar un discreto lugar detrás de la cena política, “invisibilizado” como fundamento estructural de la sociedad contemporánea y, por lo tanto, acreedor de sus logros pero también responsable ineludible sus injusticias y múltiples depredaciones. Pero hay más. Como bien lo observara el filósofo mexicano Carlos Pereyra la expresión “democracia burguesa” es “un concepto monstruoso” debido a que “esconde una circunstancia decisiva de la historia contemporánea: la democracia ha sido obtenida y preservada, en mayor o menor medida a distintas latitudes, contra la burguesía.” (Pereyra: p. 33). Doble dificultad, por lo tanto, de la adjetivación de marras: en primer lugar, la que surge de atribuirle gratuitamente a la burguesía una conquista histórica como la democracia, que fue obra de seculares luchas populares precisamente en contra de la aristocracia y la monarquía primero y luego en contra de la dominación del capital, que para impedir o retardar el triunfo democrático apeló a todos los recursos imaginables, desde la mentira y la manipulación hasta el terror como sistema, epitomizado en el Estado nazi; en segundo lugar, porque si se acepta la expresión “democracia burguesa” lo propiamente “burgués” se convierte en un dato accidental y contingente, una especificación de tipo accesorio sobre una esencia fetichizada, la democracia, cuyo valor permanecería inmutable más allá de los avatares concretos de su existencia.

¿Qué hacer entonces? No se trata de adjetivar o dejar de adjetivar, sino de invertir los términos de la relación y abandonar el callejón sin salida del neohegelianismo.

Por eso una expresión como “capitalismo democrático” recupera con más fidelidad que la frase “democracia burguesa” el verdadero significado de la democracia al subrayar que sus rastros y notas definitorias elecciones libres y periódicas, derechos y libertades individuales, etc., son, pese a su innegable importancia, formas políticas cuyo funcionamiento y eficacia específica no bastan para eclipsar, neutralizar y mucho menos disolver la estructura intrínsecamente antidemocrática de la sociedad capitalista. (Borón, 1997, p. 45-87; Meiksins Wood, 1995: 204-237) Esta estructura define límites insalvables para la democracia, que reposa sobre un sistema de relaciones sociales que gira en torno a la incesante reproducción de una fuerza de trabajo que debe venderse en el mercado como una mercancía para garantizar su mera supervivencia. De ahí que se hable de la “esclavitud” del trabajo asalariado, que debe volcarse al mercado a buscar trabajo, a tratar que le “den” trabajo para de esa forma poder vivir y asegurar la sobrevivencia de su familia. Mientras que el esclavo era “obligado” a trabajar, y a tales efectos su amo le garantizaba una alimentación y cuidados mínimos, el moderno trabajador (aun los de cuello blanco) se encuentra en una situación mucho más precaria y en muchos casos, como ocurre en Latinoamérica, ni siquiera encuentra un comprador de su fuerza de trabajo a cambio de un plato de comida.

Todo lo anterior demuestra cómo los trabajadores en la sociedad capitalista se encuentran en una situación de inferioridad estructural puesto que necesariamente deben vender su propia fuerza de trabajo, y tener la buena fortuna, de hallar a alguien que quiera comprarla, para poder subsistir. El reverso de la moneda está dado por el hecho de que quienes tienen condiciones de adquirir tal mercancía, los capitalistas, se instalan en una posición de indisputado predominio en la cúspide de este sistema. El resultado es una dictadura de facto de los capitalistas sobre los asalariados, cualesquiera que sean las formas sociales y políticas como la democracia de las cuales aquella se revista y bajo las cuales se oculte. De ahí la tendencial incompatibilidad existente entre el capitalismo como formación social y la democracia concebida, como en la tradición clásica de la teoría política, en un sentido más amplio e integral y no tan sólo en sus aspectos formales y procedurales. Es precisamente por esto que le asiste enteramente la razón a Ellen Meiksins Wood cuando se pregunta, en un magnífico ensayo rico en sugerencias teóricas: ¿podrá el capitalismo, es decir, una estructura inherentemente opresiva y despótica, sobrevivir a una plena extensión de la democracia concebida en su sustantividad y no en sus procesualidad? [Meiksins Wood: 1995, pp. 204-237]. La respuesta, claramente, es negativa.

CRITERIOS FUNDAMENTALES DE UNA CONCEPCIÓN INTEGRAL Y SUSTANTIVA DE LA DEMOCRACIA

Una concepción integral y sustantiva de la democracia coloca de inmediato sobre el tapete la cuestión de la relación entre socialismo y democracia. Sería temerario de nuestra parte intentar abordar esta discusión aquí y ahora. Bástenos de momento con

recordar las penetrantes reflexiones de Rosa Luxemburgo sobre este tema. Su originalidad radica, precisamente, en que recuperan el valor de la democracia pero sin legitimar al capitalismo ni arrojar por la borda el proyecto socialista. En sus propias palabras:

“Siempre hemos distinguido el núcleo social de la forma política de la democracia burguesa. Siempre hemos revelado el núcleo duro de desigualdad social y falta de libertades que se oculta bajo la dulce envoltura de la igualdad y las libertades formales. Pero no para rechazar estas últimas sino para impulsar a la clase trabajadora a no conformarse con la envoltura sino a conquistar el poder político; a crear una democracia socialista para reemplazar a la democracia burguesa, no a eliminar a la democracia.” (Luxemburg, p. 393)

El planteamiento de Rosa Luxemburgo, por lo tanto, sortea con justeza tanto las trampas del vulgomarxismo que al rechazar al capitalismo democrático terminaba repudiando in toto la sola idea de la democracia y justificando el despotismo político como las del “postmarxismo” y las distintas corrientes inspiradas en el liberalismo que mistifican a los capitalismo democráticos hasta convertirlos en paradigmas únicos y excluyentes de la “democracia” a secas.

Teniendo en cuenta este razonamiento nos parece que una teorización superadora de los vicios del formalismo y procedimentalismo schumpeterianos debería considerar a la democracia como una síntesis de tres dimensiones inseparables y amalgamadas en una única fórmula:

- a) la democracia como condición de la sociedad civil. Esto supone una formación social caracterizada por un nivel relativamente elevado, aunque históricamente variable, de bienestar material y de igualdad económica y social, lo que permite el pleno desarrollo de las capacidades e inclinaciones individuales así como de la infinita pluralidad de expresiones de la vida social;
- b) La democracia también supone el efectivo disfrute de la libertad por parte de la ciudadanía. La libertad no puede ser tan sólo un “derecho “formal” brillantemente sancionado en decenas de constituciones latinoamericanas o en la legislación de los distintos países que, en la vida práctica, no cuenta con las menores posibilidades de ser ejercitada. Una democracia que no garantiza el pleno goce de los derechos que dice consagrar en el plano jurídico se convierte, como decía Fernando H. Cardoso, en una farsa.

En todo caso, aún cuando las dos “condiciones sociales” precedentes son necesarias ellas no son suficientes para por sí solas garantizar la existencia de un estado democrático. Puede haber otros resultados también, alejados del ideario de la democracia. Para que ello no ocurra hace falta una tercera condición, que es la siguiente:

- c) la existencia de un conjunto complejo de instituciones y reglas del juego claras inequívocas, que permita garantizar dentro de ciertos límites, por supuesto, el carácter incierto de los resultados del proceso político tanto en el plano decisonal como en el puramente electoral. Tal incertidumbre, según Adam Przeworski, es de las marcas centrales que caracteriza a los estados democráticos. (Przeworski 1985: 138-145)

Habría que advertir, sin embargo, que tal “incertidumbre” tiene un alcance bien acotado dado que en los capitalismos democráticos, aun en los más desarrollados, las partidas más cruciales y estratégicas se juegan con “cartas marcadas”. Repetimos: no todas las partidas, pero sí las más importantes se juegan con suficientes garantías como para que el ganador sea perfectamente previsible (y aceptable), o en caso de no serlo que el resultado del juego sea irrelevante en términos de su capacidad para afectar los intereses fundamentales de las clases dominantes, tal como ocurre, por ejemplo, con el bipartidismo norteamericano. No se conoce un sólo país capitalista donde el estado hubiera convocado a un plebiscito popular para decidir si la economía debe organizarse sobre la base de la propiedad privada o de empresas estatales; o, por ejemplo, en América latina para decidir qué hacer con la deuda externa o las privatizaciones. Cuando la burguesía apostó a su propia hegemonía y convocó un plebiscito para decidir sobre la política de privatizaciones en el Uruguay lo perdió. La lección ya fue aprendida. En otras palabras: incertidumbre sí, pero relativa. Elecciones sí, pero apelando a toda clase de recursos, legales y legítimos y sobre todo de los otros, para manipular el voto y evitar que el pueblo “se equivoque”. Además, no sólo los juegos se juegan con “cartas marcadas”; otros ni siquiera se juegan...

En todo caso, y para resumir, ésta sería pues la condición “político-institucional” de la democracia, una vez más, condición necesaria pero no suficiente porque una democracia sustantiva o integral no puede sostenerse ni sobrevivir por demasiado tiempo, aun como régimen político, si sus raíces se hunden sobre un tipo de sociedad caracterizada por estructuras, instituciones e ideologías antagónicas y/u hostiles a su espíritu.

En conclusión, desde una perspectiva que define a la democracia con criterios sustantivos podría decirse que ésta sólo puede existir una vez que se satisfagan las tres condiciones enunciadas más arriba. “Discutir sobre la democracia sin considerar la economía en la cual esta democracia debe funcionar decía Adam Przeworski es una operación digna de un avestruz. (Przeworski, 1990: p. 102) En términos reales y concretos los capitalismos democráticos, aun los más desarrollados, apenas si llenan algunos de esos requisitos: sus déficits institucionales son bien conocidos; sus tendencias hacia una creciente desigualdad y exclusión social son evidentes y el disfrute efectivo de los derechos y libertades se distribuye de manera sumamente desigual entre los diferentes sectores de la población. (O'Donnell, 1994)

III. UNA OJEADA A LA EXPERIENCIA RECIENTE DE AMÉRICA LATINA

EL MARCO HISTÓRICO-ESTRUCTURAL DEL CAPITALISMO POST-KEYNESIANO

Si hubiese podido contemplar la escena latinoamericana de estos años Nicolás Maquiavelo habría sin duda comentado, con la fina ironía que lo distinguía, que a nues-

tros países no los acompañó la fortuna y que, para colmo, nuestros príncipes no se caracterizaron demasiado por hacer gala de la virtud exigida en circunstancias tan críticas como las actuales. Dejemos de lado lo segundo y concentrémonos, por un momento, en el tema de la fortuna. El comentario del florentino seguramente se habría apoyado en la siguiente constatación: América latina tuvo la desgracia de iniciar el camino de la recuperación de su democracia precisamente en el momento en que en el capitalismo metropolitano comenzaba el auge neoconservador encabezado por Margaret Thatcher y Ronald Reagan. No sólo esto: los ochentas son también los años en los que se resuelve doctrinariamente y a nivel de políticas públicas el impasse dejado por la crisis del keynesianismo y se produce el deplorable “retorno de los muertos vivos” materializado en la inaudita actualidad e influencia adquiridas por las políticas económicas neoliberales: liberalización de los mercados, desmantelamiento del estado, apertura indiscriminada, desregulación, especulación financiera, etc., que por inservibles, habían sido arrojadas al desván de los trastos viejos tras la Gran Depresión de 1929. Si a esto le agregamos la crisis de la deuda, que estallara precisamente en esta parte del mundo en agosto de 1982 configuraríamos un cuadro por cierto nada favorable al establecimiento de un capitalismo democrático en la periferia.

En otro lugar hemos ensayado una comparación entre los procesos de reconstrucción democrática en Europa Occidental y América latina. (Borón, 1991 (a): pp. 180-195). Es suficiente por ahora con recordar algunos de los principales contrastes, y la desventaja que éstos representaron para América latina. Los europeos acometen aquella empresa en un marco económico extraordinariamente expansivo, en realidad, el “cuarto de siglo de oro” en quinientos años de historia capitalista: nunca tantas economías crecieron a tasas tan elevadas durante tanto tiempo. Ese período se agotó a mediados de los setenta y nadie, ni el más alucinado optimista, predice que algo similar pueda aguardarnos en el futuro previsible. Los países latinoamericanos, por el contrario, retoman el rumbo hacia la democratización de sus capitalismo en un cuadro en el cual se combina la tenacidad de las tendencias recesivas de la economía mundial con tímidos y efímeros brotes de crecimiento que tienen lugar en algunos países industrializados, en una situación que ya se extiende por dos décadas.

Por otra parte, durante el apogeo del keynesianismo la prioridad de los estados era el combate contra el desempleo. Las memorias de la infausta década del treinta donde el desempleo de masas vino acompañado por la depresión y los horrores del fascismo y la guerra y la presencia amenazante de la Unión Soviética y los grandes partidos de la izquierda europea, socialistas y comunistas, reforzó aún más la necesidad de aplicar políticas económicas y sociales que no sólo fuesen efectivas para combatir el desempleo sino también para dinamizar la demanda y asegurar la paz social. El keynesianismo fue la expresión teóricamente sublimada de esta nueva situación, dotar de poderosos justificativos a la continua expansión del Estado, el manejo del del déficit público como un instrumento de política económica, la necesidad de regular el funcionamiento de los mercados, combatir la especulación financiera practicando, palabras de Keynes, “la eutanasia del rentista” y las políticas de redistribución de ingresos.

A nadie se le escapa que en el clima político ese las “afinidades de sentido” entre la conducta del Estado inspirada en los postulados del keynesianismo y las expectativas ciudadanas frente a la reconstruida democracia política no podían ser acentuadas.

Bien distintas han sido las condiciones bajo las cuales América latina debió encarar la formidable tarea de democratizar, hasta donde fuera posible, las estructuras del capitalismo periférico. El “clima ideológico” difícilmente podría haber sido más adverso, producto de la formidable hegemonía que el “pensamiento único” ejerce sobre la dirigencia política, gobiernos y oposiciones por igual, con algunas honrosas excepciones y el que merced a la mediación de muchos de los intelectuales de la región también hace sentir sobre la opinión pública en general. Las dificultades económicas objetivas, en buena parte derivadas del descalabro producido por la deuda externa y las complicaciones que emanan del rumbo caótico seguido por la economía mundial en los últimos años reforzaron considerablemente la vigencia de la ortodoxia neoliberal y nuestros gobiernos parecen trágicamente empeñados en tratar de apagar el incendio arrojando gasolina a las llamas. Ante este panorama, traducido entre otras cosas en un demencial achicamiento del Estado (¡en una región del planeta donde casi la mitad de la población carece de acceso a agua potable y drenajes y una proporción semejante depende por completo del hospital público!) las políticas neoliberales no han hecho sino agravar la situación. En todo caso, es preciso convenir que el nuevo credo dominante enarbola una agenda de prioridades en donde temas tales como el “pleno empleo” y la paz social, la estimulación de la demanda y la intervención estatal se convirtieron en verdaderos tabúes acerca de los cuales no se puede siquiera hablar. La prioridad máxima, a la cual se subordinan todas las demás, es el pago de la deuda externa, para lo cual es preciso brindar todo tipo de facilidades, ventajas y prerrogativas a los capitalistas locales y foráneos a los efectos de “seducirlos” para que inviertan en el país. Creemos que no es exagerado afirmar que el capitalismo keynesiano fue un período excepcional en el cual el capitalismo produjo sus frutos más esplendorosos en términos de derechos sociales y económicos y en lo concerniente a la calidad de la ciudadanía que era capaz de sostener. Más de lo que dio en aquellos años no volverá a dar. Luego de su crisis volvimos a la normalidad capitalista: la superexplotación, la desigualdad, la descuidadización. En una palabra: a sus formas más reaccionarias y salvajes. Obviamente, en este nuevo marco histórico-estructural y con la clase de políticas que se están implementando es muy difícil hacer que la democracia pierda “ese olor a farsa” que señalaba premonitoriamente Fernando H. Cardoso a mediados de los años ochenta.

PAISAJE DESPUÉS DE LA TRAGEDIA

El escepticismo acerca del futuro de las democracias latinoamericanas luego de los trágicos experimentos llevados a cabo por los gobiernos neoliberales de la región se fundamenta en el verdadero holocausto social que éstos produjeron en la región. Por

supuesto, este es un tema del cual no se habla, que es considerado de “mal gusto” o como una vergonzosa e intolerable regurgitación de un romanticismo populista o socialista que no condice con la parsimonia y la flema que el neoliberalismo y la cultura posmoderna han instalado como modelos de conducta, sobre todo y con mucho éxito entre los beneficiados, directa o indirectamente, por la reestructuración capitalista en curso. No es un dato anecdótico recordar que entre éstos se cuentan muchos que en un pasado no demasiado lejano canalizaban su fervoroso dogmatismo en otras direcciones, menos redituables que la que hoy con generosidad ofrece el neoliberalismo.

Es por eso que ante cada nueva vuelta de tuerca de la crisis lo único que se escuchan son otras tantas exhortaciones a “profundizar” el modelo, como si los ingentes costos sociales que éste ha insumido no fueran suficientes. Esto nos confronta, de manera inescapable, ante un problema sumamente preocupante: los nocivos efectos que el monopolio de los medios de comunicación tiene sobre la conciencia pública y sobre la construcción de la agenda del debate político en los países de la región. Dado que el proceso de concentración monopólica favorecido por las políticas neoliberales se manifestó con singular intensidad en el terreno de los medios no sorprende demasiado comprobar cómo la actitud de éstos ante los problemas y cimbronazos del ajuste, sea la de explorar con cautela los paliativos posibles y tolerables dentro de los marcos generales del nuevo orden, cuidándose muy bien de socavar con sus informaciones y mucho menos con sus análisis los fundamentos ideológicos sobre los cuales reposa el consenso neoliberal. Es cierto que dependiendo de los países hay algunas excepciones y matices de importancia, pero en general la línea es ésta. La pregunta es hasta qué punto un orden democrático no es incompatible con una estructura de medios de comunicación de masas tan altamente oligopolizada como la que hoy existe en América latina. El caso de las telecomunicaciones es altamente ilustrativo: en la Argentina los dos principales grupos multimedia del país controlan el 60 % de la televisión por cable, proporción que llega al 80 % si se suman otros dos grupos menores. Aparte de ello estos grupos manejan casi sin contrapeso la televisión abierta, tienen una presencia decisiva en los medios gráficos y en las radios AM y FM. En el Brasil la preponderancia de los dos gigantes multimedios, el Grupo O Globo y el Grupo Abril, es comparable a la de sus pares de la Argentina, mientras que la experiencia de Chile y Uruguay se inscribe, si bien de manera un tanto más atenuada, en la misma tendencia. (Seoane pp. 8-11) El caso mexicano presenta algunos matices dado que si bien la abrumadora preponderancia del Grupo Televisa en el ámbito televisivo parecería ser superior a de sus pares sudamericanos, a diferencia de éstos no ha logrado una implantación semejante en los medios gráficos y la radiotelefonía.

De lo anterior se desprende una segunda fuente de preocupaciones: ¿cuál es la responsabilidad que le cabe a los científicos sociales y más genéricamente, a los intelectuales ante la gravísima situación social imperante en América Latina? ¿Cómo explicar la resignación y la apatía, cuando no la abierta indiferencia, que parecerían reinar en la academia? Es cierto que sería absurdo esperar de estos grupos desempeñen un papel mesiánico. Pero, ¿es menos absurda acaso la bajísima presencia pública que otra vez

con algunas excepciones, hacen de las ciencias sociales latinoamericanas un testigo ciego, sordo y mudo ante realidades cuyo dramatismo y nefastas consecuencias sobre la calidad de nuestra vida social no pueden pasar inadvertidas para los especialistas en estas materias? No es este el momento de examinar las razones de esta ausencia de las ciencias sociales en el debate público latinoamericano. Hay diferencias nacionales, es cierto, pero en general el panorama no varía sustancialmente de país en país, y esto constituye un problema para nuestras sociedades pero también es un síntoma, y muy grave, sobre lo que está ocurriendo en la academia y sobre lo que nos está ocurriendo a nosotros mismos.

“América latina es la región con la peor distribución de ingresos del mundo”. Frases como éstas se encontraban en el pasado sólo en boca de líderes de izquierda. Fidel Castro, Ernesto “Ché” Guevara, y Salvador Allende fueron algunos de los que las pronunciaron. Hoy, por uno de esos retruécanos de la historia, la izquierda permanece cabizbaja y en silencio, avergonzada por la caída del Muro de Berlín y la putrefacción del modelo soviético, sin palabras ante la caída del “otro muro”, el que impidió por un cuarto de siglo que el capitalismo hiciera aflorar sus tendencias más retrógradas y reaccionarias. Por eso la frase de marras la pronuncian ahora Enrique Iglesias, Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo; o James Wolfensohn, Presidente del Banco Mundial; o Michel Candessus, Director Gerente del Fondo Monetario Internacional. La razón es bien simple: la realidad es tan agobiante que es imposible resistir a la necesidad de por lo menos decirla, como si de ese modo se conjurasen todas las fuerzas necesarias para acabar con una situación intolerable.

En América Latina la distribución del ingreso ha sido tradicionalmente regresiva pero en épocas recientes hubo dos factores que contribuyeron a acentuarla. Por un lado, la debacle económica que sobrevino al estallido de la crisis de la deuda y al agotamiento del viejo modelo de acumulación basado en la sustitución de importaciones; por el otro, las medidas de “ajuste y estabilización” puestas en práctica para enfrentar a la crisis. De ahí que la CEPAL haya reconocido explícitamente esta situación, que canceló gran parte del progreso logrado en el combate contra la pobreza durante los años sesentas y setentas. Luego de quince años de políticas neoliberales, en donde demagógicamente se exhortaba a la población a tener paciencia y a confiar en el inexorable “derrame” de la riqueza hacia abajo, hoy podemos comprobar que tal resultado no sólo no se ha producido sino que la situación ha empeorado. Hay más pobres que antes y el hiato separando ricos de pobres se ha acrecentado. “En los países con la distribución del ingreso más concentrada”, observa la CEPAL, el 10 % más rico de los hogares perciben el 40 % del total de la riqueza. (CEPAL, 1994: p. 1) Además, habría que llamar la atención al hecho de que la distribución del ingreso adquirió rasgos más regresivos inclusive entre aquellos países en los cuales, según la “comunidad financiera internacional” el programa de ajuste estructural “funcionó bien”, como México, Chile y la Argentina.

a) Chile

Cabe recordar en este sentido que durante un tiempo el Banco Mundial se empeñó en señalar que México y Chile eran los países “modelo”, cuyas políticas debían ser imitadas por quienes quisieran recoger los mismos éxitos que aquellos. Luego de la crisis del Tequila las publicaciones del Banco Mundial sacaron discretamente de la vitrina al “modelo” de México, convertido de la noche a la mañana en algo completamente impresentable, e insistieron en cantar sus loas al caso chileno, explícitamente elevado a la categoría de “modelo” a imitar en un documento elaborado hace unos años por el BM. (Edwards, 1993) Cabe señalar que en dicho documento se omiten tres “nimiedades” que tienen como resultado una profunda desnaturalización de lo que realmente fue la experiencia chilena: (a) se soslaya por completo que en Chile no se privatizó lo esencial: la empresa estatal creada por el gobierno socialista de Salvador Allende para explotar los yacimientos de cobre –y que, como decía el extinto presidente, aportaba “el sueldo de Chile”– ha seguido en manos del Estado hasta el día de hoy, lo que canaliza hacia las arcas del fisco casi la mitad de los ingresos totales producidos por las exportaciones chilenas; (b) que a diferencia del resto de América latina, en Chile el tamaño del Estado, medido como la proporción del gasto público de todos los niveles del gobierno (nacional, regional y comunal) sobre el PBI, ha venido creciendo en los últimos quince años a punto tal que el estado chileno se ha convertido en uno de los más grandes de América Latina, si no el más grande, dejando atrás a otros países otrora mucho más “estatizados” que Chile; (c) por otra parte, en lo concerniente a la desregulación financiera se observa una situación análoga: si en la mayoría de América latina el flujo financiero se ha desregulado casi por completo, en Chile los movimientos internacionales de capitales se encuentran sujetos a importantes restricciones. Una parte considerable del capital que ingresa al mercado chileno, el 30%, queda inmovilizado en manos del Banco Central sin producir ningún tipo de remuneración, y sólo el resto puede invertirse en operaciones bursátiles. Además, y tal vez lo más importante, dichas inversiones deben permanecer en el país por lo menos un año. (Cufre, 1997: p. 14) Por lo tanto, no debe sorprendernos el hecho que, a diferencia de los regímenes altamente liberalizados de Argentina y Brasil, el llamado “efecto tequila” haya pasado desapercibido en Chile mientras producía estragos en otras economías latinoamericanas. Pese a todo estas peculiaridades del “modelo chileno” –en materia de privatización, gasto público y desregulación financiera– parecen no haber llamado la atención de los siempre atentos economistas del Banco Mundial. Tampoco se ha reparado en un hecho bien significativo: gran parte del dinamismo exportador chileno reposa sobre un proceso de modernización agrícola que dio origen a una nueva capa de agresivos empresarios rurales, surgidos de la reforma agraria iniciada por Eduardo Frei y completada, pese al hostigamiento de la derecha chilena, por el presidente Salvador Allende. En el documento ya aludido –que incluye una sección temerariamente denominada “Chile como un modelo”– Sebastián Edwards, Economista Jefe del BM, prefirió ignorar estas minucias y ni siquiera les asigna un lugar en una modesta nota a pie de página, todo lo cual plan-

tea serias cuestiones relativas a la competencia profesional y/o a la integridad moral de algunos miembros del staff del BM. (Edwards, 1993: 34-35)

En el caso particular de Chile las tendencias hacia una concentración regresiva del ingreso son sumamente acentuadas, poniendo de relieve los enormes costos sociales incurridos por la aplicación de las políticas “orientadas hacia el mercado”. En 1988, es decir, quince años después de haber iniciado la reestructuración económica, el ingreso per cápita y los salarios reales eran apenas levemente superiores de lo que habían sido en 1973, a pesar de los altos niveles de desocupación padecidos por los trabajadores –15% como promedio entre 1975 y 1985, con un pico de 30% en 1983 supuestamente como el necesario trago amargo para el posterior disfrute de los beneficios del progreso económico. Al comienzo del reciente *boom* de la economía chilena, en el bienio 1985-86, la participación de los asalariados en el ingreso nacional era del 34.8%. Cuando el auge maduró, en 1992-93, dicha participación cayó al 33.4 %. (Bermúdez, 1996, p. 2) Entre 1970 y 1987 la proporción de hogares con ingresos por debajo de la línea de pobreza creció del 17 al 38%, y en 1990 el consumo per cápita de los chilenos era todavía inferior al que habían accedido en 1980. (Meller, 1992) Informes oficiales indican que en el primer turno del gobierno democrático la pobreza descendió al 27% cifra que siendo promisoría aún es casi el doble de la que existía en los comienzos del gobierno de Salvador Allende en 1970. Una investigación independiente de la anterior, comentada en el excelente libro de Tomás Moulián, demuestra que dentro de una muestra de 62 países ordenados por un indicador de equidad a comienzos de los 90 el Chile del “milagro” ocupa el lugar 54, sólo superando en dicha muestra a Sudafrica, Lesotho, Honduras, Tanzania, Guinea Ecuatorial, Panamá, Guatemala y Brasil. Moulián también observa que pese al aumento del gasto social efectuado por los gobiernos de la Concertación la tendencia de la distribución de ingresos per cápita continuó su marcha polarizante, llegando a una diferencia de casi 40 veces entre el primero y el último decil. (Moulián, 1997: pp. 93-96) En la década de los ochentas, cuando se afianza el “milagro chileno”, la desigualdad económica tal como resulta medida a partir del coeficiente de Gini, se incrementó en Chile desde un valor de 0.52 a 0.57, sólo superado por Brasil (que registró un índice igual a 0.63) y Guatemala y Honduras, cuyos índices fueron de 0.59, mientras que los restantes 14 países latinoamericanos incluidos en el estudio exhibieron índices de desigualdad económica menores que los de Chile. (World Bank, 1993: pp. 16 y 23) Seguramente habrá sido a causa de este penoso desempeño en materia social que un reciente documento de la CEPAL expresó su beneplácito ante las “importantes mejoras” experimentadas por los salarios mínimos urbanos en Chile entre 1990 y 1992, al haber recuperado en este último año el poder de compra que habían alcanzado... ¡en 1980! (CEPAL, 1994, p. 10)

b) Argentina

En el caso argentino las cosas distan de ser más edificantes o promisorias que de otro lado de la cordillera. Las gravísimas limitaciones del Plan de Convertibilidad se

han vuelto evidentes. Es cierto: no hay inflación en la Argentina, pero ello no obedece a factores genuinos sino a, parafraseando a Alan Greenspan, la “exuberancia de los mercados financieros” que durante todos estos años continuaron ingresando a la Argentina atraídos por las posibilidades de realizar fenomenales ganancias en operaciones especulativas y de muy corto plazo. El resultado ha sido la total enajenación de patrimonio público y el alucinante aumento de la deuda externa, pese a que cuando el país firmó el ingreso al Plan Brady tanto el ministro Domingo Cavallo como el presidente Carlos S. Menem aseguraron *urbi et orbi* que el problema ya estaba controlado. En esos momentos la Argentina debía a sus acreedores externos 62.000 millones de dólares. Hoy, luego de haber cumplido puntualmente con todos los compromisos acordados el monto de la deuda es de 102.000 millones de dólares. Por otra parte, la significativa recesión de grandes segmentos del mercado interno coadyuvó a mantener la paridad cambiaria y a abatir la inflación hasta niveles desconocidos en la Argentina. Pese a que los índices macroeconómicos demuestran que se ha recuperado el sendero de un vigoroso crecimiento los frutos del mismo se concentran cada vez con mayor intensidad en el bloque dominante hegemónico por el capital financiero internacional y sus socios locales. Mientras tanto, hay indicios alarmantes que revelan un dramático empeoramiento de la situación económica y social: la desocupación, cuyas tasas actuales ... ¡quintuplican el promedio histórico de la Argentina!; el aumento de la pobreza y la pauperización de las clases medias evidentes no sólo entre los desocupados sino aun entre quienes tienen empleo pero cuyos salarios son insuficientes para sobrevivir en la carísima economía argentina.

Los datos recientemente dados a conocer de la Encuesta Permanente de Hogares revelan que el 50% de los hogares argentinos (en donde se suma el ingreso de todos los que trabajan en el grupo familiar) percibe menos de 900 pesos mensuales mientras que el costo de la canasta familiar para la familia tipo (padre, madre y dos hijos) está calculado en 1.096 pesos mensuales y el salario promedio de los trabajadores alcanza los 450 pesos. (Godio, 13) Un análisis centrado en las transformaciones de mediano plazo ocurridas en este ámbito demuestra que, en el Gran Buenos Aires, entre 1975 y 1998 “la participación del 10% más pobre de la población sobre el total de los ingresos de la región cayó un 51%, pasando del 3.1 al 1.5%” mientras que aquellos ubicados en el extremo superior vieron acrecentar su participación en un 49%, pasando del 24.6% que tenían al inicio del período al 36.7% en el año 1998. (López, p. 12). Según informa López, la llamada “línea de pobreza” que periódicamente calcula el propio Ministerio de Economía fue fijada para mayo de 1998 en 490 pesos mensuales. Sin embargo, una estimación independiente y mucho más “realista” que la efectuada por el Ministerio de Economía determina que la canasta básica tiene un valor que es más del doble de lo estipulado por la “línea de pobreza”. Si se toman en cuenta las cifras relativas a la distribución del ingreso por tramos resulta, según López, que “el 20% de la población argentina, 7.224.987 ciudadanos, debe afrontar sus gastos mensuales disponiendo en promedio de dos pesos por día.” (ibid., p.12) Por otra parte, la evolución del coeficiente de Gini en la década de los ochenta muestra un notable empeoramiento.

to, con valores que ascienden desde 0.41 en 1980 a 0.48 en 1989. (World Bank, 1993: p. 23) Las tendencias de los años noventa lejos de atenuar esta involución no hicieron otra cosa que acentuarla, como se prueba más arriba.

Una perspectiva también de más largo aliento permite apreciar la radicalidad de las transformaciones regresivas operadas en la sociedad argentina como ominoso telón de fondo de nuestra recuperación democrática. Pese a lo que diga en contrario la retórica neoliberal, los sectores populares no perciben beneficios, intereses o rentas sino salarios, y la evolución de éstos –o, mejor dicho, su involución– en la Argentina difícilmente pueda alentar expectativas demasiado optimistas. Lo mismo cabe decir en relación a la distribución del ingreso. El desempleo y la extensión y calidad de las prestaciones sociales efectuadas por el estado. Pese a la estabilización monetaria los salarios reales no se han recuperado y permanecen, según las más variadas estadísticas y fuentes informativas, en un nivel muy deprimido, todavía un tercio por debajo de los existentes hace casi diez años. Tal como lo prueban los datos arriba mencionados, la distribución del ingreso se ha vuelto más regresiva, y hay muchas razones para suponer que ésta es una involución de carácter estructural y no tan sólo una fluctuación que obedece a ciclos de corto plazo y, por lo tanto, fácilmente reversible. La evolución del desempleo y el subempleo en los grandes aglomerados urbanos –es decir, excluyendo las pequeñas ciudades y las zonas rurales, en donde tradicionalmente la desocupación es mayor– demuestra que cerca de un tercio de la población económicamente activa se encuentra en esas condiciones, es decir, unos tres millones de trabajadores. Las cifras del desempleo abierto en estos últimos años –sin contar, naturalmente, a los subempleados– sitúa el “logro” del gobierno de Menem en esta materia entre cinco y seis veces por encima del promedio de la tasa de desempleo registrada en la Argentina entre 1930 y 1990, y esto difícilmente pueda ser considerado como un buen indicio en lo que toca a la pobreza. Por último, el inusitado rigor del ajuste fiscal ha provocado el desplome de los sueldos y salarios del sector público y, muy especialmente la vertiginosa caída de los haberes jubilatorios: los salarios promedio del personal de la administración central del estado se ubicaban por debajo de la mitad del nivel general de salarios de la economía argentina, mientras que los jubilados apenas si alcanzaban a un tercio. Si a lo anterior le añadimos el impacto devastador que la crisis fiscal ha tenido sobre la extensión y calidad de los servicios del Estado en materia de educación, salud pública, asistencia social, vivienda y todo un amplio conjunto de “bienes públicos” –desde ferrocarriles y subterráneos hasta recreación y turismo social– es difícil comprender cuáles podrían ser las bases del optimismo neoliberal en su “combate” contra la pobreza.

¿El resultado de todo esto? Sintetizado en un comentario dicho al pasar, sin mayor emoción, de un reciente informe oficial del Ministerio de Economía: se estima que unos 15.000 niños mueren cada año a consecuencia de enfermedades curables que no pueden ser efectivamente contrarrestadas debido a las restricciones financieras que afectan al presupuesto del sector salud. Una buena medida del carácter letal del neoliberalismo lo da la siguiente comparación: ¡sólo en dos años dichas

políticas “desaparecen” al mismo número de víctimas que el terrorismo de Estado exterminó en siete!

e) México

Los famosos “éxitos” de la reestructuración ortodoxa en México se desvanecieron como por arte de magia.

La involución económica y social experimentada luego de más una década y media de ajustes ortodoxos es inocultable. Pese a la profusa retórica reformista utilizada por distintos gobiernos del PRI para “vender” su conversión al neoliberalismo, los datos oficiales muestran que entre 1980 y 1990 el ingreso per capita de los mexicanos declinó en un 12.4%. (Altimir, 1992) En esos años la pobreza aumentó significativamente mientras que los salarios reales cayeron en un 40%. Al igual que en el caso argentino dicha caída estuvo bien lejos de ser un traspie transitorio sino que, en realidad, se trató de una modificación estructural en la distribución del ingreso cuyas consecuencias perduran, probablemente agravadas por el Tequila, hasta nuestros días. Ya en 1990 el consumo per capita se ubicaba en un 7% por debajo de 1990. (Bresser Pereira: 1993) Según anota Jorge Castañeda, cuando en 1992 el gobierno mexicano se decidió a publicar los primeros registros estadísticos sobre la distribución de ingresos en los últimos quince años los datos fueron espeluznantes: “en 1984 ... el 40% más pobre de la población recibía el 14.4% del ingreso total. Para 1989, el mismo 40% sólo recibía el 12.8 Pero el 10% de los más ricos disfrutaron de un salto en su participación de 32.4% a 37.9%.” (Castañeda, pp. 283-284). Sin embargo, el optimismo oficial no fue perturbado por tales hallazgos. Fue necesaria la insurrección de Chiapas y el colapso del peso mexicano, en diciembre de 1994, para que las elites locales, su corte de asesores, expertos y “técnicos” y sus mentores internacionales del F.M.I., el Banco Mundial y varias agencias del gobierno de los Estados Unidos despertaran ante la amarga constatación de que la situación estaba fuera de control. Si el terremoto de 1985 había puesto al desnudo la corrupción generalizada del estado priísta y su imperdonable deserción de sus responsabilidades esenciales, la crisis del 1994 fue la gota que rebalsó el vaso. Los sucesivos paquetes de ajuste lanzados por el gobierno de Ernesto Zedillo no hicieron sino confirmar las más sombrías predicciones acerca del curso de los acontecimientos. Ya desde sus primeras tentativas algunos funcionarios del área económica del nuevo gobierno hicieron saber a la población que sería necesario adoptar “duras medidas” de austeridad y restricción del consumo ¡como si lo ocurrido hasta entonces hubiese sido un jolgorio popular! que seguramente reducirían el poder adquisitivo de los salarios aún más, ocasionando renovadas deprivaciones y padecimientos a la gran mayoría de las clases y capas populares de México. (DePalma, 1995: A 1/10) Un dato, producido por una reciente investigación sintetiza la miseria del neoliberalismo en su versión priísta: un estudio médico-social a nivel nacional efectuado sobre los adolescentes mexicanos comprueba que la esta-

tura promedio de los mismos disminuyó en 1.7 centímetros entre 1982, año de comienzo del “ajuste neoliberal” y 1997. Tal como lo observa Asa Cristina Laurell para que una involución de este tipo sea posible en apenas quince años se requiere someter a la población a penurias económicas y privaciones nutricionales extraordinarias y persistentes, demostrativas del verdadero significado de las políticas “amistositas hacia el mercado”. (Laurell, p. 7) En España, Japón y Corea, para mencionar sino sólo algunos casos, la altura promedio de los adolescentes no deja de aumentar. El reverso de este fenomenal castigo a los pobres ha sido, como bien lo ha notado Carlos Fuentes, la creación de un puñado de multimillonarios mexicanos, que compiten con alemanes, japoneses y norteamericanos en la lista de las más grandes fortunas del planeta... Otro dato interesante, del mismo tipo, lo brinda el contraste entre el “paquete” que el gobierno del PRI está negociando en el Congreso para el salvataje de los bancos insolventes, que asciende a unos 65.000 millones de dólares y el presupuesto de su principal programa de “combate a la pobreza”, el programa Progresas, cuyo monto ascendió a 187 millones de dólares en 1997, es decir, según los cálculos de Laurell, unos tres dólares por persona pobre o siete dólares por cada uno viviendo en condición de indigencia. (Laurell, p. 12)

IV. ¿DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA?

Luego de un período de casi dos décadas los logros de los capitalismo latinoamericanos no lucen como demasiado excitantes ni atractivos. La sociedad forjada bajo los golpes de las políticas de ajuste y estabilización, y bajo la guía espiritual del neoliberalismo, es más desigual e injusta que la que le precediera: viejos derechos se convirtieron en inalcanzables mercancías; las precarias redes de solidaridad social fueron molidas al compás de la fragmentación social ocasionada por las políticas económicas ortodoxas y el individualismo promovido por los nuevos valores dominantes; los actores y las fuerzas sociales que en el pasado canalizaron las aspiraciones y las demandas de las clases y capas populares los sindicatos, los partidos populistas y de izquierda, las asociaciones populares, etc., se debilitaron o simplemente fueron barridos de la escena. De este modo los ciudadanos de nuestras democracias se vieron atrapados por una situación paradójica: mientras que en el “cielo” de la ideología el nuevo capitalismo democrático los interpelaba como soberanos y depositarios últimos de un amplio repertorio de derechos y habilitaciones, en la “tierra” del mercado y la sociedad civil eran despojados prolijamente de esos derechos por medio de crueles y acelerados procesos de “desciudadanización” que los marginaban y excluían de los beneficios del progreso económico y la democracia. Esta tendencia fue evidente desde los primeros momentos de las transiciones latinoamericanas, y fue oportunamente señalada –en medio de acusaciones de infundado “pesimismo”– por algunos autores. (Borón, 1991 (b) ; Gr,ner, 1991)

No debiera sorprendernos, en consecuencia, encontrar que los resultados de las encuestas de opinión pública en América latina demuestran altos niveles de insatis-

facción con el desempeño de nuestros regímenes democráticos. En general estos fluctúan entre el 40% en Perú y Bolivia y el 59% en Brasil y 62% en Colombia. (Haggar y Kaufman, pp. 330-334). En el caso de Chile los datos sobre el ausentismo electoral son contundentes: 3 millones de jóvenes rehusaron inscribirse en los registros electorales que los facultaban para votar en las elecciones parlamentarias de 1997, mientras que un 41% de los ciudadanos no acudió a las urnas. (Relea, p. 23) Si estas son las cifras en el país considerado el “modelo exitoso” de las reformas neoliberales cabría preguntarse qué queda para los otros.

No es necesario ser un crítico empecinado de los capitalismo democráticos latinoamericanos para, luego de una somera revisión como la que hemos practicado, comprobar que los mismos lejos de haber construido un orden social más congruente con los requerimientos necesarios para el florecimiento de la vida democrática, lo que hicieron fue precisamente lo contrario. Su misión parece más bien haber sido la de potenciar las exorbitantes ganancias de las minorías adineradas de América latina que facilitar el imprescindible tránsito de una ciudadanía formal a otra de carácter sustantiva y real, que es lo que constituye el sello distintivo de todo orden genuinamente democrático. La naturaleza de estas políticas, en donde ante la debilidad del Estado y la precariedad del ordenamiento democrático el salvajismo intrínseco del capitalismo se expresa con toda intensidad, han favorecido y estimulado la cristalización de monstruosidades distributivas de todo tipo. La aberrante polarización social de América latina se grafica nítidamente cuando se observa que el ingreso medio de los ejecutivos de las grandes empresas, después del pago de impuestos, es en Brasil 93 veces superior al ingreso per capita, 49 veces en Venezuela, 45 veces en México y 39 veces en la Argentina. Por contraposición, en Canadá, Francia, Alemania y Holanda es de 7 veces, en Bélgica y Japón 5 y en Suecia 4. (Vilas, p. 124) Este “paraíso neoliberal” no parece demasiado propenso al sostenimiento de la democracia política. Tampoco el hecho de que, como lo revela un reciente estudio de la Organización Panamericana de la Salud, la esperanza de vida del 10 % más rico de la sociedad venezolana sea de 72 años, mientras que la que le aguarda a quienes tienen el infortunio de nacer en el 40% más pobre sea de apenas 58 años; o que la tasa de mortalidad infantil en las comunas más pobres de Chile triplique la que se observa en las comunas más ricas: 26.9 por mil contra 7.5 por mil nacidos vivos. (Vilas, p. 124)

En realidad, bajo el manto de una democracia “farsesca” América latina está sufriendo los embates no ya de las “reformas orientadas al mercado”, como eufemísticamente se las llama, sino de una auténtica contrarreforma social dispuesta a llegar a cualquier extremo que sea necesario con tal de preservar y reproducir las estructuras de la desigualdad social y económica en nuestra región. De ahí que, al cabo de tantos años de transiciones democráticas tengamos democracias sin ciudadanos, o democracias de libre mercado, cuyo objetivo supremo es la ganancia de las clases dominantes y no el bienestar de la ciudadanía. Democracias empobrecidas, estados jibarizados, mercados descontrolados: ¿qué tipo de civilización puede construirse sobre estos despojos? En el pasado la burguesía podía ufanaarse de haber construido una civilización a su imagen y seme-

janza. ¿De qué puede enorgullecerse hoy? De los éxitos de la transición hacia el “capitalismo de libre mercados” en Rusia, o en América Latina? ¿Del auge mundial de la mafia, el narcotráfico, del desenfreno del “capitalismo de casino”, de la imparable progresión del negocio de la venta de armas? En última instancia, ¿qué tiene para ofrecer a los hombres y mujeres de este mundo que sólo aspiran a una vida digna, en justicia y libertad, y que les permita disfrutar de un módico grado de bienestar material? No pareciera haber respuestas demasiado alentadoras a estos interrogantes. Dialécticamente, son las propias irresueltas y agravadas contradicciones del capitalismo las que día a día insuflan nueva vida a proyectos, como el socialismo, que pretenden superarlo históricamente.

BIBLIOGRAFÍA

- Altimir, Oscar (1992). “Cambios en las desigualdades de ingreso y en la pobreza en América Latina” (Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella)
- Bermúdez, Ismael. “Luces y Sombras de la Economía Chilena” Clarín (Suplemento Económico) Junio 23, 1996. 1996, 2-4.
- Borón, Atilio A. 1998 “Los Nuevos Leviatanes” y la polis democrática: neoliberalismo, descomposición estatal y decadencia de la democracia en América Latina” (mimeo: CLACSO, 1998)
- Borón, Atilio A. 1997. “La sociedad civil después del diluvio neoliberal”, en Emir Sader y Pablo Gentili, compiladores, La Trama del Neoliberalismo (Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC)
- Borón, Atilio A. 1991 (a) Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina (Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC/UBA; 3ra. edición, 1997) Hay traducción a lengua inglesa: State, Capitalism and Democracy in Latin America [Boulder and London: Lynne Rienner, 1995]
- Borón, Atilio A. 1991 (b) “Los axiomas de Anillaco. La visión de la en el pensamiento y la acción de Carlos Saúl Menem”, en Autores Varios, El Menemato (Buenos Aires: Letra Buena)
- Bresser Pereyra, Luiz C. 1993 “Economic reform and economic growth: efficiency and politics in Latin America”. Economic Reform in New Democracies. A Social-Democratic Approach, in L. C. Bresser Pereira, J. M. Maravall and A. Przeworski (eds) Cambridge, Cambridge University Press: pp. 15-76.
- Cardoso, Fernando H. “La democracia en América Latina”. Punto de Vista (Buenos Aires), no. NJ 23, Abril 1985 (1985).
- Castañeda, Jorge. 1993 La utopía desarmada (Buenos Aires: Ariel)
- CEPAL 1994 Panorama Social de América Latina (Santiago: CEPAL)
- Cufre, David (1997) “Chile se vacunó contra la crisis regulando”, Página/12 (Buenos Aires), 20 de Noviembre, p. 14.
- De Palma, A. 1995 “Mexicans ask how far social fabric can stretch”. New York Times New York: January 10, A 1/10.
- Edwards, Sebastián. 1993 América Latina y el Caribe. Diez años después de la crisis de la deuda. (Washington, D.C.: Banco Mundial)
- Godio, Julio. 1998 “Mapa político de la pobreza”, en Clarín (Suplemento Zona), Domingo 16 de agosto.

- Grüner, Eduardo. 1991 "Las fronteras del (des)orden: apuntes sobre el estado de la sociedad civil bajo el menemato", en Autores Varios, *El Menemato* (Buenos Aires: Letra Buena)
- Haggard, Stephan y Robert R. Kaufman. 1995, *The Political Economy of Democratic Transitions* (Princeton, NJ: Princeton University Press)
- Krauze, Enrique. 1986, *Por una democracia sin adjetivos*. (México: Joaquín Mortiz-Planeta.)
- Laurell, Asa Cristina. 1998, "State, neoliberalism and health policies in Mexico, 1982-1987" (unpublished manuscript, UAM-Xochimilco, Mexico)
- Le Monde Diplomatique, Edición Española *Pensamiento Crítico versus Pensamiento Unico* (Madrid: VE-GAP, 1998)
- López, Artemio. 1998, "Vivir con dos pesos", en Clarín (Suplemento Zona), Domingo 16 de Agosto. Luxemburg, Rosa 1970 "The Russian Revolución", en Rosa Luxemburg Speaks, (Pathfinder Press: Nueva York)
- Meiksins Woods, Ellen. 1995, *Democracy against Capitalism. Renewing Historical Materialism* (Cambridge: Cambridge University Press)
- Meller, Patricio. 1992, "Latin American Adjustment and Economic Reforms: Issues and Recent Experience" (Santiago: CIEPLAN, mimeo)
- Moffet, Matt y Friedland, Jonathan. "La corrupción, asignatura pendiente en las reformas de América Latina" *The Wall Street Journal Americas*, Julio 11., 1996, p. 18.
- Moore, Barrington. 1966, *Social Origin of Dictatorship and Democracy. Lord and Peasant in the Making of the Modern World* (Boston: Beacon Press)
- Moulián, Tomás. (1997) *Chile Actual. Anatomía de un Mito* (Santiago: ARCIS/Lom)
- O'Donnell, Guillermo 1994 "The State, Democracy, and some Conceptual Problema", in William C. Smith, Carlos H. Acuña and Eduardo A. Gamarra, eds., *Latin American Political Economy in the Age of Neoliberal Reform* (Miami: North-South Center), pp. 157-169.
- Pereyra, Carlos. 1990, *Sobre la Democracia* (México: Cal y Arena)
- Przeworski, Adam. 1985, *Capitalism and Social Democracy* (Cambridge: Cambridge University Press)
- Przeworski, Adam. 1990, *The State and the Economy under Capitalism*. (London & New York: Harwood Academic Publishers)
- Relea, Francesc. 1998, "¿Cómo son los hijos de la era Pinochet?", *Página/ 12* (Buenos Aires) 12 de Septiembre.
- Rousseau, Jean-Jacques. 1980, *Del Contrato Social* (Madrid: Alianza Editorial)
- Schumpeter, Joseph A. 1942 *Capitalism, Socialism and Democracy* (New York: Harper and Row)
- Secretaría de Programación Económica (1994) *El Gasto Público Social y su Impacto Redistributivo* (Buenos Aires: Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos)
- Seoane, José. 1998, "Comunicación y telecomunicaciones en el Mercosur. Mercantilización, concentración y transnacionalización" (Buenos Aires, Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires/UTPBA, mimeo)
- Tocqueville, Alexis de 1985, *La Democracia en América* (Madrid: Alianza Editorial).
- Vilas, Carlos M. 1998 "Buscando al Leviatán: hipótesis sobre ciudadanía, desigualdad y democracia", en Emir Sader, compilador, *Democracia sin exclusiones ni excluidos* (Caracas: Nueva Sociedad/CLACSO/ALAS./ UNESCO)
- World Bank, 1993 *Poverty and Income Distribution in Latin America. The Story of the 1980's* (Washington: The World Bank).

II. POR UN NUEVO PENSAMIENTO

NI SISTEMAS NI MODELOS. ANÁLISIS, PROYECTOS, ACCIÓN Y ACTUALIZACIONES

Sergio Rodríguez

Psicoanalista

Director de la Revista Psyque Navegante

EL SUJETO, EFECTO DE SU DECISIÓN SNTÉ LO QUE LO CONDICIONA

Me parece conveniente, comenzar definiendo desde qué posición, desde qué lugar expongo. Por mi trayectoria, mi oficio (psicoanalista) y la ubicación que tengo en él, lo hago desde un lugar que es un resto tardío, un arcaísmo, de la mítica economía mercantil simple descrita por Marx como antecedente inmediato al capitalismo. Lugar que en la modernidad fue ocupado por las profesiones liberales. Vendemos directamente la mercancía producida por nosotros (mejor estar psíquico) y con el dinero obtenido por esa venta, compramos las mercancías que anhelamos. Estamos instalados en el circuito: mercancía –dinero– mercancía (M-D-M). Somos una minoría. La mayoría trabaja en relación de dependencia en prepagos, obras sociales, instituciones del Estado o sea que, típicamente, como personal del sector servicios. Venden su mano de obra a quienes tienen el capital (D-M-D). Otra minoría, son empresarios que se apropian en dimensiones diversas de la plusvalía de estos últimos. Por lo tanto, hablo como ciudadano no participante de las redes del poder estatal y tampoco de otros poderes (patronales, partidarios, sindicales, etc.). No presento esa ubicación como una virtud, tampoco como un defecto, sino como el lugar que a través de la vida fui tomando como el mío. Marx decía que el ser social determina a la conciencia social. Creo que dicha formulación contenía algún error (la creencia en la conciencia como decisiva) pero sostenía un fuerte componente de verdad, que enunciaré así: el lugar que se ocupa en las relaciones sociales de producción y circulación de mercancías, tomando a estas en el sentido más amplio (incluyendo al mejor estar mental, como una de ellas) condiciona las posibilidades de acción y de pensamiento de los sujetos. Por ejemplo, tal vez a alguno de los que estén escuchando le suene antipático que esté colocando a la salud como mercancía. Pero lo es, en tanto el desarrollo científico y tecnológico la ha transformado en un producto de

consumo no natural ni silvestre y en tanto hay sectores numéricamente importantes que la producen y que viven de su venta. A modo de ilustración sobre los condicionantes del ser, digo: la razón de estado condiciona concluyentemente, a quienes ocupan posiciones con capacidad de decisión en cualquier modalidad de estado (nacional, patronal, partidario, sindical, etc.). Lo mismo, pero en un sentido casi inverso, nos ocurre a quienes no ocupamos esas posiciones. Para nosotros, la razón de estado es secundaria y por el contrario son fundamentales los deseos del sujeto. Los primeros deciden la distribución de goce en función del estado, que defienden, los segundos se oponen a las privaciones a que someten las razones de estado a los pobladores. Defino como razón de estado (sin pretender ser original en un tema que dio lugar a tantas posiciones) como la decisión, ante temas de difícil definición, de tomar partido por la que se considera más apta para defender el estado, aunque contraríe creencias morales de quien las toma. Se fundamenta en la necesidad de que las cosas funcionen. Lo que no es pequeña cosa, vistos los efectos subjetivos producidos por fenómenos antifuncionales como las hiperinflaciones, capaces de dejar arruinadas y bajo chantaje a más de una generación. Debido a nuestra condición, los intelectuales independientes (libres) aparecemos más habitualmente en postura de demanda, de reclamo y los de estado, de defensa de lo estatuido. Unos ganan en poder y pierden en libertad, otros ganamos en libertad y perdemos en poder. Cada uno tiende a proceder según las finalidades de su práctica, o de los intereses corporativos que pretende representar y llevar adelante. Unos buscan más el movimiento y otros defender lo estatuido. Todas, son funciones necesarias. De la tensión entre ellas y de los vectores resultantes, depende el destino de los problemas que toda sociedad presenta. Y en cualquiera de dichas funciones se puede encontrar gente más y gente menos decente. Gente mejor y gente peor.

DE UTOPIÁS Y FRACASOS

Frisando el 2000, un nuevo pensamiento sólo puede tomar forma si logramos un análisis que facilite superar metodologías que dieron origen a la formulación de creencias que desde hace más o menos 250 años llevan al género humano a suponer que sus desgracias ocurren por culpa de los otros: los amos, o los trabajadores, según el imaginario social que predomine. La hegemonía neoliberal creyó e hizo creer que las dificultades sociales y económicas reconocen como única razón, las conquistas de los trabajadores en el *welfare state* (de socialistas y/o populistas) o en los sistemas comunistas. Llevan adelante como su ideal, su utopía, un fuerte intento por reducir en número a los asalariados y regresarlos a nuevas formas de servidumbre. Aspiran a un mundo integrado por entre 1.500 a 3.000 millones de habitantes, dejando al resto afuera, excluidos. Dicha utopía llevó a un Francis Fukuyama a pronosticar el fin de la historia. En el otro polo, algo similar pero contrario, fantasearon Marx y Engels cuando creyeron factible la sociedad de productores libres como punto de llegada de la revolución proletaria y de final de la conflictividad social alta.

Hasta la revolución norteamericana y la francesa, las luchas eran entre naciones religiones o etnias. Recién a partir de entonces, se supuso que la causa de los males se hallaba en alguno de los dos polos en función de los que se organiza el trabajo, poniéndose en cuestión a los amos y a formas de su función (señoríos feudales, monarquías, capitalismo, burocracias estatales). La revolución burguesa y las populistas supusieron que la cuestión residía en cambiar de amos. Estos 250 años indican que eso no resultó.

Más reciente es el fracaso de los socialismos. Algunos (Bernstein, Lasalle y otros) supusieron que con reformas irían transformando a la sociedad y a los hombres. Feli-pillo, Tony Blair, Alfonsín y otros, vuelven a testimoniar el fracaso.

El anarquismo idealizó la autodisciplina, la horizontalidad, la destrucción del Estado y del disciplinamiento por jerarquías. Lo que le dificultó arraigar en la población. Donde transitoriamente lo lograron, como en la España de los años 30, cayeron en paradojas de salida difícil, como cuando en función de su ideario se oponían a que su líder histórica, la Montseny, formara parte del gobierno como ministro de Salud Pública para fortalecer la República, o cuando la anomia les disgregaba a las propias fuerzas.

Los comunistas plantearon que para que hubieran cambios de raíz, de estructuras, había que tomar el poder, instalar una dictadura, expropiar a los amos y socializar la propiedad. Capturado el poder, no pudieron ir más allá de monopolizar en manos del Estado los medios de producción. Rápidamente (para tiempos históricos) la trama burocrática en la que necesariamente se sostiene cualquier Estado, manipuló para su beneficio dicha propiedad. Mientras, los trabajadores se cobijaron en las conquistas sociales. La productividad (en calidad y cantidad) y la competitividad se estancaron y hasta retrocedieron y la degradación económica se instaló en esos países. No obstante que se habían modificado de raíz, las estructuras económicas. Eso fue posible. Lo imposible fue, y va a ser siempre, modificar la estructura productora de la subjetividad.

Es en razón de estas experiencias, que creo conveniente replantear la metodología que elijamos para analizar, proyectar, y actuar, en función de obtener mejores resultados en pro de la civilización y de la justicia social.

A CAUSA DE LA IMPOSIBILIDAD, LA INSISTENCIA

Algunas de las ideologías aludidas anteriormente, parten de la ilusión común de que instalado un sistema económico determinado, se podría eliminar progresivamente el conflicto social al cambiar de protagonistas al poder y desde dicho cambio, las bases económicas de la sociedad.

Ese tipo de concepciones recibieron diferentes nombres, algunos, ilustrativos. Por ejemplo: totalitarismo o fundamentalismo. Este último, tan en boga ahora para aplicárselo a diferentes variantes del Islam, nace como representativo de un movimiento conservador surgido entre los protestantes y que se inició en Estados Unidos a finales del siglo XIX. En su terreno, se distinguen por sostener a toda costa creencias refutadas por el desarrollo científico. Lo hacen, por creerlos fundamentos que si se

conmueven, todo caería. Curiosamente, los norteamericanos que engendraron dicho movimiento, ahora nombran así a los musulmanes que acusando a aquellos de sata-nes, se hacen cargo efectivamente de su propio fundamentalismo. Estas doctrinas, al igual que algunas vertientes simplificadoras del marxismo y las diversas variantes del fascismo, suponen que se puede estructurar una cosmovisión social, cultural y hasta subjetiva totalizadora, desde alguna doctrina (la suya). Totalitarismos y fundamentalismos convergen formalmente en esa creencia y son efecto de que el necesario registro imaginario, anuda y tranquiliza encubriendo lo que falla en la realidad humana. Y funciona así, con mayor o menor peso en toda organización de masas, incluidas las psicoanalíticas. De la misma manera, es el sostén de toda concepción individualista.

El desarrollo de experiencias diversas ha mostrado sobradamente, que más allá de matices, no son los hombres los que hacen al poder/estado, sino éste el que hace (o deshace) a los hombres.

Utopías como la del Hombre Nuevo, de las campañas de educación de masas, de revoluciones culturales, de estímulos materiales, chocaron contra el hecho de que el ser humano (más allá de tal o cual matiz) no es reformable, educable. Por lo menos con relación al eterno conflicto entre el amor propio y el amor al otro y entre el goce propio y el del otro. Del mismo modo, con respecto a todo aquello que resulta imposible de saber. Imposible resultante de la misma estructura productora de saber. Esta no puede no producir un acceso siempre limitado al mismo. Limitación causada por la paradoja de que, mientras más saber se produce, más objetos se inventan que se vuelven sobre la cultura y la sociedad como nuevas causas de falta de saber (víctima enorme de esta paradoja, es el ecosistema).

Me parece entonces, que un pensamiento nuevo tiene que comenzar por declinar la ilusión en soluciones últimas y definitivas, y soportar que el conflicto social es intrínseco a la constitución humana. Por lo tanto, de lo que se tratará en cada coyuntura será de evaluar las condiciones materiales de producción de aquel, la falla que lo instiga, las posiciones encontradas, la modalidad del enfrentamiento y de la correlación de fuerzas, para discernir los cursos de acción a tomar y las instrumentaciones más eficaces en ellos. Para dicha evaluación, será clave calibrar desde qué lugar se evalúa. Y al saber que no habrá soluciones definitivas, combinar la acción con la negociación. Se partirá de excluir de los objetivos metas ideales, que sólo sirven para asegurar una permanente sensación de fracaso. Se excluirá también, a lo que la ideología neoconservadora supone como posible, una sociedad global construida sobre la base de la marginación, y peor aún, de la exclusión de la mayoría de sus habitantes. Deben abandonarse también, las letanías de las viudas de la izquierda. Que aburren con sus nostalgias de los pocos aspectos positivos que tuvieron sus regímenes, olvidando el horror en que se enancaban —el terrorismo de Estado con sus espantosas consecuencias—. De las que nosotros, en proporción, tuvimos una experiencia menor. Lacan nos recordaba, que revolución quiere decir: vuelta de 360°, o sea al mismo lugar. Lamentablemente los hechos, tanto de las revoluciones burguesas como socialistas, me resisto a llamarlas proletarias, confirmaron ese saber que transmitió la len-

gua, más allá de las creencias de quienes sosteníamos dichos idearios. Si acuño lo de viudas de la izquierda, no es para ofender, sino para metaforizar con ese fenómeno que se da entre algunas mujeres que cuando enviudan, se quedan eternamente llorando y recordando algunas pocas virtudes del muerto, a la vez que olvidando los defectos por los que en vida de él se quejaban todo el tiempo. No son sólo molestas para los demás con su zumbido letánico, sino que además se cierran el camino, agotan los tiempos de encontrar una nueva pareja con la que vivir una vida más feliz. Creo que las letanías de ciertas izquierdas, lo único que logran es impedir relanzar el análisis conjetural para abrir paso a la estructuración de un pensamiento civilizatorio y justiciero más eficaz que el que fracasó con aquellas ideas que supimos portar.

Por consiguiente, lo que estoy planteando descarta la resignación ante el peso que ha tomado la dominación capitalista, por saber que esta es fuente interminable de injusticia. Lo que pretende en cambio, es encontrar modalidades más eficaces para lidiar con la naturaleza humana y resistir, tanto a la tendencia habitual de los patrones a superexplotar, como la de la mayoría de la masa habitualmente, a acomodarse al explotador.

LA DEMOCRACIA COMO IMPOSIBLE, COMO INSTRUMENTO Y COMO TERMÓMETRO

Frisando el 2.000, todos somos democráticos: –¡ja!.

La definición más ingenua de democracia se la suele dar en los manuales escolares como gobierno del pueblo. Algunos políticos en el colmo de su entusiasmo suelen agregar “y para el pueblo”. Otros, con mayor debilidad mental, prometen: con democracia se come, con democracia se estudia, etc., etc. Ninguna de esas es la que está en su etimología, que según el diccionario de la Real Academia Española dice: 1) Doctrina política favorable a la intervención del pueblo en el gobierno. 2) Predominio del pueblo en el gobierno político de un estado. La primera versión, más cauta, más austera, se limita en la doctrina, a favorecer la intervención del pueblo en los asuntos de gobierno. La segunda gusta más a los de Billiken y a políticos prometedores.

Creo que si analizamos a fondo, ninguna de ellas acierta plenamente. Reflejan un poco la realidad, y expresan mucho, sólo buenas intenciones. De las que como sabemos, está sembrado el camino al infierno.

Planteo entonces, que la democracia es imposible. Tanto la llamada representativa, como la llamada directa. Ello es efecto, de que a pesar de las apariencias, el accionar de los seres humanos está mucho más condicionado por el inconsciente y por lo inconsciente, que por la conciencia. Lo que reduce las posibilidades de representar a otros e incluso a sí mismo. De ahí que la democracia siempre resulte fallida y tendenciosamente favorable a los que detentan el poder, aun en los que proceden con las mejores intenciones de su conciencia. Esto último se debe a que los seres parlantes perciben lo real según la deformación que los prismas de sus deseos y de sus modalidades de goce les imponen. Desde esas deformaciones, construyen su realidad. De

ahí que a pesar de las apariencias, el sentido común sea el menos común de los sentidos y la realidad lo menos compartido. Con sólo observar a las parejas cuando se les pasa el enamoramiento y la fascinación iniciales, se puede entender lo que estoy planteando. ¿creerán con lo que digo que me opongo a la vigencia de la democracia? De ninguna manera. Considero que a pesar de sus dificultades, es el régimen que permite tramitar menos traumáticamente, más pacíficamente, las diferencias que por diferentes razones nos afectan. Pero eso no autoriza a alentar falsas expectativas en que alguna vez va a existir en plenitud. Eso es imposible. Además de por las razones antedichas, porque el abismo que se abre entre el cuerpo, los deseos y la posibilidad de representación, es sorteado por la masa a través de su enajenación en los planteos de sus líderes. Planteos que a veces son más o menos coincidentes con lo que ellas anhelan (que generalmente no es lo que más les conviene) Otras veces ni eso ocurre, debido a las razones de estado antedichas, y a intereses particulares de cada líder.

La virtud fundamental de la democracia, reside en que genera mejores condiciones para la pacificación de los vínculos sociales. Pero ese mismo efecto, al pasar a funcionar como causa, facilita las acciones desfavorables a las mayorías sociales que llevan a cabo los protagonistas del poder en sus diversos lugares (estado, corporaciones patronales, partidos políticos, iglesias, corporaciones sindicales, etc.). No obstante al no haber posibilidades de modificaciones de raíz y definitivas, es mejor para todos, tramitar las tensiones y cambios necesarios por vías pacíficas. La violencia guerrera no excluye para nada, más bien tiende a acentuar el efecto de velo sobre las acciones antipopulares del poder de estado. Efecto que es estructural a las posibilidades de la percepción, porque como sabemos, lo esencial es invisible ante los ojos, y la realidad, es ficcionalizada por los deseos inconscientes y por una obstinación del mismo orden, en aferrarse a las modalidades y porciones de goce de cada uno.

Por otro lado, la democracia tiene otra virtud que se condice con la variante 1 que nos propone la etimología según el diccionario de la Real Academia Española: registra las creencias e ilusiones comunes en cada momento de la historia, de la mayoría de los que componen la ciudadanía más activa. De ahí que facilite pacificar. De ahí también, la dimensión que adquirieron las encuestas de opinión pública, para llevar adelante una campaña presidencial, organizar la programación televisiva, concebir la orientación de un gran diario argentino, decidir los componentes del programa de un partido político, los componentes adecuados para la fabricación de pañales o cualquier otra cosa. Tiene un inconveniente: nos dice una verdad a medias. La verdad de con qué se conforman, qué anhelan, habitualmente las mayorías. Verdad a medias en la que habitualmente los lúcidos no queremos creer. Es en ese sentido que tiene razón la peor versión de la etimología: Predominio del pueblo en el gobierno político de un estado; pero no de sus intereses sino de su enceguecimiento.

EL PODER DEL PODER, ESTÁ EN EL QUE LA MASA LE CONFIERE

El ser humano, aunque en los tiempos filosóficos algunos tratemos de ignorarlo, siempre se sintió objeto de poderes superiores que lo dominaban. Primero los atribuyó a otros componentes de la naturaleza o de su fantasía. Determinados animales, fenómenos atmosféricos o cuerpos cósmicos, dragones, minotauros, sátiros, y tutti quanti. Luego a dioses y en la medida que la imaginación se origina en el molde de las sociedades en se que vive y en que estas se transformaron, lo fue atribuyendo a manoteos, según la imagen de la familia patriarcal. Sabemos que de todo eso subsisten restos aún de gran peso, por ejemplo, la astrología, las religiones, etc.. Luego se fue corporeizando más en funciones y hombres concretos. Los señores feudales, los reyes. A los que sin embargo se los consideraba delegados de algún dios (claro que siempre el propio como el único verdadero). Nada de esto fue puro. En las tribus de los primeros tiempos coexistía el poder de los espíritus administrado por los brujos con el del jefe. En la Grecia creyente en los dioses, el poder era ejercido por estrategas en la democracia de los libres (los esclavos no participaban de sus mecanismos). Luego, especialmente a partir de Maquiavelo se tendió a colocar el poder como un efecto de los hombres. Se creyó que provenía especialmente de las armas. Creencia en la que coincidieron líderes tan dispares como Napoleón, o Mao Tsé Tung, que afirmaba que el poder nace de la boca del fusil. Marx en la Lucha de Clases en Francia captó el peso decisivo del capital financiero para el poder, y el potencial de la clase obrera por su función productora. Lo que llevó a Lenín a la creencia de que haciéndose de la hegemonía en el proletariado, en las fuerzas armadas y expropiando a favor de un estado dominado por la dictadura de dichas fuerzas lo que existía como propiedad privada del dinero y de los medios de producción (capital financiero, agrario e industrial) podía instalarse un poder de otra índole, que al liberar a la clase obrera de la opresión, liberara por arrastre a las otras clases y por lo tanto al género humano en su conjunto. Hermosa utopía que la experiencia práctica demostró como imposible. Imposibilidad que está en la propia estructura de la subjetividad, ya que su mal reside en que no hay producción, sin la distinción entre dirigentes y dirigidos, y que en esa diferencia se origina una tensión inherente al lógico conflicto entre ambas funciones.

EL MERCADO: ENTRE LA APLANADORA TOTALITARIA Y LA DESREGULACIÓN SALVAJE

Si registráramos sólo el fracaso de una experiencia, aunque haya abarcado a dos tercios de la humanidad, no podríamos razonablemente concluir en que la misma es impracticable. La derrota de una rebelión no significa que una segunda o una tercera no pueda triunfar. Distinto será, si cuando analizamos las causas del fracaso, encontramos que las mismas se enraízan en invariantes de estructura.

Esto es lo que planteo con respecto a lo que se dio en llamar comunismo, socialismo real, o socialismo estatista.

Las razones del fracaso fueron varias, tanto de índole estructural como coyuntural. Me referiré a aquellas que por mi oficio se me hacen más evidentes. Tienen que ver con la supuesta disyuntiva entre mercado libre, desregulado, o economía centralizadamente planificada.

Toda sociedad se encuentra permanentemente con que tiene que tomar decisiones en dos terrenos fundamentales. El de la promoción de la producción y el de decidir la distribución del producto. Ambos están sobredeterminados por los tres registros en los que y con los que, se teje el accionar humano. Dimensiones que registran y reciclan, dichas y desdichas. Uno de ellos hace que la imagen de lo valorado se le aparezca a las personas, según la satisfacción que por eso, ven brillar en otras personas. Lo que genera también, rivalidad. Porque se quiere tener lo que el otro posee. Es una de las razones del espíritu de competencia, al que los neoliberales se empeñan en gritarle ¡piedra libre! y con el nombre de libre competencia, llevarlo al centro de la escena como motor del desarrollo. Es cierto que impulsa la actividad, en tanto y en cuanto ganarle al otro captura a la voluntad, pero por esa misma razón es fuente también de las peores agresividades. Cosa que el capitalismo no ignora en tanto les lava la cabeza a sus ejecutivos de venta y de marketing, instándolos a ser siempre más agresivos, a tener planes de venta y de publicidad según este paradigma. Paradigma que entonces, tiende a trasladarse a todas las relaciones sociales. Otro de los registros exige que para el establecimiento de relaciones de producción, el ordenamiento se produzca según lazos horizontales (entre pares, entre los que también se hace presente la rivalidad) atravesados por vínculos piramidales (entre impares) en función de jerarquías. Esto origina diferencias de diversa índole y es fuente permanente de tensiones. Finalmente en una tercera categoría, la convivencia civilizada exige sofrenar tendencias subjetivas, para las cuales la independencia de los otros resulta un obstáculo. De lo cual también deviene malestar y probabilidades de violencia. Dicho de otra manera, mientras los deseos que se incuban en la subjetividad son absolutamente singulares, no tienen otra posibilidad de llevarse a cabo, de transformarse en goce, que no sea con la colaboración de otros. Pero difícilmente hay coincidencias, justamente por el carácter singular de aquellos. Lo más habitual es que lo que uno gana de goce, otro lo pierde. Encontramos ahí, una tercer fuente de tensiones y violencia.

El mercado, efecto de la necesidad de intercambio, en su función más simple, no es más que la puesta en movimiento de todas estas tensiones. El sistema de economía y planificación centralizada, socialista en las mejores experiencias, fascista en las peores, trató de hacer tabla rasa con las mismas, depositando las esperanzas en una supuesta racionalidad superior de la conciencia, y en la fuerza de las masas y las armas. Lo que resultó de dichas experiencias, fue la pérdida de iniciativa de los sujetos y la apropiación de la plusvalía por el aparato burocrático, generando condiciones de posibilidad para el capitalismo salvaje que se despliega catastrófica-

mente en la ex Unión Soviética y un poco más ordenadamente en la ex República Popular China. Desde este punto de vista entonces, el fracaso se debió a que en la economía centralizada y planificada, grandes masas pudieron cobijarse indolentemente en los pliegues del Estado protector, y otros sectores no encontraron un mercado en el que desplegar las iniciativas provenientes de sus deseos y modalidades particulares de goce.

No se puede eliminar el mercado. Este es la plaza en la que se despliegan las iniciativas de los sujetos como efecto de los deseos que los mueven y de las incitaciones que los intercambios les proponen. Pero tampoco se lo puede dejar funcionar ciegamente, pues queda a merced de los conflictos que por las distribuciones de goce, inevitablemente se plantean y donde los de mayor poder económico corren con ventaja. La solución tampoco se debe depositar en términos absolutos, en que lo regule el Estado que habitualmente se coloca del lado del león. Lo mejor pareciera estar en lo peor. No ilusionarse con la regulación de la conflictividad desde las cúspides de estado, sino afirmar el poder de las fuerzas más dinámicas e interesadas en promover la producción y la comercialización con criterios más lógicos de distribución. De tal manera, de poder pesar con mayor fuerza en las tensiones inherentes al mercado, para lograr mejores resultados en las negociaciones sin eliminar el factor de emprendimiento que agencian los patrones. Se advertirá que no hablo de igualdad, sino de criterios más lógicos de distribución. Lo hago así, porque la enternecedora consigna de libertad, igualdad, fraternidad de la primer revolución burguesa, sólo ha servido para encubrir la lucha a veces encubierta, otras evidente, por la distribución del plusproducto que se despliega en toda sociedad. Lo que se debe entre otras cosas, a cuestiones planteadas más arriba sobre deseo, goce, sujeto, sociedad y también a que, según conjeturo, el valor de lo producido socialmente es imposible de calcular. El cálculo que propone Marx, excluye a la función de los agentes de la producción (diversas formas de patrones) y toma en cuenta sólo el trabajo socialmente necesario de los trabajadores. El gran laboratorio que fue el socialismo estatista, demostró a mi modo de analizar que esa exclusión lo único que logró fue una vuelta más descarnada de la función amo al proceso productivo. Primero a través de los burócratas y ahora más brutalmente de la mafia, los nuevos ricos y la viejanueva nueva nomenclatura. El valor de producción de esa función, no es calculable en horas de trabajo, ya que eso significaría ignorar la complejidad inherente a la misma. Tal como la reconocía Marx en La Crítica al programa de Gotha con respecto a diferentes segmentos de la propia clase obrera. En verdad, creo que el intento de Marx por tratar de resolver por la vía de las matemáticas el problema del valor, respondía a su ideal de terminar con la conflictividad social. Creo que no hay ciencia que lo pueda lograr y que en todo caso, lo que debe afilar un nuevo pensamiento, son instrumentos metodológicos para intervenir en el sentido de lo que se vaya considerando mejor para el desarrollo de la especie y de la lógica social, en la conflictividad comunitaria.

DE LAS IMPOTENCIAS DEL PODER

Pero el movimiento real de las sociedades no deja de sorprender. La caída del imperio soviético y de sus subrogados dejó negro sobre blanco la comprobación de que la fuerza de las armas, sin dejar de ser un poder, es siempre relativo a una composición del poder mucho más compleja. Algo similar podemos extraer como conclusión de la caída en nuestro país de la dictadura militar luego de la derrota de Malvinas. Y si faltaba algo, los crujidos actuales en la estructura económica de la aldea global, a partir del temblor (¿sismo?) de las bolsas, aunque paradójicamente, ponen en cuestión al poder supuestamente omnímodo del capital financiero.

El poder, por lo tanto, es efecto de un complejo de relaciones y nunca de un solo elemento de las mismas. En ese complejo, lo decisivo, es el poder que los que se resignan, transfieren a aquellos que aceptan arriesgarse para usufructuarlo, sea con las intenciones que sean. Si se parte de esa constatación, se calibra menos omnipotente al poder y se puede estructurar una política capaz de diagnosticar las fisuras que ofrece, para operar sobre él. De esas fisuras la fundamental pasa, como en su momento lo planteó Lenin, por una cuestión de lógica temporal. Esa cuestión la refirió mas o menos así: no alcanza con que los de abajo no quieran, hace falta además, que los de arriba no puedan. Observemos que lo que se torna decisivo, es el punto temporal en el que la impotencia se apodera del poder.

Fuerzas políticas que pueden pasar a formar parte de mayorías y por eso llegar al gobierno, pierden esto de vista y apuradas por ocupar esas posiciones, se pliegan sin grandes matices al pensamiento único del “no hay alternativa” acuñado por la Thatcher. Evidentemente han terminado comprando el cuentito del fin de la historia. Sacrifican los deseos en que decían sostenerse, a favor de los ideales del neo-conservadurismo. En el mismo momento en que el modelo cruje y en el que algunos de sus ideólogos se plantean revisiones. O sea, cuando empieza a ocurrir que los de arriba no pueden, ellos les transfieren poder, los realimentan.

AFIRMARSE EN EL LUGAR PROPIO, NO TRAICIONAR LOS PROPIOS DESEOS

No es novedad para ningún integrante del movimiento obrero que éste, formado con las mejores intenciones, no puede escapar a lo que emana de la estructura de la subjetividad. Es así que ha estado y está tensado entre los que se mantienen fieles a sus ideales de justicia social y quienes aflojan, tentados por el poder (del dinero, político, organizacional, etc.). Dicho de otra manera, la lucha no es sólo en referencia a enemigos externos, también transcurre en relación a lo que va brotando como efecto de los propios poderes internos. Pero no sólo. También con respecto a la tendencia de las mayorías, excepto en segmentos menores de tiempo, a soportar en los varios sentidos de la palabra, a poderes que defienden intereses contrarios a las conveniencias de dichas mayorías y/o del cuerpo social en su conjunto. Ante esas circunstancias, no

vale la pena tentarse por atajos violatorios de la democracia. Han probado sobradamente, no ser más que huevos de serpiente. Lo que no depende de la voluntad particular de cada uno. Es un efecto de la práctica sobre los sujetos. No sólo estos deciden sus prácticas, sino que estas se vuelven sobre sus sujetos y como cuerpo social, los marcan irremisiblemente. El debate ético se plantea mal, cuando se lo centra en si el fin justifica o no los medios. Lo que muestra sobradamente la experiencia histórica, es que los medios, marcan a los fines. Resulta mejor la inteligencia, la búsqueda de acumular fuerzas, una política de acoso desde un poder que se construye independientemente del Estado para incidir sobre el dominante, para que en los momentos en que este no pueda ocultar su impotencia, imponer salidas más favorables a la civilización y la justicia.

La trampa en que caímos los humanos, producto de nuestros propios deseos es suponer que se puede acceder a un régimen social absolutamente justo y estable. La religión llamó a eso paraíso, lo prometió para después de la muerte y lo describió como existente antes del saber, o sea de la civilización. Marx lo creyó posible en la tierra. Nada de eso es así. Nuestra condena es a convivir en el infierno que habitamos. Lo mejor que puede pasarnos, es que lo hagamos sin traicionar ni traicionarnos. Si lo logramos, habremos logrado bastante y nuestra muerte no nos será ajena, ni desesperadamente.

Planteo de Lacan en su seminario El Reverso del Psicoanálisis

Enciclopedia Microsoft Encarta 98.

Saint Exupery en El Principito

Los discernidos por Lacan como Imaginario, Simbólico y Real (es el orden que les doy en este escrito)

REFLEXIONES POR UN NUEVO PENSAMIENTO

Jorge Luis Cerletti

Miembro de la Mesa de los Sueños

LA NECESIDAD DE UN NUEVO PENSAMIENTO

Apelar a lo nuevo requiere establecer referencias acerca del campo de ideas que se pretende innovar. En nuestro caso nos referimos al agotamiento de lo que se caracterizó como pensamiento revolucionario y que inspiró la práctica política de las principales luchas emancipadoras que se desarrollaron en el presente siglo. Es que la realidad actual expone la profunda crisis que padece dicho pensamiento ante la caída de sus principales referentes y la avasallante ofensiva que despliega el capitalismo internacional con su insaciable avidez.

Para aspirar a un nuevo pensamiento es condición necesaria, aunque no suficiente, cuestionar las “verdades” aceptadas con sus correspondientes expresiones. Dentro de estas últimas entendemos que el sectarismo y el dogmatismo fueron y son una consecuencia de la concepción del poder que los alimentó y que ahora intentamos hacer evidente en su nocividad política y también como obstáculo epistemológico. Y si este nuevo pensamiento trata de evitar ese obstáculo tiene que prevenirse de sí mismo y asumir la impugnación del poder y las relaciones de dominio para que, en nombre de lo nuevo, no se auto-erija en su única personificación. Debemos comprender que el carácter polémico de toda confrontación de ideas debe dejar permanentemente abierto el espacio de discusión y que las tomas de partido significan apuestas por distintas opciones. El desafío consiste en que el conflicto de intereses (políticos y/o intelectuales) no cierre ese espacio erigiendo “nuevos” patrones de la “verdad” que decidan qué y cómo se discute. Las experiencias negativas surgidas en el interior de los procesos revolucionarios son más que elocuentes como para estar alerta ante semejante riesgo.

Dichos procesos tuvieron un factor común en las diferentes vertientes ideológicas que los sustentaron: la existencia y desarrollo de relaciones de dominio internas en todas las formas organizativas que se gestaron en las luchas por el poder contra los sec-

tores dominantes y donde la estructura piramidal resultó una réplica de la de los opresores a pesar de sus fines opuestos. Esa característica se dio desde los mismos orígenes, formó parte de la metodología de construcción y fue teorizada por Lenin quien fue uno de sus mentores más notables. Se puede decir que la posterior simbiosis entre el partido y el Estado estuvo prefigurada en esa concepción del poder. Pero las raíces de la enfermedad congénita quedaron tapadas por el triunfo de las grandes revoluciones anticapitalistas que prestigiaron y afianzaron ese modelo mientras las objeciones del socialismo reformista nunca sobrepasaron los límites de la crítica liberal-burguesa de la cual fue contribuyente.

Es a partir del eclipse del socialismo y de los movimientos de liberación nacional que cobra relevancia y pasa a primer plano la necesidad de la gestación de un nuevo pensamiento que cuestione la hegemonía del capitalismo sin recaer en la concepción que llevó a la encrucijada actual y que fue refutada por los hechos.

Para nosotros, asumir la necesidad de un nuevo pensamiento es comenzar por desconfiar de la propia inercia intelectual. Cuestionar las “verdades” aprendidas y asimiladas cotejando los enunciados e intenciones con los resultados obtenidos, lo que debía ser con lo que fue y es. Eso significa abandonar el amparo de las certezas que no resultaron ciertas y aventurarse por los impredecibles caminos que no cuentan con garantías previas. Revisar el pasado que nos incluye sin renunciar a los legados revolucionarios y mucho menos a los objetivos que los inspiraron. Procurar entender cómo se ha llegado a una situación tan injusta como la de hoy a pesar del determinismo premonitorio en que abrevamos y que prometía el resultado inverso. Desterrar el dogmatismo inspirador de justificaciones que explican lo inexplicable basado en interpretar los procesos como una sumatoria de errores y desviaciones ajenos al ideal y también a la teoría, como si éstos no tuvieran que confrontarse con la realidad que debían transformar.

Convencidos de la importancia que tiene encarar una nueva problemática acerca del tema del poder y las relaciones de dominio, planteamos la necesidad de un pensamiento crítico y de una búsqueda colectiva en pos de otras alternativas que impulsen la horizontalización del poder, que cuestionen la representatividad tradicional y que replanteen el papel del Estado y de las organizaciones estructuradas a su imagen y semejanza.

Pero esta problemática que contiene una profunda carga crítica en busca de nuevas alternativas, no se puede siquiera plantear desde la vieja concepción revolucionaria que, según creemos, ha caducado. Y mucho menos desde la visión adaptativa al sistema que pretende mejorarlo sin alterar sus bases ni su legalidad interna. Esa postura de compromiso con el orden establecido tiende a transformar en inocuas las infinitas formas de resistencia con que los sectores desposeídos procuran defenderse de las condiciones de explotación y opresión a las que se halla sometida la gran mayoría del pueblo. Es el rol que hoy cumplen, voluntariamente o no, los partidos y los sindicatos al prestarse al juego de la democracia realmente existente, vale decir, al convertirse en rehenes del orden plutocrático hegemónico que legitiman mientras son

fagocitados por éste. Esto no significa ignorar la debilidad actual del movimiento popular o descalificar a priori ninguna forma de lucha ni tampoco dictaminar sobre los tiempos políticos de los demás. Sencillamente cuestionamos la inteligencia y la voluntad cuando están atadas al mantenimiento de este opresivo orden vigente.

LO POSIBLE Y LA JUSTIFICACIÓN DEL ORDEN EXISTENTE

Cuando los políticos tratan de justificar la mengua de sus actos y de acotar sus gestos de rebeldía, recurren al argumento de lo posible. Veamos cuáles son sus implicancias.

La hegemonía del capitalismo en el mundo aparece tan firme que gran parte de los que se dicen de izquierda esterilizan la memoria histórica de las luchas populares excluyen todo proyecto político que se proponga enfrentar dicha hegemonía. Por eso las rebeldías más notorias emergen de la práctica social como expresión de las contradicciones del sistema y algunos intentos innovadores que plantean propuestas políticas cabalmente opositoras aun tienen limitado desarrollo como es el caso del EZL en México.

En el campo de las ideas la hegemonía parece cerrarse sobre sí misma y no dejar resquicios para cuestionamientos de fondo. Dentro de ese marco la apelación a lo posible adquiere un valor paradigmático: no es permisible siquiera imaginar algo distinto a lo que es, o sea, discutir la supremacía del capitalismo cuya legalidad y dinámica son aceptadas como algo inmodificable. Digamos que las condiciones políticas y materiales generan sentimientos afines y fatalistas de lo dado. Pero ocurre que dichas condiciones son producto de la actividad de los hombres, no un fenómeno de la naturaleza tal como se desprende de los argumentos de quienes igualan lo posible a lo admitido por el régimen. El escenario político actual permite evaluar el peso de la hegemonía por el enorme transvasamiento de energía social que supone la asunción del discurso dominante por parte de quienes ayer fueron opositores lo cual ha desertificado el vivero del pensamiento anticapitalista. Y precisamente, bajo el amparo de lo posible se justifica el salto que refuerza y consolida lo que se ha renunciado a combatir.

Frente a esa situación recuperar la capacidad de pensar críticamente reconoce un primer requisito ineludible: liberarse de la tiranía de “lo dado”. Pero esto no significa fabular o inventar utopías como un ejercicio de catarsis política. Pasa por la exigencia de replantear los presupuestos que inspiraron el pensamiento anticapitalista que no resistieron la prueba de los hechos y que favorecieron el triunfo de la gran burguesía y la consolidación de su imaginario social. Luego, la oposición a esa realidad, con una perspectiva de cambio, exige cuestionar desde otro lugar la circularidad de lo posible lo que mueve a resignificar el sentido de lo imposible.

Para nosotros, lo “imposible” subyace en la infinidad de resistencias que alberga la sociedad que se expresan en lo micro-social con su multiplicidad dinámica y des-

bordante en donde los puntos de articulación representan las posibilidades de cambio. Éstas serían realizables si la dispersión de las situaciones de resistencia opuestas al sistema logran producir las condiciones de su unidad. Emergería así un nuevo estado de agregación que podría engendrar otra instancia social ajena al orden existente. Según esta óptica, lo imposible, entendido no como un absoluto inalcanzable, debe interpretarse como un punto ciego para el sistema del cual brotan los cuestionamientos a su existencia y de donde puede surgir un pensamiento crítico que promueva las oposiciones excluidas por la axiomática impuesta.

Nos imaginamos ese no lugar para el régimen como el afuera del sistema que no es un afuera espacio-temporal. Implica operar desde la interioridad en busca de canalizar las contradicciones y de crear otras alternativas. No supone retirarse voluntariamente de la sociedad “permitida” sino que, al contrario, las ideas y acciones no adaptativas provocan o dan pie a la exclusión en la medida que cuestionan la lógica dominante y tienden a desatar los nudos del tramado social que reproduce el sistema y garantiza su existencia. Persistir en esa tarea que vaya generando un proceso de configuración de otro tramado cultural político, habilita un afuera en interioridad que tensiona el marco de lo posible y provoca el rechazo de los factores de poder que son los principales gestores del sentido común que descalifica el cambio.

El imposible así concebido es una apuesta formulada desde otro lugar del que regla el campo de lo posible del sistema. Implica necesariamente un pensamiento crítico que cuestiona las bases de dicho campo y que se configura al margen de él. Mientras convive con las contradicciones que engendra el sistema debe intentar profundizarlas e inscribirlas en ese “afuera” que no transige con la adaptación y con los retoques de lo existente. Se plantea así una permanente tensión entre los distintos tiempos de las luchas políticas y de lo socio-cultural, entre las exigencias del ahora y sus proyecciones. Y aquí el espectro es amplísimo porque abarca a las diversas manifestaciones de la vida social que expresan la complejidad que debe asumir la apuesta y que incluye a la diversidad como un dato necesario pero insuficiente del quehacer colectivo. De allí el carácter de apuesta que se corresponde con el reconocimiento de la multiplicidad de caminos tendientes a un proceso emancipador donde la inmediatez de las acciones debe articularse con el propósito de romper la circularidad de lo posible.

RACIONALIDAD E IRRACIONALIDAD EN EL CAPITALISMO

Los sentimientos intervienen en los dictados de la razón. Freud lo enunció con claridad al afirmar: “Nuestro intelecto sólo puede laborar correctamente cuando se halla sustraído a la acción de intensos impulsos sentimentales; en el caso contrario, se conduce simplemente como un instrumento en manos de una voluntad y produce el resultado que esta última le encarga. Así, pues, los argumentos lógicos serían impotentes contra los intereses afectivos...” Y así como el racionalismo postuló

orgullosamente el primado de la razón y estuvo motivado por un fuerte sentimiento que le confirió vitalidad, también la razón que impusieron los círculos dominantes resultó el escudo que amparó el deseo de satisfacer sus minoritarios intereses. Verdad que aflora no bien se desmisticifica la racionalidad del régimen capitalista al poner en evidencia cuánto de falso encierra la alardeada cualidad y se desnudan los fundamentos sobre los que se asientan sus principios esenciales. Esa presumida racionalidad hace aparecer como irracionalistas o utópicos a quienes niegan los supuestos que sostienen el funcionamiento de lo dado y por tanto de su único posible: su esencial convalidación.

La concepción capitalista universaliza sus particularidades y enmascara por desplazamiento lo falso de su racionalidad pues lo que propagandiza remite a otro cuerpo que no es el suyo. Justamente su irracionalidad se hace patente por el lado de las generalizaciones, cuando asume al género como el lugar que fundamenta su discurso mientras identifica los intereses de la humanidad con los del capital. Verbigracia, asocia el progreso con el proceso de acumulación, se atribuye la democracia, los derechos humanos y la libertad al tiempo que los violenta respondiendo a sus minoritarios y excluyentes intereses. Así, cuando se cotejan sus principios generales con las prácticas determinadas que produce, surge el abismo que la prédica hegemónica oculta o disimula enmascarando su naturaleza al presentar las manifestaciones esenciales que la ponen en evidencia como si fueran expresiones contingentes y propias de la falibilidad humana lo cual deja intangible el ser del sistema.

Ese mecanismo encubridor que transmuta el sentido de las palabras y los hechos tiende a desviar el eje de la crítica. Por ejemplo, si se toma al deseo como la causa del consumismo en vez de desnudar la utilización mercantil del deseo que lo reduce a un instrumento manipulable para la realización de la mercancía. El sujeto deseante, característica humana insoslayable, es identificado con el deseo de posesión de la mercancía que se encarna en la máxima abstracción del valor, el dinero, como panacea universal de la posibilidad de goce y satisfacción. Pero la cuestión no consiste en ignorar la satisfacción que produce el acceso al mundo de las mercancías que impulsa el régimen y que resulta fortalecido cuando se lo desestima ingenuamente. Lo fundamental es desenmascarar la naturaleza del consumo capitalista con su fetiche dinero, la des-humanización que supone la cosificación del sujeto-mercancía y la instrumentación del deseo que favorece la injusticia que instaura este sistema contrario a “la igualdad de oportunidades” que predica falsamente. O sea, no debe ser el deseo de consumir el eje de la crítica sino las relaciones sociales que transforman al consumo en un momento inescindible de la circulación del capital en vez de una condición de la existencia humana que es considerada sólo si representa un negocio. Basta tomar como ejemplo la enorme desproporción existente entre los miles de millones de habitantes del planeta que viven sumidos en la pobreza y que no importan porque no tienen “significación económica”, frente a los reducidas élites que concentran fabulosas riquezas, generan un enorme desperdicio y pueden decidir el destino de inmensas masas según el cálculo de la ganancia que es motor y fundamento del capitalismo.

Es precisamente esa característica la que le confiere “racionalidad” interna al sistema a poco que se abandone el punto de vista de las conveniencias del conjunto de la sociedad y se lo traslade al desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, que se desligue la producción de sus consecuencias sociales para exaltar el interés individual. La ambición por la ganancia, íntimamente ligada al poderoso Tánatos, ha demostrado una gran eficiencia en cuanto a motorizar las fuerzas productivas, generar notables cambios tecnológicos y también originar las mayores tragedias de la historia que ilustran la “civilizadora” barbarie de este siglo. Es que, a lo largo del tiempo, ha concentrado tres poderosísimas armas: el poder económico y el poder político unidos a la sustantiva apropiación del deseo como fuente de adicción y multiplicador del componente agresivo de la condición humana.

Ahora bien, si se desliga al consumo de la realización del capital aparece la dimensión humana y social como el centro de la cuestión que el capitalismo afirma de palabra y niega de hecho. Porque el objeto de la producción debiera ser la satisfacción de las necesidades de toda la sociedad considerando que el nivel de las mismas se relaciona con el estadio histórico alcanzado. Y es aquí donde el capitalismo exhibe sus pergaminos en base a su gran capacidad productiva. Pero como la satisfacción de las necesidades es función de la distribución de los bienes materiales, siempre se ha empeñado en demostrar que el desarrollo de dichos bienes depende de la capacidad de sacrificio del conjunto de la sociedad borrando la frontera del privilegio y escamoteando la diferencia entre explotados y explotadores, oprimidos y opresores. La transmutación se completa cuando el capital entroniza su derecho a la apropiación del excedente y se transforma en el árbitro y dueño de las condiciones de vida de la inmensa mayoría. El formidable poder que logró construir le ha permitido convencer a propios y extraños que la única forma posible de desarrollo económico-social es la que se funda en sus principios que asocian el “progreso” al egoísmo de su cultura explotadora y hedonista.

LOS LÍMITES DE LA ALTERNATIVA SOCIALISTA

El marxismo desarrolló una lucha frontal contra la explotación y la opresión capitalista y a partir del leninismo cuestionó en los hechos la supremacía del capitalismo en el mundo. Planteó una racionalidad antagónica respecto al objetivo central de la obtención de la ganancia como ley suprema del orden social toda vez que supo desnudar la esencia del régimen capitalista. Afirmó la preeminencia de la clase obrera como motor de la revolución destinada a engendrar una cultura de la solidaridad que luego de un proceso de transición eliminaría los privilegios e injusticias del orden capitalista, terminaría con las diferencias de clases y extinguiría al Estado como instrumento de dominación.

Ahora bien, el socialismo alteró las formas de distribución y produjo un reparto más equitativo pero básicamente no cambió las características del proceso de produc-

ción que guardó importantes similitudes con el denostado capitalismo. Se constituyó una suerte de fordismo regenteado por el Estado donde la circulación mercantil tuvo rasgos distintos. La asignación de recursos y la distribución del producto social se decidieron centralizadamente en virtud de la planificación estatal conservando criterios de rentabilidad e intercambio afines a la concepción mercantil capitalista.

El proceso revolucionario, en su etapa más dinámica, produjo una redistribución del ingreso favorable a las necesidades de las capas sociales más explotadas y obtuvo sus mayores conquistas en la alimentación, salud y educación de la población. Ésa fue la base de sus logros y lo que le confirió un gran impulso a la producción gracias al amplio consenso ganado no obstante las contradicciones sectoriales. Mas, en cuanto a las formas productivas de la sociedad industrial clásica, a la par que se desarrollaban, se desarrollaban también los lazos de poder inherentes al saber y a los lugares de conducción. La evolución de esta contradicción tensionó a dos puntas a la sociedad socialista: el proceso de acumulación decidido centralmente estimuló las diferencias y la burocratización e incidió negativamente sobre la distribución y la participación. A punto tal que llegó un momento en que ya no pudo competir con el capitalismo. Dicha formación de compromiso carcomió el igualitarismo y hosificó las formas de poder que cada vez más independientes del destino colectivo terminaron asumiendo plenamente las formas capitalistas en la etapa que habilitó la *perestroika*. Se podría aventurar que esas afinidades de origen explican que la desestructuración del socialismo no haya surgido de una contrarrevolución violenta ni de una guerra intersistemas sino de un corrosivo proceso de desgaste interno.

El lugar vacío del socialismo, lo no visto y excluido por su imaginario, fueron las relaciones de dominio internas, el lastre real que impidió despegarse del capitalismo. La toma del poder, hacerse cargo del aparato del Estado, fue como conquistar una fortaleza pero sin cambiar sustancialmente sus modos de vida, lo que terminó obrando en sentido contrario. La “cultura proletaria” imaginada se tradujo en una estructura piramidal jerárquica en cuya cúspide se situó el partido. Mientras el capitalismo históricamente modificó las relaciones económicas generando otra cultura y luego pudo coronar su poder político, la revolución socialista pretendió modificar los hábitos culturales de la sociedad desde el control del Estado. Pero la misma herramienta que forjó junto a su metodología de construcción también resultaron un cuerpo ajeno, pero en este caso, respecto de sus grandes objetivos emancipadores. La dictadura del proletariado, la vía de acceso a la liberación imaginada por los fundadores del socialismo, resultó una falsa ilusión que condujo a una dictadura a secas. El capitalismo “salvaje”, las guerras étnico-nacionales y las mafias que campean hoy en Europa del Este resultan inentendibles si no se analiza ese proceso desde sus mismos orígenes y cómo se desarrolló una cultura antagónica respecto de los fines proclamados. No fue obra de meros renegados sino que éstos proliferaron al calor del carácter opresor del poder incubado en el seno de los organismos revolucionarios.

LA GLOBALIZACIÓN, REALIDAD HEGEMÓNICA Y CONSIGNA POLÍTICA

La implosión del campo socialista despejó el escenario mundial para el arrollador avance del capitalismo que logró consolidar políticamente su nuevo paradigma de acumulación apoyado en la revolución tecnológica que impulsó. Esta supremacía le ha permitido cooptar a la mayoría de los movimientos populares del mundo, cercar a los que aún se resisten y constreñir a la clase obrera a la casi exclusiva defensa de sus fuentes de trabajo.

La radical liberalización del tránsito de mercancías, servicios, dinero y capital ha vulnerado las barreras nacionales y subordinado la importancia del mercado interno (en especial de los países más débiles). Asimismo, corroborando las falacias liberales, se obstaculiza el desplazamiento de los asalariados para confinarlos a sus lugares de origen y mejorar las oportunidades de explotación y chantaje. Todo lo cual favorece las posibilidades del capital cuya base técnica y adelantos en el transporte le permite trasladar con facilidad sus unidades productivas. Ni qué decir respecto de la formidable movilidad del capital financiero que opera en tiempo real en todo el planeta.

Correlativamente, se produjo un salto en el nivel de desocupación en virtud de los avances tecnológicos y de la reorganización empresaria debilitando el poder de negociación de la clase obrera y en especial del sector industrial. Así, los cambios operados dentro de la unidad fabril han mejorado los mecanismos de control sobre los asalariados, de disgregación interna y de expropiación de sus saberes ocasionando un importante deterioro sobre las condiciones de la solidaridad de clase que fue uno de los pilares de sus grandes luchas.

El proceso de concentración del capital con sus mega fusiones ha aumentado exponencialmente el poder de los grandes conglomerados que no sólo se han diversificado sino que han conseguido un alto grado de flexibilidad gracias a sus conexiones en red. El poder desarrollado por el capital financiero y estos conglomerados son la base del dominio mundial de las potencias rectoras y de los organismos financieros internacionales y constituyen la fuente nutriente de la elites capitalistas que actualmente pilotean los destinos del planeta.

Luego, si traducimos políticamente el significado de la globalización se podría decir que esa figura oculta un opresivo imperio tripolar –con epicentros en USA, Japón y Europa– que sin cesar en sus disputas hegemónicas, ha engendrado una verdadera metástasis de dominación económica y política en la geografía mundial. Y cuyos efectos sociales significan el entierro de la fordista sociedad de bienestar, la exclusión de enormes masas humanas, el empobrecimiento de otras y por contrapartida, una fabulosa concentración de riqueza en pocas manos. El extraordinario salto tecnológico actual parece una burla macabra si se lo compara con las hambrunas de millones de personas que viven en nuestro feliz planeta globalizado.

Este escenario muestra importantes modificaciones en los llamados países dependientes que son los que sufren los peores efectos de la globalización. Ahora resulta más apropiado llamarlos estados nacionales competitivos puesto que a las formas tra-

dicionales de dependencia se le suma la asfixia económica y sujeción política de la deuda externa y la competencia con otros posicionamientos nacionales para ganar los favores del gran capital internacional que es quien impone su mandato. O sea, ofertar las condiciones óptimas para la valorización del gran capital que opera a nivel planetario y busca beneficiarse con el aumento de la explotación y de la desprotección social. Se afianza así la primacía de las elites económicas nativas e internacionales que usufructúan y controlan el Estado con la complicidad de los partidos que se disputan la renta política a la caza de los puestos de gobierno que les permitan obtener su cuota parte. Como consecuencia se produce un vaciamiento real de las proclamadas democracias que, en casos como el nuestro, advino desplazando al horror de las anteriores dictaduras militares. Frente a la ausencia de alternativas populares, la representatividad de los partidos políticos se ha ido transformando en una realidad virtual, apta para la televisión y el espectáculo, y cada vez más alejada de las necesidades de quienes dicen representar pero que sólo interesan en el momento de emitir el voto.

La situación descrita ha engendrado nuevos conflictos, revitalizado otros que estaban en estado latente y también ha conferido una dinámica imprevisible a las contradicciones del sistema. No obstante, debemos aceptar que el capitalismo ha mostrado un alto grado de adaptabilidad a los cambios y una considerable longevidad. En la adaptabilidad juega su propia constitución pues las crisis son la modalidad inherente a su desarrollo. En cuanto a su duración, resulta relevante su capacidad productiva, su experiencia para absorber las luchas populares y la vitalidad de su imaginario como usina generadora de consenso. Pero, salvo sus panegiristas, nadie se atrevería a pronosticar cuánto alberga de sobrevida. Vale recordar un comentario de Bush acerca de la implosión del campo socialista: “la historia da poco tiempo para la celebración.” Y nosotros también podríamos agregar que la historia es pródiga en acontecimientos imprevisibles.

UNA MIRADA HACIA EL FUTURO

Las virulentas contradicciones del sistema gozan de buena salud y oscurecen la perspectiva de sus días de gloria, pero en estas sintéticas reflexiones pondremos el acento en lo que para nosotros significan atisbos de lo nuevo respecto del campo popular. Si bien ambos aspectos son inseparables, consideramos a la parte activa como lo determinante en cuanto a los cambios socio-políticos ya que no confiamos en las teorías del derrumbe cuya inspiración mecanicista fue contradicha por el avance del capitalismo.

Situados frente a los enigmas del futuro y al rechazar la visión adaptativa, surge el interrogante de cómo encarar la oposición al sistema. Aclaremos que con esta pregunta no buscamos respuestas programáticas. Y no lo hacemos porque las excluyamos sino porque nos orientamos en un sentido diferente, acorde con las ideas que desarrollamos.

Para nosotros la metodología de construcción es sustancialmente más importante que las enunciaciones programáticas. Según nuestra interpretación de las múltiples experiencias del campo revolucionario, creemos que si no se intentan nuevos caminos, las propuestas que se formulen, por más acordadas y bellas que sean, no prosperarán. Entendemos que lo programático es un aspecto menor de la lucha cultural que supone el desarrollo de un proyecto político.

Pensamos que hasta ahora el objeto inconfesado de la política ha sido imponer dominio. Y frente a la máquina de explotación capitalista, sustento de su poder omnímodo, no se podrá avanzar en un proceso de emancipación mientras no se resuelvan las contradicciones que engendran las relaciones de dominio. Cómo gestar nuevas organizaciones que concentren la suficiente energía social y que destierren o controlen las relaciones de dominio es uno de los interrogantes fuertes de la época. Encarar esa exigencia es una tarea a largo plazo que plantea el desafío de una nueva metodología político-cultural que articule el presente con el futuro.

Sabemos que semejante propósito choca inevitablemente con las experiencias propias de nuestra cultura. Estas suelen confirmar que cuando entran en crisis las condiciones de liderazgo, o sea, al producirse una desestructuración de las jerarquías, se desorganiza la actividad colectiva que tiende a la parálisis cuando no al caos. Si los sucesos remiten al Estado se dice que existe un vacío de poder y si se consideran los efectos sociales se habla de anarquía. Asimismo, en las experiencias micro los casos que se apartan de esas características resultan fenómenos aislados. Lo habitual es que si no surge ningún liderazgo, la gente lo reclame y haga lo posible para que se constituya.

Del indudable peso de esta realidad se puede desprender que las relaciones de dominio, inherentes a toda estructura jerárquica, son algo natural e insustituible para la vida un sociedad. Nosotros pensamos que no es así, que las formas de organización y el modo como se establece el lazo social son un producto histórico y que las relaciones de dominio, hasta el presente, encadenan las relaciones humanas de manera tanto o más resistente que las relaciones de explotación.

Referente a ello, el excepcional pensamiento de Marx produjo un avance trascendente al clarificar la naturaleza de la explotación, en especial al centrar su crítica en el capitalismo. Sin embargo, la cuestión del poder y las relaciones de dominio aún siguen en la penumbra. Lógicamente, no se le puede pedir a los beneficiarios y gestores de la opresión que indaguen y expongan sus mecanismos. El problema recae sobre quienes la cuestionan, pero el bloqueo intelectual, como parte de la crisis que padecemos, impide ahondar en ese sustancial campo e induce a naturalizar lo que es propio de las relaciones sociales presentándolas como si se tratara de un fenómeno constitutivo de la condición humana.

Promover proyectos políticos que conduzcan a concentrar energía social pero que a la vez tiendan a nivelar las desigualdades de poder efectivo que existen en el seno de la sociedad es una opción que vale la pena intentar. Sobre todo si se toma conciencia de que la socialización de los medios de producción abortó al nacer porque bajo la concepción marxista-leninista de la dictadura del proletariado las revoluciones

comunistas emprendieron el camino opuesto a la socialización del poder. Pero ahora, con las tremendas experiencias acumuladas, creemos que quienes impulsen alternativas emancipadoras deberán plantearse ese objetivo.

La contradicción entre concentrar energía, sin la cual un cambio revolucionario es impensable, y diversificar la capacidad de decisión en el seno de la sociedad, sin lo cual la emancipación es ilusoria, es una clave abierta al futuro.

El estadio histórico de nuestro tiempo nos sume en una verdadera paradoja. Por un lado, el desarrollo material alcanzado permite alentar promisorias esperanzas acerca del futuro de la humanidad; pero por el otro, el extraordinario poder de las elites capitalistas que han expandido la opresión y las inequidades a extremos inimaginables hace apenas una década atrás, colma de incertidumbre al hombre contemporáneo.

Este último aspecto se ve reflejado en la aplastante hegemonía del imaginario social que se origina en los centros de poder mundial y se difunde a través del control de los medios de comunicación masivos gestando un sentido común afín a sus intereses. De él emana el endiosamiento del individualismo y del exitismo a cualquier precio, el despojamiento de los sentimientos solidarios, la mercantilización de la vida, la identificación de la revolución tecnológica con la competitividad feroz, la sujeción de la política a los dictados de la economía o sea a la de los dueños del capital y el consecuente vaciamiento de la representatividad tradicional desplazada por la ficcionalización mediática de la política.

Pero a la universalización de ese imaginario social, producto de esta etapa del capitalismo, se superpone una multiplicidad cultural que se ancla en tradiciones y etnias extraordinariamente diversas y choca obstinadamente con experiencias vitales que no se corresponden con el imaginario dominante. De ese complejísimo mosaico van surgiendo nuevas contradicciones y voces disonantes que expresan variadas formas de oposición al sistema imperante. Y desde esa simiente van brotando manifestaciones de cambio como muchas que, todavía larvadas, afloran hoy día.

Se puede apreciar que de distintos ámbitos sociales y geográficos se producen experiencias y comienzan a circular ideas no afines al sistema. Dentro de las primeras se pueden destacar la aparición del zapatismo; el Movimiento de los sin Tierra; la indeclinable tenacidad de las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo; la Carpa Blanca, las comunidades de cristianos de base con su “opción por los pobres”; las luchas de los movimientos feministas, del ecologismo y de las ONGs en general; los cortes de ruta; los círculos de trueque, por citar algunas manifestaciones. Mientras que en el plano de las ideas se va extendiendo la discusión acerca de los alcances de la representatividad, la horizontalización y circulación del poder, la contraposición entre la organización en red frente a la concepción piramidal del partido, la importancia de la participación de la sociedad civil en las decisiones políticas, la reivindicación de las luchas locales por sobre el universalismo abstracto y la necesidad de su articulación sin por ello renunciar a la diversidad. Y esto que hoy se esboza todavía tímidamente puede resultar el inicio de un nuevo lugar para la política. Ese nuevo lugar reclama la multiplicación de proyectos políticos que apunten al corazón del sistema. Y haciendo

parte de éstos incluimos a las acciones que aun sin ese propósito deliberado cuestionan de hecho resortes sustanciales de la dominación y que además de la resistencia que expresan abonan el campo de aprendizaje de los movimientos populares.

Es una actitud cínica, o al menos una gran ingenuidad, suponer que si se convence a los dueños del poder de la injusticia de su causa se podrá obtener su visto bueno para avanzar hacia un orden más justo. No nos imaginamos a un tigre vegetariano y menos a un tigre de papel. La cruda realidad ha demostrado la fortaleza de sus garras y su inagotable voracidad. Emerge entonces nuevamente la figura de la revolución. Pero, si considerarnos las experiencias vividas, surge la pregunta de cuáles son sus alcances atentos a este presente que debe asimilar el pasado para crear un futuro distinto al que predicaban los oficiantes del conformismo estatuido.

La revolución fue concebida como la consumación de la legítima violencia a que las masas populares debían apelar para sacudirse el yugo de la opresión. Esa concepción hoy aparece problematizada desde dos frentes: por el lado del enorme desbalance de fuerzas actual y también debido a los contradictorios resultados obtenidos por quienes la impulsaron.

El desbalance mencionado amplifica la voz de los sectores dominantes que descalifican esa violencia mostrándola como símbolo de crueldad y deshumanización. Expían así culpas propias y ajenas para desacreditar cualquier gesto de rebeldía que contraríe sus intereses. Basados en el amplio consenso impuesto se cubren con la piel de cordero disimulando la ferocidad del régimen que mata silenciosamente a millones de personas al negarles las más elementales condiciones de vida a la vez que convierten sus operaciones militares y sus guerras de baja intensidad en cruzadas civilizatorias. Asimismo, el deterioro ecológico del planeta, los bancos y operadores financieros que blanquean los dineros del narcotráfico elevando su giro al olimpo de los negocios del cual participa la industria bélica, son fieles exponentes del altísimo grado destructivo y depredador del capitalismo.

Pero en rigor de verdad esto no es nada original. Lo nuevo surge del segundo aspecto: de la mutación de los procesos revolucionarios liberadores devenidos en otras formas de opresión a pesar del enorme esfuerzo y sacrificio que supusieron. Este fenómeno es el que ha vaciado de contenido el significado de la revolución y el que exige una mirada distinta. Y aunque parezca una paradoja se podría afirmar que de la dupla “poder revolucionario” el poder se tragó a la revolución. Vuelve entonces a escena la recurrente temática que venimos abordando.

Creemos que la revolución ya no debería pensarse como punto de inflexión y origen de una nueva sociedad, sino como expresión de la lucha cultural política que irá gestando las condiciones de la transformación dentro del tejido social para habilitar la ruptura como un proceso renovado y renovable de sus propias premisas. O sea, el cambio debe instalarse dentro de sí mismo en un sistemático cuestionamiento del poder que engendra. Y esto es indisociable de la metodología de construcción que deberá prolongarse y renovarse en la ruptura para que ésta se convierta en una realidad sujeta a permanente convalidación. De allí que las garantías del proceso no

dependan de lo programático sino de la fortaleza de la construcción medible siempre a posteriori, Asimismo, encasillar las formas de lucha es una vana pretensión pues dependen del momento, del carácter del enfrentamiento y de la creatividad. Aquí entran a jugar los proyectos políticos como apuestas hacia alternativas inéditas en busca de respuestas que no figuran en las biblias partidarias ni en los saberes tradicionalmente aceptados.

Concebir la revolución como proceso de cambio ininterrumpido interroga a la concepción de la toma del poder que está asociada a la acumulación de fuerzas como tarea preparatoria. De allí se desprende la visión clásica de dos ejércitos que se enfrentan, con inclusión de las connotaciones clasistas que se le dio, y que resultó mucho más que una metáfora. El partido como destacamento de vanguardia y su posterior mimetización con el Estado lo atestiguan.

Acumular fuerzas tiene una doble vertiente sospechosa. Por un lado, acumular es lo que hace el capital y por el otro, fuerza es un concepto extraído de la física mecánica. No queremos reducir el asunto a un problema semántico sino observar en el lenguaje prestado signos que configuran nexos entre concepciones presuntamente antagónicas. Porque acumular se asocia a quién acumula y hasta ahora conocemos la respuesta. Y fuerzas pareciera un término que tiende a compartimentar, más afín al arte militar que a la transversalidad y movilidad de lo social características que mejor se avienen al concepto de energía.

Esta incipiente problemática que proponemos nos introduce en un campo paradójico y sembrado de interrogantes. Porque plantea la cuestión del poder como indisoluble del proceso de construcción que no debe apelar al ejercicio de lo mismo que históricamente lo ha caracterizado y que también, históricamente, ha devenido en opresión. Y la complejidad es mucho mayor al reconocer la magnitud del poder que actualmente rige los destinos del planeta.

Lo cierto del caso es que el capitalismo ha impuesto un verdadero modelo de sociedad cuya legalidad está en permanente tensión con la suma de acontecimientos impredecibles propios de su historia. Naturalmente, luego de producidos, surgen las interpretaciones. Se diría que la “regularidad” del proceso de acumulación y concentración se manifiesta a saltos espacio-temporales y que sus expresiones políticas resultan un azaroso y continuado espectáculo. Las luchas por la hegemonía y el desarrollo desigual son una fuente inagotable de impredecibilidad que brota de sus mismas entrañas.

Hoy, el poder y la universalidad del capitalismo semeja una fortaleza casi inexpugnable y resulta idílico imaginar un derrumbe cercano. Pero si, al margen de las urgencias, se plantea que convivir con él no significa resignarse, que los tiempos de lo social son distintos a los de las luchas políticas, que su interrelación no es lineal y que los procesos de cambio deberán partir de la propia interioridad, los proyectos políticos con una direccionalidad antisistema pueden constituir una siembra digna de intentar y su germinación es una posibilidad abierta. Para nosotros situarse en una posición antisistema significa una opción ética a favor de la libertad y la dignidad

humana, contraria a este orden injusto y depredador cuya perdurabilidad no se debe a ninguna razón válida sino sólo a los intereses que lo sostienen. Esto supone desnudar con perseverancia la naturaleza y las contradicciones del capitalismo en un proceso cultural-político que estimule formas de relaciones participativas y solidarias. Para transitar este arduo y largo camino es preciso que circule la capacidad de decisión, que se respeten los ámbitos de resolución oponiéndose a las tradicionales bajadas de línea y que se extiendan redes de solidaridad en busca de formas operativas de la energía social.

Sabernos que la cultura y los micropoderes en que estamos inmersos nos incluyen a todos y hacen aparecer estas ideas como algo ingenuo e inalcanzable. Pero mal se puede alcanzar lo que no se propone. Y en ese sentido, esta convocatoria a otra jornada por un nuevo pensamiento junto a las diversas expresiones que tienen la misma orientación, son una muestra de una intencionalidad en desarrollo que varios años atrás no se percibía.

UNIDAD EN LA DIVERSIDAD Y POLÍTICA COMO NECESIDAD

Ana Dinerstein

*Docente e investigadora de la Universidad de WARWICK. Inglaterra
“La política es el reino de la imaginación material” (A. Negri)*

EL FANTASMA REAL Y LA IMPORTANCIA DEL PENSAMIENTO CRÍTICO EN LA ACTUALIDAD

El pensamiento único es la ideología hegemónica que se atribuye ser la única interpretación válida acerca de lo que ha pasado, de lo que sucede en el presente y de lo que es políticamente factible en el futuro. Su existencia no indica el logro de consenso social sino una extraña combinación de desapasionamiento y violencia, pues apunta a anestesiar, cuando no aniquilar, cualquier intento de explorar en “lo que podría ser...”

Existen fuertes críticas a este Nuevo Realismo desde los sectores políticos e intelectuales progresistas que, la mayoría de las veces, lo fortalecen. El pensamiento único no sólo celebra la flexibilización cerebral, política y moral de muchos intelectuales que sobreviven a la sombra del neoliberalismo, sino que ha cooptado a las versiones “progresistas” de la política, que creen diferenciarse del primero en su interés por encontrarle la cara humana a la violencia del capital. Por ello, describir el panorama social angustiante sobre la experiencia de irrefutabilidad de este pensamiento hegemónico, así como clasificar la fragmentación social por medio de métodos sociológicos; ó intentar estructurar un nuevo discurso sobre las mismas bases en las que se funda el pensamiento único resulta no sólo infructuoso sino contraproducente. La construcción de un pensamiento crítico y plural necesita de un debate acerca de qué es ser crítico en el presente y de la relación entre teoría y práctica.

Para ello se requiere, en primer lugar, de una profunda autocrítica sobre nosotros mismos acerca de qué tipo de sujetos intelectuales estamos siendo en el marco de las nuevas formas de la relación capitalista, y en segundo lugar, de un análisis de las trabas históricas ideológicas, institucionales, organizacionales, teóricas, políticas y

personales que obstaculizan la puesta en movimiento de un acuerdo implícito: la necesidad de generar un pensamiento crítico que logre articular la experiencia de la cotidianeidad con lineamientos teórico-prácticos para deconstruir y desmitificar al pensamiento único y articular así nuevas formas de la política. La palabra “necesidad” define a la crítica práctica. La crítica práctica tiene la virtud de unificar en lo político lo que ha sido separado, es decir, deseo, capacidad, pensamiento y acción.

El pensamiento es materialidad, y por lo tanto, es siempre acción política. Partiendo de que la producción intelectual es parte de las prácticas sociales, el pensamiento único es una construcción discursivo-material que no ha nacido de, pero que se afirma en, nuestra debilidad para señalar su debilidad. En este sentido, la lucha contra esta “única” interpretación de las cosas no es simplemente una batalla en el plano de las ideas, sino una lucha política por resistir las formas políticas, institucionales, organizacionales, culturales, ideológicas y existenciales de las relaciones sociales que son articuladas a través del pensamiento único.

Una crítica-práctica tiene por finalidad socavar las bases, marcar sus contradicciones, y explicar “los secretos ocultos” de las relaciones sociales en el marco de las cuales ha nacido y se reproduce el llamado “pensamiento único” así como cuestionar las premisas fundantes del fantasma real. En lo que sigue me propongo enfrentar al fantasma: asomarme (si puedo) al abismo existente entre las palabras y las cosas, a través de una reflexión sobre un tema que relaciona de manera compleja los ejes “trabajo” y “política” en el fin de siglo: desempleo y subjetividad social.

ALGUNOS DE LOS MITOS

Para intentar captar las contradicciones de las nuevas tendencias de la relación capital-trabajo hacia la articulación de pensamiento, discurso y política, es importante identificar algunos de los mitos del pensamiento único respecto de las nuevas tendencias de la relación trabajo-capital y la política:

Que la globalización del capital es un proceso “económico” (con sus efectos Tequila, Vodka, Caipirinha indistintamente), guiado por una fuerza “externa” al estado y a los sujetos sociales.

Que debido a la creciente introducción de tecnología, el capital podrá en un futuro no muy lejano independizarse del trabajo.

Que las luchas de los “excluidos”, “marginados y desocupados” no afectan a la acumulación del capital sino al sistema político en términos de “governabilidad” justamente porque aquellos se hallan “fuera” del “sistema” y espantan, con sus manifestaciones de protesta, al capital internacional.

Que los sindicatos podrían continuar siendo la forma de organización de los trabajadores, siempre y cuando se adapten a las nuevas reglas del juego (la administración de la “ruleta” y la “lotería”); caso contrario, irán lentamente perdiendo su poder, dado que los trabajadores se hallan en un franco proceso de extinción.

Que la lucha de clases murió con la caída del muro de Berlín (sic).

Para criticar estos mitos, voy a explorar el problema político que implica la dupla dinero líquido y el desempleo, no para la economía (acumulación del capital, crecimiento del PBI, inversión) ó para el sistema político (gobernabilidad, orden social) sino para el capital como relación social.

“TRABAJO” COMO CATEGORÍA CRÍTICA

En los últimos años, los estudios sobre temas laborales han diversificado su interés en tópicos tales como la globalización del capital y las corporaciones transnacionales, reestructuración del mercado de trabajo, el fenómeno de la pobreza y el desempleo masivo; los aspectos legales y políticos de la reforma laboral y de las relaciones industriales; los cambios producidos a nivel de la producción, flexibilidad laboral interna, por efecto de la reestructuración de la economía mundial; los sindicatos, y conflictividad laboral; y aunque en menor grado, la desocupación y sus consecuencias para los sujetos, la familia y la sociedad. Sin embargo, a pesar de ser el trabajo su principal objeto de estudio, éste ha desaparecido como categoría crítica.

El pensamiento único ha aggiornado muchas de las ideas del liberalismo del siglo XVII. Es fundamentalmente heredero del acriticismo de la economía política clásica que Marx criticara de forma inmanente. Como la economía política clásica, el pensamiento único insiste en que la división del trabajo es producto de la tendencia natural a la cooperación social orientada hacia el logro del progreso individual y social; que la división del trabajo es técnica y no social, conflictiva pero nunca contradictoria: trabajo, y capital son factores naturales de la producción relacionados externamente a través de la cooperación y el intercambio. De esta manera, las relaciones capitalistas de producción son naturalizadas. Sin embargo, Marx iluminó con su teoría del valor la relación interna entre trabajo y capital y señaló que lejos de ser “cosas poderosas”, el capital, el estado y la ley son formas históricas de las relaciones sociales, simultáneamente reales e ilusorias, producto de y sujetas a la lucha de clases, necesarias al mantenimiento de la existencia forzada de la vida humana bajo la forma mercancía.

Una de las consecuencias de la “naturalización” del capital(ismo) como “la única opción” y de la “cosificación” de las relaciones sociales en las formas estado, dinero y ley, es que los cambios en la composición y acumulación del capital son frecuentemente analizados como hechos económicos externos a las formas políticas, legales, culturales, sociales y subjetivas de la vida humana. La categoría trabajo se diluye en la de capital. La conexión interna entre trabajo y capital es olvidada. Las formas de existencia social del capital y del trabajo y las categorías sociológicas que los explican son congeladas en el tiempo. La frustración y el pesimismo resultan así favorables a la única interpretación de las cosas. Y desde allí se realizan las críticas morales ó éticas al rapital(ismo) “salvaje” y se intenta encontrar la “cara humana” al sistema.

La condena moral al capital(ismo) salvaje es válida si se funda en una crítica inmanente a la violencia del dinero como forma de las relaciones sociales.

LA INSOPORTABLE LEVEDAD DEL DINERO

El dinero es la forma más abstracta del capital. Es el poder social supremo a través del cual la reproducción social es subordinada a la producción de capital (Clarke). El dinero se materializa como una cosa impuesta desde arriba tanto sobre la sociedad como sobre el estado. Esta ilusión real hace que crisis económica (nacional e internacional), recesión, hiperinflación, endeudamiento, desempleo e incluso la estabilidad económica aparezcan como desenvolviéndose y reproduciéndose en algún lugar diferente del de las relaciones sociales y la vida cotidiana.

El fetichismo de la forma dinero es más poderoso y sofisticado que el del estado. Mientras que el estado es identificado como portador del “monopolio de la violencia y la represión legítimas”, es decir, mientras la policía, la gendarmería, las fuerzas armadas, el sistema carcelario son el estado, la forma dinero se ha librado a sí misma de la coerción institucional. En breve, la insoportable levedad del dinero le da una imagen más fantasmal y volátil que la que pueda tener el estado.

Sin embargo, el dinero, como relación social, porta la brutalidad de la explotación y de su negación. En otras palabras, el dinero encarna y genera violencia y, a la vez, la neutraliza y oculta. El pensamiento único es parte del ocultamiento de esa violencia esencial que sólo es parcial y fugazmente descubierta cuando estamos en presencia de una “crisis financiera” o de un “conflicto social”. Aunque el dinero parezca ser un tema netamente económico, no puede ser entendido simplemente en términos de la teoría económica sino en términos de relaciones antagonistas de clase. Mi propuesta entonces es resignificar la conexión interna existente entre capital y trabajo, y dinero, lucha de clases y subjetividad, a la luz de las nuevas formas del capital y del trabajo.

VALORIZACIÓN DEL CAPITAL Y LA CONSTITUCIÓN SOCIAL DE LA SUBJETIVIDAD: LA IMPORTANCIA DEL TRABAJO ABSTRACTO

Existe un aspecto político (no metafísico ni económico) muy poco trabajado en los estudios políticos y laborales, y que es importante para entender las formas actuales de la dominación. Para que exista el capital, el trabajo no sólo debe ser explotado a nivel de la producción, sino que debe ser obligado a existir como trabajo abstracto (socialmente necesario) a través de la relación salarial (dinero). El trabajo individual es trabajo abstracto en el sentido de que es parte del trabajo de la toda la sociedad y, más aún, adquiere importancia por ese hecho. La categoría trabajo abstracto existe a través del intercambio de mercancías. A través del intercambio de mercancías los trabajos concretos son reducidos a su sustancia común, trabajo abstracto.

Si el trabajo humano solamente existe en tanto es reconocido como parte de esta sustancia global, social y homogénea, esto implica que, no obstante el capital es, en última instancia, trabajo (vivo o muerto), el trabajo existe en el capital en su forma de ser negado. Es decir, el trabajo humano (capacidad concreta: valor de uso) es desmaterializado en el trabajo abstracto, y rematerializado en la forma virtual del valor de cambio (dinero). La separación del productor de su valor de uso y la transformación de éste en valor de cambio sugiere un proceso de abstracción real. El poder humano se diluye en dicha abstracción real pues deviene valor, mercancía, dinero y capital. El capital se convierte así en el sujeto social. Dicho de otro modo, el capital es la forma expandida del trabajo abstracto. El capital sólo existe en y a través del trabajo. El trabajo existe en y contra el capital (Bonefeld).

La noción de “trabajo existiendo en su forma de ser negada” no es filosófica o metafísica sino concreta. Capital y trabajo no se oponen simplemente el uno al otro como factores separados de la producción, sino que el trabajo abstracto es fundante de la libertad ficticia del mercado, donde tanto productores como capitalistas “acuerdan” la compra venta de la mercancía trabajo. La relación trabajo-capital es, por lo tanto, siempre irreconciliablemente antagonística. El trabajo abstracto coadyuva a la construcción social de diversas subjetividades sociales que permiten la continuidad de la explotación y de la dominación a través de su ocultamiento y donde la separación entre capacidad, necesidad y acción política es continuamente reproducida. La existencia del trabajo abstracto (relación salarial) permite la separación del trabajador de los medios de producción y del capitalista de los medios directos de coerción. El dinero aparece como la forma de mediación neutra entre personas libres, “normales” y racionales.

LA LUCHA DE CLASES Y “TODO LO SÓLIDO SE DESVANECE EN EL AIRE”

Mientras la versión neoliberal del pensamiento único celebra los aspectos positivos de la transformación (?), la versión “progresista” no sólo se lamenta por la crisis del estado del bienestar y de las organizaciones de los trabajadores, sino también y principalmente por la debilidad creciente de ciertas formas subjetivas que dicho pensamiento acrítico ha “congelado” en el tiempo y ha constituido como el punto de partida (y de llegada) y el único sujeto para la acción política y la transformación social: los “trabajadores organizados”. Mientras el pensamiento único festeja la crisis de la sociedad del trabajo, la creciente independencia del capital respecto del trabajo, la pérdida de protagonismo del trabajador industrial y sus organizaciones y el fin de la lucha de clases, estos se han convertido en los dramas de los sectores progresistas de la política.

Pero si Trabajo y Capital son críticamente diferenciados de “los trabajadores” y de “los capitalistas” respectivamente, la existencia de capital desempleado (liquidez) por un lado y la del trabajo desocupado (con la consecuente constitución de subjetividades tales como el marginal, el criminal, el desocupado, el pobre, “el que

vive debajo de la línea de pobreza”, el discriminado, el sin tierra, etc.) por el otro, no significa ni la eliminación de la lucha de clases, ni el fin de la existencia del dinero-capital como forma expandida del trabajo humano, y lo que es más importante, no conducen a la solución del problema que el trabajo vivo significa para el capital, a través de su “expulsión” creciente del mercado de trabajo, hacia la marginalidad.

La idea de que “todo lo sólido se desvanece en el aire (y todo lo santo es profanado)” (Manifiesto Comunista) habla de la condición inestable del capital(ismo), no sólo en términos tecnológicos y económicos, sino sociales y subjetivos. Mi argumento es que el capital es una contradicción viviente y que el proceso de metamorfosis del capital es un proceso de metamorfosis de las formas de existencia del trabajo en sentido amplio. Y vice versa. En dicha metamorfosis, el capital expande la contradicción inherente a su existencia, aunque esta aparece en formas diferentes. En este sentido, la noción de lucha de clases, simplificada por ciertas versiones reduccionistas del marxismo y denostada por el pensamiento único, no es simplemente una lucha del capital por explotar al trabajo a nivel de la producción, es decir una lucha entre capitalistas y trabajadores que se hallaría en proceso de extinción debido al desempleo y a la volatilidad de la clase dominante fundida en corporaciones transnacionales, sino fundamentalmente una lucha del capital por obligar al trabajo a existir bajo formas insoportables e insostenibles de vida a través del dinero como relación social. Y una lucha del trabajo por resistir esta imposición, y trascenderla. Entonces, ¿cuáles son las contradicciones y los antagonismos que subyacen a las nuevas formas de la relación capital-trabajo? El ejemplo de la contradictoria existencia de la subjetividad en el desempleo resulta ilustrativa al respecto.

GLOBALIZACIÓN, FRAGMENTACIÓN Y EL AGUJERO NEGRO

La crisis de los ‘70 significó la completa transformación de las relaciones entre capital global y estados nacionales, y al interior de los estados nacionales. El colapso del sistema internacional de Bretton Woods que permitía el control del dinero-capital global a nivel estatal-nacional se expresó como crisis de las monedas nacionales y produjo el giro del keynesianismo al monetarismo. Este último surgió como una nueva forma ideológico-político-económica y social de control nacional del capital-dinero global. Los ‘70 son sinónimo de la imposición de la forma dinero por sobre la forma política estado-nación (Clarke). Siguiendo a Holloway, desde mediados de los ‘60 la inestabilidad había crecido junto a los costos de explotación del trabajo, y la inversión en la producción devino menos segura como medio de expandir el capital. La tendencia a la conversión del capital productivo en líquido fue producto de los masivos movimientos sociales y resistencia obrera: el capital se liberó de las “incomodidades” y altos costos de aquella forma intensiva de explotación, convirtiéndose cada vez más en capital líquido y global (de Dinero-Mercancía-Dinero prima en Dinero-Dinero prima).

En Argentina, el tránsito desde la versión del keynesianismo al monetarismo desplegó varios tipos de violencia inherentes a dicha imposición y a la transformación del capital al interior del espacio nacional. Así, fuga de capitales, represión directa y deuda externa en los '70 se transformó en hiperinflación y crisis de la deuda externa en los '80; y en la imposición del credo del libre mercado, corrupción, coerción, represión y políticas de estabilidad económica en los '90. La imposición del dinero global, manejado en parte por los organismos financieros internacionales, por sobre los estados nacionales, agudiza las condiciones para competencia descarnada y la lucha al interior de los espacios nacionales. El plan de convertibilidad es el intento de controlar al capital internacional, a costas de incrementar la pobreza y el conflicto a nivel nacional.

Para controlar el fluir del capital global, y presionado por el capital global, el estado nacional debe así cumplir misiones contradictorias: retener al capital global pero ayudarlo a su fluir; privatizar y reducir el gasto público pero acudir al préstamo internacional; controlar el conflicto social pero no incrementar el gasto en política social; destruir la capacidad sindical de canalización de la demanda pero reclamar organización y disciplina sociales; desregular y “achicarse” pero incrementar su poder a través del control de la paridad cambiaria y la represión policial-militar.

Que la fórmula del capital Dinero-Mercancía-Dinero prima se convierta en Dinero-Dinero prima significa que el dinero aparece reproduciéndose a sí mismo intensificando, reduciendo, y evitando el uso de la fuerza de trabajo viva. En esa metamorfosis el capital genera desempleo y precariedad laboral y la consecuente necesidad política del Estado nacional de paliar el déficit fiscal y de mantener al trabajo como fuerza de trabajo: solucionar la situación de desempleo y pobreza a nivel nacional, para lo cual se adquieren créditos de organismos internacionales, incrementando así la deuda. Ese capital líquido (como deuda) sustenta las políticas sociales y los programas de empleo implementadas desde el Estado “reestructurado” con la vigilancia esquizofrénica de los organismos financieros internacionales y que llegan a cuentagotas y dificultosamente a lugares donde el dinero escasea, y donde la relación salarial ha sido interrumpida por efecto del desempleo y la precarización laboral.

Globalización del capital, aumento de la productividad y crecimiento del Producto Bruto Interno conviven con I) déficit fiscal, pobreza, flexibilidad laboral, desempleo, la tendencia a la fragmentación de la fuerza de trabajo y consecuentemente de sus luchas, la reducción del espacio institucional para la participación sindical y II) préstamos internacionales y creciente endeudamiento externo. Pero el Estado no puede eliminar las contradicciones inherentes a este proceso pues no es una cosa sino la principal forma política de la relación capitalista, constituida y atravesada por los conflictos políticos, económicos, culturales y sociales que dicha relación implica.

DESEMPLEO Y CRISIS FINANCIERAS: LOS SUJETOS COMO PROBLEMA PARA EL CAPITAL

Bajo las presentes formas de la acumulación, la liquidez y el desempleo masivo y el aumento de la pobreza y marginalidad, lejos de interrumpir la reproducción y acumulación del capital, incrementan y permite concentrar el beneficio de los capitalistas individuales, justamente porque el desarrollo desperejo es el compañero de fórmula de la sobreacumulación del capital. Sin embargo, en términos cualitativos, liquidez y el desempleo presentan un problema crucial para el capital como relación social.

La pregunta pertinente que contemple la importancia de la experiencia subjetiva del desempleo no es si el capitalismo es capaz de sobrevivir siendo cada vez más excluyente, o si la desocupación y la marginalidad son funcionales a la acumulación, porque la tendencia a ocupar cada vez menos empleados y la de tratar de obtener una mayor tasa de plusvalía han sido históricamente contradictorias en el desarrollo del capitalismo. La pregunta es: ¿qué le ocurre a los sujetos cuando la contradicción inherente a la relación entre trabajo y capital se constituye como la simultánea fluidez de dinero, y la precariedad laboral y desempleo? En otras palabras, ¿qué ocurre cuando, por un lado, el capital fluye mientras, por el otro, crece el número de trabajadores que, compelidos a vender su fuerza de trabajo no pueden hacerlo, confrontando así al capital como trabajo abstracto, es decir, cuando no hay relación salarial?

En el capitalismo, el capital aparece determinando la utilidad concreta del trabajo (valor de uso expropiado y convertido en valor de cambio). Este poder del capital en determinar la utilidad de nuestra capacidad y su separación de esta de nuestras necesidades vitales y de nuestro deseo es el poder del capital en constituir subjetividades alienadas. El pensamiento único coadyuva a la construcción social de estas formas de subjetividad social (con la ayuda de la sociología positivista y del Estado como definidor de los sujetos de las políticas públicas).

En el proceso a través del cual el capital individual destruye su capacidad productiva, y deviene dinero-capital (para invertir en otra área o para especular en el mercado financiero), el trabajador ahora desempleado sufre la imposibilidad de su propia reproducción. Pero los desocupados no son simplemente un factor más de la producción que puede emplearse o no según los requerimientos del mercado de trabajo, ni simplemente (y en el mejor de los casos) los sujetos pasivos de las políticas de empleo. Formar parte del ejército de reserva del capitalismo significa frustración, dolor, miedo, sufrimiento, aislamiento, indignación: es decir la generación de un plus de capacidad “inutilizada” o “frenada” momentáneamente por el capital. Significa la autonegación de la capacidad humana de crear en comunidad. Como Marx señalara “el trabajador tiene la desgracia de ser capital viviente, capital con necesidades... Como capital, el valor del trabajador aumenta o decrece de acuerdo a la oferta y la demanda... las cualidades del hombre trabajador sólo existen en tanto ellas existen para un capital que es ajeno a él... entonces, tan pronto como sucede que el capital –por necesidad o elección– deja de existir para el trabajador, éste último deja de exis-

tir para sí mismo. El trabajador existe como trabajador sólo cuando existe para sí mismo como capital, y existe como capital solamente cuando el capital existe para él. La existencia del capital es su existencia, su vida”. (Manuscritos Económicos y Filosóficos, *Early Writings*: 333-334)

Los estudios sobre los efectos del desempleo y la experiencia concreta de los sujetos ilustran cómo el desempleo se experimenta como una epidemia social cuyos síntomas son sentimientos de desamparo, abandono, exclusión. “Lo político” aparece como algo externo a dicho sufrimiento y las necesidades del capital se imponen como necesidades abstractas. Esto se traduce, en general, en una actitud de distanciamiento, apatía, introspección y frustración. Análisis sobre el tema basados en entrevistas muestran que los desocupados sufren la necesidad de volver a venderse, de tener que venderse todo el tiempo (ver por ej. Kessler). Es decir, los trabajadores desocupados padecen la tensión entre lo que son, sus necesidades y capacidades, y lo que ellos son para el capital y las necesidades del capital, pues para que el capital desempleado siga siendo capital, la separación entre necesidad y capacidad, comúnmente llamada alienación del trabajador, también debe ser mantenida fuera de la fábrica, en la forma de trabajo abstracto. Pero si no existe la relación salarial la existencia del desocupado como trabajo abstracto se vuelve extremadamente conflictiva. La lucha del desocupado es una lucha por la materialidad e inmaterialidad de la vida, una lucha del trabajo por afirmarse como capacidad concreta y del capital para mantenerla como trabajo abstracto “suspendido momentáneamente”.

Tomemos como ejemplo los cortes de ruta de 1996-97 en Argentina. Los conflictos de Cutral Có, Plaza Huincul, Tartagal y Libertador General San Martín, si bien son únicos en su particularidad, comparten cinco características esenciales:

- 1) se desataron en contra de la falta de dinero en el mundo del dinero global. Las luchas del período 1993-95 por reducción salarial, sueldos atrasados, suspensiones y despidos en el sector público y privado, reducción de salarios, pago de deudas con bonos, recortes en el gasto social, flexibilización laboral, y corrupción en el manejo de fondos públicos y de los programas de empleo –que además no cubren ni cuantitativa ni cualitativamente las tasas de desempleo y sus síntomas sociales–, emergieron nuevamente bajo la forma de cortes de ruta, en 1996-97. Básicamente por la demanda de programas de empleo, la creación de empleo e inversiones genuinas, los cortes se produjeron en zonas geográficas donde I) la crisis económica crónica se combinó con la privatización o reestructuración de la única o principal fuente de recursos y empleo en la zona, generando un incremento alarmante de la pobreza y del desempleo, y donde II) la alta rentabilidad de las industrias reestructuradas o privatizadas contrasta con la escasez de dinero y recursos;
- 2) la mayoría de la población formaba parte del “ejército de reserva” o se trataba de trabajadores estatales/municipales con salarios adeudados, precarizados, bajo la permanente amenaza del ajuste de las economías provinciales y cuentapropistas;

- 3) se desató una competencia y lucha feroces por el dinero como recurso escaso, y el desarrollo y yuxtaposición de esta pelea en distintos niveles de la administración pública nacional, provincial y municipal;
- 4) el Estado nacional optó por la represión;
- 5) a pesar de la experiencia de represión de cada una de estas comunidades, estas se organizaron creativamente para enfrentar y resistir los embates de la Gendarmería Nacional e incorporar luego sus reclamos a la agenda del gobierno;
- 6) existían organizaciones sindicales y sociales con una historia de resistencia y lucha.

Dejando de lado la interpretación burda del pensamiento único, que ha calificado dichos levantamientos populares como “irracionales”, “subversivos” y “violentos”, las otras dos interpretaciones más comunes se hallan polarizadas entre visiones de los conflictos como sociales o como politizados, con base en una demanda económica. En el primer caso, sus protagonistas, constituyendo nuevas identidades colectivas (como la de los “fogoneros”) habrían demandado ingresar al sistema más que cambiarlo. No habrían cuestionado la estabilidad económica sino, más bien, exigido su democratización. Esta interpretación progresista forma parte, lamentablemente, del pensamiento único. En el segundo caso, se les ha adjudicado un papel revolucionario a las luchas aduciendo que podrían desembocar, dadas ciertas condiciones objetivas, en una ruptura del sistema. Esta visión simplista intenta oponerse al pensamiento único sobre bases equivocadas, y por ende, lo refuerza. Ninguna de las dos opciones interpretativas aborda dos problemas para mí relevantes: I) la relación entre estas luchas “locales” y la globalización del capital a nivel global, nacional y local (o sea la conexión interna entre transformación del capital. y constitución de nuevas subjetividades sociales) y II) el significado de dicha relación y la contradicción que implica a nivel subjetivo.

Si el “ejército de reserva” no es simplemente un factor de la producción, manipulable según los requerimientos del mercado de trabajo, la lucha del desocupado en este caso tampoco es simple y llanamente una lucha “conservadora” por ingresar al sistema, como nos indica la versión progresista del pensamiento único. La importancia del corte de ruta es que simboliza, como imaginario colectivo, la forma de coartar la fluidez del capital (Dinero-Dinero prima) donde el capital existe, y donde el capital obliga al trabajo a existir, es decir, fuera de la “fábrica”. Esta lucha pone en evidencia que la exclusión del trabajador del nivel de la producción no inhibe la experiencia subjetiva contradictoria de la forma mercantilizada de existencia y su negación, sino que la acrecienta en determinadas condiciones.

El hecho de que durante el constante proceso de recomposición del capital, la relación del capital libere (plus) capacidad y energía humanas que no puede controlar completamente es un problema “político-subjetivo de relevancia social”. Esto no significa que la desocupación, el hambre y la miseria generen condiciones favorables para “la revolución”(sic). Se trata de señalar la fragilidad y la imposibilidad del capital en eliminar la contradicción inherente a su existencia al interior de las subjetividades constituidas en el proceso de su transformación.

El desempleo es, entonces, un problema para el capital, porque es su propia e inevitable transformación la que abre la posibilidad para su deconstrucción. La transformación del capital, aunque parezca autónoma y lejana a la vida de los sujetos, al constituir nuevas formas de la subjetividad social abre, en teoría, la posibilidad de experimentar nuevas formas de resistencia y subjetividad trascendente en el aquí y ahora. Formas de las cuales el desocupado es sólo un ejemplo. En estos momentos existe la posibilidad de resignificar la capacidad y la necesidad en términos de acción política. Es decir, potencialmente, cuando el capital en su forma líquida niega al trabajo como trabajo abstracto, la política puede devenir necesidad y la necesidad acción política.

Que la posibilidad teórica se transforme en acción política concreta contra estas formas opresivas y mortales de existencia depende fundamentalmente de la historia de lucha y la capacidad de organización de la misma. La determinación a priori del “sujeto” y de las “formas organizacionales” requeridas para la lucha no hizo sino forzar la novedad y la diversidad a una forma ficticia de existencia. El nivel de organización y la articulación entre discurso y práctica para que una acción de resistencia adquiera una dimensión mayor que la de ser un acto fugaz de reacción depende no sólo del poder estatal de reprimir o de implementar políticas públicas efectivas, ni simplemente de la capacidad coercitiva de la ley, o de la capacidad política de “convencer” (disciplinar) a la clase dominante y a su pensamiento único acerca de los beneficios económicos de la democracia participativa e igualitaria. Depende fundamentalmente de la capacidad subjetiva, política y organizacional de resignificación de las formas diversas de resistencia y lucha.

LA DEBILIDAD DEL PENSAMIENTO ÚNICO Y ESOS MITOS

Una de las mayores debilidades del fantasma es el no poder dar cuenta de la unidad que subyace a la fragmentación, pues su acriticismo le impide comprender la dinámica que subyace a lo diverso, y que lo invalida como pensamiento único: el capital. Su segunda gran debilidad, paradójicamente, reside en que tampoco es capaz de dar cuenta de la diversidad, pues se funda en la fragmentación social, la incertidumbre y el riesgo. Su tercera debilidad es que a pesar de su poder, no tiene capacidad de eliminar la contradicción del capital y por ende las reproduce en incoherencias discursivas y políticas asombrosas.

Como intenté mostrar, el fantasma real no es la resolución acabada a la crisis, sino que es, en sí mismo, crisis; es decir, el aspecto discursivo de la forma actual del capital como relación social. Como tal, es violento, caótico, frágil y contradictorio como dicha relación. Su racionalidad se basa en la utilización de la noción de crisis (que a mi entender es dinámica, productiva e innovadora) como excusa para “no innovar”. Por ello, el pensamiento único es además imposible: no sólo se contradice con lo dinámico, creativo, crítico y pasional de lo humano y lo social, sino que, justamente porque globalización y fragmentación son las dos caras de la misma moneda,

sólo puede existir silenciando, a través de la violencia y la coerción cotidianas, el sonido de la diversidad.

VOLVIENDO A LOS MITOS SEÑALADOS

1. El dinero es ahora la forma más cruda de la dominación capitalista. La liquidez del capital, la producción de dinero a través del dinero pareciera ser el movimiento expandido del capital independizado del trabajo. Y justamente porque el dinero es la forma más abstracta del capital es que se hace difícil re inventar la noción de lucha de clases. Sin embargo, lo que este proceso muestra cada vez más claramente es I) que la presente globalización no es un hecho económico sino la nueva forma de la dominación capitalista; II) que no es por lo tanto “externa” al Estado y a los sujetos puesto que dicha globalización y liquidez ha trans(formado) a los estados nacionales y es, además, constitutiva de nuevas formas de existencia del trabajo, o sea, de la vida social; III) que la globalidad histórica de la relación capitalista, fragmentada en estados nacionales, social e históricamente constituidos, se ha vuelto una barrera a las nuevas formas de la globalización; IV) que la explotación capitalista no es individual sino social.

Ni la globalización y tendencia a la liquidez del capital, ni la crisis de la forma Estado son simplemente procesos “económicos” ó “políticos” externos a la vida de los sujetos. Son consecuencia de la necesidad del capital de desprenderse de los costos de la resistencia y la lucha que el trabajo le impuso (e impone) en todas sus formas (culturales, sociales, laborales, políticas, económicas) y de las formas institucionales y organizacionales a través de las cuales el trabajo era subsumido en/y resistía la imposición del capital.

2. Como vimos, Dinero-Dinero prima significa “capital desempleado de un lado y trabajo desocupado por el otro”. Pareciera ser la disociación entre explotación a nivel de la producción y acumulación de dinero-capital. Dicha apariencia no es sinónimo de independencia del capital respecto del trabajo, sino la redefinición del tiempo y reorganización del espacio de la explotación y la transformación institucional, organizacional.

El actual distanciamiento entre explotación y dinero es una forma de existencia de la relación, sujeta y atravesada por la lucha de clases. Si se considera al dinero como la forma más abstracta del capital y al capital como expansión del valor (forma de existencia del trabajo humano), D-D prima es sólo un momento en el que el capital logra evadir al trabajo, pues en definitiva, el capital depende de la efectiva habilidad del capital de explotar y dominar al trabajo (Bonefeld). Las crisis financieras son el límite a la fuga: que el capital depende del trabajo vivo (no sólo porque la introducción de tecnología aumenta la composición orgánica del capital y eso hace caer la ganancia, sino porque dichas crisis y el endeudamiento son la expresión de la imposibilidad del capital de desprenderse del trabajo).

3. El capital no es una cosa sino una relación social. Producción, circulación e intercambio son aspectos inseparables del circuito de valorización del capital a nivel global. Este circuito es el que nos sujeta a la dominación social del poder “alien” del capital como un todo. Lo que implica que todos formamos parte del proyecto del capital, independientemente de nuestra condición laboral. Como Negri señalara, la sociedad capitalista es cada vez más una fábrica social. La introducción de tecnología y la liquidez del capital producen nuevas formas de la dominación pero no la anulan. Por el contrario, la complejizan y dificultan.

Las luchas de los “excluidos”, “marginados” y “desocupados” no afectan simplemente al capital en términos económicos (acumulación) o políticos (governabilidad). Estas forman parte de la contradictoria existencia del capital(ismo). Lo afectan como proyecto social, pues el capital líquido y global no sólo no se puede controlar a sí mismo, sino que no puede controlar la diversidad de contradicciones a nivel subjetivo y social que su existencia presupone a niveles local, regional, nacional, y mundial, ni la posibilidad de nuevas formas de solidaridad política local, regional, nacional e internacional. La importancia de las luchas y experiencias “locales” y “diversas” para la construcción política futura no reside en su poder contagioso (la pesadilla del poder) sino en señalar su particularidad sintética en la dinámica del todo y la fragilidad de la dominación política de estas formas del capital transnacional. Restablecer la conexión interna entre trabajo y capital, y comprender el potencial contradictorio de las nuevas formas de existencia de ambos no es simplemente un ejercicio teórico-académico sino una necesidad política: implica captar la unidad de la fragmentación que imponen las nuevas formas de la relación del capital.

4. La crisis de las organizaciones de los trabajadores ha sido mucho más que un problema organizacional: se trata de una crisis del cambio de la relación previa entre poder del trabajo y poder sindical. El poder del trabajo no es organizacional sino sistémico. Un nuevo concepto de poder del trabajo y por tanto de sus organizaciones debe ser elaborado para articular la fragmentada existencia del trabajo. Si los cambios en la composición orgánica del capital producen cambios en la composición de la clase trabajadora, la variedad y diversidad de la necesidad y la experiencia de lucha ya no coincide ni con la jerarquía centralizada ni con las formas de movilización históricas de las organizaciones tradicionales. Pero si las formas del capital producen nuevos sujetos del trabajo en sentido amplio, las organizaciones del trabajo, como formas políticas históricamente constituidas y socialmente construidas, poseen la capacidad inherente de recomponerse no de acuerdo a las nuevas reglas del juego sino a las necesidades de la lucha.

5. La lucha de clases debe ser resignificada críticamente pues no remite a un enfrentamiento entre capitalistas y trabajadores (ambas subjetividades históricas en cambio) sino una lucha entre capital y trabajo cualquiera sean las formas que estos adopten, cuyo análisis debe incluir el aspecto “abstracto” de la existencia tanto del

trabajo como del capital: el dinero. En el marco de la nueva relación capital-trabajo, el sujeto de las luchas es cada vez más un sujeto social diverso que experimenta, se organiza y resiste también de diversas maneras. El pensamiento único intenta mantener la fragmentación. El pensamiento único en su versión progresista apunta a eliminarla infructuosamente por medio de nuevas abstracciones “unificadoras” que intentan anular la diversidad y en las cuales ya es imposible sentirse representado, pues nos alejan aún más de nuestra capacidad de transformación política. No obstante, la contradicción que estas formas subjetivas diversas sustentan no puede ser eliminada ni por medio del terror y la represión, ni discursiva o ideológicamente, pues se trata de una contradicción real dada por la separación de necesidad y capacidad, de deseo y política, y que nos conduce a vivir bajo formas intolerables, contra nosotros mismos.

Hablar del capital es hablar de la vida personal y social. Hablar de la creciente transformación del capital en su forma dinero es hablar de la creciente imposibilidad de la vida, personal y social. Así como la posibilidad del capital de evadir al trabajo es momentánea, las luchas del ejemplo también lo fueron. La diferencia es que, mientras en el primer caso, el sujeto es ciego (el capital), en el segundo caso, la experiencia subjetiva, colectiva y organizacional en aquel aquí y ahora es la base potencial para la construcción política futura. Por supuesto, no es de esperar que dicha experiencia y potencialidad sean captadas a través de los parámetros teóricos reduccionistas, la mediocridad política y los rudimentarios métodos positivistas de la sociología “sociológica” que forma parte del dispositivo metodológico del pensamiento único. Para ello se requiere de un pensamiento crítico y plural.

UNIDAD EN LA DIVERSIDAD CONTRA LA VIOLENCIA DE LA FRAGMENTACIÓN: HACIA UN PENSAMIENTO CRÍTICO Y PLURAL

Como construcción social discursiva, el pensamiento único puede ser decostruido, pues contiene en sí mismo su opuesto. La crítica práctica apunta en primer lugar a comprender, explicar y organizar simultáneamente el todo, la particularidad y la relación entre ambos. Explicar la unidad que subyace a la fragmentación y respetar y articular la diversidad de sus formas es la manera de luchar contra la violencia de la fragmentación y del imaginario colectivo fundado en la derrota del trabajo y la reificación del capital. En segundo lugar, un pensamiento crítico y plural tampoco será capaz de eliminar la contradicción inherente al capital como forma de la vida social. La gestación de un pensamiento práctico, crítico y plural se funda en la consideración e incorporación de las nuevas contradicciones que emanan de las actuales relaciones sociales, con el principal objetivo de manejar la incertidumbre, el riesgo y la fragmentación que dan vida al capitalismo actual (y a su fantasma real).

La fragmentada existencia del trabajo en sentido amplio puede ser convertida, a través de la práctica política organizada y plural, en una variedad de formas de lucha

y resistencia que la conviertan en potencia contra el Poder, es decir, en unidad en la diversidad “incontrolable” para un Estado cada vez más represivo y un capital cada vez más líquido, y por ende destructivo. Pero el camino del futuro es un movimiento real incierto –y por ello creativo– de construcción-deconstrucción, desde el presente estado de cosas hacia la abolición del presente estado de cosas.

BIBLIOGRAFÍA

- Bonefeld, W (1996) “Money, Equality and Exploitation: An Interpretation of Marx’s Treatment of Money en Bonefeld, W y Holloway, J (comp.)(1996): Global capital, national state and the politics of money, Macmillan: London.
- Bonefeld, W (1995) “Capital as Subject and the Existence of Labour” en Open Marxism, Vol. III, Pluto Press, London: 182-21.2
- (1995) “Práctica Humana y Perversión: entre la Autonomía y la Estructura” Doxa 13/14, Buenos Aires. Burnham, P (1996) “Estado y mercado en la Economía Política Internacional: una crítica marxiana” Doxa 16, Buenos Aires: 5-17
- Bustos, P (1995) (comp) Más allá de la estabilidad, Argentina en la época de la globalización y la regionalización, Fundación F. Ebert, Buenos Aires.
- Clarke, S (1998) “El Manifiesto Comunista: globalización del capital y lucha de clases”, Doxa 19, Buenos Aires, en imprenta (trabajo presentado en la Conferencia The Communist Manifesto: 150 years after, Warwick, Inglaterra, 2 de Junio
- (1991) Marx, marginalism & modern Sociology. From Adam Smith to Max Weber, Macmillan: London (1988) Keynesianism, Monetarism and the crisis of the state, Edward Elgar: Aldershot.
- (1979): ‘Socialist Humanism and the critique of Economism’ History Workshop no 8 Autumn 1979; 137.156
- Cleaver, H (1992) ‘The inversion of Class Perspectiva in Maridan theory: from valorisation to self-valorisation’ in Open Marxism, Vol. II 106-143
- Colombo, E (1993) comp. FI imaginario social, Altamira: Montevideo
- Dinerstein A, (1998) “Subjetividad: capital y la materialidad abstracta del poder (Foucault y el Marxismo Abierto)”. Primeras Jornadas de Teoría y Filosofía Política, Universidad de Buenos Aires, CLACSO, EURAL, Buenos Aires, Agosto 21-22.
- (1998) “Roadblock: unemployment and the new forma of workers’ resistance in Argentina”, sin publicar, admitido en New Left Review, enero 1999)
- (1997) “Desocupados en lucha, contradicción en movimiento” Cuadernos del Sur 26, Tierra del Fuego, Buenos Aires: 67-94.
- (1997) “Intelectuales y Praxis Política: acerca de la Conferencia Capital & Class/ CSE”, Doxa 18, Buenos Aires: 94-97.
- (1997) ‘Desestabilizando la estabilidad? Conflicto laboral y violencia del *dinero* en Argentina’ Realidad económica n 152, IADE, Buenos Aires: 34-46
- (1996) “Capital global, trabajo y sindicatos: acerca de las formas y los contenidos” Doxa 16, Buenos Aires: 32-43.
- Dinerstein A y Neary M (1998) “La lucha de Clases y el Manifiesto Comunista. La capacidad (de)constructiva del Manifiesto”, Doxa no 19, Buenos Aires, en imprenta (Rencontre

- Internacional Le Manifeste Communiste: 150 annes apres', Espaces Marx, Paris, 13-16 Mayo)
- Encrucijadas no 4, Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1996.
- Favaro, O et al (1997) "La conflictividad social en Neuquén. El movimiento cutralquense y los nuevos sujetos sociales" Realidad Económica 148, IADE, Buenos Aires, pp 13-27
- Gomez, M et al (1996) "Conflictividad laboral durante el Plan de Convertibilidad (1991-1995)" Cuadernos del Sur, Year 12, no 22/23, Ed Tierra del Fuego: Buenos Aires: 119-160
- Heller A (1974) The Theory of Need in Marx, Allison & Busby: London.
- Holloway, J (1995) "From Scream of refusal to Scream of Power: the Centrality of work" in Open Marxism vol. III: 155-179
- (1994) Marxismo, Estado y Capital. La crisis como expresión del poder del trabajo, Fichas temáticas de Cuadernos del Sur, ed. Tierra del Fuego, Buenos Aires
- Kay, G y Mott, J (1982) Political order and the Law of Labour; Macmillan: London & Basingstoke
- Kennedy, P (1996) Reflections on Social Movements & the Politics of Need: Locating the Dialectic Between Identity and Difference", Common Sense 20, CSE, Edinburgh: 5-19
- Kessler, G (1996) "Algunas implicancias de la experiencia de la desocupación para el individuo y su familia" en Beccaria, I. y López, N (comp) Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina, Unicef/Losada, Buenos Aires: 111-160
- Lizaguirre, Fet al (1997) "Del Cordobazo al Jujenazo' Lucha de Clases Año 1 N" 1, Buenos Aires: 11-56
- Marazzi, C (1996) "Money in the World Crisis: The New Basis of Capitalist Power" en Bonefeld, W y Holloway, J (comp.) 1996: Global capital, national state and the politics of money, Macmillan: London: 69-91.
- Marx, K (1993) Grundrisse Penguin, London
- Marx, K (1990) Capital vol 1, Penguin, London
- Marx K, (1992) Capital vol 2, Penguin, London
- Marx, K (1992) Early Writings, Penguin, London
- Marx, K (1991) Capital vol 3, Penguin: London
- Marx K y Engels F (1991) The German Ideology, Lawrence & Wishart, London.
- Mara, K y Engels F (1985) The Communist Manifesto, Penguin, London.
- Neary, M and Taylor, G (1998) Money and the Human Condition, Macmillan, London
- Negri, A (1991) Marx beyond Marx. Lessons on the Grundrisse, Autonomedia/Pluto; Brooklyn, New York
- Negri, A (1988) Revolution Retrieved. Selected Writings on Marx, Keynes, Capitalist Crisis and New Social Subjects 1967-83, Red Notes: London
- Open Marxism Vol. III, Pluto Press: London, 1995
- Open Marxism, Vol II, Pluto Press: London, 1992
- Open Marxism, Vol. I, Pluto Press: London, 1992
- Postone, M (1993) Time, Labour and Social Domination, Cambridge University Press, New York

PENSAMIENTO Y POLÍTICA

Raúl Cerdeiras

Filósofo

Director de la revista Acontecimiento

Este siglo concluye. En él han sucedido cosas magníficas y terribles, ni más ni menos que como ha ocurrido durante todos los siglos. Pero la singularidad de este fin de siglo es haber constituido el horror en un evento que queda fuera del pensamiento humano. La memoria ocupa el lugar del pensamiento como único antídoto contra la repetición del horror. Así se condena al hombre a que se asuma a sí mismo como una víctima, cuya máxima aspiración consiste en sobrevivir a cualquier precio antes de volver a padecer lo peor.

Proclamar la esterilidad del pensamiento y colocar la actividad humana en un plano puramente defensivo, son cosas que van unidas de la mano. Ambas son consecuencias inmediatas de no existir en la actualidad un pensamiento capaz de re-fundar una nueva experiencia de una política de emancipación.

Por eso hoy hay que proclamar con toda firmeza la capacidad humana para pensar, es decir, para escapar a los consensos establecidos y producir contra ellos nuevas verdades, así como atacar de raíz la visión victimaria del hombre y en su lugar afirmar su capacidad para devenir sujeto.

Manifestar la necesidad de reponer una nueva política de emancipación implica la decisión de dar por agotada la experiencia pasada que, bajo el nombre genérico de “comunismo”, sostuvo –con todo lo bueno, lo malo y lo trágico– por más de un siglo y medio las luchas emancipatorias de los pueblos en cuatro continentes. Y así como el marxismo fue un vigoroso pensamiento de ruptura en el seno de las viejas concepciones de la política, nuestra acción debe dirigirse hoy a afirmar la necesidad de producir una nueva secuencia, un nuevo pensamiento de la política que sea un corte radical en relación a la secuencia anterior.

EL SABER DE LA REALIDAD

Durante mucho tiempo se creyó que era una condición indispensable para torcer el rumbo de la realidad su conocimiento exacto, riguroso y objetivo. Se afirmaba que la realidad económico-social estaba estructurada y articulada por conexiones objetivas cuyo conocimiento era necesario para su transformación. Esta mirada se sostenía en el convencimiento que había en la historia social leyes y que estas se desenvolvían inexorablemente –pese a la existencia de recaídas– en la dirección de un progreso que siempre era para mejorar la situación. De esa manera se empezó a dibujar la figura del intelectual honesto y progresista por un lado, y la del ideólogo del sistema, por el otro. El primero buscaba en las profundidades para traer a la superficie los datos reales y desnudos de la realidad, mientras que los otros ocultaban, trucaban o disimulaban con gambetas metodológicas, esa misma realidad.

Llegó el momento de cuestionar seriamente esta concepción. No se trata de menoscabar el valor de las investigaciones y conocimientos objetivos acerca de procesos reales. Lo que se cuestiona es la creencia que el saber acerca de una realidad es la base necesaria para deducir de él las líneas de acción de una práctica transformadora. Hoy debemos impugnar esa concepción. Cuando lo “nuevo” se deduce como consecuencia del análisis de la realidad de una situación, entonces no estamos frente a lo radicalmente nuevo, sino que nos encontramos con una alternativa que es una variante *posible* de la misma estructura. Esta es la raíz de toda política basada en el posibilismo, de toda política de gestión y administración de lo existente, que renuncia a toda idea de subvertir las diversas situaciones en las que los hombres y las mujeres realizan sus prácticas.

El saber objetivo, que antaño se reclamaba como condición para transformar el mundo y el lugar ético de pertenencia del intelectual honesto, hoy muestra su verdadero rostro. Ese saber riguroso, puntual y descarnado, se convierte en la actualidad en el patrimonio de los grandes centros de investigación y organismos internacionales (ej. la ONU), las universidades, las corporaciones, etc. ¿Por qué? Porque el saber es una condición indispensable para ordenar, administrar y gobernar la realidad existente. El capitalismo de alta concentración que hoy hegemoniza los procesos económico-sociales a nivel mundial, necesita equipos de investigación de los micros y macros problemas que se puedan volcar en resultados cuantitativos o cualitativos. Para decirlo en una frase: el estado real de la situación en los planos de la pobreza, desocupación, las minorías, la salud, la educación, la ecología, la discriminación, la economía, etc., están al alcance de cualquiera que lea atentamente, por ejemplo, la prensa escrita.

Nada hay que ocultar, por la sencilla razón que lo que cambia en *términos de ruptura* a una situación cualquiera, no es el conocimiento ni los programas que para su transformación se elaboren sobre ese conocimiento. Al contrario, estos saberes son indispensables para gestionar la realidad, y la gestión no es ruptura, es más de lo mismo. Recordemos que un político moderno debe ser un hombre acompañado de sólidos especialistas en diversos temas que forman su “equipo de asesores”.

Toda política basada en ese “saber” genera siempre una política del amo. Se podrá discutir –en realidad es lo único que se discute en la política de hoy en día– si aceptamos amos insensibles y deshumanizados, o si queremos un amo bueno, humanitario y sensible que al menos nos prometa que nos va a restituir el derecho a la esperanza, así moriremos con anestesia y sin dolor.

Pensamos que hay que dar por terminada la idea de que existe una “ciencia proletaria” y otra “burguesa”; que hay intelectuales honestos y objetivos que se enfrentan a los mercenarios que falsifican la realidad; que hay una utilización “buena” del saber y un uso “malo” del mismo. El saber está de un solo lado porque organiza el horizonte en el que se declara lo que es posible de pensar *dentro de una situación determinada*. Cualquier pensamiento que traspase los límites que un *saber decreta objetivamente como lo posible*, es descalificado por ese mismo saber como *imposible, lo utópico*. Por eso el saber está del lado de lo posible, del lado de lo constituido, de lo que existe y funciona como tal. El saber existe si está constantemente rechazando, expresa o implícitamente, lo imposible. A lo sumo, el saber riguroso de una situación puede dar lugar a una corriente de oposición y denuncia respecto a la realidad conocida, pero sabemos que toda posición que se define, no positivamente sino por su oposición o negación a un sistema, formará una variante más de ese mismo sistema.

LA POTENCIA DEL PENSAMIENTO

Cuando proclamamos la necesidad de potenciar al pensamiento es porque entendemos que un pensamiento no es un conocimiento. Un pensamiento es lo que está motorizando a toda subversión, a todo cambio radical. Es el lugar en donde es posible que se produzcan las verdades de una época.

Un pensamiento no es un saber. Es precisamente lo que desbarata a un sistema de saberes constituidos. Por eso en nuestra época se almacena y comunica el conocimiento en forma descomunal, pero rara vez se piensa. El saber opera en el terreno de lo posible de una situación dada, mientras que todo pensamiento se enfrenta con lo *imposible* de cada situación. La máxima del saber es: sólo es posible lo posible; el pensamiento afirma: es posible lo posible.

Partimos de nuevos axiomas que no podemos desplegar en su funcionamiento y dinámica interna. Aquí sólo traemos sus consecuencias para advertir que la decisión de toparse con lo imposible para transformar de raíz una situación, no es algo **que** se sostiene en un puro anhelo subjetivo, una buena voluntad o en una alma bella. Uno de los resultados que se desprenden de estos nuevos puntos de partida es la afirmación de la inconsistencia del ser de todo lo que es, y en especial, para el caso de la política, la inconsistencia de todo lazo social. Toda situación se constituye por una operación que consiste en suturar y eliminar su punto de inconsistencia, su vacío. Pero para tomar noticia de esta inconsistencia, que nos alerta que es posible *otra* cosa

que la que marcan la unidad de los saberes que la forman, es necesario la irrupción, sin duda azarosa, de un *exceso* que haga fracasar a los saberes constituidos y obligue a construir una nueva verdad de la situación, una nueva manera de entenderla, una nueva situación.

Este exceso, que llamamos acontecimiento, es sobre lo que se monta un pensamiento nuevo, porque la afirmación de que formando parte de la situación no puede ser explicado por los recursos (saberes) de la situación, es una apuesta sin garantías y si el viejo saber es importante para pensar el acontecimiento –que no lleva escrito en su frente lo que es– obliga a pensar más allá de los límites del saber que ordena y constituye a la situación en cuestión. Eso significa toparse con lo impensable de esa situación, enfrentarse con lo imposible y la necesidad de arriesgar nuevas propuestas y organizar nuevos e inéditos recorridos para fundar una nueva situación que será, –no una consecuencia reglada de la anterior– sino la producción de algo nuevo que *franquea* los límites de lo dado, de lo posible.

No otra cosa hizo Marx cuando interpretó la agitación obrera de su época, inexplicable desde la visión política del liberalismo (el ciudadano, el derecho, la representación, etc.), como el efecto del punto ciego que organizaba a la producción capitalista: la explotación de la fuerza de trabajo humano.

Decir y sostener aquello que con el correr del tiempo puede comprobarse que era lo imposible de ser pronunciado en el interior de los saberes que estructuran una situación, es la esencia misma del pensamiento. Mientras que el saber va del lado de la seguridad y de la certeza, el pensamiento se enlaza con la angustia de una apuesta. Apuesta que nunca es una elección entre posibles sino una decisión sobre lo imposible.

Todo esto nos lleva a afirmar que las *verdades* van de la mano del pensamiento y que lo *verdadero* comulga con el saber. Porque una verdad es lo que sostiene un pensamiento y lo que ningún saber puede cercar y encerrar. La potencia de las verdades consiste en perforar la enciclopedia de los saberes y abrir el camino a nuevas configuraciones del saber. Esto quiere decir que todo saber real instituido, plasmado, reconoce como punto de partida de su posibilidad una ruptura, un pensamiento, un imposible, una verdad. Jamás este nuevo saber, por más coherente y totalizador que se muestre, podrá abolir ese azar, esa contingencia que está en la “matriz” de todo saber. El saber establecerá lo verdadero, pero nunca encarcelará a las verdades.

Al obligarnos a *decidir sin garantías*, el pensamiento no sólo está del lado de las verdades, sino que sostiene la posibilidad de modificar la posición de espectadores, constreñidos a no poder pasar los límites de lo que se sabe, de lo posible, y transformarnos en sujetos, es decir, de ponernos al servicio de otra cosa que no sea la reproducción de lo que existe. Esta es la manera en que interpretamos la fórmula “saber es poder”. El saber no es poder porque sólo una clase privilegiada accede a las universidades o a los centros de cultura y luego lo usa para su beneficio. El saber es poder porque al proclamar que es desde el saber que se puede cambiar algo, despliega bajo la forma de una certeza –muy fuerte en nuestras sociedades tecno-científicas– el mecanismo de la producción y reproducción de lo dado.

Al poder del saber le oponemos la *potencia* del pensamiento, que es una capacidad igualitaria y absoluta de todos los hombres y mujeres que no necesita para efectuarse de ningún saber previo. Porque, en definitiva, el pensamiento es la posibilidad de pronunciar, en una situación determinada, la palabra inaudita, es decir, aquella que el murmullo del sentido común se encarga de impedir constantemente.

De esta manera se deja de lado toda la estéril polémica basada en la distinción entre teoría y práctica. Si lo que está en juego es el pensamiento, esa división carece de toda significación porque afirmamos, sencillamente, que *no hay saber de la verdad, hay producción de verdades*.

LA POLÍTICA Y EL PENSAMIENTO

La política es un pensamiento. No existe si no se la hace, si no se la produce, si no se la *inventa*. Por eso toda política digna de ese nombre será esencialmente subversiva o si no será sólo una simple gestión de lo posible, cuyo resultado será la consolidación de lo existente. La política es secuencial y, como lo señalamos antes, hoy asistimos al agotamiento de la secuencia anterior. Hay que producir, que inventar, un nuevo pensamiento de la política, apostando sobre un puñado de circunstancias que se han producido desde el Mayo francés de 1968 hasta el presente. Estas circunstancias son aún confusas, pero tienen en común que escapan al *saber* hoy dominante en la política que hegemoniza lo que hoy se denomina democracia representativa y parlamentaria. Esta concepción funda la política en las reglas del derecho, suplanta toda verdad por el juego de esas reglas que finalmente se decide en una ecuación numérica del consenso. Es radicalmente posibilista, sólo se permite lo que la ley permite y para transformar la ley hay que hacerlo de la manera en que la ley lo permite. Transforma a la gente en espectadores y se somete explícitamente a la hegemonía mundial de la lógica del Capital, confesando su impotencia de no poder ser otra cosa que su gestor político y social.

Hay que perforar toda esta visión de la cosa política. Desde Mayo del 68 hasta Chiapas, se pueden observar la existencia de recorridos inexplicables para la actual manera de entender la política. Es hora de pensar algo distinto, de romper con el trípode que hoy sostiene –como si fuera algo natural– a la política, y que es: partidos-representación-Estado. Pensamos en la invención de una política que se ponga por fuera de esa triangulación. Creemos que esas circunstancias confusas que mencionamos, se pueden integrar en una visión radicalmente distinta de la política. En ese sentido, afirmamos que la política es un radical acto de presentación y no de representación. Que toda presentación, en la medida en que tenga capacidad de escapar a la función de representación propia del Estado, produce efectos políticos. Debe abandonarse (luego de una vigencia por más de 2000 años) la idea de que el Estado es el objetivo central de la política, y los partidos, que son aparatos del Estado, deben dejar de ser el lugar principal de la política. Hay que recuperar inventivamente la idea

de democracia, diciendo que se la esteriliza cuando se la considera una forma de gobierno, y se la potencia si se la piensa como aquello que despliega la capacidad creadora de la gente, pero para eso hay que poner la democracia por fuera del Estado.

Es posible abrir un debate alrededor de estas ideas, que son verdaderas decisiones en apuesta, sin garantías de tener finalmente la capacidad de producir una nueva experiencia de la política. Estas ideas intentan rebasar el saber petrificado y casi naturalizado que hoy nos quieren imponer con el pobre argumento de que es, entre los *posibles*, el menos malo. Contra esta claudicación nos interrogamos ¿cómo será una política, y qué políticos producirá, si se mantiene consecuentemente un pensamiento de la política que proclame no acceder al Estado, interrumpir representación y realizarse fuera de los partidos? El debate queda abierto. Es el momento de fundar cosas nuevas. Entonces es también el momento de interrumpir la representación de la realidad (función del saber) y abrir paso, basado en la irrupción de los incompresibles de nuestra época, a la producción de verdades (función del pensamiento).

LA CRISIS Y LAS FISURAS EN EL PENSAMIENTO ÚNICO

Julio Sevares

Economista

Investigador del CENES-Facultad de Ciencias Económicas de la UBA

Periodista

“Los filósofos y los economistas nos dijeron que, por diversas y profundas razones, la empresa privada sin trabas había promovido el mayor bien para todos ¿Qué otra cosa hubiera podido agrandar más al hombre de negocios?... De esta manera, el terreno era fértil para una doctrina según la cual, sobre bases divinas, naturales o científicas, la acción del Estado debe limitarse estrechamente y la vida económica debe dejarse, sin regular hasta donde pueda ser, a la habilidad y buen sentido de los ciudadanos individuales, movidos por el motivo admirable de intentar su progreso en el mundo”.

J.M. Keynes. El fin del laissez faire.

El pensamiento económico neoliberal disfruta desde hace décadas de una pesada hegemonía que influye en las determinaciones económicas y en todos los aspectos de la vida social. Su grado de dominación es tan alto que se ha ganado la calificación de “pensamiento único”. Esta hegemonía está sufriendo, sin embargo, algunos cuestionamientos como consecuencia de los fracasos de los modelos inspirados en ese pensamiento y en el incumplimiento de las promesas de eficientización y estabilidad.

No puede hablarse, ciertamente, de un retroceso o un resquebrajamiento del paradigma dominante, pero sí de la aparición de fisuras en su narcisismo prepotente, de matices en el duro dogmatismo que lo caracteriza.

Un componente de esta situación es la creciente ola de comentarios periodísticos de crítica a los postulados de la economía ortodoxa, muchos de ellos aparecidos en medios vinculados al *establishment*. Otros son las corrientes de pensamiento heterodoxo así como las expresiones de divergencia en ambientes más cercanos a la ortodoxia. Se trata de casos aislados dentro de la corriente principal del pensamiento

económico, pero algunas de ellas son significativas por provenir de usinas de conocimiento asociadas al poder. Aparecen también opiniones de personajes prominentes que pueden tomarse, sin duda, como síntomas de un malestar inhallable hace pocos años. En este artículo se exponen algunas de esas manifestaciones. No se hace referencia a expresiones tradicionalmente críticas o heterodoxas del pensamiento económico latinoamericano y países centrales.

LA CRISIS DE ORIGEN

El avance del pensamiento liberal se origina en la crisis capitalista iniciada en los años sesenta, que se difundió en el centro y en la periferia.

El surgimiento de la inflación en los países industriales estimuló las diferentes versiones del monetarismo, que postulan estabilizar y controlar la economía mediante el manejo monetario.

La aparición de déficits fiscales permanentes, también en las economías centrales, alentó las recetas de equilibrio presupuestario que recomiendan reducir los gastos asociados al Estado de Bienestar.

Los desequilibrios del sector externo, especialmente los de los Estados Unidos, originaron presiones comerciales sobre las economías menores que vinieron acompañadas de teorías apoloéticas de la apertura al comercio y las inversiones extranjeras.

Las diferentes propuestas de racionalización y reordenamiento contenidas en el pensamiento neoliberal se orientaban, además, a la recomposición del poder y las ganancias empresarias mediante la reducción de las remuneraciones directas (salarios) e indirectas (beneficios sociales) de los trabajadores. La presión económica tenía y tiene, también, el propósito implícito o explícito de restaurar el orden social alterado por el fortalecimiento sindical y las rebeliones iniciadas en los sesenta. Un punto crucial en este sentido es la difusión de las teorías neoliberales sobre el mercado de trabajo según las cuales para reducir la desocupación es necesario bajar los salarios y las prestaciones sociales e introducir formas de flexibilización que implican un deterioro de las condiciones laborales.

El imperio de las ideas neoliberales alcanzó una cúspide con el liderazgo de la dupla Thatcher-Reagan y con el derrumbe del sistema soviético, que dejó al capitalismo de mercado como sistema sin alternativas.

En la periferia, la crisis económica y social, derivada de problemas domésticos y de la crisis externa, se tradujeron en las conocidas presiones por la apertura, privatización y desregulación.

Las recomendaciones para la periferia fueron condensadas en un documento denominado Consenso de Washington, redactado en 1989 por John Williamson. El documento consignaba diez políticas que gozaban de consenso en la capital de los EE.UU. donde se reúnen, además del gobierno de ese país, organismos internacionales rectores como el F.M.I. y el Banco Mundial. Estas eran: disciplina fiscal; reorientación del

gasto público desde objetivos políticos, (subsidios a grandes proyectos o defensa), hacia actividades que contribuyan a mejorar la distribución del ingreso (educación, salud, infraestructura); reducción de impuestos; liberalización financiera; fijación de tipos de cambio competitivos; apertura del comercio y las inversiones externas; desregulación y privatización y respeto a los derechos de propiedad intelectual.

La difusión y aposentamiento del neoliberalismo debe explicarse, además, por el retroceso de la ofensiva popular, por los temores que la crisis provoca entre los trabajadores por el desencanto con las alternativas que se presentaban al sistema dominante.

No es menos importante la tolerancia de los sectores que resultan beneficiados por el nuevo orden o que aspiran a serlo y que, en consecuencia, se desentienden de la suerte de los sectores perjudicados. En algunos casos la situación es aún más problemática porque se comprueba que partes de esos sectores perjudicados son capturados, por ilusión o conformismo, por el paradigma neoliberal.

LA CRISIS QUE CUESTIONA

Así como una crisis reentronizó la utopía conservadora, varios síntomas de crisis los últimos tiempos cuestionan los supuestos, proyecciones y promesas de las teorías asociadas a ella.

En los países del centro existe malestar por la persistencia de la desocupación; la crisis asiática pone en cuestión sub-paradigmas como los de Japón o los exportadores exitosos y las turbulencias financieras muestran un grado de vulnerabilidad e incertidumbre que no se condice con las promesas de equilibrio, la eficiencia y la estabilidad.

En la periferia ya es clara la decepción por los resultados del ajuste y en particular los temores que genera en los círculos dominantes el crecimiento de fenómenos como la corrupción gubernamental o los desequilibrios sociales. Es evidente que estos fenómenos son consecuencias directas e inevitables del ordenamiento económico y social, y en el caso de la corrupción, un instrumento para la obtención de beneficios para los grupos económicos. Pero, por la magnitud que alcanzan se están convirtiendo en amenazas para el mantenimiento del orden social y la previsibilidad económica y política. Es decir que las preocupaciones que se manifiestan en este sentido no están vinculadas con la ética, el bienestar social o principios económicos o jurídicos abstractos, sino con el interés en de mantener la reproducción armónica del orden vigente.

REVISIONES, MATICES E INQUIETUDES

Antes de presentar algunos ejemplos de lo que puede considerarse como la aparición de fisuras en el pensamiento económico único, hay subrayar que esas expresiones son escasas y se limitan generalmente a señalar lo que era previsible antes y es

obvio en la actualidad. Por otra parte, generalmente no van más allá de proponer algún “emprolijamiento” del estado de cosas dominante.

Pero tienen entidad por provenir de personajes u organizaciones representativas de los poderes que apoyan y son apoyados por la ortodoxia neoliberal. En algunos casos, incluyen recomendaciones cuya implementación exigiría una fuerte voluntad política por parte de los gobiernos y un disciplinamiento de muchos de los actores operantes en la actualidad que deberían resignar instrumentos de poder o ganancia. Además, muchas de estas formulaciones, tienen ahora una circulación que era impensable hace pocos años.

Una de las correcciones destacables del dogma neoliberal es la revisión de las premisas del Consenso de Washington, realizada por su propio redactor, John Williamson, en una conferencia del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), en setiembre de 1996. En su exposición el autor reconoce que la aplicación de algunas de las recomendaciones generó distorsiones indeseadas que deben corregirse.

Williamson recuerda que el Consenso de Washington recomendaba mejorar la disciplina fiscal en Latinoamérica. Consta que, entre 1988 y 1995 el déficit fiscal se redujo desde un 5,5% del PBI a un 1,8% y que la reducción del déficit fiscal implica un aumento en el ahorro del sector público. Pero considera que ese aumento no contribuyó a mejorar el ahorro privado, el cual sigue siendo bajo. Otro punto es la recomendación de desregulación financiera que, según el autor, se llevó a cabo sin la adecuada supervisión bancaria, lo que quedó demostrado en las crisis bancarias provocadas por el efecto tequila en 1995.

Ante las distorsiones creadas por el cumplimiento de algunas recomendaciones del Consenso, Williamson recomienda construir o reconstruir instituciones destinadas a mejorar la transparencia en la administración pública y en los negocios privados así como para compensar los costos del modelo que el mismo propone. También recomienda mejorar la educación y la salud y reorientar el gasto público hacia gasto social bien direccionado.

Otro caso significativo son las posiciones de Joseph Stiglitz, vicepresidente y economista jefe del Banco Mundial, quien forma parte de una corriente heterodoxa que rechaza el supuesto de que los mercados son perfectos, considerando que los agentes que participan en ellos no tienen toda la información sobre el presente y el futuro que necesitarían para tomar decisiones correctas. En tales condiciones, el mercado tiene fallas que impiden alcanzar los óptimos que supone la teoría convencional y cuya corrección requiere una intervención del Estado.

Contrariando la opinión de los economistas ortodoxos, Stiglitz valoriza el rescate de la Chrysler llevado a cabo por el gobierno de Reagan por razones políticas. Según los liberales tradicionales el salvataje fue un error porque si la Chrysler hubiera quebrado se hubiera producido una relocalización de trabajadores y capitales que hubiera mejorado la eficiencia del mercado. Stiglitz demuestra en su libro *Economics*, que la intervención evitó que el Estado tuviera que pagar decenas de millones de dólares en pensiones garantizadas a los trabajadores enviados al paro. Por otra parte, luego

del salvataje, la empresa automotriz se recuperó y comenzó a funcionar competitivamente en el mercado nuevamente.

En relación al liberalismo financiero Stiglitz sostiene que cada país debe tener sus propias regulaciones financieras basadas en su propias realidades. Considera que los capitales de corto plazo, el llamado 'hot money' (capitales golondrina, en la jerga local), pueden causar mucho daño a las economías en tiempo de crisis y propone limitar la movilidad de esos capitales con incentivos fiscales. El economista sostiene, además, que ningún estudio muestra una correlación directa entre la liberalización de los mercados financieros y el crecimiento económico. También critica públicamente las medidas de austeridad –altas tasas de interés, cierre de bancos y cortes drásticos en el gasto público– apoyadas por la administración Clinton y el Fondo Monetario Internacional como soluciones a los problemas asiáticos. (New York Times, 31-5-1998)

Como miembro del consejo de asesores económicos de Bill Clinton se opuso a un proyecto de ley de presupuesto balanceado que prohibía los desequilibrios fiscales. El economista considera la idea "descabellada": "Yo tuve que ir a explicarles que ya no estábamos en la época de las cavernas, que esas cosas no se hacían. Si yo tengo un país que está entrando en recesión quiero poder tener a mano las herramientas necesarias para reactivar las cosas. Quiero poder asumir un déficit fiscal, con gastos extras del Estado que impidan que el país se caiga en un agujero negro de depresión y recesión. Esas teorías (del presupuesto balanceado) pueden provocar que un país se quede de brazos cruzados mientras su economía pega la vuelta y comienza a generar quiebres que después son muy, pero muy difíciles de enderezar" (La Nación 30-8-1998)

En un reciente trabajo Stiglitz analiza, las posibilidades y limitaciones del papel estatal en los procesos de desarrollo a partir de la experiencia de los países asiáticos de rápido crecimiento. El autor cuestiona las opiniones conservadoras según las cuales el "milagro asiático" se debió al libre juego de las fuerzas del mercado, afirma que, con ciertas limitaciones, el Estado puede hacer contribuciones que escapen al sector privado y que tuvo participación en el desarrollo tanto de Asia como de los Estados Unidos.

En otro artículo, refiriéndose a su experiencia en el gobierno, acepta la validez del argumento conservador que subraya que en la administración pública existen presiones, provenientes de intereses especiales por las cuales la acción gubernamental no cumple con el supuesto de garantizar el interés general. Sin embargo Stiglitz sostiene que, a pesar de esas distorsiones no se puede negar la acción positiva del Estado en la defensa de intereses generales, como la preservación del ambiente, la salud o la educación. Sostiene también que, para mejorar la calidad de las intervenciones estatales es imprescindible mejorar la transparencia de la función pública y el funcionamiento de las instituciones democráticas.

También pueden citarse, en este punto, los numerosos trabajos de académicos estadounidenses aparecidos en los últimos años, cuestionando los supuestos librecambistas de la economía ortodoxa y las soluciones que de ellas se derivan.

En esta línea se ubica Robert Kuttner, un autor heterodoxo que habitualmente critica las posiciones y políticas convencionales en sus columnas del *Business Week*. En su libro *The End of Laissez-Faire (El fin del laissez-faire)*, de 1991, Kuttner subraya el impacto de la globalización sobre las soberanías nacionales, critica los supuestos de la competencia perfecta y valoriza el concepto de economía mixta, como opuesta a dominación exclusivamente privada del mercado.

Más recientemente, Dani Rodrik, un economista de Harvard publicó “Has globalization gone too far?” (¿Ha ido demasiado lejos la globalización?), en el que analiza las fracturas sociales provocadas por la globalización y las tensiones creadas entre el mercado y amplios sectores perjudicados y excluidos. Según Rodrik este fenómeno se debe a la desregulación y al retiro del gobierno de sus obligaciones sociales y se constituye en una preocupación privilegiada para la agenda social del Siglo XXI.

Estos trabajos se suman a los producidos por autores más difundidos como Lester Thurow (*La Guerra del Siglo XXI*) o Robert Reich (*El trabajo de las Naciones*) y a los aportes sustanciales de John K. Galbraith. De este último es particularmente significativo *La cultura de la satisfacción* en el cual el autor analiza la importancia del consenso que brindan al orden vigente los sectores beneficiados o que tienen la esperanza de serlo en algún momento.

Como síntoma de malestar o preocupación en las cúpulas puede mencionarse la opinión del mega especulador internacional George Soros. En un artículo titulado “La amenaza capitalista” señala el peligro que implica para las “sociedades abiertas” el excesivo individualismo. La combinación de mucha competencia con poca cooperación del mercado de *laissez-faire* causa, según Soros, intolerables desigualdades e inestabilidad.

La prensa del gran *establishment*, produjo en los últimos tiempos, especialmente desde el inicio de la crisis financiera, numerosas expresiones de disconformidad por el rumbo de los acontecimientos, dudas sobre la corrección del pensamiento establecido y temores sobre el futuro. Entre ellas vale la pena rescatar un reciente artículo de la importante revista de negocios estadounidense *Business Week*, que sostiene que “el sistema de libre mercado está perdiendo vigencia. Hong Kong, el ejemplo del capitalismo de *laissez-faire*, está interviniendo en el mercado cambiario para apuntalar las acciones de los magnates inmobiliarios. Taiwán suspendió las operaciones de su moneda mientras el gobierno rescata empresas e interviene en la plaza monetaria. Malasia aplica controles de capital. Tokio se aleja de la solución de mercado para su crisis bancaria y presiona a Toyota para que rescate al banco Sakura. Esta retirada del modelo estadounidense es una respuesta a la destrucción de la riqueza”. Además, sostiene la revista, “la vitalidad del modelo estadounidense se está poniendo a prueba. Hay quienes afirman que lo que desestabilizó la economía global y provocó la actual crisis fue la rapidez con que las economías que eran cerradas o comunistas fueron incorporadas a los mercados de capitales y cambiarios libres.” (*Business Week*, 14-9-98).

Altamente significativa de los cambios en las recomendaciones realizadas por el *establishment* provocados por la crisis financiera, es la posición de Henry Kissinger.

En un artículo escrito para *Los Angeles Times*, Kissinger expresa el temor de que la libre operación de los mercados genere tensiones sociales que amenacen la estabilidad del sistema. “El capitalismo de libre mercado, opina Kissinger, sigue siendo el instrumento más eficaz para el crecimiento económico y la elevación del nivel de vida de la mayoría de la gente. Pero así como el temerario capitalismo del siglo XIX generó el marxismo, así también la globalización indiscriminada de los 90 puede generar un ataque mundial contra el concepto de mercados financieros libres”. El ex secretario de Estado y habitual consultor de gobiernos y corporaciones afirma que “el moderno capital especulativo se beneficia explotando las tendencias emergentes antes que lo haga el público. Lleva las subas a burbujas ascendentes y los ciclos descendentes a crisis, en un marco de tiempo que no puede ser significativamente afectado por ninguno de los remedios macroeconómicos a los que son instados los dirigentes políticos... Mi preocupación es que (los especuladores) tienden a convertir la debilidad en desastre”. Kissinger critica las recetas convencionales e indiscriminadas del F.M.I., sostiene que las instituciones financieras internacionales necesitan una reforma y considera que deben “distinguir entre capital a largo plazo y capital especulativo, y proteger al sistema global de los excesos de este” (Clarín, 4-10-98).

Paradójicamente, también George Soros sostiene que “es necesario supervisar los movimientos internacionales de capitales y regular la asignación de créditos. Es una tarea de una autoridad internacional” (Clarín, 4-10-98).

No se trata de opiniones aisladas ya que, la prolongación y profundidad de la crisis financiera ha difundido, dentro del propio *establishment* teórico, empresario y estatal, el deseo de mayores regulaciones a los flujos de capital y a las instituciones financieras privadas. Se discute, incluso, de la necesidad de realizar un nuevo acuerdo internacional para la regulación del mercado de dinero, lo que contraría las consideraciones y recomendaciones liberales que dominaron por décadas en relación al funcionamiento de los sistemas monetarios y financieros.

CONDICIONES DE POSIBILIDAD

La emergencia de pensamientos económicos heterodoxos y de preocupaciones por las consecuencias y el futuro del modelo neoliberal tiene un correlato en la política con el avance de corrientes y partidos que, aunque sin cuestionar las bases del sistema, plantean críticas y la necesidad de efectuar correcciones al curso seguido en los últimos años.

Se trata de planteos moderados que no bastan para responder acabadamente a las urgencias sociales, pero, que deben tenerse en cuenta porque marcan un cambio en relación al imperio incuestionado de los dogmas del capitalismo salvaje y, cuando menos, abren un nuevo rumbo de discusiones y posibilidades políticas.

Por otra parte, aunque estas propuestas no se orienten hacia una reversión de aspectos fundamentales del sistema, genera fuertes resistencias en sus representantes y

su implementación requeriría una buena dosis de voluntad política. Por supuesto, se plantea aquí la posibilidad, comprobada en muchas ocasiones, de que los portadores de las propuestas de cambio retrocedan ante esas resistencias y desdibujen los aspectos novedosos de su pensamiento y de su programa político. Cuando eso sucede, contribuyen a la continuidad del pensamiento único y de las prácticas neoliberales.

Las expresiones de disenso teórico y las propuestas de acción que surjan de ellas se profundizarán y extenderán en la medida que se produzcan demandas sociales de cambio.

Las ideas que desafíen el pensamiento único pueden contribuir a crear nuevas conciencias y a articular iniciativas superadoras.

Pero es indudable que el inicio del cambio y el fortalecimiento de las corrientes políticas dispuestas a impulsarlo no surgirá en las usinas del pensamiento, sino en el movimiento vivo de la sociedad y del grado de contestación que este movimiento ofrezca al orden conservador.

III. TRABAJO Y POLÍTICA EN EL FIN DE SIGLO

LA URGENCIA POR DIFERENCIAR ENTRE TRABAJO Y EMPLEO

Marta Maffei

*Secretaria general Adjunta de la CTA
Secretaria general de CTERA*

En este encuentro del pensamiento hemos puesto el acento en el binomio trabajo-política para demostrar desde el comienzo que además de su estrecha relación, advertimos que el vínculo principal se da en ésta relación y no en la que existe entre trabajo y economía, que nosotros consideramos subalterna respecto de la primera. Obviamente una posición contraria a lo que nos quieren hacer creer los profetas del dios mercado; y de la naturalización de los sucesos económicos, supuestamente escindidos de las ciencias sociales, que convertidos en fenómenos de la naturaleza se muestran tan inexorables como las leyes de la física y tan inescrutables como los designios divinos.

Hemos elegido este tema fundamentalmente porque la preocupación por el trabajo o mejor dicho por la falta de empleo, se ha convertido como dicen las encuestas en el problema más urgente y preocupante para la inmensa mayoría de nuestros pueblos, dentro y fuera del país.

El desempleo es una de las consecuencias más dramáticas de este desarrollo arrasador y excluyente en que vivimos. Una consecuencia que agrava brutalmente los desequilibrios sociales, lanzando a una parte cada vez más importante de la población a la exclusión y la marginalidad.

Se ha avanzado hacia un crecimiento sin empleo y un desarrollo que atendiendo sólo al equilibrio macroeconómico, ha dejado en el camino nada menos que al ser humano. Se potencian así con toda evidencia las consecuencias de una relación interdependiente: desempleo-pobreza-violencia social. Una relación que es cada vez más clara y más alarmante y que desde luego no se resolverá con la represión, con el aumento de penas, con la reducción de edades para las condenas, ni con la violencia institucional creciente por parte de las llamadas fuerzas de seguridad.

El desempleo instalado en cada hogar, temido por cada empleado, sostenido como amenaza por la patronal, el trabajo visto como una empresa imposible para los jóve-

nes y dolorosa para muchos niños, se convierte en una verdadera cruz para todos: empleados y desempleados.

Para quienes tienen empleo la alta tasa de desocupación es el principal factor en su situación de precariedad laboral. La larga fila de desempleados sostiene la desregulación, la flexibilidad y la aceptación de condiciones laborales degradantes. Sufrimos retrocesos inadmisibles como la extrema precarización, la falta de contrato, el pago en negro, la total desprotección a la seguridad, la salud, los derechos sindicales. En no pocos casos el temor a perder, aun el mal empleo, se torna en una pesadilla que genera angustia, estrés, mayor sometimiento a condiciones cada vez peores, individualismo y la pérdida de las más elementales normas de humanización y de la mínima solidaridad.

Para los desempleados, los que como dice la escritora francesa Vivian Forrester quieren ser explotados, está la vergüenza de sentirse culpables. Como en otros casos las víctimas son responsabilizadas socialmente por su supuesto fracaso, es la impotencia de sentirse afuera, la fractura familiar, la angustia cotidiana, la falta de respeto de los demás y la pérdida de la propia autoestima.

Está científicamente demostrado que el trabajo permea todo el ser humano, su psiquis, su salud, sus hábitos, su pensamiento, su economía, su socialización, sus proyectos, su organización. Esto es independiente de la forma histórica concreta que asuma su trabajo.

En el trabajo modificamos la realidad que nos circunda y modificando esa realidad, nos modificamos nosotros mismos. Por eso el trabajo sigue siendo central para los seres humanos.

Esta gravísima situación nos obliga y nos compromete a todos en un gran esfuerzo por salir de la teorización. Es bueno poder explicar la realidad pero es indispensable hacer un esfuerzo por modificarla. Creo que no debemos encasillarnos y seguir hurgando en viejas teorías que nada tienen que ver con lo que le está pasando a la gente. No se puede seguir pensando con los parámetros que usábamos hace 40 ó 50 años, es más, seguramente no podemos usar los de hace 15 años.

Es cierto que hay grandes cambios. La globalización, la transnacionalización de la economía, el predominio del capital financiero sobre el productivo, los vertiginosos cambios científico tecnológicos que nos han llevado también a una acelerada sustitución de las industrias clave. Lo que hace 30 años eran la siderurgia, el calzado, los alimentos o los textiles, hoy son la electrónica, la informática, las telecomunicaciones, la investigación, la biotecnología y la robótica que entre otras cosas ha desplazado millones de empleados. Hay una nueva organización del trabajo, de las relaciones laborales, de la demanda y estas nuevas formas exigen nuevos conocimientos, nuevas organizaciones, nuevas relaciones y en este sentido se amplía la demanda hacia la educación como responsable de proveer la masa crítica con la cuota de conocimientos sofisticados capaz de satisfacer los empleados requeridos.

Quiero puntualizar algunas cosas:

1. No todo el empleo requerido tiene estas características de alta demanda científico-tecnológica propia de la producción capitalista en el primer mundo. Sobre todo en los llamados países emergentes, junto a estos escasos emprendimientos de demanda altamente calificada, pero también muy restringida, existen multiplicidad de empresas marginales, precarias, de bajo rendimiento y mano de obra intensivas que producen en condiciones rudimentarias y asientan su tambaleante rentabilidad en la explotación de los trabajadores, alentada por los procesos de desregulación, descontrol y desmantelamiento del Estado. Algunos dicen que se trata del fin del Estado Benefactor, yo creo que sólo se trata de un Estado Benefactor que ha cambiado el signo del beneficiario pasando a ser el gestor y garante de la acumulación flexible que las multinacionales demandan.
2. La alta calificación por la vía del conocimiento en la masa crítica de la población, no es tampoco por sí sola garantía de empleo, ni de mejores condiciones laborales. Hay muchos ejemplos de países que han realizado inversiones en la actualización tecnológica de sus trabajadores que hoy siguen explotados, con salarios miserables, sin organizaciones gremiales, sin derechos, y lo que es peor también sacudidos al influjo de los vaivenes de las Bolsas por altas cuotas de desempleo. Es decir que la calificación y el conocimiento de la ciudadanía no produce automáticamente el empleo que tiene una alta dependencia del modelo de desarrollo, de la industrialización, de la apertura indiscriminada de las importaciones, de los acuerdos regionales, en fin, de las políticas activas del Estado de las que tanto se habla.
3. Sintéticamente, la escuela podrá, con gran esfuerzo, enseñar de tal modo que nuestros egresados estén actualizados y en condiciones de comenzar su vida productiva; lo que difícilmente podrá hacer es conseguir empleo. Desde luego esto no nos exime de realizar el máximo esfuerzo por distribuir generosamente el conocimiento socialmente valioso, por evitar el fracaso, la repitencia y el abandono que sin lugar a dudas refuerzan el desvalimiento social en que nos ha puesto la política social, económica y cultural en ejecución.

Claramente entonces, los docentes no eludimos nuestra responsabilidad ni el necesario compromiso con la realidad y con las demandas sociales, pero no vamos a aceptar la responsabilidad excluyente de la escuela y del sistema educativo con la ubicación laboral de nuestros egresados.

Efectuada esta puntualización, creo que sería importante avanzar un poco más en la diferenciación entre trabajo y empleo.

Lo digo preocupada por los pronósticos fatalistas y tremendistas del supuesto “fin del trabajo”. No tengo dudas respecto a la merma en la demanda de cierto tipo de trabajo. Toda producción, todo servicio y toda función reemplazada por máquinas significa una merma en la demanda de empleo. Los procesos de comunicación, informática y robótica son en este sentido un buen ejemplo.

¿Pero podemos afirmar que hay menos necesidad de trabajo con dos tercios de la población pasando hambre, sin vivienda, sin educación, sin salud?

¿Es posible que falte trabajo y haya 250 millones de niños trabajando en las peores condiciones, desde la servidumbre hasta la explotación sexual?

Sin alejarnos de nuestra realidad, para donde miremos advertimos la cantidad de cosas que están sin hacer: la cantidad de gente que vive sin agua, sin cloacas, sin caminos. En fin, en las peores condiciones sociales.

En medio de la violencia social no hay empleo para los asistentes sociales ni para las organizaciones que trabajan intentando contener la marginalidad. ¿Quién ayuda a los jóvenes a salir de la droga y el alcoholismo?. ¿Cómo se previenen?

¿Qué pasa con los accidentes de tránsito? ¿Qué con los accidentes de trabajo, las lesiones y las muertes por inseguridad?

En este modelo de desarrollo depredador y arrasador de la naturaleza que ha generado el efecto invernadero, que contamina los ríos, que destruye cientos de especies por día, que agranda el agujero de ozono, que quema los bosques y nos rodea de residuos tóxicos. ¿No hay nada para hacer?

Estamos convencidos de que sobra trabajo: lo que falta es empleo. No existe decisión política para que el trabajo pendiente efectivamente se ejecute, ni para resolver las necesidades y demandas de quienes no tienen capacidad propia para pagar ese trabajo que hace falta, esa inmensa cuota de trabajo que no se hace. Y aun para pagar todo el trabajo que efectivamente se realiza sin cobrar, que se cobra mal o que voluntariamente no se cobra. Hay muchísimo trabajo que no se hace y muchísimo trabajo que se hace sin cobrar o muy mal pago: todo el trabajo comunitario, todo el que se hace en la mayor parte de la ONGs., todo el voluntariado.

Nuestro diagnóstico es substancialmente diferente al del “fin del trabajo”. Sin duda, asistimos al fin de algunas modalidades, al cambio en otras, a la necesidad de continuar aprendiendo durante toda la vida otras formas, otras tecnologías, otros sistemas, otros elementos, otros procesos; en fin, el cambio permanente. Para eso, indiscutidamente debemos entrenar nuestras capacidades y dirigir nuestros esfuerzos. Una capacidad reflexiva distinta, un proceso hacia la complejidad creciente, una mayor interdisciplinariedad, pero también una creciente capacidad crítica, una permanente evaluación ética y un enorme compromiso humano, esencialmente dirigido al bien común.

Para esto, resulta fundamental, comenzar a comprender que ante cada problema coexisten diversas alternativas de solución, distintas actitudes, diferentes caminos; no elegir cualquier solución, no considerar una única mirada, ni tomar un único camino.

Se trata de un paso sustancial para entender que no todo cambio es sinónimo de progreso, que no existe un único modelo de desarrollo, ni de progreso, ni de cambio, y para empezar a pensar cuál es el sentido, la direccionalidad de la modernidad que buscamos, del cambio que proponemos.

Es importante preparar, capacitar para el cambio en el trabajo, pero esto no resuelve la falta de empleo, ni logra que se realice todo el trabajo necesario para vivir mejor, para escapar de la contaminación, para no ser víctimas de la violencia, de la imprudencia, de la impericia, de las drogas, de la resignación.

Esta es la cuestión; hay mucho trabajo sin hacer; trabajo necesario, indispensable. Pero desde la precariedad, desde la improvisación, desde la desorganización, la pobreza o la total ausencia del Estado, ese trabajo no se hace, no hay quién lo pague o no hay quién lo exija, y en definitiva, no hay empleo. La retirada del Estado; su deserción en prestaciones o en funciones esenciales como la educación, la salud, la seguridad; su total irresponsabilidad respecto del cuidado del medio ambiente, de la seguridad; su desaprensión en la regulación de los servicios, etc., son causa principal de la pérdida de miles de puestos de trabajo especialmente vinculados con la calidad de vida.

Sin duda, este tipo de empleo no lo crea el mercado, que tiene como única meta las ganancias, como única lógica la acumulación y la explotación del hombre como mecanismo. La seguridad, la vida, la salud o el bienestar de las personas y del planeta tienen poca importancia y si les cuesta dinero, directamente ninguna. Por eso el Estado debe definir su rol protagónico en la creación del nuevo empleo, en la formación de los nuevos técnicos, en la exigencia exhaustiva referida a las condiciones en que se debe producir, en el de la sustentabilidad del desarrollo emprendido, en las estrategias utilizadas para legitimar las ganancias. Este es su rol indelegable porque ningún particular, ni grupo de ellos, por poderosos que sean y aunque lo pretendan, están en condiciones de definir la política nacional de desarrollo, promoción y empleo.

También es tarea impostergable del Gobierno el control ante el incumplimiento de la mayor parte de la normativa vigente en los sistemas de producción y comercialización causantes de la mayor contaminación urbana y rural, la pérdida de especies, la absoluta desaprensión por la vida humana. Actitudes, todas ellas, que además cierran miles de puestos de trabajo. Es impostergable, también, poner fin a la descarada tolerancia con el trabajo infantil, con las economías paralelas y con las más variadas formas de trabajo clandestino.

Nuestra propuesta apunta a dejar de ponerle pequeños parches o enmiendas a este sistema liberal corrupto, para comenzar a buscar juntos la forma de transformarlo a través de la intervención sostenida del Estado en búsqueda de un desarrollo sustentable sin exclusiones.

Reafirmando la necesidad del cambio, concedores de la globalización, pero sin aceptar la asimilación acrítica ni el sometimiento pasivo a sus horribles resultados. Sabemos que contra su hegemonía y su potencialidad no alcanza con oponer el voluntarismo, por lo mismo procuramos construir desde la gente, desde las organizaciones sociales, desde nuestros puestos militantes, la cultura de otras formas de trabajo, la apropiación del conocimiento socialmente valioso para organizar las demandas sociales, para promover otras actitudes y para buscar otras alternativas que nos permitan dirigir la creatividad, la inteligencia, y el esfuerzo hacia el servicio del bien común.

Organizar nuestras ideas para poner en funcionamiento otras instituciones, en las que los trabajadores dejemos de aceptar o tolerar la precariedad, la falta de protección, el exceso de trabajo, la contaminación del medio ambiente, como un primer paso hacia la apertura de otras fuentes de trabajo.

Desde las escuelas debemos ser capaces de educar para fortalecer a la sociedad civil y para orientar una nueva cultura del trabajo sin explotación, sin accidentes, sin contaminación, sin muerte, sin depredación. Desnudar las verdaderas causas de la exclusión social y elevar la consideración, la autoestima y el derecho a exigir una vida digna.

Desde las organizaciones gremiales prepararnos para revalorizar la idea del trabajo y del trabajador como motor del mundo. Recuperar el rol sindical sin volver sobre prácticas corporativas que nos enfrenten con la comunidad, pero sin diluir la defensa de los derechos de los trabajadores. Sin convertir a los sindicatos en mutuales o en empresas que intentan compensar de algún modo la pérdida de los derechos laborales y terminan explicándole a los compañeros por qué tenemos que ser flexibles, silenciosos y aceptar cada día peores condiciones de trabajo.

Sobre todo debemos recordar que ninguna política compensatoria, por buena que sea, es mejor que el trabajo mismo. Abrirnos a la realidad y entender que los viejos esquemas sindicales ya son incapaces de contener y dar respuesta a los millones de desocupados, cuentapropistas y expulsados del sistema tradicional.

Profundizar la democracia interna y ratificar en la práctica la autonomía de las patronales, del gobierno, de los partidos políticos, sin caer en la estupidez de la indiferencia, el boicot o la abulia ante el accionar político cuyas consecuencias todos padecemos; accionar que debemos estar preparados para condicionar.

No olvidar que los sindicatos debemos recobrar el rol político de los trabajadores, que no es sinónimo de ejercer un rol partidario, pero que los recupera en su capacidad de ser otra vez protagonistas, sujetos de la historia.

Necesitamos articular, organizar, reconstruir el entramado social disperso por la miseria, la falta de solidaridad, el clientelismo y el miedo para poder construir un nuevo bloque social plural, diverso y dinámico que recupere la idea de que otra sociedad más justa, más igualitaria, más humana, es posible.

TRABAJO Y POLITICA EN EL FIN DE SIGLO

Emir Sader

Presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología

Movimiento de los Sin Tierra, Brasil

La socialización de la política; que la gente se reapropie del derecho a decidir sobre su propio destino es una utopía que no resignaremos. Sin embargo, hoy día, la política se ha alienado como algo privado, como algo decidido en instancias financieras internacionales. El trabajo, es para nosotros, un instrumento de vida, un medio de vida. Los hombres se realizarían cuando pudieran dominar absolutamente la naturaleza, sus propios medios de supervivencia. Pero el trabajo se ha transformado en una fuente de exclusión social.

Expondré algunas ideas que ayuden a la reflexión, dada la amplitud del tema y la imposibilidad para abordarlo en toda su extensión.

Hace diez años, si alguien recorría las librerías, parecía que todo lo que se ofrecía para la lectura eran obras de arqueología, que todo estaba superado por una época históricamente nueva. En cierta medida esto era cierto. El fin de la Unión Soviética, de la bipolaridad mundial, planteaba un período histórico nuevo para la humanidad. Sin embargo, en 1998, recorriendo las librerías, se obtiene la misma sensación. La euforia de las dos últimas décadas se ha agotado. Todo lo escrito y publicado está prácticamente superado por los acontecimientos. Hoy vemos la primera gran crisis del capitalismo en la época de la hegemonía del capital financiero. Hace diez años se hablaba de crisis del socialismo, de agotamiento del socialismo, de errores del socialismo. Diez años después, la gran prensa habla de crisis de la humanidad. Parece que no tiene nombre histórico. Lo que tenemos es un derrumbe del capitalismo en su etapa de hegemonía del capital financiero. ¿Y qué pasa con la política, qué pasa con el trabajo en esta época? Es una típica crisis cíclica del capitalismo, porque mientras hay excedente de capital en Japón, hay falta de capital en Brasil y en la Argentina. Mientras Brasil tiene doscientos mil autos sin vender en los patios de las montadoras, hay una impresionante cantidad de personas excluidas del trabajo. La crisis típica del capitalismo es un strip-tease de irracionalidad. Prueba que el mercado es un pésimo, un irracional distribuidor de recur-

sos. Y lo que se derrumba es no sólo el mito del mercado como asignador de recursos; se derrumba también el discurso economicista. El discurso económico se ha vuelto economicista y es el discurso más misticador de nuestro tiempo. Ya no se discute en el mundo la sociedad del futuro, se discute economía. Ya no se discute economía, se discute coyuntura económica. Ya no se discute coyuntura económica, se discute coyuntura financiera. Entonces, en verdad, la humanidad en el fin de siglo no reflexiona sobre sí misma, sino sobre variables económicas de ayer, de hoy y de pasado mañana como máximo. Estamos reducidos a una humanidad sin futuro, sin perspectivas.

DERECHO AL TRABAJO

Entonces hoy más que nunca, la utopía de la sociedad del trabajo es nuestra utopía. No es que queramos reducir el hombre a su trabajo. Para que una sociedad sea justa, no es suficiente que sea una sociedad del trabajo; pero es necesario, que todos trabajen y que nadie explote el trabajo ajeno. La utopía del socialismo empieza por la sociedad del trabajo, una relación de derechos y deberes contratados por la sociedad. Resulta inaudito que existan hoy en el mundo sociedades de desempleados que se llaman “desempleados felices” y que no quieran trabajar. En el capitalismo el trabajo es trabajo alienado, pero nuestra sociedad es la sociedad de un contrato social justo, equilibrado entre derechos y deberes. Esto es lo que está excluido para gran parte de la humanidad. En mi país, Brasil, la mayor parte de la población no tiene cartera de trabajo, ni contrato de trabajo, no tiene una relación de derechos y deberes con el conjunto de la sociedad. Creo que el primer gran mérito del Movimiento de los Sin Tierra fue poner el derecho al trabajo por encima del derecho a la propiedad. Nuestras sociedades contemplan los dos derechos, pero el derecho a la propiedad está en los prolegómenos generales de la Constitución, casi como un ítem sagrado. Y hay a quién apelar si el derecho a la propiedad es violado: a la policía. En cambio si se viola el derecho al trabajo no tenemos a quién apelar. Y nuestros ministros, que son ministros del capital aún cuando se hacen llamar ministros de trabajo, son los más interesados en promover el trabajo carente, la flexibilización laboral, no se preocupan jamás por el derecho al trabajo.

Es entonces un gran mérito del Movimiento Sin Tierra en Brasil hacer que la ocupación de tierras para garantizar el derecho al trabajo sea legitimado frente a la sociedad. Las tierras no ocupadas no tienen derecho a la existencia, éste es el primer derecho fundamental.

EL MOVIMIENTO SIN TIERRA

Los asentamientos de los Sin Tierra son espacios colectivos, espacios comunitarios muy singulares, donde se asientan personas que ocuparon tierras, que legalizaron la tierra; que trabajan con una productividad muy por encima del promedio de la pro-

ductividad agrícola brasileña, que son autosuficientes económicamente, que se organizan bajo la forma de cooperativas donde se combina el derecho a la propiedad individual de los que quieren tenerla, con la utilización colectiva de los implementos agrícolas, con la comercialización colectiva, pero más importante aún, con la contribución financiera voluntaria para la movilización de aquellos que no han tenido todavía acceso a la tierra.

Por otra parte, lo primero que hace un asentamiento de los Sin Tierra cuando se ocupa la tierra, es definir dónde estarán las escuelas. El MST tiene más de mil trescientas escuelas legalizadas, con currículo reconocido por el Ministerio de Educación. Por lo tanto, no hay niños fuera de la escuela, no hay niños trabajando en los asentamientos de los Sin Tierra, que ya reúnen casi un millón de personas en Brasil. El Ministerio de Educación reconoció oficialmente que los Sin Tierra han hecho por la alfabetización brasileña, en pocos años, más que quinientos años de distintos gobiernos.

No les gusta que nuestros currículos no sean los currículos oficiales, no les gusta, por ejemplo, que la gente aprenda castellano para leer textos originales, por ejemplo, del Che. No les gusta que el calendario de los adultos sea el calendario de las luchas populares latinoamericanas. Sin embargo, tienen que aceptar que es un currículo reglamentado, que se extienden diplomas, etcétera. Y hay un contraste extraordinario, ya que el setenta por ciento de sus padres son analfabetos, hay gente que se ha introducido en la ciudadanía a través de los Sin Tierra. Esta nueva generación que llega al campo es la que tiene mínimamente acceso a las letras; sus padres no lo han tenido. Sin embargo, hay un sistema de técnicos en cooperativas que los hace producir con una alta productividad que viabilizan las cooperativas que articula el MST.

Esto, sin embargo, aún es poco. Vamos a tener un avance importante, con repercusión hacia la Argentina, Uruguay y todo el Cono Sur, cuando el domingo triunfemos en las elecciones para el gobierno de Río Grande do Sul. El compañero Olívio Dutra,* primer alcalde de izquierda en Porto Alegre, fundador del PT, gran líder sindicalista, justamente en la provincia brasileña donde la izquierda es más fuerte y dirige la capital desde hace diez años, será gobernador. La provincia donde nació el Movimiento de los Sin Tierra hace doce años será la primera provincia donde podremos implementar no sólo un programa de reforma agraria, sino un programa económico articulado en torno de las pequeñas y medianas empresas alrededor del cual espero que podamos articular un proyecto alternativo para el Mercosur.

LA RECESIÓN QUE SE VIENE

Sin embargo, necesitamos tiempo y mucho más, porque estamos ingresando en la más profunda recesión que nuestra generación haya conocido. La crisis internacional

* Olívio Dutra fue electo gobernador del Estado de Río Grande do Sul en los comicios del 25/X/95.

del capitalismo, por primera vez sincronizada entre la crisis del Sudeste Asiático, de Estados Unidos y de Europa, se va a ver reflejada aquí, en la periferia del capitalismo, con expresiones de la crisis social como jamás se ha visto hasta ahora. La única comparación posible sería con los años 30; pero en aquel momento algunos de nuestros países lograron revertir la situación e implementar un proyecto de industrialización. Sin embargo, la fragilización de nuestras economías en este momento hace que hayamos debilitado nuestra capacidad de defensa, ya sea respecto del trabajo, a la competitividad internacional o a la inclusión social. Seremos las mayores víctimas de lo que se prevé para los próximos años. Aunque el gobernante italiano Massimo D' Alema tenga el descaro de escribir en un diario argentino que la globalización trae sacrificios para los trabajadores del Primer Mundo. Nosotros creíamos que les traía ventajas... ¿Y por qué esos sacrificios? Nos aclara el señor D' Alema, de la tercera vía, que lejos de Europa, en otras regiones del mundo, la globalización significa, entre otras cosas, millones de nuevos empleos en la industria y un mejor nivel de vida. Esto prueba el engaño. Aquí nos dicen que allá hay ventajas extraordinarias de la globalización. Allá al contrario, piden sacrificios porque la globalización traería nuevos empleos acá. Como si los empleos que los trabajadores pierden allá fueran recuperados por la periferia. De alguna manera quieren incluso contraponernos a ellos.

ESTRATEGIA INTERNACIONAL

Sin embargo tenemos una perspectiva muy favorable. Hace pocos días, el gobierno francés, con gran coraje, se retiró del Acuerdo Mundial de Inversiones. El primer ministro de Francia, Lionel Jospin, pronunció un discurso con muy poco reflejo internacional. El próximo corte a la soberanía de nuestros estados, nuestros países, sería el Acuerdo Mundial de Inversiones, que les quitaría toda capacidad de legislar respecto de empleo, respecto a bienestar, a identidad cultural, a nada. Preparado durante cuatro años, oculto por la gran prensa mundial que no quiso revelarlo, el proyecto, firmado por los países de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico), tiene el 75 por ciento de las inversiones mundiales. Sin embargo encontramos hoy la perspectiva de tener un gran aliado en el Primer Mundo. No sólo se rompió el consenso de posiciones respecto del Fondo Monetario, sino que incluso se rompe el proceso de alianzas políticas. Ninguno de nuestros gobernantes y presidentes, alzó la palabra para solidarizarse, para tender la mano, para reaccionar positivamente a esta actitud, porque Jospin dijo que hay que incluir obligadamente en este proyecto a los países del sur del mundo, a los que somos las víctimas, a los países que con el ochenta por ciento de la población mundial nos repartimos pésimamente el 15 por ciento de la riqueza. Tenemos la perspectiva de extender nuestra alianza hacia un gobierno del Primer Mundo, el tercer país en cuanto a inversiones. Porque hoy nuestra debilidad más importante es que carecemos de estrategia internacional. No hay alternativa a nivel de política, de empleo, de trabajo, a nivel ideológico, de medios de

comunicación, que no sea estrategia internacional. Ellos tienen la estrategia internacional del gran capital financiero, que hoy está haciendo crisis. Este tipo de encuentros es fundamental para pensar estrategias con profundas raíces nacionales, que tiendan a una escala latinoamericana y mundial. Si no, estaríamos en la trampa del cierre nacional, que nos dejaría en situaciones de aislamiento, de debilitamiento, y ante la idea de la apertura indiscriminada, promovida no por los estados, ni por la ciudadanía, sino por los mercados.

Es un dilema que debemos plantearnos. No tiene sentido plantearse ninguno de esos problemas sino en escala por lo menos latinoamericana. No hay alternativa, por ejemplo, para la regulación latinoamericana, que no sea en un conjunto de países. Chile quería una pequeña medida de explotación respecto del capital especulativo internacional, una cuarentena. En lugar de incorporar una política de Mercosur, los otros países lo descalificaron como violación a la libre circulación de capitales. Y Chile terminó retrocediendo en una pequeña medida que le permitía ser menos víctima de la flexibilidad del capital especulativo internacional. Yo pregunto: si logramos llevar al conjunto del Mercosur medidas de protección antiespeculativas, ¿qué medidas de aislamiento podrían tomar a escala mundial? ¿Quién querría quedar fuera de un mercado tan fuerte potencialmente como el nuestro? Pregunto, ¿qué tipo de castigo tuvo la India cuando hizo explotar hace poco su bomba? Ninguno, y ¿por qué? Porque nadie quiere quedar fuera del mercado indio. El tamaño de nuestro mercado, el tamaño de nuestra fragilidad, y el de los daños que causaría mundialmente una bancarrota de Brasil, tienen que ser un instrumento de fuerza, no de debilidad.

Los dos países más grandes del mundo, China y la India, son los que hoy sufren menos los efectos de la crisis internacional. Nosotros tenemos condiciones para establecer aquí, en América Latina, entre Brasil, Argentina, Uruguay, Chile, Bolivia y los demás países, un mercado potencialmente extraordinario, no solamente para los productos sofisticados, sino un mercado de consumo popular, que hoy está retraído, sin capacidad de desarrollarse porque no hay distribución de la renta.

Concluyo diciendo que hoy la defensa de la socialización de la política, la defensa del trabajo, de la seguridad del trabajo, pasa por quebrar el paquete del Fondo Monetario Internacional. Brasil, por lo menos, va a vivir los años de mayor agitación social de su historia. El gran desafío es impedir que pase el paquete del F.M.I. Impedir que sean cerradas las escuelas y los hospitales, que la gente sea echada. Impedirlo en la práctica. No importa si son los sindicatos o los partidos, o si no son sindicatos ni partidos como es el caso del Movimiento Sin Tierra. Interesa que todas las formas de movilización sean posibles. La izquierda no está derrotada. Tiene una nueva oportunidad histórica muy cercana. Por lo menos en Brasil esto ha quedado muy claro. Se tuvo un revés electoral, pero las fuerzas están intactas. El Movimiento Sin Tierra plantea un objetivo simbólico combativo: una invitación a que crucemos el siglo con marchas organizadas en todo el continente, con todos los sueños que tenemos, con todo el rescate de los derechos de la ciudadanía, de la tierra, de la educación, de la salud. Que organicemos en varias partes varias marchas que se crucen como expre-

sión combativa, como disposición de lucha, como capacidad de llegar al conjunto de este continente latinoamericano, rehaciendo, ahora con miles de millones, los caminos que hizo el Ché desde su propia juventud.

AUTONOMÍA SINDICAL Y ROL POLÍTICO DEL SINDICATO

Antonio Baylos

*Catedrático de Derecho del Trabajo
Universidad de Castilla - La Mancha
Consejero CES (CC.OO.) del Estado Español*

1 - LO “POLÍTICO” Y LO “SINDICAL” COMO UN REPARTO DE ÁREAS DE ACTUACIÓN

La diferenciación entre lo “político” y lo “sindical” ha venido realizándose, en una cierta cultura de las organizaciones obreras, como un reparto de áreas de actuación. El terreno de lo político se concebía como el espacio de lo público, en el sentido de constituir un espacio de representación de intereses generales, de la sociedad en su conjunto. Por el contrario, lo sindical se refería a los intereses contrapuestos en la empresa y los lugares de producción, desplegados a su vez en la rama de producción o en el sector profesional. Era, en consecuencia, un espacio de representación de intereses profesionales, definidos en consecuencia como “particulares” o incluso “privados” frente a los intereses generales del conjunto de la sociedad, intereses “públicos”.

Naturalmente que esta diferenciación se volcaba sobre los sujetos colectivos en juego. En el terreno de lo político, se hallaba el partido político, que dirigía su actuación hacia el Estado en la idea de conseguir la mayoría de sufragios suficiente como para obtener el poder político o, al menos, para formar parte del Gobierno de la nación y, de esta forma, elaborar las líneas de actuación de los poderes públicos en atención al proyecto de Estado y de sociedad que el partido teorizaba. En el terreno del mercado de trabajo, de los diversos sectores económicos o de las empresas, aparecía el sindicato, que dirigía su actuación hacia los empresarios como forma de defender los intereses de los trabajadores, especialmente mediante la contratación de las condiciones del intercambio salarial y de los poderes del empresario en la gestión de la fuerza de trabajo, sin que en consecuencia su actuación rebasara el espacio de la producción.

Sin embargo esta separación de territorios no implicaba necesariamente que dichas formaciones sociales, el partido político y el sindicato, no estuvieran interesa-

dos en una coordinación de la acción de ambos sujetos, en una cierta relación de interdependencia entre sus respectivas esferas de actuación, aunque en ocasiones se hayan dado posiciones de enfrentamiento o de mutua ignorancia entre ambas. Lo que sucede es que esta interdependencia se planteaba siguiendo el esquema lógico de lo general a lo particular tal y como se teorizaba el campo de acción del partido y del sindicato, en un contexto de homogeneidad ideológica entre ambas formaciones sociales.

De esta manera lo anterior se traduce en una clara relación de subordinación del sindicato al partido político respecto de los objetivos generales de reforma del sistema económico-social. Existe así constituida una subordinación de la acción sindical a la acción política, que se manifiesta de manera clara aún antes de que el partido político obtenga las mayorías suficientes para gobernar. Se trata del re-envío del proyecto político general desde el sindicato al partido y a su proyecto de sociedad. Es decir, que el sindicato carece de un proyecto propio de sociedad, porque hace suyo el del partido político obrero, en cuya actuación delega la capacidad de reforma del sistema. Por lo mismo, la acción sindical se confina en la empresa y en la rama de producción, si bien cumple funciones de suplencia política del partido, disciplinando a los trabajadores que él representa en la esfera de lo económico, en la ideología política del partido al que se remite, encauzando además electoralmente a los afiliados que encuadra. Este tipo de relación se agrava extraordinariamente y hace crisis cuando el partido político llega al gobierno, porque entonces la lógica conclusión de este esquema es la realización de las medidas generales que implementen una reforma del sistema en línea con el programa del partido de reforma social y económica, que, de no llevarse a cabo, frustra la continuidad del razonamiento expuesto. Ya no hay partido político que mantenga el nivel de “generalidad” requerido para seguir defendiendo el proyecto de reforma social que se niega desde el Gobierno, y el sindicato no puede asumir tareas de suplencia de la inacción del partido hasta entonces “homogéneo” políticamente, puesto que su esfera de acción se ciñe a los intereses “profesionales” de grupo, no generales.

Sintéticamente expresada, es ésta la relación entre el sindicato y el partido que sitúa la autonomía del sindicato en un espacio de actuación subalterno a la acción política general del partido político. Pero esta forma de concebir las relaciones partido/sindicato va a ir inexorablemente perdiendo peso ante la evolución de los acontecimientos a partir de finales de los años setenta de este siglo, si bien su fuerza como “cultura” sindical sigue siendo muy grande.

2 - PÉRDIDA DE LA CAPACIDAD DE REPRESENTACIÓN DE LO GENERAL EN EL MERCADO POLÍTICO GESTIONADO POR EL PARTIDO POLÍTICO

En efecto, la visión compartimentada anteriormente expuesta va sufriendo importantes variaciones, sobre la base fundamentalmente de asumir de modo paulatino que

no se produce ya una delegación de la representación de lo general en el marco político gestionado por la forma partido.

En gran medida esta concepción tiene que perder peso ante la correlativa asunción por el sindicato de funciones cada vez más notorias de representación general del conjunto de los trabajadores. Frente a opciones organizativas sindicales que se acantonan en la tutela de intereses limitados de un grupo de trabajadores, o se “corporativizan” utilizando la forma del sindicato como medio de proteger una situación laboral muy ventajosa (cuadros de empresa, médicos, pilotos, etc.), existen en paralelo fuertes tendencias a configurar un sindicalismo confederal de orientación global, que tendencialmente quiere representar al conjunto de la fuerza de trabajo de un país determinado. En este sentido el sindicato representa –o aspira a representar– a todos los trabajadores, con independencia de las diferencias entre los mismos, en cuanto insertados en un proceso productivo dirigido por un empresario. Representación más allá de la fragmentación y segmentación del mercado de trabajo que se traduce en la existencia de dos colectividades en el seno de la relación laboral, los trabajadores permanentes y los trabajadores precarios o temporales, con un doble estatus de derechos y de garantías. Y también una representación que trasciende las diferencias de edad o de género en el seno de la clase trabajadora, entre jóvenes y trabajadores maduros, entre hombres y mujeres en la relación de trabajo. Naturalmente que esta síntesis representativa no se detiene en aquellos que han encontrado una inserción, precaria o estable, en la relación de trabajo, sino que sobrepasa las fronteras de la colocación y se extiende a aquellos que, por contra, han sido expulsados del mercado laboral o no pueden insertarse en él: desocupados, inválidos y accidentados, jubilados, etc. El sindicato por ahí enlaza la tutela de situaciones de explotación, pero también las de la miseria que se extiende en los países “civilizados” con situaciones de pobreza severa. Norte y Sur son así nociones geográficas y sociales, puesto que en el norte próspero se injertan cada vez más poderosas bolsas de degradación humana y de miseria social y económica, como en el Sur aparecen burbujas de riqueza y de ostentación del privilegio en un contexto de pobreza generalizada y extensa.

Pues bien, el sindicato general es el sujeto que tiende a representar este conjunto heterogéneo de intereses para tutelarlos. Ello implica una ampliación de los interlocutores sociales con los que realizar tal labor de tutela, pero además requiere la transformación de la noción técnica y política que está en la base de la acción del sindicato. Ante una extensión de los intereses representados, la representación voluntaria, a través de la afiliación de los trabajadores ocupados en las empresas, no es suficiente. Es preciso pasar a un nuevo criterio, el de la representatividad sindical, puesto que esta formación social tiende ahora a representar institucionalmente al conjunto de la fuerza de trabajo disponible en un país determinado. El sindicato no es sólo organización de representación de trabajo asalariado, agente económico que contrata las condiciones del intercambio salarial, sino un actor social que expresa la identidad global de los trabajadores en su conjunto, y que se relaciona con el resto de actores sociales y políticos, como representante de la ciudadanía social.

3 - LA AUTONOMÍA SINDICAL EN LA RELACIÓN CON EL CAMPO DE ACCIÓN DEL PARTIDO POLÍTICO

Las anteriores consideraciones llevan a la reconceptualización de la noción de autonomía sindical, que no se puede entender como una esfera cerrada y subalterna a la política y sus actores. En esta nueva realidad, el sindicato que quiere expresar la identidad social de los ciudadanos cualificados por una situación de desigualdad económica y social, y que con su actuación pretende nivelar progresivamente hasta hacerla desaparecer, ese desequilibrio social y de poder, tiene un proyecto autónomo de sociedad y de las reformas del sistema que se deben emprender, en una adecuada combinación entre objetivos a largo y a medio plazo. Es un proyecto general, porque afecta a la ciudadanía social entendida en un sentido lo más amplio posible, y reúne ante todo dos notas caracterizadoras de extraordinario relieve: autonomía respecto del proyecto político de sociedad que sostiene el partido político, lo que implica posiblemente amplias zonas de coincidencia, pero que no excluye la posibilidad de disenso puntual o de fondo con el programa del partido, que conduzca a una relación conflictiva e independencia del proyecto sindical respecto de los procesos de representación política y sus avatares, en el doble sentido de no subordinar el programa de reformas al éxito electoral de las formaciones políticas más homogéneas ideológicamente con el enfoque sindical, ni de poner a disposición de la labor de oposición política la fuerza erosionante del gobierno que puede catalizar la acción reivindicativa sindical.

Con lo que se quiere decir que el sindicato deviene un verdadero sujeto político, que debe negociar con el poder político su propio proyecto de sociedad, si bien intenta realizarlo con sus propios medios: negociación colectiva, huelga, autotutela de intereses en variadas formas, manifestaciones, información, participación institucional, etc. Ello hace que se amplíe necesariamente su campo de acción, que ahora se extiende a la concertación social de las políticas económicas y sociales, a la negociación política con el poder público de las líneas de actuación y de reforma de la sociedad y del Estado. De esta manera, es una necesidad del sistema sindical así constituido la emanación de reglas para determinar la interlocución en este nivel de la generalidad, del ámbito de la contratación de las medidas públicas en materia económica y social, en el sentido de impedir la arbitrariedad en la selección de los interlocutores sociales, limitando en consecuencia la libertad de elección, por el poder público o empresario, del sindicato con el que negociar en esos espacios. Este es el sentido de las reglas sobre la representatividad sindical, que inciden, respetándolo, sobre un fenómeno de pluralidad sindical, exigiendo un umbral de implantación social que es verificable de manera objetiva.

Esta nueva calidad del sujeto sindical representativo obliga a una mutación en los contenidos de la acción sindical, que se suman a los “clásicos” de la misma. Así, junto a la determinación del intercambio entre salario y tiempo de trabajo y los poderes organizativos del empresario, se añaden todas las materias relacionadas con el empleo

y la desocupación, el desarrollo y conceptualización de un sistema de protección social y su aplicación y, en fin, la propia configuración del marco institucional que fija las reglas de juego entre los actores sociales: las reglas del sistema de relaciones laborales y los principios normativos del derecho del trabajo y de la seguridad social. Desde otro punto de vista, el de los poderes sociales normativos, es apreciable también una cierta modificación del sentido y orientación de los instrumentos de regulación de las relaciones laborales, en especial, respecto de la “nueva posición” de la negociación colectiva, que ocupa un lugar menos subalterno a la norma estatal, y que se configura como el “método de gobierno” privilegiado para el sistema de relaciones laborales y, a la vez como forma de orientar las políticas económicas y sociales llevadas a cabo por los poderes públicos.

La autonomía del proyecto sindical así esbozada necesita asimismo determinadas condiciones para poder arraigarse en la práctica. La más clara, desde el punto de vista de los trabajadores, es la de la unidad de acción sindical, que presupone la incorporación de este elemento de generalidad y de representatividad tendencialmente global del conjunto de la ciudadanía social de un país determinado. Al menos este es un dato que resulta evidente desde la experiencia histórica española.

En efecto, en ella se puede detectar un rápido tránsito de una posición de subalternidad radical de los sindicatos respecto de la acción política en los Pactos de la Moncloa en donde ni siquiera los sindicatos CC.OO. y UGT fueron considerados interlocutores, pese a que se negociaban aspectos decisivos en la configuración del marco de relaciones laborales, de política de empleo y de política de rentas, hasta una posición de verdadera representatividad institucional, como sucedió en 1984-1986 con la firma del Acuerdo Económico y Social (AES) entre el Gobierno, la CEOE y la UGT. Pese a la interlocución “general” que expresa la dinámica de la concertación social, y la amplia temática de la misma, que afectaba a las líneas maestras de multitud de aspectos de las políticas públicas económicas y sociales, en el AES el proyecto sindical –de la UGT– subordina explícitamente al proyecto político del gobierno. En una “Declaración” previa, las partes sociales, sindical y empresaria, concuerdan en declarar que la política económica y social del gobierno es plenamente correcta y que en este marco es en el que se desenvuelven los compromisos que se adoptan en el Acuerdo.

La situación es, finalmente, muy diferente, a partir de la consolidación de la unidad de acción entre CC.OO. y UGT, a partir de 1987 y tras la huelga general del 14 de diciembre de 1988, que tuvo un seguimiento social irrepetible. En efecto, en primer lugar, en el ciclo 1989-1992, en el que se realizaron importantes experiencias de negociación política directa entre el movimiento sindical y el gobierno, en donde se logró la emanación de un importantísimo programa de protección social tanto respecto de la creación de un nivel no contributivo de seguridad social como respecto de la protección del desempleo y la extensión de cobertura a trabajadores agrarios, así como la introducción de un denominado salario de inserción, de naturaleza asistencial, entre otros elementos de reforma de interés colectivo, como la introducción de

un derecho de información de los representantes de los trabajadores sobre las opciones de contratación y de empleo de los empleadores. El movimiento sindical procede así a negociar directamente su programa de reformas, sin que el pacto concreto sobre determinados elementos de éste haga olvidar que existe un proyecto global, autónomo, con objetivos a largo plazo que habrá que recorrer gradualmente.

De otra manera, pero en la misma línea de fondo, en el ciclo 1997-1999 en el que nos encontramos ahora, tras la llamada “reforma del mercado de trabajo” de 1994, realizada contra el movimiento sindical, el sindicalismo confederal ha recuperado el proyecto propio de sociedad, esta vez centrándolo en la recuperación de la estabilidad en el empleo, arrastrando a la patronal a un Acuerdo –llamado precisamente así, de Estabilidad en el Empleo– en el que reconoce la necesidad de que el empleo que se cree ha de ser estable y permanente, no “flexible” o precario, rompiendo con veinte años de política de creación e empleo de baja calidad, temporal, que se ha revelado contraproducente e incapaz de contener los procesos de destrucción de empleo. El último acuerdo, sobre el tiempo parcial “estable”, es decir, por tiempo indefinido, se ha firmado ya sólo entre el Gobierno y el sindicalismo más representativo, sin la patronal CEOE. En esta nueva fase, se destaca la independencia de la actuación sindical, puesto que se llega a acuerdos justamente con un gobierno ideológicamente conservador, en un contexto político en el que los partidos políticos de izquierda (PSOE e IU) preferirían que el sindicalismo no hubiera “legitimado” la política social del gobierno; sin embargo nadie pone en duda el giro de la política de empleo que este ciclo de negociación empresarios-gobierno-sindicatos ha imprimido, ni el carácter progresivo del proyecto de negociación que vehiculan los sindicatos, que, partiendo del fomento del empleo estable en el contrato por tiempo indefinido a jornada completa (1997) y a tiempo parcial (1998), pretenden ampliar sus objetivos a la reducción del tiempo de trabajo, supresión del trabajo extraordinario y medidas de reparto de empleo, en cuyo empeño se trabaja hoy en día, junto con iniciativas para restringir severamente los mecanismos de interposición en la contratación temporal –las Empresas de Trabajo Temporal- que puso en marcha con consecuencias degradatorias inmensas, la reforma de 1994.

En cualquier caso, creo que se puede recapitular haciendo tres observaciones. La primera, que se puede afirmar la creación de un sistema sindical que tienda a la representación de un interés general de los trabajadores en cuanto tales, en cuanto ciudadanía social. La segunda, que ese sistema sindical procede a la articulación de todos sus medios de acción con vistas al objetivo final de lograr la emancipación social y a la gradual consecución de la igualdad sustancial, que se recoge en la elaboración de un proyecto propio y autónomo de sociedad por parte del sindicato. La tercera y última, que, en definitiva, la democracia se identifica con este proyecto en proceso. La democracia como sistema sólo puede expresarse como un proceso de reforma, de cambios políticos económicos y sociales que logren una redistribución de la riqueza lo más justa e igualitaria posible. Y en ese destino, el rol que debe desempeñar el sindicato es necesariamente determinante, desde su autonomía y su independencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Para una profundización de alguno de los temas que se tratan en esta intervención, o como explanación del origen de algunos conceptos, pueden resultar útiles alguna de las referencias bibliográficas en castellano que se suministran a continuación.

En el debate sobre las transformaciones del sindicalismo desde el punto de vista de la definición de los intereses por tutelar, es útil el trabajo de U. ZACHERT, *Los sindicatos en Europa: ¿crepúsculo o nuevo amanecer?*, en F. VALDES (Coord.), *Sindicalismo y cambios sociales*, CES, Madrid, 1994, pp. 257 ss. Sobre la construcción del sistema sindical basado en la representatividad sindical y la importancia de la negociación política, A. BAYLOS, *Derecho del Trabajo: modelo para armar*, Trotta, Madrid, 1991. La problemática planteada por la representatividad es analizada de forma muy sugerente por U. ROMAGNOLI, “Quién representa a quién”, en la revista *Relaciones Laborales* al 14/15 (1988), pp. 9 y ss, y la expresión del sindicato como “sujeto político”, teorizada en el ordenamiento jurídico-laboral español, pertenece a C.PALOMEQUE, “El sindicato como sujeto político”, en AA.VV., *Estudios de Derecho del Trabajo en memoria del profesor Bayón Chacón*, Tecnos, Madrid, 1980, pp. 555 y ss. Sobre la “ciudadanía social” y su inserción en el Estado social, J. L. MONEREO, *Derechos sociales de la ciudadanía y ordenamiento laboral*, CES, Madrid, 1996, en especial pp. 159 ss.

En concreto sobre las vicisitudes de la concertación española en el ciclo 1997-1999, puede consultarse el texto de los acuerdos de 1997, el Acuerdo Interconfederal para la estabilidad en el Empleo y el Acuerdo Interconfederal para Negociación colectiva en la revista *Contextos. Revista Crítica de Derecho Social*, N° 1 (1997), Buenos Aires, Argentina, pp. 423 y ss., como, en el mismo volumen de esta revista, mi artículo “La nueva posición de la negociación colectiva en la regulación de las relaciones de trabajo españolas”, pp. 75 y ss. “Un debate sobre la regulación del tiempo parcial tras el Acuerdo Gobierno-sindicatos de octubre de 1998, y su regulación por Real Decreto-Ley”, en la *Revista de Derecho Social* n° 5 (1999), con aportaciones de MERINO, LOPEZ GANDIA Y ALARCON, complementando la apertura del debate en el Editorial de dicho número.

**REFLEXIONES SOBRE LA RELACIÓN
TRABAJO Y POLÍTICA EN EL
MUNDO ACTUAL.
EL PAPEL DE LA EDUCACIÓN**

Jorge Cardelli

*Director de la Escuela Marina Vilte de CTERA
Integrante del Consejo de Dirección del
Instituto de Estudios y Formación de la CTA*

La relación entre el trabajo y la política necesita ser trabajada en el marco del modo de producción capitalista y desde una perspectiva de clase. Desde esta perspectiva amplia es necesario profundizar su conocimiento en el marco de la dinámica capitalista actual que se inició en la crisis de los setenta. 'Una de las características principales de esta dinámica es la transformación de las estructuras productivas a través de la incorporación de nuevas tecnologías surgidas como producto del desarrollo científico-tecnológico promovido fundamentalmente por necesidades militares (Segunda Guerra Mundial, confrontación con los países socialistas, etc.). Desde esta perspectiva se puede visualizar con claridad la no neutralidad de la tecnología, las transformaciones de la funcionalidad del saber y el carácter activo de la ideología dominante en los procesos de trabajo. Por este camino llegamos a la forma histórico-concreta actual de la relación entre trabajo y política y en particular el papel de la educación. Este es el objetivo de este trabajo, que desarrollaré en 10 puntos:

1. A partir de los 70 hay un movimiento de incorporación tecnológica en los procesos productivos cuyos efectos han sido aumentar la tasa de explotación a través de una mayor extracción de plusvalía relativa. Esto es posible por una profundización de la división del trabajo que hace que la producción de conocimientos científicos-tecnológicos se desarrollen en ámbitos específicos. Hoy hay que hablar de la producción de ciencia y tecnología como un proceso y de una forma concreta de relación entre esta y la producción de bienes materiales. Es necesario conocer no sólo esta relación, sino también las condiciones concretas de la pro-

ducción de conocimiento científico-tecnológico en la actual etapa del modo de producción capitalista. Una primera hipótesis de trabajo es pensar que la conformación de este tipo de producción de objetos culturales está determinado por la vía más directa de su relación con la producción de bienes materiales y por la vía más global del Estado.

2. A la hora del análisis de la incidencia del conocimiento científico-tecnológico, no debemos olvidar que el proceso de trabajo no se realiza de manera independiente y que el mismo está organizado a los efectos de la valorización del capital. La producción capitalista está organizada por una clase (la burguesía) y está estructurada de conjunto de manera de garantizar una valorización global del capital y también para cada capitalista. Desde esta perspectiva el proceso de trabajo no tiene una dinámica independiente y el proceso de producción de conocimiento científico-tecnológico al articularse al proceso de valorización del capital también lo hace con el primero. La relación entre los procesos de trabajo y de producción de conocimiento científico-tecnológico está mediada por la valorización del capital. La falta de claridad en esta perspectiva lleva a los teóricos de la “sociedad post-industrial”, sociedad del “fin del trabajo” u otras denominaciones sinónimas a creer que sólo el “desarrollo científico-tecnológico autónomo” producirá las modificaciones en las formas de producción hasta llegar a transformar tecnológicamente la totalidad de la producción y hacer de los lugares de trabajo espacios de realización individual. No visualizan con la debida profundidad que la inmensa diversidad de tasas de explotación y de condiciones de trabajo es consecuencia de la propia dinámica del desarrollo capitalista y de esta mediación. Construyen una relación entre procesos de trabajo y de producción de conocimientos científico-tecnológicos que sólo está en la cabeza de ellos. De esto último sale que la incorporación de tecnología a los procesos productivos a la larga será beneficiosa para los trabajadores. Con este marco teórico superficial de análisis elaboran justificaciones para determinadas políticas laborales mercantilizadoras de los trabajadores.

Justifican las transformaciones educativas (uno de los elementos constitutivos principales del proceso educativo es la comunicación del saber) basadas en la modernización de contenidos independientemente del proceso de privatización de la misma. No tienen en cuenta que por este camino se construye la articulación de manera casi directa de los procesos educativos con la valorización del capital. Más adelante se desarrolla este aspecto.

Se suman al conjunto de los comunicadores sociales que afirman que el drama del capitalismo periférico es un problema de retraso tecnológico. La falta de historicidad en los análisis y la ausencia de los conceptos teóricos adecuados es lo que no les permite visualizar la articulación, vía valorización del capital, entre los procesos que están técnicamente más desarrollados con otros que permanecen por largo tiempo poco o muy poco desarrollados. Se puede ver, cuando se pone de por medio los intereses del capital, que hay una relación precisa entre desarrollo y no

- desarrollo, entre diferentes formas de producción al interior de las economías capitalistas altamente desarrolladas. También hay una relación histórica y claramente asimétrica y funcional al desarrollo capitalista mundial que explica las enormes diferencias de desarrollo técnico de las formas predominantes de producción de los países capitalistas desarrollados y los periféricos.
3. Con las afirmaciones anteriores queremos significar que la tecnología no tiene un carácter neutro. O sea que se desarrolla a los efectos de garantizar la dominación y la máxima tasa de explotación posible en el proceso de trabajo. A partir de aquí aparecen dos cuestiones que son fundamentales. La primera de ellas plantea cómo se organiza la producción de tecnología para que en el marco de su autonomía dé las respuestas a las necesidades de la dominación del capital. El segundo problema trae como pregunta cuáles son los elementos ideológicos que participan en la relación de explotación en el proceso de trabajo. Es necesario trabajar éste último problema de manera concreta porque el proceso de trabajo no es abstracto y se organiza a partir de patrones y trabajadores que ya poseen una ideología y una cultura históricamente dada. La relación de explotación en el proceso de trabajo está mediada ideológica y culturalmente y esto constituye el marco de condiciones en el que se incorporan las tecnologías productivas. Los puntos siguientes girarán en torno a estas preguntas.
 4. Hoy está constituido un proceso de producción de conocimiento científico-tecnológico que no apareció de una vez para siempre, sino que también es la expresión de una conformación histórica de un área de trabajo con autonomía relativa. Sólo podemos destacar en este trabajo que durante la Segunda Guerra Mundial y en la postguerra es cuando se produce su mayor expansión. Esto muestra la relación que tiene con la producción de armamentos y demás insumos militares. Fue durante ésta guerra donde aparece el uso en gran escala de conocimiento científico-tecnológico y tuvo y tiene como principal fuente de promoción y financiamiento al Estado. Este en la actualidad financia buena parte de la investigación básica y, aunque sus resultados no se puedan aplicar directamente a la producción, sabemos que a largo plazo son indispensables. Esto explica el secreto y la fuerte competencia de ciertas investigaciones básicas. Las instituciones científicas emergentes de los últimos cuarenta años se pueden clasificar (desde la perspectiva del tipo de conocimiento que producen) como de investigación básica, investigación aplicada e investigación tecnológica. El Estado comparte el financiamiento y la infraestructura de la investigación aplicada con el sector privado. La mayoría de la investigación tecnológica pensada para ser incorporada a la producción está financiada y promovida desde el sector privado. Desde el punto de vista organizativo es necesario visualizar el creciente formato empresarial que va adquiriendo la gestión de las instituciones científico-tecnológicas y que es altamente funcional para garantizar las necesidades globales del proceso de valorización del capital y del Estado. En la medida en que las instituciones científico-tecnológicas se convierten en estructuras empresarias, en que sus productos se mercantilizan,

se generan mecanismos que articulan la demanda con las políticas de Estado (incluida las direcciones de financiamiento) y de esta manera determinan las estrategias científico-tecnológico globales. En el caso de los países capitalistas periféricos y en especial, América Latina, este proceso estuvo mediado por la dependencia cultural que se desarrolló a través de las características particulares que tomó la incorporación de cada uno de ellos al capitalismo mundial. La articulación de los procesos de trabajo y la producción científico-tecnológica mediada por la valoración del capital local puede ser absolutamente insuficiente como instrumento de análisis en los países periféricos si no se incorpora la forma particular que adquirió la dependencia cultural en cada uno de los mismos como resultado de su incorporación al capitalismo mundial. El análisis se enriquece a partir de visualizar las características específicas de la dependencia cultural que operan como mediadoras del desarrollo científico-tecnológico de estos países. En el desarrollo de estos dos últimos puntos hemos trabajado en torno a la primera pregunta del punto tres, pero esto siempre ha estado envuelto de presupuestos que giran en torno a la segunda pregunta. Veamos ésto en los siguientes puntos.

5. A la hora de analizar mediaciones ideológicas de la relación de clase en el proceso de trabajo es importante tener en cuenta varios elementos. Entre ellos se destaca con particular importancia la concepción ideológica hegemónica del trabajo y del trabajador en el modo de producción capitalista y que forma parte del saber instrumental que las patronales utilizan a la hora de organizar el proceso de trabajo. Esta concepción ideológica se construye históricamente y expresa las formas ideológicas con que las clases dominantes dan respuestas a la confrontación con los trabajadores a la hora de la explotación. Desde la jactancia de Henry Ford de que los trabajadores de su fábrica no necesitan ningún saber para poder realizar el trabajo al actual trabajador involucrado, hay una distancia ideológica y cultural bastante grande que se puede comprender en términos históricos. Para el trabajador de la fábrica de Ford la disciplina y la subordinación era un elemento central. Para el trabajador involucrado actual la disciplina y la subordinación está encuadrada en un marco ideológico más amplio, donde está el reconocimiento a cierta individualidad del mismo desde la cual se considera que puede aportar. En ambos casos uno de los elementos claves para la conformación de las condiciones ideológicas del proceso de trabajo es la educación y no solamente por el moldeamiento de una determinada actitud ética sino también por el tipo de saberes que deben estar involucrados en la enseñanza, por la forma ideológica en que se encuentran “empaquetados” y que a su vez condiciona el proceso didáctico. Por otro lado desde la burguesía no se ha renunciado al trabajo abstracto ni a la consideración de la fuerza de trabajo como mercancía cuyos diferentes precios deben ser comparables. Los trabajadores aparecen como una heterogeneidad de variaciones cuantitativas y no como una diversidad social y cultural que permite reconocer su individualidad y su situación histórico-concreta. Esto último es conveniente resaltarlo porque los teóricos del “fin del trabajo”, de la “sociedad post-industrial” y

de la “sociedad del conocimiento” nos informan de un proceso de desarrollo creciente de la individualidad a partir del desarrollo del conocimiento científico-tecnológico y su incorporación a los procesos productivos. Este análisis no tiene en cuenta que este proceso de incorporación tecnológica está determinado por las necesidades de la valoración del capital en el proceso de trabajo y que los saberes necesarios al mismo tienen un “empaquetamiento ideológico” que opera a la hora de su aprendizaje y también de su instrumentación. El camino de la liberación de la enajenación economista a la que nos somete el modo de producción capitalista exige la comprensión de la evolución histórica de sus diferentes articulaciones y en particular el papel jugado por el desarrollo científico-tecnológico contemporáneo. Es justamente a la inversa del optimismo iluminista de los que creen en el fin del trabajo. Mientras la burguesía siga organizando la producción la enajenación seguirá estando presente.

6. En la actualidad, por la vía de la valorización del capital, los procesos de trabajo presentan altos grados de articulación, tanto al interior de las economías desarrolladas como entre estas y las economías periféricas. Son muchas las investigaciones que muestran la creciente articulación de las economías periféricas con las desarrolladas (muchas vienen del paradigma de la economía-mundo, cuyo punto de partida es ver al capitalismo como un sistema mundial constituido históricamente) y de esta manera la mundialización financiera no es solamente circulación de monetario sino también de plusvalía. Esto presupone un precio de la fuerza de trabajo. Esta articulación de los procesos de trabajo incluye una vastísima heterogeneidad de desarrollos técnicos y de modalidades organizativas que van desde las formas más salvajes de explotación características del siglo pasado, pasando por la forma fordista hasta las más actuales del trabajador involucrado. Este vasto universo de trabajadores heterogéneos (esto incluye no sólo experiencias sociales diferentes sino también nacionalidades y culturas) constituye un sistemático desafío a las necesidades de dominación ideológica, control y explotación en el proceso de trabajo. Desafío porque la conflictividad con que se manifiesta la lucha de clases en sus diferentes formas no sólo no ha disminuido sino también se ha profundizado su diversificación. Las luchas de género y las medioambientales son una expresión de esto. La burguesía se muestra incapaz de organizar un mundo para todos como lo muestran las cifras pavorosas de la exclusión social. Esto explica la necesidad que presenta el inmenso desarrollo de las instituciones de dominación ideológica, su formato empresarial creciente y el interés que despiertan como área canalizadora de inversión para el capital. La educación es hoy una de las áreas importantes de interés para el capital privado y esto tiene como uno de sus factores coadyuvantes la visualización del papel estratégico que tiene la misma en la preservación del sistema capitalista mundial.
7. La teoría del capital humano es la concepción ideológica que le permite unificar a la burguesía una visión de los trabajadores y confrontar con el resurgimiento de una visión de clase que cuestione el carácter enajenante y explotador del orden ca-

pitalista. Aspira a ser el discurso) que lleve a visualizar a los trabajadores como individualidades poseedoras de un determinado capital.

El núcleo central de ésta concepción es que cada individuo de la sociedad puede ser pensado como poseedor de un capital (sea éste material o cultural). Esto implica generalizar la noción de capital desde la posesión de bienes materiales que generan rentas a la de bienes culturales. Esto se hace posible porque el precio asignado a estos bienes está relacionado con la renta que generan. Como se ve esta es una definición monetaria del capital y convierte al dinero y al mercado en un absoluto teórico no explicado históricamente. Muy lejos está de la definición que ve al capital como una relación social central de la sociedad que le permite a una clase organizar la producción con el fin de apropiarse del excedente producido por los trabajadores. Con la definición monetarista del capital dada más arriba un médico, por ejemplo, tiene un capital con su saber, con su nombre y prestigio) y el valor del mismo está en relación con la renta promedio que obtiene. Otro ejemplo es el de un trabajador que terminó la escuela media, tiene un capital humano mayor que el de un trabajador analfabeto porque su renta es mayor (esto en término de promedio). Como es natural esta teoría afirma que la valoración de los saberes termina dando en el mercado y por ello ven explicable que haya profesionales que tengan baja renta, es así porque sus saberes no tienen suficiente interés en el mercado. Esta concepción ideológica ha venido impulsando en los últimos veinte años, en el marco de la ideología neoliberal, la privatización de la educación dado que la comunicación de saberes está en el centro de la misma y éstos están sometidos a un proceso de mercantilización creciente. Una consecuencia de esto es que tanto el trabajador como los demás sectores sociales se capitalizan en el mercado educativo. Esto es coherente con la idea de que el mercado es el organizador natural del orden social. Para las clases dominantes una de las virtudes de esta teoría es que explica la desocupación por la inadaptación al mercado de trabajo y por la incapacidad para la competencia. También dice que uno de los factores principales del retraso del desarrollo capitalista de los países periféricos es su falta de educación y desarrollo tecnológico en relación con las economías desarrolladas. Aquí se produce un proceso de convergencia con la concepción del desarrollo científico-tecnológico como un proceso independiente, ligado fundamentalmente al avance del conocimiento y desvinculado de los procesos de valorización del capital existente y de las necesidades políticas y militares de los estados capitalistas desarrollados. Para profundizar su desarrollo proponen su transformación institucional en estructura empresaria. Este esquema conceptual visualiza en la relación de ciencia y tecnología un papel determinante para la ciencia. Esto vuelve al conocimiento y a la educación en elementos principales para lograr procesos de trabajo tecnológicamente desarrollados. Siguiendo en este esquema conceptual el desarrollo tecnológico pasa a depender causalmente del conocimiento científico y la educación. Con estas teorías del capital humano y de la independencia del desarrollo científico-tecnológico los

- organismos financieros internacionales (F.M.I., Banco Mundial) aconsejan y financian a los países del capitalismo periférico las prioridades de la educación y el desarrollo de la economía de mercado como camino para superar la brecha tecnológica. Como se ve por lo recién expuesto lo que era consecuencia (la ampliación de la brecha tecnológica) de las políticas expoliadoras de las economías capitalistas desarrolladas se ha convertido en una causa de nuestro retraso social.
8. En la concepción ideológica de los procesos de trabajo que desarrolla la burguesía éstos no tienen el carácter de tales, sino que aparecen como una “caja negra” cuya dinámica tratan de conocer a través de elementos conceptuales externos y con diferentes técnicas de investigación provenientes del análisis multivariado. El punto común de éstas es ocultar el proceso de valorización del capital a través de la explotación. El trabajo aparece asociado fundamentalmente al empleo y luego a la relación contractual y a la compra de la fuerza de trabajo. Desaparece el proceso productivo y con ello la explotación. Desde esta perspectiva es que adquieren fuerza las diferentes leyes de flexibilización laboral, el desarrollo del mercado de trabajo, el papel del saber en el trabajador y la necesidad de que este se apropie de las concepciones ideológicas de la burguesía expresadas más arriba. El mercado de trabajo es pensado como parte de un gran mercado general y el trabajador como un oferente en el mismo con una determinada capacidad competitiva que en la actualidad, afirman, depende de su saber. La constitución de este mercado y de todas las condiciones jurídicas, ideológicas, culturales y represivas para el desarrollo del mismo son parte de las tareas asignadas al Estado a través de las diferentes formas discursivas de la actual ideología neoliberal. Este hecho constituye la forma histórica y concreta de la relación entre la organización de los procesos de trabajo, en tanto valorización del capital, y la política en tanto acción de las clases dominantes para el desarrollo y control de las condiciones políticas (jurídicas, ideológicas, culturales y represivas) que garanticen el proceso de explotación en los mismos. Podemos decir que la relación entre trabajo y política en el capitalismo actual es el papel que asume la política de la burguesía a través del aparato del estado para garantizar las condiciones para la explotación en los procesos de trabajo. Para terminar este punto es necesario observar que los conceptos de trabajo y política tienen un sentido que se adecúa al marco teórico e ideológico que los contiene.
 9. Hemos señalado a la educación como uno de los procesos ideológicos claves que en la actualidad contribuyen a la constitución de las condiciones políticas necesarias para que fueran posibles los procesos de explotación en el trabajo. Esta funcionalidad creciente la ubicamos en el plano más general de contribuir a la homogeneidad necesaria de una clase trabajadora muy diversificada tanto en su historia cultural como en sus saberes técnicos. En esto incluimos la voluntad moral para ser un trabajador salvajemente explotado como las competencias necesarias para estar involucrado en los procesos de trabajo tecnológicamente desarrollados. Esta funcionalidad de la educación se viene construyendo en el marco

de un proceso creciente de división del trabajo transformando el papel que vino cumpliendo la misma en una etapa previa a la actual. Esta nueva funcionalidad de la educación se viene desarrollando a través de mecanismos globales, donde el Estado es uno de los más importantes, que presiona en la dirección del formato empresarial de las instituciones educativas. Es aquí donde el proceso de mercantilización del saber se convierte en condición de posibilidad. Este formato empresarial convierte a los mecanismos de mercado, en articulación con las políticas educativas, en los determinantes principales de las orientaciones de los procesos educativos. En este formato empresarial la mayoría de sus trabajadores son compelidos a una relación de venta de fuerza de trabajo y a partir de allí sus derechos al protagonismo quedan absolutamente limitados. No existe la libertad de cátedra ni ninguna posibilidad de impulsar orientaciones conceptuales que no sean avaladas por la dirección patronal. Con el contrato laboral flexible esta fuerza impositiva de las direcciones institucionales es mucho mayor aún.

10. A lo largo de la historia del capitalismo mundial, cuya dinámica estuvo y está signada por las luchas de los trabajadores y de los pueblos periféricos, se han ido expresando articulaciones entre las luchas sociales y las fuerzas políticas que contribuyen a visualizar el papel de la política en la dominación social y a unificar acciones en torno una transformación radical de la sociedad en la dirección de un mundo diferente, superior y que deje atrás el orden capitalista. Como producto de estas articulaciones surgió la Unión Soviética, los procesos nacionalistas del Tercer Mundo y el Estado de Bienestar, cuya crisis mostró su incapacidad para derrotar al orden capitalista y permitió la contraofensiva neoliberal actual. Estas articulaciones entre trabajo y política apuntan a volver transparente la explotación en los procesos de trabajo y a los pueblos de las naciones periféricas por las desarrolladas y el papel de garantía que cumple la política a través de los Estados. Además llevan en germen conceptos de trabajo y política diferentes y sus modos de articulación nuevos sólo es posible desarrollarlos en un orden social diferente, basado fundamentalmente en la solidaridad y el conocimiento.

EL CAPITALISMO ACTUAL YA NI SIQUIERA HACE PROMESAS

Fernando Martínez Heredia

Docente de la Universidad Nacional de La Habana, Cuba

En Cuba, mi país, ha tenido la oportunidad de vivir un proceso de transformación social muy profundo. En días próximos hará 40 años que se reunían cientos de delegados de los trabajadores cubanos en el territorio liberado, en plena guerra revolucionaria –los últimos llegaron bajo un bombardeo– en un verdadero congreso obrero, a discutir cómo hacer eficaz su presencia en el proceso armado, y cómo prepararse para el gran acontecimiento que vendría: la expropiación de los expropiadores, por primera vez en América.

Soy un trabajador más de la Cuba socialista, un país latinoamericano en el que no estamos dispuestos a convertir la economía en un ídolo al que se le hacen todos los sacrificios, en el que no pretendemos “ser eficientes como los japoneses” a costa de los trabajadores y el pueblo, sino a hacer que la economía sea uno de los agentes en la lucha de las personas y la sociedad por alcanzar la felicidad. He vivido y he estudiado el proceso cubano, pero hoy estoy aquí como estudioso de América Latina.

Hace ya cuatro años, en Salvador de Bahía, participé en otra mesa inaugural, la del Encuentro Internacional “El futuro del trabajo”. Intelectuales, sindicalistas y políticos ofrecían allí reflexiones y conocimientos profundos sobre la situación y los problemas de los trabajadores y del desempleo, y ofrecían a la vez las peores predicciones acerca de la situación de las mayorías del continente. Hoy estamos aproximadamente en igual circunstancia. Esto me lleva a dos constataciones: los oprimidos y explotados del mundo poseemos en la actualidad una cultura política superior, que nos permite conocer las situaciones y buscar lo esencial, que nos hace un poco más libres y más capaces; pero la miseria y el desamparo de las mayorías, y el dominio del gran capitalismo, parecen crecientes e inexorables.

La economista británica Joan Robinson reclamaba a los marxistas hace medio siglo que se preocuparan no sólo por los que eran explotados, sino también por aque-

llos que no obtenían la oportunidad de ser explotados. Hoy a nadie se le ocurriría ese reproche: el desempleo dejó de ser cíclico hace mucho tiempo, y sus avances son firmes e irreversibles. Pertenece a la naturaleza del capitalismo actual, cuya tendencia dominante es la transnacionalización y el dominio del dinero parasitario. Ante esa tendencia, resulta sobrante una parte apreciable de la población mundial. La explotación de los trabajadores sigue siendo esencial para el capitalismo, sin embargo, eso no le da especial fuerza a las demandas y organizaciones de los trabajadores. La parte del ingreso nacional que reciben se ha reducido enormemente en todas partes, en el curso de la última generación.

Disminuidos en su número y en sus derechos, en su capacidad de presionar y de negociar, y hasta en sus identidades, a los trabajadores asalariados se les exigen renuncias y sometimientos; detrás de ellos está una nube de “informales”, toda una gama de sombras en desestructuración, y el plano inclinado de la miseria. Se trata de convertir en algo normal la pérdida del derecho al trabajo, de resignificar la desocupación como sinónimo de fracaso individual, de atribuirle una culpa en la supuesta carrera en que todos compiten y triunfan solamente los eficaces.

El capitalismo mundial necesita mantener su hegemonía. En su favor ha conseguido combinar la existencia de una tremenda brecha creciente entre los países centrales del sistema y la mayoría miserable, depredada, explotada y sin oportunidades del planeta, por una parte; con la presencia en todos los países de cierto número de procesos, relaciones e instituciones que son típicos del capitalismo desarrollado. El consumo de sus valores y sus productos culturales en todo el mundo es un arma principal en la guerra cultural mundial por la hegemonía, en la que el triunfo exige lograr que los individuos sujeten su vida cotidiana y sus ideales a la manera de vivir que el capitalismo propone; la ciudadanía se mencione mucho pero se ejercite muy poco realmente, y la “modernización” sea igual a mayor sujeción.

La tendencia general más fuerte es a adecuarse a los designios de ese capitalismo central, que se están imponiendo en los más disímiles terrenos. El PNUD da fría cuenta de la mundialización de la miseria: 1.300 millones de personas viven por debajo del umbral de pobreza absoluta. Mientras, la televisión nos mantiene informados al detalle de la vida privada del presidente de los Estados Unidos. Quizá la mayor victoria del capitalismo actual está en el recorte radical de lo que se considera posible, en el modo como se ha extendido la creencia en que no es posible cambiar en nada esencial el sistema vigente.

En América Latina este camino se anduvo en general a través de sistemáticas imposiciones y de represiones que en varios lugares llegaron al genocidio. Después vino el predominio de gobiernos civiles que, sin cambiar la continuidad del Estado y de la dominación en ningún aspecto esencial, garantizan la alternancia en el gobierno de partidos del sistema y el funcionamiento de la institucionalidad. Las promesas de la democracia de los 80 sólo han sido cumplidas en esos dos terrenos; mientras, un cálculo moderado cifró en 60 millones los “nuevos pobres” (así llaman a los que perdieron el acceso a vivienda, educación y salud) sumados en los 80 a los “viejos”. La

marginación y la llamada exclusión están tan extendidos hoy –y siguen creciendo tanto- que amenazan convertirse en algo natural. Pero la miseria no ha logrado constituirse en asunto de la política de partidos, y los programas políticos para opción de gobierno tienen demasiado en cuenta las camisas de fuerza fijadas por la organización económica dominante y su ideología, por lo que no se diferencian mucho entre sí.

Llegamos a una cuestión básica: la capacidad política de las clases subalternas para presionar, luchar, negociar a favor de sus intereses es en general mínima. En otras palabras, se ha logrado reducir mucho el nivel de las luchas de clases, desarticular o mediatizar la mayoría de las expresiones organizadas que podrían avivarlas o conducirlos, trivializar las protestas y exorcizar las rebeldías. Se habla muy poco de esta formidable carta marcada en poder de los que dominan, y demasiado de “lo económico”: la “inevitable globalización”, las virtudes y defectos del neoliberalismo, los “ajustes”, las “desregularizaciones”, la “flexibilización del trabajo”, la competitividad, etcétera. La dominación se disimula así entre abstracciones y un grosero determinismo económico.

Para el mundo del trabajo la miseria sería entonces el marco, y el riesgo de caer en ella. Esto lo debilita, lo arriesga a su vez a hacer concesiones sucesivas y crecientes, a quedar además aislado o descolocado: los “de arriba” parecen “concederle” algo que en realidad es suyo, es lo que conservan después de tanto trabajo y tantas luchas; los “de abajo” quedan separados como náufragos, excluidos, y desde esa posición no pueden sentirse cerca de ellos.

El capitalismo parece triunfante, pero ya carece de razones para mostrarse triunfalista. Logró universalizar sus instituciones y su tipo de individualización egoísta de las personas. Pero en vez de hacer realidad el ideal individualista, ha excluido a una gran parte de la gente en todo el mundo de la vida como personas. La libertad que prometió fue convertida en liberalismo, que ha llevado a las mayorías a la indefensión social y la impotencia política, y a la indigencia material y espiritual. La idea profundamente errónea de que el hombre estaba destinado a la conquista de la naturaleza no ha podido ser rectificadas, ni siquiera cuando es obvio que el planeta está en peligro. Y todo esto se debe a que la ganancia es el motor y el horizonte del sistema. El capitalismo está enredado en el desarrollo de su propia naturaleza. Esa contradicción insoluble corroe cada vez más sus capacidades, antes maravillosas, de renovar sus instituciones y sus propuestas. La promesa socialista no ha podido ser cumplida, pero el capitalismo actual ya ni siquiera hace promesas.

Sin embargo, no son solamente las dificultades de los dominantes lo que podría facilitar la emergencia exitosa de una política popular. Existe una inmensa cultura acumulada de rebeldías en América Latina, constituida por comportamientos, ideas, organizaciones y sentimientos resultantes de historias de resistencias, de luchas sociales y de experiencias políticas. En nuestro continente, las identidades están muy relacionadas con esas resistencias, luchas y experiencias. Es una tarea sumamente importante rescatar esa acumulación cultural, esa memoria histórica y esos saberes de rebeldía que contrarrestan la memoria y los saberes de subordinación que tanto marcan la historia y el comportamiento de los oprimidos.

Existen expresiones importantes de actividad de signo opuesto al sistema, que hay que identificar y potenciar. Entre ellas están los que protestan, los que piensan la situación sin someterse a ella, los que se organizan. Están los sindicatos combativos, que sí existen. Basta de sumarle fuerzas a los que necesitan que no nos apreciemos, para desmoralizarnos. Debemos estar orgullosos de lo que sí somos y tenemos, de nuestras ideas y organizaciones de lucha, de los viejos y nuevos movimientos sociales que defienden sus identidades y sus reivindicaciones. Organizaciones y cultura acumulada de rebeldías pueden potenciar su alcance al relacionarse con luchas más generales, por ejemplo, contra casos de corrupción, a favor de gobiernos locales orientados a la gestión honesta y la defensa de los intereses ciudadanos, o en actividades políticas de partidos de orientación popular. Las expresiones actuales podrían de esta manera ponerse en el camino de crecer, y de lograr coordinaciones entre los oprimidos, la elaboración de estrategias, la autoconfianza en las fuerzas propias, la comprensión de las posibilidades y los límites de un entorno institucional y unas reglas de juego fijadas por otros; y la capacidad de elaborar proyectos propios.

Es cierto que el desencanto o la negativa a pertenecer a partidos políticos es muy común entre la gente, y afecta a millones de jóvenes. Pero es muy probable que no sea por desinterés de ellos, sino porque tienen cierta conciencia de que la política está obligada a renovarse profundamente para volverse creíble y digna de conducirlos. La política opuesta al sistema vigente que pretenda ser viable y eficaz tendrá que intentar el cambio social y de las personas desde las condicionantes culturales existentes y actuar mediante una lucha cultural de estrategia anticapitalista, en la cual esté inscrita lo inmediatamente político. Librar una lucha cultural que también permita cambiar profundamente los instrumentos políticos, las ideas y las maneras de actuar de los que están opuestos al sistema o albergan rebeldías.

Las luchas de los trabajadores y la lucha por el trabajo encontrarán en esa lucha cultural su inserción y su fuerza. No habrá anticapitalismo triunfante sin el protagonismo de esas luchas, como no es concebible una nueva sociedad sin nuevas relaciones ante el trabajo.

IV. ¿DE LA CIVILIZACIÓN DEL TRABAJO A LA SOCIEDAD DEL FIN DEL TRABAJO?

OBSERVACIONES SOBRE LA RELACION ENTRE SALARIO Y EMPLEO

Hugo Nochteff

*Investigador del CONICET
Investigador Principal del Area de Economía
y Tecnología de FLACSO-Sede Argentina*

En unos párrafos trataré de recorrer casi 180 años de teoría e historia económica, con referencia a la relación entre salario y empleo. Ello implica una estilización extrema, y más que exponer el tema trataré de llamar la atención sobre algunas cuestiones.

Aclaro que no creo que haya una relación lineal y determinística entre historia y teoría económica, aunque sí –parafraseando una proposición clásica– que los hombres pueden decidir libremente lo que piensan, pero no las condiciones desde las cuales piensan. Además, que las formas de consagración y difusión del pensamiento económico sí están en gran medida determinadas por la historia económica y –siguiendo a John Stuart Mill– por los intereses y sentimientos de la clase dominante.

La historia del capitalismo como sistema dinámico puede iniciarse en 1820 (no por pura coincidencia, el año de la publicación de los Principios de Economía Política y Tributación de David Ricardo). Esa historia –simplificando de manera extrema– puede dividirse en tres períodos: el del capitalismo del siglo XIX, cuyo dinamismo llega hasta 1914 (su etapa más dinámica es la que va desde 1870 a 1913); el de la “edad de oro”, el más dinámico de todos, que va desde aproximadamente 1950 hasta en torno de 1973; y el actual.

Las teorías *predominantes* sobre la relación entre salario y empleo sostuvieron (básicamente y en términos generales):

- ≠ durante el primer período, y hasta en torno de mediados de los treinta, que a *mayor salario menos empleo*.
- ≠ desde los treinta, y durante toda la “edad de oro”, que a *mayor salario más empleo*.
- ≠ desde el fin de la “edad de oro”, como durante el primer período, que a *mayor salario menos empleo*.

De las teorías en el primer período, me referiré brevemente a la neoclásica, tanto porque es la más completa e internamente consistente como porque recoge gran parte de las anteriores. Para los neoclásicos el salario, tratado como precio del trabajo, tenía un sólo punto de equilibrio, en el cual, como en cualquier otro mercado, la oferta y la demanda de trabajo se igualaban. A ese salario de equilibrio no existía desempleo (salvo por lo que se llama empleo friccional, que no es otra cosa que el tiempo en el que alguien está desempleado porque dejó un trabajo y está buscando otro). Bajo el supuesto de rendimientos marginales decrecientes (es decir, que cada unidad de trabajo que se agrega produce menos que la unidad anterior), si en cualquier punto de esta curva de rendimientos decrecientes (o sea, costos crecientes) el salario que piden los trabajadores es mayor que el producto que genera la unidad de trabajo que agregan, el empresario no tomará trabajadores.

De todo ello se sigue lógicamente que: si en algún momento hay desempleo ello se debe a que los trabajadores están exigiendo un salario superior al de equilibrio (el que iguala la demanda y la oferta de trabajo). Y, también lógicamente, que para que el empleo aumente los salarios exigidos deben bajar. Si bajan hasta el salario de equilibrio, el desempleo desaparece. La pregunta es: por qué los trabajadores podrían pretender un salario al cual no pueden encontrar empleo? La respuesta neoclásica puede sintetizarse en las siguientes partes: a) en competencia perfecta los precios (y el salario es un precio) siempre llegan automáticamente al punto de equilibrio que iguala la oferta y la demanda; b) si ello no se produce es porque el mercado es imperfecto, por ejemplo, por la existencia de monopolios; c) los trabajadores son libres de elegir entre trabajar y no trabajar (vivir de rentas, digamos); d) luego cuando deciden no trabajar al salario de equilibrio es debido a la obstinación o la ignorancia humana pero, fundamentalmente, debido a que existe un monopolio que mantiene los precios del trabajo (los salarios) por encima de los salarios de equilibrio del mercado de competencia perfecta. Ergo: he aquí el *demonio* que produce el desempleo: los sindicatos, que no son otra cosa que monopolios en el mercado de trabajo, y que perjudican tanto a los empresarios como a los trabajadores. Cuál es la solución? Obviamente: suprimir a esos monopolios y a cualquier legislación que trabe el mercado de trabajo. Así los salarios bajarán, y el empleo aumentará, automáticamente, a través del libre funcionamiento del mercado de competencia perfecta, hasta que el desempleo desaparezca. Que nadie crea que este razonamiento es de museo: éste es el razonamiento del equipo económico hoy y en la Argentina, expresado de manera impecablemente académica por la Dra. Carota Pessino.

Algunas observaciones sobre la economía de ese primer período, en el que predominaron las teorías que, como la neoclásica, sostenían que a *mayor salario, menos empleo*.

En primer lugar, el capitalismo era un modo de producción que crecía en medio de una sociedad no enteramente capitalista. Era por decirlo así, el más dinámico y –progresivamente– el que ocupaba más espacios económicos pero, durante buena parte del período, no el que ocupaba el mayor espacio económico. En segundo lugar,

la principal fuente de demanda de las economías capitalistas centrales eran las exportaciones, más que la inversión y mucho más que el consumo. En tercer lugar, el consumo de los asalariados era creciente pero poco importante para la reproducción ampliada del capital. Estos rasgos definían dos características centrales de los mercados en el período. Por una parte, la oferta de trabajadores a salarios muy bajos era prácticamente infinita, porque alimentada por la expulsión –a través de la coacción económica y extraeconómica, como las leyes que no dejaban otra salida que ofrecerse en las fábricas capitalistas– desde los espacios económicos, digamos, precapitalistas y hacia el espacio económico capitalista. Por otro lado, la demanda –y en consecuencia la reproducción ampliada del capital– no dependía de los salarios, sino de las exportaciones y, en parte, del consumo de los mismos capitalistas y de los no capitalistas que habían atesorado en los espacios económicos “precapitalistas” incluyendo a aquellos que, como los terratenientes o los rentistas, seguían aumentando sus ingresos. En consecuencia, de que *a mayores salarios menos empleo* era, por decirlo así, funcional al capitalismo del siglo XIX, porque *los salarios eran un costo pero no eran un factor importante de la demanda*.

Entre 1914 y fines de la II Guerra Mundial, pasando por la Gran Depresión, la situación cambió profundamente. El capitalismo ya había ocupado los espacios económicos precapitalistas en los países centrales. El sistema de equilibrio europeo que rigió desde 1815 (o sea desde el principio de la historia del capitalismo como sistema dinámico) se había roto con la Gran Guerra. El sistema de comercio internacional basado en el patrón oro se había derrumbado, y las exportaciones eran cada vez menos importantes como factor de demanda. Las luchas obreras y la consolidación de los sindicatos y los partidos políticos vinculados a ellos habían conseguido, en un período de gran aumento de la productividad como el de 1870-1914, fuertes aumentos de los salarios –frenados sólo por las recesiones típicas del período–. El poder sindical y el proceso iniciado con la Revolución de Octubre eran, a la vez, una amenaza a, y un factor equilibrante del, poder de los capitalistas. El consumo de los asalariados se había transformado en una de las fuentes principales de la demanda (y, en esa medida, de la reproducción ampliada del capital). *Los salarios seguían siendo un costo pero ahora también eran un factor decisivo de la demanda*.

En ese período de transición entre el capitalismo del siglo XIX y la “edad de oro” avanzaron las teorías que planteaban, de una u otra manera, que *a mayor salario más empleo*. Michal Kalecki en Polonia y luego en Cambridge, Gunnar Myrdal en Noruega, John Maynard Keynes en Cambridge, que se convertiría casi en el símbolo y el nombre de la “edad de oro” plantearon, básicamente, que el desempleo no se debía a que los salarios pretendidos estaban por encima del salario de equilibrio, sino a que *la demanda era insuficiente y no se recuperaba de modo automático*. Este planteo invertía todas las relaciones de la teoría del empleo. Si la demanda efectiva era insuficiente para llegar al pleno empleo y no se recuperaba automáticamente, *la caída de los salarios disminuiría aún más la demanda y aumentaría el desempleo y la elevación de los salarios no sólo no aumentaría el desempleo sino que lo reduciría, a tra-*

vés del aumento de la demanda. El pleno empleo sólo se lograría interviniendo en los mercados para elevar la demanda y no retirando toda interferencia en los mercados para que se restableciera el equilibrio.

Estas fueron las teorías (y políticas) que predominaron durante toda la “edad de oro” 1950-1973. Durante la misma, a favor de políticas anticíclicas de elevación de la demanda y del empleo, combinadas con las condiciones políticas, tecnológicas y económicas de la postguerra, el capitalismo –con diferencias según países y regiones– mantuvo las tasas más altas de crecimiento, de aumento de la productividad y de los salarios, y las tasas más bajas de desocupación, de su historia.

Hacia fines de los sesenta ese dinamismo comenzó a decaer, y en 1973 se detuvo. La tasa de ganancia se redujo progresivamente, en un contexto de caída de los aumentos de la productividad –debida en buena medida al agotamiento del patrón tecnológico–, de aumento o mantenimiento de los salarios, y de aumento de los precios de las materias primas –causado por los altos niveles de demanda mundial, por el aumento de los salarios en los países semiindustrializados y por el propio patrón tecnológico.

Los rasgos principales de la etapa que siguió a la “edad de oro”, han sido: el aumento de la tasa de ganancia combinada con la caída de las tasas de crecimiento y de inversión; la distribución crecientemente regresiva del ingreso; la profundización de las recesiones; el enorme aumento del desempleo y de la pobreza, la fuerte diferenciación y segmentación de la demanda según clases sociales y, asociado a ello, el hecho de que la demanda de los ricos se vaya transformando en el grueso de la demanda que permite la realización capitalista. El fenómeno más notable es el aumento espectacular de la relación entre el capital financiero –sobre todo en la forma de sofisticadas y riesgosas apuestas a futuro–, por una parte, y la inversión fija, el producto y el comercio mundiales, por la otra. Debido a la desregulación de los mercados financieros y al cambio tecnológico, esta enorme masa de “capital ficticio” tiene una movilidad internacional prácticamente sin límites, que además se produce a una velocidad desconocida en la historia. Ello ha conducido a que se acentúen la inestabilidad y los ciclos económicos.

La teoría económica que predominó desde el fin de la edad de oro partió de la restauración y profundización de la ortodoxia neoclásica y de la crítica a las políticas económicas de la “edad de oro”. Algunos de los argumentos centrales de la “nueva ortodoxia” son: las políticas anticíclicas habrían mantenido tasas de desempleo excesivamente bajas, mucho más bajas de lo que la “nueva ortodoxia” denomina “tasa natural de desempleo”. Ello habría elevado los salarios por encima de las condiciones de equilibrio, desalentando la inversión y alimentando la inflación. El nivel de impuestos a los ricos habría contribuido fuertemente a reducir la inversión, y había sido impulsado por altísimos niveles de gasto público, derivados de un Estado sobredimensionado, intervencionista y distribucionista y del gasto asociado a las políticas anticíclicas orientadas a mantener el pleno empleo. Además, la rigidez de los mercados de trabajo, debida a la sobrerregulación, habría impedido a las firmas adaptarse a los ciclos económicos y al cambio tecnológico.

Me interesa enfatizar los argumentos de la “nueva ortodoxia”, que predomina desde aproximadamente 1973, sobre el empleo y los salarios. Tomaré tres teorías convergentes. La primera acepta que cuando se impulsa una política anticíclica baja el desempleo, suben los salarios y se elevan los precios, aunque menos que los salarios. Pero, afirma, a medida que estas políticas se repiten, los sindicatos, crecientemente fortalecidos, comienzan a pedir aumentos de salarios que incluyen (adelantados) los aumentos de precios que saben que van a ocurrir. A medida que esto se repite, los salarios crecen hasta un punto en que desalientan la inversión e impulsan la inflación. Finalmente ello lleva a que, por falta de crecimiento, aumente el desempleo hasta llegar a la “tasa natural de desempleo” en la cual el salario es de equilibrio, o a una aún mayor. Si la tasa de desempleo hubiese sido más alta –“natural”– desde el principio, todo el problema se habría evitado. Esta tasa se elevó por encima de la “natural” por la presión de los sindicatos, las concesiones demagógicas de los gobiernos, y sus políticas anticíclicas, que elevaron a los salarios por encima del equilibrio. Luego, si se desarticula al, otra vez, como antes de la “edad de oro” *demonio* sindical, y se eliminan las intervenciones anticíclicas, los salarios serán menores, el desempleo bajará, y se restaurará el crecimiento y la estabilidad monetaria. Como en el capitalismo del siglo XIX, la teoría predominante sostiene que a *mayor salario, menos empleo. Otra teoría es la conocida como “de los contratos”*: el peso creciente de los sindicatos –los monopolios del mercado de trabajo– lleva a legislaciones y sistemas contractuales que impiden el funcionamiento perfecto del mercado de trabajo, rigidizándolo hasta el punto en el que las empresas no pueden adaptarse a los ciclos económicos, los cambios en los mercados y las transformaciones tecnológicas. Ante ello, los empresarios se abstienen de invertir y de emplear más trabajadores. Ergo: el demonio sindical perjudica a los empresarios y a los trabajadores. Una tercera teoría es la del “insider/outsider” (el que está adentro/el que está afuera). Como los aportantes a los sindicatos son los empleados, y no los desempleados, los sindicatos sólo defienden a los primeros, elevando sus salarios y rigidizando los contratos para beneficiarse con los aportes de los empleados y transformándose en el garante de los contratos que los protegen. Pero ello eleva los salarios por encima de los de equilibrio, rigidiza el mercado de trabajo y consecuentemente, aumenta el desempleo. Ergo: el demonio sindical –otra vez– perjudica a los empresarios y a los trabajadores, y es el verdadero agente del desempleo.

En definitiva, en las teorías predominantes desde la “edad de oro” *el demonio es el sindicato, a mayor el salario menor empleo*, al igual que en las predominantes antes de la “edad de oro”.

Para terminar les recuerdo una cuestión y un análisis que resultó profético. La cuestión es que durante la “edad de oro” las tasas de desempleo y de aumento de los salarios fueron las más bajas y las más altas de la historia del capitalismo, respectivamente, y que durante esa época el poder de negociación de los asalariados, a través de sus sindicatos, llegó al punto más alto de esa historia. El análisis al que me referí como profético lo hizo el economista Michal Kalecki en un artículo de 1943, o sea

aún antes del inicio de la “edad de oro”. El argumento de Kalecki era que, una vez que se difundiera el conocimiento acerca de cómo evitar las recesiones a través del aumento de la demanda efectiva, la economía capitalista crecería y reduciría el desempleo. La persistencia del pleno empleo fortalecería la posición negociadora de los asalariados hasta reducir (o amenazar con reducir) la tasa de ganancia de los capitalistas –sobre todo en los períodos en que los aumentos de la productividad y el progreso técnico se hicieran más lentos–. Ello llevaría a que se *indujera de manera deliberada* una caída de la demanda para provocar una fase depresiva, aumentar la tasa de desempleo y así reducir la capacidad negociadora de los asalariados y preservar o reconstituir la tasa de ganancia. En términos de Kalecki: “*El régimen del ciclo económico político sería una restauración artificial de la situación tal como existía en el capitalismo del siglo XIX*”. Ello llevaría, sostenía Kalecki, a que la “alianza entre los capitalistas y los rentistas” encontrara economistas que afirmaran que la situación de pleno empleo es manifiestamente insana o antinatural porque en la misma el nivel de empleo está *por encima* de lo sustentable y el salario por encima del de equilibrio, a que “saneara” la economía impulsando deliberadamente la recesión. Todo indica que, cuando la situación de pleno empleo y el fortalecimiento de posición negociadora de los asalariados se había consolidado durante la “edad de oro”, la alianza de los capitalistas y los rentistas realmente pudo encontrar a esos economistas: son los de la “nueva ortodoxia” que predomina desde el fin de la “edad de oro” que sostienen que existe una “tasa natural de desempleo” (muy superior a la de la “edad de oro”) que no debe reducirse, y que recomiendan la desarticulación de los sindicatos, la desregulación, la “flexibilización”, el “saneamiento” y el abandono de las políticas anticíclicas.

TRANSFORMACIONES EN EL MUNDO DEL TRABAJO

Victorio Paulón

*Secretario General de la CTA Rosario y Sur de Santa Fe
UOM-Villa Constitución*

Quisiera referirme en estas breves reflexiones al proceso histórico que –a mi entender– condiciona y enmarca a los cambios y transformaciones que verificamos en el mundo del trabajo. Sin esta comprensión primaria, el riesgo, devendrá en generar una gran confusión en que terminaremos hablando del desempleo, de las políticas sociales de subsidio, de la flexibilización laboral sin entender a qué nos referimos y por ende nuestras políticas hacia el futuro reproducirán este pecado original.

Partiendo de lo que creo como verdad histórica: del proceso inexorable de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, vemos cómo el capitalismo de fines de los años sesenta empezaba a mostrar síntomas de agotamiento y la etapa del Estado de Bienestar, del crecimiento ilimitado, de los recursos naturales inagotables, de los pactos sociales, de las convenciones colectivas al avance, etc., reclamaba discusiones acerca de la productividad, la mayor competencia, la apertura de los mercados interiores.

En realidad fue una breve etapa, tal vez un cuarto de siglo en que el desarrollo de las fuerzas productivas a escala mundial mostró un vigoroso crecimiento, y el movimiento obrero vivió una de las etapas más importantes de conquistas sociales.

Es verdad que tamaña expansión y crecimiento se veía por el parabrisas del coche de la historia. El espejo retrovisor mostraba aún las ruinas humeantes de una Europa destruida. Los cincuenta millones de muertos que la humanidad brindó en la contienda posibilitó esta etapa de reconstrucción y crecimiento.

Paradójicamente el cielo prometido y buscado en los estados del socialismo real parecía manifestarse para los trabajadores de los países desarrollados en la tierra del capitalismo central.

Un hecho paradigmático, sucedido a principios de los setenta va a marcar un punto de inflexión y es la Crisis del Petróleo. No quiero describirla porque es por todos

harto conocida. Sus consecuencias signaron esta etapa y la estrategia del capital más concentrado, –hoy manifestado en esas formaciones llamadas “multinacionales”– toma la iniciativa y se empieza a buscar denodadamente la recomposición de la tasa de ganancia. Así aparece el neoliberalismo con Thatcher y Reagan como líderes mundiales, condicionando todos los procesos políticos que se generan –ahora sí– en este último cuarto de siglo.

Si comprendemos su esencia defensiva (lo cual no significa debilidad) entendemos por qué este modelo es tan irracional, no da respuesta a cuestiones que el sentido común las impondría, tiene un aspecto revanchista, y se manifiesta íntimamente como una disputa de poder sin límites.

La etapa de la post-guerra –fundamentalmente en los países. europeos– comprendía una fuerte voluntad social de acuerdos, de consensos en torno a la distribución del ingreso nacional. El horror de la guerra había impuesto conductas sociales diferentes; patronos, obreros y campesinos de unos países se mataban con obreros patronos y campesinos de otros. Este hecho en sí originó deudas que se manifestaron y se siguen manifestando en los principales países europeos. Los “partenaires sociales” no son expresiones figurativas sino una inmensa red de organizaciones sociales autónomas que presionan, reclaman y negocian para mantener sus espacios y sus conquistas.

Es evidente que este entramado social diferenciará el proceso europeo de lo sucedido en el resto del mundo. La primacía del capital financiero y su lógica de costo y ganancia fue relocalizando inversiones en las zonas más débiles de los países europeos (sur de Italia, Portugal, España) y fundamentalmente en el tercer mundo donde la competencia fue crecientemente hacia la mano de obra más barata y el control social más severo.

Si pudiéramos dividir el siglo en cuatro, veríamos claramente cómo los dos primeros cuartos giraron en torno a sendas guerras mundiales y los dos últimos en movimientos contradictorios, primero hacia la sociedad y luego hacia el capital. Vale esto para desmentir a quienes quieren asimilar el Neoliberalismo con el Estado de Bienestar como si fueran dos momentos diferentes de un mismo proceso: “cuando entra en crisis la política de distribución, se impone acumular para que cuando rebalse la copa naturalmente llegue a todos los beneficios”. En realidad pensamos que son los dos polos opuestos de una contradicción que la humanidad aún no ha resuelto. No es más que el escenario presente de la vieja discusión entre el artesano proletarizado con su ex colega devenido industrial: ¿“Cuánto vale mi trabajo y con cuánto te quedas por dueño del capital”?

Partiendo de esta constatación de que la actual etapa de la crisis está signada por la estrategia del capital de recomponer su tasa de ganancia, intentaremos describir cómo esta política impactó en el proceso de producción en los diferentes países o bloques y en la superestructura política.

En primer lugar vemos la aparición de las nuevas tecnologías: la informática, la robótica fueron no solamente reemplazando la vieja línea de producción donde los ritmos y la frecuencia eran controlados por el factor humano. En consecuencia, los plan-

teles de trabajadores se vieron, no solo diezmados, sino que además la misma estructura productiva verificó cambios de calidad en la organización de la producción.

La vieja organización jerárquica y autoritaria de la supervisión y el control de calidad fue cediendo paso al trabajo en equipo, a la mayor implicación y responsabilidad de los trabajadores a través de mecanismos de autocontrol del equipo, la competencia entre trabajadores de la misma empresa y la ideología de la competencia con los trabajadores de otras empresas similares que disputan en el mercado.

Esta mutación conocida en general como “proceso de reconversión industrial” nos muestra además otros aspectos no menos importantes. La llamada tercerización de los servicios auxiliares a la producción que formaban parte de las viejas implantaciones fabriles fue siendo paulatinamente concedido a empresas satélites, en algunos casos pequeñas empresas de escaso volumen de capital y en otros multinacionales especializadas en esos mismos servicios. En general lo más notable de este fenómeno pasa por la precarización de esos puestos de trabajo. Los viejos artesanos, otrora altamente calificados de montaje y mantenimiento, fueron siendo reemplazados por trabajadores contratados de menor calificación y menores salarios. Nuevamente el escenario varía de acuerdo al mundo donde lo ubicamos. En los países desarrollados, en general, donde se localizan las empresas con tecnologías de punta vemos empresas contratistas apoyadas por las firmas terminales para desarrollarlas y cautivarlas para asegurarse calidad y un “justo a tiempo” que signifique una ventaja competitiva; mientras que en los países como los nuestros son sometidas constantemente a la competencia, a la baja de costos, llegando los trabajadores al máximo de precariedad en las condiciones de trabajo el contrato y el salario.

Las viejas organizaciones sindicales, acostumbradas a la negociación centralizada, al convenio colectivo necesariamente superador del anterior, tardaron muchos años en constatar esta realidad y adaptar su estrategia para hacer eficaz la negociación dentro de este nuevo escenario.

Parecía una claudicación reconocer que el escenario de la lucha no era el de antaño. Que las condiciones de trabajo se disputan al interior de la empresa interviniendo en las inversiones y discutiendo el impacto que sobre los trabajadores tienen las implantaciones tecnológicas, negociando el aumento de la productividad en relación con el crecimiento del mismo en cada empresa y reservando para la organización central los temas más de fondo como son los salarios básicos, la jornada de trabajo, las políticas de inversión y el compromiso social de los patrones.

Es innegable que este proceso del capitalismo y su reconversión productiva ha generado un nuevo escenario de lucha y de negociación para los trabajadores y sus organizaciones sindicales. También —es necesario reiterarlo— los sindicatos caminan dos pasos por detrás de ese fenómeno y esa ventaja ha sido aprovechada por ellos para disputar ideológicamente la conciencia de los asalariados. La carrera individual dentro de la empresa, la promesa de integrarlos a la gran familia, la propaganda eficiente dentro de la firma y con sus familias, los beneficios otorgados fuera de la negociación colectiva, han ido limitando el rol de los sindicatos y los metieron en un

profundo debate –aceptado o no– acerca de su rol, de su propia organización y de la distribución del poder de decisión de manera diferente a la etapa anterior.

Si a este proceso de reconversión industrial añadimos uno similar que se dio en el sector público, conocido también como “reconversión del Estado” tendremos un panorama global de lo que sucedió al conjunto de la clase trabajadora.

El Estado en el neoliberalismo debió paulatinamente resignar roles fundamentales que jugaba en la etapa anterior. El Estado de Bienestar fue la participación, la más activa que haya desempeñado el Estado no solamente en la regulación de las relaciones económicas, en la producción misma sino también hacia el conjunto de la sociedad. Las políticas públicas de educación, salud, vivienda, recreación, empleo, eran inconcebibles fuera del área del Estado. Todo esto es lo que no le permite el modelo, Aparecieron las desregulaciones, las privatizaciones, los subsidios escandalosos a los grupos más concentrados del poder, la corrupción, etc. Esta vez los mercaderes corrieron a latigazos a los mesías del templo. Llegó la era del mercado. Si Luis XIV viviera debería decir “el mercado soy yo”. Los anacrónicos golpes de estado fueron reemplazados por modernos golpes de mercado, y así de seguido.

El tránsito de una a otra etapa es tal vez, de todos estos fenómenos, lo que revisite un carácter más nacional. En ningún país es comparable. En algunos países fueron sangrientos golpes genocidas los que crearon las condiciones eliminando las posibles resistencias. En otros fueron gobiernos liberales con durísimas acciones hacia el movimiento sindical, sosteniendo lock out patronales para quebrar los movimientos huelguistas. Otras veces alcanzó con la compra de dirigentes sindicales que rápidamente aparecieron al servicio del nuevo modelo. Este fenómeno del llamado sindicalismo empresario terminó con dirigentes ricos y trabajadores desprotegidos.

En Argentina, desde Martínez de Hoz hasta Roque Fernández observamos una coherencia económica increíble, salvo algún pequeño interregno que no prosperó en la época de Grispun.

También aparecen superpuestos todos los mecanismos señalados, desde el genocidio hasta el sindicalismo empresario con algunos aditamentos folklóricos propios de nuestra exageración cultural.

La reconversión del Estado en el resto del mundo muestra un colage de variantes que no hace más que espejar el entramado social que disputa frente a estas políticas. El modelo neoliberal se ha constituido en el gran acreedor, que impone condiciones al mundo; solamente la resistencia de los organismos vivos de la sociedad le va imponiendo límites a este nuevo mapeo del planeta.

Si hoy observáramos el mundo desde el mapa económico ya no encontraremos continentes, países y provincias, sino zonas de inclusión, zonas de reserva y zonas de exclusión.

Para terminar esta descripción del fenómeno tal como pasa en Argentina debemos señalar otra diferencia con procesos externos. En la mayoría de los países se produjeron los procesos de reconversión del Estado o del sector privado en diferentes momentos de modo tal que la mano de obra expulsada por uno u otro se reabsorbie-

ra parcialmente con políticas adecuadas de recalificación, formación profesional, etcétera.

Los poderes locales aplicaron ambos procesos al mismo tiempo. Entre 1991 y 1993 la desocupación absoluta se triplicó, los puestos de trabajo existentes fueron precarizados, y por cada trabajador resignado a su suerte hay otro que demanda cambiar de trabajo.

En lo que respecta a la flexibilización laboral verificamos que los grandes modelos europeos, japoneses o americanos han remarcado la flexibilización de los contratos de trabajo, como los contratos a plazo fijo, los turnos de fin de semana, etc., acompañados de la reducción de la semana laboral, o bien sobre términos de estabilidad contractual han acentuado la flexibilidad de los puestos de trabajo. Este es más bien el toyotismo.

En nuestro país también en forma simultánea se flexibilizan contratos y puestos de trabajo, en una suerte de aquelarre que está dando por resultado una pérdida de competitividad por falta de calidad; un sufrimiento adicional, innecesario e inútil a los trabajadores y un estancamiento en el crecimiento del empleo por falta de inversiones productivas que aprovechen lo que en otra etapa fue la significativa calidad de nuestra mano de obra.

Es a mi entender un error analizar los cambios en el mundo del trabajo a partir de la desocupación. Esto implica aceptar la lógica petrificante de que no se debe hacer nada para no perder el trabajo. El final de este razonamiento es que debemos agradecer a Dios y al patrón que todavía tenemos trabajo.

Pensar colectivamente en una salida a la crisis desde nuestros intereses exige repensar el marco internacional, el mercosur y la política nacional, protegiendo y desarrollando una política industrial de cara al mundo pero con estrategias de desarrollo autónomo. Pensar un Estado diferente al actual, superador del anterior pero que asuma plenamente la defensa de los intereses nacionales. Ya no será el Estado el que genere los nuevos puestos de trabajo, pero sin ninguna duda nada de ello es posible sin una férrea política de Estado.

Hoy están sucediendo fenómenos que ponen en cuestión la robotización como una salida ilimitada. Hay cuestiones fundamentales de calidad que sólo las resuelve el ojo humano. La productividad ya no se mide sólo en la ecuación de tiempo y producto terminado sino que la calidad, solamente garantizable por el trabajador pasa a jugar un papel determinante.

Todas estas cuestiones, más cercanas del sentido común que de las tecnologías de punta están exigiendo un espacio en la agenda social de temas importantes.

La reducción del tiempo de trabajo es hasta hoy la política más seria que se ha encontrado para disminuir el desempleo. En Argentina la jornada laboral real crece año tras año.

Hablábamos al comienzo de este análisis de la esencia del neoliberalismo y su desarrollo. Se impone reconocer que es el resultado de la fuerza impuesta por el capital financiero internacional y los grupos más concentrados de poder económico. Debe-

mos decir en consecuencia que semejante escenario sólo es modificable imponiendo una relación de fuerzas diferentes. Este es el gran desafío del movimiento sindical.

Por las características del proceso de transformación precedentemente analizado quisiera puntualizar algunas reflexiones atinentes al movimiento sindical:

1) La vigencia del sindicalismo cobra una importancia especial a partir del rol que esta concepción vigente atribuye a los trabajadores en el colectivo laboral y en el conjunto de la sociedad. Tal vez más que nunca los asalariados necesiten de una sólida representación. para negociar sus condiciones de trabajo, sus contratos y su calidad de vida. Agotado el viejo modelo centralista, vertical y burocrático que terminó por convertir a parte de los dirigentes en empresarios y dejó a los trabajadores abandonados a su suerte.

2) Constatado el fracaso de un modelo sindical atado al aparato del Estado que terminó sosteniendo de la misma manera las políticas de bienestar y las del más profundo malestar, y en contrapartida la sujeción del sindicalismo al partido único en los países del socialismo real, aparece como una condición imprescindible la cuestión de la autonomía sindical. La democracia interna y la redistribución del poder de decisión en los niveles más cercanos a la base, ahí donde se combate y se negocia, es también una necesidad vital de este nuevo modelo.

3) En una sociedad de mercados internos cerrados, con una fuerte presencia del Estado en la negociación de las políticas públicas, especialmente lo que atañe al empleo, la salud, el desarrollo industrial, pudo ser viable un sindicalismo que negociara por la cúpula. Hoy, teniendo en cuenta que sólo en la resistencia al modelo neoliberal se abren espacios de protección de derechos y de reconquistas sociales, el sindicalismo no puede cerrarse sobre sí mismo en forma corporativa sino abrirse a todas las expresiones del movimiento social autónomo (desocupados, derechos humanos, movimiento de mujeres, los sin techo, etc.) para fortalecer ese entramado de redes que es la manera de acumular la fuerza necesaria que se reclama.

4) La globalización que se impone a partir de las estrategias de las multinacionales y del capital financiero, define un territorio mucho más amplio de acción. La formación de los bloques regionales como la Unión Europea, el NAFTA o el Mercosur, están imponiendo la necesidad de una articulación sindical en la misma dimensión, crecientemente comprometida en la acción mutua, la solidaridad y el apoyo para transformar la extorsión a que se somete a los trabajadores mediante el chantaje del damping social, en una acción unificada que recupere el viejo espíritu internacionalista con que nació la clase obrera.

5) Porque creemos profundamente en todas estas cuestiones, es que estamos convencidos de que la acción sindical adecuada a los nuevos tiempos se transformará nuevamente en la principal garantía en el cambio de etapa que necesariamente llegará. Autonomía, democracia, internacionalismo, son la clave. Porque sigue siendo verdad que “sólo los trabajadores salvarán a los trabajadores.”

EL TRABAJO COMO CONDICIÓN DE VIDA

Ana Quiroga

Psicóloga Social

Directora de la Escuela de Psicología Social fundada por Pichón Riviere

El anuncio apocalíptico de una mutación histórica, una sociedad en la que se extingue el trabajo emerge en el seno del nuevo orden mundial.

Este nuevo orden, marcado por la unificación de los mercados, la expansión planetaria del sistema capitalista y la desaparición del campo socialista; en un proceso de creciente concentración de riqueza, y con primacía de la inversión especulativa sobre la productiva, se configura a fines de la década del 80.

Las nuevas relaciones de poder coinciden con un formidable desarrollo tecnológico, al que implementan para una nueva organización de la producción en función del objetivo excluyente del capitalismo: la máxima ganancia. En esta reorganización se asume como estructural la desocupación de más del 30% de la fuerza activa de trabajo.

Los hechos que gestan este nuevo orden, sus vicisitudes y sus crisis, –crisis que se manifiesta dramáticamente hoy, conmocionando la economía del mundo–, engendran discursos que los anuncian y legitiman.

Abordaré el anuncio de la sociedad sin trabajo desde la perspectiva de la psicología social, indagando la relación entre proceso social y subjetividad. Esto implica una reflexión sobre los sujetos de un orden socio-histórico en lo que hace a sus condiciones concretas de existencia, un universo que es a la vez material y simbólico.

Esta indagación me lleva a focalizar los discursos que encarnan este nuevo orden, reflexionando sobre su función ideológica, sus efectos subjetivos.

Las producciones simbólicas recorren la vida social. Tienden a dar cuenta de hechos e interpretar percepciones. A la vez contribuyen a orientarlas y organizarlas, ya que la percepción de los hechos se da en un mundo social.

Esa orientación y organización puede promover el conocimiento, o por el contrario cumplir una función mistificadora, como ocurre con el discurso del fin del trabajo, que induce al escepticismo y la resignación.

Fukuyama anunció triunfalmente en 1989 como fin de la historia, la culminación de la evolución ideológica del hombre, en la que se daría el aplanamiento de conflictos y la desaparición de irritantes desigualdades.

El eje conceptual planteado por el filósofo del Departamento de Estado se mantiene en los distintos discursos que le sucedieron, en tanto da apoyatura ideológica al de la globalización, en sus distintas versiones y al actual anuncio del fin del trabajo.

La Guerra del Golfo y los enfrentamientos en Europa Central parecieron opacar la tesis de Fukuyama. Sin embargo, su esencia, lo que legitimaba, como culminación de la historia, las transformaciones en las relaciones de poder; lo que declaraba la propuesta de irreversible este nuevo orden, quedaba en pie. En ese tejido ideológico que pretende detener la historia en lo irreversible, se engarzan los textos de la llamada globalización, el que anunciaba la desaparición de la clase obrera y la caducidad de su rol histórico como sujeto del cambio revolucionario, así como los más recientes del horror económico y el fin del trabajo. A la vez la irreversibilidad del nuevo orden se sostiene en un supuesto paradigma tecnológico. Este paradigma tiende a imponer como representación social, el que la causa principal de la expulsión de millones de seres humanos de los procesos productivos, no tiene su origen en las relaciones sociales capitalistas. Resultaría ajena a cualquier decisión económica, política o social, sino que emerge inevitablemente del avance tecnológico.

La causalidad social de la desocupación queda enmascarada como solo efecto de una tercera revolución industrial de naturaleza informática.

En esta interpretación de los acontecimientos históricos J. Rifkin acuna la hipótesis del fin del trabajo. Esa afirmación espectacular se articula con la visión catastrófica de Viviane Forrester.

Lo que identifica a ambas propuestas es una visión unilateral del desarrollo de las contradicciones sociales. Que niega implícitamente el movimiento como secuencia ininterrumpida en la vida social y difunde un mensaje adaptacionista, que presupone que éste es el único mundo posible.

¿Por qué adaptacionista? Aun en sus formas más críticas este discurso niega al hombre como sujeto de conocimiento y protagonista de la historia, capaz de transformar revolucionariamente las relaciones de poder y propiedad; a la vez la tecnología no aparece como rasgo del trabajo humano, como creación humana en un proceso de trabajo, sino como un monstruoso demiurgo servido por víctimas a las que devora.

La ambigüedad y la inversión causal son rasgos fundamentales del pensamiento de Rifkin, mecanismos claves en su discurso mistificador. Mecanismo que comparte con las diversas elaboraciones acerca de la irreversibilidad del nuevo orden.

Creo que para eludir dichas ambigüedades e inversiones es necesario desidentificar lo que en los textos aparece confundido; el trabajo como proceso de diseño y transformación con el empleo o los puestos de trabajo. Esta confusión es un elemento clave en los discursos que en un contexto de desocupación masiva, obturan la percepción de múltiples formas de trabajo que se manifiestan en un universo infinito de productos y oculta que la clase obrera, lejos de haber desaparecido, se ha

incrementado en términos absolutos del 70 a nuestros días tanto en los países centrales, como en los periféricos. A la vez se incorporan nuevos sectores a la masa de asalariados.

La concepción del fin del trabajo plantea una ruptura entre trabajo y producción. Rifkin hace suya una frase de Leontiev; a partir de los ordenadores del papel del trabajo humano en la producción disminuirá o será sustituido como los caballos en las tareas agrícolas. Tal afirmación indica el desconocimiento de rasgos específicos del trabajo humano como son la creación de instrumentos y tecnologías.

Este desconocimiento abarca a la relación fundante entre trabajo y vida psíquica, entre trabajo y orden sociohistórico. Ignorando la relación de mutua transformación entre el hombre y la naturaleza es inevitable tal tratamiento abstracto del problema. Hablamos de abstracción porque en esa concepción el desarrollo tecnológico no sólo aparece desgajado de las relaciones sociales en las que se gesta e instrumenta, sino también ajeno a las características de los sujetos que han protagonizado ese desarrollo y son impactados por él. Desconoce a ese sujeto que para inventar la fibra óptica ha trabajado con elementos de la física de última generación. Los conocimientos, el instrumental, el soft y el hard carecerían de aplicación, serían elementos inertes de no ser vivificados por el trabajo humano actual.

En cuanto a la propuesta de desarrollo del llamado tercer sector, como alternativa a un supuesto mundo sin trabajo, la consideramos una de las tantas variantes del adaptaciónismo, o peor aún, un camino de sobreadaptación alienada, sobre la que se establecería un colchón evitativo de conflictos, un intento de homeostasis social, que en nada lograría modificar las relaciones de poder, ni la dignidad de los que hoy se denominan excluidos.

Desde mi perspectiva como psicóloga social querría puntualizar algunos hechos que generan una preocupación creciente al convertirse en un punto de urgencia en el plano de la salud mental.

Me refiero al daño psicológico que significa para la mayoría de los habitantes de la tierra la precarización laboral, la superexplotación y la desocupación propias de este sistema exclusivo del mercado de trabajo.

Este daño ha sido evaluado por especialistas como comparable con el causado por una Guerra Mundial, la OMS define a los efectos de este sistema como una catástrofe epidemiológica. A su vez el OPS advierte que en los próximos diez años, 80 millones de habitantes de América Latina sufriremos algún trastorno emocional.

La depresión se ha convertido, junto a distintas formas del síndrome de pánico en patología dominante. La falta de perspectiva y de proyecto se ubica en la raíz de distintas formas de patologías mentales.

El trabajo es condición de vida, en sus distintas dimensiones. Las necesidades humanas fundamentales se satisfacen en y por el trabajo. Cuando este es libre y creativo es una realización de objetivos e ideas en el mundo externo, siendo posible reconocernos en el proceso y en el producto. Estos pasan a ser parte de nuestra vivencia de identidad, lo que aporta a la autoestima, la fortaleza subjetiva, la vivencia de

continuidad y coherencia interna. Estos sentimientos nos defienden de la fragmentación y la melancolía, posicionándonos positivamente en la vida, reparando nuestros aspectos dañados.

Al hablar de trabajo creativo no puedo obviar que el trabajo se da en relaciones concretas de producción, de propiedad y de poder.

En el capitalismo el trabajador ingresa como una mercancía más en un universo infinito de mercancías. Los efectos psicológicos de este proceso fueron estudiados por Marx hace más de un siglo. La alienación que se da en el trabajo tiene su causa principal en que el sujeto no se apropia de su producto. En una complejidad de relaciones su obra, el mundo de la riqueza, sus potencialidades, aspectos fundamentales de sí mismo se vuelven extraños. Hay una cosificación de sí y del otro. Una escisión gigantesca, una fragmentación en la relación consigo mismo y con el mundo.

En los profundos cambios que marcan la situación actual, ¿desaparece la alienación o se gestan nuevas modalidades de existencia alienada?

La reorganización de las formas productivas define el perfil de un trabajador polivalente. Esta polivalencia no es sólo ni principalmente un logro en la capacitación y desarrollo del trabajador, en los hechos es el requerimiento de una disponibilidad sin límite en términos de tiempo e involucramiento, lo que es antagónico con las posibilidades de vida familiar, estudio, práctica religiosa, sindical, política.

Al absolutizarse la ley del mercado como institución fundamental de la vida social, que rige el intercambio entre los hombres la competitividad excluyente se instala como máximo valor social.

Esto es sostenido en los hechos y legitimado en los discursos, lo que impacta en las relaciones interpersonales, en las que se incrementa la violencia, induciéndose a una re-significación negativa del otro, en tanto rival a excluir o destruir.

A la vez, estas formas organizativas y su sustento teórico ideológico, expresado en legislaciones y convenios tienden a provocar una falsa representación del propio lugar en las relaciones productivas. La confusión inducida entre responsabilidad laboral y empresarial pueden conducir a identificaciones generadoras de falsa identidad, lo que entraña nuevas formas de alienación.

Estas se ven reforzadas por lo que llamamos un horizonte de amenaza, instalado por la precarización de la vida. La desinserción laboral, la pérdida de un lugar de significación para sí y para otros genera el terror de inexistencia. Allí encuentra terreno fértil el mensaje adaptacionista que proclama contundentemente que este es el único mundo posible.

Ante este mensaje, y particularmente en los inicios de la década, muchos tendieron a dar la respuesta supuestamente adecuada a las nuevas e irreversibles realidades. Esa adecuación o adaptación no se planteaba desde la fortaleza del yo sino desde el sometimiento. Se trata de una sobreadaptación que implica una falsa identidad, íntimamente ligada al proceso de alienación y que requiere de un sujeto internamente fragmentado, que se sostiene identificándose con el poder que lo somete y le otorga desde allí, una vivencia de ser, un reflejo de existencia. En el adaptacionismo, nega-

ción de contradicciones y sumisión, una parte sustantiva de las emociones y el pensamiento, así como de las señales del cuerpo es suprimida, negada, obturada.

Se deterioran los procesos de simbolización, ya que el sujeto no puede pensar ni pensarse, tomándose autónomamente a sí mismo, ni a la realidad como objeto de conocimiento.

En el desempleo el sujeto queda objetivamente ubicado en una situación de desinserción en aspectos fundamentales de su vida social, y es impactado en su esencial identidad de productor. Esto tiende a sumergirlo en vivencias de impotenzación y melancolización.

Esto resulta diferente si la lectura del mundo que el sujeto tiene y sus apoyos sociales y vinculares le permiten posicionarse como sujeto social de poder.

Si la persona se aísla y culpabiliza su riesgo es quedar capturado en las vivencias de pérdida, normales como primer reacción ante el hecho que lo aleja de un rol social valorado.

En estos procesos es fundamental la temática del sostén (en sus compañeros, en su grupo familiar) y la visualización del carácter social del hecho y de los intentos sociales de respuesta, así como los procesos identificatorios de respuesta; si se entrega a la situación sólo como víctima o si puede hallar en el encuentro activo y esclarecedor con otros que viven la misma problemática, una potencialización recíproca para el análisis y el desarrollo de recursos de acción, pudiendo entonces reconocerse en los efectos de su acción social, como sujeto de poder.

Esta capacidad de romper con la visión de desocupado victimizado (al que como diría Forrester, sólo le queda el oprobio y el silencio), es la que muestran hoy, en distintos lugares de nuestro país, desocupados que encabezan luchas sociales, se dan organización y proyecto asumiéndose como sujetos grupales y sociales de poder. Lo hemos visto en Jujuy, en Neuquén y en distintas partes de nuestro país, en las que se desarrollan, bajo distintas formas, creativas modalidades de resistencia a este modelo.

Se desarrolla hoy en los hechos y en los análisis y discursos una crítica activa a este sistema de opresión y a sus pretensiones de irreversibilidad. Se expresa en los movimientos de los jóvenes en Francia, los trabajadores rusos y alemanes, el Movimiento de los sin Tierra en Brasil y Paraguay. A la vez las derrotas electorales del neoliberalismo en Europa expresan su crisis, aquello que se evidencia en la turbulencia de los mercados. Al punto que comienzan las autocríticas al consenso de Washington, el temor a la barbarie, ya que la barbarie no sostiene un mercado. Pero por sobre todo emerge, junto a la resistencia, y expresando su sentido, un nuevo discurso; el discurso de la dignidad, el discurso de quien nuevamente se propone tener un rol protagónico en la historia, a quien no le cabe el término excluido.

EL FIN DEL TRABAJO ASALARIADO

Marcelo Abdala

*Secretario general Adjunto de los Metalúrgicos de Uruguay
Representante del PIT-CNT*

En primer lugar, daré algunas pinceladas de la situación económico-social en Uruguay en donde al igual que aquí y que en la mayoría de los países de América latina se aplica la política económica de la desesperanza. Se trata de las archiconocidas recetas neoliberales. El énfasis unilateral está puesto en la reducción de la inflación y del déficit fiscal. Este es considerado por los gobernantes del bloque colorado-blanco (rosado) como el principal responsable de la inflación. Su medida es la reducción del gasto público y el deterioro del consumo popular. Es importante tener en cuenta que en mi país no existe el impuesto a la renta a las personas físicas y que los principales impuestos sólo gravan al sector más desprotegido de la sociedad: los trabajadores. El impuesto a los sueldos y al consumo (IVA) son impuestos al trabajo. No es que estemos a favor de la suba de precios exorbitante pero esto debe resolverse de otras formas. El marco de apertura comercial indiscriminada –inclusive a ritmos que nada tuvieron que ver con los acuerdos del Mercosur– y la política de abstención del Estado de participar en la construcción de políticas productivas positivas y de participar en la negociación colectiva que ha sido brutalmente desregulada, han llevado a los trabajadores a una de las peores situaciones de nuestra historia. Esa “Suiza de América” que nuestros abuelos vivieron, hace mucho que no existe. Los porcentajes de desocupación trepan al 11,4% de la PEA lo cual es gravísimo. Debe tenerse en cuenta que esta cifra por una cuestión metodológica de cómo están construidas las estadísticas, subestima la realidad: “desocupado” es alguien que habiendo buscado trabajo no trabajó ni siquiera una hora la semana anterior a la pregunta. Es decir, se trata de alguien al borde de la inanición y la muerte como ciudadano. Estamos hablando de 150.000 ciudadanos en esta situación. Esto para las dimensiones de nuestro país es un desastre social. Si a esto le agregamos que alrededor de 500.000 uruguayos tienen alguna limitación en el empleo –o son informales, precarios o subempleados– la situación del empleo en Uruguay es realmente grave.

La negociación colectiva no existe producto del dismantelamiento del andamiaje jurídico-institucional que consagraba la obligación a negociar, al tiempo que “la existencia de un ‘ejército de desocupados’ presiona objetivamente a la baja a las condiciones del conjunto de nuestra clase”. Esto ha generado una verdadera situación de depredación de la fuerza de trabajo, totalmente inhumana, antidemocrática y anti-productiva.

Con estas pinceladas estamos diciendo: hermanos, ustedes no están solos frente al enemigo, estamos todos juntos en esta cruzada por la dignidad.

Otro aspecto del problema es que no alcanza con criticar la implementación de las políticas neoliberales, hay que someter a la crítica más despiadada a los supuestos neoclásicos que están “por detrás” de estas políticas. Es fundamental desarrollar el esfuerzo por desmontar ese edificio tan bien montado en el plano del pensamiento que son los supuestos neoclásicos: una sociedad no funciona sobre la base de individuos que intercambian libremente. El “mercado” no es el más eficiente asignador de los recursos. El valor de las cosas no está dado por su utilidad, sino por el trabajo socialmente necesario invertido en su producción. Sólo menciono tres de los mitos que se dan como verdades a priori y que constituyen los pilares de la construcción teórica neoclásica que hoy está determinando nuestras vidas y que debemos combatir, para que la “maximización de los valores humanos y la solidaridad”, puedan sustituir a la maximización de las utilidades, como fin último de las relaciones sociales.

Otro aspecto a plantear es la evidencia que estamos en el meollo de una transformación impresionante. Se trata de una conmoción sísmica en la formación social capitalista. Por supuesto que no estamos hablando de una supuesta “era posindustrial”, entre otras cosas, porque esta terminología oculta el componente de continuidad y profundización del carácter capitalista de las principales notas de la actualidad. Todo se transforma cada vez más en mercancía, sea una cosa que podamos tocar o “virtualidades cibernéticas”, el mercado se ha convertido en la única totalidad en un mundo de fragmentaciones.

Vivimos una impresionante revolución tecnológica que a través de la microelectrónica y la biogenética cambian a diario las formas y los contenidos del trabajo, se procesa una impresionante transformación de la empresa como unidad productiva, las mutaciones en la organización de la producción profundizan las tendencias de un trabajo cada vez más capitalista en la apropiación. Descentralización de las unidades productivas versus centralización de las ganancias y el capital.

Estamos entrando en pleno apogeo de la tercera fase del capitalismo, la transnacionalización de la economía. Debemos comenzar a ver que inclusive las transnacionales planifican sus operaciones a escala planetaria y eso debemos estudiarlo como movimiento obrero. ¿Es posible que al capital transnacional se le enfrente también un nuevo proletariado transnacional en esta era de la globalización?

Como señalaba nuestro mejor amigo, Carlos Marx, “si la sociedad tal cual es no contuviera, ocultas, las condiciones materiales de producción y de circulación para

una sociedad sin clases, todas las tentativas de hacerla estallar serían otras tantas quijotadas”.

Vivimos el capitalismo en su etapa de máxima pureza, ¿No es necesario analizar entonces si además de la depredación de la humanidad y de la naturaleza que le es propia, la realidad no contiene ocultas y “patas arriba” las condiciones de su superación? Estas cuestiones debemos descubrirlas entre todos, hay algo clarísimo, iniciativas como el Encuentro por un Nuevo Pensamiento contribuyen en la búsqueda y dan pistas para la acción.

Nuestros compañeros de la Comisión de Salud Laboral del PIT-CNT nos contaban un día, el origen etimológico del término trabajo. Al parecer viene del latín “tripalium” y nos decían que esto era una herramienta de tortura de los esclavos que muy eficientemente reclutó el imperio romano. Es decir que desde su génesis el término del latín denota extrañamiento, explotación. ¡Vaya si nuestros pueblos y los trabajadores del mundo han sido sometidos al “tripalium”! Ese trabajo queremos que desaparezca. Quisiéramos que nunca hubiera existido. Porque significa explotación del ser humano, deshumanización y desnaturalización. Es el trabajo-yugo el que queremos hacer desaparecer.

El proceso de producción capitalista es al mismo tiempo proceso de trabajo y proceso de valorización en virtud del cual nuestro trabajo vivo, agrega valor a las mercancías en beneplácito del capital. También queremos que desaparezca la valorización capitalista, y junto a ella las relaciones sociales donde el valor de cambio determina y donde las cosas gobiernan a los hombres. Venimos pues de la tradición que reza: “inscribid en vuestras banderas el fin del trabajo asalariado”.

Ahora bien, como dijo Zitarrosa “una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa”. Si por trabajo se entiende la producción y reproducción de la vida, incluyendo por supuesto la vida social, las relaciones significativas, las relaciones sociales, el trabajo será tan eterno como lo sea la humanidad. Porque no solamente hay que comer, vestirse, educarse; hay que poder comunicarse, ser felices, divertirse, y eso es la producción y reproducción de la vida. Si lográramos encontrar a aquellos que en la actualidad juegan un papel clave en esta tarea —a esta altura del milenio—, tal vez estemos re-descubriendo un proletariado para esta época. ¡Queremos transformar las relaciones sociales!

Por último desatar algunas ideas. Nos parece importante intentar “desproscribir” la dialéctica, intentar desarrollar la síntesis de nuestra mejor historia como movimiento obrero con los requerimientos de la actualidad, para elevarnos a un plano superior y estar a la altura de los combates del siglo entrante. Sobre el problema de la relación entre la Política y el Trabajo, creemos que hay que promover una verdadera “invasión de la cosa pública por la sociedad civil”. Si se trata de la construcción de otra hegemonía para otra lógica diferente, todas las “trincheras” deben ponerse en movimiento para cuestionar la lógica dominante. Se trata de la apropiación democrática de las definiciones de las finalidades sociales en todos los planos, para derrotar el liberalismo y para fases superiores de la lucha social y política. Participar en la definición

de qué educación queremos, qué gestión del Estado amplia desarrollaríamos si fuéramos dirección política e intelectual de la sociedad, qué salud, cómo participaría el colectivo de trabajadores en la definición de qué hay que producir, cómo y para quién. En definitiva, involucrar a la sociedad y a cada pedacito de su multicolor existencia, en la construcción de otras relaciones sociales superadoras del capitalismo.

**V. POLÍTICA, TRABAJO
Y MOVIMIENTO OBRERO**

**REFLEXIONES EN TORNO AL TRABAJO Y LA POLITICA
LOS CAMBIOS EN LA CONFORMACIÓN
DEL TRABAJADOR COLECTIVO**

Juan Ferrante

Licenciado en Filosofía

Docente del CBC de la U.B.A.

Asistimos a partir de la década de los '80, a cambios estructurales profundos a nivel mundial, que afectan al trabajo, la política, la cotidianeidad, que provocan reacciones dispares en la militancia y en los sectores intelectuales ligados a la problemática social: posiciones de rechazo, que buscan resguardarse en la ortodoxia tradicional, y que engloban generalmente a nuestra izquierda política y a un sindicalismo meramente contestatario; posiciones conciliadoras e integracionistas, que aceptan las premisas básicas del modelo, buscando corregir sus trazos más gruesos, tales como el progresismo político y el sindicalismo integracionista; y por último lo que llamaría posiciones de impotencia y resignación, que al no lograr encontrar salidas, se van automarginando, y tal es lo que sucede en vastos sectores de la antigua militancia política y sindical setentistas.

De alguna manera, los que estamos aquí, buscamos una vía distinta (por cierto, que no la tercera vía tan publicitada hoy), partiendo de un esfuerzo de comprensión de la nueva realidad, e intentando una respuesta acorde a la misma, sin renunciar a tener como norte, las necesidades "radicales", es decir aquellas que se oponen a la perennidad y a la profundización de las relaciones capitalistas.

1. Vivimos una etapa de profunda reestructuración capitalista a nivel mundial. El antiguo núcleo fordista del capitalismo "organizado", se caracterizaba por un conjunto de productores agrupados en torno del eje de la industria pesada, de la industria metalmecánica, química, eléctrica y del acero. Las funciones de las finanzas, los servicios, la distribución, estaban subordinadas a la función productiva industrial. Este orden ha sido erosionado, al desintegrarse el núcleo anterior a la vez que al ir conformándose un nuevo núcleo, en torno a la información, las comunicaciones y los servicios avanzado.

Esta economía política transformada, es “posfordista”, desde el punto de vista, de sucedánea de la era de la producción y del consumo en masa, garantizadas por un Estado “Benefactor”, y acompañadas por una serie de estructuras sociales: mercado del trabajo industrial, redes familiares, instituciones de bienestar social, sindicatos, partidos, etcétera.

En la nueva realidad, cumplen un papel esencial el saber y la información. Cada vez más un proceso información-intensivo de investigación y desarrollo sustituye a un proceso de trabajo material. De ahí que los procesos económicos y los culturales se entrelazan y se articulan entre sí como nunca sucedió antes; es decir, la economía recibe cada vez más una inflexión cultural y la cultura presenta cada vez más una inflexión económica.

En esta reestructuración en marcha, la lógica del capital predomina -con variables distintas según hablemos del capitalismo germano, japonés o americano- haciendo hincapié en las desregulaciones, las privatizaciones y el desmantelamiento del contrato social entre el capital y la mano de obra. Se impulsa una serie de reformas en las instituciones como en la gestión de las empresas, en las que las nuevas tecnologías de la información son esenciales, así como las sucesivas fuentes de energía lo fueron para las sucesivas revoluciones industriales.

Esto nos da como resultado una forma de organización social en la que la generación, el procesamiento y la transmisión de la información se convierten en las fuentes fundamentales de la productividad y el poder.

Esta economía informacional es global, ya que tiene la capacidad de funcionar como unidad en tiempo real a escala planetaria, en virtud de la nueva infraestructura proporcionada por la tecnología de la información y la comunicación.

2. ¿Cómo influye esta reestructuración en marcha en la transformación del trabajo y la estructura ocupacional? Hay quienes en sus análisis llevan implícita una especie de ley natural de las economías y las sociedades, que deben seguir un único camino, en el que la sociedad norteamericana ha ido a la cabeza, y nos hablan de posindustrialismo y del fin de la sociedad de trabajo.

Evidentemente existe una tendencia común en el desarrollo de la estructura del empleo, característico de las sociedades informacionales, pero también hay una variación histórica de los modelos según instituciones y cultura, es decir según diferencias en los procesos sociales.

Así pues tenemos, que en Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Francia, crecen los servicios de producción (los que proporcionan información y apoyo para el aumento de la eficiencia y la productividad) de forma considerable, mientras que en Japón y Alemania se mantienen, indicando una estructura organizativa diferente, que los vincula de forma más estrecha con el proceso de producción.

En estos países, esto va acompañado de una desaparición progresiva del empleo agrícola, un descenso del empleo industrial tradicional, un rápido ascenso de los puestos ejecutivos, profesionales y técnicos, y la formación de un proletariado de cuello blanco, compuesto por oficinistas y vendedores.

Sin embargo también tenemos que tener en cuenta, que mientras el número de puestos de trabajo en la fabricación, está descendiendo en los países de la OCDE, está creciendo en los países periféricos, compensando las pérdidas a escala mundial, tal como sucede en el este y sureste asiático.

Se podría decir, que hoy en día la relación cuantitativa, entre las pérdidas y las ganancias, varía de unas empresas, industrias, sectores, regiones y países, a otros, dependiendo de la competitividad, las estrategias comerciales, las políticas gubernamentales, los entornos institucionales y la información y el empleo, depende en buena medida, de factores macroeconómicos, estrategias económicas y contextos sociopolíticos. Así pues, la tecnología de la información, por sí misma no causa desempleo, aunque reduce obviamente el tiempo de trabajo por unidad de producción.

3. Estas transformaciones en el plano de la producción social y el empleo, producen profundas desestructuraciones-reestructuraciones, en el trabajador colectivo.

Dentro de éste, el sector dinámico, el núcleo que tendencialmente tiende a hegemonizar, es el que forma parte principal de la locomotora del capitalismo reestructurado: la producción informacional. Este sector conformado por técnicos, ingenieros, científicos, trabajadores polivalentes, tiene nuevas características, dentro de las cuales se manifiestan la individuación y la reflexibilidad, dándole modalidades distintas al proceso de socialización productivo (aunque con diferencias notorias en el modelo alemán, japonés o americano).

Permanece con distinto desarrollo en regiones y ramas industriales un sector que responde a la tipología productiva fordista, y que mantiene experiencias acordes con el estadio anterior de socialización.

Surge con fuerza, un sector que podríamos denominar “neotaylorista”, de fragmentación creciente, de trabajadores a tiempo parcial, trabajo temporal, subcontratados, precarizados. Aquí es interesante remitirse a los estudios realizados sobre la mano de obra femenina en las plantas filiales de las grandes compañías internacionales. Y por último, un sector que queda fuera de los márgenes del mercado institucional: desocupados, economías de subsistencia, sistemas de trueque, etcétera.

Dentro de esta perspectiva, hay que distinguir cuidadosamente, desde una perspectiva de género, los roles a cumplir en cada uno de estos sectores, por el varón y la mujer, ya que no existe el trabajador genérico, asexuado, lo cual incide en prácticas diferentes. Evidentemente que este esquema, desde una perspectiva global, no sirve para el análisis de nuestra realidad, si no va acompañado por proporciones, características, modalidades, propias. Pero debemos tenerlo en cuenta, si queremos implementar una aproximación a la tendencialidad del tipo de estructura social conformada por la reestructuración capitalista de este fin de siglo.

De la corrección de este análisis, dependerá la corrección de nuestras propuestas. Y creo, que una conclusión obvia, es la necesidad de superar todo tipo de propuestas unidireccionales. El proceso de desestructuración-reestructuración del trabaja-

dor colectivo, ha remodelado el mapa social y las identidades ya no surgen tan claramente como en la etapa anterior, lo cual hace que las prácticas ya no sean tan homogéneas, y obliga a discursos diferenciados.

Por otro lado, las necesidades de los diferentes sectores son totalmente dispares y hasta diría que muchas veces contradictorias, y si no pensemos las del sector más dinámico en relación con los desocupados y los precarizados.

4. Respecto a la política, las transformaciones acaecidas, tienen, creo, repercusiones más homogéneas, si bien con matices, de acuerdo a realidades culturales y sociales distintas.

El desdibujamiento de los Estados-Nación, diluye la noción de ciudadanía, y fragmenta la visión de la sociedad. A esto hay que agregarle, las consecuencias directas de las nuevas tecnologías de la información, sobre el debate político y las estrategias de poder. Es decir, que los medios electrónicos, se han convertido en el espacio privilegiado de la política. No es que la determinen, ya que es un proceso social y político abierto, pero la van enmarcando, con repercusiones en las elecciones en las modalidades de organización, en la toma de decisiones y en el gobierno, modificando así, la naturaleza de la relación entre estado y sociedad.

La influencia de los medios, hace que sus afirmaciones se conviertan en acontecimientos políticos por sí mismos; asimismo sus perspectivas y enfoques van imprimiendo un sesgo personalizador, de los acontecimientos, con lo cual se logra, que los políticos y no la política, sean los verdaderos actores del drama. Esto tiene consecuencias que se manifiestan, en la búsqueda permanente de penetrar y bucear en las vidas privadas, lo que de alguna manera lleva a la farandulización y a la explotación de todo tipo de escándalos, que acaparan el centro de la atención.

En este análisis, no podemos dejar de lado la referencia que hacíamos en el párrafo anterior, sobre la desaparición del colectivo fordista de estructura homogénea, ya que hace entrar en crisis a los tradicionales partidos representativos del movimiento obrero tradicional, lanzándolos a la reformulación de sus identidades.

5. Lo anterior expuesto, hace que la relación nuevo trabajador colectivo en desestructuración-reestructuración, y la política tradicional, entren en cortocircuito. No pudiendo por otro lado, encontrar puntos de ligazón con las nuevas modalidades. De ahí, que quede, un espacio referencial vacío, para la estructura social en proceso de búsqueda de nueva identidad colectiva, que nunca será como antes, sino mucho más diferenciada.

De ahí que nos parece, que plantearse en estos momentos, fuertes lazos de relación entre ambas esferas, es perder de vista los procesos más profundos. Pareciera, que más bien, habría que concentrarse en reconocerse, en asimilar las transformaciones, en encontrar propuestas para la nueva realidad, en todo lo cual hay mucho camino para andar.

Esto no significa, abandonar la idea de la transformación de la sociedad capitalista en sus estructuras básicas: formas del trabajo y división del trabajo, relación de la

sociedad con la naturaleza, relaciones intersexos que alcanzan a la estructura familiar el ámbito de la vida cotidiana y los modelos dominantes de consumo, las normas sociales y las escalas de valores.

No se trata de propagar modelos de sociedad prefabricados (de los cuales ya tenemos experiencias nefastas), sino de crear condiciones para que la gente misma las desarrolle, desde sus experiencias y luchas concretas. Todo este proceso se está gestando en conflictos aislados y hasta a veces confrontados entre sí (v. gr. nuevo impuesto para pagar a los maestros), por lo que es necesario también, reconocer las diferencias existentes, las diferentes tradiciones, las distintas situaciones de vida, y las diferencias reales de intereses materiales, lo cual nos tiene que llevar a un aprendizaje, de algo que comúnmente no hacemos: el mutuo reconocimiento y la búsqueda plural compartida.

Para todo esto, y creo que es la forma de encarar la política hoy para el movimiento social, es fundamental la auto organización independiente, capaz de crear estas condiciones, lo cual ya es un proceso social y cultural de transformación de las estructuras básicas de nuestra sociedad.

ACTORES SOCIALES, LUCHAS REIVINDICATIVAS Y POLÍTICA POPULAR

Isabel Rauber

*Directora de Pasado y Presente
Investigaciones socio-históricas de Latinoamérica*

En América Latina se vienen realizando hace unos años transformaciones socioeconómicas que han implicado modificaciones importantes en la política. Existen nexos muy estrechos entre las actuales democracias latinoamericanas y la autorregulación social del mercado, y no son precisamente aquellos que emanan de presupuestos éticos, cívicos o humanistas. En primer lugar, pueden destacarse aquellos que emanan de la conjunción histórica entre democracia y aplicación del modelo neoliberal. En muchos países este modelo trató de imponerse en reiteradas oportunidades a través de las dictaduras militares, sin embargo, en casi todos los casos, su implantación completa fue postergada o interrumpida por las luchas populares. No por casualidad entró de la mano con los irreversibles procesos democratizadores en los años 80. La democracia era (y es) necesaria para generar el consenso mínimo necesario para garantizar la implantación del modelo neoliberal y también para generar el andamiaje legal que permita contrarrestar e incluso emplear métodos violentos ante los posibles conflictos internos. Es por ello que las actuales democracias latinoamericanas pueden definirse claramente como “democracias de mercado”. Siendo, en parte, herederas de las luchas populares, aunque con su establecimiento, aparentemente los sectores populares tendrían una mayor participación, resultaron en realidad un recurso de los poderosos para limitar la participación popular, atomizada y diluir-la en lo sectorial microlocalizado, restándole su anterior fuerza y capacidad de incidencia en las decisiones gubernamentales orientadas a la implantación del dominio total del mercado.

En segundo lugar, se destacan aquellos nexos que resultan de la cada vez más acentuada subordinación del actual funcionamiento social y político de cada sociedad a la dinámica y necesidades del mercado, lo que modifica particularmente la política, reduciendo su alcance, sus posibilidades y sus funciones sociales. Dando prioridad

superlativa al mercado, el actual modelo de mercado total subordina y restringe a una mínima expresión las posibilidades de incidencia y proyección social de la política.¹

La política ha sido modificada por el mercado que ha penetrado sus espacios, sus contenidos y sus modos de acción borrando las fronteras de lo económico y lo político, restringiéndola a determinados grupos del poder, a las élites, en cada país.

El Estado ya no es el gran regulador de las relaciones sociales que busca la conciliación de la sociedad en pos de objetivos comunes trascendentes como el progreso, el desarrollo, etc., ya que esto puede concretarse sin su intervención, hacerse presente a través del mercado. Sin embargo, las limitaciones de la autorregulación en el plano social, particularmente en el caso de las sociedades latinoamericanas, exigen constantemente apoyo mediante la intervención de la política. Y como esto supone buscar respuestas inmediatas a problemas no previstos, coyunturales, la tendencia es a enfrentar y resolver esas coyunturas con decisiones tomadas al margen de la cooperación con otros actores, que es lo que ocurre, por ejemplo, con los decretos presidenciales que caracterizan un modo de imposición de medidas socioeconómicas en los actuales gobiernos de América Latina y el Caribe.

El mercado ha “invadido”² la política, transformando el espacio, los modos de su acción y sus actores. Creyéndose dueños de la historia los grupos del poder han decretado su final: todo empieza y termina en el dios mercado. El futuro de la sociedad deja de ser un objetivo social, desaparece como preocupación de los políticos y de los gobernantes, pierde sentido. De ahora en más sólo habrá más mercado. El futuro será, por tanto, más de lo mismo: más Mc Donalds, más video juegos, más automóviles sofisticados. Si el mañana es igual que el hoy, lo que importa es el hoy, el ahora. Y para una sociedad que ya no puede construir un futuro diferente al presente, resulta innecesario buscar una conducción política hacia ese futuro. ¿Qué sentido tiene entonces hablar de la política como un espacio propio de la acción ciudadana, de buscar vías para el desarrollo, de procesos populares, de necesidad de organización y dirección de los sectores populares, de proyectos de transformación? ¿Hacia dónde? ¿Hacia qué tipo de sociedad?

Valores como lo justo, lo bueno, lo necesario (social), pierden sentido frente a lo competente, lo eficiente, los costos y los resultados, que a su vez se reciclan y revalorizan día a día en el mercado a través de la competencia. Igual ocurre en la política, que pasa a ser “un acuerdo negociado entre los sectores del poder, basado en beneficios mutuos”, acercándose cada vez más al funcionamiento del mercado. “En lugar de una acción estratégica acorde a objetivos, la política es concebida como gestión competitiva de cara a los desafíos.” Esto alcanza también a los modos de su realización y proyección social, que ya no pasan “como antes” por discursos programáticos, libros o carteles, sino, fundamentalmente, por la imagen.

Más allá del contenido del mensaje que transmite un político, su imagen resulta hoy determinante para su campaña y posición, y ella se trabaja a través de los diferentes medios de comunicación masiva, principalmente, a través de la televisión. La imagen televisiva modifica los modos de la acción política y, a través de ella, resulta

también modificada la relación entre la población y la política. Esta ya no es sino lo que se percibe de ella, y es sobre esta base que la mayoría de la población se forma los juicios de opinión pública sobre la política, los políticos y sobre su propio quehacer en la sociedad. Mediante campañas televisivas hoy se promueven elecciones, guerras, invasiones, “ayudas humanitarias”,³ se hace llorar de emoción a miles de personas de todo el mundo por el casamiento de alguna princesa o se les muestra “como espectáculo” la guerra del Golfo.

Esta prédica y esta práctica política tienden a restringir cada vez más la participación política de la ciudadanía al ejercicio electoral, previamente reducido a una selección de candidatos entre un determinado número de partidos. Al reducir el derecho de participación política del conjunto de la ciudadanía al cíclico ejercicio electoral interpartidario, la propuesta de dominación constriñe también el escenario de la acción política a la actuación de los partidos, transforma al pueblo en espectador de sí mismo, en objeto del funcionamiento de un cuerpo social que le resulta ajeno. A consecuencia de ello en el pueblo crecen sentimientos de rechazo, desconfianza y desprecio hacia la política, los partidos y los políticos, que los sectores del poder tratan de guiar hacia el apoliticismo en aras de excluir a los sectores populares de la participación política, para implementar sus planes con la aceptación resignada de los sectores populares o con débiles (fragmentadas) manifestaciones de oposición y resistencia.

Esta situación varía en cada país debido a las diferentes experiencias de lucha y organización del movimiento popular, a la correlación de fuerzas, a la conciencia política acumulada por el pueblo, pero, en mayor o menor medida, puede constatarse la existencia del rechazo popular hacia todo lo que provenga del mundo político. Este rechazo popular en sí no es negativo si es capaz de transformarse en búsqueda de un modo diferente, propio, de ser y actuar en política. Sin embargo “ante la falta de alternativas y reforzado por la ideología de la dominación”, ese rechazo puede llegar a transformarse en apatía, en resignación, en pérdida de la esperanza en la posibilidad de vivir de otro modo y, por tanto, en pérdida de voluntad para construir una alternativa popular al actual estado de cosas. De ahí que una de las tareas importantes a desarrollar desde los movimientos populares sea evitar que el actual papel oficial institucional elitista de la política, que hace a su desprestigio, el de los partidos y el de los políticos, conduzca al “quemeimportismo” de los sectores populares, es decir, que éstos lleguen a la conclusión de que “todo es una porquería” y cada uno termine encerrándose en su vida personal, en su problema, en su mundo interior, haciéndole el juego al modelo de “sociedad” propugnado por el neoliberalismo.

La situación se complica dado que el rechazo popular a la política, los partidos y los políticos, comprende, generalmente, a la izquierda, dado que sus prácticas en el terreno político así como los métodos que emplean muchos partidos de ese signo no siempre son diferentes de los utilizados por los partidos del sistema. De ese modo, esos partidos contribuyen “quíeranlo o no” a acentuar la separación de lo social y lo político, de los actores sociales y los actores políticos.

Multiplicando las dificultades que atraviesan al campo popular, algunos partidos de izquierda tienden a enajenar su incapacidad para llegar, comunicarse o alcanzar “lo que ellos entienden por” dirección de los sectores populares, en los propios sectores populares, adjudicándoles determinadas características –como el apoliticismo, el cortoplacismo, el economicismo, etc.– supuestamente propias de su condición popular, lo que se traduce, en definitiva, en otras formas de exclusión de los sectores populares del quehacer político.

Pero, pese a las exclusiones de uno u otro signo, los sectores populares –consciente o inconscientemente– hacen política, no se resignan a la exclusión por las mismas razones que no se resignan a la muerte. Y en su acción política van rescatando, de hecho, a la política como un derecho y una actividad factible y legítima para ellos. Y esto obliga a una reflexión profunda, de fondo, sobre el sentido de lo político y de la política, desde el campo popular, de sus contenidos, sus alcances, sus actores y portadores.

Asumir lo político y la política con sentido amplio y popular supone reconsiderar lo que se entiende por escena política, tradicionalmente entendida como el campo de acción abierta de las fuerzas sociales mediante su representación en partidos.⁴ Si se toma en consideración que la “reducción, congelamiento o anulación de la escena política no disuelve como por arte de magia ni el campo de la dominación ni la existencia de oposiciones, desplazamientos y asimetrías entre las fuerzas sociales”, y que “la desaparición de los partidos no supone, pues, la desaparición de lo político y de la Política”,⁵ resulta evidente que la escena política comprende al conjunto de fuerzas sociales actuantes en el campo de la acción política en un momento dado, independientemente de que éstas se hallen organizadas o no en estructuras político-partidarias.⁶ Respetando todo lo que son o puedan llegar a ser las opciones partidarias, la participación política de la ciudadanía, de hecho, reclama la incorporación de los diversos actores a una discusión y a un escenario más amplio que el de los partidos.

POLÍTICA Y PODER POPULAR

Si por política se entiende “al espacio en el se realizan las práctica políticas, la política es básicamente un espacio de acumulación de fuerzas propias y de destrucción o neutralización de las del adversario con vistas a alcanzar metas estratégicas”.⁷ Práctica política, por tanto, es aquella que tiene como objetivo la destrucción, neutralización o consolidación de la estructura del poder, los medios y modos de dominación, o sea, lo político.

Así como la política ha sido transformada por el mercado, que ha penetrado sus espacios, sus contenidos y sus modos de acción borrando las fronteras de lo económico y lo político, también lo político se ha modificado, ha salido de su esfera tradicional para ocupar (compartir, estar presente en) los espacios de la economía, es decir, del amplio espectro de las relaciones sociales que en ella se originan. Lo político ha

penetrado como nunca antes en el mundo del mercado, mezclándose con un espacio antes reservado casi exclusivamente a la economía.

Esto permite replantear los nexos entre lo político, la política y el poder (objetivo último de la acción política), sin reducir a éste al poder político, concepción tradicional y frecuente entre sectores de la izquierda latinoamericana, que sirvió de base a estrategias de confrontación social directa por la conquista del poder político, y que entendía por lucha política popular solamente a aquella dirigida directamente a golpear el poder político de la dominación y a conquistarlo o “tomarlo”.

“Se hablaba de la toma del poder como si en el fondo todos pensáramos que el poder estaba en alguna parte, ahí, de casualidad, y entonces uno, por inteligencia, por viveza, organización o por audacia, era capaz de tomar el poder y de hacer luego lo que quisiera. En la práctica se demostró que no es así. No se le olvida a nadie el poder en ningún lado.”⁸

Si el poder estaba focalizado en un solo lugar, la lucha política y lo político quedaban de hecho, reducidas a la disputa contra ese poder y por ese poder. Esa reducción conformaba el sustrato de la búsqueda y preparación de enfrentamientos directos por la captura del poder y la descalificación o subestimación –frente a ese empeño– de toda otra manifestación de lucha o reclamo popular por considerársele no política y por tanto –según esa concepción– un freno a la lucha por el poder. Esto trajo como consecuencia:

- Que se menospreciaran o se desconocieran los múltiples mecanismos y modos de ejercer el poder (la dominación), empleados por los sectores dominantes o, que éstos fueran reducidos al ejercicio del poder político.
- Que las luchas reivindicativas fueran –y para muchos sectores aún son– consideradas como un impedimento, un obstáculo para la politización de las masas y, por tanto, como algo que éstas debían superar para ascender a la esfera política y así llegar al enfrentamiento político, o sea, a la disputa por el poder político.
- Que lo político quedara separado de lo reivindicativo.
- Que los protagonistas de las luchas reivindicativas fueran “ubicados” en un escalón inferior de las luchas y de la conciencia respecto a los actores políticos.
- Que las diferentes formas y medios de ejercer el poder de dominación, que se canalizan y ejercen a través de la ideología y la cultura dominantes quedaran fuera del campo de las disputas políticas, dado que la ideología –en última instancia– también se “medía” a través del enfrentamiento directo con el poder.
- Que los modos de penetración ideológica y de presencia del poder de dominación en la vida cotidiana quedaran fuera de la lucha política o postergados para enfrentarlos en un mañana pos “toma del poder”, dado que –según tales apreciaciones– en el poder (político) de la dominación radicaba la raíz de todos los problemas sociales, humanos, etc. Así ocurrió, por ejemplo, con las reivindicaciones de los movimientos de mujeres, de los movimientos étnicos, etcétera”.⁹

Las reflexiones sobre las experiencias acumuladas por el campo popular y la izquierda latinoamericana,¹⁰ han contribuido –a pesar de no ser generalizadas–, a

superar o a hacer un llamado a la superación de las anteriores y tradicionales posiciones respecto al poder, lo político y la política, en aras de responder a los nuevos requerimientos de la realidad social y política que se está conformando en América Latina y el Caribe. En las organizaciones populares está muy difundido y aceptado el criterio de que no se trata de “tomar el poder”; que hay que ser capaz de construir ese poder; que es la capacidad que uno tiene de imponer o de llevar adelante los proyectos que cree posible.

La expresión “construir poder”, a diferencia de “tomar el poder” indica claramente que se trata, como en toda construcción, de un proceso que va de lo más pequeño a lo más grande, de lo más simple a lo más complejo y desde abajo hacia arriba. Ese proceso es, “como una pulseada en donde se va acumulando la mayor cantidad de fuerza, de un lado, contra los otros. El problema es que esa acumulación del poder reconoce varios aspectos y todos al mismo tiempo. Reconoce la necesidad de ir ganando espacios institucionales de representación democrática; reconoce la capacidad de articular y organizar para presionar, por ejemplo, en defensa de los puestos de trabajo o del salario; significa ver cómo se juntan todas las fuerzas que hagan posible un proyecto, una organización y articulación de todos los sectores populares; identificar claramente cuáles son los enemigos, e irlos derrotando simultáneamente con la construcción del poder propio”.¹¹

¿Qué significa entonces, para los sectores populares, hacer política? “hacer política significa romper las reglas del juego que estructura la sociedad en la que estamos viviendo, donde las leyes dicen una cosa, el gobierno hace otra, la gente hace otra y sólo se impone una ley sobre la base de la fuerza, cuando a un sector del poder le interesa. Hacer política implica, además de romper esas leyes, crear nuevos esquemas de organización y participación social. Nosotros no queremos quedarnos en redefinir un espacio de participación del Estado que no facilita la participación de la sociedad. ¿Por qué? Porque lo que aquí se está demandando es cómo participar, no cómo estar representado en esos espacios. Hay que hacer la propuesta de cómo participar desde las diferentes instancias de producción, desde el territorio, desde los barrios. La sociedad necesita un esquema organizativo-participativo cotidiano. Y para nosotros, construir eso desde abajo es hacer política. Por esto la insistencia del poder desde abajo. Porque creemos que el poder existe y lo que tenemos que buscar son los mecanismos de hacer efectivo ese poder.”¹²

Esa construcción de poder popular, hace a los modos de hacer política, que no son otros que aquellos que tienden a destruir las estructuras, los mecanismos, los valores y la cultura del poder de dominación a la vez que construyen modos alternativos de poder popular. En sí misma, la construcción de poder propio por parte de los sectores populares implica la destrucción de partes (áreas, espacios, hegemonía) del poder dominante, o sea, acumulación. Lo que no niega, la necesidad de llegar a tener control del poder político.

¿Por dónde pasa esa construcción y acumulación de poder? Por la actividad política. Y la actividad política de los sectores oprimidos pasa hoy por toda actividad de

resistencia, oposición, lucha y búsqueda de alternativas desde los sectores populares. Las actuales luchas populares, por ejemplo, por la defensa de los puestos de trabajo en determinados sectores, o exigiendo que el Estado cumpla con ciertas obligaciones colectivas, como la atención a hospitales, escuelas, etc., tradicionalmente consideradas reivindicativas o económicas, superan hoy con creces esas marcas y alcanzan, más que nunca antes, un carácter eminentemente político.

LO REIVINDICATIVO COMO UN COMPONENTE DE LA LUCHA POLÍTICA

La relación entre lo reivindicativo y lo político, entre las luchas económicas y las políticas, ha levantado grandes polémicas a lo largo de la historia de lucha del movimiento obrero en todo el mundo, a ellas se anudaban otras tales como el rol de los sindicatos; la relación partido de la clase obrera-sindicatos; el enfrentamiento de las desviaciones economicistas, reformistas; la relación vanguardia-masa; las largas disputas en torno a reforma o revolución; y fenómenos como el vanguardismo, el basismo, el espotaneísmo, etc. No está dentro de las posibilidades de este artículo hacer ni tan siquiera una reseña breve de cada uno de estos aspectos, pero sí señalar al menos dos elementos:

–La relación entre lo reivindicativo y lo político –por tratarse de aspectos de una misma lucha– presenta rasgos, características y aristas no siempre claramente definidas y muchas veces contradictorias entre sí, o sea, es una relación que puede considerarse como “conflictiva”.

–Muchas de las aristas comunes y los nexos que ahora se reconocen existen entre lo político y lo reivindicativo, fueron vistas y planteadas con anterioridad, sólo que por el peso del pensamiento y la práctica de esos momentos no fueron comprendidas o no prosperaron al quedar limitadas –por las mismas razones– a experiencias sectoriales.

“Se decía muy bien: desde las pequeñas cosas, desde las reivindicaciones que aparentemente son mínimas, es donde se toma conciencia de la explotación del sistema y de la alienación a que se quiere someter al trabajador en el sistema. Y es, compañeros –sin subestimar el rol de las grandes teorías–, es a partir de las reivindicaciones inmediatas que hacen al nivel de vida, que hacen al salario, que hacen a la situación de la vivienda, de la salud, de la educación, que hacen a las largas colas de los jubilados y pensionados, donde nosotros debemos demostrar que este sistema ha caducado y que no puede darnos ningún tipo de solución y que es en otro sistema donde habrá educación, vivienda y salud para todos, trabajo para todos, decoroso nivel de vida para todos. Y es así, a partir de esa instancia que en el seno de las grandes masas, de la comprensión sencilla que debemos llevar a nuestros compañeros, que vamos a levantar la ideología revolucionaria como método para cubrir ese objetivo de la creación de la nueva sociedad. Es a partir de esto que siente con claridad, que asume con claridad nuestro pueblo, como nosotros debemos trabajar para llevar adelante la verdadera comprensión de los males y de las lacras de este sistema y de la necesidad his-

tórica de construir una nueva sociedad que nos redima de esta opresión y de esta explotación.”¹³

Al encontrarse hoy la política tan invadida por el mercado y, a su vez, haber ella misma invadido el mundo de la economía, está presente como nunca antes, en todo conflicto reivindicativo, en toda lucha de sobrevivencia. No es el carácter de la lucha ni sus objetivos lo único que permite definir si un conflicto es político o no. La lucha puede ser, por ejemplo, por el agua de un barrio, pero si en torno a ella se reúnen obreros, estudiantes, mujeres, niños, maestros, sindicatos y demás, generando un espacio de encuentro colectivo, constituye un desafío a la política de atomización, a la resolución aislada de los conflictos, base de las actuales democracias y, si atenta contra las bases mismas del sistema democrático, ¿es o no política esa lucha por el agua? Quizá en algunos momentos sea lo más político que se pueda realizar. Eso lo saben muy bien los grupos dominantes que tratan por todos los medios de dejar a la política como un terreno reservado al poder y sus partidos.

El espacio de la acción política, de lo político, incluye el ámbito de la vida cotidiana de la población, está presente en cada paso que ésta da para modificar su forma de vida o defender las fuentes de trabajo, en las luchas contra las privatizaciones y las leyes de flexibilización laboral, en las luchas de los jubilados y pensionados, en los reclamos de los movimientos ecológicos, en las luchas de las mujeres, en la resistencia de los pueblos indígenas y en las luchas por el respeto a sus derechos y a su identidad como pueblos originarios, en las luchas por la sobrevivencia de las grandes poblaciones marginadas urbanas, etc. Quizá los actores sociales no siempre sean conscientes de ello, pero ese es otro aspecto del problema. El primero es reconocer la interpenetración que se da actualmente entre lo político y lo reivindicativo, el carácter político de las luchas reivindicativas, los nexos y puentes cada vez más visibles y estables que se tienden entre ambos aspectos de una misma lucha, de una misma búsqueda, de un mismo afán de construcción de poder popular.

Para gran parte de los sectores populares que luchan e impulsan actualmente la búsqueda de alternativas propias, como ocurre, por ejemplo, con algunos movimientos barriales y campesinos y con sectores del movimiento sindical, de mujeres, ecologistas, indígenas, etc., resulta claro que la lucha política no puede concebirse ni desarrollarse separada de la lucha reivindicativa y viceversa. Resulta claro también, para ellos, que la lucha reivindicativa tiene actualmente un profundo carácter y contenido político;¹⁴ no son dos luchas separadas, sino partes, elementos, niveles de una misma: de la lucha reivindicativo-política, es decir, de la lucha contra las estructuras, los mecanismos, los medios, los valores y la cultura del poder de dominación.

La lucha reivindicativa, así entendida, es la base de toda lucha en cada sector social concreto, el nivel inicial. Esto no indica que sea una lucha inferior o atrasada respecto a los niveles específicamente políticos, sino su presencia permanente en toda lucha política y viceversa. Esta comprende, conjuga y articula los intereses, reclamos y búsquedas particulares, sectoriales, generando un amplio proceso de luchas sociales con objetivos comunes, entre los cuales, los de mayor generalidad por su alcance

social se vean y se sientan por cada sector como parte de sus objetivos, necesidades y búsquedas específicas. Sin lucha reivindicativa no hay lucha política. No hay posibilidades de luchar por necesidades, intereses y aspiraciones colectivas si éstas no se articulan –conjugándose–, con los intereses, las necesidades y aspiraciones concretas de cada sector popular. Sin objetivos particulares no hay objetivos generales, salvo como objetivos, necesidades y aspiraciones abstractas.

“La historia enseña que no hay formas de incorporar al pueblo a la lucha política, a la lucha por el poder, al margen de las necesidades concretas. No debemos ignorar que existen situaciones político-sociales, que potencian la participación política con alto grado de espontaneísmo, debido, precisamente, a la dicotomía, a la falta de nexos que existen entre lo político y lo reivindicativo. Tenemos que reconocer que en todas las etapas históricas han existido reacciones espontáneas de los pueblos, pero han tenido graves limitaciones en su continuidad y permanencia. A mi entender, eso ha llevado a que se saquen conclusiones teóricas equivocadas por parte de sectores aparentemente marxistas o de izquierda.”¹⁵

La experiencia acumulada por el campo popular indica que no hay posibilidad de que los sectores oprimidos lleguen a asumir y emprender la lucha por objetivos de largo y mediano plazo si éstos no se articulan con objetivos de corto plazo, inmediatos, cotidianos, es decir; con las luchas por reivindicaciones concretas de cada sector.

“Si somos de los sectores populares donde hay necesidades urgentes que atender, no podemos soñar sin afrontar dichas necesidades. De lo contrario estaríamos soñando a partir de teorías, de libros, de simples reflexiones que se pueden quebrar por las exigencias de la cotidianeidad. Nosotros entendemos que el proceso es articulado. Hay que afrontar las necesidades cotidianas en el plano reivindicativo desde la perspectiva de la colectividad y la organización, pero encauzadas hacia un horizonte trascendente. Sin objetivos generales, sin un proyecto político organizativo, las luchas reivindicativas se diluyen, transformándose en un objetivo en sí mismas. En vez de ser un puente entre lo público y lo privado, entre lo cotidiano y lo político, en vez de ser parte de un proceso educativo de desarrollo de la conciencia, lo reivindicativo deviene entonces freno, obstáculo o impedimento para el desarrollo de un proceso político de transformación.”¹⁶

LUCHA REIVINDICATIVA, VIDA COTIDIANA Y CONCIENCIA POLÍTICA

Las luchas reivindicativas, que son necesariamente un enlace de lo cotidiano con lo político, representan en sí una base, una posibilidad y un camino para el desarrollo de la conciencia política.

“La vida de la gente es una lucha reivindicativa constante. La dificultad está en cómo convertir ese proceso de lucha en un proceso de conciencia política, en un proceso en el que la gente comprenda que la lucha reivindicativa va más allá de pedir, va más allá de ver quién nos ayuda, y que tendríamos que tener participación para lle-

gar a determinar –con los mismos derechos– dónde se invierten los recursos del Estado, y cómo a cada cual le toca lo que por derecho le corresponde.”¹⁷

En el ámbito político tradicional de la izquierda –contrastando con la práctica y el pensamiento de la mayoría de las organizaciones sectoriales populares–, continúa vigente la concepción de que la lucha reivindicativa frena el desarrollo de la conciencia política. Esto se traduce en determinadas prácticas y modos de relación de la izquierda con los movimientos populares y viceversa, que devienen –como realidad que se acumula en la conciencia de cada uno de los actores sociales– obstáculos más difíciles de modificar que la concepción misma, porque forman parte de la cultura política de la izquierda y de los movimientos populares.

No reviste mayor importancia llegar aquí a una definición teórico-general acerca de si la lucha reivindicativa aplaca o no el desarrollo de la conciencia política; experiencias concretas habrá para argumentar una u otra posición. El problema radica en analizar cuándo, por qué y en qué condiciones representa un freno para el desarrollo de la conciencia política y en cuáles no, y buscar las vías, los modos, los métodos de trabajo con la población y las formas organizativas que impidan el aislamiento de las luchas sectoriales reivindicativas y posibiliten la realización de procesos únicos, es decir, articulados, creando espacios para que la población comprenda y asuma la envergadura social, política, económica y cultural, y las raíces de los problemas que enfrenta, propiciando que ella misma (mediante procesos educativos-participativos dirigidos, promovidos), llegue a asumir (definir-incorporar) conscientemente objetivos de mediano y largo plazo como parte de su lucha inmediata. Dicho de otro modo: posibilitando que los sectores populares asuman sus luchas inmediatas, reivindicativas y de corto plazo como parte de un camino hacia objetivos mayores, mediatos, de largo plazo lo que implica el desarrollo de un proceso amplio educativo-participativo, donde se articulan múltiples luchas, formas de lucha y actores populares.

Tomando como base las experiencias de organizaciones de diversos sectores populares en América Latina y el Caribe es posible identificar algunos elementos que contribuyen a articular las luchas reivindicativas con el desarrollo de la conciencia política de sus protagonistas.

Partir de las necesidades del sector o la población

“A veces pensamos que a la gente del barrio tal, lo que le interesa es resolver el problema de las letrinas. Pero, cuando contactamos con la gente, resulta que no le preocupa eso, sino la falta de una escuela, o que no hay agua o, sencillamente, quiere un taller de costura. Entonces, si uno no es capaz de empezar por ahí, o sea, por la misma gente, termina en conflicto con ella, lo que provoca que las luchas reivindicativas –reivindicativas desde el punto de vista nuestro– se vayan al carajo y que la gente incluso empiece a dudar de nosotros.”¹⁸

Promover la participación de la población del sector en lucha para que sea ella la que construya esa lucha

Ya no puede pensarse en los movimientos sindicales, barriales, de mujeres y otros, como “soportes” de políticas elaboradas por los partidos de izquierda, tradicionalmente considerados de vanguardia. La actividad política y los actores que la llevan a cabo no pueden definirse fuera del terreno en el que la actividad se desarrolla ni al margen de sus protagonistas. “Es decir, si nosotros solamente utilizamos a la gente como grupo de masas para enarbolar y defender una serie de reivindicaciones o de planteos ideológicos –que en parte ayudan a la gente, pero no son la preocupación de la gente en ese momento–, la lucha decae, la frustración se hace presente. La gente no entiende esa lucha como suya y termina, probablemente, rechazando lo que se le ofreció como posibilidad de mejorar sus condiciones de vida.”¹⁹

“Durante el proceso de lucha reivindicativa no solamente se va creando una conciencia de lo que queremos, sino también de cómo lo queremos. Esto quiere decir que empezamos a considerar que la solución tiene que ser pensada también por nosotros, que ha de ser como hemos analizado que debe ser y no como nos la desean imponer. Esto quiere decir que no sólo demandamos, sino que también planteamos cómo debe ser la solución desde nuestro punto de vista, y esto implica un grado de reflexión y de conciencia política.”²⁰

DESARROLLAR LA LUCHA HASTA EL NIVEL ACORDADO CON LA POBLACIÓN (BARRIAL, SINDICAL, CAMPESINA, ETC.), RESPETANDO SUS RITMOS, PROMOVRIENDO QUE SEA ELLA, CON SU PARTICIPACIÓN, LA QUE DETERMINE LO QUE VA A HACER Y CÓMO LO VA A HACER Y HASTA DÓNDE ESTÁ DISPUESTA A LLEGAR EN CADA MOMENTO

La participación de la población en conflicto en las decisiones de hacia dónde ir, por dónde y cómo llegar generando un proceso político educativo-participativo que tiene ritmos propios, que hay que respetar en el trabajo articulado a organizaciones de base, ya que –en caso de forzar definiciones– se corre el riesgo de volver a caer en la suplantación de la gente a la hora de implementar las decisiones y de ahí se abre camino a la separación entre la organización y la población del sector en cuestión. Todo proceso educativo-participativo se caracteriza por su flexibilidad y capacidad para modificar o cambiar las definiciones tomadas y ponerlas a tono con los cambios que corren en la realidad sectorial nacional, y con las decisiones y búsquedas de los diferentes sectores populares que hacen el proceso social transformador. Esto supone no aferrarse a las definiciones y objetivos iniciales ni tratar de encuadrar tras ellos a todos los sectores durante el proceso, dejar espacios abiertos a la participación de los actores-sujetos, asumir los objetivos no como algo exterior a los propios actores-sujetos, no como algo a lo que éstos deben ajustarse, sino como parte del propio proceso de transformación que es, a la vez, un proceso de autotransformación.

Articular las luchas reivindicativas a procesos de formación y reflexión

“Es necesario que la gente determine tanto la ubicación del problema como la búsqueda de soluciones, y aun determinándolas, que tenga la posibilidad de realizar un proceso de discusión y formación donde descubra que ese problema forma parte de otro, que, una vez resuelto, hay que enfrentar aquél, y que la victoria de éste es lo que le da fuerzas para resolver otros.”²¹

Asumir la lucha reivindicativa como parte de un proceso educativo de desarrollo de la conciencia colectiva

“Los sectores progresistas y de izquierda que, esencialmente, consideran que esta actitud (buscar soluciones a reivindicaciones puntuales) significa asistencialismo y que transforma a las herramientas populares en rueda de auxilio del sistema. Más aún, extremando los razonamientos, algunos las comparan con las instituciones de beneficencia. Y yo creo que, aun ubicándolas en la mejor etapa histórica de auge de la disputa de poder de los sectores populares –que no es la actual–, ese razonamiento es incorrecto porque si se desarrolla desde una herramienta con criterios de claras políticas en lo estratégico, de superación de los proyectos reaccionarios de construcción social, los trabajadores tienen un ámbito de asimilación, de resolución de sus propios problemas, por sus propias fuerzas, con sus propias experiencias y herramientas, lo que significa, concretamente, contribuir a superar la fragmentación de la conciencia y, en ese sentido, es parte del proceso de construcción de la conciencia colectiva.”²²

“Esto resulta frustrante si no entendemos la lucha reivindicativa como un proceso educativo en el cual van a intervenir la capacidad y la posible implementación de nuevos métodos de lucha; es decir, ¿qué fuerza tiene la gente para conseguir eso? Por ejemplo, aquí, en República Dominicana –y creo que también en toda América Latina–, hay una historia, y es que todo lo que sea autoridad debe ser enfrentado, y enfrentado desde el territorio. Tal vez nunca hayamos visto a las autoridades locales, tal vez nunca hayamos conversado con ellas, y negamos así la posibilidad de que la gente reconozca que tiene un derecho en esas instancias y que el tipo que está ahí supuestamente trabaja para un servicio público, no para una propiedad privada. Entonces, nosotros mismos nos apartamos y apartamos a la gente de la posibilidad de la confrontación directa. No podemos verlos, no podemos conversar con ellos. Todo es rechazado por malo. Y esto ha permitido muchas veces que esas autoridades, que son bastante hábiles, digan: ‘Ok, vamos a hacerlo’, y vengán al barrio, pero a hacer lo que ellos quieren, como ellos lo quieren y hasta donde quieren. No contactan a la gente que estuvo en la lucha, ni siquiera hay algún tipo de relación. Muchas veces inventan un comité del partido de gobierno y, a través de ese comité, hacen el proceso. Entonces, como no hay conciencia en la gente, que tal vez recibió bastante palo de la policía, después que pasa esto, claro está, comienza el proceso de frustración.

“¿Por qué se da esto? Porque, precisamente, hicimos una trinchera en el barrio. No se permitió que la gente dijera: ‘Bueno, hay que ir a enfrentar a ese tipo allá o hay que traerlo aquí; hay que ver cuál es la posición de ellos y definir, sobre esa base, nuestra posición.’ A partir del acercamiento, que no siempre son los diálogos, se da un proceso de educación, aunque a veces no lo dejan entrar a uno, pero hasta eso es un elemento de educación.”²³

“El grado de marginalidad en que vive la gente del barrio, muchas veces le hace sentir que no tiene ninguna posibilidad. Entonces, el hecho mismo de que, por dar una lucha, ella pueda lograr que las autoridades del gobierno atiendan su reclamo, la lleva a tomar conciencia de que realmente, de manera organizada, sí se puede. Cuando la gente participa, por ejemplo, en alguna actividad de protesta y obliga prácticamente a dialogar a las autoridades, va tomando conciencia de que esa es la única forma de hacer escuchar su voz. Cuando llegamos a una institución de esas, muchas veces nos dicen: “Bueno, yo no recibo a tanta gente, sino a una o dos personas.” Entonces, por la misma sociedad que nos ha impuesto una vida individual, hay gente que dice: “Yo prefiero ir sola para ver cómo resuelvo mi problema.” Pero luego ve que pasan días y días esperando que le den una respuesta y ni siquiera la reciben, es más, ni siquiera toman en cuenta que está ahí. Contrastando con esto, la gente ve que a través de un mecanismo de presión se le escucha. Entonces, va pasando de lo individual a lo colectivo y va tomando conciencia de que, colectivamente, puede resolver su problema.”²⁴

Llegar a entender la reivindicación como producto de una violación de los derechos ciudadanos

“Llega un momento en que lo reivindicativo es una demanda tan directa, no solamente al Estado sino a la dinámica económica del país, que se convierte en un elemento importante de confrontación y material de programas a desarrollar como programas políticos. Porque cuando una persona reclama atención para su salud, ello entra en el plano de lo reivindicativo, sin embargo, su salud es una responsabilidad del Estado y un derecho ciudadano. O sea, hay una responsabilidad de los que dirigen el país en esa esfera; pero al no existir, uno se da cuenta de que se violan los derechos humanos, de que se niega a una persona un derecho que le es propio. Entonces, exigirlo –no por el derecho a la salud, sino por lo que ya es una violación de ello– se convierte en un elemento político. Nosotros pensamos que esa es precisamente la relación entre uno y otro tipo de actividad, de lucha. Es el único camino por el que la gente puede, no ya trascender lo reivindicativo, sino alcanzar una conciencia política de la sociedad en que vive. Cuando la gente está consciente de que por un problema de intereses económicos o políticos ajenos se le niegan sus derechos, se da cuenta de que la lucha es a otro nivel, que no basta solamente el reclamo puntual, sino que hay que avanzar.”²⁵

Articular las luchas reivindicativas con la defensa y el reclamo por los derechos globales de cada ciudadano

“Si logramos elevar el nivel de participación de la gente en relación con sus derechos en términos globales, la gente irá descubriendo que para garantizar la justicia alrededor de esos derechos tiene que mantener una acción política constante, entendiendo el quehacer político como un quehacer transformador. Es decir, irá descubriendo que si no hace la acción política como se debe, no cambiará el sistema de justicia que tenemos.”²⁶

Articular las luchas reivindicativas a procesos de organización que trasciendan la coyuntura, con la participación de la población del lugar

“Cuando la gente se va dando cuenta de que ella misma puede construir el poder con las acciones que realiza en el barrio, que a partir de ahora tiene una organización con la que puede defenderse, que le es posible hacer proyectos en el mismo barrio, se va dando cuenta del valor que tiene hacer política de esa manera. Todos los proyectos, todas las actividades de Copadeba se llevan a cabo articuladas con la gente; es una manera de ir haciendo política con la vida cotidiana.”²⁷

Rescatar las vivencias cotidianas de la gente, su cultura, como componentes de la actividad política, partir de sus sentimientos

“Eso es algo que surge y se promueve en las actividades. El compañero Víctor ponía un ejemplo de cómo la gente empezaba a manifestarse, de las actividades culturales que se realizan a partir de la creatividad popular de la misma comunidad que van desde lo artístico en canciones y décimas, hasta lo artesanal, y alcanzan obras de teatro representadas por grupos organizados por la misma gente. Es un proceso en el cual la gente se va sintiendo más compenetrada con su medio, va adquiriendo conciencia de que debe defender lo que tiene y ha vivido y, sobre todo, va descubriendo que sabe algo como persona y que tiene algo que decir.”²⁸

ACTORES POLÍTICOS-SUJETO POPULAR

La ampliación y el estrechamiento de los vínculos entre lo reivindicativo y lo político, entre las luchas reivindicativas y las luchas políticas, borra necesariamente las divisiones absolutas entre los actores de esas luchas, y produce en consecuencia una diversificación de actores políticos. Estos no pueden restringirse a los partidos, movimientos, frentes o coaliciones políticas de izquierda; ello indicaría un contrasentido en relación con la amplitud y el carácter de las luchas reivindicativas organizadas y llevadas a cabo por los otros actores -considerados entonces exclusivamente sociales,

a quienes se les reconocería capacidad para organizar, orientar y dirigir a los sectores populares en las confrontaciones reivindicativo-políticas pero no para intervenir en el terreno considerado propiamente político.

Esta interpretación resulta hoy indefendible; sostenerla implica suponer que existen gradaciones de sujetos: aquellos que están pero aún no saben para qué (aportan sólo en número: los marginales, la pequeña burguesía vacilante), los que están pero sólo saben a medias para qué, porque son incapaces de trascender el horizonte reivindicativo inmediato (sino podrían llegar también a estar entre los de avanzada: los movimientos sociales, barriales, sindicales estudiantiles, de mujeres, cristianos, etc.), y los que están y son capaces no sólo de captar el conjunto de los problemas y las vías para solucionarlos sino también de guiar a los demás -en este caso está bien dicho- atrás de ellos: los partidos de izquierda (de la clase obrera, marxistas leninistas, etc.), tradicionalmente autoconsiderados vanguardia.²⁹

Si se entiende por actores políticos a todos aquellos actores sociales³⁰ capaces de organizarse con carácter permanente, definir objetivos de corto, mediano y largo plazo y proyectarse hacia la transformación de la sociedad, desarrollando procesos continuos de lucha y, simultáneamente, la conciencia política popular, entonces pueden considerarse como tales a una amplia gama de organizaciones barriales, sindicales, campesinas, indígenas, de mujeres, religiosas, etc. La multiplicación de actores sociales y la incursión de éstos en todas las esferas de la vida social, indica que no existe una radical diferenciación entre actores sociales y políticos. Los actores son en realidad sociopolíticos, ya que las actividades de todo actor social tienen un contenido político, y viceversa. La distinción conceptual entre actores sociales y políticos no alude a la existencia de dos tipos de actores; responde, fundamentalmente, a una necesidad gnoseológica para el estudio del movimiento social y el comportamiento y proyección de los diversos actores que lo conforman y se generan, desarrollan o disuelven en él.

La existencia de una multiplicidad de actores sociopolíticos lleva al reconocimiento de la objetividad del carácter plural del sujeto popular en Latinoamérica.

El pluralismo resulta, por tanto, una característica y una condición importante para articular a los actores políticos en el proceso de construcción del sujeto popular del cambio. Primero, por la diversidad de actores que intervienen en la escena política. Segundo, porque las definiciones de las tareas a enfrentar, los objetivos, métodos y vías a seguir en cada momento reclaman la participación consciente de todos y cada uno de los actores políticos. Tercero, por el carácter pluralista de las organizaciones no específicamente políticas que es necesario respetar evitando partidizarlas, hacer que respondan a un partido político determinado.³¹ Cuarto, porque los sectores populares no sólo están fragmentados socioeconómicamente sino también en su identidad política y esto -en un proceso de construcción y acumulación de poder, de proyecto y de sujeto- reclama su articulación.

El esquema estrechamente clasista de conformación del sujeto social y político -que en sentido estricto nunca se correspondió con la realidad social latinoamericana-

na–, resulta hoy incontestablemente superado por la irrupción de nuevos y fuertes actores sociales y la presencia de nuevos problemas que hacen a la salvación de la humanidad.³² Ello modifica –de hecho– la anterior concepción acerca del sujeto social y político de la transformación, supone reconocer su carácter y composición heterogénea, lo cual no implica –aunque algunos aún lo sostengan– la negación o rechazo del componente clasista de este sujeto.³³

Algunos estudiosos del tema buscando una alternativa a la propuesta clasista del sujeto, plantean –sobre todo lo hacían en los años 80–, que los movimientos sociales son los nuevos sujetos. Lo acertado o no de tales posiciones, es algo que requiere debatirse con detenimiento. Ahora sólo quiero señalar, como un aporte de tales planteamientos, el evidenciar y analizar la complejidad, diversidad y potencialidad de los movimientos sociales que dan vida a nuestras sociedades. Es necesario decir, sin embargo que esta diversidad y complejidad están presentes en el subcontinente desde mucho tiempo atrás, aunque hoy se manifiesta de un modo más marcado y evidente, además de más complejo que antes. La cuestión étnica, por ejemplo, no es “nueva”, como tampoco –aunque sea más reciente– el fenómeno de la marginalidad urbana, del empobrecimiento de los sectores medios, las cuestiones de género.³⁴ Los movimientos sociales afloran hoy de modo incuestionable, dotados de una mayor connotación y fuerza social, política y cultural, ante la crisis, el fracaso o la derrota, la implantación global del modelo neoliberal y la consiguiente impronta de tener que buscar nuevos rumbos y alternativas. Sin embargo, pese a estos elementos, la propuesta de reemplazar el sujeto clasista por los movimientos sociales resulta insuficiente y, a la vez, nuevamente relegadora de importantes actores sociales del protagonismo del proceso transformador.

La articulación del conjunto de actores sociales y políticos requiere la formación de instancias y estructuras orgánicas de coordinación y dirección, y para ello es necesario que existan elementos nucleadores y promotores de esa articulación, que contribuyen a cohesionar y estructurar un movimiento popular nacional. Pese a que es necesario reconocer y analizar los efectos de los cambios cuantitativos y cualitativos ocurridos al interior de la clase obrera y el movimiento obrero en relación con las décadas anteriores, la pérdida de peso de los sindicatos y la desorientación o incapacidad actual de éstos para responder eficazmente a la avalancha neoliberal, los hechos y luchas sociales recientes hablan a las claras de la necesidad de contar con instancias de amplia convocatoria social, y de la posibilidad de que desde los sindicatos (con direcciones no plegadas al modelo neoliberal), conjuntamente con otros actores sociopolíticos, como por ejemplo, los movimientos barriales, se impulse la creación de esas instancias y, sobre la base de la coordinación de un colectivo de fuerzas sociales populares organizadas, sea posible abanderar procesos con un carácter popular masivo participativo consciente.

Ahora bien, es importante puntualizar que el sujeto popular (sociopolítico) es heterogéneo no sólo por presuponer la articulación de una diversidad de grupos, sectores y clases sociales, sino también debido a las diferencias que existen al interior de

cada uno de esos sectores, grupos, movimientos, etc., por la compleja composición de las subjetividades de los diversos actores. Y esto resulta un elemento muy importante a tener en cuenta, sobre todo, a la hora de pensar en los modos de constitución estructural de los actores políticos en sujeto popular.

En la tradición del pensamiento social y político latinoamericano, los sectores populares “a menudo han sido clasificados en términos de estratificación, según grados de pobreza, recortando conjuntos homogéneos en cuanto a ciertas características. No obstante, por más homogéneo que parezca un conjunto humano no por eso se constituye en actor social capaz de una acción de ese tipo.³⁵ Del mismo modo, “es común que llegue a atribuirse una determinada orientación de comportamiento a una determinada orientación de comportamiento a una determinada clase, haciéndose omisión de circunstancias históricas”.³⁶ Este modo de conceptualizar las categorías sociales transforma a los actores reales en conjuntos humanos inertes, abstractos, a cuyo modo de relacionarse y organizarse habrá que otorgarles luego también un sentido abstracto. Así ocurre igualmente con el concepto pueblo cuando éste se concibe como un todo homogéneo, indiferenciado y no contradictorio entre sus partes componentes. “Abstracciones como ‘el pueblo’, en general adolecen de representaciones de éste como una amalgama, con metas intercambiables y reductibles. De acuerdo con esa amalgama, no interesa conocer las relaciones de aquellos que lo componen; ello se obvia a favor de la universalidad de un sujeto redentor o tiene una conformación confusa y arbitraria como la de un caleidoscopio. En este contexto, el caleidoscopio no puede ser sino fuente de asimetrías, en la medida que impide perfilar las identidades de los diversos actores que componen el sujeto popular.”³⁷

Los actores están estrechamente vinculados a sus luchas; es allí donde se constituyen, se deshacen y se hacen, tanto a nivel de su existencia sectorial como en su relación con el conjunto del movimiento popular. En este proceso de luchas describe relaciones conflictivas en su interior y con los otros actores, donde cada uno desencadena un proceso de negación afirmación de su identidad como tal.

Conceptualmente, el sujeto es uno, pero en su existencia real es un uno múltiple, diferenciado, irreductible e insubordinable en sus diferencias. Hay una diferenciación lógico práctica entre sectores, actores y sujeto popular (articulación de actores-sujetos políticos). Precisamente por ello, cabe distinguir entre la condición de “ser” sujeto y la de “estar” (como) sujeto. “Estar” sujeto se refiere a su relación con las actuales estructuras de dominación y señala la existencia de intereses (objetivos) en estos actores o sectores sociales para apoyar procesos de transformación de la sociedad en un sentido favorable a sus necesidades y aspiraciones. “Ser” sujeto alude a su componente cualitativo, a su conciencia, a la subjetividad e identidad, no a números ni a homogeneidades.³⁸

El sujeto, en tanto tal sujeto, es una resultante de su propia actividad teórico-práctica, es decir, de la actividad teórico-práctica de cada uno de los diversos actores sociales, que supone el desarrollo de múltiples procesos de concientización de los actores-sujetos que son, en gran medida, de autoconcientización, y que implican el

desarrollo de procesos simultáneos de reflexión sobre su experiencia. Supone la participación de los actores en la toma de decisiones sobre los objetivos que persiguen con sus acciones y acerca de las vías a seguir para alcanzarlos, en los diferentes momentos, en la realización de los objetivos propuestos y en el balance de los resultados. Este proceso posibilita, además del desarrollo de la conciencia, la identificación de los nexos de los problemas propios con los de otros sectores sociales y los de la sociedad en su conjunto. Y todo este proceso (de autoconcientización, de autoconstitución en sujeto), requiere de la intermediación práctica de los actores, de la participación de los sectores populares, en cada experiencia, porque la conciencia sólo puede avanzar con la intervención directa de los actores-sujetos, anudada a procesos de formación y educación política. Requiere, a su vez, de logros materiales y espirituales que se irán acumulando en la conciencia de cada sector involucrado en estos procesos. “Los logros, pequeños se quiere, que están cerca de nosotros, hacen que vayamos teniendo confianza de que, si podemos en lo pequeño, vamos también a poder en cuestiones de mayor trascendencia siempre que luchemos articulados de esa manera”.³⁹

“El éxito reivindicativo es de fundamental importancia para la generación de identidades activas. Si al contrario la identidad de los actores se construye a partir de fracasos y derrotas, lo que tendremos será una justificación de la pasividad, una mayor desactivación social, y la reproducción de un orden inicuo”.⁴⁰ Los logros son muy importantes porque ellos van afianzando la voluntad de cambio al afirmar la posibilidad real de concretar objetivos.

La existencia de diversos actores políticos enfatiza la necesidad de su coordinación, y ello plantea nuevos problemas de expresión y representación en aras de construir el sujeto popular (sociopolítico) de la transformación, que supone también la formación y articulación de diferentes niveles de organización y dirección del proceso y de las fuerzas sociales que en él intervienen, en aras de avanzar en la conquista de los objetivos propuestos.

Durante casi más de un siglo las funciones de organización y dirección de los sectores populares (considerados “masas”), se identificaron como propias de una vanguardia (sectores más esclarecidos).⁴¹ Dirigir era sinónimo de vanguardizar y esto de ordenar, mandar, “bajar” orientación a las masas acerca de lo que tenían que hacer, a través de grandes estructuras piramidales. Las organizaciones sociales y la gente misma, lo único que podían hacer –si tenían “conciencia de clase”– era acatar esas orientaciones y ejecutarlas (convirtiendo mediante su actividad práctica, las ideas en realidad material).

Este esquema resulta hoy insostenible, por dos razones fundamentales: 1- No se aviene con la realidad sociopolítica que existe actualmente en el continente, que ubica a los nuevos actores sociopolíticos (organizaciones sindicales, campesinas, barriales, indígenas, de mujeres, etc.), a la cabeza de las movilizaciones contra los planes neoliberales. 2- Las organizaciones populares no aceptan ya ser tratadas sólo como “base de apoyo”, como “respaldo de masas” o como “seguidoras” de políticas y proyectos elaborados sin su participación plena.

La dirección del proceso de transformación, es necesaria, pero esta no puede identificarse con lo que hasta ahora ha sido definido como vanguardia, por lo cual, hablar hoy de vanguardia resulta prácticamente un sinsentido; en el plano conceptual, porque ya no coincide con lo que ahora se pretende alcanzar cuando se habla de dirección; y en la práctica, porque no existe ninguna fuerza que por sí sola sea (o vaya a ser) capaz de arrastrar tras de sí al conjunto de fuerzas sociales populares.

Quizá algunos podrían argumentar que esto quedó resuelto con el planteo de la necesidad de construir una vanguardia plural, una vanguardia colectiva, y vanguardias de coyuntura junto a vanguardias estratégicas,⁴² pero no ocurrió así. No se trata de ampliar la vanguardia y en vez de un partido dirigente tener cinco o seis; de lo que se trata es de construir esa dirección sobre otras bases, colectivamente, desde abajo y con la participación concreta de todos los actores sociopolíticos.

Entre los partidos de izquierda no existe aún una clara aceptación de esta realidad, ni un cambio en su actitud y su modo de relacionarse con las organizaciones no-partidarias. En las filas de los movimientos populares –de modo inducido o espontáneo– han germinado posiciones corporativistas o apoliticistas. A raíz de esto, se han polarizado las posiciones en uno y otro sector. En la mayoría de las organizaciones populares (sectoriales e intersectoriales), aumenta el sentimiento de rechazo a los partidos políticos incluidos los de izquierda. En muchos partidos de izquierda –colocándose a la defensiva– se hace oídos sordos a los reclamos, señalamientos y críticas provenientes de las organizaciones populares, descalificándolas tras etiquetarlas indistintamente como promotoras de posiciones reformistas, espontaneístas, movimientistas, antipartidistas, socialdemócratas, etc. Esto arroja como resultado la falta de diálogo abierto entre ambos sectores políticos que se traduce en el sostenimiento de una práctica política que poco hace por superar anteriores y nuevos errores, y que no pocas veces confunde el eje de las luchas, dedicando algunos partidos de izquierda más esfuerzos y energías a luchar contra las organizaciones sectoriales populares que no “obedecen sus orientaciones” o no coinciden con lo que ellos decidieron debía hacerse en ese caso, que a sumarse a la lucha que lleva adelante la población de ese sector (sea barrial, sindical, ecologista, etc.). Frente a tal situación, sobre todo desde sectores del movimiento popular, se enfatiza en la necesidad de llegar a una coordinación o articulación de todos los actores sobre bases diferentes a la anterior (no vanguardistas), a la vez que se avanza en la creación de nuevas instancias de representación y mediación en su relación con el Estado.

Hoy día se requiere de una coordinación de fuerzas, que supone la articulación de un espectro de actores sociopolíticos mucho más amplio que antes, por lo que las funciones de dirección no pueden limitarse a los partidos políticos. Esto obedece a varias razones, entre las que considero necesario subrayar las siguientes: 1- La existencia de problemas sociales globales cuyo enfrentamiento trasciende al anterior esquema clasista de las luchas y promueve junto con la ampliación de los problemas de sobrevivencia individual y colectiva, la ampliación de los actores sociales de sus luchas. 2- Estos actores sociales (que son a la vez políticos) han desarrollado –sobre la base del

enfrentamiento a sus problemas concretos—, formas organizativas sobre bases no verticalistas, con amplia convocatoria y participación popular en la realización del diagnóstico y en la búsqueda de soluciones a los problemas, y no aceptarán -no pueden hacerlo- interrelaciones con otras organizaciones sobre bases verticalistas autoritarias. 3- El término vanguardia se asocia inmediatamente al vanguardismo y a éste con las derrotas o frustraciones ocurridas en los años 70 y 80 en América Latina y, más universalmente, con la caída del socialismo como sistema mundial y —tal como existía— como alternativa automáticamente superadora de todos los lastres del capitalismo.

Por tanto, resulta hoy más adecuado hablar de dirección colectiva integrada, articulada, que de vanguardia (en cualquiera de sus variantes), de coordinación de actores sociopolíticos, en la que dirigir no sea sinónimo de suplantar a los dirigidos en la toma de decisiones, sino que implique integrarlos, articularlos como sujetos participantes plenos del proceso.

Esta concepción supone al menos la superación de dos elementos presentes en el pensamiento y la práctica anterior: En primer lugar, supera la concepción estrechamente clasista acerca del sujeto social y político de las transformaciones y la consiguiente teoría del partido de la clase obrera, como única fuerza capaz de dirigir consecuentemente el proceso de cambios. En segundo lugar, niega la existencia de vanguardias estratégicas, predeterminadas como tales vanguardias por alguna condición de origen y erigidas al margen de su construcción-constitución a través de coyunturas concretas y de la participación del conjunto de actores sociopolíticos.

Esta acumulación no ocurre de un modo lineal-ascendente sino contradictorio, con altas y bajas. Así como existen diferencias entre las coyunturas sociales, económicas o políticas, y ocurren constantes variaciones en la correlación de fuerzas en un país, el lugar del liderazgo de las fuerzas populares también está sujeto a variaciones: en un momento puede ser ocupado por un actor o conjunto de actores y luego no; incluso pueden darse casos en que un actor que encabezó y dirigió un proceso de lucha en determinado momento, luego, en otro, ni siquiera forme parte de la instancia de articulación. Aceptar esto supone incorporar un criterio profundamente flexible y creativo en las cuestiones referidas a la organización, a los roles, juicios, métodos de trabajo, estructura interna, etc. de esa instancia colectiva de dirección, ya que la coordinación articuladora de los actores-sociales habrá que construirla quizá de modos diferentes ante conflictos también diferentes y en momentos diferentes (sobre todo en el período inicial), sin negar la necesaria acumulación de fuerzas y experiencias organizativas y de dirección que sólo podrá madurar sobre la base de la articulación y la coordinación de las capacidades alcanzadas por los diferentes actores políticos.

¿Qué hace posible entonces que una fuerza o un conjunto de fuerzas ocupe el lugar de liderazgo social y político en un momento dado? La capacidad colectiva para lograr en ese momento la articulación de actores sociales, necesaria (e históricamente posible) para enfrentar la lucha contra el poder, en la forma y por los medios en que ésta se manifieste.⁴³ Esta capacidad de articular, requiere de una práctica permanente de labor coordinada, desde un principio, entre los diversos sectores, grupos, clases, en

tanto se van constituyendo en movimientos organizados. Los actores sociopolíticos ya constituidos tienen una responsabilidad mayor en esa coordinación con el fin de apoyar a los más jóvenes en su actividad hacia una profundización de su proyección social (lo que no significa decirles lo que tienen que hacer), respetando su propia dinámica, sus definiciones y ritmos. En este sentido podría compartirse la afirmación de que las posibilidades de articulación-constitución del sujeto popular “dependen precisamente de la existencia de entidades políticas capaces de impulsar esa politización y de imprimir una dirección al proceso”.⁴⁴ Esas entidades políticas pueden o no ser los partidos, pero no es este un lugar reservado a ellos, a la espera de su reacción. En ausencia de ella, será ocupado –aun con limitaciones– por otros actores sociales. De hecho hoy ocurre esto en los levantamientos y las movilizaciones populares en varios países latinoamericanos.

CREACIÓN DE UNA NUEVA CULTURA ENTRE LOS ACTORES POLÍTICOS

La construcción-constitución del sujeto popular de la transformación supone necesariamente una diferenciación de roles entre todos y cada uno de los actores políticos. Y esto alude directamente a un cambio en las relaciones entre los partidos de izquierda y las organizaciones de masas, allí donde estas existan, y a la fundación de otras nuevas, sobre bases diferentes, allí donde estas instancias de la actividad sociopolítica vuelvan a crearse. ¿Sobre qué bases se establecerá este nuevo tipo de relaciones entre los diversos actores políticos? ¿Qué requerimientos supone para cada uno de ellos?

De la experiencia acumulada, acompañada por la reflexión que algunos sectores han venido realizando sobre ella, puede extraerse un conjunto de elementos a tener en cuenta para establecer ese nuevo tipo de relaciones entre los partidos y los otros actores políticos que expondré brevemente a continuación. Las prácticas específicas y las posibilidades concretas de avanzar y construir colectivamente el sujeto popular en cada lugar, irán enriqueciendo, profundizando, mejorando, modificando o ampliando estos elementos iniciales acorde a las condiciones particulares concretas de cada lugar.

Respetar la autonomía de cada uno de los actores sociopolíticos

El concepto autonomía, indica la presencia de cualidades diferenciadoras en cada una de las partes autónomas a la vez que da cuenta del sentido de pertenencia de éstas al todo del que se señala su condición de autónoma, es decir, diferenciada e interdependiente, en interrelación con las otras partes autónomas e intercondicionadas por y hacia ellas. Es por ello que –a diferencia de la noción de independencia– la de autonomía supone la necesidad de la articulación, es la base para ella. En igual sentido pueden incorporarse las siguientes reflexiones de Víctor De Gennaro:

“Es una vieja discusión, pero independencia es una palabra muy usada, que casi se combina, en la historia de nuestro país, con el apoliticismo, con lo no partidario.

Creo que es más justo hablar de autonomía. La clase trabajadora tiene que tener autonomía de decisiones, tiene que tener autonomía de funcionamiento y de definición de sus objetivos. Pero no es independiente de lo político ni de lo partidario; tiene que tener una articulación con los sectores partidarios o que construyen en términos más específicamente políticos.”⁴⁵

Construir una organización política, sindical o barrial autónoma en su relación con otras similares, implica promover la autonomía también en su interior, lo que supone la participación democrática y plena de sus miembros en la toma de decisiones y en la ejecución de las mismas.

“Tener una autonomía como clase trabajadora, o como organización de la clase trabajadora frente a los partidos políticos, es algo que solamente se puede dar si también la organización de esa central de trabajadores o de ese sindicato, está constituida por individuos que no delegan su capacidad de autonomía. No se puede ser autónomo en una organización de ovejas. Se puede ser autónomo cuando hay una organización de pares.”⁴⁶

Reconocer la identidad de cada actor social

El respeto a la autonomía de las organizaciones del movimiento popular implica directamente el reconocimiento de su identidad. Y la identidad, al igual que la organización, que la conciencia, que el propio actor-sujeto, se construye en la lucha,⁴⁷ esto es, mediante la relación con los otros, dentro del mismo campo popular y, teniendo a éste como lugar de pertenencia, en su relación con las fuerzas del campo de la dominación.

Identidad alude a lo que define a un colectivo humano como tal colectivo y no otro, es decir, a lo que lo unifica, lo cohesiona en su interior a la vez que lo diferencia de todo lo exterior a él (en diferentes grados). O sea, que, si toda identidad alude a una diferencia respecto de otros, el reconocimiento y respeto de las identidades no es otra cosa que el reconocimiento y respeto de esas diferencias. Es esto lo que está en la base de la posibilidad de establecer relaciones horizontales entre los diversos actores sociales, es decir, de la posibilidad de lograr su articulación para llegar a estructurar un sujeto popular. Un segundo problema es llegar a definir en torno a qué objetivos se logrará esa articulación, pero esto está también muy anudado a los aspectos anteriores, ya que ese “qué” no le vendrá dado al sujeto de parte alguna sino que será parte y resultado de ese proceso de construcción articulada.

Promover y desarrollar relaciones horizontales entre los diversos actores-sociales, reemplazando las anteriores relaciones de subordinación jerarquizadas y verticales entre los diversos actores sociales

La superación del anterior esquema jerarquizado subordinante y vertical de organización y concepción de la dirección del sujeto popular es un elemento clave a tener en cuenta en el debate en torno al sujeto transformador. Aunque en este momento to-

davía esto no pase de ser un propósito, una hipótesis de trabajo, es importante asumirlo como un componente ineludible, cuya implementación práctica contribuirá a la constitución del sujeto popular del cambio en cada país.

Relaciones horizontales son aquellas que se establecen sobre la base de la cooperación entre las partes, es decir, entre iguales, aunque los roles sociales y políticos sean diferentes. Implican la superación de las tradicionales relaciones verticalistas implementadas desde los partidos de izquierda hacia el resto de las organizaciones populares. Esto supone reconocer que los sectores populares tienen algo que aportar y que la transformación es una tarea y una responsabilidad del conjunto al igual que la búsqueda y construcción de las alternativas. Significa no imponer políticas, objetivos, vías, ni modos de implementación de las acciones a las organizaciones sectoriales, barriales, sindicales o sociales, ni suplantar los procesos colectivos de toma de conciencia.

Articular los distintos espacios de luchas respetando no sólo las decisiones de cada sector sino también sus ritmos

“Los procesos democráticos de participación implican, en cierto modo, lentitud, porque hay que montar la lucha desde la base y esto requiere de encuentros, asambleas, jornadas de trabajo, reflexión, lo que es totalmente diferente a montar un programa de lucha entre cinco, seis o diez dirigentes en una mesa de trabajo. Por más claridad teórica y política que tengamos, ese programa nunca será asumido realmente por la población. La dificultad de COPADEBA para coordinar con las organizaciones de izquierda partidaria es por eso, porque vamos a un ritmo lento. Siempre nos planteamos partir de las necesidades de la gente y tratamos de incorporar cada vez a más personas a este proceso. No montamos nunca un programa de lucha desde arriba, ni en la coordinación de COPADEBA, ni con otros grupos populares. Porque luego los mismos dirigentes tenemos que ejecutar ese programa y la gente nos va a mirar desde la acera de su casa. Y eso no es lo que nosotros queremos.”⁴⁸

Superar los prejuicios presentes en una y otra parte

Los aspectos señalados apuntan a la necesidad de superar prejuicios o criterios arraigados por antiguas prácticas por parte de los partidos políticos de izquierda y por parte de las organizaciones populares. El respeto a las identidades, a la autonomía, implica una relación biunívoca que no siempre se logra. Y no sólo por una responsabilidad de los partidos sino también de las organizaciones populares, las cuales, en algunos casos, deberían ser más abiertas, aceptar (y promover) el diálogo, las posibles coordinaciones, los acercamientos, en resumen: no temer esa relación.

No es posible establecer anticipadamente y para todos los casos cuál debe ser el modo de relacionarse de los partidos de izquierda y las organizaciones del movimiento popular, ni si serán los actuales partidos u otros, fundados sobre bases nuevas, los

que surjan para tales fines de las actuales y próximas luchas populares. La nueva cultura, las nuevas relaciones entre los actores sociales y políticos se irá conformando en la propia práctica de su creación sin recetas preconcebidas, precisamente, porque se asienta en el reconocimiento de la horizontalidad de las relaciones y de la autonomía e identidad de cada uno de los actores sociales.

El objetivo fundamental de estos planteamientos no es presentar un conjunto acabado de pasos que habría que dar para resolver el actual divorcio entre los partidos de izquierda y las organizaciones populares, sino contribuir -en base a las enseñanzas que van surgiendo de las experiencias concretas de resistencia y lucha de los distintos sectores populares-, a una reflexión profunda sobre la práctica, a una revisión crítica y autocrítica del modo en que se ha trabajado durante muchos años en uno y otro sector y en las relaciones entre ambos y, a la vez, a un replanteo de la concepción con la que se ha llevado adelante ese trabajo y esa relación. A la vez, supone un replanteo metodológico acerca de cómo trabajar con los sectores populares y cómo hacer política de un modo y con un contenido diferente al tradicional.

Los sectores populares y sus organizaciones mediante sus críticas, sus inconformidades, sus frustraciones, sus esperanzas y sus luchas, reclaman la reflexión por parte de los partidos sobre estos problemas, particularmente, reclaman una reflexión colectiva, articuladora de los puntos de vista y enfoques de los partidos políticos y organizaciones populares, de la que podrían emanar respuestas compartidas y potencializadoras de las actuaciones y roles de cada uno de ellos. En realidad, una labor de estas características debería realizarse en conjunto entre partidos políticos, movimientos barriales, organizaciones sindicales, campesinas, indígenas, de mujeres, etc., porque es muy difícil que el que ignora o no conoce a profundidad cómo trabajar en un contexto o área determinada, pueda darse cuenta, o tener todos los elementos para evaluar y reflexionar sobre sus carencias o deficiencias respecto a sus modos de relacionarse con ese contexto o área.

La búsqueda de soluciones al divorcio existente entre partidos y organizaciones de masas no puede concebirse sobre la base de la continuidad de la separación, reclama también una labor conjunta, integradora, en la cual, posiblemente, se sienten las bases para una posterior articulación o se den los primeros pasos hacia ella. Sin embargo, tanto los temarios de los encuentros multisectoriales, como su organización y los participantes, hablan a las claras de que esto no es una tarea fácil.⁴⁹ El peso de la cultura vanguardista en los partidos de izquierda unido a sus antiguos criterios de lo que significa hacer política y quiénes la hacen, bloquean todavía el reconocimiento por parte de éstos de la necesidad de modificar su práctica política y -por esa vía- modificarse a sí mismos, apoyándose en el diálogo abierto y franco con todos aquellos actores que, en su lucha por la sobrevivencia y en la resistencia al nuevo modelo de sociedad, han acumulado una experiencia rica en la organización de la población, en los sindicatos, en zonas campesinas, en las grandes concentraciones urbanas, en las comunidades indígenas.

La envergadura de los cambios reclamados implica, en el fondo, el replanteo de las estructuras partidarias de izquierda y el sentido mismo de estas organizaciones. Esto es: crear un nuevo tipo de partido de izquierda en América Latina. Y esta nueva generación política de izquierda, nacerá en un futuro no muy lejano, ya sea por autotransformación de partidos existentes, por la consolidación y desarrollo de nuevos actores sociopolíticos, o por la fusión de ambos. De ello dan cuenta ya las nuevas y poderosas experiencias de lucha y organización de los sectores populares (barriales, sindicales, campesinas) en América Latina.

Estas nuevas organizaciones políticas populares nada tendrán que ver con los esquemas tradicionales que definen al partido como “la vanguardia”, como una “organización de cuadros” vertical y distanciada del resto de las organizaciones populares. Tampoco con las aspiraciones de algunos que continúan pensando que pueden levantar a las masas con consignas lanzadas en momentos de auge y movilización. Esto puede lograrse –muestras hay de sobra en nuestro medio– pero luego se traduce en fracasos, que generan confusión en la población que no puede comprender por qué pasó lo que pasó, o –en el caso de que triunfara algún levantamiento espontáneo y de ahí se llegara a constituir gobierno– se carecería de herramientas para mantenerlo, para seguir más allá del momento de euforia inicial.

SUJETO, PROYECTO Y PODER

Trabajar colectivamente para encontrar los modos de articulación del conjunto de los actores políticos más apropiados en cada caso, resulta necesario también para la construcción del nuevo pensamiento y de los nuevos proyectos alternativos, que sólo surgirán del intercambio, la participación y la articulación de los diversos actores políticos, no de una única vertiente organizativo-política. Porque la proyección y condición de sujeto de los múltiples actores sociopolíticos implica su participación plena en la creación del pensamiento y el proyecto de la transformación que llevan o llevarán adelante. Resulta un contrasentido entonces, sostener que la elaboración de los nuevos proyectos populares alternativos sea una responsabilidad exclusiva de los partidos de izquierda, quienes, luego de elaborarlos, de llegar a conclusiones acerca del carácter de las transformaciones, de las tareas que deberán acometer y los problemas que habrán de resolver; determinen quiénes serán los sujetos sociales y políticos de esas transformaciones, los responsables de luchar por ellas, llevarlas adelante y defenderlas, es decir, de protagonizarlas.

Según la tradición marxista predominante en este siglo, tanto los problemas como las respuestas posibles estaban contenidos en la estructura socioeconómica y en el funcionamiento (relación base-superestructura) de las sociedades que se debían transformar. Del análisis de sus elementos se desprendían los problemas objetivos que había que resolver y se determinaban las soluciones que debían buscarse a esos problemas. A tono con tales proposiciones, las organizaciones políticas de izquierda rea-

lizaban los diagnósticos de la realidad y sobre esa base definían su estrategia de transformación. Asumiéndose cada una como vanguardia capacitada y “elegida” para conducir la transformación de la sociedad, se daban a la tarea –luego de tener elaborada toda su estrategia– de hacer “trabajo de masas”, en primer lugar, para llenar de gente sus estructuras orgánicas (predefinidas) y, en segundo, para que –a través de ellas– sus ideas y definiciones fueran asumidas por la gente como propias y –al ser aplicadas por las masas en la práctica– se transformaran en “fuerza material”, capaz de hacer realidad, de materializar todo lo ya concebido (por los partidos) en el terreno de las ideas.

Quizás esto pueda parecer a algunos un resumen algo caricaturesco del pasado (todavía muy cercano), si lo traigo a colación de este modo simplificado es para exponer en breves trazos y sin el acaracolado laberinto de los detalles particulares, un esquema lógico aún predominante en el pensamiento y en la práctica de la izquierda latinoamericana –para no salir del subcontinente–, cuyo basamento esencialista-determinista-mecanicista requiere ser superado y desterrado en estos tiempos.⁵⁰

Quiénes sean los sujetos de las transformaciones sociales no es algo que se establezca sólo mediante definiciones provenientes de análisis estructurales de una sociedad dada. El análisis de los aspectos objetivos, medibles o verificables por códigos sociológicos predominantes hasta hace poco tiempo, resulta insuficiente. Hablar de los sujetos no es hacer referencia a elementos cuantitativos, sino reconocer e incorporar plenamente a la subjetividad de los sectores identificados como interesados o potencialmente interesados en las transformaciones, como un componente igualmente válido que los elementos e indicadores objetivos, estructurales, determinantes; no es un problema abstracto sino concreto.

Sin sujeto no hay transformación posible pero no hay sujetos sin sus subjetividades, sin sus conciencias, sus identidades, sus aspiraciones, sus modos vivenciales de asumir (internalizar, subjetivas, visualizar, asimilar y cuestionar) el medio social en el que viven.

No se trata de reivindicar lo subjetivo frente a lo objetivo, sino de cuestionar lo que se entendía por objetivo, es decir, el sentido y el alcance de la objetividad misma, de superar el divorcio entre lo objetivo y lo subjetivo a la hora de buscar explicaciones del funcionamiento social y tratar de incidir en este. Así como cualquier referencia al ser humano implica la sociedad, todo análisis de la sociedad, implica a los seres humanos que la conforman, y los implica no sólo en cuanto a clasificación clasista o etnográfica sino también en cuanto subjetividades. En otras palabras: en la vida social lo objetivo existe interactuando con lo subjetivo. Es errado enfocarlos como absolutos inconexos. Lo subjetivo, en tanto subjetividad, conciencia social e individual, existe objetivamente y se expresa materialmente en la sociedad (en el mundo objetivo-material) mediante la actividad, la conducta social de los grupos y sectores sociales que conforman una sociedad dada.

Y de aquí un primer reto, en tanto básico, del pensar social marxista actual: asumir e incorporar las subjetividades como una realidad ineludible a la hora de elabo-

rar diagnósticos y proponerse cambios o revoluciones sociales; y esto significa también, asumirlas como una realidad que es, y que no cambiará por voluntad o deseo de los agentes intelectuales o políticos, sino por la propia experiencia de la gente, por su propia actividad de transformación social, mediante la cual, los sectores intervinientes se transforman a sí mismos.

Es precisamente en la actividad social donde se funden e interpenetran lo objetivo y lo subjetivo transformándose mutuamente. Esto quiere decir que no existe un modo superior de captar (subjetivas; concientizar) lo objetivo social fuera de la propia actividad social de los sujetos. No hay modificación de la conciencia social de los sujetos al margen de su propia intervención en la vida social.⁵¹ En otras palabras: las clases, grupos o sectores sociales humanos alcanzarán un grado mayor de desarrollo de su conciencia social y podrán avanzar en su desarrollo, en la misma medida en que interactúen como actores conscientes en el proceso de transformación social, en la medida en que van realizando sus experiencias y avanzan a través y mediante ellas, con sus logros o fracasos. Esto resulta fundamental para comprender los nexos, las transiciones e interpenetraciones entre lucha reivindicativa, lucha política y conciencia política. No son tres elementos o niveles de lucha y conciencia independiente uno del otro y contrapuestos entre sí, sino anudados e intercondicionados por el proceso de transformación a través de la actividad de los sujetos-actores. Este proceso teórico-práctico de toma de conciencia, deviene entonces, simultáneamente, un proceso de construcción de nuevos valores ético-morales, de construcción y acumulación de hegemonía popular, de construcción y acumulación de poder y como esto sólo puede ser realizado a partir de las condiciones concretas de vida y del territorio de los actores involucrados en él, resulta, por tanto, un proceso íntimamente vinculado a lo cotidiano y a lo reivindicativo.

Construcción de *poder*; construcción-autoconstrucción de sujetos resultan aspectos de un mismo proceso que, en la medida de su maduración, implicará acercamientos de los actores-sujetos a definiciones más generales en cuanto al *proyecto* de transformación social general, cuestión que tomará más fuerza en la medida que se vaya logrando la articulación de los diferentes actores-sujetos, es decir, en la medida que éstos se vayan constituyendo en sujetos plenos y conformando –colectivamente– el *sujeto popular* de la transformación.

Hablar hoy de transformación es, igual que ayer, hablar de proyecto, es hablar de poder, es hablar de la posibilidad o no de construir un mundo diferente pero es, sobre todo, hablar de los encargados de construirlo, de los que algunos llaman masas populares, otros pueblo, otros oprimidos, otros clase obrera, etc., y que independientemente de los nombres con que se los identifique, constituyen los sujetos de la transformación.

El concepto sujeto, hace referencia a lo fundamental, a lo clave, a lo realmente condicionante y decisivo de todo posible proceso de transformación: se refiera a los hombres y mujeres que llevarán a cabo los cambios sobre la base de su decisión y determinación de participar en el proceso de cambio; y esto será así, en la medida en

que sean ellos quienes asuman la transformación como una necesidad y un proceso propio, es decir, en la medida en que se decidan a participar en él. Y esto significa, participaren en la definición del rumbo y el alcance de esas transformaciones y también de las vías y caminos de acercamiento a los objetivos, en la medida en que vayan construyendo las soluciones, vayan construyendo y acumulando poder, a la vez que construyen el proyecto y se autoconstituyen⁵² como sujetos.

Tomando esto en consideración, es que se afirma lo erróneo de pretender determinar a priori quiénes serán los sujetos de la transformación, porque sin un proyecto propio, sin una coordinación organizada de su acción a nivel de toda la sociedad orientada a la transformación, es imposible siquiera hablar de la existencia de sujetos.

Construcción de proyecto, de poder y constitución de sujetos resultan hoy tres elementos estructuralmente interdependientes, cuyo eje vital se condensa sin duda en los sujetos, en la capacidad y posibilidad de los actores sociales para constituirse como tales sujetos y, por tanto, en su capacidad de construir proyecto y poder. Una vez más los tres grandes componentes del movimiento popular de transformación en Latinoamérica: sujeto, proyecto y poder, anuncian su presencia articulada. Ninguno de ellos puede explicarse, resolverse o ser de modo independiente. No existe sujeto sin proyecto ni viceversa, y ninguno de ellos sin estrategia de poder, porque hablar de proyecto sin voluntad de poder, es decir, sin conciencia y actividad que construya, que se oriente hacia él, es decir, sin sujeto, resulta sólo una abstracción. Lo mismo sería hablar de la existencia de sujetos sin proyecto de transformación, sin voluntad de transformación y sin una actividad teórico-práctica de construcción y acumulación de poder.

Es por todo esto que hablar hoy de la necesidad de elaborar nuevos proyectos populares de transformación en América Latina, significa asumir también la reelaboración del pensamiento y la práctica de la transformación misma, es decir, implica la conformación de una nueva cultura política e ideológica en y desde los distintos sectores, grupos, clases y movimientos sociales y políticos potencialmente interesados en la transformación. Supone, por tanto, la participación de los propios actores-sujetos de esa transformación en cada sociedad. El nudo del problema se deshace y se condena una vez más –y pese a las apuestas posmodernistas que lo niegan–, en el sujeto, que desde el punto de vista de nuestras realidades sólo puede ser asumido de un modo múltiple, o sea, como la articulación de una multiplicidad de actores-sujetos en proceso de constitución del sujeto popular.

CITAS

1 Esto puede resultar más evidente si se toma como un punto de referencia el hecho de que las políticas sociales y económicas que emanan de los gobiernos están destinadas especialmente a garantizar ese dominio del mercado.

2 La racionalidad del mercado se extiende y se impone en el campo político: “Siguiendo los diagnósticos acerca de la ingobernabilidad de una democracia sobrecargada con demandas, la propia política tiende a abdicar de sus responsabilidades en beneficio de una mayor autorregulación social. En lugar de un fortalecimiento de la sociedad civil empero, vivimos el despliegue de la sociedad de mercado”.

“En lugar de una mayor libertad de elección del ciudadano y una mayor transparencia de las decisiones políticas, la entronización de la racionalidad económica significa primordialmente la consagración de criterios mercantiles en la política: el dinero, la competencia, el éxito individual. A semejanza del frío mundo de los negocios la política se ha vuelto altamente competitiva y sumamente cara. Cambia el estilo político y el tradicional ethos de la política como servicio público deviene obsoleto. Todo ello modifica radicalmente los límites de lo político y lo privado. El neoliberalismo, pretende sustituir la política por el mercado como instancia máxima de regulación social. De hecho, el actual avance del mercado significa fortalecer el ámbito de la coordinación entre privados, recortando el espacio público. Asuntos que antes eran compartidos por todos, ahora son privatizados; o sea, sustraídos al ámbito igualitario de la ciudadanía. En este sentido, las privatizaciones de los servicios públicos significan más que medidas exclusivamente económicas, evaluadas según criterios de eficiencia y productividad. En el fondo, se decide lo que una sociedad está dispuesta a compartir en tanto bienes públicos. En la medida en que la noción de bien público se diluye, la referencia al orden colectivo deviene vacua.” Lechner, Norbert. “Los nuevos perfiles de la política.” *Revista Nueva Sociedad*. Págs. 37-38.

3 Lechner, Norbert. *Idem*. Pág. 36.

4 Así lo han entendido también los partidos de izquierda. No pocos de éstos, incapaces de reconocer el valor sociopolítico de los movimientos populares, siguen pensando en encontrar una salida al actual estado de cosas desde sus parámetros políticos tradicionales, buscando elaborar un proyecto político capaz de nuclear al pueblo (como “masa”) en torno suyo.

5 Ver, Helio Gallardo, *Elementos de política en América Latina*. Editorial DEI, San José. 1989. p. 16.

6 Así lo demuestran las luchas antidictatoriales desarrolladas en los años 60 y 70. En Córdoba, Argentina, por ejemplo, el 29 de mayo de 1969 tuvo lugar un levantamiento de la ciudad a raíz de un paro de 36 horas convocado por la Confederación General del Trabajo (CGT) local. A las columnas obreras se sumaron poco a poco otros sectores, llegando a adueñarse del centro y barrios aledaños de la ciudad. El objetivo fundamental de esta medida de lucha fue expresar su repudio a la dictadura militar y reclamar elecciones libres.

7 Gallardo, Helio, *Idem*, pág. 102-103.

8 De Gennaro, Víctor. Dirigente sindical de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) y del Congreso de Trabajadores Argentinos (CTA). Entrevista realizada por Isabel Rauber, en octubre de 1994. (Inédita)

9 Tales concepciones sobre el poder estaban estrechamente vinculadas a la definición más generalizada en la izquierda acerca de la política como expresión concentrada de la economía.

Hoy son muchas las críticas que pueden realizarse a tal enfoque. Quizá la primera de ella sea su carácter reduccionista que prácticamente subsumía la política en las relaciones económicas. No es intención de este artículo, realizar una exhaustiva revisión y análisis de conceptos, pero es importante recordar, al menos como ejemplo, el modo en que ciertos conceptos del marxismo tradicional tan empleados como el de política -que algunos pretenden rápidamente desechar- encierran, pese a sus limitaciones, un contenido no explorado o encubierto por las lecturas deterministas dogmáticas que sólo veían en él (como en tantos otros conceptos) la relación de determinación de la economía hacia la política, sin reconocer la presencia de lo político en la misma economía, salvo como poder superpuesto, externo, posición desde la cual sí era capaz de influir (de ahí la argumentación de que era necesario tomar el poder político para transformar la economía).

Enfocada desde un ángulo dialéctico es posible que -aunque resulte insuficiente- aquella definición pueda tener una lectura diferente, más amplia. Esto es: si la política es la expresión concentrada de la economía, quiere decir que no está separada de ella, y que así como las relaciones económicas indican relaciones y posiciones de poder, las luchas económicas encierran, tienen, expresan, un contenido político. No sólo lo político tiene contenido económico sino también lo económico tiene contenido político. Existen múltiples nexos, interacciones e interdependencias entre lo económico y lo político con un sentido biunívoco (en ambas direcciones).

10 Un análisis sobre este punto puede encontrarse en el libro *proyecto, sujeto y poder*, de Isabel Rauber.

11 De Gennaro, Víctor. Idem.

12 Palabras de José Ceballos, fundador de COPADEBA, tomadas del libro de Isabel Rauber: *construyendo poder desde abajo*, Ediciones para el Debate Popular, La Habana, 1904, págs. 36-37.

13 Tosco, Agustín. Destacado dirigente obrero cordobés y, particularmente, del Sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba, Argentina. Discurso pronunciado en los días 3 y 4 de octubre, en fecha posterior al cordobazo y antes de 1973. Transcripción textual tomada de una grabación directa realizada en el acto en el cual A. Tosco se dirigió a los presentes en nombre de su sindicato y de la CGT de Córdoba.

14 Este doble carácter de las luchas reivindicativas populares es todavía poco aceptado por sectores de izquierda latinoamericana y esto se traduce en una dificultad práctico-política a la hora de la convivencia política al interior del movimiento popular. Refiriéndose a esta dificultad, señala Sergio Peiretti, dirigente sindical argentino: “La relación de lo político y lo social, de la militancia política y la social nos ha llevado horas y días de discusión. ¿Cómo pegar el salto de lo social a lo político? ¿Hemos tocado techo en lo social? Es como si lo reivindicativo no fuera político y como si lo político no tuviese nada que ver con lo reivindicativo. Esto es muy peligroso. Esto deviene de una concepción que, en realidad, desprecia o subestima la acción reivindicativa de los sectores populares, que también muestra una concepción elitista de la política: los políticos hacen política y los dirigentes sociales hacen la tarea “inferior” a la política, que es la acción reivindicativa.” (Peiretti, Sergio. Tomado de: ¿Tiene futuro el sindi-

calismo alternativo? Mesa redonda con dirigentes del Sindicato Obras Sanitarias de Córdoba, Argentina, realizada por Isabel Rauber, en 1993-94. En proceso de publicación).

Contra poniéndose a tales posiciones, algunos sectores u organizaciones populares sostienen posiciones de rechazo y separación de lo político y las luchas políticas de los ámbitos de las luchas populares, reduciéndolas a lo exclusivamente reivindicativo. Tienen un discurso agresivo respecto a la política, los partidos políticos y los políticos sin distinción. Dejándose llevar por el magnetismo de las políticas de dominación, identifican a todo el mundo político como corrupto, sucio y traicionero a los intereses y necesidades populares, proponen que los sectores populares rechacen a todo lo que sea política o político. Suponen que si un trabajador, por ejemplo, interviene en política, de hecho, engaña a los demás, porque -según ellos- los trabajadores no hacen política, sino luchan por sus reivindicaciones. Hablando sobre esto, apunta el sindicalista Víctor De Gennaro: (/) es lo más nefasto que intentó dejarnos en la cabeza, culturalmente, el terrorismo de Estado: que los sectores sociales, las organizaciones sociales, el hombre, en sus distintas actividades, no hace política. Siempre hace política; siempre que trata de llevar adelante un proyecto de vida, un proyecto para la comunidad, para él o para su sector. Lo que hay que hacer es legalizarlo. Todos los sectores hacemos política; reivindicamos ese patrimonio.” (De Gennaro, Víctor. Idem)

15 Bazán, Luis. Tomado de: ¿Tiene futuro el sindicalismo alternativo? Mesa redonda con dirigentes del Sindicato Obras Sanitarias de Córdoba, Argentina, realizada por Isabel Rauber, en 1993-94. En proceso de publicación.

El espontaneísmo y cortoplacismo de gran parte de las luchas y movilizaciones reivindicativas de los sectores populares ha sido entendido generalmente por la izquierda como un “defecto”, un problema y una característica inherente a lo reivindicativo y, por consiguiente, también a las organizaciones populares que llevan adelante ese tipo de lucha. Algunos sectores de izquierda llegaron, no pocas veces, a responsabilizar a los propios sectores populares y a sus organizaciones, de no “ascender” al nivel político debido a una supuesta incapacidad “congénita” para superar lo reivindicativo y entrar en el nivel de las luchas políticas. Incapaces de reconocer que una de las razones fundamentales del espontaneísmo e inmediatez de las luchas reivindicativas residía en su separación dogmática de lo político, estos sectores acentuaron la contraposición entre lo reivindicativo y lo político, pretendiendo que los sectores populares abandonen las luchas reivindicativas y se integren a la lucha política como señal de su concientización.

16 Ceballos, José. Idem, pág. 31.

17 Idem, pág. 32.

18 Idem, pág. 33.

19 Idem, pág. 32.

20 Guevara, Nicolás. Tomado de *construyendo poder desde abajo*, Op. cit., pág. 32. 21 Ceballos, José. Op. cit., pág. 33.

22 Bazán, Luis. Idem, pág. 70.

23 Ceballos, José. Idem, págs. 33-34.

24 De la Cruz, Víctor. Tomado de *construyendo poder desde abajo*, Op. cit., págs. 34-35.

25 Ceballos, José. Op. cit., pág. 31.

26 Idem, págs. 35-36.

27 De la Cruz, Víctor. Op. cit., pág. 36.

28 Guevara, Nicolás. Op. cit., pág. 35.

29 De este tipo de relaciones jerarquizadas da cuenta, por ejemplo, la distinción que efectúan algunos autores entre sujeto social, sujeto social de la revolución, sujeto histórico y sujeto político. Según esa lógica, sujeto social sería el conjunto de clases y sectores sociales objetivamente interesados en las transformaciones revolucionarias; sujeto social de la revolución, sería la reunión de una especie de vanguardia de cada uno de los sectores del sujeto social; el sujeto histórico sería la vanguardia del conjunto del sujeto social de la transformación, por ser el portador de la misión histórica; y el sujeto político sería la vanguardia de ese sujeto histórico y por tanto de los “otros” sujetos, quedando “todos los sujetos” organizados de mayor a menor, sujetados verticalmente de y por la vanguardia.

30 Actores sociales serían todos aquellos grupos, sectores, clases, organizaciones o movimientos que intervienen en la vida social en aras de conseguir determinados objetivos propios sin que suponga precisamente una continuidad de su actividad como actor social, ya sea respecto a sus propios intereses como a apoyar intervenciones de otros actores sociales. Existe una relación estrecha entre actores y sujetos sociales: todo sujeto es un actor social, pero no todos los actores llegarán a ser sujetos. Los actores tienden a constituirse en sujetos en la medida que inician (o se integran a otro ya existente) un proceso de reiteradas y continuas inserciones en la vida social que implica, a la vez que el desarrollo de sus luchas y sus niveles y formas de organización, el desarrollo de su conciencia. Estrictamente hablando, cada uno de los actores, aisladamente, no puede llegar a ser sujeto. El concepto sujeto -en tanto sujeto de la transformación del todo social- presupone la articulación de los distintos actores comprometidos en ella.

Aunque es conveniente señalar que generalmente el concepto sujeto se emplea en ciencias sociales para señalar o referirse a las fuerzas sociales potencialmente interesadas en la transformación social de una sociedad dada, es decir, a los sujetos potenciales, que aquí se identifican como actores sociales.

31 Esto no limita para nada la militancia o filiación político-partidaria de sus miembros. “Todos podemos tener militancia partidaria, definiciones partidarias -asiente el sindicalista Víctor De Gennaro-, y no tienen por qué ser ocultas sino al contrario, como cualquier otro sector de la comunidad podemos definirlos, pero no se puede confundir eso con que ATE, la organización sindical, sea de un partido político; ATE es de los trabajadores estatales, en donde, por supuesto, su término de unidad está por encima de las diferencias partidarias de los trabajadores estatales.” De Gennaro, Víctor. Idem.

32 Entre ellos: La preservación de la naturaleza y el medio ambiente, la superación de las discriminaciones étnicas y de género, la lucha contra la pobreza y la marginación de grandes mayorías, la preservación de la paz mundial.

33 “Lo popular tiene un referente de clase (trabajadora) pero no se reduce a la clase, sino que expresa el entrecruzamiento de una pluralidad de referentes estructurales y culturales que se conjugan para potenciar la diferenciación y eventualmente el enfrentamiento al poder del Estado y a los actores sociales que se benefician de él. Pobreza, inseguridad, informalidad, subordi-

nación política, discriminación étnica y de género, identifican de manera creciente las condiciones de vida de las clases populares latinoamericanas.” Vilas, Carlos. “La hora de la sociedad civil”. *Análisis Político*, No. 21 abril 1994, Universidad Nacional de Colombia. Pág. 10.

34 Cuenta de ello dan, por ejemplo, los numerosos estudios sobre la marginalidad, realizados a fines de los años 60 y principios de los 70 por Aníbal Quijano, José Nun, Miguel Murmis, entre otros.

35 Baño, Rodrigo A.: “Sobre movimiento popular y política”. Archivo del CEA: D-489. Pág. 2. 36 Idem. Pág. 1.

37 Sojo, Ana: *mujer y política. Ensayo sobre el feminismo y el sujeto popular*. Editorial DEI, S. J., 1988. P. 43.

Sin repetir las anteriores idealizaciones o simplificaciones, que concebían al pueblo como un todo con homogeneidad de intereses y aspiraciones, es (decir, sin contradicciones internas, es posible hoy rescatar la noción de pueblo como conjunto de clases, sectores y grupos explotados de la población y potencialmente interesado en modificar a su favor el actual estado de conciencia. Dicha noción encierra “tres características básicas: a) aparece determinada por una situación objetiva de explotación, de sufrir la dominación, de padecer las asimetrías derivadas de una determinada organización de la existencia social; b) supone la capacidad de tomar conciencia de esa explotación, de esa dominación, del carácter centralmente histórico de esas asimetrías, y c) contiene la capacidad de activación, organización y movilización autónomas de los grupos sociales que perciben las asimetrías que padecen como efectos particulares de un sistema al que deben oponer y construir una alternativa de existencia social.” (Helio Gallardo, *Elementos de política en América Latina*. Editorial DEI, San José. 1989. P. 82-83.)

38 Ser sujeto de la transformación no es una condición propia de una clase o grupo social sólo a partir de su posición en la estructura social y su consiguiente interés objetivo en los cambios. Se requiere, además, del interés subjetivo, es decir, activo-consciente, de esas clases o grupos. Esto supone que cada uno de esos posibles sujetos reconozca, internalice esa su situación objetiva y que además quiera cambiarla a su favor. El explotado, por ejemplo, por el hecho de ser explotado no está necesariamente interesado en cambiar su situación de explotación, tiene, en primer lugar, que tomar conciencia de su condición de explotado, de quiénes son los que lo explotan y por qué, y esto tampoco basta. Es necesario que quiera revertir esta situación a su favor. Recién allí entra en discusión cuáles son los cambios que busca, si éstos son posibles o no y las búsquedas de medios para realizarlos. O sea, la noción de sujeto no remite a la identificación de quiénes son, sino que alude, sobre todo, a la existencia de una conciencia concreta de la necesidad de cambiar, a la existencia de una voluntad de cambiar y a la capacidad para lograr construir esos cambios (dialéctica de querer y poder).

De ahí que el proceso de “toma de conciencia” aparezca hoy tan estrechamente ligado a los procesos de constitución-autoconstitución de los sujetos, como algo intrínseco a los propios actores sociales en su proceso de constitución en sujetos. En este terreno, caben destacar los aportes de la educación popular que, desde su práctica, ha puesto al descubierto que la toma de conciencia no es algo externo al proceso de lucha de los sectores involucrados en ella sino que es parte de ella, quizá la más rica e importante, porque es la que le permite a los grupos sociales, trascender el horizonte inmediato de sus reivindicaciones anudándolas con un proceso más

amplio, vinculándose a otros sectores y procesos y al conjunto de sectores populares en similares procesos de autoconstitución. ¿Qué quiere decir esto? Que el desarrollo de la conciencia tiene que ver con la práctica, con la experiencia concreta de transformación de (todas) las condiciones de vida del grupo, movimiento, fuerza o clase social de que se trate. Que la conciencia, particularmente la conciencia política, no se desarrolla a partir de un proceso de introyección de proposiciones teóricas, por muy esclarecedoras que éstas sean, sino combinando el conocimiento de éstas con un proceso teórico-práctico de reflexión-transformación-reflexión del grupo implicado en él.

El concepto “autoconcientización” indica, precisamente, que la toma de conciencia es un proceso interior es decir, mediado por la actividad de los actores sujetos. No quiere decir que sea un proceso espontáneo o que deba nacer espontáneamente de la propia gente, sino que –siendo dirigido, orientado, promovido, etc.–, no puede ser externo a los actores, a los sujetos individuales.

39 Cabrejas, Javier. Idem, pág. 32.

40 Vilas, Carlos. Idem, Pág. 11.

41 En consecuencia cada partido tenía sus frentes y agrupaciones barriales, sindicales, de mujeres, de campesinos, etc. y -a través de ellas- disputaba la influencia o dirección del conjunto del campo popular. No se consideraba la posibilidad de que las organizaciones políticas se dedicaran a determinadas tareas y coordinaran con organizaciones propiamente barriales, campesinas, sindicales, de mujeres, etc., las actividades colectivas, los programas de cada sector, etc. Esto implicó mucho más que el desconocimiento de la condición de sujetos de estos sectores. Trajo como consecuencia la fragmentación del campo popular en un sinnúmero de agrupaciones del mismo tipo (lo cual en sí no es un problema), que se enfrentaban unas a otras con el fin de hegemonizar a las masas de ese sector para -de ese modo- llegar a dirigir al conjunto, ya que según aquella interpretación de vanguardia, sólo un partido tenía la razón, era dueño de la verdad y eso se demostraba “en la práctica”, dirigiendo, hegemonizando, subordinando y suplantando a todos los demás sectores en el protagonismo del proceso transformador.

42 Así lo expresaron en su momento, los dirigentes del FMLN salvadoreño. Ver: *ideas nuevas para tiempo nuevos*, entrevistas a dirigentes salvadoreños realizadas por Marta Harnecker. Ediciones Biblioteca Popular. Chile, 1991, pág. 51. CON LA MIRADA EN ALTO, entrevistas a dirigentes de las FPL, realizadas por Marta Harnecker, Biblioteca Popular. Chile, 1991, págs. 109-113.

43 Esto no niega la permanencia de determinados actores sociopolíticos en funciones de organización, articulación y dirección del conjunto de actores en varias o todas las coyunturas. Apunta, sobre todo, a rechazar la anterior separación entre vanguardias estratégicas y vanguardias de coyunturas que aceptaba que las vanguardias coyunturales llegaran a constituirse con cierta flexibilidad a partir de frentes o movimientos policlasistas, pero preservaba (a la vez que ubicaba en un escalón superior) la condición de vanguardia estratégica para las organizaciones políticas “de la clase obrera” y de estricta filiación marxista-leninista.

44 Baño, Rodrigo A.: Op. cit., pág. 23.

45 De Gennaro, Víctor. Idem.

46 De Gennaro, Víctor. Idem.

47 “En esta relación conflictiva, en las luchas, es donde se van perfilando las identidades de los diversos actores. (Esto implica) que las identidades se van construyendo en relación con otras; ellas no existen a priori y la lucha es “sobre la formación misma de los sujetos, lucha por determinar-articular los límites sociales”.” Sojo, Ana. Op. cit., pág. 34.

48 Guevara, Nicolás. Idem, pág. 41

49 Así lo reflejan las palabras de Nicolás Guevara, miembro de COPADEBA:

“El que la reflexión sea conjunta es demasiado soñar, porque los dirigentes de veinte y treinta años, los secretarios generales de los partidos, tendrían que ponerse muy humildes para discutir y reflexionar con las organizaciones populares; tendrían que asumir una postura de unidad, de reconocimiento, que no siempre está presente”. Guevara, Nicolás. Idem, pág. 41.

50 Así lo recoge, por ejemplo –aunque desde otro punto de referencia–, el académico David Slater, en su artículo “Itinerarios de la teoría del desarrollo capitalista. Capitalismo, Socialismo y después”: “El problema principal del análisis de clase marxista, particularmente tal como ha sido desplegado en los estudios del desarrollo, es que no teoriza la subjetividad ni la identidad. Esta omisión está condicionada a su vez por la creencia en que la actuación de las clases se explica por su situación en las relaciones de producción, que las preceden de un modo tan causal como lógico. En el marxismo las clases son los agentes del proceso histórico, pero son agentes no conscientes, puesto que se postula que el ser social determina la conciencia.” *Nueva Sociedad* N° 137, mayo-junio 1995, Caracas, pág. 40.

50 De ello habló Marx exhaustivamente en los primeros años de crítica y desprendimiento teórico del idealismo alemán.

51 Esto no indica que sea algo que se alcance espontáneamente, algo a lo que se llegue como producto de la lucha misma, sin necesidad de orientación, educación, y reflexión colectivas y sistemáticas; por el contrario, rescatando como muy válidos y necesarios estos factores, los conjuga en un proceso donde no se relega el papel activo de cada uno de los -ahora sí llamados- sujetos que participen. Indica que sólo mediante la actividad de cada quien (voluntad, conciencia y participación), atravesando a cada sujeto y siendo a la vez atravesada por él, la conciencia puede avanzar y desarrollarse.

LA VUELTA DE LA POLÍTICA

Martín Hourest

Economista

Investigador del Instituto de Estudios y Formación de la CTA

Ex estatuyente de la Ciudad de Buenos Aires por la UCR

“Pisamos un camino nuevo, marchamos sin guía por un terreno desconocido; apenas teniendo como brújula nuestra fidelidad al humanismo de todas las épocas”

Salvador Allende

“Cada individuo debe –personalmente y sin que nadie pueda sustituirlo– formarse una cultura y vivir su vida”.

Karel Kosík

La vuelta de la política como actividad colectiva que exprese los conflictos, desgarramientos, identidades e interpretaciones de nuestra presencia histórica se convierte, hoy, en una necesidad imperiosa para aquellos que creemos que el sentido de la vida social está dado por la ampliación de los márgenes de autonomía de cada sujeto y de cada comunidad.

Para avanzar en la fundamentación de esta toma de posición este trabajo se divide en seis apartados.

En el primero, se plantea la necesidad de criticar el sentido de naturalización de la sociedad a partir del reconocimiento de que dicha visión está en crisis tanto por su incapacidad manifiesta para comprender al mundo como porque, como lógica de reproducción de los sectores dominantes, pone en riesgo el propio sentido de sociedad y reduce al mínimo el criterio de ciudadanía.

En el segundo, se postula que los conflictos son los elementos centrales que constituyen una sociedad y que, precisamente, su instalación pública habilita la formulación de acuerdos y consensos, por cierto precarios e impugnables, que permiten la construcción de sociedades democráticas.

En el tercero, se revisan algunas áreas de conflictos relevantes (ingresos, sexos, edades, sociedad civil, estados) desde el ángulo de la autonomía (entendida como capacidad de fijar reglas y materializar oportunidades) tanto individual como colectiva.

En el cuarto, se identifica a la tendencia a la autonomización del capital –como relación social– como uno de los principales factores que cuestionan a la autonomía en lo que se refiere al papel de los estados, la noción de ciudadanía, las identidades culturales y hasta el propio eje civilizatorio.

En el quinto, a partir de la crisis del nacionalismo metodológico, de la extensión transnacionalizada de la sociedad civil y los impulsos simultáneos a la homogeneización y fragmentación cultural se aborda la cuestión de la gobernabilidad de las sociedades.

Finalmente, en el sexto, se anotan algunas tareas que debe realizar la política en materia de construir un nuevo acuerdo social (que incluye una base moral mínima) que se instale como nuevo centro de la vida en común, de dotar a dicho acuerdo de un bloque social alternativo que se exprese a partir de un polo de atracción política y se integre con nuevas coaliciones culturales y detallando también, algunos peligros que se afrontan.

1. POLITIZAR LA SOCIEDAD

Toda sociedad se articula a partir de una visión global y dicha visión suele garantizar la hegemonía cultural y la reproducción material de los sectores dominantes.

La visión recorre, pues, el camino del poder que va desde su fundación hasta las razones que lo legitiman.

Cuando no se presentan fenómenos críticos generalizados la visión predominante de la sociedad adquiere características casi naturales y, precisamente, su fuerza radica en aunar en un mismo movimiento un sentido de monopolio de la verdad, una percepción de inevitabilidad de la realidad y una convocatoria implícita a la resignación social como mecanismo de adaptación. La visión aporta, entonces, un sentido de justicia y razonabilidad a cada orden social con sus ganadores y perdedores incluidos.

La naturalización despoja a las intervenciones voluntarias y colectivas de la sociedad sobre sí misma de fundamentos racionales; con lo que ese proceso conceptual se convierte en el definidor del buen sentido. La política se ve arrinconada o bien a la administración de las cosas o en el mejor de los casos a realizar una actividad tendiente a recuperar la naturalidad perdida o amenazada.

Como articulación conceptual del poder la visión dominante sabe y siente la resistencia pero intenta su desplazamiento a la órbita de la irrealidad y de lo antinatural.

Cada sociedad en particular, a partir de sus propias experiencias históricas, delimita esa visión y la ajusta hacia abajo o hacia arriba en función del devenir de la correlación de fuerzas.

La configuración de la ciudadanía en lo político, lo económico y lo social es el territorio privilegiado para la aplicación de la visión predominante.

La instalación del neoliberalismo en América Latina implicó una violenta irrupción de una visión alternativa no sólo en términos de grado (mayor o menor intervención social) sino de naturaleza, esto es, definió como inconcebible una práctica social incluyente y como irracional una estructura de derechos, obligaciones e instituciones.

Si bien primero sacrificó a los derechos humanos y las instituciones políticas democráticas para restaurar la naturalidad perdida o amenazada, luego con una nueva práctica terrorista volvió a hacer política para restaurar la naturalidad (vía hiperinflaciones, privatizaciones, desregulación y desempleo) en la distribución de los ingresos y las oportunidades de vida.

Cada visión dominante necesita de un tipo de amenaza para asentarse históricamente y el neoliberalismo a su turno demostró que ni la ley, ni los derechos humanos y sociales, ni el sentido de nación operaban como límites frente a sus estrategias de domesticación social.

Pero esas mismas prácticas en la hegemonía neoliberal demostraron la falacia teórica del Estado ausente y la desaparición de la política en función de una sociedad autorregulada ya que frente a cada circunstancia ha jugado a fondo a disciplinar la sociedad, fundamentalmente, desde el dominio del criterio de justicia y razonabilidad al que hiciéramos mención más arriba.

En efecto, el neoliberalismo admitió y admite el espacio político y público para defender las reglas que permiten mantener e incrementar los beneficios, pero arroja al espacio de lo natural a la exclusión, al desempleo y subempleo y a la polaridad en la distribución del ingreso.

Si la instalación de la visión tiene que ver con la fundación y el uso del poder, la crisis de la visión está asociada a una incapacidad manifiesta para comprender y gestionar al mundo, por un lado, y con la incapacidad de plantearse como visión común por el otro. Esto es cuando no puede explicar a partir de su verdad, cuando permite advertir que la realidad se construye y no es inevitable o, cuando la resignación deja de ser un mecanismo de adaptación e integración y pasa a ser vista como una autoconciencia del abandono.

El espacio de la crítica empieza a la hora de politizar, o humanizar, a la sociedad descubriendo las imposiciones y convenciones y el sentido específico que ellas tienen en relación con la reproducción de los sectores dominantes.

Citando se evidencian las disociaciones entre el mundo real y el neoliberalismo, o cuando el presente y el futuro de la sociedad deja de ser “común” para todos o, finalmente, cuando se llega al caso de que amplios sectores sociales son percibidos como ocupantes, inútiles y costosos de una sociedad que no es entendida como tal, se crea la oportunidad para el cambio de visión. Es decir, un cambio de poder.

Politizar la sociedad significa reconquistar para el análisis y la intervención públicos el entramado de relaciones que regulan la convivencia sometiendo a elección pública los conceptos de derecho, orden y jerarquía y los sostenes materiales para

aplicarlos. En el fondo, politizar la sociedad es reapropiarse de la capacidad de hacer historia.

2. CONFLICTO Y SOCIEDAD

Una sociedad son sus conflictos. Puede haber conflicto sin sociedad, ya que hay relación sin sociedad, pero no puede haber sociedad como espacio común de realización sin conflictos. Cada sociedad muestra una unidad condensada de sus conflictos en su historia, su presente y sus oportunidades futuras.

La noción de conflicto enriquece y modela la de sociedad y su mayor difusión está determinada por la amplitud personal o colectiva de intereses. El conflicto es una causa y una demostración del enriquecimiento social.

El conflicto en el marco de una sociedad está determinado por y determina el régimen de dominación que incluye los patrones para la resolución de los mismos. En esa línea de razonamiento el conflicto es la oposición de las identidades diversas que desde ese lugar crean espacios para el consenso o para la eliminación.

La elaboración del consenso, que requiere la previa formulación del conflicto, presupone un fenómeno de integración en la solución hipotética pero también una modificación de los actores no sólo en su capacidad de ceder sino, también, en el reconocimiento de los otros y de su propio como parte, no como totalidad.

Obviamente, en el marco de un proyecto democrático los conflictos sociales no reconocen ni a la eliminación del oponente ni a la representación de la totalidad como elementos aceptables, queda abierta la discusión empero, cuando se trata la cuestión del ordenamiento jerárquico de los mismos.

En efecto, si el sistema democrático requiere, presupone y necesita la presentación y elaboración pública de conflictos y consensos, el sentido mediante el cual se ordenan es también materia de conflicto.

La visión dominante y la crítica chocan, precisamente, en el punto de jerarquizar uno u otro conflicto y también en el reconocimiento de la existencia de los mismos.

Hace al campo de ampliación de la democracia no sólo las visiones distintas acerca de la importancia de uno u otro conflicto sino la incorporación cotidiana de nuevas y distintas expresiones de la vida social.

El conflicto en un sistema democrático requiere a su vez de la colaboración y el cálculo estratégico, obliga como espacio de indeterminación e incertidumbre a la ampliación de los espacios de conflicto auspiciando el aglutinamiento de los similares a partir de valores abarcativos con lo que la propia lógica del conflicto obliga a la tolerancia.

Por el contrario, un sistema que no reconoce como dato auspicioso la aparición de visiones alternativas, que concentra el desenvolvimiento de la sociedad en un número muy reducido de conflictos induce y presupone un fenómeno de pauperización ciudadana creciente. Como se reconoce, no existe una democracia fuerte en connivencia con una ciudadanía debilitada.

El fortalecimiento de la racionalidad del conflicto-consenso hace que en la dinámica histórica se derrumben alternativas de pensamiento único, se creen actores responsables y se produzca un fenómeno cuyas consecuencias son difíciles de medir como es el proceso de imbricación colectiva del individuo. Me refiero a un individuo, personal y social, que crece a partir del contacto con los otros y no de la donación material, cultural o ideológica de sí mismo.

La hegemonía del neoliberalismo tiene que ver con la imposición simultánea y contradictoria de dos cuestiones: la reducción del número de conflictos a partir de un ordenamiento jerárquico excluyente (la racionalidad economicista) y la anatemización de toda situación conflictiva en aras del conflicto central.

En esta tesitura el paso siguiente fue impugnar toda otra perspectiva de la organización social que se refugiara en algún sector social o político, sumando a la confiscación material de la gestión la captura de la imaginación.

No inadvertidamente el imperio del pensamiento único y el reinado de la economía vulgar iban a deteriorar y empequeñecer el plexo de valores éticos y morales y debilitar el concepto de ciudadanía por vía del deterioro de la actividad política, la manipulación de la ley y la justicia, el elogio del decisionismo, la fragmentación y exclusión social y la bestialización del trabajo.

Como el conflicto determinaba identidades y senderos imaginativos, el achicamiento del espacio conflictivo y la virulenta agresión social que derrotó a las fuerzas populares, hizo que el propio imaginario social se viese crecientemente empobrecido y clausurado y las identidades, cuestionadas en su base material, perdieran su afirmación simbólica.

3. AUTONOMÍA Y PODER

Definimos la autonomía como la capacidad de un individuo de fijar reglas que orienten su vida y la capacidad de participar en la distribución de los bienes políticos, económicos, sociales y culturales que existen o se produzcan en una sociedad tendientes a su realización como ser social.

La autonomía está íntimamente ligada a la autorrealización y esta última a la igualdad de oportunidades para el acceso a la misma. Esto significa que la existencia de fuertes desigualdades de oportunidades para acceder a la autorrealización implica diferencias sustantivas en materia de autonomía personal y colectiva.

En efecto, si aparece como éticamente inaceptable que la capacidad de realización de una persona esté determinada por el azar de su lugar de nacimiento surge como evidente que se requiere de una tarea social colectiva que permita igualar las oportunidades disímiles al momento de llegar a la vida.

Conviene identificar las áreas o espacios donde se establece la capacidad de realización del individuo:

–Salud: entendida como el acceso a la misma desde el nacimiento (alimentación, ambiente, etc.) y los mecanismos para mantenerla tanto en lo que se refiere a prevención, curación como entorno.

–Participación: entendida como protagonismo personal tanto en actividades ciudadanas, políticas o productivas que permitan la conformación de la identidad y la afirmación de las convicciones. La participación engloba a todos los procesos donde se elabora, ejerce o se admite una jerarquía, derechos u obligaciones y comporta desde el sufragio, hasta la escuela pasando por las empresas.

–Cultura: entendida como el acceso a bienes y redes simbólicas, capacidad de diálogo social y de integración y respeto a las diferencias.

–Economía: entendida como el acceso a bienes y procesos que hacen a la reproducción de la vida material lo que incluye la aplicación de los talentos y saberes.

Merece aclararse, entre tanto, que la vigencia de desigualdades de oportunidades en una de las áreas se transmite con fuerza sobre las otras desencadenando un espiral de marginación. El camino, hipotéticamente inverso, de sobre disponibilidad en alguna de ellas en términos relativos sobre las otras, no habilita por el contrario un proceso de inclusión creativa.

La tarea de realizar los procesos de igualación de oportunidades es, como se advierte fácilmente, una tarea política que presupone, en cada una de las áreas, reconfigurar las relaciones de poder que producen y reproducen la desigualdad, pero también actuar sobre todas ellas ya que la pervivencia de una desigualdad como se señaló realimenta el proceso de exclusión.

Concebir a la desigualdad como sometimiento implica anotar aquellos conflictos en los cuales esta se expresa. Así no solamente hay que dar cuenta, y hacerse cargo del conflicto de clases, que por su centralidad en el capitalismo ocultó otros históricamente previos, sino también el que enfrenta a los géneros, a las generaciones, a la sociedad civil con el Estado y a la propia humanidad con el ambiente que utiliza y que deja por herencia a otras generaciones.

Por otra parte, hay que advertir que esta desigualdad-sometimiento no encuentra en los límites restrictos o amplios del Estado su fuente de nacimiento, sus condiciones de propagación o las alternativas para superarla en sentido histórico. En consecuencia, no tiene un lugar específico situable y factible de ser ocupado.

En este contexto diluido e interconectado marchar hacia mayores condiciones de autonomía obliga, aunque parezca paradójico, a deslizarse por el camino del poder no con el objeto de apropiarse de sus jerarquías sino con el de someterlas a estructuras más horizontales de relacionamiento.

Ello obliga a un ejercicio cotidiano de re-secularización del poder, de ajustar cuentas con su conformación, de desmitificar sus fundamentos y de impugnar la naturalización de las relaciones que lo mantienen.

4. LA AUTOMIZACIÓN DEL CAPITAL

El sistema capitalista define su naturaleza a partir de la propiedad privada de los medios de producción y su dinámica en una tendencia a conseguir mayores porciones de beneficio a partir de lo cual el choque con las restricciones que puedan presentársele es ineludible aunque esas mismas restricciones sean, también, condición para su desarrollo.

El capitalismo, valga la perogrullada, depende de la ampliación del capital y este –entendido como relación social– afronta limitaciones acerca de las formas y ritmos de extracción de beneficios, de la disponibilidad de los mismos y del entorno socio histórico y cultural que le habilita condiciones de existencia hegemónica aunque no única.

Esto significa que el capitalismo necesita de las sociedades y de los estados para disciplinar y calificar a la fuerza de trabajo, garantizar la propiedad, imponer la moneda, establecer derechos y obligaciones proveerse de recursos institucionales y económicos pero que, a la vez, esas sociedades y esos estados pueden aparecer en una determinada circunstancia histórica como amenazas.

En esta coyuntura histórica, el capitalismo aparece colisionando violentamente con tres de los elementos que le dieron en el pasado capacidad de crecimiento, superando –cuantitativa y cualitativamente– el estadio anterior de los antagonismos. Nos referimos a las oportunidades y restricciones que le planteaban los estados, la relación con la clase trabajadora y finalmente, aunque parezca paradójico, con una cultura de integración que mas allá de la mundialización de los consumos reconoce ahora en la fragmentación y en la ausencia de un criterio de bien común sus conceptos fundantes.

En relación con los estados la movilidad de los capitales, en la forma de flujos financieros o de corrientes de inversión directa de empresas, limita el espacio de aplicación de la soberanía doméstica. El cambio tecnológico y la caída de los poderes reguladores concurren a establecer dicha frontera.

La optimización de los rendimientos financieros o el redespliegue de las actividades productivas permite a los capitales seleccionar, en una medida desconocida hasta ahora, a qué soberanía estatal, y en qué aspectos, se someten a la aplicación de políticas públicas. En efecto, las empresas o los flujos financieros pueden elegir dónde declarar sus ganancias, dónde ensamblar sus productos, dónde facturar sus ventas, dónde declarar actividades de investigación o dónde fabricar sus partes.

La movilidad del capital trastoca también el anterior ensamble estructural entre capitalismo y Estado; donde el primero requería del segundo una cantidad de contraprestaciones y el segundo asociaba el crecimiento del producto y del empleo, las relaciones exteriores de la respectiva economía, esto es, parte de su función de legitimación y, por cierto, la base de su sostenimiento fiscal a la expansión del propio capitalismo.

Esta mutación estructural no sólo disocia al capitalismo del Estado, en un sentido, sino que obliga a los estados a modificar su oferta de políticas para suministrar a los capitales móviles entornos hospitalarios que faciliten su radicación (y por esta vía

provean recursos a la legitimación estatal) a la vez que disocia la movilidad, disciplina a los estados.

Una nueva racionalidad estatal presidida por la seducción al capital, receta los reclamos de apertura a nuevos espacios de valorización y reconoce en derechos y estructuras preexistentes rémoras de pactos sociales costosos y desfinanciados que ya no pueden sostenerse.

La crisis fiscal es, en realidad, una crisis de poder de coaliciones sociales y estados que no pueden hacer efectiva la soberanía que les consagraba el derecho y la geografía política.

La tendencia a la autonomización del capital impacta en sus relaciones con el trabajo a partir de la revolución tecnológica como acervo pero fundamentalmente como estrategia de disciplinamiento (que modifica las posibilidades de radicación, reduce las escalas de las series productivas, sustituye trabajo vivo por maquinaria) del desempleo o la pérdida de calidad del trabajo (que tiende a cristalizar las tendencias hacia una distribución del ingreso regresiva a nivel planetario, a banalizar determinadas ocupaciones, y bestializar el uso de la fuerza de trabajo) y de la consideración creciente del trabajo como elemento de costo más que factor de la demanda.

Finalmente en su búsqueda contradictoria de mayores márgenes de autonomía el capital impugna dos de las grandes banderas que precedieron su avance:

–La concepción de un modo de producción alentado por el progreso, la mayor disponibilidad de bienes y servicios y que libera fuerzas creativas que cuestionan las jerarquías establecidas previamente, en un sistema social que reconocía como espacio imaginario al mundo en su totalidad.

–La concepción de integración no sólo económica, sino también cultural que implicaba en un tiempo más o menos remoto asociarse a esa dinámica universal y que brindaba, por lo tanto, un sentido de sociedad humana.

La realidad, contrario sensu, se impone como un sistema de fragmentación social creciente donde la mayor disponibilidad de bienes, y la reducción del esfuerzo humano para producirlos no encuentra su correlato en la capacidad de acceder a itinerarios de vida que completen las expectativas sociales.

Por otro lado, la propagación de la desigualdad (no pauperización) como sometimiento, ha transmitido hacia adentro de los estados las disparidades que antes se presentaban como características entre los estados.

Las barreras al desarrollo que la internacionalización de los capitales planteaba destruir, se han convertido aún en las sociedades más opulentas en jaulas para las expectativas de vida de las mayorías. El capital no llegó a muchos lugares para liberar sino para liberarse.

Asimismo la supuesta cultura universal, prohijada como elemento igualador por este sistema, no logra superar las tensiones entre la invocación mundial al consumo, la crispación de las identidades locales y la percepción de que se construye un sentido común del desentendimiento hacia aquellos que no tienen demasiado que ofrecer y mucho que pedir.

Esta tendencia a la autonomización del capital, que disciplina a los estados y a los trabajadores y recubre este proceso con una naturalidad cultural que auspicia a la vez la masificación y el abandono y pone en disputa el propio concepto civilizatorio que recubrió de legitimidad el ascenso y consolidación de este orden social.

En efecto un orden universal presidido por las ausencias de regímenes acordados, donde la incertidumbre en un entorno hostil compone graves situaciones nacionales e internacionales de inseguridad; hace que, más allá de la vocación predatoria, nada bueno pueda esperarse en materia de fortalecer los procesos de autonomía personal y de la consiguiente erradicación de desigualdades.

En sentido inverso, puede afirmarse que la autonomización creciente de los capitales encierra a los seres humanos en proyectos de vida marcados por el azar de su nacimiento y donde las expectativas de derechos y oportunidades tienden a empequeñecerse cotidianamente. La libertad no necesariamente es conciencia de la necesidad.

5. CIUDADANÍA Y GOBERNABILIDAD

Los estados nacionales, a pesar de los cuestionamientos de que son objeto, aparecen como el único espacio de articulación entre la soberanía popular y las políticas públicas. Los estados aún cuentan con el mandato de monopolizar el uso de la fuerza, la extensión y honra de los derechos y la provisión de garantías; esto significa que retienen dentro de sí las condiciones básicas de la ciudadanía.

A decir verdad el concepto mismo de ciudadanía si bien remite en sus orígenes a un espacio o lugar debe ser entendido como un conjunto de capacidades individuales y sociales a desarrollar en la mayor cantidad de territorios o espacios posibles. La ciudadanía, como todo concepto, es un acuerdo histórico, revisable e impugnable sobre un significado.

En el marco de los estados-nación se supone que la fortaleza, extensión y profundidad de la ciudadanía está determinada para los connacionales y puede resultar hospitalaria pero restringida para los extranjeros.

Reconocer la diversidad de culturas, creencias, derechos entre naciones, es un complejo ejercicio de construcción que ya no puede ser pensado exclusivamente hacia fuera de los estados, sino que debe integrarse hacia los vecinos de las propias ciudades.

La ciudadanía como acuerdo de derechos y como ejercicio de una diversidad voluntaria remite a un piso de valores comunes que definen su pertenencia. La ciudadanía es la que hace salir al habitante del carácter de ocupante.

La coexistencia de valores, el proyecto de ciudadanía y el ejercicio de la soberanía introducen la cuestión de la gobernabilidad como condición de aplicación de la ciudadanía y este es un problema de valores antes que práctico.

La gobernabilidad, colectiva y autocentrada en sociedades democráticas, no es una medida técnica que ordena y desprecia valores, sino una pauta gestionaaria de los

mismos que reivindica políticas públicas que respetan los principios de legalidad y eficacia.

Por cierto, el debilitamiento de la condición de ejercicio de la ciudadanía es la mayor impugnación posible a la gobernabilidad. Dicho más claramente, la gobernabilidad está puesta en duda cuando hay menos y no más ciudadanía.

La crisis de la ciudadanía que tiene como producto la entrada en crisis de la gobernabilidad hace que paralelamente se desdibuje el concepto de bien público o común, la efectividad de la ley y el dominio burocrático del Estado.

Esta descomposición habilita la afirmación de poderes y comportamientos corporativos, la aplicación de una legislación de hecho o la contradicción creciente entre legalidad y realidad y, finalmente, el desdibujamiento de las fronteras del Estado definiendo espacios y rutinas de corrupción con el sector privado.

Ciudadanías de baja intensidad donde se vota y no hay libertades, donde hay libertades pero se niegan derechos o donde hay derechos pero se niega su aplicación efectiva, expresan esos episodios a través de:

- estados fracturados donde se desafía cotidianamente el monopolio de la violencia, la unicidad del derecho y donde se encuentran áreas internas a las fronteras que no reconocen el principio de la soberanía popular y el propio imperio de la soberanía del Estado.
- fronteras porosas que sólo expresan la movilidad, como elección de sujeción a la soberanía estatal, de actores sociales sino también, la existencia de circuitos políticos, culturales y sociales que se rigen por códigos informales propios sin reconocer en su aplicación el límite de las fronteras políticas.
- sociedades civiles transnacionalizadas entendidas como escenario de conflictos y no como actores unificados, que conforman sus lazos –dentro de una misma relación– atravesando las fronteras e instalan sus lógicas de funcionamiento sin tomar como dato central la asociación con el devenir histórico de una comunidad.

Las limitaciones a la ciudadanía y los problemas de gobernabilidad que esto acarrea, plantean dos interrogantes, relacionado uno con la posibilidad de recuperar ciudadanía a partir de la reconquista y reformulación de los estados nacionales, y el otro, con las nuevas formas de articulación entre la sociedad civil y el eEstado.

Con relación a la estrategia de recuperación de ciudadanía y el papel de los estados nacionales en ella, si bien no es desdeñable lo que estos pueden hacer en materia de defensa de las libertades negativas y de cierta redistribución del ingreso por vía fiscal, al considerar la cuestión de la igualación de oportunidades en perspectiva de mediano y largo plazo parece firme la hipótesis de una crisis terminal del nacionalismo metodológico para afrontar la cuestión de la ampliación de los espacios de autonomía.

La pérdida de fuerza de lo estrictamente nacional para ampliar la autonomía mina también una de las cuestiones más difíciles de discernir en la teoría y práctica políticas. En efecto, si la fortaleza del estado nacional permitía el desarrollo histórico de la sociedad civil, y a su vez, esta dotaba de homogeneidad a sus relaciones con el Estado cabe preguntarse si ¿el vaciamiento del primero no debilita a la sociedad civil y la

transnacionalización de la sociedad civil no rompe su articulación primaria con el Estado nacional?

Tal como resultaba ayer un enmascaramiento ideológico reivindicar la ampliación del poder de la sociedad civil a expensas de un Estado demonizado, una estrategia de fortalecimiento de la sociedad civil –en el marco de una ofensiva contra el propio eje civilizatorio de la integración y la inclusión– sin tomar en cuenta la recomposición del estado nacional oscila entre la ingenuidad y la elegía de la concentración del poder en manos de actores privados transnacionales.

La amputación de espacios a la ciudadanía y su efecto sobre la crisis de la gobernabilidad tiene que ver con la impugnación a uno de los factores que históricamente más ha contribuido a la formación de las naciones como es la creación y adscripción a determinados bienes simbólicos, creencias, rutinas, lenguajes, formas de interpelación y conjuntos articulados de saberes.

La pérdida de la cultura nacional, y la consiguiente persecución a las culturas locales o su abandono en aislamiento y denigración, disuelve un lazo estratégico en la identificación y potenciación de solidaridades. La mundialización integra por el consumo de bienes, en algunos casos simbólicos, pero no por el reconocimiento y jerarquización de las diferencias ni por la aparición de equi-derechos internacionales efectivos para toda la población del planeta.

Se libera así un proceso con emisores privilegiados altamente concentrados que por un lado masifica y por otro excluye.

En realidad se instaura una cultura de vidriera que tiende a impedir la identificación de semejantes y se acomoda junto a la transmisión de saberes funcionales a la administración de la realidad esquivando minuciosamente su comprensión.

6. POLO Y POLÍTICA PARA UN NUEVO ACUERDO SOCIAL

Se vive una clara disyuntiva histórica cuando se percibe que el desarrollo de las fuerzas materiales permitiría a la humanidad acceder a nuevos estatus de bienestar y a otro modo de vida mientras que las normas que dan sustento a esta sociedad o bien prescinden de buena parte de la sociedad, expulsándola, o bien la integran al precio de sacrificar derechos, esto es, de sacrificar ciudadanía y autonomía para seguir siendo productores y consumidores.

Manteniendo como eje el concepto de aumento de la autonomía personal y colectiva, que implica erradicar las desigualdades de oportunidades a la vez que extender y ampliar el universo de ciudadanía, resulta claro que esto sólo podrá hacerse en el marco de un nuevo acuerdo social que transforme las actuales relaciones de poder.

Un nuevo acuerdo debe incluir un consenso moral mínimo que determine lo aceptable e inaceptable de la vida social. Dicha base debe comprender los siguientes principios:

- ≠ Igualdad de derechos y oportunidades de materialización de los mismos, lo que implica revisitar desde esa perspectiva los conflictos que plantean restricciones a la autonomía por vía de la imposición de la desigualdad-sometimiento. En esa situación se encuentran los conflictos de clase, entre géneros, intergeneracionales y de relacionamiento de la sociedad civil con el estado.
- ≠ Reconocimiento, respeto y jerarquización de la diversidad voluntaria como afirmación de la autonomía individual y colectiva.
- ≠ Ejercicio de solidaridad de miembros de una comunidad, sea a la escala que fuere, como obligación igualadora hacia la menor dotación y capacidad o mayor necesidad.

Precisamente la concurrencia de la crisis de los estados nacionales y la transnacionalización de las sociedades civiles obliga a pensar al incremento de la autonomía y la profundización de la ciudadanía a partir de un sistema estatal, interestatal o supraestatal que se haga cargo de dicho mandato social.

Surge como evidencia que debe construirse un modelo de Estado transnacionalizado que gestione la voluntad política condensada en ese consenso moral mínimo a los efectos de evitar que la transnacionalización se convierta en un mecanismo de domesticación social.

En una misma línea de pensamiento una sociedad civil extendida por fuera de las fronteras no implica necesariamente mayores niveles de fortaleza.

El intento de dotar de mayor vigor y consistencia a la sociedad civil obliga a adecuar el Estado transnacional y el funcionamiento de los estados nacionales a la lógica de la ampliación de la autonomía y ello sólo puede lograrse desde una agregación social basada en los derechos y con características transfronterizas.

Dirigir colectivamente el proceso de integración internacional implica mover su eje desde la equivalencia de monedas y el libre tráfico de mercancías e inversiones hacia la equivalencia de derechos y la libre concreción de itinerarios de vida personales y comunitarios.

Por ello, toda estrategia enderezada al fortalecimiento de la sociedad civil, como escenario de conflictos, enfrentamientos de identidades y diversidad de intereses, sólo puede buscarse a partir de una rotunda toma de partido por una creciente homogeneidad e igualdad de oportunidades interna.

Dicho emprendimiento colectivo no opera en el vacío sino en un escenario hostil a la reapropiación pública del poder de decisión; por eso, la configuración de un imaginario solidario e integrador reclama la conformación de un bloque social alternativo con la suficiente fuerza para alterar relaciones establecidas.

El marco de agregación de ese bloque social alternativo no pasa solamente por reclutar demandas o sometimientos ya identificados, reclamos o impugnaciones al sistema, sino por descubrir, también, reclamos no formulados e intereses no agregados aún. Todo lo existente no es todo lo posible.

Ahora bien, cuestionadas las identidades sociales preexistentes, puestos en disputa los anteriores mecanismos de agregación de voluntades, desaparecidas las certezas

confortables, sólo la política aparece como capacidad de enhebrar heterogeneidades y de condensar energías.

Una política que integre las condiciones materiales pero las ordene a partir de valores que sirvan de guía en la búsqueda de mayores condiciones de autonomía.

Dicha reformulación de la política debe rescatar la noción de polaridad.

Un polo es la expresión política de una nueva centralidad civilizatoria, en este caso la autonomía individual por vía de la expansión de la ciudadanía, hacia el que convergen sujetos y actores sociales sin necesidad que en su conformación se mantengan nítidas las identidades previas de las fuerzas políticas, sociales y espirituales convocadas.

La noción de polaridad no se refiere a exclusión, sino a espacio de reagrupamiento para el conflicto; pero este último entendido no como batalla final con lugar específico sino como apropiación del sentido de la vida social en escenarios y tiempos diversos.

Resulta fundamental inscribir a la política, como actividad de creación de escenarios y de gerenciamiento colectivo de los conflictos y como elemento ordinal de la estrategia.

El polo reconoce la historicidad, la diversidad de intereses y la indeterminación del futuro; por tanto gana en fuerza al ser flexible, pluralista y reflexivo colectivamente.

La polaridad es el paso a lo concreto de una toma de posición frente al sometimiento, no es la corporización de la verdad, ya que la pretensión de verdad se convierte en la dinámica de una sociedad en una interpelación totalitaria.

Si bien el polo se conforma en la política, su estructura no está soldada exclusivamente al sistema político. El polo está en el sistema político pero también en las organizaciones sociales y en la vida cotidiana desarticulada y se instala desde alguna de las coaliciones culturales integradoras que le proveen su base conceptual.

Entre dichas coaliciones culturales pueden destacarse:

- ≠ el acceso y mantenimiento de la salud,
- ≠ el ingreso de inserción,
- ≠ el trabajo como fuente de ingresos y actividad identitaria,
- ≠ el acceso al conocimiento, a su calidad y a la capacidad crítica como fuente de autonomía,
- ≠ una sociedad segura y no hostil,
- ≠ un ambiente disponible, mejorable y reproducible,
- ≠ una vida plena sin asociación a la edad,
- ≠ una sociedad que valora a las diferencias como parte de su riqueza,
- ≠ un poder crecientemente horizontal basado en la relación de igualdad de oportunidades.

Frente a estas tareas la política y el polo afrontan una serie de peligros que tienen que ver con:

- La capitulación conceptual frente a la naturalización de las relaciones de poder vigentes y el establecimiento de límites crecientes a la autonomía y la amputa-

- ción de espacios a la ciudadanía. El traspaso del discurso de la economía vulgar a la política que funda la sociedad de la eterna escasez no quita responsabilidad moral a la convivencia con la desigualdad y el sometimiento. Paradoja de paradojas, a quienes más alto sitúa el poder popular, en lugar de protagonistas se convierten en testigos o a lo sumo traductores.
- La apropiación de una concepción situacionista sin advertir que el poder, a diferencia de la administración, no se hereda en este contexto. La política gana en capacidad de demostrar que hace rotar a las elites pero convierte al sistema en un entretenimiento de los privilegiados con el consenso activo o pasivo de los excluidos.
 - El otorgamiento a la práctica política, en todo nivel, de un sesgo institucionalista sin reconocer que las relaciones de dominación están enquistadas en muchos casos fuera de y del alcance del Estado. Aún peor, con un Estado al que se reconoce en crisis estructural.
 - La instalación de la política en los escenarios en donde se establecen situaciones contramayoritarias o poderes concentrados. En efecto la judicialización y la mediatización son formas de desagregación de las estrategias de gestión colectiva de los conflictos e implican transferencias explícitas o implícitas de la soberanía. Advertidos de los riesgos, conviene repasar alguna de las oportunidades:
 - La construcción de una rutina de intervención personal en los conflictos que implica un fuerte involucramiento social y el crecimiento de una identidad con múltiples espacios de afirmación.
 - El ejercicio de un creciente poder autónomo en la gestión de los conflictos en que se toma partido, como sujeto portador de derechos y vehículo de igualación de oportunidades. Esto es, la política entendida como agregación y potenciación de las diferencias hace crecer la autonomía como ejercicio para afirmar la autonomía como vector ordenador de la vida social.
 - La ruptura en términos históricos de una tradición que disociaba entre las condiciones de acceso al poder, mediante la imposición violenta de nuevas relaciones, y ejercicio posterior del mismo. El replanteo desde la política, y no sólo desde el Estado, de las relaciones de poder permite crear poder democrático más horizontal y participable, más diluido y por tanto menos empobrecedor y eventualmente más enriquecedor para sujetos más autónomos.

UNA POLÍTICA DESDE EL TRABAJO

Carlos Girotti

*Secretario de Prensa de la CTA-Capital
Secretario de Acción Política de ATE-Capital
Investigador del CONICET*

*Para Daniel Mosimann,
hermano, amigo, compañero.*

I. PRESENTACIÓN

Es un hecho incontrovertible que la dictadura militar, instaurada en 1976, le infringió al campo popular una derrota estratégica, como así también resulta insoslayable que, en dicho contexto, el aspecto principal de aquella derrota fue la pérdida de la unidad orgánica de los trabajadores como clase. Desde entonces, todo el movimiento de masas quedó a la defensiva inaugurándose una larga etapa –que aún no ha concluido– en la que la correlación de fuerzas entre las clases sociales favorece notoriamente al dominante bloque de poder hegemonizado, a su vez, por las fracciones más concentradas del gran capital.

Por otra parte, tampoco parece discutible ya que, al interior de esta etapa defensiva, se registró recientemente un cambio de fase sin que, en lo sustancial, ello alterara la correlación de fuerzas. Nos referimos a las condiciones materiales sobre las que venía desarrollándose la resistencia a la ofensiva abierta en 1976. Hasta 1994, año de la Marcha Federal, todas las luchas estuvieron sometidas al efecto devastador del aislamiento y la atomización de esfuerzos originado tanto en la ruptura de los vínculos solidarios como en la ausencia de una dirección política orgánica. Como agravante de estas condiciones materiales estaba la vigorosa iniciativa política del bloque dominante. Pero, desde 1994 en adelante, una serie de hechos vino a modificar ese panorama: la consolidación del proyecto de la CTA* –iniciado en 1992 y confirmado en 1996 con el Congreso constitutivo de la Central–, la disidencia interna de la CGT concretada en el MTA**, la no adscripción de la CCC*** a ninguna de estas

alternativas, la movilización de masas durante el vigésimo aniversario de la dictadura militar, los cinco paros nacionales, el Apagón, la perdurabilidad de los “miércoles de los jubilados”, la Carpa Docente, la sucesión de puebladas de las que emergieron los “piqueteros” y “fogoneros” y el largo y exitoso conflicto en el Instituto Malbrán. Estos hechos, protagonizados centralmente por organizaciones populares y de trabajadores, le dieron contundencia a los resultados electorales de octubre de 1997 que, a la sazón, marcaron el quiebre del monolitismo menemista.

Ahora bien, las dos cuestiones señaladas, es decir, el carácter defensivo de la etapa abierta en 1976 y el cambio de fase operado en su interior, ponen de manifiesto las enormes dificultades que afrontamos los trabajadores y el pueblo para volcar las relaciones de fuerza en nuestro favor. Se trata de un período histórico, que lleva casi veintitrés años, en el que la representación social mayoritaria todavía es un problema a resolver y, además, existe un abismo a sortear entre la parcialidad de las acumulaciones sociales y su representación política. De hecho, esta situación predica acerca del concepto de correlación de fuerzas entre las clases sociales puesto que ninguna mensura podría ponderar el estado real de esa correlación sino fuera a condición de tomar como parámetro la totalidad social. Esta última, a su vez, connota las relaciones estructurales y superestructurales que mantienen, por oposición y/o antagonismo, las clases entre sí y, por lo tanto, incluye la estructura productiva (modo de producción, relaciones de producción y fuerzas productivas, cambios en los procesos de trabajo), y se proyecta al campo del Estado (su base histórica, su contenido de clase, sus aparatos de hegemonía tales como los partidos políticos, sindicatos, iglesias, medios de comunicación, etc., sus ampliaciones y mediaciones en y con la sociedad civil).

A este contexto, de por sí complejo, se agregan las distintas y hasta contradictorias concepciones acerca de la subjetividad, esto es, el modo que adoptan (o que deberían adoptar, según quien lo sustente) la acción y la conciencia políticas en la práctica social concreta de las más amplias masas. En la medida en que estas concepciones se materializan en actores y son individualizables por su mayor o menor capacidad para incidir en la realidad, constituyen un elemento dinámico en el análisis de la situación y, por supuesto, son el motor que mueve el debate político e ideológico.

De manera que aquí, dentro de los límites de este escueto trabajo, partimos de los conceptos y definiciones precedentes para discutir quién es el sujeto que puede transformar radicalmente la realidad descrita, cómo se construye esa subjetividad y cuáles son sus tareas. Por cierto, advertimos que los señalamientos que siguen resultarán esquemáticos tanto por la necesaria brevedad de esta presentación, como porque su fundamentación teórica más desarrollada se encuentra en un material de nuestra autoría al que, desde ya, remitimos al lector.

* Central de los Trabajadores Argentinos.

**Movimiento de los Trabajadores Argentinos.

***Corriente Clasista Combativa.

II. ¿QUIÉN ES EL SUJETO?

Con la desaparición del régimen de acumulación capitalista propio de la posguerra (signado por el Estado benefactor) y el fracaso de la experiencia socialista en el Este europeo (más la reconversión china), no son pocos los que consideran que la llamada globalización comporta la estabilización de un nuevo régimen de acumulación a escala planetaria. Para quienes participan de esta caracterización resultan decisivos los siguientes factores: el supraestado mundial constituido, de hecho, por el Grupo de los 7, los Estados regionales (Comunidad Europea y los que se prefiguran con el Mercosur o el Nafta), así como la proyectada creación de una nueva entidad mundial reguladora del flujo de fondos que supere las limitaciones actuales del F.M.I., compatibilice el inminente lanzamiento del euro con las órbitas del dólar y del yen, y neutralice las crisis del tipo de la asiática, la del “tequila”, la de la “caipirinha” o la de la “vodka”. Esta caracterización se completa –y para algunos de sus sostenedores se funda– en la acelerada concentración de la riqueza que se desata en los años 80 y en la instrumentación creciente de cambios en los procesos de trabajo tales como el toyotismo, el de “calidad total”; en las normas flexibles de contratación del empleo y en la precarización general del trabajo con sus secuelas de desocupación y subocupación; en la progresiva tercerización de la economía y en el acento en las operaciones especulativas del capital financiero que, de hecho, impactan en la franja obrera industrial como desproletarización y subproletarización.

Ahora bien, en cierta medida tienen razón porque todos los indicadores señalados tienen, en la realidad, la contundencia de lo concreto. Sin embargo, parecieran olvidar una cuestión: la dimensión política e ideológica. La ofensiva neoliberal vino a destruir el marco regulatorio de la posguerra que se asentaba en la necesidad del capital de estimular la demanda. Esta no sólo funcionaba como pivot de la expansión capitalista sino que también cumplía el rol de articuladora de las formas de consenso imprescindibles para alejar el fantasma revolucionario que avanzaba desde el Este. El Estado benefactor llevó a cabo esa misión pero, paradójicamente, realimentó la potencialidad del movimiento de masas. Las luchas anticoloniales, la derrota, norteamericana en Vietnam, la persistencia del ejemplo cubano y un sin fin de experiencias en todo el planeta que incluyen al Mayo francés, al Cordobazo, al Chile de Allende y a la Argentina del “luche y vuelve”, fueron la expresión más acabada de aquella potencialidad. Es decir, el régimen de acumulación capitalista de la posguerra sólo puede entenderse a condición de no aislar el proceso económico de su imprescindible dimensión política e ideológica. Fue esta dimensión la que le aseguró, durante dos décadas, un ritmo sostenido de expansión; pero también fue esa dimensión la que oxigenó al movimiento de masas aunque la ofensiva de éste no estuviera en los planes de la clase dominante.

No obstante ello, quienes sostienen que el “orden global” comporta ya un nuevo régimen de acumulación capitalista escinden de tal manera la dimensión política e ideológica que acaban por aceptar que el único camino válido para la política es aquel

que convive con el orden existente. Y aunque más adelante retomaremos esta cuestión desde un enfoque diferente, consideramos que es imprescindible aquí debatir otro tema que está en el sustrato de esa posición.

En efecto, para nuestros “globalistas” (poco importa si se consideran progresistas o no), que el sistema capitalista genere el año próximo más de 1.000 millones de desocupados, que a diario crezca por millares la cantidad de desnutridos y muertos por enfermedades curables, o que el arsenal nuclear mundial alcance para destruir casi 30 veces el planeta, son todas consideraciones que les hablan acerca de la necesidad de “humanizar el capitalismo salvaje”. Para ellos, este panorama dantesco es algo corregible cuando, en realidad, se trata de la presencia, manifestación y desarrollo de una crisis formidable de un modo particular de dominación capitalista: la del modelo neoliberal. El capital ha repetido el ciclo histórico de destruir fuerzas productivas para intentar la estabilización de su tendencia a la caída de la tasa de ganancia. Esto, de por sí, le ha abierto un enorme abanico de contradicciones que son las que le dan forma y contenido al carácter de la crisis actual. Una de esas contradicciones –y no precisamente la menor– es que no consigue que casi las tres cuartas partes de la Humanidad acepte con alborozo las consecuencias de la ofensiva desatada por él mismo en los años 80. Vale decir, uno de los requisitos básicos para suplantarlo con éxito al régimen de acumulación de la posguerra, no lo puede cumplir. Puede sí domesticar a palos, puede disciplinar socialmente con el terrorismo hiperinflacionario o con el desocupador, y hasta puede generar el acatamiento pasivo con el espejismo de las monedas convertibles y estables; pero lo que no puede alcanzar es el consenso activo y protagónico de sus víctimas.

Entretanto, eso que es una evidencia del todo evidente, ni siquiera es visualizada por algunos teóricos de la “sociedad posindustrial”. Para Gorz, Habermas y Offe, entre muchos otros, lo que entró en crisis es la “sociedad del trabajo” y, por lo tanto, la fuerza persuasiva de su utopía. Así, el trabajo ya no tendría un valor estructurador de la sociabilidad, ni tampoco la producción y el lucro. Es decir, la sociedad contemporánea ya no estaría regida por la lógica del capital, tal como correctamente lo apunta el brasileño Ricardo Antunes en su polémica con aquellos teóricos. Y, de hecho, Habermas le da la razón cuando nos dice que “los acentos utópicos se movieron del concepto de trabajo hacia el concepto de comunicación”. O sea, ni vigencia de la ley del valor, ni explotación, ni mucho menos emancipación del mundo del trabajo: el problema de la Humanidad es comunicarse más y mejor.

Asimismo, los posindustrialistas refuerzan su teoría con la constatación –veraz, por cierto– de que la mano de obra fabril ha decrecido en número e importancia. Razón demás, suponen, para postular que la dignificación de la vida humana ya no depende de un cambio radical en las condiciones de trabajo. Este criterio lleva por vía directa a la aceptación de un nuevo modelo societario (¿el orden global?) y a desconocer olímpicamente el carácter de la crisis actual del sistema capitalista.

Nuestra posición consiste en reconocer que la ofensiva capitalista impuso una violenta reconfiguración de la estructura productiva; que la incorporación de nuevas tec-

nologías al proceso del trabajo hizo disminuir drásticamente la cantidad de trabajo manual directo y el tiempo físico de labor, aumentó la calidad y la productividad, supercalificó a una franja muy reducida de la mano de obra y descalificó a una gran porción de la misma con directas consecuencias sobre las ramas productivas involucradas. Por las mismas razones, dicha reconfiguración subproletarizó a ingentes masas obreras, al tiempo que a otras las empujó a la marginalidad del desempleo o las sumió en la exclusión social. Así también introdujo cambios en el proceso del trabajo que dieron como resultado la aparición de trabajadores individuales que, en la supuesta comodidad de sus casas, intervienen en el desarrollo productivo con sus computadoras o realizando “guardias pasivas”. Sin embargo, ninguna de estas constataciones sirve para desmentir el concepto de trabajo socialmente combinado. Por el contrario, al tiempo que todas ellas emergen de la vigorosa iniciativa capitalista, refuerzan con su sola existencia el concepto antitético de capital social total. Se trata de dos polos antagónicos y uno de ellos, el capital, continúa reproduciéndose a sí mismo por la vía de desnaturar al otro sometiéndolo al extrañamiento, a la alienación.

Por lo demás, si se comprobara que los millones de desposeídos del producto de su trabajo no pugnarán por alejar de su horizonte inmediato a las lacras del hambre, la desnutrición, la miseria, el analfabetismo, y que otros tantos dejarán de anhelar para sus hijos un mundo en paz, sustentado en la solidaridad de sus habitantes y en la armonía de éstos con el medio ambiente, entonces tendríamos que admitir que no hay crisis. Pero la crisis existe porque la lógica del capital lo lleva irresistiblemente a confrontar sus propios intereses con los antagónicos del trabajo y, porque para pesar de aquél, éste no le otorga su consenso activo. He aquí, pues, la dimensión política e ideológica contra la que colisiona el neoliberalismo en su afán dominador: sojuzga, pero no puede dirigir; controla, pero no puede representar la aspiración del bien común; somete, pero no consigue que su interés sea el interés general.

De manera que, al igual que en el Siglo XIX, la expansión capitalista ha vuelto a engendrar las condiciones que dieron lugar a las oleadas revolucionarias que se materializaron en este otro siglo que termina. Sin dudas que otros serán los modos, las intensidades y las profundidades del nuevo carácter revolucionario de la época que comienza con el fracaso neoliberal. Pero nada indica que el sujeto del cambio sea diferente a aquel que malvive de la venta de su fuerza de trabajo, que inorgánica o mancomunadamente con sus semejantes resiste la imposición de quienes lo explotan u oprimen, lo hambrean o lo discriminan. Sea cual fuere su grado de atomización, su parcelamiento en capas más o menos próximas a la producción, o más o menos incluidas en la dinámica del mercado, la clase de los trabajadores sigue siendo la única capaz de liderar un proceso simultáneo de “emancipación del trabajo, en el trabajo y por el trabajo”.

Y que conste como primera conclusión provisoria: liderar significa poder hablar el mismo lenguaje de otros actores sociales emergentes de la crisis actual. Esto es, hacer que en el discurso propio resuenen el discurso del movimiento de los sin tierra, el de los pueblos originarios, el de la mujer y las reivindicaciones de género, el de los

ancianos o el de los jóvenes, el de los discriminados por su opción sexual, el de los perseguidos por su raza o religión, el de los ambientalistas. Esta es la dimensión multifacética de un sujeto anclado en la “clase-que-vive-del-trabajo” y que, a no dudar, precisa recrear su propia subjetividad revolucionaria.

III. CONSTRUCCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD

Si existiera la receta de alguna pócima milagrosa, o el abracadabra ideal para un pase mágico de la Historia, la construcción de la subjetividad revolucionaria no sería un problema para nadie. Pero lo es. Señal inequívoca, por lo tanto, de que nos enfrentamos a una tarea tan densa y compleja que ni siquiera admite a la voluntad como único requisito para acometerla. No basta con que alguien se proponga construir esa subjetividad para que ésta se materialice y, sin embargo, nunca faltan voluntaristas que repiten experiencias que fueron valederas en otros contextos pero que hoy no dan cuenta del objetivo que persiguen. El voluntarismo, al fin y al cabo, es la prolongación del idealismo más primitivo; es la obstinada negación de que la conciencia sólo transforma la realidad material cuando ésta ya ha operado sobre ella.

Alrededor de este dilema –que Marx saldara ante el idealismo de Hegel y el pseudomaterialismo de Feuerbach– vuelve a instalarse hoy la cuestión de la construcción del poder revolucionario. El debate con aquellos que pretenden erigirse en custodios de los intereses históricos de los trabajadores, pero que acaban echándole la culpa a las masas porque éstas no son capaces de adoptar su pretendido programa revolucionario, es una polémica resuelta por la propia práctica de las masas. Pero el debate con aquellos que deliberan y gobiernan en nombre del pueblo –tal como reza la Constitución argentina– recién comienza.

Hemos dicho en la presentación de este trabajo que hubo un cambio de fase al interior de la etapa defensiva abierta en 1976. Con ello pretendemos significar que la resistencia al neoliberalismo pudo superar la anterior fase de inorganicidad de las luchas y construir algunos referentes estables. La clase trabajadora continúa sin poder recuperar su unidad orgánica, pero la existencia de estos referentes y su relativa perdurabilidad como proyectos diferenciados, indican que la disputa política e ideológica por la reunificación de la clase ha comenzado. Y si se puede ubicar un inicio de dicha disputa es porque la consolidación de las tendencias y organizaciones de masas que la protagonizan contribuyeron, con sus acciones y desarrollos, a modificar las condiciones materiales bajo las que se resistía al neoliberalismo menemista.

También hemos apuntado que el corolario de ese cambio en las condiciones materiales estuvo dado por el triunfo de la Alianza en las elecciones de octubre de 1997. En ese sentido, el quiebre del monolitismo menemista se constituyó en la primera evidencia cierta –tras años de frustraciones y derrotas para amplios sectores de nuestro pueblo– de que era posible avanzar. Nuestra CTA, por ejemplo, no se sustrajo a esa certeza y, de un modo u otro, interpretó que el camino de la acumulación social

que venía transitando resultaría convergente, en un plazo no muy lejano, con el de quienes acababan de protagonizar el triunfo electoral en el plano institucional. No era ésta una definición programática, ni mucho menos una gratuita cesión de la autonomía política, como pretendieron endilgarnos desde el gobierno. Era, en la práctica, la aspiración de que el abismo que separaba las construcciones sociales de las representaciones políticas, se achicara en la perspectiva de la derrota definitiva del menemismo. Así, al menos, resultó ser la actitud predominante en nuestra organización, aunque algunos receláramos de que aquella aspiración pudiera materializarse.

Ahora bien, a un año de esa coyuntura la realidad nos indica que el abismo, lejos de achicarse, se ensancha cada vez más y lo único que queda en pie es la imperiosa necesidad de derrotar al menemismo en las elecciones de 1999. ¿Qué es lo que ha ocurrido entre ambas situaciones para que la distancia entre el movimiento social y la representación política haya crecido?

Desde la restauración democrática de 1983, los partidos políticos argentinos, al igual que el conjunto de los aparatos de hegemonía estatales y paraestatales, han ido transformándose y constituyéndose en soportes de la institucionalidad del “orden global”. Si en el período previo a 1976 todavía mantenían la aspiración de ser partidos de masas era porque éstas, en su ofensiva, les imponían un relativo culto a los valores y símbolos de la militancia. Por supuesto que existían las prácticas clientelísticas, prebendarias y comiteriles, pero los partidos mayoritarios no podían menos que prestar oídos a ese clamor que subía desde los cimientos de la sociedad. Con el baño de sangre del terrorismo de Estado, y enancados en la ilusión del autogobierno que la restauración democrática le impuso a las masas, los partidos se convirtieron en meras rampas de lanzamiento para la disputa de los espacios institucionales. De entonces para acá la noción de cambio quedó prisionera, en el discurso y en la práctica, de la posibilidad o no de cubrir tal o cual cargo electivo. Vale decir, la dinámica partidaria abandonó la movilización de masas como factor de cambio para instalarlo en la banca de concejal, diputado, senador, etcétera.

Por otra parte, este desplazamiento se hizo en sentido opuesto a las acciones de resistencia de amplias franjas de nuestro pueblo. En la mayoría de los casos la calle resultó ser el escenario de sus luchas, mientras que para los políticos fueron los estudios de televisión los que albergaron sus rencillas. La única excepción que confirma la regla la aportó el duhaldismo: primero amagó con el plebiscito para impedir la reelección de Menem y generó un brote de crisis institucional que dió por tierra con el proyecto oficialista; después lo puso en práctica y, por primera vez en muchos años, llenó la Plaza de Mayo el pasado 17 de octubre. En este último caso, el verdadero discurso de Duhalde fue su capacidad de convocatoria para dirimir la interna del PJ porque, en términos de lo que dijo y hasta el propio carácter de la movilización, no sacó los pies del plato.

En definitiva, pretendemos subrayar que la dinámica partidaria tradicional, incluyendo en esto a la Alianza, es más un acto de buena conducta respecto del poder real que un cauce para la movilización. De hecho, los partidos no se hacen cargo de lo que

diversos sectores de masas plantean con su dinámica de luchas; a lo sumo se proponen como gestores del conflicto dentro del espacio institucional. Hay toda una simbología gestual de esa opción que se expresa en los fluidos contactos que los principales referentes mantienen con representantes del bloque en el poder mientras que, por otro lado, siempre tienen una excusa para no acercarse –ni mucho menos comprometerse– con las organizaciones populares y de trabajadores. Por supuesto que también hay honrosas y destacadas excepciones: algunos concejales, diputados y dirigentes partidarios intermedios que no reniegan de su pertenencia a aquellas organizaciones de base, pero que el compromiso con sus orígenes no puede torcer la regla de la dinámica institucional de los partidos.

Toda esta tendencia se profundizó a lo largo del último año y las aspiraciones de convergencia que el movimiento social había manifestado durante la coyuntura electoral del 26 de octubre de 1997 se fueron esfumando. Mientras tanto, los conflictos no dejaron de sucederse: la continuidad de la lucha de los docentes y las movilizaciones en contra de la reforma laboral –para mencionar dos de los más importantes– quedaron librados a su propia suerte ante la ausencia de definiciones contundentes de parte de los partidos opositores. En este contexto, signado además por la agudización de las internas partidarias con vistas a las elecciones de 1999, nuestras organizaciones adoptaron una táctica no explícita: esperar a que se conforme el escenario electoral y, a partir de allí, encarar una intervención más firme sobre la coyuntura política.

El resultado de esa táctica, por error u omisión, ha sido la pérdida de la iniciativa política con el consiguiente confinamiento de las luchas en el estrecho espacio de lo corporativo. A diferencia de la táctica anterior, la que comenzó con la Marcha Federal, los paros nacionales, el apagón, etc., esta otra sumió a nuestra militancia en una actitud poco menos que pasiva. Es como si se estuviera a la espera de algo, que no se sabe bien de dónde vendrá ni cómo será, hasta que las cavilaciones son “interrumpidas” por un conflicto sectorial que, en general, nunca consigue el apoyo masivo de otros sectores. En esta dinámica, los lugares en los que se protagoniza una lucha jamás logran la interlocución con el resto de la sociedad. Salvo la Carpa Docente durante el primer año (que concitó la atención y el respaldo) el resto de los conflictos quedó circunscripto a su realidad más próxima.

La desacumulación política, operada desde que logramos dar el salto cualitativo al pasar de una fase de inorganicidad de la resistencia a la inmediata superior, pone al desnudo los rudimentos de una concepción que, en el límite, remite a un modo particular de entender la construcción del poder propio.

En efecto, aunque nadie lo haya explicitado, lo objetivo es que venimos actuando como si alguien hubiera teorizado que primero tenemos que alcanzar la unidad orgánica de nuestra clase para sólo después intervenir en política. Lo curioso, además, es que tampoco existe una caracterización acerca de qué significa intervenir en política. Esta disociación e indeterminación del campo de lo social respecto del campo de la política, reproduce al infinito la lógica de alienación que nos impone la clase dominante. Pero como este efecto no se produce en el plano de la práctica consciente, es

decir, ninguno de nosotros en su sano juicio reproduciría adrede esa lógica; es preciso buscar sus consecuencias en el plano de las acciones concretas. Para el caso, la táctica que acabamos de caracterizar termina otorgándole a lo institucional/electoral la misma primacía que le confiere el orden existente. Esto es, esperar a que se configure el escenario electoral implica, en los hechos, subordinar nuestra construcción social a la capacidad de desarrollar contradicciones que tendrían las construcciones afincadas en lo político institucional.

Es claro, por otra parte, que una de las consecuencias indeseadas de esa subordinación objetiva y no consciente es la segura condena al corporativismo que padecerán todas las luchas. O lo que es igual: aunque se pueda verificar un crecimiento cuantitativo en nuestras organizaciones, el techo cualitativo de la acumulación está dado porque se sitúa la resolución política del conflicto en otros actores y en otros espacios. La fórmula sería: mientras nosotros denunciemos, otros enuncian. El corporativismo, además, impacta al interior de cada una de nuestras organizaciones y esto se verifica en el tenor de los debates y disputas internas. En general, estas discusiones siempre giran en torno a individuos, a sus mayores o menores capacidades, y sólo muy de vez en cuando –y nunca de forma directa– estas polémicas refieren a concepciones integrales del poder.

Asimismo, como la fractura entre la construcción social y la política es más que dolorosa (considerada la oportunidad histórica que vivimos), no son pocos los compañeros que asumen vivir una doble vida. Desde la voluntad militante y enarbolando el compromiso con sus organizaciones originarias, mujeres y hombres de nuestra clase y de nuestro pueblo se han volcado hacia las estructuras partidarias de la oposición. Pero éstas, lejos de resolverles la impotencia que les crea el techo cualitativo del que parten, acaban profundizándola con el divorcio que ellas mantienen con la realidad social. El resultado es una suerte de esquizofrenia política que, en ciertas oportunidades, arrastra a los compañeros a optar por el poder de lo institucional y a desarraigarse de sus orígenes. En otros casos, la forzada dualidad les consume lo mejor de sus esfuerzos y los logros parciales y efímeros que obtienen nunca llegan a compensar la decisión adoptada.

Digamos también que, aunque no lo parezca ni se manifieste con fuerza, hay una variante general de toda esta concepción “etapista” de la construcción del poder. Es la que postula que, para zanzar el abismo entre lo social y lo político, hay que construir un “partido de los trabajadores” a la usanza del PT brasileño. En la base de esta variante está la idea de que lo social/sindical siempre tiene un techo y que las definiciones más profundas sólo pueden ser resorte de una homogeneidad superior: la de un partido. El trasplante mecánico de la experiencia brasileña consume y consagra el abismo, impuesto por el orden existente, entre lo social y lo político porque no puede percibir que el PT de Lula, en sí mismo, comportó un salto colectivo en la conciencia y en la organización de las masas. Concebir al “partido de los trabajadores” como un momento de construcción hacia la unidad de clase, y no como la realización de ésta, implica reducir la iniciativa a un puñado de arrojados y esclarecidos

militantes. Por esta vía, además, “la política” sigue inalteradamente en manos de otros.

Finalmente, en la escala de pariente pobre del “etapismo” se sitúa la idea de que “todavía no se puede hacer nada en política” porque las condiciones generales no están dadas. Nunca queda claro cuáles serían esas condiciones, ni mucho menos de qué clase de política se habla. En cualquier caso, esta asepsia en la práctica de lo social oculta un fatalismo atribuido al mundo de la política que, así, quedaría más próximo de la magia que de la transformación revolucionaria de la realidad.

Ahora bien, en este punto del debate se hace necesario subrayar una segunda conclusión provisoria. Si el objeto de la política es el poder y, por lo tanto, su esencia reside en su capacidad transformadora de la realidad, entonces la política también interpela a quien la produce. No se trata de un examen introspectivo, hablamos de la política como acto, como acción que también impacta directamente en quien la genera desde una práctica específica. En nuestro caso, la política que produjimos en el último año nos relocalizó llevándonos desde un espacio central, el de la iniciativa, a otro secundario, el de la expectación.

Recordemos entonces que nuestra primera conclusión provisoria refería a la necesaria capacidad de liderar, desde un discurso multifacético, al conjunto de actores sociales que componen “la-clase-que-vive-del-trabajo”. Pero si este es el modo de recrear la propia subjetividad revolucionaria, su eje vivo no puede ser otro que el de la intervención política. Porque, de otra manera, ¿qué política de unidad de la clase sería aquella que, en definitiva, propusiera esperar para que la política la desarrollen otros?

Esto significa que el concepto de intervención política, entendida como construcción y práctica de la propia subjetividad, reintegra lo político a lo social y redefine la línea de acumulación de fuerzas como línea de masas. En otras palabras: el sentido de nuestras acciones no puede rematar en que contemos con algunos compañeros que eventualmente, sean electos concejales, diputados, etc. (aunque mal no nos vengán), ni tampoco que los elegidos los pongan otros a expensas nuestras. El sentido estratégico de nuestra intervención es resituar el campo de la política allí donde se cruza con la demanda social y esta intersección pasa, exclusiva y excluyentemente, por el carácter restrictivo de la democracia representativa. La política que interpela a la propia subjetividad es la que puede formular en acto la siguiente cuestión: si “el pueblo no delibera ni gobierna sino a través de sus representantes”, entonces para qué sirve, ¿para elegir solamente, o para algo más?

IV. UNIDAD ORGÁNICA Y AMPLIACIÓN DE LA DEMOCRACIA

No es un secreto para nadie que la gobernabilidad es el principal desvelo de los actuales y futuros gobernantes de la Argentina. En verdad, ese concepto encubre otro que es mucho más temido y, quizás por ello, innombrable: crisis de legitimidad. La

sombra que acecha los despachos oficiales y opositores es la sombra del desborde social, del reclamo incontenible y masificado. Por eso ahora el ronroneo de la ética, la justicia, la transparencia, etc., se ha visto acrecentado con el de la inclusión de los excluidos, la equidad y la justicia social. Eso sí, nadie abjura de lo hecho, a lo sumo hay que corregir.

La percepción que tiene el bloque en el poder respecto del carácter de la crisis (puesta de manifiesto en oportunidad de la renuncia de Menem a la re-reelección), no nos debe mover a engaño. En la naturaleza de la concepción de poder que sustenta la clase dominante siempre está presente el temor al estallido de masas; sin embargo, aunque es previsible una agudización de las contradicciones, nadie puede asegurar –y menos nosotros– que el desemboque de esa crisis significará, lisa y llanamente, un cambio en la correlación de fuerzas favorable a nuestro campo. Este cambio sólo puede operarse si los trabajadores recuperamos nuestra unidad orgánica y social como clase, condición indispensable, además, para salir de esta larga etapa defensiva abierta en 1976. De lo contrario, por más intensidad que adquiera la protesta social, el sistema siempre tendrá una salida para embrear al movimiento de masas.

La protesta social, pues, no basta. Y aquí es donde surge el carácter estratégico de la intervención política porque su objetivo fundamental es canalizar la enorme cantidad de energía dispersa en los conflictos sectoriales. Esta canalización no equivale a una sumatoria de movilizaciones, ni siquiera puede reducirse a una gran movilización única; de lo que se trata es de establecer un horizonte común, un norte visualizable, comprensible y alcanzable por todos. Más aún: ese horizonte tiene que tener la suficiente fuerza persuasiva como para impedir que un conflicto sectorial sea llevado a un callejón sin salida, a un punto muerto o al derroche inútil de los esfuerzos.

Es evidente, por lo tanto, que si la intervención política apunta a la recomposición de la unidad orgánica de “la-clase-que-vive-del-trabajo”, su efectividad necesariamente tiene que verificarse en el terreno hasta ahora esquivo de los logros perdurables. Estos a su turno, no se materializan en cualquier parte ni de cualquier manera; su territorio natural es el de la resolución política de la conflictividad social y esto, desde ya, implica una doble disputa. Por un lado está la disputa con aquellos proyectos que pugnan con nosotros por establecer una dirección hegemónica para el movimiento de masas (el MTA básicamente y en la otra vereda el aparato cegetista); por otro lado está la confrontación con el orden existente expresado en el carácter restrictivo de la democracia formal.

De manera que la condición de avance está dada tanto por la simultaneidad de ambas tareas, como por el hecho de que las dos se determinan mutuamente. O lo que es igual: la disputa por la reunificación es también la disputa por la ampliación de la democracia restrictiva. El eje de una reunificación conducida por nosotros implica, directamente, una ampliación inusitada del paradigma democrático que conocemos hasta aquí, mientras que la posibilidad contraria (que la conduzcan otros) no obliga a cambios en la formalidad de la democracia representativa.

Vamos a considerar tres ejemplos de lo que entendemos por intervención política. En primer lugar se destaca el caso de la Defensoría del Pueblo en la ciudad de Buenos Aires. El Estatuto de la ciudad establece que la Legislatura debe elegir entre aquellos ciudadanos que, propuestos por diversas entidades comunitarias, se postulan para el cargo de “ombudsman”. Se trata de una institución no vinculada al poder ejecutivo que ejerce funciones de contralor de la gestión pública. A la audiencia concurren diversos candidatos y, entre ellos, uno surgido del acuerdo entre los partidos de la Alianza, y otro propuesto por importantes entidades barriales, ambientalistas, culturales y sindicales como la CTA de la Capital Federal. Pues bien, lo cierto es que cuestionado el candidato oficialista, quedó en carrera nuestro postulante abriéndose así una impasse que ha adquirido los ribetes del vacío institucional. El apoyo y contundencia de todas las entidades comunitarias, reunidas en la Multisectorial, obligó a todos los bloques legislativos a discutir en torno a una mesa de concertación el perfil y contenido de la Defensoría. Por estos días, la Legislatura debe cumplir el compromiso de designar, al menos tres o cuatro de los candidatos propuestos por la Multisectorial para los cargos de Defensor Adjunto y al Titular. Como la figura del candidato por las organizaciones sociales es irritativa para algunos, en particular porque es la expresión directa de nuestra Central, cabe la posibilidad de que la elección recaiga en otra de las personas propuestas. Pero esto no desmentiría el alto valor político alcanzado ya por esta iniciativa.

En efecto, es muy ilustrativo que un cuadro de la Central haya sido la referencia obligada para decenas de organizaciones comunitarias. Esto indica que cuando la resolución política de la demanda social está destinada a chocar contra la estructura de la democracia formal, sus protagonistas tienden a buscar la más alta referencia para enfrentar el conflicto. Al obrar así, incluso, deponen particularidades e intereses corporativos para reforzar la propuesta que los impulsa y aglutina. Asimismo, es interesante observar cómo la dinámica partidaria sucumbe ante el empuje sistemático de la dinámica de las organizaciones sociales, porque la contradicción que éstas le plantean sólo puede resolverse en la aceptación de la ampliación del espacio democrático. Lo contrario equivaldría a un divorcio absoluto y esto, en épocas de discursos transparentes y éticos, no parece lo más apropiado. Vale decir, el caso de la Defensoría del Pueblo muestra que es posible avanzar, acumulando y unificando fuerzas, al tiempo que esta acción refiere, sustancialmente, a una profundización de los estrechos marcos democráticos.

El segundo ejemplo que queremos considerar es el del Movimiento por el Presupuesto Participativo, también de la ciudad de Buenos Aires. Esta, como es notorio, es una iniciativa de nuestra Central que abreva en la experiencia de la Prefectura de Porto Alegre, Brasil. Fue a instancias de la divulgación de aquella experiencia que numerosas entidades barriales y comunitarias se acercaron inicialmente a la convocatoria. El gobierno de la Ciudad, a su vez, no pudo dejar de tomar cartas en el asunto y, al día de la fecha, la posibilidad de que los sectores sociales analicen y discutan la asignación de recursos del presupuesto para prioridades que ellos fijen, depende del

impulso y organización real que nosotros le demos. Es claro que existe un sinfín de barreras burocráticas y que lo que no hagamos nosotros tampoco lo hará el gobierno. Pero la oportunidad de vertebrar al movimiento social y de consolidarlo territorialmente, está estrechamente vinculada a nuestra capacidad de intervención política y ésta, como ya lo señaláramos, debe volver a apuntar a la institucionalidad vigente. Una asamblea de todo un barrio, con delegados electos para analizar las prioridades presupuestarias no puede sino impactar de lleno en la estructura gubernamental y legislativa. Pero para convocar a esa asamblea se requiere de la legitimidad que sólo tiene nuestra Central.

El tercer ejemplo está dado por la discusión en torno a la Ley de Presupuesto Nacional. Un estudio reciente realizado por el IDEP* de ATE revela que la propuesta presentada por el gobierno nacional pondrá en jaque a millones de argentinos. Si la envergadura del próximo ajuste, que incluye recortes en previsión social, salud, educación, vivienda, ciencia y tecnología, etc., supera largamente a los 1.000 millones de pesos, es obvio que esto comporta una discusión multisectorial. Ya no se trata apenas de una cuestión sindical; la propuesta del gobierno afectará la calidad de vida de más de la mitad de la población argentina. Esta dimensión impone la adopción de un tipo de discurso político que, al tiempo que denuncie la esencia opresora de este Estado, también enuncie la resolución política. Aquí es donde talla la exigencia de definición a los bloques opositores, a los candidatos presidenciables, etc. en torno al proyecto oficial; pero también es preciso acompañar la iniciativa con propuestas de obtención de fondos que rompan con la regresividad del actual esquema fiscal.

La discusión sobre el presupuesto nacional, en buena medida, es la discusión acerca de la constitución de una nueva fuerza social y, sobre todo, acerca del espacio en el que hay que construirla. Esta discusión impacta en el modelo de país, de sociedad y de democracia que aún tenemos que desarrollar para oponerle al modelo vigente. Ello significa, además, poner a prueba nuestra capacidad para dirigir a una ancha franja de la clase trabajadora y de dirigirla hacia (y a través de) un amplio abanico de fuerzas e intereses que le dé sustento al modelo alternativo.

Ahora bien, como puede apreciarse en los tres ejemplos que acabamos de considerar, la política interpela también a la propia subjetividad que la genera. Nosotros, como parte constitutiva de un sujeto histórico en construcción, somos también transformados por nuestra propia acción. Si sabemos que con la denuncia no alcanza es porque ya sabemos que necesitamos desarrollar más nuestra propuesta. Este re-conocimiento, este volver a conocernos, sólo puede ser producto de la intervención política y no de la especulación intelectual.

A modo de conclusión final, digamos que un necesario replanteo de nuestra estrategia de acumulación de fuerzas pasa por un cambio sustancial de la cultura política con la que sobrellevamos más de veinte años de resistencia. La inorganicidad propia de las luchas de la primera fase no daba lugar a elegir las armas de la defensa (después de todo, cuando uno se defiende lo hace con lo que puede y no con lo que quiere). Pero haber pasado a una fase superior, que todavía no nos habilita para la ofensiva

nos obliga a crecer a partir de nuestros propios esfuerzos y a confiar exclusivamente en nuestra capacidad de intervención política.

BIBLIOGRAFÍA

- Carlos Girotti: *El otro Estado. Una guía para la discusión y la acción (primera parte)*, Serie Sobre el Estado, Año 1, Volumen 2, IPPA, Asociación Trabajadores del Estado de Capital Federal, Bs.As., 27 agosto de 1996. Y también: *Estado Nuclear no Brasil*; (Prefacio de Luiz C. Menezes e Octavio Ianni), Sao Paulo, Editora Brasiliense, 1984, 257 pgs.
- Ricardo Antunes: La centralidad del trabajo hoy; Seminario org. por *Revista Herramienta*, mimeo, Bs. As., 23/9/1998. Del mismo autor: *Adeus ao trabalho? Ensaio sobre as metamorfoses e a centralidade de mundo do trabalho*. Ed. Cortez/Ed.Unicamp, Sao Paulo, 1995. Ver también: André Gorz; *Adeus ao proletariado*, Forense, Rio de Janeiro, 1982.
- Jorge Habermas: The New Obscurity in The new conservatism: Cultural criticism and the historians. **Debate, Polity Press**, Cambridge, 1989, pp. 68; apud R. Antunes, op.cit.
- Ricardo Antunes: (1998), *op.cit.*, pp. 7.

* Instituto de Estudios Sobre Estado y Participación.

LOS DESAFÍOS PARA EL MOVIMIENTO OBRERO

Julio C. Gambina

*Director del Centro de Estudios de la Federación Judicial Argentina
Integrante del Consejo de Dirección del
Instituto de Estudios y Formación de la CTA*

La perspectiva de fin de etapa que anuncia la crisis capitalista en curso hace propicio el tratamiento de un conjunto de aspectos en relación a las categorías trabajo y política. Ambas aluden a la actividad humana. La primera en su papel de productora y reproductora de la vida del hombre y las condiciones sociales de su existencia; a la cuestión de clase y de su asunción como tal; a las relaciones con otras clases y sectores sociales; tanto como las relativas a las formas que asume históricamente (relación salarial) y sus manifestaciones como desempleo y precarización creciente en nuestros días. La segunda en relación con las formas que asume la organización del poder en la sociedad; sus formas de gobierno, de dominación y subordinación, y en definitiva de los sujetos que luchan por la hegemonía y el ejercicio de ese poder. Interrelacionar estas categorías nos lleva a interrogarnos sobre la centralidad que los trabajadores pueden tener en la construcción de una sociedad que privilegie los intereses, necesidades y aspiraciones de aquellos que hoy no son considerados a la hora de la toma de decisiones.

Cuando hablo de fin de etapa estoy pensando en un ciclo político y de acumulación de capitales iniciado en el marco de la crisis capitalista de los años 70 y que tuvo como eje central una vuelta a la privatización de las relaciones económicas. En el sentido que éstas tenían previo a la injerencia creciente del Estado, proceso que se desarrolla en las primeras décadas de nuestro siglo y se extiende luego de la crisis capitalista del 30.

Las tendencias actuales a la inestabilidad de los mercados financieros y la sensación de anarquía de los mismos, acrecentada como producto de la tecnología aplicada, alerta incluso a personajes vinculados al poder mundial. Desde Milton Friedman a Henry Kissinger llaman la atención sobre los problemas que pueden derivarse de continuar fuera de control la volatilidad del flujo internacional de capitales. Ha sido

el propio George Soros quien escribió, que ante la caída del socialismo en el este de Europa, es el propio capitalismo el que lo amenaza. Conceptos que reitera habitualmente al hablar de “crisis terminal del capitalismo”.

Pero también deben considerarse algunas modificaciones que se vienen operando en la escena política internacional. Así, se observan cambios en gobiernos con un sesgo de recreación de políticas reformistas de Estado, de difícil materialización ante capitales lanzados a la maximización de la rentabilidad, precisamente contra los salarios y el gasto público. Se llega incluso a replantear una concepción de tipo tercerista, que “modere” el salvajismo capitalista. En este marco, se verifican las aspiraciones gubernamentales de la izquierda (Uruguay, Haití), o de presencia legislativa creciente consolidada por el crecimiento en la escena político-social de movimientos sociales, entre los que se destaca el MST (Brasil), o de su participación más activa en las políticas de sus países (Colombia).

El tema es válido cuando se discuten en la Argentina las opciones que plantea la finalización de la presidencia Menem. Particularmente las ilusiones sembradas en torno de modificar el cuadro de situación existente y su impacto regresivo sobre los sectores populares, manteniendo esencialmente las políticas de privatización, apertura y de estabilización económica (convertibilidad). Además de válido, constituye un desafío abordar la temática, ya que en su discusión se define el rumbo que puedan tomar distintos sujetos sociales, con especial énfasis en nuestro análisis: el de los trabajadores.

Es que los trabajadores han jugado un papel destacado en la definición de ciclos históricos de la construcción del país. Y no han sido de menor importancia las hegemónías teóricas, ideológicas y políticas en el seno del movimiento obrero para contribuir en uno u otro sentido en la configuración de cada hegemonía política a través del tiempo. La crisis que desata el menemismo con relación a la identidad peronista, mayoritaria entre los trabajadores desde 1945, deja abierta la posibilidad a la emergencia de nuevas identidades e instrumentos de representación social, sindical y política que puedan contener a los trabajadores y renueven los conceptos de clase y contenido de clase.

En ese marco de análisis es que quiero desarrollar tres aspectos, los cuales considero fundamentales proponerse, para pensar nuevos decursos que contribuyan efectivamente a superar la crisis capitalista actual y se abran nuevos horizontes sin explotación para los trabajadores.

ELABORAR UN DIAGNÓSTICO COMÚN SOBRE LA REESTRUCTURACIÓN CAPITALISTA

En diversas oportunidades escuchamos decir que el diagnóstico se conoce. Incluso, rápidamente, se solicita pasar a las propuestas o soluciones, porque se reconoce la clara comprensión de lo que sucede. En realidad, se habla de los efectos o consecuencias y raras veces sobre las causas. De ese modo, los “diagnósticos” involucran los padecimientos económicos, sociales y culturales de los trabajadores y su impacto en

las organizaciones sociales y políticas. Es una descripción fenoménica que puede ir desde el desempleo o los bajos salarios hasta la tendencia a la inorganicidad, o la desindustrialización. Son fenómenos que se vienen afirmando desde mediados de los años 70. Pero..., ¿por qué? ¿cuáles fueron las causas?

Todo ello implica conocer y criticar el presente, desde una mirada hacia atrás y con la vista puesta en el futuro. No es sólo un juego de palabras. El primer desafío es poder entender que hoy estamos como estamos porque pasó lo que pasó y las cosas no sólo ocurrieron como resultado de una estrategia del poder monopólico. Sino, como resultado fáctico de la lucha de clases tal y como se manifestó hacia mediados de los años 70. Las causas originarias de nuestro presente se encuentran en la resolución de la confrontación de clases producida en esos años. El terrorismo de Estado fue la forma extra económica para hacer viable la reestructuración capitalista y tuvo en el endeudamiento externo el modo económico de su condicionamiento. Ambas operaron como precondiciones económicas, políticas e ideológicas para asegurar los cambios en la relación entre el capital y el trabajo, en la reforma del Estado y la reinsertión internacional subordinada de la Argentina.

No puede pensarse en el futuro sin clausurar en el movimiento obrero un diagnóstico común sobre la historia de la derrota y la ofensiva del capital. Proceso que reconoce especificidades nacionales junto a un patrón global de reestructuración del capitalismo, habiendo sido ese “patrón” o modelo, ensayado en América Latina (Chile 73, Argentina 76) antes de su extensión como modelo hegemónico en países de capitalismo desarrollado por la revolución neoconservadora (Inglaterra 79, USA 80).

El punto de partida es un adecuado conocimiento crítico de la realidad, la que a su vez incluye un análisis de la crisis capitalista. De una crisis irresuelta, más allá de la reestructuración de las relaciones sociales en curso y las superganancias acumuladas por los capitales más concentrados. Es decir, explicar ¿de qué crisis se habla? No hablamos de la “última” caída de las bolsas o del “último” episodio de una crisis bancaria o empresaria por importante que esta sea, sino de un ciclo largo que se define en la confrontación social. Y también, del camino recorrido con la aplicación de las políticas hegemónicas de contenido neoliberal o neoconservadoras. ¿cuáles fueron las causas que indujeron un tipo de políticas de salida capitalista a la crisis? Para también, poder avanzar en el análisis de los caminos que permitan transformar esta realidad.

CONTRIBUIR A LA ARTICULACIÓN DEL SUJETO SOCIAL Y POLÍTICO DE LOS CAMBIOS

El sujeto social y político de los cambios debe construirse. No constituye un dato preexistente de la realidad. El sujeto se constituye en la práctica cotidiana. Esa práctica reconoce una situación relacional conflictiva. Esa relación es esencialmente la que se define como lucha de clases, para un momento del desarrollo complejo de la sociedad. Es decir, que no pueda restringirse sólo a la conflictividad entre patronales y trabajadores. El solo fenómeno del desempleo masivo nos devuelve un trabajador sin

patrón directo y una conflictividad con el capital y su mecanismo actual de acumulación. De igual modo se registra la lucha del trabajador en su (o por su) territorio.

Además, la conflictividad social incluye, entre otros:

- La defensa de la naturaleza, en su diversidad de manifestaciones por la dimensión “ecológica” o del medio ambiente y su relación con la calidad de vida del género humano.
- Las cuestiones de género, tanto las reivindicaciones de las mujeres, como lo atinentes a la sexualidad y los movimientos sociales surgidos a su amparo.
- Las nuevas formas en que se manifiestan las reivindicaciones juveniles, tanto las clásicas atinentes al movimiento estudiantil, como los fenómenos resultantes del agrupamiento juvenil en torno de la música u otras manifestaciones culturales.
- El movimiento de sectores profesionales, capas medias y pequeños y medianos productores y empresarios, junto a sus formas de organización empresarial no lucrativas, tales como cooperativas, mutuales y/o redes de articulación de sus intereses económicos.

Se trata de ir recuperando el destacado papel de los trabajadores en tanto sujetos políticos y sociales de los cambios, en su capacidad de reconstituirse como tales y de ejercer un papel hegemónico en la articulación de un bloque popular para los cambios. El lugar de constitución de los sujetos remite a la resistencia en sus múltiples formas, aunque ésta no alcance. Se requiere asimismo un proceso de organización, entre los que se destaca la experiencia de la Central de Trabajadores Argentinos.

DEFINIR UN PROYECTO POLÍTICO QUE SE DIRIJA AL CONJUNTO DE LA SOCIEDAD

El movimiento obrero no puede agotar sus desafíos en el justo interés de la defensa y representación de los trabajadores. Tiene que estructurar un proyecto popular que pueda articularse solidariamente con otros pueblos y naciones.

Que apunte al logro de un consenso entre los sectores populares y que excluya a los sectores sociales dominantes y todas sus mediaciones burocráticas, intelectuales y organizacionales. La pobreza creciente, el ingreso a la vulnerabilidad de importantes sectores, tales como la pequeña y mediana producción del campo y la ciudad, y la exclusión de millones de personas del empleo, la seguridad social, el techo, la cultura, etc., demanda la contención política y la instalación de un imaginario popular que pueda transformarse en fuerza material para los cambios.

Este consenso podría abarcar a quienes sin estar aún afectados por el modelo, tendrían disposición a compartir un proyecto alternativo al hegemónico actual. No se trata sólo de una propuesta política para los trabajadores, los pobres o para la pobreza, sino un consenso político sobre la construcción de un proyecto que excluya claramente al capital concentrado y transnacionalizado. Insistimos en la articulación con otros proyectos de contenido similar en los países vecinos, latinoamericanos o en el nivel mundial.

El tema se define en la capacidad por instalar el proyecto popular en una parte mayoritaria de la población. El tema se vincula con la posibilidad de hacer visible y creíble dicha propuesta, en momentos de descrédito de la política y las formas tradicionales de representación social, entre las que se encuentran los sindicatos y los partidos políticos. Dicho todo esto más allá de la existencia de sindicatos, partidos y militantes sindicales y políticos que desarrollan (o intentan) una práctica alternativa. Y también, más allá del consenso electoral que hoy puedan obtener las opciones políticas que disputan el gobierno del país.

Actuar sobre el imaginario social implica reconocer las nuevas problemáticas que suscita el desarrollo de las comunicaciones y la nueva tecnología. Me refiero a la capacidad de manipular el consenso por parte de las clases dominantes en el poder. El desafío pasa también por ocupar esos lugares de la confrontación cultural. Por un lado asumir un papel en la producción alternativa de la industria cultural y por otro, demandar desde la práctica resistente un lugar en los medios de comunicación.

La propuesta política de la que hablamos implica un nuevo consenso social y que incluye una densidad mayor de resistencia y organización popular. Los gérmenes existentes resultan aún insuficientes para constituirse en un polo de atracción que potencie la diversidad de fenómenos que expresa el reagrupamiento del movimiento obrero y popular en la actualidad. La propuesta política alternativa sigue siendo la asignatura pendiente y por lo tanto, el gran desafío.

LOS SINDICATOS EN ARGENTINA. EL PESO DE LA CULTURA EN EL ESTADO

Oswaldo R. Battistini

Lic. en Ciencias Políticas

Miembro del Colectivo Editorial Revista Doxa

Los trabajadores se encuentran, a fines de siglo, con una nueva realidad, donde las formas que habían encontrado para expresar sus demandas ya no sirven o, por lo menos, entraron en crisis. Hay que pensar nuevas alternativas, hay que diseñar nuevas estrategias, pero hay que hacerlo desde un contexto de derrota, tras el triunfo ideológico del capital de mantener los derechos obtenidos.

La realidad es mucho más compleja que en los años del bienestar. La velocidad en que se suceden los acontecimientos y la evolución de las demandas individuales crean cotidianamente una madeja muy difícil de desentrañar si no se actúa con las herramientas adecuadas y si no se presta la suficiente atención a cada una de las variables en juego.

En este trabajo pretendemos analizar aquellas que, según nuestro entender, se constituyen en variables fundamentales a la hora de analizar la dinámica de las relaciones laborales y, a partir de ellas, la constitución de los sindicatos.

Creemos que se debe tener en cuenta, en primera instancia, los determinantes estructurales de la relación entre capital y trabajo, pero no se debe tomar lo económico como el parámetro fundamental de análisis, dado que, la forma que toma dicha relación resulta también de la imbricación de la relación de fuerzas con la dinámica del sistema político, las tradiciones culturales y la evolución del aparato técnico-burocrático del Estado.

En este trabajo analizaremos, en primer lugar cada una de estas variables y su interrelación a la hora de determinar las características de la relación entre el capital y el trabajo. Luego repasaremos brevemente la forma en que estos factores se concatenaron para dar expresión a una determinada forma del sindicalismo en nuestro país y, en la actualidad, a las dificultades con que se encuentra para constituirse en la expresión de los trabajadores. Finalmente, a modo de reflexión final, trataremos de pre-

sentar para la discusión las premisas, que consideramos de fundamental importancia, a la hora en que los sindicatos se planteen formas de expresar sus demandas ante el capital y el Estado en el capitalismo de fines de siglo.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA REPRESENTACIÓN SINDICAL EN ARGENTINA

La representación sindical es propia de cada época y territorio y depende de cuatro factores, que también influyen en la constitución de la relación laboral en su conjunto. Identificamos como el primero de ellos a la estructura económica, a partir del cual se desarrollan las características principales del modelo sindical vigente; luego, dado que las relaciones se establecen interactuando permanentemente con el ámbito de lo político, es la permeabilidad del sistema político que permitirá que las demandas se expresen con mayores o menores posibilidades de ser escuchadas. El tercer aspecto que interviene en la determinación de las características de los sindicatos constituye el patrón cultural en el que se han desarrollado y que da las pautas de la interrelación entre los trabajadores, sus dirigentes, los empresarios y el Estado. El último factor interviniente es el desarrollo de la administración estatal, que muchas veces funciona como el verdadero nexo entre los sindicalistas y las decisiones políticas.

Un determinado desarrollo de la economía capitalista (nivel de desarrollo industrial alcanzado, características de la explotación agrícola, desarrollo del sector servicios, etc.) y la relación de clases consecuente, prefiguran fuertemente el carácter de clase de las organizaciones de trabajadores.

Los patrones culturales de la sociedad demarcan las posibilidades de interacción entre los líderes sindicales y el conjunto de los trabajadores y entre los delegados de base y la comisión directiva de la central. Nos referimos aquí a los códigos de comunicación, a la interpretación del mundo de vida laboral, a las prácticas reivindicativas (individuales y/o grupales) y la interacción entre la vida laboral y la vida familiar. A medida que los representantes logren tener presente la mayor parte de estos aspectos (lo que implica una comunicación permanente con los representados) y sepan responder a las demandas producidas (por cada aspecto o por su combinación) su legitimidad al frente de la organización no será cuestionada por los representados.

Las características del sistema democrático pueden facilitar o dificultar las prácticas sindicales. Aún en democracia, pueden debilitarse los mecanismos de interlocución, habilitados para los sindicalistas, en función de la llegada que tengan los empresarios al parlamento o al resto de las instituciones estatales.

El desarrollo institucional estatal, en lo que hace a las características de los cuerpos técnicos en el gobierno, puede generar obstáculos o, por el contrario, viabilizar las demandas de las organizaciones de los trabajadores.

Las pertenencias (culturales y académicas) de los técnicos en el Estado constituyen un factor de importancia para la relación con los dirigentes sindicales. Cuando un sector dominante logra permear a los distintos ámbitos del Estado con cuadros formados

en sus universidades, institutos o centros de investigación, las posibilidades para que los sindicalistas acerquen sus proyectos o establezcan sus demandas se resienten.

La corrupción estatal no puede ser dejada de lado a la hora de caracterizar la transparencia con que el Estado refleja las demandas de los trabajadores o de los empresarios. Por más que las instituciones cuenten con los mecanismos de recepción de demandas o de comunicación, la corrupción puede llevar al fracaso todo intento de que el sistema político refleje la relación estructural. Pero, en ocasiones, un alto grado de corrupción puede ser funcional a las presiones ejercidas por los empresarios sobre el gobierno y/o a las necesidades de una dirigencia sindical también corrompida.

Si la representación sindical es dialéctica, el péndulo representación no-representación estará relacionado con la articulación de estos cuatro factores (estructura, sistema cultural, sistema político, desarrollo institucional del Estado).

La relación de fuerzas no es determinante en absoluto porque, para que lo sea, debe alcanzar una alta correlación respecto al sistema político. Las posiciones de poder alcanzadas por cada una de las partes en la relación capitalista no son transparentados en todo momento, de la misma forma por el sistema político.

El sistema político refleja la forma en que la estructura evoluciona, pero a su vez influye sobre ella imponiendo los ritmos del desarrollo. A pesar de su existencia en la estructura, el reflejo en lo político de la conflictividad social, permite identificar sus pautas y su posible repercusión en la estructura.

La estructura moldea patrones culturales que a su vez retroactúan sobre ella dinamizando su evolución o interponiendo obstáculos a la aceptación de las decisiones que se toman en el marco de las relaciones de producción. Cuando, el desarrollo del capitalismo implica la introducción de formas de organización más modernas, un fondo cultural formado en un contexto poco desarrollado de la industrialización o fuertemente concentrado en pautas corporativas puede volverse resistente e imprimir características especiales a la organización del trabajo (aceptación de ritmos, posibilidades de comunicación, posibilidades de unión colectiva, etc.).

Las características culturales de la población influirán en la agenda del sistema político, ya que, por ejemplo, cuando los trabajadores tienen mucha predisposición y facilidades para unirse colectivamente sus demandas no pueden dejar de ser escuchadas por los partidos políticos, sobre todo a la hora de hacer cálculos electorales.

LA CONSTRUCCIÓN DE LO CULTURAL

En el interjuego de las esferas que consideramos como determinantes de las características que adopta el sistema de relaciones laborales, los sindicatos en Argentina actuaron siempre en fuerte relación con el sistema político y determinaron, en algún sentido su evolución.

La fórmula de vetos continuos, por parte de las corporaciones (no sólo sindical sino también empresaria) a las decisiones del gobierno influyó para que los partidos

políticos prestaran mucha atención a las demandas de los dirigentes sindicales. “Vaciada la legitimidad específicamente política-pluralista del régimen social de acumulación, las corporaciones ingresan directamente en el terreno del Estado, buscan desplazar a los partidos y se disputan porciones del proceso de toma de decisiones” (Portantiero; 1987).

Aun en los gobiernos dictatoriales, los dirigentes sindicales nacionales tuvieron gran influencia en los determinantes de las políticas estatales. A pesar de que un gran número de ellos fue encarcelado o proscrito durante la última dictadura militar, esto no se tradujo en una pérdida de poder de sus organizaciones sindicales, lo que quedó demostrado durante el primer gobierno democrático.

Si se mide la relación de fuerzas por el número de trabajadores empleados y afiliados a los sindicatos, debe tenerse en cuenta que, en Argentina hay una correlación muy fuerte entre ambas variables, estructurada ante la posibilidad con que contaron las organizaciones obreras de distribuir “incentivos selectivos” entre los trabajadores para estimular su afiliación, tanto en la arena industrial como en la política (Murillo, 1997).

Entre los sindicatos industriales se destacaba la Unión Obrera Metalúrgica, que a partir de su elevado número de afiliados se convirtió en la organización que dirigía la puja por los salarios, en las negociaciones colectivas. El régimen de acumulación vigente hasta fines de los años 70 era propicio para que este gremio mantuviera su poder. Precisamente las negociaciones encabezadas por la UOM en 1975 se constituyeron en uno de los factores trascendentes para dar lugar a la crisis del mismo.

Durante el período que va desde principios de los años 50 a fines de los 70 la relación de fuerzas impuesta por el modelo de acumulación daba a los sindicatos el suficiente poder para influir en el sistema político. A partir de esto podemos suponer que la relación de fuerzas determina la posición de poder del sindicato respecto al Estado.

Otro de los factores que debemos tener en cuenta en el desarrollo de la acción sindical durante este período es la imperante tradición cultural peronista en las filas obreras. Esto se traducía en una fuerte dependencia del Estado a la hora de negociar y la necesidad de expresar sus demandas frente al capital a partir de su influencia en las esferas de poder.

Los trabajadores, en su mayor parte de extracción peronista, mostraban una fuerte fidelidad a los sindicatos y a sus dirigentes, sin valorar demasiado su comportamiento al frente de la organización. Para ellos, la pertenencia a una actividad implicaba la pertenencia al sindicato, reforzada por la presión que se ejercía desde las comisiones internas o el “aparato” para que respete las decisiones de movilización e incluso de elección de los líderes.

Si bien la realidad de cada uno de los sindicatos no fue la misma, en aquellos que estaban intervenidos y sus dirigentes principales habían sido proscritos por la dictadura, como en la UOM, las comisiones de fábrica permitían una permanente presencia del gremio en la fábrica, esto posibilitaba la relación-control del afiliado y la expresión de demandas en el mismo lugar de trabajo. De esta forma, durante las dictaduras militares, las delegaciones de los sindicatos y las comisiones internas de fábricas

ca pueden ser considerados como uno de los factores que permitieron la supervivencia de cierto poder sindical y la recuperación en los comienzos de la democracia. En cambio, otros sindicatos, a costa de su relación con el poder militar adquirieron mayor poder del que contaban en el período democrático anterior, esto se expresaría en la división entre las dos centrales sindicales (Brasil y Azopardo).

La forma tradicional de expresión de la demanda para hacer que el capital se presente en la negociación era a través del mecanismo vanguardista de “golpear para después negociar”.

El aparato burocrático estatal respondía también a la misma lógica y a la cultura de negociación propuesta por el sindicalismo. La administración estatal había incorporado la lógica de funcionamiento de dicha relación. La pesada maquinaria del Estado era funcional a las presiones que los dirigentes podían ejercer en cada uno de los momentos.

Con la llegada de la democracia algunos de estos elementos se conjugaron para facilitar al sindicalismo peronista el ejercicio de la presión sobre el Estado hasta determinar, en cierta forma, la alternativa política a la Unión Cívica Radical en el poder.

A partir de esta nueva coyuntura política el frente interno de los trabajadores se recompuso. Las divisiones en el seno del sindicalismo se olvidaron para enfrentar al empuje del gobierno radical. Pero, mientras comenzaba una transformación productiva de envergadura e incluso un profundo cambio cultural en la sociedad, los sindicatos continuaron utilizando la misma lógica de lucha y negociación que en el prototaylorismo.

LA DEMOCRACIA Y LOS SINDICATOS

El radicalismo alcanzó el poder con el 50% de los votos e inmediatamente mostró su intención por derogar la ley de asociaciones profesionales (22.105) para reemplazarla por una nueva ley, cuyo objetivo sería la democratización de las organizaciones obreras pero impulsando el recorte del poder sindical. El gobierno no contaba con la mayoría necesaria ni con las alianzas que le permitieran aprobar la ley. Tampoco aceptaba cualquier tipo de negociación sobre algún aspecto de la misma.

La oposición del Justicialismo en el Congreso y la imposibilidad de llegar a acuerdos con los partidos provinciales, impidió la aprobación de la ley. El peronismo en la oposición, y sobre todo los diputados de extracción sindical del mismo partido, vieron como un triunfo el haber hecho abortar el intento radical. El hecho de contar con un enemigo identificable allanó el camino para la reunificación de la CGT en enero de 1984.

El radicalismo, amparándose en el caudal de votos obtenidos, la crisis que se vivía en el peronismo y las críticas a que eran sometidos sus dirigentes (sindicalistas incluidos) creyó ver la oportunidad para penetrar en la estructura sindical y desestructurarla. Se vio como posible la oportunidad de modificar patrones culturales fuertemente

arraigados en las organizaciones obreras, pero los mecanismos políticos no dieron los resultados previstos y el intento fracasó en el Parlamento.

Al tiempo que se impedía la libre determinación de los salarios, en negociaciones entre sindicatos y patrones, se comienza a hablar de la necesaria modernización de las relaciones laborales. Las ideas modernizadoras eran impulsadas por el entonces Secretario de Trabajo, Armando Caro Figueroa, que contaba con la resistencia tanto de los sindicatos como de los empresarios.

Los cambios culturales que trataron de ser impuestos a través de una ley, comenzaban a administrarse en forma paulatina, por los mismos técnicos que años más tarde, gracias a ellos, podrían llevar a cabo las reformas flexibilizadoras sobre las normas laborales.

La unificación le permitía a la CGT recuperar el poder de confrontación o negociación con los empresarios y sobre todo con el gobierno. Se inicia el enfrentamiento (utilizando como arma principal el paro general con movilización) contra el plan económico del gobierno. El resumen de los reclamos sindicales era un programa de veintiséis puntos, entre los que se encuentran los reclamos salariales, el rechazo al desempleo y a la política encarada por el gobierno con respecto al pago de la deuda externa.

Tras el fracaso en el control del sindicalismo por parte del gobierno se sucedieron continuos avances y retrocesos en las relaciones entre el radicalismo y los sindicatos. En su intento por lograr un acercamiento con cierto sector del sindicalismo (el grupo de los 15) y profundizar la división interna entre los gremios, el gobierno le cedió en 1987 el manejo del Ministerio de Trabajo y, desde entonces perdió toda posibilidad de controlar la cuestión sindical.

Podemos decir que “la crisis económica y los ajustes del gobierno radical devolvieron a la CGT el rol principal de fuerza opositora a la política económica”.

El fracaso de los planes económicos de estabilización y el posterior ingreso en la espiral inflacionaria impulsan la entrega del mando en forma anticipada del Dr. Alfonsín al Dr. Menem, triunfante en las elecciones presidenciales de 1989.

LA HIPERINFLACIÓN MARCA EL RUMBO

La hiperinflación marcó un límite para la sociedad argentina, los cambios posteriores en las instituciones fueron influenciados por la situación vivida en ese lapso de tiempo, cuando el descontrol económico adquirió una significación mucho más importante en la sociedad que el simple desbalanceo de ciertas variables.

Los cuatro factores analizados comenzaron a tomar características funcionales a la nueva realidad.

La imposición, por el gobierno menemista, de las reformas económicas y las leyes que le dieron sustento encontraron legitimidad en la necesaria estabilización de la economía que tras la democracia parecía ser el anhelo más importante de la sociedad. Ante la desesperanza por el fracaso de sucesivos planes económicos, en el anterior

gobierno y en el principio del gobierno de Menem, la gestión inaugurada por el Ministro Cavallo tuvo las manos libres para iniciar un plan de completas reformas económicas y administrativas.

Con la “Ley de Emergencia Económica y Social” y la “Ley de Reforma del Estado” se inicia el camino hacia la transformación. En adelante, toda la normativa, incluso la laboral, debía acompañar las medidas que se tomaran en función de estabilizar la economía e impedir una vuelta a la “hiper”. A partir de ese momento se comienza a perfilar la legitimidad de un modelo, signado por la frase “yo o el caos”, amparando a quien lo respalda desde el más alto nivel del ejecutivo, hasta la falsa asimilación de la convertibilidad y la estabilidad.

Más adelante, los logros del plan de convertibilidad lo transforman en legitimante en sí mismo. La sucesión de índices de inflación muy bajos durante un tiempo prolongado, primero hizo que el “autor” del plan se convirtiera en una figura imprescindible y su plan económico en “lo intocable”. Toda medida se debía amoldar a los límites marcados por el modelo: “si con él llegó la estabilidad, mejor no correrse”. Por otra parte todas las consecuencias sociales que se derivaran de las medidas tomadas serían vistas como un costo necesario para alcanzar más adelante el bienestar.

En los comienzos del gobierno justicialista la democracia parecía una meta alcanzada. Elecciones libres, traspaso del poder de un partido político a otro y la superación de los remezones militares, parecían dar por terminada la larga historia de alternancias entre largos períodos dictatoriales y cortas democracias. Hacia fines de la dictadura y los comienzos de la democracia, la revelación sobre todo lo actuado por los militares transformó a la salida democrática en una panacea que solucionaría todos los males. Así, se convertía un objetivo a construir en un bien en sí mismo, cuyo contenido, variaría de acuerdo al tipo y la magnitud de las soluciones.

Cuando el funcionamiento de las instituciones parecía asegurar una continuidad del sistema, casi sin sobresaltos, apareció otro objetivo a conseguir: “la estabilidad”. La hiperinflación fue asimilada por la sociedad a una situación de caos. Entonces, “a grandes males, grandes soluciones”, que pasaban aún por la búsqueda de superfuncionarios con recetas mágicas. La estabilidad adquirió, también, en reemplazo de la democracia, la entidad de un bien en sí misma, tras lo cual sus contenidos pueden ser tan variados como las decisiones de quienes tengan a su cargo alcanzarla.

El modelo económico que logró el objetivo estabilizador se asentaba en algunos pilares fundamentales, desde sus inicios: el recorte del gasto público, las privatizaciones y la desregulación de la mayor parte de las actividades.

Las privatizaciones fueron resistidas por los trabajadores, pero era tal la legitimidad que encontraban en la sociedad, que la oposición sindical aparecía cada vez más comprometida. Incluso toda posible acción gubernamental encaminada a contener los conflictos generados por los gremios estatales era bien vista por un gran sector de la población.

El sindicalismo estaba atomizado en función de su apoyo explícito o su disconformidad con ciertas medidas del gobierno. Así, en 1990, aparecían tres sectores:

La CGT San Martín donde convivían aquellos que apoyaban a Menem (plásticos, taxistas, gastronómicos), algunos “miguelistas” de apoyo crítico al gobierno (municipales, obreros de la carne) y “ubaldinistas” (UPCN, UOCRA, azucareros) que dudaban entre el alineamiento crítico y el enfrentamiento.

La CGT Azopardo donde se agrupaban los “ubaldinistas puros” (cerveceros, CTERA, UTA, FATUNJ...); antiguos miembros de “los 25” (ATE, camioneros, obreros navales...); “ex-miguelistas” (viajantes de comercio, Aduana...); y los “autónomos” (telepostales y La Fraternidad).

El “miguelismo” luego de la ruptura con la CGT Azopardo (UOM, SUPE, Obras Sanitarias, recibidores de granos, etc.)

Los “independientes” cercanos a Menem pero sin ser su sustento político (Luz y Fuerza, Bancarios y Empleados de Comercio).

Divisiones que imposibilitaban toda empresa común que discutiera la política económica del gobierno y menos aún la política laboral. Dificultades que se acrecentaban si sumamos a lo anterior el apoyo logrado por el gobierno en las elecciones de 1991.

LA REGULACIÓN DE LOS CONFLICTOS LABORALES

En abril de 1990 la huelga llevada a cabo por los maquinistas ferroviarios pertenecientes al sindicato de La Fraternidad introdujo fuertemente, en el gobierno y la opinión pública, la discusión acerca de los mecanismos que se debían utilizar para solucionar o disolver un conflicto. La posición del gobierno se hizo explícita con el anuncio, a cargo del Ministro Roberto Dromi (Obras y Servicios Públicos), de la intención del Poder Ejecutivo de enviar al Parlamento un proyecto de ley que regule el derecho de huelga en los servicios públicos, para evitar que se paralicen cuando se suscite un conflicto entre empresa y trabajadores.

En la misma época el Ministerio de Trabajo, a cargo de Jorge Triaca llevó a cabo dos presentaciones judiciales con el doble propósito de quitar la personería gremial y encarcelar a los dirigentes de la seccional Buenos Aires de FOETRA (Federación de Obreros y Empleados Telefónicos de la República Argentina) bajo la acusación de haber violado tres artículos del Código Penal que prescriben condenas de 5 a 6 años de prisión para quienes atenten contra la seguridad de medios de transporte y de comunicación.

Entretanto el gobierno endurecía sus posiciones con respecto a los sindicatos telefónicos y ferroviarios. Los gremios desataron el dictado de la conciliación obligatoria y el ministerio dictó la ilegalidad de los paros. Luego de esta medida la intersindical de los ferroviarios pospuso sin fecha la huelga anunciada para el 11 de abril y los empleados de ENTEL abandonaron los paros de dos horas por turno que venían llevando a cabo. Sin embargo, el gobierno continuó con la ofensiva, enviando telegramas de despido para unos 80 ferroviarios. Ante lo cual, distintas seccionales del gremio de los maquinistas ferroviarios (La Fraternidad) iniciaron por cuenta pro-

pia un paro por tiempo indeterminado, tal como se había decidido en el congreso de la agrupación, en caso que sucedieran los despidos.

Las privatizaciones dividían a los gremios estatales en cada uno de los frentes sindicales. En la posición opuesta a las mismas (CGT-Azopardo) se alineaban: ATE (Asociación Trabajadores del Estado); las seccionales telefónicas de Buenos Aires, Córdoba, Rosario y Mar del Plata; jerárquicos, señaleros y maquinistas ferroviarios y la Asociación del Personal aeronáutico (que contaba con el mayor número de afiliados de todos los gremios aeronáuticos). Mientras en posición de no obstaculizar las privatizaciones se colocaban: UPCN (Unión del Personal Civil de la Nación; la conducción nacional de los telefónicos; la Unión Ferroviaria (el gremio más numeroso de los trabajadores ferroviarios) y el resto de los sindicatos aeronáuticos.

El Poder Ejecutivo proyectaba reglamentar el derecho de huelga para los estatales, mientras esperaba la aprobación en el Congreso de la Ley Nacional de Empleo.

La cantidad de desocupados creciente, con un acumulado en el mes de marzo de más de 31000 obreros implicaba que la capacidad de ejercer presión sobre los empleadores había disminuido notablemente. Al mismo tiempo, la cifra de suspensiones mostraba el alto grado de inactividad industrial, lo que generaba la poca disposición de los empresarios a responder a las reivindicaciones de los trabajadores, y por el contrario un constante reclamo de leyes flexibilizadoras.

El 19 de abril se conoció el proyecto de reglamentación del derecho de huelga, como “decreto reglamentario ad referendum de la aprobación parlamentaria”, a regir una vez firmado por el presidente. La publicación del mismo produjo inmediatas declaraciones de apoyo y rechazo. Es bueno mencionar al abogado de la CGT- Azopardo, Héctor Recalde, cuando decía que “en los momentos de crisis es más necesario reivindicar los derechos de libertad sindical y conservar y tutelar el único medio idóneo de presión que tienen los trabajadores en la defensa de sus derechos e intereses, que es el derecho a la huelga y todo ello para que los derechos de los trabajadores no huelguen”. Entre quienes estaban a favor de la medida mencionamos a Daniel Funes de Rioja de la Unión Industrial Argentina (UTA), quien manifestaba que debía “avanzarse, en forma prudente y razonable pero firme y decidida, en el camino de preservar a la comunidad como usuaria de los servicios públicos, tanto de la huelga salvaje, como del abuso de derecho y de la manipulación política del conflicto, no estamos frente al ejercicio legítimo de un derecho constitucional sino ante el hecho ilegítimo de una acción libertina”.

Este momento puede ser indicado como el de un notorio cambio en la relación entre el gobierno y los sindicatos, que habían sido uno de los sustentos para el acceso al poder del justicialismo.

Sin que pudiera ser advertido, en un primer momento, por los sindicatos, el Estado estaba cambiando rápidamente su fisonomía. En función de un proyecto claro de transformación de la economía, Cavallo comenzó a permear a gran parte del aparato estatal con una lógica de funcionamiento y patrones culturales asimilables a dicho proyecto. Los técnicos extraídos de la Fundación Mediterránea fueron distribuidos en

los distintos Ministerios, sobre todo en aquellos puntos neurálgicos, desde donde se podían facilitar las políticas que viabilizaran el proyecto.

Esto produjo un cambio notable en la comunicación entre los sindicalistas y el gobierno, al mismo tiempo que dio un matiz distinto a las políticas del Estado. La política laboral adquirió paulatinamente un perfil técnico, con respuestas inmediatas a las necesidades del modelo, sobre todo con la llegada de Caro Figueroa al Ministerio de Trabajo. Las presiones del cavallismo habían hecho caer al Ministro.

Tras la hiperinflación, las reformas del Estado, la nueva estructura socioeconómica y las características de la producción y el empleo se perfila un nuevo tipo de sociedad, donde prima el individualismo, donde la acción colectiva está condicionada por el “sálvese quien pueda”.

Desde 1991 hasta fines de 1997 no se produjeron importantes cambios en el sistema político, pero de cualquier modo la presencia de los diputados de extracción sindical y otros, cuya militancia de otros tiempos los mantenía cercanos al viejo cuño peronista, actuaron como resistentes a las intenciones de reformar completamente la legislación, aunque la defensa de los derechos de los trabajadores haya enmascarado intereses corporativos.

En ese período, el objetivo del gobierno de reformar la Ley de Convenciones Colectivas de Trabajo y de introducir mayores reformas a la Ley de Contrato de Trabajo, fue abortado en sucesivas ocasiones por el parlamento.

La cultura estaba cambiando en el seno de la sociedad, en el Estado, pero permanecía como resistencia en los sindicatos y se manifestaba en su acción frente al sistema político. Parte del poder que antes tenían los dirigentes sindicales para presionar sobre los gobiernos, subsistía y les permitía resistir a las reformas.

En el gobierno radical y, en menor medida, durante el menemismo, la resistencia estaba instalada en la esfera cultural y, desde allí impedía el funcionamiento del sistema político hacia la introducción de reformas que hicieran peligrar su poder. Con el menemismo en el poder.

En la actualidad la resistencia se plantea directamente del sistema político, que ya no está absolutamente en control del gobierno y lo cultural pasa a segundo plano.

En 1997, el escenario político se modifica, el menemismo comienza a perder legitimidad y ya no puede trasladar a la normativa las necesidades del modelo. Se transforma la lógica de funcionamiento de alguno de los aparatos del Estado, aunque sea coyunturalmente, al mismo tiempo que se buscan alianzas con los sectores antes desplazados, apelando a la tradición peronista.

Es probable que de aquí al final del mandato, el gobierno se mantenga en la ambigüedad y sin volver a mostrar la coherencia política del momento de auge del plan económico.

Hoy, la relación de fuerzas permitiría avanzar con políticas que mantengan el modelo, pero, primero las tradiciones culturales, luego la modificación del sistema político y finalmente la misma lógica de funcionamiento de los aparatos burocráticos del Estado, con un viraje en las características de sus cuadros técnicos, resisten a su continuidad.

A MONO DE REFLEXIÓN FINAL

Estas líneas intentan ser sólo una forma de plantear la discusión y, a partir de ella, ir a la búsqueda de nuevas estrategias para la lucha, el mantenimiento de los derechos y la conquista de nuevas posiciones de poder frente al capital.

La perplejidad a que nos somete el sistema y nos imponen las nuevas formas de la producción plantean el interrogante acerca del espacio donde debe centrarse la estrategia sindical.

Entonces, creemos que una forma de identificar dicho espacio y de plantear las nuevas estrategias pasa por el análisis de la forma en que se relacionan los cuatro factores que hemos analizado en este trabajo.

Puede que, en el plano económico la relación de fuerzas sea desfavorable, pero, a pesar de ser de una gran importancia, este no es el determinante absoluto del sistema de relaciones laborales. Hay que analizar la lógica de funcionamiento del sistema político y, a partir de ello, elegir los puntos neurálgicos donde ejercer la presión, que generalmente están relacionados con las formas en que el poder busca la legitimación de sus políticas o de sus dirigentes.

Hay que saber localizar el conflicto y hacerlo en el plano donde encuentra una mayor repercusión en la sociedad. En este caso, es importante ser cuidadoso de los métodos que terminan perjudicando la acción, porque son rechazados por la misma sociedad. Quizás haya que revisar las metodologías utilizadas en los '70 y repensar nuevas.

Las demandas deben ser adaptadas a los patrones culturales vigentes. No hay que resistirlos, hay que tratar de influirlos desde su misma lógica. La resistencia o la utilización de estrategias que vayan en contra de los mismos sería suicida para la acción sindical. Se trata de una realidad en continuo movimiento, con un dinamismo que se incrementa día a día. Es la sociedad que funciona a la velocidad de las comunicaciones cibernéticas. Estos factores obligan a la elaboración continua de estrategias novedosas.

Todos estos aspectos imponen una continua capacitación de los cuadros sindicales, al mismo tiempo que la presencia de intelectuales junto a las organizaciones es de fundamental importancia, no como vanguardia que conduce a la transformación, sino como una parte más de los engranajes que conducen a la estructuración de una nueva organización para obligar al capital a cambiar el rumbo.

BIBLIOGRAFÍA

- Acuña, Marcelo Luis, *Alfonsín y el poder económico*, Ed. Corregidor, Buenos Aires, 1995
Catalano, A. M. y Novick, M. (1992): "Relaciones laborales y sociología del trabajo: a la búsqueda de una confluencia", en Revista *Sociedad*, N° 1, Buenos Aires.
- Fernández, Arturo: "Los efectos de la reconversión laboral en la organización y participación sindical. Estudio de casos", CEIL, Mimeo, 1995.

Murillo, María Victoria (1997): “La adaptación del sindicalismo argentino a las reformas de mercado en al primera presidencia de Menem”, en Revista *Desarrollo Económico*, vol. 37, N° 147 (octubre-diciembre 1997).

Portantiero, Juan Carlos (1987): “La crisis de un régimen: Una mirada retrospectiva”, en Nun, José y Portantiero, Juan Carlos (comp.): *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Puntosur Editores, Buenos Aires.

La denominación de prototaylorismo es adoptada por Novick y Catalano para diferenciar al modelo de organización del trabajo argentino alcanzado en los ‘60 de la Organización Científica del Trabajo en los países centrales. Ver Novick, Marta y Catalano, Ana: “Relaciones laborales y sociología del trabajo: a la búsqueda de una confluencia”, en *Revista Sociedad*, N° 1, octubre de 1992.

El primer Ministro de Trabajo del gobierno de Alfonsín era Antonio Mucci, quien pretendía mantener una posición fuerte con respecto a los sindicatos. Su argumento acerca de la ley giraba en torno a la democratización, y esto no era negociable en ningún sentido. En Acuña, Marcelo Luis, *Alfonsín y el poder económico*, Ed. Corregidor, Buenos Aires, 1995.

Idem anterior.

Fernández, Arturo: “Los efectos de la reconversión laboral en la organización y participación sindical. Estudio de casos”, CEIL, Mimeo, 1995.

En los comienzos del gobierno de Menem fracasaron los sucesivos planes impulsados, el primero del Ministro Rapanelli (amparado por la alianza del gobierno y la empresa Bunge y Born) y el posterior del Ministro Erman González.

Fernández, Arturo: “Los efectos ...”, op. cit.

Los dos acontecimientos descriptos se sucedieron durante la primera quincena del mes de abril de 1990. Al mismo tiempo en que los sindicatos mostraban su oposición a los postulados económicos del gobierno, el 6 de abril se desarrolló una marcha de apoyo al plan económico del gobierno.

Uno de los gremios que daba peso suficiente a la CGT-Azopardo era el de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), sin dudas el que contaba con más poder de negociación en épocas pasadas, dada la gran cantidad de afiliados con que contaba hasta fines de los setenta. Pero en los inicios del gobierno justicialista el número de afiliados de ese gremio había disminuido considerablemente, ya que tenía a 30 mil suspendidos y ya varios miles de cesantes, y en una situación de continua retracción a las industrias metalúrgicas livianas y pequeñas, donde se concentraban más de la mitad de los mismos.

Diario Página/12, Buenos Aires, 19 de abril de 1990.

Fundación dirigida por el propio Cavallo e integrada por importantes empresarios que sirvió como plataforma política del Ministro.

Más allá de la reforma efectuada en el gobierno militar, la Ley de Contrato de Trabajo (N° 20.744) fue reformada en 1991 por la Ley Nacional de Empleo (N° 24.013) y recién en 1995, mediante la Ley de PyMES (N° 24.467) y el Nuevo Régimen de Contratación Laboral (N° 24.465).

VI. INTELLECTUALES, CULTURA Y POLÍTICA

EL COMPROMISO DE LOS INTELLECTUALES SUBJETIVIDAD: LOS OBSTÁCULOS PARA LA LIBERACIÓN

León Rozitchner
Filósofo

¿Recuerdan? Existía el proletariado y el lumpen-proletariado, el trabajador que tenía conciencia de clase. Ahora ¿qué hacemos y pensamos cuando vemos que casi todos se han pasado al “lumpenaje”? El lumpen-peronismo.

¿Recuerdan? Se explicaba antes que en las épocas de empobrecimiento y desempleo los trabajadores defecionaban de su implicación de clase, y se pasaban, sin resistencia, del otro lado: se sometían a las patronales y abandonaban el campo de resistencia. Pero es, también ahora, la única explicación que nos siguen dando.

¿Ustedes realmente creen que con esas explicaciones socio-políticas, tomadas como ejemplos, alcanza para desentrañar lo que realmente pasa y comprender qué sucede en las clases populares?

Sobre el fondo de los fracasos, debemos considerar qué ha pasado desde la caída de la Unión Soviética. Un imperio se desmorona, sin fundamento humano que lo sostenga. ¿Tiene algo que ver con la subjetividad, es decir lo que pasa en el cuerpo y en la cabeza de los hombres, en tanto soportes de un sistema social y político? ¿La producción de hombres por el sistema social, no es también algo que escapa a la mera economía del materialismo mecanicista neoliberal, o hasta de izquierda y que, por lo tanto requiere una comprensión mayor que la desarrollada por la izquierda política? Y si Cuba resiste pese al determinismo económico que la izquierda ponía en primer plano ¿no debemos pensar que en la pobreza también puede haber resistencia, y hasta revolucionaria, y que debemos entonces dejar de explicarlo todo por la mera falta de trabajo?

No se trata de hablar de la función del intelectual en abstracto, sino sobre fondo de lo que sucedió en el fracaso que atañe a América Latina, nosotros incluidos.

Las consecuencias que podemos sacar de la experiencia de los últimos años, teórica y sucintamente expresadas serían, recordemos, estas cinco:

1) El economicismo, es decir una consideración de derecha incluida en la apreciación teórico y práctica de los fenómenos llamados “económicos”, que también fue un modo de abordar el determinismo económico desde la izquierda;

2) el racionalismo, es decir una concepción de la razón y el pensamiento apoyada en el patriarcalismo, que a pesar de decirse materialista dejaba de incluir como fundamento de la conciencia un espíritu sin cuerpo sensible y afectivo.

3) El centralismo partidista excluyente, que en función de una eficacia organizativa política dejaba fuera de juego la participación y la responsabilidad de los que quedaban incluidos, pero excluidos al mismo tiempo;

4) La permanencia acrítica del pensamiento imaginario mítico-religioso (fantasías y espectros), que seguían obrando en la conciencia pretendidamente lúcida, consciente y científica de toda la izquierda;

5) Y por último, la concepción de la violencia armada como única forma determinante en el enfrentamiento político, sin tener en cuenta la magnitud y la disimetría de las fuerzas colectivas.

Y sin embargo ¿basta acaso con reconocer esto para seguir adelante satisfechos? En ese caso el pensamiento crítico alcanzaría un límite, aunque necesario: tendríamos abstractamente las razones de nuestros fracasos, pero no las razones y pasiones de nuestras esperanzas.

Cada una de las presunciones ideológicas que antes sostuvo la mayoría de la izquierda se han visto refutadas, una a una, por la realidad de los hechos que las derrotaron, cuya complejidad –pensamos– fue eludida: ¿debemos renunciar a todas ellas, darlas por fenecidas, o plantearlas dentro de una situación radicalmente nueva donde sólo las líneas más generales, y por eso menos definitorias, nos descubran una eficacia nueva?

[¿Cuál es la función que el llamado “intelectual” tendría que cumplir si al menos quiere ejercer ese privilegio para el cual estaría preparado, si realizara una experiencia que le sería propia, y para la cual se requiere una transformación particular, más honda y comprometida, de su participación particular en los hechos sociales?]

Esta es la novedad que la historia nos está abriendo en su crudeza con tanta destrucción, con tanta impunidad y tanta muerte. Pero esta pérdida sufrida es también, tiene que serlo, un duro aprendizaje, una ganancia y un desafío para nuestra inocencia y presunción: en su anverso muestra ahora lo que antes no veíamos: lo que antes no vimos ni en la realidad ni en los otros, y por lo tanto tampoco en nosotros mismos. La historia es un analizador implacable de nuestras razones y de nuestros delirios. Y para que éstos no sean un complemento invisible del pensamiento y se conviertan en espectros [“el peso de las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”] debemos verificar en nuestro pasado histórico inmediato no sólo nuestras razones sino también nuestras propias fantasías. Las fantasías sostenidas y mantenidas en el campo político se convierten en espectros y nosotros quedamos convertidos, cuerpos vivos, en estatuas de piedra de la historia.

Tenemos el muestrario más acabado de todos los posibles políticos realizados, pero también casi todos frustrados. Es necesario sacar una enseñanza –como se dice pedagógicamente– para el futuro: poner en juego, y en duda, cómo fueron concebidos los enfrentamientos con el poder.

Si quedamos adheridos melancólicamente al pasado con sus esquemas repetidos, no vemos ni enfrentamos al presente con su amenaza nueva y más insidiosa, –el enemigo también ha aprendido– no podremos pensar las condiciones de una estrategia mental nueva para continuar la resistencia. Las condiciones han cambiado. Y nosotros con ellas: también las nuevas condiciones han incidido y nos han modificado: somos, aún en el modo como persistimos, el producto de las nuevas circunstancias. No vemos en el modo como hemos sido transformados –y los demás con nosotros– significa excluimos de la realidad histórica estando aún dentro de ella: habernos detenido en el tiempo pasado aunque estemos colocados actualmente todos en el mismo espacio.

Para decirlo brevemente: en una sociedad donde el terror está presente en el dominio ejercido por el poder político, pensar implica pensar enfrentando la angustia de muerte, los límites que el pavor impone en todos los cuerpos ciudadanos, y por lo tanto también en los intelectuales. No se puede pensar en serio y escribir en serio si no atravesamos la muralla de la angustia que el terror depositó en cada uno como un límite y una marca, sea cual fuere los medios personales que utilizamos y creamos para vencerla. En la Argentina todos fuimos torturados: sólo que las marcas son invisibles, no están de cuerpo presente en nuestros cuerpos. Pero todos estamos marcados.

Nuestras propuestas repetidas de lo mismo no son sólo errores: son ineficaces y peligrosas. Pensemos: les metemos miedo a los sobrevivientes de este tenebroso mundo nuevo en el que todos estamos, los espantamos con nuestras antiguas propuestas. Porque repetir esquemas antiguos, que sabemos ineficaces, de algún modo nos convierte en tolerables para el poder político: porque el enemigo, como íntimamente nosotros, conocen su ineficacia. La ineficacia de la acción propuesta sirve para resguardarnos al mismo tiempo que creemos enfrentar el riesgo. Pero la gente distingue entre fantasías locas que pueden llevar a la muerte, y posibles anhelados que en medio de la acción colectiva preservan nuestra vida. Hay que recrear un futuro posible diferente del posibilismo; hay que retomar los milenarios ideales que persisten en un presente diferente para que sean eficaces de otro modo. Son como flores nuevas que van cambiando de forma al volver a brotar en la misma planta.

Pero pensar y asumir la montaña inmensa de los agravios y de las decepciones sufridas (digo, de las frustraciones de tantas expectativas que habían alcanzado el umbral de su realización y fracasaron) agobia a toda aproximación personal que quiera abarcarlas y sostenerlas con su propia voluntad y ganas individuales. Y si encima se nos pide que desde allí debemos pensar, en medio de la derrota y el caos, una estrategia política inmediata de salida, la cosa es imposible. La amenaza nos convierte en heraldos de un pensamiento débil.

Pero es lo que nos pide casi siempre el público: que les bajemos línea. Pero como no debemos detenernos a pensar y no podemos sentir nada diferente de lo que la gen-

te siente: nos quedamos entonces humillados por la impotencia. ¿Qué solución darles? Permanecer entonces repitiendo el pasado parecería ser la mejor de las estrategias individuales para salvarse a uno mismo del abismo. O la opuesta: eludir y abandonarlo todo para disolverse como objeto sumergido, impotente, en las nuevas condiciones. Porque el triunfalismo que los medios les conceden a los entibiados y a los aggiornados, cónsonos con el sistema que les permite la existencia pública en los medios y en las instituciones, es otra de las formas –creen– de salvarse del abismo mirando para arriba, sonrientes –mientras van cayendo todos juntos.

Nos dicen que nos calentamos mucho, que hay que hablar con menos pasión que no hay que ser tan críticos de los “compañeros”. Que no hay que ser tan dramáticos ni tan exacerbados. Que hay que ser más tolerantes con los enemigos políticos, a pesar de ser los aliados de la muerte. Pero el hecho de que la “función” intelectual aparezca hoy en día como aquello que ejercen en serio unos pocos, y cada vez más postergados y excluidos, señala el carácter crítico del compromiso limitado por el terror o el miedo económico.

¿Cómo pensar la plenitud y la totalidad de la situación nueva sin despertarse cada día como lo hace el Samsa de Kaffka en la Metamorfosis, como bicho o insecto, que corresponde a la jerarquía de las nuevas fuerzas dominantes que se han apoderado del mundo? Nada menos: hemos nacido bajo la aparente protección de un “socialismo” mundial, el que puso un límite al nazismo (que no es poca diferencia), y debemos vivir dentro de un horizonte donde ese límite extremo y protector contra el poder capitalista ha desaparecido. Estamos doblemente huérfanos.

Y si a eso le agregamos que América Libre, la territorial por lo menos, no conoce una sola parcela de su territorio que actualmente sea libre, (para no hablar de la difícil situación de Cuba), y donde la gente sigue votando democráticamente en mayoría a sus opresores, y donde todavía seguimos sepultando a los muertos del pasado juntos a los nuevos que se van produciendo...

Asumir lo que no comprendemos no significa declamar nuestra ignorancia. Es un punto de partida para pensar en serio: tolerar haberse quedado a la intemperie. Estamos sitiados todavía por certidumbres sagradas. Planteamos por eso que los “héroes” no deben ocultarnos la posibilidad de considerar críticamente sus logros y sus fracasos: casi todos nuestros héroes son héroes muertos. Nosotros en tanto somos sobrevivientes, culpables de estar vivos, parecería que en nuestro mundo cristiano ya no tenemos derecho a hablar de la muerte no sólo como un azar que viene al encuentro sino también como un fracaso o como producto de errores que hubiera sido posible pensarlos para evitarla.

A nuestros compañeros muertos no por estar muertos y haber sido valientes y coherentes debemos ofrecerlos acriticamente como modelos. Debemos reverenciarlos, recordarlos, reconocerlos, llorarlos. Pero también, al darle vida en nuestra propia historia, juzgar sus actos y sus concepciones. La muerte que nos da el enemigo siempre será un fracaso. Congelar por la reverencia y la admiración a los héroes muertos es volver a matarlos y mistificar el pasado. La muerte es el triunfo del héroe, que de al-

gún modo soñó ser eterno, no de los hombres simplemente mortales que también la enfrentaron.

Pero debemos por lo menos pensar que la muerte heroica no es el triunfo que buscamos. Habíamos señalado que la muerte y el enfrentamiento no deben obnubilar la memoria histórica y la eficacia de vida que buscamos. No desvalorizamos ni la osadía ni el coraje ni el sacrificio necesario al decir esto. Hablamos sólo desde la experiencia de los que quedamos vivos, que es nuestro único y modesto bagaje.

Sólo decimos que hay modelos idealizados respecto de los cuales los intelectuales vivos, como sobrevivientes, quedamos condenados socialmente a la alabanza o al silencio. Pasa con los héroes políticos como con los héroes teóricos.

¿El intelectual tiene que tener propuestas ya listas para enfrentar la miseria globalizada en medio de la riqueza más inaudita? Marx no escribió el Socialismo, no describió el futuro; escribió el Capital, el presente. No hay ciencia del futuro en la Historia.

La dimensión de la catástrofe hace que todo aquél que piensa algo, sea cual fuere el lugar que ocupa como profesional o teórico, se vea a sí mismo como un sobreviviente de este desparramo de muerte que circula por la economía, por la represión armada o por los medios. Nuestros políticos, cómplices, son los porteros de noche del fascismo impúdico del capitalismo neoliberal. Tienen precio y apellido. Pero hay algo que por lo menos constituye nuestro punto de afirmación irrenunciable: las verdades actuales sin embargo son simples, no son verdades eruditas ni difíciles: lo difícil es tener el coraje de enunciarlas y sostenerlas a riesgo de su propia existencia civil. Lo más complejo es el tiempo en el cual pierden los intelectuales entregados a las prebendas que les arroja el sistema: humillados para hablar y escribir siempre como el amo dicta. Por eso la sofisticación de las ideas y de las teorías sociales. Ejemplo ese intelectual sostenido por las fundaciones internacionales que afirma que en la Argentina ya el duelo por los muertos ha sido vivido, que estamos prontos para afirmar la democracia.

Extrañamente muchos intelectuales se han convertido en posibilistas: piensan dentro del límite que nos marca la amenaza de muerte del sistema, los límites que ella misma ha impuesto para que nadie se mueva. No podemos imaginar lo diferente. Hay que reivindicar una osadía que huele a cobardía para algunos, aquellos que están seguros en sus antiguas verdades: a veces es preferible callarse y decir que no sabemos aún cómo enfrentarlo, porque al hacerlo podemos dar al menos testimonio, describir para todos la realidad invisible: reconocer el obstáculo.

Estamos asistiendo, impávidos, a una guerra de exterminio masivo, que se evidencia también por el primer objeto derrotado: nuestras almas muertas. El intelectual debe estar convocado para sostener la vida desde ese lugar de resistencia desvalorizado por (¿para?) la política.

Pero me sigue faltando que no pensé todavía, y que debo hacerlo si siguiera el camino y enfrentara las dificultades que describí hasta ahora.

[“Proporcionar un marco a un problema no delimitable”, tal sería el objetivo de este estudio sobre la política. Pero la política misma sería ese intento: allí donde el poder debe admitir ser sustituido por los dominados. Este problema es el único interesante en política: cómo aceptar mansamente delegar lo que ya se tiene como propiedad exclusiva en aquellos que no lo tienen, porque no tienen el poder que ya los primeros tienen y que nunca querrán ceder democráticamente. Esta oscilación de la política delimita un campo de apariencias, necesariamente: hacer como si se estuviera dispuesto a aceptar las reglas de un juego llamado democrático, pero que sólo existe mientras su apariencia permite la permanencia de los que ya tienen el poder. Y si no, a la política le sucede, como siempre, la guerra.]

La decisión de ocultar o disolver la separación y el antagonismo entre amigo-enemigo significa el intento de disolver y aniquilar la política, para hacer prevalecer el dominio de lo económico sin política ni guerra. La política menemista o la radical no son entonces política: han dejado su lugar, al disolver la noción de amigo y enemigo al poder económico-eclesiástico. Hay que pensar en repensar todo lo político desde esta noción que aparece en Schmitt.

La tolerancia frente a lo diverso se proclama como una conquista liberal. Y lo hacen desde la ética, como una formulación que retiene las diferencias en el ámbito de las ideas y de las costumbres que se enfrentan. Pero esto no basta, y puede hasta ser –lo es siempre– encubrimiento de lo que debería no ser tolerado. ¿Tolerar al capitalismo asesino? ¿Tolerar a la intolerancia de la Iglesia? Esta tolerancia busca sólo el desarme de los que sufren las consecuencias carnales de las diferencias insoportables.

[–El Estado asumiría la representación y el ejercicio real de todos los males presentes en la subjetividad de los súbditos. No sería quien los enfrenta, sino quien los realiza al someterlos: es el más malvado de los malvados, y desafía a quien lo fuese –al malvado contenido en cada uno de los súbditos– a enfrentarlo.]

El difícil lugar de decir la verdad o al menos todo lo que pensamos. El equilibrio que debe conquistarse. ¿No es acaso ese el lugar difícil que hemos ocupado con Cuba? Lo que no hemos hecho con Cuba lo hacemos en la Argentina: no tenemos miedo de decirlo. No que la represión no exista; en la distancia con Cuba el temor sería mucho menor. Lo hemos hecho con el peronismo. Un poco más difícil cuando se trata de que hay compañeros que están enfrentando las condiciones del enfrentamiento armado, y nos detiene, allí cuando ellas enfrentan un combate a muerte, de criticar algo que pueda utilizar el adversario y servir para colaborar con la agresión y el poder del enemigo. Hay una jerarquía en los hechos y en la elaboración crítica.

La muerte circula por la economía como antes por las manos armadas de los militares; circula en las palabras armadas de muerte del presidente Menem o de toda esa recua miserable de la galería lombrosiana que tenemos como políticos.

“Temor sin darse cuenta del por qué o el cómo: terror pánico. En verdad existe siempre una cierta comprensión de la causa (del terror), aunque el resto lo ignore; cada uno supone que su compañero sabe el por qué. Por tal motivo esta pasión (el terror) ocurre sólo a un grupo numeroso o multitud de gente” (Hobbes, cap. 6, p. 45 *Leviatan*). El terror es lo que circula como un saber clandestino en cada uno, pero al mismo tiempo sabiendo que el otro lo siente y también lo sabe: estamos en lo mismo.

Nos dicen que nos calentamos mucho, que hay que hablar con menos pasión, que no hay que ser tan críticos de los “compañeros”. Que no hay que ser tan dramáticos ni tan exacerbados. Que la función intelectual aparezca hoy en día como aquello que hacemos unos pocos, y cada vez más postergados y excluidos, señala el carácter crítico del compromiso limitado por el terror o el miedo económico.

Los difíciles caminos para hablar como Lacan, como los economistas monetaristas. El Baúl de Manuel es más crítico y más revelador de lo que está pasando en nuestra economía que todos los refritos que por allí circulan, o las necesidades imbéciles y adocenadas de los pobres ganapanes que fungen de economistas en las radios, la tele o los diarios, los miserables hermanos aleman's o los cavallos designados por el poder económico y de los media como técnicos y sabios.

Ver el “increíble y amado Che” como “ejemplo de nuestros hijos”. Los desaparecidos tomaron, dice, el ejemplo del Che: “la tenacidad de cada día, el espíritu de trabajo, el amor a sus compañeros....” Pero el fracaso y lo ilusorio de su omnipotencia no cuenta a la hora de proponer el modelo. Lo mismo pasa con Walsh entre nosotros: los modelos no son asumidos con el intento de continuar un sentido que en la historia queda como detenido en el punto que nos separa de sus asesinatos y de sus muertes.

Lo *lighth* del postmodernismo es el anverso negativo del pasado (Vattimo). El pensamiento débil hace gala de su pobreza y su falta de ganas, de su impotencia definitiva: se hace, convertido, corregido, en positivo: aceptado lo que antes se combatía convertido ahora en lo único verdadero. Cristianismo sin Iglesia. Razón sin sentido: nihilismo realizado.

Todo es obsceno. La vida que estamos viviendo es obscena.

LIBERTAD DE CREACIÓN, LIBERTAD DE MERCADO Y DEBERES DE LA INTELIGENCIA

Eduardo Rosenzvaig

Filósofo y escritor

Docente de la Universidad Nacional de Tucumán

1. LIBERTAD DE MERCADO

La libertad de mercado presenta al creador dos puertas: aplausos o exclusión. Las dos puertas abiertas de par en par constituyen una prueba. Son los inicios del tercer milenio. Con esas pruebas el mercado se auto representa libre. Con esas pruebas el creador debe aceptar que queda sometido a esta libertad.

Quienquiera puede atravesar una o la otra puerta, dependerá de él mismo. Pero sepa aquel que no entra a la puerta de los aplausos –especifica el modelo–, que fatalmente lo hará en la otra de la exclusión. Así como hay una exclusión social también –como correlato– una invisibilidad artística o intelectual.

Aplausos y exclusión son los mecanismos combinatorios con que la libertad de mercado disciplina al creador.

La exclusión creadora de la era de posmodernidad colonial, es decir allí donde el centro (el otrora centro colonial) impone las reglas del mercado, es distinto radicalmente a la conocida en la modernidad. Aquí Van Gogh o Kafka podían morir en el anonimato. Pero no fatalmente, por imperio de la dinámica del conflicto social y la propia historia moviéndose en la construcción de un proyecto, podían también ser redescubiertos. Volver a nacer como gigantes. Con el final de la historia como utopía de la pos-modernidad, el modelo quiere también expresar que del pasado nada. Aquel creador que entre hoy por la puerta de la exclusión –dice–, tenga bien seguro que no será rescatado mañana del olvido. Que será literalmente emparedado como en el cuento de Poe. Peor, que constituirá un invisible sin retorno, modificando incluso al personaje de Wells. La puerta de los aplausos está llena de individuos que se agolpan, codean y pisotean por entrar primero. Con ellos sobra, repite el intertexto del merca-

do libre. Con ellos nos basta para las necesidades de hoy, y para las siempre cambiantes provocaciones de necesidades nuevas nos bastará con los agolpados mañana por la mañana.

Una gran editora de Buenos Aires comprada por capitales alemanes en 1998, eligió como management a un ejecutivo que asumió diciendo: el autor que no venda cinco mil ejemplares no publica en nuestra editorial. El criterio de verdad es la mercancía. No importa la calidad de la obra, tampoco si constituye una vanguardia literaria o su tema pueda modificar la dispersión social. El literato que atraviesa esta puerta deberá sentir –de eso se trata el disciplinamiento– que él no es nada sin la empresa. Que sólo con la empresa podrá serlo todo.

No estamos invalidando aquí la relación creador-empresa. Sería estúpido hacerlo en tiempos donde la empresa tiene tantos alcances y poderes. La relación entre creador y empresa sin duda ayuda a la “eficiencia” en los alcances de la obra. Ayuda incluso al creador a vivir de su obra. Lo que cuestionamos es la reducción de la libertad. El síndrome de esclavitud a las leyes del mercado. Más allá la deserción total del Estado.

Para publicar en aquella editorial, el autor no debe sentir o pensar en aquello que lo afecta como ser antropológico, debe hacerlo en relación a la demanda, a lo que sienten y piensan las góndolas. Como un ser económico. De hecho, es el funcionamiento de un “realismo socialista” al revés. No es el Estado el que le indica al creador lo que debe producir y lo que no, es el mercado. El Estado autoritario reemplazado por el mercado autoritario. El “motor de la clase” por el “motor del mercado”. Las masas por el consumidor. Nos hallamos en las puertas del gran “realismo capitalista”.

La orientación caracterológica de este creador/intelectual reclamado por la editora, es la de un hombre identificado con los valores del mercado. Una obra para el consumidor que embute salchichas, vino, pizza, turismo, videocable, zapping. El creador debe aprender las reglas: el valor de su obra se determina como el valor de todas las mercancías. La libertad no está en producir sino en vender. O, en todo caso, producir para una demanda de horizonte lejano. Una demanda recreada por la pizza, el turismo y el zapping. Y no es que estos elementos estén mal, sino que lo dañino, lo singularmente obtuso es que todos están idénticamente tratados. Todos son reducibles a la unidad del código de barras. Todos son intercambiables y putativos. Todos son lo mismo. No la vida, sino el espectáculo de la vida provocado por los envoltorios y la publicidad.

Cuando el trabajo intelectual se convierte en mercancía, cuando el productor produce para el gran “realismo capitalista” en las mismas condiciones que antes producía para el Estado que se hacía llamar “socialista”, entonces se vende él mismo como mercancía. Adquiere la subjetividad de la mercancía. Su trabajo creador se ofrece en las mismas condiciones en que el mercado ofrece zapatillas. El intelectual siente pues, que para entrar a la puerta del éxito, debe transformar bajo cualesquiera condiciones su trabajo o talento en capital a invertir. Porque la disyuntiva de esta colocación no es como en la modernidad éxito o fracaso. Ahora es éxito o desaparición.

Al capitalismo no le interesa si una mercancía es buena o mala, le importa su capacidad de engañar, su capacidad de ensoñar, de seducir con cualquier estrategia, le interesa que venda. El valor de cambio de la obra literaria es su flujo, su éxito en las góndolas. Llegamos a un extremo de la sociedad neoliberal madura. El significado extremo de la estética es el mercado.

Casi hasta parece obvio decir que ello vuelve al producto creado excepcionalmente conformista, imposibilitado de apartarse del rebaño. Las provocaciones no constituyen una ruptura conceptual/formal sino un proyecto de marketing, una puesta en escena, muchas veces un acto de grosero sensacionalismo. El extremo de este acerto es el cine de la posmodernidad. Cuando los valores económicos en juego son más altos, el filme es tanto más avenido a los lugares comunes, amoldado a los cánones del discurso estético de la mercancía, finalmente doblegado e ingenuo en su factura. Ver una película norteamericana de los 90 es como ya haberlas visto a todas: los mismos escenarios, las mismas caras, idéntico color, los diálogos consabidos, el final esperado. Cuando en la contratapa de video dice “drama” tiene que haber un muerto, si dice “comedia” el final feliz, si escribe “acción” multitud de asesinos barridos por un blanco bueno, y si dice “condicionada” el pene entra y sale mil veces de un orificio femenino.

Las ausencias se equilibran con expansiones tecnológicas. Hay que reconocer en todo caso el éxito de esta nueva amalgama entre la mediocridad y la brillantez tecnológica. Titanic. Es decir todos los Oscars.

2. LIBERTAD DE CREACIÓN

El tipo de creador que promueve la sociedad de la desigualdad, es aquel que le manifiesta poder funcionar bien, sin roces; está claro. Un escritor tinélico, un plástico de plástico en la mesa perpetua y rococó de Mirtha Legrand. ¿Pero cuál es el lugar desde el cual es posible estar y salir y al mismo tiempo ser?

Me parece que el creador que sabe ser él en su ontogenia extrema, se ubica en el lugar donde la estética se transforma en ética; donde los deberes de la inteligencia recrean otro mundo. Estoy hablando del lugar extremo. (Así como el otro extremo era el mercado). Ni siquiera estoy pensando en santos, es decir en seres desactivados de la vida y de sus contradicciones. Estoy pensando sí, en el intelectual que pueda ocupar de más en más el lugar vacío, el lugar que dejó absolutamente vacío el modelo de desigualdad: la ética.

Tal vez llevar los registros estéticos de la individualidad, del propio ser, de la convicción en los sentimientos, de la razón, de las pasiones, hasta el final, hasta el lugar de la ética, el territorio que abandonó con banderas y cartuchos el modelo fundamentalista de injusticia. La exclusión puede ser burlada. La invisibilidad destruida por un tránsito a una tierra que la posmodernidad colonial dejó entre yuyales. Por lo tanto es posible vislumbrar otro éxito, no el del mercado, sino el de integridad consigo mismo que es tanto como el inicio de una integridad antropológica.

Para la empresa productora del escritor de 5.000 ejemplares, la mercancía-libro no es más que la representación del capital, poco de la obra le importa como un objeto creador, transgresor, repulsivo. El management es un burócrata que maneja cosas, números y personas. Este es el gran “realismo capitalista”. Ha aparecido de una forma tan nítida, porque el sistema se representa como alternativa única en esta fase colonial tardía. Para las periferias una triple exclusión: social, global y estética. El centro compra; el centro dice lo que es “autóctono” en la periferia; lo que tiene valor de identidad en función de un mercado adquisitivo central, y lo hace mientras la mercancía borra todas las identidades. El mercado es lo real; todo su realismo empieza desde allí.

Un hombre que no puede cambiar la sociedad, un hombre cuya vida está instalada en el shopping, un hombre que es objeto de las transformaciones decididas por las macrocorporaciones y capitales, se desliza hacia la pereza mental y emocional. No necesita saber mucho ni sentir profundamente, sólo lo suficiente como para cumplir con su trabajo. En consecuencia no precisa literatura ni plástica ni pensamiento innovador. En la televisión pasan imágenes tan veloces como para que el pensar se amortigüe. Aún así, ello es poco, y este hombre recurre al zapping para aumentar la velocidad de amortiguamiento. Su ideal es la función de espectador absoluto del clip. Recorrer el mundo, mirar las comidas exóticas, seguir los cuerpos de las mujeres más caras. Y dormirse. Hasta el día siguiente.

Entonces ¿para quién produce un creador? ¿Acaso sólo para críticos y entendidos “sabios” que aumenten el precio de sus acciones en el mercado de la creación? ¿Acaso para este hombre sonámbulo que reclama más pastillas para calmar el dolor de la prostración? ¿Es posible romper con las dos direcciones?

El ideal prototípico se pudo escuchar en el invierno del 98 en los medios, con curioso ritmo rapero: “Queremos ver / un mundo mejor, / por eso hacemos / el mejor televisor, / Hitachi / qué bien se te ve”.

El mundo mejor sólo podrá verse en y por televisor. Es el mensaje utópico del capitalismo tardío. La vida será mejor, más emocionante y bella, más profunda y éticamente alta en el simulacro de esa vida. Cuanto la realidad más brutal y fea, las imágenes más tecnológicamente calificadas. Para ver con más fidelidad cómo mueren los bombardeados por los misiles norteamericanos en Bagdad, Hitachi está haciendo televisores para vos. “Queremos ver / un mundo mejor...” El verbo ver está en las tragedias griegas y también en la Biblia. Es un verbo proteico, que supone el destino pero también la acción de los hombres sobre el destino. Los hombres que ven. Hitachi ha confundido el verbo proteico; se lo ha arrebatado a los escritores, artistas, pensadores y dramaturgos. Lo ha engullido. El llegar a conocer –es decir construir– otro mundo, es sustituido por el llegar a presenciar el programa de otro mundo desde un aparato nuevo. Siempre nuevo. El rap, el ritmo monocorde de negros y latinos pobres primitivamente rebeldes de los EE.UU., acompaña a la letra. La violencia argumental es notable. Los rebeldes habrían encontrado en la contrautopía su utopía. El mundo que anhelan lo estarían construyendo para ellos –como espectáculo– las corporaciones. El mundo que verán no será edificado por los sujetos históricos, sino por

la empresa analógica; no será caminado por los sujetos históricos sino proyectado. No será “para sí” sino “en sí”: simplemente estará confeccionado de virtualidad digital.

Otra vez y a otra escala *Un mundo feliz* (1946) de Aldous Huxley. La satisfacción del deseo de ver supone no tomar ninguna decisión, dejar de padecer dudas, permanecer siempre ocupado en la función de objeto mediático.

Lo que no se dice es que el management se halla también asustado, aislado, teme perder su lugar si no encuentra al autor de los 5.000 ejemplares de cualquier cosa. Lo que no se dice es que esto es enajenación y constituye la base de un fascismo larvado. Frente a los creadores de una receta de la angustia, podemos responder desde la puerta de la estética como ética abandonada, por ello con una razonable dosis de confianza.

En fin, el futuro no puede ser así, a menos que la sociedad decida inmolarse. Y aún en este caso habrá sujetos históricos que obrarán en sentido contrario.

LOS DEBERES DE LA INTELIGENCIA

Voy a tomar dos ejemplos sobre jóvenes. Los jóvenes y los viejos son hoy los principales sujetos de exclusión del prototipo. Al primer ejemplo lo llamaré el de la sangre, al segundo lo llamaré el del cementerio.

En el museo de la moneda de Ottawa, Canadá, me detuve ante la vitrina que se llamaba “La moneda insólita”. La moneda insólita es la que aparece en tiempos de guerra. Había expuestos, allí, naipes que se usaron durante la Revolución Francesa como moneda. Había también billetes producidos para campos de concentración nazis, que tenían validez económica dentro del campo. (Unos gramos más de pan por una humillación más). Yo he contado otras veces que a los jóvenes rurales del norte, los suelen detener las policías los fines de semana, argumentando ebriedad. De lo que se trata sin embargo, es de obtener rescates. Los jóvenes deben pagar para no quedarse todo el fin de semana en las comisarías con los presos comunes. En una localidad de Tucumán, llamada Simoca, los jóvenes son tan pobres, que no tienen para pagar el rescate. La policía entonces les propone sacarles sangre para obtener la libertad. La policía vende esa sangre en el mercado negro. Los jóvenes sometidos a exclusión valen aquí menos que un esclavo de la antigüedad. Un esclavo valía toda la sangre que tenía; el esclavista debía “llenarlo” de sangre para que produjese más. A estos jóvenes –al revés– se les arrebató la sangre. Son menos que un esclavo en el modelo de invisibilidad. El sistema no los necesita para producir. La sangre actúa en estas comisarías pues, como una moneda. Con la sangre se compra libertad. Se me ocurrió que un frasco con la sangre de estos jóvenes podría colocarse en la vitrina de la “moneda insólita”, la de los tiempos de guerra, en el museo de la moneda. Se diría que el caso es extraordinario. Es cierto, pero también la guerra es un caso extraordinario. Es una moneda de guerra.

Significa que hay una Guerra. El neoliberalismo es una Guerra.

Segundo ejemplo. Descubrimos con mis alumnos que en el sur de la misma provincia, los chicos secundarios que salen de los colegios se reúnen a tomar alguna cerveza en las esquinas, entonces son perseguidos por la policía. Llegó a un punto de persecución, que ya no tuvieron dónde ir y entonces encontraron que en el cementerio no eran molestados. En el cementerio dejaban de existir como “molestia”, como “malestar de una cultura”. Entre lápidas los chicos conversan, toman cerveza, se ríen, se tocan. Encontraron un lugar en el último lugar. Allí donde el prototipo los confundió con los muertos. Fueron empujados como los indios de las campañas al “desierto”, al último lugar. Son los “nuevos indios”. Pero desde este sitio de los muertos, estos chicos hallaron de la vida. Inician la vida desde aquí. Creen en la vida desde aquí. Son la vida desde aquí.

Significa que el neoliberalismo no es sólo una guerra. Es también una guerra colonial. Una guerra contra los “nuevos indios”, los jóvenes.

La pregunta es ¿cuáles son los deberes del intelectual o de un creador, en una guerra colonial?

Primero. Aníbal Ponce fue quien habló por primera vez del deber para como uno mismo. Esto tiene que ver con la ruptura de la vieja servidumbre del intelectual. Dar un testimonio es recuperar la más íntegra de las provocaciones de Cristo.

Segundo. Deber de ayudar a la explicación (desde las ideas hasta el arte) de que esto es una Guerra Colonial. Colaborar con y en la formación de sujetos conscientes de que nos hallamos en este lugar. Integra el proceso de autoconocimiento y proyectualidad, esta convocatoria notable al Nuevo Pensamiento promovida por la CTA

Tercero. Deber de ayudar a transformar la Guerra Colonial en Guerra Anticolonial. Es decir al fin de la guerra. Hacer todo lo contrario a lo que hace el capitalismo actual en torno de los Derechos laborales del Hombre por ejemplo.

Detener la ideología de “la maldad” expuesta como una teoría colonial del imperio norteamericano sobre aquellos que de cualquier forma se hacen desobedientes por ejemplo.

Cuarto. Deber de la participación con los lugares que se caen del mundo. El colonialismo tardío condena a zonas enteras a desaparecer. El intelectual debe estar allí. Nadie se acordaría hoy de Belgrano y Moreno –dos intelectuales– sino hubiera habido una revolución. El deber de ayudar a cambiar el mundo es el más íntegro y complejo de los deberes de un intelectual. Y es, finalmente, el que lo instala en la Historia.

Quinto. Deber de hacer de la estética una ética. El prototipo nos llena de fealdad. Vuelve a los lugares públicos basurales. Promueve que quien pase a la invisibilidad económica se confunda con los basurales. Una pala mecánica vendrá luego a arrastrar la basura.

Como protestaba Erich Fromm, no es viable un mundo donde todas las cosas y casi todas las personas están en venta. No sólo los bienes –decía– los servicios, las ideas, el arte, los libros, las personas, las convicciones, los sentimientos, una sonrisa. Todo convertido en mercancía. Hacer belleza es hoy hacer una moral. Es el deber de la belleza y de las emociones.

Sexto. Deber de la voluntad. En el sentido del Che. Hacerlo hoy. Adelantar el futuro. Voluntad de que el futuro comience hoy.

Séptimo. Deber de la libertad. La desintegración de un sistema, de su funcionamiento, ocurre cuando algunas de sus partes actúan con un máximo gasto de energía por fricción entre ellas, pierden la capacidad de adaptación y se anquilosan. Si todo, hombres y sentimientos, es mercancía, se anquilosa la libertad. Tarde o temprano el sujeto histórico trata de recuperar su esencia. Reasunción de la sustancia eco-antropológica.

Asistimos a una crisis terminal de un tipo de creador prisionero del mercado. Ya no tiene nada que decirnos y pronto tampoco tendrá algo que ofrecer como ruptura estética o intelectual. El lugar de la creación no es una rebelión dentro de los cánones del mercado, sino una opción antropológica al hombre sometido, enajenado, embrutecido, adormilado por el mercado. Como tal, es una tarea revolucionaria. Palabra que no se pronuncia. Y las palabras que no se pronuncian pueden decirse o postergarse. Estar en la cabeza de una generación o pasar de largo y dejarla en el camino. El mercado puede ser una herramienta, pero sólo eso; para ponerlo en su lugar se necesita una convergencia, un sacudimiento general. Incluso arrebatando a Hitachi el televisor para emitir otras proclamas.

Octavo. Deber de ayudar a un programa múltiple para la esperanza. Ayudar a parir esperanza. Goethe escribía:

“El tema propio, único y más hondo de la historia del mundo y del hombre, al que todos los demás se subordinan, es y siempre será el conflicto entre incredulidad y fe. Todas esas épocas en que predomina la fe, en cualquier forma que sea, muéstransenos brillantes, tonificadoras del corazón y fecundas para los contemporáneos y para la posteridad. Por el contrario, aquellas otras en que la incredulidad, sea del tipo que fuere canta una victoria precaria, y aun suponiendo que por un momento logre irradiar aparente brillo, desvanécese luego ante los ojos de la posteridad, porque no hay nadie que de buen grado se avenga a atormentarse por nada, sabiendo que ello es estéril”.

Noveno. Tal vez el deber de buscar algo más. No sé qué exactamente, pero tiene que ver con uno mismo, con una respuesta personal. El algo más de cada uno. Quizás esta carta que el heterodoxo Unamuno enviara desde Salamanca a Madrid en 1899:

“Volveré en primavera y buscaré a usted. Necesito gentes cuya alma respire”.

Tal vez de esto se trate el último de los deberes: aprender junto a las almas que respiran.

LA POLÍTICA COMO CREACIÓN

Raúl Cerdeiras

Filósofo

Director de la revista Acontecimiento

Debo confesar que me siento un poco intranquilo porque este debate se realiza en el ámbito de una convocatoria que lleva por título “El nuevo pensamiento”. Creo que es difícil producir un nuevo pensamiento, y me parece estar transportado veinte o treinta años atrás, más que en el angustioso umbral en donde los hombres y mujeres arriesgan nuevas ideas acerca de cómo poder producir con su pensamiento efectos reales, en este caso en el campo de la política.

No debe ser casual que reine en nuestro país y en el mundo entero esta palabra llamada “memoria”, hasta el punto de organizar casi todos los discursos políticos llamados progresistas. Al margen de la buena voluntad con que más de uno la suscribe como consigna, finalmente no tiene otra función que suplantar al pensamiento, mantenernos fijos en el pasado, recordar efemérides, añorar heroísmos, evocar pasadas circunstancias y, sobre todo, tener presente el horror, como si fuera esa la figura que debería conducir todos nuestros actos, para tener cuidado de que ese horror no venga a producirse nuevamente. De ahí la consigna de “evitar lo peor”, fundamento de las leyes de punto final y obediencia debida.

Para mí es realmente difícil pensar algo nuevo. Y aquí, el tema que abordaré es “Intelectuales, cultura y política”.

Desde mi manera de ver las cosas, creo que hay poco que hablar de la palabra “cultura”. También que hay poco que hablar de la palabra “intelectuales”. Cuando digo “poco que hablar” digo “poco que pensar”. Porque, a decir verdad, hoy no sé realmente qué sentido tiene la palabra cultura, y mucho menos qué sentido tiene la palabra intelectual que no sea un conglomerado inorgánico de nociones y evidencias que organizan un sentido común.

Es cierto que ésta es la forma de los títulos de las décadas pasadas, quizás desde principios de este siglo, en la que se ha tenido la costumbre de utilizar la conjunción “y” para evitar pensar el sentido del lazo que une. En el caso presente se pretende enlazar exteriormente al par “intelectuales-cultura” con la política.

Pareciera que la política tiene que ser ligada o conectada con la cultura y el intelecto. Parece que la política es el campo propio de aquellos que hacen cosas. Parece ser que los que piensan están refugiados en el campo de la cultura, o son intelectuales. Rechazo terminantemente la idea de que los políticos no seamos pensadores, por la sencilla razón de que concibo la política en términos de un riguroso pensamiento de emancipación y parto del principio absoluto de que cualquier ser humano tiene la capacidad de pensar.

Expondré las pocas cosas que puedo decir en el marco de una nueva propuesta para pensar la política.

Afortunadamente, hoy no estamos solos para tratar de pensar una nueva radicalidad en política. Alguien dijo: “Intelectuales y dirigentes políticos, de todos los tamaños, de la ultra derecha, de la derecha, del centro, de la izquierda y de la ultra izquierda, nos han criticado este despropósito. Somos tan radicales que ni siquiera encontramos acomodo en los parámetros de la ‘ciencia política’ moderna [...] No queremos que otros, más o menos de derecha, más o menos de centro, más o menos de izquierda, decidan por nosotros. Nosotros queremos participar directamente en las decisiones que nos atañen, controlar a nuestros gobernantes, sin importar su filiación política, y obligarlos a ‘mandar obedeciendo’. Nosotros no luchamos por tomar el poder; luchamos por democracia, libertad y justicia. Nuestra propuesta política es la más radical que hay en México (y tal vez en el mundo, pero es pronto para decirlo). Es tan radical que todo el espectro político tradicional (derecha, centro, izquierda y los otros de uno y otro extremo) nos critican y se deslindan de nuestro ‘delirio’ [...] Para nosotros no hay partido político que nos represente o que pueda incluirnos”. Esto fue dicho hace dos años por el Subcomandante Marcos.

Si andamos en busca de lo nuevo, miremos con un poco más de atención a esta incipiente experiencia de un nuevo pensamiento político. Si queremos elaborar lo nuevo, olvidemos la política como hasta este momento la habíamos practicado. Seamos menos nostálgicos y arriesguemos más inventiva si queremos refundar una política de emancipación radicalmente nueva, como en su momento hizo Marx, como en su momento hizo Lenin, como en su momento hizo Mao Tse Tung. Tengamos el coraje de poner nuevos puntos de partida, nuevas premisas. Construyamos recorridos de experiencias que escapen a lo que hoy todos aceptamos sin crítica que es la política. No se trata de contraponer programas o contenidos, ha llegado la hora de pensar en el dispositivo mismo de la política. Es el momento de volver a preguntarnos, si es que queremos fundar algo inédito, qué es la política. Es una nueva radicalidad en la política la que cambia y subvierte los lazos sociales, y no al revés.

Pero yo estaría seguramente mucho más cerca del corazón de todos ustedes si aquí comenzara con la diatriba ultramediática de denostar contra el Fondo Monetario, mostrar mi solidaridad con los desocupados, a llorar por los desaparecidos, a describir la miseria y la injusticia de este sistema salvaje de explotación capitalista, para finalmente abrir mi convicción acerca de que esto tarde o temprano cambiará, porque junto con todo el pueblo luchando terminaremos con esta inmundicia. Pues bien, fren-

te a la empresa que me empeño en convocarlos a tomar, todo eso es simplemente el punto de partida. Para una nueva política que subvierta a la actual, eso significa sólo la plataforma de lanzamiento, es la última estación de la experiencia de las grandes luchas del pasado. Pero de ninguna forma puede constituirse en la retórica cotidiana y dominante que justifique nuestra acción o tranquilice nuestra conciencia. Aunque sea duro decirlo, es un discurso de la derrota, porque afincado solamente en la reacción, encubre la falta de creación. Y si algo debemos asimilar de las luchas pasadas es que la oposición a un sistema es un lugar que pertenece a ese mismo sistema y, por lo tanto, estéril para toda transformación de raíz.

Entonces miremos a aquellos que han tomado la decisión de tener otra mirada, por ejemplo, con respecto al poder, a los partidos políticos, al Estado, etc. A partir de esto deberemos enfrentar; en vez de la tranquilizante seguridad que dan los saberes establecidos, la angustia propia del no saber cómo se sigue, en cada apuesta y en cada encrucijada en la que un nuevo tipo de político deberá, en el seno de cada coyuntura determinada, inventar la política, es decir, subvertir la situación en la que interviene. Esta es mi apuesta. Estoy convencido, en un convencimiento que se basa en afirmar que el compromiso político se funda únicamente en una decisión, de que es necesario terminar con la seducción de estar interpretando lo que existe y empezar a crear lo que no existe.

De esta manera la palabra política va a dejar de ser ese significante que pareciera ser que todo el mundo da por sentado, y que creo, justamente, que si se trata de poner arriba de esta mesa, aquí y ahora, la cuestión de un nuevo pensamiento, debemos volver a preguntarnos, como se preguntaron en su momento los grandes pensadores revolucionarios, ¿qué es la política?

Una nueva posición ante la política debe ser fundacional porque la antigua experiencia del pensamiento político, que podríamos sintetizar en el término socialismo ha dejado de producir efectos políticos. Entonces debemos aceptar que, si la política como tal es subversiva o de lo contrario no merece llamarse política, hoy vivimos la experiencia de sociedades sin política. La vida social de los pueblos se desenvuelve sin que sea interrumpida por la irrupción de la política. Según mi manera de ver esta es la razón principal de la barbarie y el escepticismo de nuestra época.

Lo que nosotros tenemos y padecemos es algo que se debe llamar, no política, sino gestión. Son los políticos gestionarios, y sus equipos de técnicos sabihondos, los que dicen saber lo que haría feliz a la gente, los que prometen la corrección dentro de lo posible de las políticas existentes, respetuosos de las formas legales en las que aprisionan y disuelven la política, no son otra cosa que amos humanitarios que tratan al pueblo como víctimas de poderes que los hombres no dominan pero que ellos se especializan en mitigar.

Entonces tenemos que hacer un corte irreversible con ese tipo de “política”. Pero también hay que hacer una profunda ruptura con las experiencias que en el pasado reciente habían sostenido las luchas de liberación, y realizar un profundo balance de su significado, pero no desde el discurso mediocre de la derecha neoliberal, ni del obse-

camiento dogmático de la vieja izquierda, sino en el movimiento complejo que articula ese balance con la producción de una nueva forma de pensar-hacer la política.

Trabajo con la idea de que Mayo de 1968 es un acontecimiento que marca el agotamiento, o el comienzo del fin de la experiencia emancipadora que organizó la visión política del marxismo. No sólo por imprevisible e inesperado, sino por desarrollarse fuera de los partidos políticos, al margen de los mecanismos de la representación, con una disposición totalmente novedosa respecto a la cuestión del poder y, por sobre todas las cosas, porque introdujo en el horizonte político en donde todo se ordenaba conceptualmente alrededor de lo posible, la cuestión hoy crucial de lo imposible en la política. Para ir concluyendo quiero resaltar una de las consignas de esa ...¿qué nombre ponerle?) tan oscura experiencia, decía: “que toda acción no sea una reacción sino una creación”. Esto es la condensación política de un profundo pensamiento que puede sintetizar mucho de lo que intenté decirles hoy aquí: basta de estar siempre a la defensiva, por la contra, en la negación, y emprendamos la tarea de dar forma a lo que vale por su propia afirmación, que es el sello de todo lo nuevo.

Y tratándose de lo nuevo, qué mejor forma de concluir que con otra idea, con otro pensamiento del Subcomandante Marcos: “Es necesario construir una nueva cultura política. Esta nueva cultura política puede surgir de una nueva forma de ver el poder. No se trata de tomar el poder, sino de revolucionar su relación con quienes lo ejercen y con quienes lo padecen [...] Estamos llamando a abrir otra vía política [...] Intentamos abrir una vía política inédita, una que prescindiera del poder como referente, juez o jurado calificador. [...] Hemos pensado que si concebíamos un cambio de premisa al ver el poder, el problema del poder, planteando que no queríamos tomarlo, esto iba a producir otra forma de hacer política y otro tipo de político, otros seres humanos que hicieran política diferente a la de los políticos que padecemos hoy en todo el espectro político: izquierda, centro, derecha y los múltiples que haya”.

Según mi manera de ver creo que en estas palabras se condensa un verdadero “programa” para el pensamiento y la acción en el campo de la política. Basta observar cómo se tambalea todo el edificio de la vieja política si se abandona una de sus premisas básicas que consiste en que toda su sustancia estriba en tomar el poder. No puede haber duda que en Chiapas, en el conglomerado de una compleja situación, está en circulación una radical exigencia de un nuevo pensamiento político. Una apuesta, como dice Marcos, “a una política que en última instancia pueda ser construida en cualquier lugar del mundo, siempre y cuando no sea sobre la humillación de alguien para valer la pena. Si no, creemos sinceramente que no vamos a hacer más que repetir el mismo, viejo y cansado girar de la rueda de la historia, que vaya al mismo punto donde comenzamos.”

Nota: Todas las citas del Sub. Marcos se extrajeron del libro: E.Z.L.N. Documentos y Comunicados 3. Ediciones Era. México 1997.

VII. POLÍTICA ECONÓMICA, MERCADO LABORAL Y REGULACIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO

ESTABILIDAD O EMPLEO: LA ANTINOMIA POR SUPERAR

Héctor Walter Valle

Mercedes Marcó del Pont

Fundación de Investigación para el Desarrollo - FIDE

“Los progresos en materia de producción y empleo pueden conllevar el costo de elevadas tasas de inflación. Las razones para odiar la inflación son muchas y variadas. Y probablemente las más profundas no sólo son de raíz económica, al menos si concentramos nuestra atención en las tasas de inflación características de las economías industrializadas durante el período de la post guerra. En un mundo donde todos los valores –éticos, morales, y sociales, tanto como los económicos– están en crisis, la estabilidad de precios actúa como importante valor simbólico que nos conecta con un pasado que se considera, por lo menos, simple, seguro y cierto.” (Stephen A. Marglin, *Lessons of the golden age: An overview*. Clarendon Press-Oxford-1990).

“Las naciones desarrolladas exageran los peligros de la inflación, no prestan suficiente atención a la necesidad de reducir sus índices de desempleo. Luchar contra la inflación con un aumento en los impuestos y con tasas de interés más elevadas tiende a desacelerar el crecimiento económico y retardar la recuperación del empleo (...) el Vicepresidente de la Reserva Federal, Alan Blinder, cree que la tarea de reducir el desempleo merece tanta atención como la lucha contra la inflación (...) El péndulo ha oscilado demasiado lejos al rechazar la intervención del gobierno en el mercado”: Extracto del artículo “La ONU dice que se exagera el peligro de la inflación” del *Wall Street Journal*, reproducido en *La Nación* del 15/9/94).

LAS POLÍTICAS DE ANCLAJE CAMBIARIO

Al estudiar las condiciones críticas y altamente desestabilizantes que actualmente prevalecen en los mercados globalizados de capital se destaca la importancia que, una vez más, han tenido –tanto en su desencadenamiento como en la profundización

de sus consecuencias—, todos los fenómenos ocurridos en torno a las paridades cambiarias y su vinculación con la especulación financiera. Lo cierto es que la crisis no hizo distinción ya que se manifestó tanto en naciones con tipo de cambio fluctuante como en regímenes de paridades fijas o de híbridos sistemas de bandas cambiarias. Los esquemas cambiarios y los mercados especulativos del dinero actúan como virtuales cadenas de transmisión entre los sucesos de la esfera real y los que ocurren en la órbita monetaria de la economía.

La adopción de políticas cambiarias cuyo ingrediente principal consiste en pegar el valor de la moneda local al patrón dólar demostró, en la presente década, ser un instrumento válido para cortar procesos hiperinflacionarios y poner en marcha la remonetización de las economías. Esta versión actualizada de los viejos sistemas de caja de conversión fue la empleada en la Argentina con la Ley de Convertibilidad dictada en 1991.

Ahora bien, contrapesando los efectos virtuosos en materia de estabilidad, en el otro platillo de la balanza debe computarse a factores tan importantes como la pérdida de soberanía monetaria que con esa decisión implica, sus efectos negativos sobre la competitividad externa al sobrevaluar el signo monetario local (que se agrava cuando se ingresa en fases de revalorización en la moneda patrón, como la tendencia vigente en la actualidad del dólar), su clara incidencia sobre el desempleo y la regresividad distributiva —se constituye en un poderoso motor de exclusión social—, así como la mayor vulnerabilidad que estos esquemas han revelado ante los movimientos especulativos de capitales. El sistema implica por otra parte la desaparición de las funciones para las que fue pensado originariamente el Banco Central. En consecuencia la economía se torna inerte respecto a los movimientos del dinero internacional.

Tal suma de factores gana cada vez mayor ponderación cuanto más se extiende en el tiempo el anclaje cambiario y se acumulan los desfases del valor del dólar respecto al resto de los precios internos. En consecuencia, generalizadamente conduce a la presencia de tensiones en el balance de pagos y renovado endeudamiento externo. El crecimiento pierde sustentabilidad debido a su dependencia del capital extranjero que debe convalidarlo. Vale decir que el riesgo aumenta cuando el anclaje cambiario lleva una evidente sobrevaluación de la moneda nacional.

A partir de esta última evidencia pensamos que la actual coyuntura invita a reabrir y abandonar con nuevos elementos de juicio el debate acerca de las estrategias de política económica. En particular cabe replantear cuáles son las más idóneas para lidiar en un marco internacional caracterizado por el gran dinamismo y la elevada volatilidad en las corrientes financieras mundiales, a ello se suma en el presente el derrumbe de los precios de las materias primas y la retracción de la demanda brasileña. En ese debate, el grado de vigencia que tiene el manejo de los tipos de cambio como instrumento para amortiguar los deterioros en las condiciones de competitividad prevalecientes en la economía, constituye una problemática que no puede ser eludida.

LAS CONDICIONES PARA GARANTIZAR LA VIABILIDAD DE UNA PROPUESTA

La estabilidad se convirtió en el principal capital político del gobierno. Pero al mismo tiempo, las bases en que se encuentra fundada acota cada vez más las posibilidades de implantar una política de crecimiento económico sin exclusión social, todo lo contrario. Entre otras consecuencias negativas, provoca un aumento sostenido del desempleo y la exclusión social. Proponer una estrategia alternativa, y viable, que permita zafar de ese brete sin pasar por un pico inflacionario se ha convertido en la prueba de fuego para quienes realmente quieren disputar el poder al gobierno desde una propuesta alternativa.

En tal sentido, las propuestas de la coalición opositora tuvieron ecos diversos. Todavía es temprano para abrir un juicio definitivo, siendo razonable esperar las mayores precisiones que ya fueron anunciadas. Sin embargo, se advierte que algunas importantes iniciativas incluidas –particularmente aquellas dirigidas a estimular el desarrollo de la actividad productiva en base a las exportaciones, mejorar los niveles de empleo o reconstruir un Estado moderno y con liderazgo en la economía– aparecen mediatizadas por el compromiso de no tocar, por lo menos en el corto plazo, al núcleo duro del modelo en curso (convertibilidad, privatizaciones, equilibrio fiscal).

Aquellas ideas elaboradas para incidir en la esfera real, consideradas necesarias para desenvolver una fase capitalista progresista, al quedar comprendidas en el mismo paquete con la supervivencia del modelo, más se parecen a intentos por corregir algunos “efectos no deseados” del mismo que las bases para sentar un programa de desarrollo.

La combinación de aceptar una estabilidad lograda asfixiando la producción y el trabajo nacional, y de enunciar propósitos para oxigenarlos, termina generando mayor incertidumbre tanto sobre la viabilidad macroeconómica de los proyectos orientados a reactivar las actividades productivas, como de las posibilidades ciertas de corregir el desempleo y mejorar la distribución del ingreso. Así, resultan teñidos de un voluntarismo poco creíble.

En una decisión estratégica de ese tipo –con las restricciones aceptadas, por un plazo indefinido, para llegar a desenvolver políticas cambiarias, monetarias y de gasto público alternativas– hay un cierto diagnóstico implícito. Este, no sólo acepta algunos lugares comunes muy repetidos en los últimos tiempos. También evalúa que el esquema de tipo de cambio fijo y la correlativa ausencia de política monetaria (inexistencia del BCRA) que se lleva a cabo actualmente son insustituibles.

LAS HIPÓTESIS CONDICIONANTES

Pensamos, en efecto, que tal evaluación está basada en tres supuestos principales. que se juzgan compatibles con el desarrollo sustentable de la economía: 1) Que la actual paridad cambiaria es sostenible a mediano plazo, así como es viable mantener

el presente equilibrio fiscal (en realidad desequilibrio disfrazado) y las elevadas tasas de interés vigentes; 2) Que cualquier señal provocaría una violenta desestabilización en las variables, de consecuencias imprevisibles; 3) Que a partir de la estabilidad lograda por esa vía, puede construirse un sendero viable de crecimiento y corregir las inequidades acumuladas por el plan que implantó el Dr. Cavallo en 1991.

Pero todo ello implica, quiérase o no, convalidar los aspectos esenciales de la política económica vigente, asumiendo como propias y por un plazo indefinido a las premisas centrales en que se apoya el gobierno y sus comunicadores. Se admite, en los hechos –y aún proponiendo distintas acciones modificatorias de cuestionable viabilidad– que el presente modelo, por lo menos a mediano plazo, todavía es el único viable para mantener la estabilidad y el crecimiento.

Admitida esta dura restricción las propuestas, por importantes que sean, sólo aparecen como correcciones marginales al status quo de la convertibilidad. Si, cuando el plan frentista esté más avanzado se mantiene tan enorme concesión táctica cosa que descontamos, quedaría poco espacio para colocar una estratégica alternativa que sea creíble.

Opinamos que, a partir de esa forzada opción estratégica, las iniciativas en la esfera real y los proyectos para otorgar un nuevo liderazgo al Estado no pasarán de las buenas intenciones. Injertado como una continuidad del modelo, todo lo que se propone, inevitablemente y por valioso que sea, aparece tan contradictorio como inviable.

LA REALIDAD Y EL CAMBIO

No cabe duda que una propuesta alternativa debe contener la mayoría de los elementos incorporados en los papeles de trabajo contenidos en la Carta a los Argentinos. Pero su viabilidad, pensamos, depende de un lúcido replanteo –llevado a cabo desde el inicio y desoyendo los augurios catastróficos de los gurúes de la city–, tanto acerca del papel del Estado en la economía, como de las políticas alternativas en materia cambiaria, financiera y fiscal. Otro tanto ocurre con el necesario replanteo de las relaciones con las empresas beneficiarias de las privatizaciones.

Ello no supone ignorar la incidencia de los grandes cambios ocurridos en los últimos años. La dolarización, las privatizaciones, la desregulación de mercados actuaron muy dinámicamente en esa dirección. Tales mutaciones no hubieran tenido el mismo alcance sin la vigencia de condicionantes externos decisivos, tal el caso de las tendencias a la globalización comercial y productiva, así como las conductas manifestadas por las corrientes internacionales de capital.

Ponderar adecuadamente la importancia de las modificaciones estructurales que se han operado en la Argentina (lo cual no supone asumirlas mansamente), constituye un requisito de partida que debe ser respetado por toda estrategia económica que intente ser viable, sentándose sobre bases realistas. Así por ejemplo, la propuesta debe elaborarse tomando en cuenta tendencias tales como las orientadas a una mayor in-

serción productiva (con elevada ponderación de los bienes con mayor valor agregado), comercial y financieramente de la Argentina en el mundo globalizado.

Pero una cosa es buscar un nicho de especialización siguiendo la inercia del actual esquema y otra generar espacios ampliados que sirvan al propósito de maximizar el grado de industrialización interna y la modernización agropecuaria. Esto último es impensable sin políticas activas de promoción a las actividades productivas.

Suponer que la realidad se encuentra cristalizada y que un planteo genuinamente alternativo lleva al caos, no sólo impide ver el riesgo de crisis que actualmente acumula el modelo vigente, sino también aceptar reglas de juego ajenas, que inevitablemente conducen a la derrota de cualquier opción estratégica.

LA PUNTA DEL OVILLO

Una estrategia alternativa debe asumir la realidad de los efectos negativos que provoca la actual política cambiaria, pero también los riesgos implícitos de un shock devaluatorio. Una vía correctiva comienza por empujar hacia la baja generalizada de las tasas de interés para que el ingreso de capitales especulativos deje de convalidar al tipo de cambio fijo.

Pero ello acota, a su vez, la capacidad de financiar gasto público mediante endeudamiento y, por ende, si no se quiere cambiar la hipótesis de superávit fiscal, tórnase inevitable una revisión integral de las erogaciones y el replanteo de la estructura tributaria. Esta última puede encontrar límites muy estrechos si no amplía la base imponible, para lo cual es preciso que la economía crezca generalizadamente y no solamente, en aquellas actividades encapsuladas en algún nicho.

Esta secuencia de acciones a desenvolver implica llevar a cabo modificaciones estructurales de nuevo tipo. Asumir la realidad no implica descartar la intención y la obligatoria tarea de provocar los cambios que son precisos. No necesariamente modificar la realidad debe llevar al caos. Por el contrario, es la esclerosis del modelo la enfermedad que, si no se encara a tiempo, tarde o temprano desembocará, inevitablemente, en una nueva situación de crisis. Si se ignoran los datos que hoy abundan en el campo de la producción y el trabajo, los nuevos síntomas críticos pueden manifestarse en el sistema financiero, el equilibrio fiscal o las cuentas externas.

Una vez que se acepta la restricción que impone una estabilidad construida sobre los ejes centrales del modelo, todo programa de crecimiento resulta irrealista, luce inviable. Esta característica no sólo impregna a las iniciativas que elabora la oposición. Pocos documentos fueron tan vulnerables a la crítica como el programa “Argentina en Crecimiento” que, supuestamente, sintetizaba las propuestas gubernamentales en los mejores años del ex ministro Cavallo para el mediano y largo plazo. Pero ese es un problema de la conducción económica, la estrategia alternativa sólo debe preocuparse por evitar caer en situaciones similares.

Frente a la necesidad de encontrar una salida hacia el crecimiento de mediano plazo, las propuestas basadas en la ideología neoliberal aparecen cada vez más inviábiles. Ello se debe, no sólo a los costos sociales (en adición a los ya provocados) que generaría su aplicación “en crudo”, sino también debido a las consecuencias de la creciente desvinculación que existe entre sus elementales supuestos y la economía real.

Para que el plan de la convertibilidad tuviera una salida acorde con la ortodoxia era necesario que la deflación permitiera a los precios internos converger hacia el tipo de cambio fijo, vale decir una sensible deflación de precios y salarios; que el crecimiento generalizado de la productividad incrementara nuestra capacidad exportadora y que el déficit comercial a corto plazo deviniera en superávit. Como es sabido, dado que esa secuencia virtuosa no ocurrió –ni existían condiciones objetivas para que ocurriera– la conducción económica fue apelando a distintas formas de activismo económico que, sin embargo, no han podido corregir los desvíos originados en la adopción del tipo de cambio fijo. Peor aún, la eliminación de aportes derivó en una gran fuente de desequilibrio fiscal.

Los fracasos en estas direcciones impusieron la necesidad de realizar nuevas políticas activas, puntuales, para compensar el peso de la sobrevaluación cambiaria. La respuesta de la ortodoxia se desdobló en el aplauso a los logros (no sólo le complace la estabilidad, sino también las privatizaciones y la apertura importadora y se congratula por el rudo intervencionismo ejercido a favor de la concentración del sistema financiero), y el clamor por las “reformas pendientes” materializado en el eterno pedido, la recomendación de recortar el gasto público y disciplinar al sector laboral.

AHORRO EXTERNO Y DESARROLLO ECONÓMICO

Así como planteábamos que una propuesta alternativa debe generar las condiciones para consolidar un nuevo marco de estabilidad, que sea compatible con la expansión de la oferta y la necesidad de corregir las tendencias regresivas, también es preciso direccionar las políticas para que las tasas de retorno estimulen el ingreso de capitales hacia las actividades que dinamicen el desarrollo económico y controlen los movimientos especulativos.

La entrada neta de capitales tendrá un efecto positivo sobre las perspectivas de crecimiento de mediano y largo plazo, en la medida en que contribuya a fortalecer los procesos de ahorro e inversión internos.

Hay diversos efectos que ocurren cuando se producen importantes entradas de capitales en la economía de un país, dependerá de su carácter. El primero es consecuencia de una mayor demanda efectiva, pero puede tener lugar, como se verifica en nuestra experiencia reciente, en un marco de subutilización de la capacidad productiva de los sectores que deben competir con las importaciones. Esto no implica ignorar que también se refleja en una reducción de la restricción externa bajo la

cual está operando el país, con la consiguiente reactivación de la tasa de crecimiento del producto, pero particularizado en determinados sectores.

Si el ingreso de capitales provoca un incremento de la inversión en sectores productivos que –directa o indirectamente– mejoren la competitividad internacional de los productos nacionales, se construye la única forma de aumentar la posibilidad del país de hacer frente a eventuales deterioros, tanto en las condiciones del servicio de la deuda externa como el volumen de los flujos externos.

Por tanto, en un programa alternativo, el listado de proyectos dirigidos a ampliar la base productiva del país debe constituir el esqueleto de la propuesta. Cuanto más amplia y exhaustiva sea esa enumeración, definiendo nudos de inversión y estableciendo los estímulos que se otorgarán, sus costos y los resultados esperados de los mismos, más creíble será la propuesta.

Tanto por parte de los apologistas como de quienes intentan encontrar una continuidad del programa vigente, imponiendo ciertos cambios pero sin tocar los ejes centrales, hay un supuesto implícito. El mismo es que el modelo tiene resto y que se trata de un camino sin retorno, el cual una vez adoptado sólo acepta correcciones marginales en su rumbo.

LA CUESTIÓN CAMBIARIA Y LA COMPETITIVIDAD DE LAS NACIONES

Las señales del frente externo son inquietantes. Otro tanto ocurre en el plano fiscal, donde una evolución virtuosa hubiera implicado, a esta altura del proyecto, que el gasto público estuviera bajo control, existiera una menor dependencia de las privatizaciones y el aumento en la alícuota de impuestos regresivos para cubrir la caja, fuera generalizado el consenso de los contribuyentes (quizá actualmente una de las señales más graves está constituida por la leva evasión) y los niveles de endeudamiento nuevo fueran virtualmente inexistentes.

En principio partimos de reconocer que en un mundo donde, en el funcionamiento de los mercados, los desequilibrios constituyen la regla y no la excepción, la política comercial representa un instrumento fundamental para elevar el ingreso nacional.

Precisamente la experiencia enseña cómo el manejo cambiario, los subsidios a las exportaciones, o la protección respecto a determinadas importaciones, han sido utilizados por los países industriales exitosos para promover sectores estratégicos, no sólo por sus impactos directos en términos de aumento en la capacidad productiva sino también debido a sus implicancias indirectas a través de la generación de economías externas con efectos difundidos sobre todo el cuerpo económico. Yuxtapuestas, ambas tendencias han garantizado el ascenso hacia estadios cada vez más elevados de integración productiva, competitividad y complejidad tecnológica.

La importancia que tiene la política cambiaria como determinante de la competitividad diferirá en función del grado de apertura o tamaño de la economía. Obviamente, en una sociedad no expuesta al comercio internacional el tipo de cambio tendrá

una incidencia menor sobre el nivel de vida de la población (siempre y cuando la paridad cambiaria no sea, precisamente, el instrumento empleado para cerrar la economía) y a su turno, sobre los niveles de competitividad. Esta última estará determinada esencialmente por la productividad.

Y, a su turno, la mejora en los niveles de competitividad será beneficiosa para un país no porque lo ayude a competir con otros países sino esencialmente por ser fuente de mayor producción y consumo. Para que esto último sea viable pasa a ser una cuestión decisiva la existencia de un proceso de difusión de los aumentos de productividad tanto entre personas como entre sectores.

Por el contrario, en una economía más expuesta al comercio internacional, esto es con mayor grado de apertura, el tipo de cambio cumple una función más significativa en la determinación de la competitividad –tanto en el exterior como fronteras adentro–, de los bienes que el país produce.

Precisamente ese es el caso de lo ocurrido en la Argentina a partir de 1991, donde el anclaje del tipo de cambio, cuyo efecto fue potenciado por la rebaja de las tarifas y la ausencia de controles adecuados, condujo a una fuerte pérdida de competitividad por parte de sectores industriales, muchos de ellos con importante tradición exportadora. La consecuencia fue una concentración sectorial de las mejoras de productividad y una escasa diversificación de las exportaciones con un fuerte sesgo hacia la especialización en productos primarios.

**COMO SUPERAR EL DESEMPLEO Y LA PRECARIZACIÓN
LABORAL, MEDIANTE UNA NUEVA REGULACIÓN
ECONÓMICA Y UNA NUEVA INSTITUCIONALIDAD
(UTILIZACIÓN DE LA “REVOLUCÓN INFORMACIONAL”
Y DEMOCRATIZACIÓN DE LA GESTIÓN)**

Carlos Mendoza

*Coordinador del Seminario sobre Democratización
de la Gestión para una Regulación Económica de Nuevo Tipo
Editorial Tesis 11*

1 - LAS NUEVAS IDEAS Y LAS LUCHAS DE RESISTENCIA EXISTEN; SE NECESITA UNIRLAS

Es de trascendental importancia que sea desde la Central de los Trabajadores Argentinos, donde confluyen los sectores progresistas y combativos de los trabajadores de nuestro país, donde haya surgido esta gran iniciativa de unir acción y pensamiento, resistencia organizada de los asalariados contra el modelo del neoliberalismo-conservador y producción intelectual de crítica y de propuestas tendientes a generar una alternativa superadora, según los intereses de la gran mayoría de la sociedad.

En efecto las luchas de resistencia y las elaboraciones por un Nuevo Pensamiento existen, y es de capital importancia unir las y así potenciarlas, para el interés de los trabajadores y sectores populares. Esto lo entienden muy bien quienes se benefician con el actual sistema socioeconómico y por eso han tratado siempre de impedirlo.

La presente ponencia tiene precisamente el objetivo de expresar de manera sintética las elaboraciones que hemos venido desarrollando en un seminario que me toca coordinar en la Editorial Tesis 11 y que trata sobre el tema “Democratizar la Gestión para una Regulación Económica de Nuevo Tipo” y que ha seguido ampliamente los lineamientos de la producción teórica y las experiencias prácticas de la prestigiosa “Escuela de la Regulación Sistémica” de Francia, que dirige Paul Boccará, que está íntimamente ligada a la acción política y también sindical, esto último particularmente a través de la C.G.T. francesa.

Para nosotros el método de pensamiento que puede permitir explicar las características esenciales de los fenómenos que se producen en el capitalismo contemporáneo y encontrar vías hacia propuestas alternativas superadoras, desde el interés objetivo de los asalariados, es el de analizar las relaciones y contradicciones entre el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas (fundamentalmente tecnología, técnicas de gestión y calificación de la fuerza de trabajo humana) y el tipo de relaciones sociales del capitalismo actual, para la producción de bienes y servicios y su circulación en el mercado. Es por ello que analizaremos cómo las fuerzas productivas actuales, caracterizadas como “Revolución Informacional”, son incorporadas por el capitalismo de la globalización económica, hegemonizada por un núcleo cada vez menor de monopolios internacionales y sobre qué conclusiones y sobre todo qué propuestas alternativas se pueden inferir.

2 - POR QUÉ EL CAPITALISMO ACTUAL PROVOCA ESPECULACIÓN Y CRISIS FINANCIERA E INCORPORA LA REVOLUCIÓN INFORMACIONAL GENERANDO DESEMPLEO

El capitalismo actual es el de la precarización y la desocupación laboral permanentes y el de la especulación financiera y los consecuentes cracks bursátiles. Analizaremos brevemente las razones de esto.

El capitalismo se desarrolló históricamente sobre la base tecnológica aportada por la denominada “Revolución Industrial” cuya principal característica fue la de producir máquinas herramientas capaces de reemplazar crecientemente *funciones de la mano del hombre*. Consecuentemente las condiciones del trabajo hicieron que se acumularan máquinas herramientas, en cadenas secuenciales de producción, siendo la fuerza de trabajo humana, los “operarios”, los apéndices de las máquinas que completaban los trabajos que éstas hacían y aseguraban su mantenimiento.

Las relaciones de producción capitalistas basadas en la propiedad por los capitalistas de los medios materiales de producción y en el empleo de fuerza de trabajo asalariada y su explotación para ponerlos en acción y valorizarlos, se completaron con una regulación económica del proceso de producción, consistente en generar la máxima ganancia posible por unidad de capital invertido. Es la regulación económica basada en la tasa de ganancia (o relación entre ganancia (G) y capital material y financiero invertido (CMF), o sea la rentabilidad del capital, también denominada “rentabilidad financiera”).

Esta regulación económica, aun cuando generadora de crisis cíclicas crónicas, como veremos luego brevemente, es coherente con la base tecnológica de la “Revolución Industrial”, pues permite generar ganancias en base a la explotación de la fuerza de trabajo humana, para acumularla básicamente en más y más modernas máquinas herramientas, aumentar la escala productiva, transformar en asalariados a una mayoría creciente de trabajadores (artesanos y siervos rurales durante el feudalismo) y desarrollar el mercado.

A su vez la organización de la producción sobre dichas bases tecnológicas, en lo que se denominó “la gran industria”, impuso un sistema de gestión en las empresas de tipo centralista, vertical, autoritario y completamente delegado en manos del capitalista y sus empleados jerárquicos, con escasa o nula participación de los trabajadores en la misma.

En efecto la tendencia a reducir permanentemente el capital invertido en salarios para un volumen de producción dado, genera insuficiencia de la demanda de medios de consumo en el mercado, es decir que hay sobreproducción del sector que produce medios de consumo, para la capacidad adquisitiva de los asalariados en el mercado, con lo cual los capitalistas de este sector compran, a su vez, menos máquinas e insumos al sector que los produce, al cual también se le genera sobreproducción para la demanda existente. Esta contradicción genera la tendencia cíclica a la sobreproducción y a la consecuente recesión económica.

Por otro lado, la tendencia a que crezca más rápidamente el capital invertido en medios de producción materiales que en fuerza de trabajo, genera otro problema, ya que la valorización del capital invertido, mediante la obtención de ganancia, se logra mediante la explotación de la fuerza de trabajo, pues es el trabajo de los asalariados la única fuente de generación de nuevo valor y de la parte de ese valor que constituye la ganancia que se apropia el capitalista. Hay entonces una tendencia a que crezca más rápidamente el capital invertido que la ganancia que lo valoriza y es por eso que se produce en el capitalismo la tendencia histórica a la caída de la tasa de ganancia (ganancia relacionada al capital invertido).

Ambos fenómenos, la tendencia a las crisis cíclicas de sobreproducción y a la caída de la tasa de ganancia, han provocado que sean las empresas menos eficientes quienes sufran las consecuencias y estas son en general pequeñas y medianas empresas, con menor escala de producción y menor equipamiento moderno, con lo cual desaparecen del mercado o son absorbidas por las empresas más grandes, lo cual dio lugar al proceso de centralización y monopolización de la economía, hasta llegar a la hegemonía de la economía mundial globalizada actual por cada vez menos monopolios internacionales.

Por otro lado, la tendencia descrita a la caída de la tasa de ganancia en la producción y circulación de bienes y servicios, afecta cada vez más directamente a los monopolios y esto provoca que busquen cada vez más resarcir sus utilidades invirtiendo en especulación financiera, donde logran captar ingentes sumas de dinero ahorrado por pequeños y medianos inversionistas de todo el mundo, que buscan proteger y rentabilizar sus ahorros y que se ven saqueados luego de cada crack bursátil, pues terminan recibiendo mucho menos de lo que habían invertido. La extraordinaria inflación de los activos financieros, sin base real en la masa de capital invertido en la producción y circulación de bienes y servicios y en la ganancia generada, produce las grandes crisis bursátiles y muestra la tendencia creciente del capitalismo globalizado al parasitismo financiero, para huir de los problemas inmanentes que tiene y que fueron brevemente descriptos más arriba.

Es en estas circunstancias en que se ha producido *una nueva revolución en el desarrollo de las fuerzas productivas*, con el advenimiento de la denominada “*Revolución Informacional*”. La evolución extraordinaria de la electrónica ha generado una base tecnológica de computadoras, microprocesadores que controlan máquinas herramientas, medios de comunicación, sistemas audiovisuales interactivos, redes internacionales de acceso a bancos de datos y otros extraordinarios adelantos, donde lo característico es que para emplearlos en los procesos económicos se requiere de la información y el diálogo entre los hombres y entre hombres y medios electrónicos materiales. La característica esencial de la “*Revolución Informacional*” es que reemplaza crecientemente funciones del cerebro como la memoria, el cálculo matemático y los procedimientos lógicos repetitivos, dejando para el hombre la parte creativa en la interacción con los medios electrónicos informáticos.

A su vez, y como una consecuencia de la aplicación masiva de la “*Revolución Informacional*” en la economía, aparecieron nuevos métodos de gestión impuestos por la nueva base tecnológica disponible, donde los asalariados de distintos niveles deben participar organizados en grupos o células, como los “*Círculos de Calidad*” o grupos de sistemas “*just in time*” (justo a tiempo), para autogestionar la organización del trabajo, la administración de stocks y las relaciones con grupos de gestión similares de empresas proveedoras y/o usuarias, para optimizar la calidad autocontrolándola, optimizar stocks eliminándolos, optimizar la organización del proceso de trabajo en la propia empresa y en cooperación con proveedores y usuarios, etcétera.

Un asunto de esencial importancia es que los nuevos medios tecnológicos y los nuevos sistemas de gestión participativa requieren de un nivel de *formación* de la fuerza de trabajo cualitativamente nuevo, al igual que de un desarrollo continuo y acelerado de la circulación de la *información* entre los agentes directos de la producción y circulación de bienes y servicios. De ahí que se haya acuñado el nombre de “*Revolución Informacional*”.

Pero el capitalismo incorpora la “*Revolución Informacional*” en base a su viejo criterio de regulación económica, que era coherente con las bases tecnológicas de la “*Revolución Industrial*”, es decir, continúa tratando sólo de generar rentabilidad financiera, luchando por obtener tasa de ganancia, invirtiendo la masa de ganancia en acumular medios materiales, ahora cada vez más vinculados a la base tecnológica de la “*Revolución Informacional*”, tratando siempre de explotar al máximo y reducir al mínimo la masa de fuerza de trabajo empleada. Actuando así el capital, en las nuevas condiciones tecnológicas y con los nuevos métodos de gestión participativa, provoca una sustitución acelerada, a un nuevo nivel cualitativo, de la fuerza de trabajo asalariado.

Otra consecuencia de los problemas estructurales del capitalismo es que las políticas de utilización del Estado por los monopolios produjeron déficit, inflación, corrupción y desorden económico crecientes, con lo que los propios ideólogos de los monopolios impulsaron, ante este problema una política de desestatización en favor de los monopolios y de aplicación al Estado de los criterios de la sola rentabilidad capitalista, generando también esto más desempleo y una brutal caída en las condi-

ciones de reproducción de la fuerza de trabajo por deterioro de aspectos vitales como salud y educación públicas.

3. NECESIDADES OBJETIVAS DE LA REVOLUCIÓN INFORMACIONAL PARA SU UTILIZACIÓN EN BENEFICIO DE LOS ASALARIADOS Y LA POBLACIÓN EN GENERAL

El capitalismo incorpora entonces la Revolución Informacional utilizando los criterios de regulación y de medición de la productividad del trabajo que correspondieron al largo período de la Revolución Industrial, es decir maximizar la ganancia reduciendo al mínimo la inversión en fuerza de trabajo, reinvertir la ganancia acumulándola cada vez más en medios materiales de producción y aumentar la *productividad aparente* del capital, que consiste en reducir la cantidad de trabajo nuevo o vivo incorporado por los trabajadores a un volumen determinado de bienes y servicios producidos. Contrariamente a ello, lo que la Revolución Informacional requiere objetivamente para la utilización y desarrollo de su gran potencialidad, es la formación o calificación creciente de la fuerza de trabajo.

Pero además la Revolución Informacional tiene la particularidad de haber transformado los costos de investigación y desarrollo en el componente mayoritario y aceleradamente creciente del costo total de producción de bienes y servicios, siendo ya tan grande la cuantía de tales costos de investigación que se impone el reparto de los mismos para poder afrontarlos. Precisamente la propia Revolución Informacional da las bases objetivas para tal reparto de costos puesto que cuando se vende una información, el vendedor la sigue poseyendo y la puede seguir utilizando, por lo que el comprador no tendría por qué pagar por todo el costo de la misma, sino sólo compartir dicho costo con el vendedor (contrariamente a cuando se vende un producto y el vendedor ya no lo puede utilizar, por lo que el comprador debe pagarle la totalidad de su valor o precio de producción). Así entonces cuanto más utilizadores de una información haya más se podría repartir su costo y esto da las bases para financiar los ingentes costos de investigación de la Revolución Informacional, cuyo principal producido es cada vez más la *información*.

Así entonces, la Revolución Informacional requiere crecientemente de *una nueva regulación* económica que impulse masivamente la *formación de la fuerza de trabajo*, para la utilización intensiva y generalizada de los medios materiales suministrados por las nuevas tecnologías, y vincule a todos los ciudadanos al proceso económico para aumentar el número de consumidores de la información, creciente producido de la Revolución Informacional, y ampliar así las bases para el *reparto* de los enormes y exponenciales costos de investigación. Esto es lo que *objetivamente* se requiere para la utilización masiva y desarrollo intensivo de las inmensas posibilidades de la Revolución Informacional en beneficio de los asalariados y del conjunto de la población y no contra el interés de la mayoría, como sucede en el capitalismo de la regulación económica basada únicamente en la rentabilidad del capital material y financiero invertido.

4. UNA NUEVA REGULACIÓN ECONÓMICA BASADA EN CRITERIOS DE EFICIENCIA SOCIAL, PARA ESTABLECER UN SISTEMA DE SEGURIDAD EMPLEO/FORMACIÓN PARA TODA LA SOCIEDAD Y UN SISTEMA DE REPARTO DE LOS COSTOS DE INVESTIGACIÓN

Esta nueva situación generada por el advenimiento de la Revolución Informacional, ha venido provocando desarrollos teóricos y programáticos innovadores desde sectores del pensamiento vinculados al movimiento obrero y a los sectores progresistas. Entre ellos asumen relevancia las elaboraciones de la ya mencionada “Escuela de la Regulación Sistémica” de Francia, dirigida por Paul Boccará, vinculada en el plano sindical a la poderosa y combativa C.G.T. francesa, quien ha desarrollado un conjunto coherente de nuevos criterios de regulación económica de eficiencia social, que deberían coexistir en una *mixtura creciente conflictiva* con el criterio capitalista de regulación basado en la rentabilidad financiera del capital invertido.

Dichos nuevos criterios de regulación han ido siendo difundidos y empleados parcialmente en Francia, impuestos por las luchas de los asalariados con sus organizaciones sindicales, políticas y asociaciones que responden a sus intereses y a las causas progresistas y revolucionarias, por lo que han cobrado creciente importancia y experiencia de confrontación con la realidad. Daremos a continuación una explicación resumida de dichos criterios de regulación:

≪ *Criterio de Eficiencia del Capital Material y Financiero invertido*, para producir mayor Valor Agregado y no sólo Ganancia.

En efecto el Valor Agregado, o cantidad de trabajo nuevo o vivo incorporado durante el proceso productivo de bienes y servicios, se compone de la ganancia capitalista, de los salarios y cargas sociales, de los gastos de formación de la fuerza de trabajo y de los impuestos que utiliza eventualmente el Estado para gastos (educación y salud, entre otros).

Este criterio se contrapone al de la rentabilidad del capital o tasa de ganancia que sólo busca disminuir salarios, cargas sociales e impuestos, para aumentar la ganancia.

≪ *Criterio de eficiencia social del Valor Agregado producido*, buscando que crezca la parte del mismo que queda disponible para los asalariados y la población, luego de retirar la ganancia capitalista (es decir el *Valor Agregado Disponible* para salarios, cargas sociales, formación de la fuerza de trabajo e impuestos).

Este criterio se contrapone al criterio de rentabilidad financiera que sólo busca aumentar la parte de la ganancia propia del capitalista que queda disponible después de pagar los intereses por el capital recibido o préstamo.

≪ *Criterio de productividad global de todos los factores del capital invertido*, es decir optimización de los medios materiales de producción y de la fuerza de trabajo empleada, para producir *Valor Agregado Disponible Suplementario* para los

asalariados y la población, por encima del *Valor Agregado Disponible Necesario* de acuerdo a las tasas, acuerdos sociales y normas en vigor en un momento dado.

Este criterio se contrapone al de la *productividad aparente* que utilizan los capitalistas, basado sólo en reducir al mínimo la cantidad de trabajo vivo o nuevo incorporado por la fuerza de trabajo al producto o servicio, con lo cual comprimen y sobreexplotan la masa laboral empleada, subutilizando así las potencialidades del capital invertido en los medios de producción materiales generados por la Revolución Informacional.

≠ *Criterio de cooperación de las empresas*, instaladas en una zona o región determinada, para producir mayor *Valor Agregado Disponible Suplementario por habitante* de la misma.

Este criterio se contrapone al de la competencia destructiva de las empresas capitalistas, que las impulsa a producir la máxima ganancia por empleado, y a eliminar o absorber a las más débiles o a las más contemplativas, generando desaparición de empresas, desocupación creciente y descalificación de la fuerza de trabajo.

≠ *Criterio de reparto de los ingentes gastos de la investigación y de formación de la fuerza de trabajo*, que reclama la “Revolución Informacional” para su utilización y desarrollo.

Se trata de establecer un sistema creciente de *seguridad empleo/formación*, donde cada ciudadano tenga el derecho a estar empleado o en formación, con intercambio entre ambos roles (ora trabajo ora formación). Este criterio busca asimismo optimizar la relación de la inversión en empleo y en formación, para la generación de mayor Valor Agregado Disponible Suplementario por habitante y ampliar así las bases del sistema para el conjunto de los asalariados y la población. Este criterio se combinaría con reducciones periódicas de la duración de la jornada de trabajo, para por un lado tender al pleno empleo y por otro dejar más tiempo para la formación y la intervención en formas de gestión participativas dentro y fuera de las empresas.

A su vez este sistema de reparto aportaría a fondos comunes de investigación, lo cual se contrapone al criterio capitalista, que busca recursos para financiar los aceleradamente crecientes costos de investigación, mediante la absorción de otras empresas en maniobras financieras que inflacionan la especulación en el plano bursátil, con cracks y cierres y reestructuraciones de empresas, donde la consecuencia es siempre menor empleo y sufrimientos para los asalariados.

Este sistema de seguridad social empleo/formación y de reparto de los gastos de investigación, *sería financiado mediante la aplicación de los criterios de regulación económica antes descriptos*, que permitirían el crecimiento del Valor Agregado Disponible para ser utilizado en dichas formas de empleo/formación y de fondos comunes para el desarrollo de la investigación, para la aplicación de la Revolución Informacional con objetivos de eficiencia social y no por el solo criterio de la rentabilidad capitalista.

En fin este conjunto de criterios, basados en datos de la propia contabilidad actual de las empresas, permitiría con la plena ocupación y el incremento exponencial de los gastos en formación, que se produzca un crecimiento acelerado de la demanda en el mercado; a la vez que la formación masiva y el sistema de financiación por reparto de los costos de investigación, darían un gran impulso al desarrollo de las fuerzas productivas aportadas por la Revolución Informacional, que brindaría así la base material para satisfacer esa demanda creciente.

Esta *regulación económica* basada en *criterios de eficiencia social*, provocaría la superación de formas mercantiles en cuanto a la reproducción y ocupación de la fuerza de trabajo, pues se reemplazarían gradualmente por un sistema de seguridad empleo/formación; y también habría superación gradual de formas mercantiles en cuanto a la financiación de los gastos de investigación, al asegurarse esto con un sistema de reparto de los mismos.

Desde el capitalismo los asalariados pueden así imponer gradualmente formas no mercantiles, superadoras del propio capitalismo, en una *mixtura conflictiva creciente* con las formas capitalistas mercantiles de bienes y servicios, lo que va en el sentido de las previsiones de los teóricos marxistas que plantearon que sería *desde el propio capitalismo* que aparecerían las formas de la nueva sociedad superadora del mismo.

5 - UNA NUEVA INSTITUCIONALIDAD QUE PERMITA E IMPULSE LA NUEVA REGULACIÓN ECONÓMICA Y EL SISTEMA DE SEGURIDAD EMPLEO/FORMACIÓN, BASADA EN LA INTERVENCIÓN DIRECTA DE LOS ASALARIADOS Y CIUDADANOS EN LA GESTIÓN, PARA SU DEMOCRATIZACIÓN

Una nueva regulación económica requiere para su instrumentación del establecimiento de una *nueva institucionalidad* (conjunto de leyes, normas, e instituciones, en todos los niveles, desde la empresa, municipios, provincias, nación y grupos regionales). Esto es lo que se ha venido arrancando con las luchas en Francia y otros países europeos, donde la fortaleza del movimiento sindical, partidos políticos y asociaciones progresistas e inclusive frentes de izquierda en el gobierno, han impuesto, con avances y retrocesos, aspectos parciales de una nueva institucionalidad, que permite a los asalariados y sectores populares avanzar en la imposición de criterios económico sociales alternativos al neoliberalismo conservador.

El propio capitalismo, para absorber las nuevas tecnologías, ha creado formas de gestión participativas (círculos de calidad y otros) que por supuesto son utilizadas por la patronal con el solo criterio de la rentabilidad financiera y la reducción de personal, pero que aparecen *objetivamente como nuevos terrenos de lucha* a poco que los asalariados puedan llevar a ese terreno propuestas de gestión alternativas, como se está haciendo en los países mencionados.

Además, se han creado instituciones como los denominados “Comités de Empresa” (en Francia, por ejemplo), con participación de los empleados por sistema de elec-

ción directa, y que tienen facultades para tratar sobre asuntos como el empleo, la formación, la seguridad en el trabajo, el análisis de las cuentas, balances y movimientos financieros de las empresas, etc.

Hay también ya una experiencia acumulada de aplicación gradual y por supuesto siempre mediante luchas y en forma conflictiva, de los nuevos criterios de regulación económica, por ejemplo en Francia, sobre todo en empresas estatales, pero también en privadas y en organismos públicos.

La nueva institucionalidad necesaria comprende también ámbitos locales y regionales donde se tratan problemas ecológicos, el desempleo, la formación, la orientación de la investigación, y otros temas de interés de asalariados y ciudadanos, con participación de representantes de las empresas (empleados y patronal), organizaciones vecinales, electos, gobiernos e instituciones de bien público, etc., que constituyen otros tantos ámbitos donde llevar las luchas por imponer nuevos criterios de regulación, como los descriptos más arriba.

En esta nueva institucionalidad se desarrollan cada vez más las formas de democracia directa, basadas en la intervención directa de la gente en la gestión (en la empresa, en la comuna, en la región, etc.) con descentralización y posterior unificación de prepuestas por consenso, lo cual desplaza en una mixtura conflictual creciente las formas de democracia delegatoria y centralista del liberalismo burgués.

En particular la institucionalización de un sistema de seguridad empleo/formación para todos, combinada con reducciones graduales de la duración de la jornada de trabajo, para absorber e impulsar las posibilidades de la Revolución Informacional en beneficio de los asalariados y del conjunto de la sociedad, es ya un objetivo mayor de los sectores progresistas en varios países, sobre todo en Europa, como se ha visto con la reducción de la jornada laboral a 35 horas, recientemente conseguida por los sindicatos y movimientos progresistas en varios países europeos.

6 - NUEVAS FORMAS DE DEMOCRACIA DIRECTA, DE HACER POLÍTICA Y DE LA LUCHA DE CLASES, BASADA EN LA DESCENTRALIZACIÓN Y LA AUTOGESTIÓN, CON NUEVOS ROLES PARA LOS PARTIDOS, SINDICATOS Y ASOCIACIONES INDEPENDIENTES

La Revolución Informacional que para su utilización impone objetivamente la circulación de la información, un nuevo nivel de formación de los asalariados y formas de participación directa en la gestión, se acompaña en el plano sociopolítico con una verdadera explosión de formas descentralizadas, de automovilización y autogestión, para la actividad sindical, política, cultural, etc., y esto en todos los niveles, con aparición de multitud de organizaciones descentralizadas, que hacen política en diversas áreas, sin estar en general alineadas con partidos políticos y que se denominan “asociaciones civiles”, o “asociaciones no gubernamentales”.

Estas formas de democracia directa conviven conflictualmente con la democracia representativa y sus instituciones.

Este fenómeno expresa también la crisis del sistema de democracia delegatoria representativa. Paul Boccará por ejemplo, considera que a la crisis de sobreacumulación de capital para las posibilidades de consumo restringidas por la regulación capitalista, como hemos desarrollado más arriba, se corresponde una crisis de sobredelegación representativa, que da la base para la incredulidad creciente de la gente en las instituciones políticas del sistema y en quienes las personifican.

Los partidos y sindicatos progresistas en diversos lugares del mundo, están utilizando crecientemente sus estructuras y experiencia para ponerlas al servicio de la intervención directa de la gente para la autogestión política, a través de asociaciones y formas descentralizadas creadas en general por la propia gente. La forma en que se organizó el presente Encuentro Nacional por un Nuevo Pensamiento auspiciado por la CTA y con la participación de múltiples asociaciones y personalidades independientes, es todo un ejemplo de lo nuevo que está creciendo en este terreno.

Partidos, sindicatos, asociaciones, necesitan apropiarse de las nuevas ideas alternativas progresistas al neoliberalismo conservador y luchar por cambiar la relación de fuerzas a nivel de los múltiples micropoderes de la compleja sociedad moderna al igual que de los poderes gubernamentales, provinciales y nacionales, para *imponer una nueva institucionalidad y una nueva regulación económica* para superar la crisis, utilizar las nuevas tecnologías con eficiencia social y avanzar hacia la sociedad superadora de la actual, envejecida y generadora de consecuencias cada vez más retrógradas para la gran mayoría de la sociedad y cuya manifestación más patética es que expulsa cada vez más a la gente a la precarización laboral y al desempleo estructural.

Tengo la convicción de que las ideas sintetizadas en esta ponencia, inspiradas en los trabajos teóricos de la Escuela de la Regulación Sistémica, de Francia, y en las experiencias acumuladas por las luchas vinculadas con la aplicación de tales propuestas alternativas al neoliberalismo conservador, pueden ser un aporte para los trabajadores argentinos y sectores progresistas de nuestro país, en la búsqueda de *un nuevo pensamiento*.

BIBLIOGRAFÍA

Publicaciones sobre el tema en Argentina

Balestra, Mauricio. Los Nuevos Métodos de Gestión en el Capitalismo, ¿abren caminos hacia nuevas formas de la vieja lucha de clases?, *Tesis II*, Bs. As., 1993.

Mendoza, Carlos. Los ‘Límites Teóricos del Capitalismo y la Sociedad Autogestionaria’, *Tesis II*, Bs. As., 1994.

Boceará, Paul./ Mendoza, Carlos. Un Nuevo Programa Económico de Cambio Social, (la “Revolución Informacional” y la intervención de los trabajadores en la gestión para una regulación económica de nuevo tipo). *Tesis II*, Bs. As., 1997.

TRABAJO Y CIVILIZACIÓN LOS DATOS DE LA EXPERIENCIA ARGENTINA

Instituto de Estudios y Formación de la CTA

Eduardo Basualdo, Martín Hourest, Claudio Lozano y Beatriz Fontana

Resulta indudable que la profundización de la crisis internacional ha alterado significativamente los términos de la coyuntura política argentina. El proceso de agudización de la crisis social que la misma induce, sumado a los efectos que plantea sobre el diseño y comportamiento del sistema político-partidario una idea de gobernabilidad interpretada excluyentemente como reproducción del orden dominante, redundan en la configuración de un contexto donde las demandas sociales exhiben una creciente disociación respecto al devenir del propio orden político-institucional. Si entendemos como crisis política (ver Boletín de Coyuntura, junio de 1998, IDEP/CTA) el momento en el cual las instituciones que rigen en el campo social y partidario no logran procesar con legitimidad las demandas –conflictos– que exhibe –plantea– el conjunto social, ya sea bajo la forma de oficialismo como de oposición, los términos del proceso abierto a partir de la derrota oficial del 26 de octubre indican lo siguiente:

- ≪ Las tendencias hacia la inclusión de la nueva experiencia política que expresa la Alianza en una “idea de gobernabilidad” que restringe las posibilidades de configurar un consenso activo que profundice el orden democrático en la Argentina.
- ≪ Este cuadro, frente a los efectos que plantea la crisis internacional tiende a reducir los espacios de legitimación del conflicto social y a limitar por la vía de la afirmación de consensos pasivos, la capacidad transformadora del sistema político luego de la ruptura del “consenso menemista”.

Las características expuestas definen, hasta el momento, el cuadro que presenta nuestro país. Precisaremos nuestro enfoque.

Vivimos las consecuencias de una economía mundial que ha sido gobernada durante las últimas dos décadas en base a enfoques y criterios propios del siglo XVIII (paradigma neoliberal) en el marco y vigencia de tecnologías que adelantan el siglo XXI. El resultado está a la vista: ausencia de regulación sobre la economía mundial, reaparición de los clásicos desequilibrios del capitalismo, e impactos de la crisis a

escala planetaria. Dichos impactos se registran tanto en los niveles de actividad como de empleo, a la vez que incrementan la vulnerabilidad externa de las distintas economías nacionales. Esto es, la crisis se paga en lugares y por actores que no son los determinantes a la hora de desencadenarla.

Lo expuesto indica la propia naturaleza de la crisis en vigencia. Esta define que la misma es de carácter estructural y que presenta una perspectiva de larga duración. Por cierto, las limitaciones que en materia de autonomía exhiben, como fruto de la transnacionalización, los estados nacionales (de los propios países desarrollados), influye en la ausencia de liderazgos políticos sólidos a nivel mundial y por ende, complica en mayor medida aún la conformación de una trama institucional que pueda, a escala global, asumir la conducción del crítico proceso que exhibe el mundo.

Señalamos en nuestro Boletín de Coyuntura anterior, el rasgo estructural que en nuestra opinión exhibe el sistema político-institucional. Dijimos que la crisis hiperinflacionaria de 1989 definió una nueva característica en la orientación del sistema político. Esta radica en el reconocimiento, por parte del mismo, como base de legitimación principal, de la necesidad de construir y evidenciar una armónica relación con los sectores dominantes. Vale la pena agregar que esta definición supone en la práctica la desaparición de la idea de pacto como clave de legitimación en la construcción de un consenso democrático. La noción de pacto implica la existencia de más de un actor. Por ende, la estrategia unilateral que deviene de la nueva orientación del sistema político-partidario niega en la práctica la construcción del consenso democrático en base a un pacto o concertación. Supone en concreto que los límites del consenso son establecidos exclusivamente por el bloque dominante. Aspecto éste que decreta el carácter restringido del proceso institucional en vigencia. La idea de gobernabilidad, entendida excluyentemente como la capacidad de garantizar la reproducción del orden vigente, define el rumbo de las políticas en curso.

Así, el sistema partidario exhibe un cuadro complejo donde un desvaído e increíble discurso antimodelo se inscribe como carta de presentación del partido oficial, y donde, simétricamente, el polo opositor, aun en un contexto de revisión, no logra alentar la consolidación de sus emergentes más dinámicos.

Este cuadro coloca interrogantes serios relativos a la capacidad para recrear y sostener nuevos consensos. La ruptura del consenso menemista configura un marco de crisis política ligado a la consumación de estrategias donde los consensos que parecen afirmarse adoptan un carácter eminentemente pasivo.

De allí que se hace necesaria la creación de un polo de poder político capaz de expresar una visión equilibrada de la Democracia que convoque a sujetos y actores sociales múltiples a constituirse en ciudadanos plenos a partir de un nuevo orden social.

TRABAJO Y CIVILIZACIÓN

La publicación de los resultados de la última encuesta del INDEC sobre la situación del empleo en la Argentina, correspondiente a la onda de mayo de 1998, no tuvo gran repercusión en el debate político, económico, social y hasta académico.

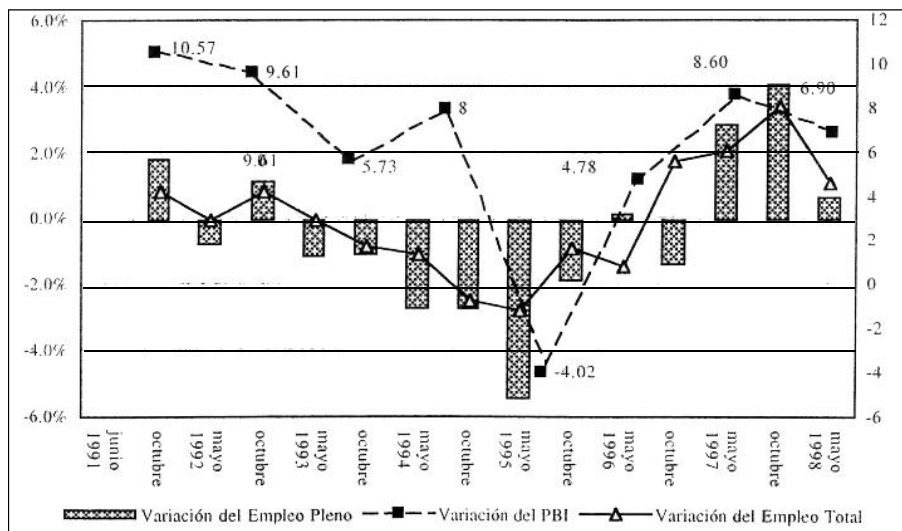
Resultado paradójico frente a una economía que había recuperado su capacidad de crecimiento (de hecho la evolución del PBI de 1996 compensó la caída de 1995 y la tasa de crecimiento de 1997 fue del 8.6% y la estimada para el primer trimestre de 1998 rondaba el 6.9%) pero se evidenciaba fuertemente reacia a converger con el empleo ya que la tasa de subempleo es casi un 30% superior a la de 1994 y la de desempleo casi un 10% mayor que la de aquel año.

Con un ingreso per capita 6% superior, los fenómenos que expresan más vivamente los problemas del empleo muestran signos inequívocos de agravamiento aunque puedan experimentar alguna mejoría marginal como la observada con la reducción de la tasa de desocupación del 13,7% en octubre de 1997 al 13,2% de mayo del presente año. Cabe consignar que los resultados trascendidos correspondientes a la encuesta de agosto no modifican esta afirmación. En todo caso la empeoran al exhibir una manifiesta destrucción de puestos de trabajo (aproximadamente 100.000 por caída en la tasa de empleo) que no se traduce en mayor tasa de desocupación dado el “desaliento” de quienes buscan trabajo.

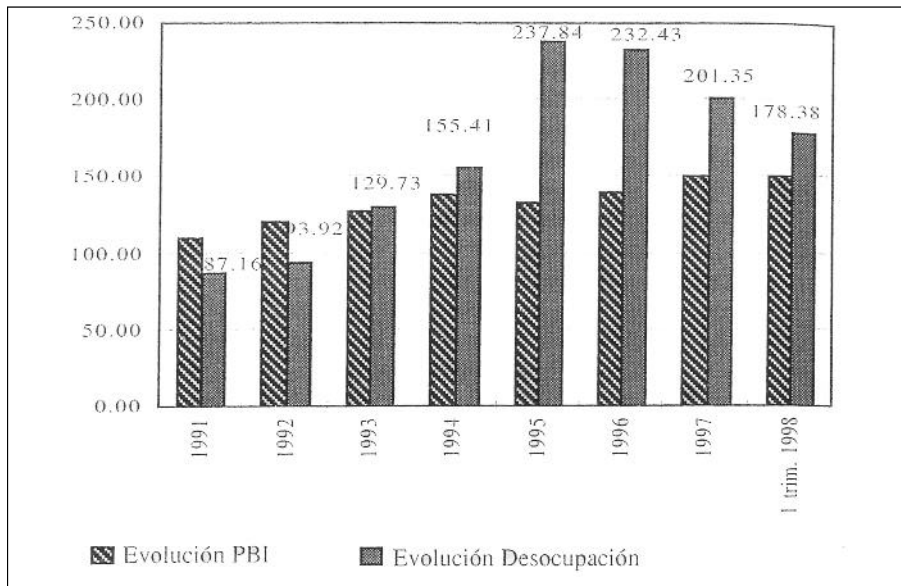
Dichas modificaciones dentro de un escenario persistente no expresan un tipo de recuperación específico del impacto que la economía argentina registró, como único país latinoamericano, de la crisis mexicana de fines de 1994 y principios de 1995. Lejos de ello, se inscriben como parte de una *nueva regularidad* de funcionamiento del sistema económico-social doméstico.

En efecto, ya entre 1991 y 1994 un modelo de crecimiento del PBI a altas tasas con incrementos sustantivos y simultáneos de la tasa de desocupación y de subempleo se había hecho presente y evidente.

VARIACIÓN DEL EMPLEO PLENO, TOTAL Y DEL PBI



EVOLUCIÓN DEL PBU Y DEL DESEMPLEO - 1990=100



Como puede verse en el gráfico las tasas de crecimiento del PBI no implicaron, en modo alguno, una similar evolución de las mismas en lo que se refiere al empleo total y al empleo pleno.

El gráfico que compara la evolución del PBI con la del desempleo completa el cuadro de situación.

La constatación no implica una afirmación de sentido ni ilumina una cadena de causalidades determinada. Por cierto, hay que reconocer que no existe un diagnóstico único para considerar este fenómeno.

Una interpretación sostiene que los problemas del empleo local son la emergencia de una modificación sustantiva de los mecanismos de acumulación del capitalismo a nivel planetario que implica la sustitución de trabajo vivo por máquinas y que junto a ello operarían efectos locales como los procesos simultáneos de apertura económica y racionalización estatal.

Desde otra perspectiva, sin desdeñar las tendencias de la evolución de la economía mundial, puede afirmarse que esta *nueva regularidad* identificada en los problemas del empleo tiene mucho más que ver con la crisis de la propia estructura económica doméstica, con las políticas aplicadas para reconfigurar la oferta productiva y la inserción internacional de la Argentina y con el resultado del balance de poder entre sectores sociales.

Para decirlo claramente, el modelo de apertura, los precios relativos de la economía, la modificación del patrón de intervención estatal y el debilitamiento de ciertas

organizaciones sociales y políticas explican gran parte del *tipo de problemas de empleo* que presenta nuestro país y mucho más en perspectiva, que la repetición trivial y acrítica de los condicionamientos que impone el sistema mundial. Resulta obvio, por otra parte, que el capitalismo a nivel global intenta desembarazarse de las limitaciones que en buena parte de los siglos XIX y XX le impusieron tanto los estados nacionales como los movimientos sociales encabezados por la clase trabajadora y ello impacta grandemente sobre el propio concepto de civilización de nuestras sociedades.

En realidad, el escenario mundial muestra el final de un proceso *corto* de la historia del capitalismo donde el empleo tuvo un valor ordinal (tanto en su acceso masivo, como en su defensa y en la calificación de sus funciones) en la configuración de las instituciones sociales.

Más allá de los debates abiertos sobre la sociedad del “fin del trabajo” lo cierto es que en todo el mundo aún se debe trabajar para vivir y el empleo, en alguna de sus formas, sigue siendo la vía mayoritaria para la reproducción de las sociedades.

En esa misma línea de pensamiento resulta difícil concebir un proyecto de sociedad en común sin abordar en su complejidad el problema del acceso al empleo en la medida en que el mismo define un umbral de integración para los individuos sea a partir del acceso al mercado de bienes, al de crédito, al reconocimiento social y a la propia afirmación de la personalidad. El trabajo aparece así no solo en su aspecto material, como movilización de la energía personal, sino también como instrumento creador de relaciones y articulador de comunicaciones; en definitiva, como un lenguaje de un determinado tiempo social.

La degradación o la negación del trabajo pasan a convertirse en mecanismos de exclusión ya no sólo del consumo sino también de los factores que permiten el desarrollo de la propia identidad.

Si el trabajo merece ser reivindicado, no como suma de movimientos repetitivos o rutinarios ni como tiempo perdido para acceder a otro tiempo y otros bienes, resulta por lo menos complejo al pretender su disponibilidad para todos desconocer que estamos en un mundo que necesita de menos tiempo de trabajo vivo para producir las mismas cosas.

Una pregunta, aunque parezca paradójico, ayuda a situar la discusión tanto a nivel internacional como local. *¿Este fenómeno de crisis del trabajo tiene que ver con cualquier distribución del ingreso o sólo con la que existe en buena parte del mundo y en nuestro país?*

Planteado rudamente ¿Las asimetrías en la asignación de recursos, la insuficiencia de la demanda, el subconsumo no son la contracara necesaria de la crisis del empleo si a la vez se impugnan los procesos de regulación estatal y pretende mantenerse con un crecimiento sistemático la tasa de ganancia del capital?

Una nueva pregunta se encadena inmediatamente con la anterior. Si se considera al trabajo como productor de bienes, de relaciones y de comunicaciones *¿No merece considerarse al desempleo y al subempleo como un claro ejemplo de despilfarro de*

energías sociales e individuales? ¿Mujeres y hombres parados o subempleados dispuestos a construir cosas y relaciones pero impedidos de hacerlo no son una muestra de desperdicio fenomenal de energía?

Finalmente un tercer interrogante contribuye a cerrar un panorama general *¿No es el desempleo y el subempleo, un producto y un productor, de la sociedad de la desigualdad?*

Si el desempleo, el subempleo y el sobreempleo no son tratados con la resignación de una catástrofe natural o asumidos como un destino inevitable del determinismo tecnológico sino encuadrados en la órbita del manejo consciente y colectivo de las sociedades pueden identificarse tres vías para intentar resolver en términos generales los problemas del empleo:

- Aumentar la tasa de crecimiento de la economía por sobre la tasa de crecimiento de la productividad y garantizar que dicho crecimiento, difícil de verificar, se realice en los sectores con capacidad de absorción de mano de obra tanto en su fabricación como en su realización y atención posterior.
- Disminuir la tasa de crecimiento de la productividad en algunos sectores no directamente expuestos a la competencia internacional impidiendo que este fenómeno que contradice buena parte de las leyes de desarrollo del capitalismo se trasvase a los sectores que sí son transables internacionalmente. No se derrota al desempleo y al subempleo y sí a la civilización si se pretende retroceder en los avances tecnológicos o producir una sustitución masiva de trabajo consolidado en la forma de máquinas por trabajo vivo.
- Redistribuir el trabajo a partir de negar la consolidación de una sociedad dual y utilizar la redistribución de la riqueza como sostén de dicho proceso que puede incluir desde modificación en el tiempo de jornada laboral hasta empleos compartidos. En esta tesitura se aleja la visión de la exclusión como hecho inevitable que reclama la redistribución de la riqueza por parte del Estado de Bienestar para asistir a los excluidos. Modelo, este último, que viene siendo desafiado por la lógica del despliegue internacional de los capitales y su creciente capacidad de elegir dónde producir, dónde investigar, dónde ensamblar, dónde facturar y dónde pagar impuestos.

LOS DATOS CENTRALES DE LA CUESTIÓN DEL EMPLEO EN LA ARGENTINA

El punto central para evaluar el desempeño del mercado de *trabajo es la creación de empleo pleno por parte de la economía*. En efecto si *la tasa de creación de empleo pleno* –entendido como trabajo que alcanza a las 35 horas semanales– *supera o iguala el efecto combinado de la tasa de crecimiento de la población total y las variaciones de la población económicamente activa puede afirmarse que el mercado laboral está operando dentro de una lógica de inclusión social aunque para este razonamiento no se haga mención en esta instancia, a los niveles de salario*.

En realidad, resulta aconsejable abandonar mecanismos de medición que hacen eje en la tasa de empleo o la de desempleo porque estos agregados se conforman con las degradaciones más evidentes del mercado de trabajo.

Si se asume como correcto que el trabajo es no solamente una institución destinada a la reproducción de la fuerza de trabajo sino un poderoso integrador social y productor a la vez de sociabilidad de los individuos en la presente etapa histórica el acceso a una ocupación plena determina un sistema de oportunidades abiertas.

La elección del empleo pleno como elemento ordinal no es antojadiza ya que las otras opciones implican:

- Si se elige la variación de la tasa de empleo se superpone la creación de la tasa de empleo pleno con la subocupación con lo que se oculta una de las particularidades más significativas y regresivas del mercado de trabajo local que es la figura del asalariado eventual o interino.
- Si se elige la tasa de desocupación como mecanismo de medición se focaliza el análisis sobre el fenómeno más epidérmico y evidente pero no el más demostrativo de la crisis entre crecimiento económico y empleo ya que por fuera de ella quedan la subocupación y la sobreocupación.

Debe anotarse, sin embargo, la persistencia de una limitación analítica toda vez que dentro del empleo pleno se computan tanto los planes de asistencia a los desocupados que impliquen contraprestación en el uso de la fuerza de trabajo por parte del beneficiario como las ocupaciones de baja productividad y, también, la existencia de sobreocupados sean o no demandantes.

De modo tal que, aunque es el mejor indicador referido a la evolución del mercado laboral, debe matizarse el nivel de creación de empleo pleno con dichas limitaciones; este argumento no es baladí ya que algunos planes oficiales implican la extensión de ese beneficio a más de 110.000 personas (alcanzando a más de 225.000 en algunos casos) y ello podría significar, en realidad, que el actual número de empleados plenos apenas supere a los existentes en 1993 con un PBI 23% superior.

El siguiente cuadro ilustra la evolución dispar del PBI, los movimientos de la población y la situación del mercado laboral y permite iniciar un abordaje con un enfoque integrado para un período significativo que presentó variaciones en el nivel del ingreso y con ello facilita la observación del comportamiento del empleo en las fases expansivas y recesivas del ciclo.

TASAS DE VARIACIÓN

	PBI	PEA	OCUPACIÓN PLENA	SUBOCU- PACIÓN	DESEMPLEO	EMPLEO
1991	10.5	3.6	5	-6	2.1	3.8
1992	10.3	3.7	2.4	-5.2	18.8	2.7
1993	6.3	2.7	-0.5	12	28.7	0.7
1994	8.5	1.8	-3.1	15.3	31.6	-1.2
1995	-4.8	3.2	-4.9	21.8	40	-1.7
1996	4.8	2.3	0.5	9.7	4.5	1.9
1997	8.6	4.4	9.1	1.9	-13.8	7.9
1998	6.9	0.7	4.7	0.8	-18.0	4.5

Para una mejor comprensión se descompuso el análisis en dos grandes universos: la evolución de la población y la del mercado de trabajo.

Conviene subrayar que la distinción precedente no implica describir campos de evolución independientes ya que si bien crecimiento de la población total y la urbana no tiene una relación inmediata con el PBI, la distribución del ingreso o la evolución independientes ya que si bien crecimiento de la población total y la urbana no tiene una relación inmediata con el PBI, la distribución del ingreso o la evolución de la desocupación o la subocupación; estos últimos sí presentan cierto grado de influencia sobre la evolución de la población económicamente activa.

LOS MOVIMIENTOS DE LA POBLACIÓN

En este agregado se resumen las trayectorias que experimentan tanto el factor de naturaleza demográfica como el de la tasa de actividad.

El factor demográfico a pesar de su importancia, ya que explica buena parte de los movimientos de crecimiento de la oferta de fuerza de trabajo, no se caracteriza por su significatividad en la mayoría de los análisis realizados sobre el mercado de trabajo. Aquí, empero, se le asignará una relevancia singular.

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN URBANA Y TOTAL

PERIODO	POBLACIÓN URBANA	INCREMENTO 1991=100	VARIACIÓN ANUAL	POBLACIÓN TOTAL	INCREMENTO 1991=100	VARIACIÓN ANUAL
1990	28,273,208			32,546,517		
1991	28,736,104	100.00	1.64%	32,965,832	100.00	1.29%
1992	29,194,111	101.59	1.59%	33,374,635	101.24	1.24%
1993	29,648,996	103.18	1.56%	33,777,793	102.46	1.21%
1994	30,102,614	104.76	1.53%	34,180,171	103.68	1.19%
1995	30,556,905	106.34	1.51%	34,586,637	104.92	1.19%
1996	31,012,001	107.92	1.49%	34,997,188	106.16	1.19%
1997	31,466,606	109.50	1.47%	35,408,587	107.41	1.18%
1998*	31,920,591	111.08	1.44%	35,820,825	108.66	1.16%
1999	32,373,829	112.66	1.42%	36,233,898	109.91	1.15%
2000	32,826,193	114.23	1.40%	36,647,797	111.17	1.14%
Incremento 91-98	3,184,487			2,854,993		

*Mayo

Fuente: Elaboración propia en base a datos del INDEC.

TASA DE ACTIVIDAD 1991-1998

PERIODO	G.B.A.	Var. Anual	Ciudad Bs. As.	Var. Anual	27 aglomerados interior del país	Var. Anual	Total General	Var. Anual
1991	40.9	0.00%	46.1	1.10%	37.5	2.46%	39.5	1.02%
	40.8	1.24%	45.6	0.00%	37.6	1.90%	39.5	1.28%
1992	41.4	1.22%	46.1	0.00%	37.6	0.27%	39.8	0.76%
	41.7	2.21%	46.7	2.41%	38.1	1.33%	40.2	1.77%
1993	44.2	6.76%	48.4	4.99%	37.6	0.00%	41.5	4.27%
	43.3	3.84%	47.7	2.14%	37.6	-1.31%	41	1.99%
1994	43.4	-1.81%	46.1	-4.75%	38	1.06%	41.1	-0.96%
	43.1	-0.46%	46.4	-2.73%	37.6	0.00%	40.8	-0.49%
1995	45.9	5.76%	49	6.29%	38.1	0.26%	42.6	3.65%
	44.2	2.55%	48.2	3.88%	38	1.06%	41.4	1.47%
1996	43.5	-5.23%	48	-2.04%	38	-0.26%	41	-3.76%
	44.9	1.58%	48.9	1.45%	37.8	-0.53%	41.9	1.21%
1997	45	3.45%	48.9	1.88%	38.6	1.58%	42.1	2.68%
	45.1	0.45%	49.6	1.43%	38.9	2.91%	42.3	0.95%
1998	45.6	1.33%	49.7	1.64%	38.8	0.52%	42.4	0.71%
Var. May98/jun91	11.49%		7.81%		3.47%		7.34%	

Fuente: Elaboración propia en base a datos del INDEC:IEPH

Como puede observarse la variación anual de la población desmiente una concepción fuertemente arraigada en el debate público acerca de que la Argentina tendría bajas tasas de crecimiento semejantes a las de las sociedades más desarrolladas.

Por el contrario, una tasa de crecimiento de la población que ronda el 1.5% anual presenta mayores similitudes a las observadas en otras sociedades latinoamericanas e implica también *mayores requerimientos en la tasa y el tipo del crecimiento económico para dar satisfacción a las necesidades de la población*.

El factor demográfico, por otra parte, resulta altamente rígido –poco sensible a influencias externas de corto plazo– y por ende en su comportamiento evidencia fuertes rezagos temporales en la reacción frente a cambios sustanciales de entorno.

En el período bajo análisis, entre 1991 y 1998, el factor demográfico se ubica en un rango que oscila entre el 40% y el 50% explicando, en esa proporción, los movimientos de la oferta de trabajo; así y todo no permite alcanzar una comprensión acabada de los requerimientos en materia de creación de empleo ya que convive con otros factores estructurales (incremento de la participación de la mujer), como con la cristalización de una determinada distribución del ingreso (que aumenta la concurrencia de jóvenes y mujeres en la búsqueda de un ingreso complementario o sustitutivo) por lo que dicha tasa no puede ser consignada como *el umbral en materia de oferta de fuerza de trabajo*.

A los efectos de la medición realizada por el sistema estadístico el dato relevante es la evolución de la tasa de crecimiento demográfico urbano que para el período analizado alcanzó el 1,49% anual. Dicho guarismo también se aleja de visiones standard acerca de la reducida presión que ejerce la oferta de trabajo.

La descomposición del comportamiento del factor demográfico entre los distintos aglomerados urbanos tampoco permite reservar dosis de optimismo.

Si se considera la evolución de este agregado en Capital Federal y Gran Buenos Aires se observa una menor tasa de crecimiento demográfico (1.15% anual promedio) compensada por una mayor tasa de actividad (2.8% anual promedio).

Si se consideran los aglomerados urbanos del interior la población crece a una tasa mayor (2.25% anual promedio) y la tasa de actividad lo hace a un nivel que supera el 3,1% anual promedio.

Esto significa que en el mediano plazo los aglomerados del interior presentarán problemas laborales más graves que los experimentados en el agregado Ciudad-GBA por el hecho de que tiende a aumentar el nivel de tasa de actividad. En la actualidad hay entre 6 y 7pp de diferencia entre las tasas de actividad de los dos agregados urbanos.

El factor de la tasa de actividad, que ya ha sido introducido desde el ángulo de su comportamiento territorial, es el otro elemento que ayuda a explicar la evolución de la población activa que demanda empleo.

A diferencia de la evolución demográfica, la tasa de actividad, no presenta los mismos niveles de rigidez –es sensible a movimientos en el ciclo, a la distribución del ingreso como así también a medidas institucionales (ver gr. extensión del ciclo

educativo o cambios en el sistema previsional)– pero no carece de cierta determinación estructural.

En efecto, el incremento de la participación de las mujeres en la vida económica es tanto un dato permanente y de largo aliento como auspicioso. En dicho movimiento –sin embargo se hace difícil discernir qué porcentaje exacto le corresponde al comportamiento estructural arriba mencionado reconociendo que es el que explica mayoritariamente las variaciones en la oferta y cuál se relaciona con el acceso a un ingreso secundario del hogar o un ingreso principal determinado por la desocupación del jefe de hogar. No obstante merece subrayarse que la incorporación de la mujer tiene una fuerte asociación con los shocks regresivos operados en materia de distribución del ingreso a partir de los fenómenos hiperinflacionarios.

El otro factor dinámico de la tasa de actividad está dado por la incorporación de los jóvenes que, como se consignara, tiene aún menores niveles de rigidez y no presenta efectos de rezago significativos. Esto es, hay una respuesta relativamente directa y rápida a los cambios de entorno.

Tomando ambos datos, y sus efectos combinados, puede afirmarse que el factor tasa de actividad está asentado *sobre un umbral del 0.9% anual promedio de crecimiento*. Se menciona dicho umbral porque, en realidad, se toma el comportamiento agregado del período que implica crecimiento de la tasa en todos los años considerados menos en 1994 y dispares movimientos dentro de una línea ascendente con aceleraciones y desaceleraciones.

Puede concluirse que *los movimientos de la población configuran un dato estructural significativo a la hora de indagar el comportamiento futuro del mercado de trabajo. Por cierto, el efecto combinado del crecimiento demográfico y la tasa de actividad hace que la población que demanda empleo crezca a un 2.6% anual y ello, a su vez, configura un piso para lo que debiera ser la tasa de crecimiento del empleo pleno para mantener constantes los valores de la tasa de desocupación y subocupación actuales.*

Hay que destacar que en el período bajo análisis (1991-1998) la variación media anual promedio de la PEA fue del 2.6% mientras que la de los ocupados plenos se ubica por debajo del 0.5%.

En idéntica dirección hay que subrayar que solo en dos años (1991 y 1997) y un trimestre de 1998 la variación del empleo pleno superó la variación de la población.

LOS MOVIMIENTOS EN EL MERCADO DE TRABAJO

Desde 1991 a la fecha pueden señalarse algunos datos agregados que configuran nuevas regularidades en el comportamiento del mercado de trabajo. Resulta relevante identificar a las mismas ya que –dejando de lado la visión de que el crecimiento solucionará por sí solo los problemas de creación y calidad de los puestos de trabajo– esa es la mejor forma de ordenar políticas públicas tendientes a superar las graves distorsiones que presenta el mercado de trabajo en la Argentina.

A lo largo de los noventa pueden observarse períodos bastante marcados en materia de empleo.

En el primero de ellos que abarca desde 1991 a 1993 se produjo una importante expansión del PBI con una variación importante pero decreciente del empleo pleno (a tasas anuales de 5%, 2.4% y -0.5%), una variación importante y creciente del desempleo (a tasas de 2.1%, 18.8% y 28.7%) junto a una evolución también significativa y creciente de la subocupación (a tasas de -7.6%, 5.2% y 12%).

En este período se condensan tanto la política de privatización y racionalización del sector público como los impactos plenos del proceso de desindustrialización.

En realidad la búsqueda de una recuperación sostenida de la tasa de ganancias en un contexto de ganancias fáciles de productividad, de apreciación cambiaria y de la configuración del set de precios relativos evidencia una nueva dinámica del mercado de trabajo.

En el período subsiguiente, que llega hasta 1996, se observa por primera vez desde 1976 un proceso de destrucción neta de puestos de trabajo acompañado de itinerarios negativos en materia de evolución del empleo pleno (a tasas anuales del -3.1%, -4.9% y 0.5%), de desempleo (a tasas del 31.6%, 40% y 4.5%) y de la subocupación (a tasas del 15.3%, 21.8% y 9.7%). En este escenario se registraron los “picos” que otorgaron centralidad a la cuestión del empleo en el debate público; empero la significatividad de las cifras concurrió a opacar el dato más grave ya que el efecto combinado de la recesión de 1995 disparó la tasa de desempleo y la subocupación pero sobre un nuevo piso configurado en el período anterior.

En realidad, resulta obvio que en condiciones de caída o ralentización de la evolución del PBI el desempleo y el subempleo son sensibles a dichas variaciones pero el dato es que *dicha sensibilidad impacta sobre niveles que, aún con producción récord como la registrada en 1994, implicaban un fenomenal proceso de exclusión.*

En el período siguiente que se extiende desde 1996 a la fecha la recuperación del PBI (al cierre de ese ejercicio era igual al de 1994) fue paralela a una incipiente recuperación de puestos de trabajo (sin ponderar el tipo de ocupación recuperada) que derivó en una ampliación importante pero declinante del empleo pleno (9.1% para 1997 y 2% para el primer registro de 1998), una tendencia a la reducción pero declinante del desempleo (-13.8% para 1997 y 3.8% para la primera parte de 1998) y finalmente una recuperación de la tendencia creciente de la subocupación (1.9% para 1997 y 2.1%, para la primera onda de 1998).

Una primera regularidad a advertir es que existe un mecanismo de ajuste del mercado de trabajo que encuentra su centralidad en la evolución de la subocupación, toda vez que la capacidad de crecimiento del empleo pleno va por detrás de la evolución de la economía y de la población y que los incrementos sobre la tasa de desocupación “estabilizada” en un umbral del 13% están directamente asociados a caídas del producto.

Una segunda regularidad, también asociada a la subocupación es su tasa de crecimiento constante, al punto que por primera vez desde 1992 supera a la desocupación.

Una tercera regularidad es la pérdida de participación que la categoría de empleo pleno ha experimentado desde 1991 registrando 4.5pp con los valores de la primera medición de 1998 haciendo nuevamente la salvedad sobre el impacto en estos números de los programas de empleo públicos y también de los sobreocupados.

El efecto combinado de estos factores nos permite afirmar que 3 de cada 4 personas que concurrieron al mercado de trabajo entre 1991 y 1998 tuvieron por destino el desempleo o el subempleo en una etapa económica con tasas de crecimiento difíciles de repetir y sostener por las debilidades de la configuración productiva local y la existencia de un marco internacional muy favorable.

		Ocupación Plena
1991	junio	9.591.439
	octubre	9.828.787
1992	mayo	9.850.317
	octubre	10.031.600
1993	mayo	10.014.489
	octubre	9.975.314
1994	mayo	9.799.000
	octubre	9.595.708
1995	mayo	9.160.103
	octubre	9.051.122
1996	mayo	9.148.948
	octubre	9.083.848
1997	mayo	9.422.804
	octubre	9.865.447
1998	mayo	10.018.386
Van mayo 98/junio 91		4,45%

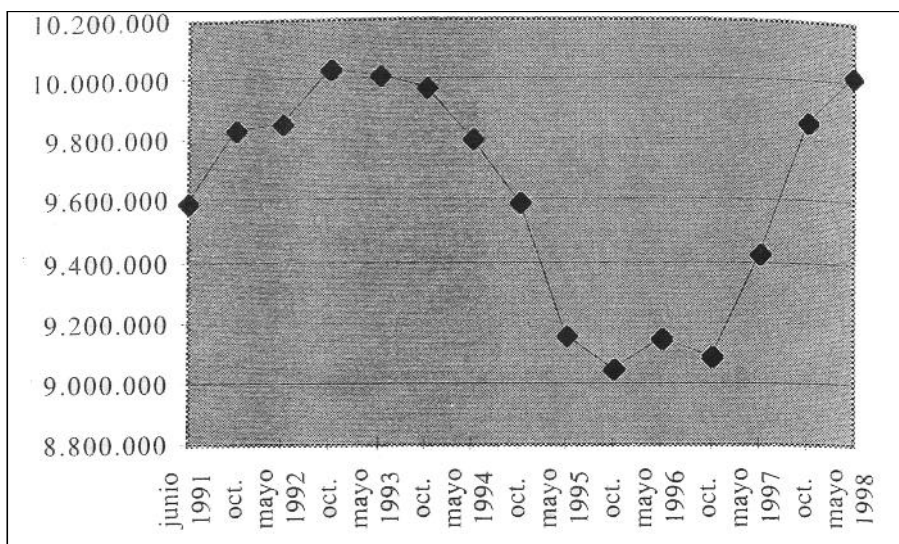
ECONOMÍA Y EMPLEO

El comportamiento agregado del mercado laboral ilustra sobre el proceso de exclusión y desintegración social e individual pero no alcanza a describir con precisión los procesos de desestructuración e informatización –con el riesgo sistémico que ello comporta– habilitado en el período bajo análisis.

Los procesos de creación y destrucción de empleo no son neutrales en el tipo de comportamiento que, con relación a la organización de la sociedad para acumular y distribuir las riquezas, presentan.

Resulta evidente que a una misma tasa de empleo pleno no son iguales las perspectivas de una sociedad con un poderoso sector manufacturero integrado al proceso de investigación y desarrollo, con servicios relacionados a sus productos y procesos; que otra, con un sector de trabajadores en servicios personales, altos niveles de informalidad y actividades productivas locales crecientemente marginales.

COMPORTAMIENTO DE LA OCUPACIÓN PLENA JUNIO 1991-MAYO 1998



La denominada “terciarización” de los empleos como efecto producido por el crecimiento del sector servicios en detrimento de la manufactura no debe tener una lectura idéntica en sociedades que integran los servicios a la atención de sus cadenas productivas hacia delante o hacia atrás; o en otras donde los servicios se convierten en actividades refugio de trabajadores expulsados del proceso productivo por economías que se asemejan a armaduras o a plazas de consumo de la producción importada.

La experiencia argentina reciente indica que precisamente las actividades manufactureras y los servicios formales son los sectores que han liderado el proceso de destrucción de empleos plenos y hasta el de destrucción de empleos en términos absolutos.

Manteniendo como eje interpretativo la evolución del empleo pleno puede afirmarse que la manufactura explica dos tercios de la pérdida de empleos, seguida por

comercio y construcción, afectando básicamente a hombres y en un 50% de ellos a jefes de hogar.

La estrategia de desindustrialización y concentración económica fortalecida desde 1991 se presenta aquí como una causa directa.

Cabe consignar, por otra parte, que el proceso de creación de empleo general cercano al 5% verificado en la última medición, correspondiente a mayo de 1998, se encuentra dentro de la misma lógica señalada más arriba a la hora de graficar la evolución de las ondas agregadas independientemente del sector de actividad en la forma de una marginal, tenue y tardía recomposición del empleo frente a un aumento sustancial del ingreso.

CANTIDAD DE PERSONAL OCUPADO EN LA INDUSTRIA

OCUPADOS	1974		1985		1994		VARIACIÓN %		
	cantidad	%	cantidad	%	cantidad	%	1973/8	1985/94	1973/94
De 1 a 10	331.337	21.7	300.522	21.9	225.361	22.4	-9	-25	-32
De 11 a 50	297.943	19.5	329.815	24.0	247.635	24.6	+11	-25	-17
De 51 a 100	142.980	9.4	148.562	10.8	119.969	11.9	+4	-19	-16
Más de 100	752.997	49.4	594.274	43.3	414.944	41.2	-21	-31	-45
Total	1.525.257	100	1.373.173	100	1.007.909	100	-10	-27	-34

Un comportamiento interesante para el análisis lo presenta la contribución del proceso de racionalización del sector público a la destrucción de puestos de trabajo. En lo que puede ser equiparado a un tratamiento de shock este habría contribuido con 2pp al incremento de la tasa de desocupación dando un empujón a la tasa que luego se licuaría por los ajustes producidos en el sector privado. Pero, en realidad, lo peculiar de ese proceso es que representando efectos relevantes en el período 1992-1995 no se produjo ningún tipo de absorción que implicara una reinserción directa de esos trabajadores en actividades formales.

Esta misma lógica explica la oferta de trabajadores secundarios (mujeres y jóvenes) que concurren al mercado de trabajo para mantener el ingreso familiar disponible.

Pero la necesidad de la defensa del ingreso también ayuda a componer otra tipología característica que tiene que ver con el tipo de empleo de los ocupados a partir de la vertiginosa expansión de la categoría de los sobreocupados (los que trabajan más de 45 horas semanales) síntoma de una fuerte degradación en el mercado laboral.

La sobreocupación se presenta en algunos casos como búsqueda de un ingreso superior extremando la utilización de la propia fuerza de trabajo o también como una defensa de la propia fuente de trabajo aumentando la tasa bruta de explotación (mayor cantidad de horas a igual salario).

EVOLUCIÓN DEL MERCADO LABORAL

	1991			1992			1993			1994		
	junio	octubre	Variación	mayo	octubre	Variación	mayo	octubre	Variación	mayo	octubre	Variación
Población Urbana												
Total anual	28.736.102	28.658.425	1,64%	29.194.111	29.117.272	1,59%	29.648.996	29.572.703	1,56%	30.102.614	30.026.528	1,53%
Población Urbana Total	28.503.713	28.658.425	0,54%	28.926.059	29.117.272	0,66%	29.382.795	29.572.703	0,65%	29.837.166	30.026.528	0,63%
PEA	11.258.967	11.320.078	0,54%	11.512.571	11.705.143	1,67%	12.193.860	12.124.808	-0,57%	12.263.075	12.250.823	-0,10%
Desocupados	776.869	679.205	-12,57%	794.367	819.360	3,15%	1.207.192	1.127.607	-6,59%	1.324.412	1.494.600	12,85%
Ocupados	10.482.098	10.640.873	1,51%	10.718.204	10.885.783	1,56%	10.986.668	10.997.201	0,10%	10.938.663	10.756.223	-1,67%
Subocupados	968.271	894.286	-7,64%	955.543	948.117	-0,78%	1.073.060	1.127.607	5,08%	1.250.834	1.274.086	1,86%
Ocupación Plena	9.513.827	9.746.587	2,45%	9.762.661	9.937.667	1,79%	9.913.608	9.869.594	-0,44%	9.687.829	9.482.137	-2,12%
Variación anual												
Población Urbana												
Total anual	30.556.905	30.480.715	1,51%	31.012.001	30.935.676	1,49%	31.466.606	31.390.394	1,47%	31.920.591	31.844.379	1,47%
Población Urbana Total	30.291.074	30.480.715	0,63%	30.745.707	30.935.676	0,62%	31.200.622	31.390.394	0,61%	31.655.517	31.534.331	1,09%
PEA	12.903.998	12.619.016	-2,21%	12.605.740	12.962.048	2,83%	13.135.462	13.278.137	1,09%	13.534.331	13.534.331	0,00%
Desocupados	2.400.144	2.094.757	-12,72%	2.155.582	2.242.434	4,03%	2.114.809	1.819.105	-13,98%	1.786.532	1.786.532	0,00%
Ocupados	10.503.854	10.524.259	0,19%	10.450.158	10.719.614	2,58%	11.020.653	11.459.032	3,98%	11.747.799	11.747.799	0,00%
Subocupados	1.458.152	1.589.996	9,04%	1.424.449	1.762.839	23,76%	1.733.881	1.739.436	0,32%	1.800.066	1.800.066	0,00%
Ocupación Plena	9.045.702	8.934.263	-1,23%	9.025.710	8.956.775	-0,76%	9.286.772	9.719.596	4,66%	9.947.733	9.947.733	0,00%
Variación anual												
Población Urbana Total												
PEA				1,48%	1,60%		1,58%	1,56%		1,55%	1,53%	
Desocupados				2,25%	3,40%		5,92%	3,59%		0,57%	1,04%	
Ocupados				2,25%	20,64%		51,97%	37,62%		9,71%	32,55%	
Subocupados				-1,31%	2,30%		2,50%	1,02%		-0,44%	-2,19%	
Ocupación Plena				2,62%	1,96%		1,55%	-0,68%		16,57%	12,99%	
Variación anual												
Población Urbana Total												
PEA				1,52%	1,51%		1,50%	1,49%		1,48%	1,47%	
Desocupados				5,23%	3,01%		-2,31%	2,72%		4,20%	3,04%	
Ocupados				81,22%	40,15%		-10,19%	7,05%		-1,89%	-15,52%	
Subocupados				3,97%	-2,16%		-0,51%	1,86%		5,46%	6,60%	
Ocupación Plena				16,57%	24,80%		-2,31%	10,87%		21,72%	3,82%	
Variación anual												
Población Urbana Total												
PEA				11,99%						10,97%		
Desocupados				20,21%						1,47%		
Ocupados				129,97%						2,44%		
Subocupados				85,91%						-18,88%		
Ocupación Plena				4,56%						6,90%		

Fuente: Elaboración propia en base a datos del INDEC/EPH

**INTENSIDAD DE LA DISPONIBILIDAD PARA LA ACTIVIDAD LABORAL:
GRUPO DE POBLACIÓN SEGÚN GRADACIÓN DE LA INTENSIDAD**

AÑO	ONDA	PEA(1)	DESOCUPADOS (2)	VAR ENTRE ONDAS	DEMANDANTES DE EMPLEO OCUPADOS (3)	VAR ENTRE ONDAS	SUBOCUP. NO DEMANDANTES (4)	VAR ENTRE ONDAS	TOTAL PLENOS Y SOBRECUP. NO DEMANDANTES DISPONIBLES %	VAR ENTRE ONDAS	TOTAL (6)	VAR ENTRE ONDAS
			%	%	%	%	%	%	%	%	%	%
1990	MAYO	100	8.60	-30.2%	13.30	-3.5%	4.83	12.0%	11.95	-0.3%	38.71	-6.6%
	OCTUBRE	100	6.00	5.2%	12.83	-3.4%	5.41	-13.1%	11.91	-0.3%	36.14	-6.6%
1991	MAYO	100	6.31	-16.0%	12.40	-11.8%	4.70	2.3%	11.23	-5.7%	34.64	-4.2%
	OCTUBRE	100	5.30	26.4%	10.94	17.0%	4.81	-7.1%	10.89	-3.0%	31.91	-7.9%
1992	MAYO	100	6.70	0.0%	12.80	-3.1%	4.47	13.2%	9.64	-11.5%	33.56	5.2%
	OCTUBRE	100	6.70	58.4%	12.40	23.1%	4.03	16.7%	9.37	-2.8%	32.48	-3.2%
1993	MAYO	100	10.61	-9.2%	15.27	-8.8%	4.56	15.4%	9.18	-2.0%	39.59	21.9%
	OCTUBRE	100	9.63	14.8%	13.92	15.1%	5.32	5.3%	8.75	4.7%	37.64	-4.9%
1994	MAYO	100	11.06	18.6%	16.02	4.2%	5.60	-15.5%	9.00	2.9%	41.69	10.8%
	OCTUBRE	100	13.12	54.0%	16.70	26.9%	4.73	-15.4%	9.71	7.9%	44.25	6.1%
1995	MAYO	100	20.20	-14.2%	21.20	-1.8%	4.00	19.0%	8.60	-11.4%	54.00	22.0%
	OCTUBRE	100	17.34	3.8%	20.82	-1.1%	4.76	3.4%	8.57	-0.3%	51.49	-4.6%
1996	ABRIL	100	18	4.4%	20.6	8.3%	4.6	15.2%	7.7	10.2%	50.9	-1.1%
	OCTUBRE	100	18.8	-9.3%	22.3	3.0%	5.3	-10.9%	8.3	7.8%	54.7	7.5%
1997	MAYO	100	17.05	-16.1%	22.97	-4.2%	4.72	10.2%	8.17	-1.6%	52.91	-3.3%
	OCTUBRE	100	14.31	-2.2%	22		5.2		7.71	-5.6%	49.22	-7.0%
	MAYO	100	14				5.1					
<i>Incremento</i>	<i>OCT'90</i>											
	<i>OCT97</i>		138.50%		71.43%		-4.62%		-35.21%		36.08%	
	<i>MAY98</i>		121.87%				8.51%					

Llamadas del Cuadro de pág. 139

- (1) Población Económicamente Activa.
 - (2) Desocupados abiertos (no tienen ocupación y la buscan activamente)
 - (3) Ocupados que buscan activamente otra ocupación (incluye también subocupados demandantes)
 - (4) Subocupados (ocupados que trabajan menos de 35 hs. y están dispuestos a trabajar más) que no buscan activamente otra ocupación.
Los subocupados demandantes están incluidos en la columna anterior.
 - (5) Ocupados plenos y sobreocupados (trabajan 35 o más horas semanales) que no buscan activamente otra ocupación y están dispuestos a trabajar más.
 - (6) Calculado sobre la PEA.
- Fuente: INDEC.

Este fenómeno dista de tener dimensiones marginales ya que alcanza al 42,6% de los ocupados en el Gran Buenos Aires. Dentro de ellos uno de cada tres ocupados realiza semanas laborales de más de 62 horas.

Como se señaló más arriba *la sobreocupación está integrada, por definición, al crecimiento del empleo pleno; pero si se resta este fenómeno a la tasa de evolución de las ocupaciones plenas –aun manteniendo incorporadas a las plazas creadas por los planes públicos– el comportamiento del empleo pleno sería negativo.*

El mapa de las modificaciones experimentadas en el mercado de trabajo incluye también los cambios en el tipo y tiempo del desempleo que responden a las regularidades subrayadas más arriba situaciones que son acompañadas o determinadas según el caso por la reconfiguración del perfil productivo doméstico.

En efecto, se observan sustanciales cambios en lo que a tipo de desempleo se refiere ya que se evidencia una participación declinante de los nuevos trabajadores entre los desempleados. Para 1991 de cada 100 desempleados 83 reconocían una ocupación anterior y 17 eran nuevos trabajadores. En la actualidad los desocupados que reconocen una ocupación anterior superan a los 90.

En lo que se refiere al tiempo de desempleo también se registra una modificación de singular importancia ya que en el período bajo análisis viene cayendo sostenidamente la participación del desempleo de hasta dos meses de duración, se estabiliza la participación del que incluye de 2 a 6 meses pero crecen sustantiva y sostenidamente los que incluyen un período de desempleo de 6 meses a un año y de más de un año.

¿DÓNDE Y PARA QUIÉNES HABRÁ EMPLEO?

Descomponer la demanda de trabajo por tipo de empleador, tipo de actividad y tipo de trabajador (que incluye sexo, edad y nivel de instrucción) resulta un ejercicio útil para desentrañar el comportamiento que puede esperarse del mercado de trabajo a la luz de la experiencia acumulada y del patrón productivo vigente.

El tipo de empleador encuentra dos categorías básicas como son el sector público y el sector privado. A la luz de la experiencia acumulada (privatizaciones, reducciones de plantilla de personal, procesos de descentralización, etc.) y de la situación fiscal vigente no parece que el sector público esté en condiciones de liderar la creación de puestos de trabajo plenos.

En este punto, sin embargo, conviene volver a destacar el rol de los planes nacionales, provinciales y comunales de empleo ya que estos pueden crear “una ilusión estadística” que asemeje ocupaciones transitorias (de hasta seis meses) con puestos de trabajo por el artilugio de imputar a esas “ocupaciones” una duración de la semana laboral de más de 35 horas.

En lo que se refiere al sector privado, que es en quien recae la mayor participación en lo que a creación de empleo se refiere, conviene aproximarse a él a partir del tipo de actividad que registra mejores rendimientos en materia de creación de empleos.

Los servicios personales son la rama de actividad que concentra la mayor cantidad de empleados. Si se descuenta de ella a los planes públicos de empleo, se encuentra un sinnúmero de ocupaciones (kioscos, peluquerías, lavanderías, comidas, etc.) que en gran medida han operado como refugio en el proceso de expulsión de mano de obra del sector manufacturero y formal. De hecho el proceso de expansión de este agregado está sometido a una doble dinámica. Por un lado una explosión de actividades “novedosas” como la cuida de autos, ventas callejeras, cuida de jardines y casas, etc., tiende a ampliar los espacios desde donde las familias defienden el ingreso familiar, por el otro lado, ese mismo tipo de actividades sufre un efecto de saturación cuya velocidad no está determinada por el tipo de innovaciones sino por las tendencias a la exclusión del sistema.

La expansión del agregado servicios personales, junto con el trabajo en negro al que está íntimamente asociado, habla a las claras de la disimilitud existente entre la terciarización del empleo en las economías desarrolladas y en la Argentina.

La creación de puestos de trabajo en el sector formal, bien que con diferentes grados de cumplimiento de los mecanismos de integración (aportes, seguros, etc.), en el que confluyen el comercio, la construcción, la industria y el sector financiero presenta las siguientes peculiaridades:

- Una fuerte asociación, con algún rezago temporal, con la evolución del ciclo. En realidad las expulsiones son más fáciles y abruptas que las incorporaciones y esto se halla promovido por el tipo de mecanismos de contratación. Esta última afirmación no debe ser circunscripta a la legislación laboral ya que ella cubre sólo al 50% de la fuerza de trabajo.
- Las reservas de creación de empleo (entendidas como áreas de crecimiento potencial) están sometidas a la lógica de los precios relativos y las rentabilidades de los distintos sectores. La presencia de los actuales niveles de desocupación y subocupación y la incapacidad dinámica de la economía por superarlos demuestra con claridad que en este contexto no cabe esperar **un** comportamiento expansivo del empleo.

Finalmente la evolución del servicio doméstico viene experimentando una caída sostenida de los niveles de participación junto a altas tasas de desocupación explicables, en gran medida, por el deterioro de los ingresos de los sectores medios.

En síntesis, el sector de servicios personales aparece como el vector dinámico en materia de creación de empleo (representando en la última onda una variación positiva que supera la suma de todas las otras ramas de actividad) ya sea que predomine en él los planes de empleo público subsidiados o la creación de empleos de baja calidad y productividad los efectos de saturación e informatización se harán cada día más presentes y duraderos configurando un mercado laboral con tendencias crecientes a la degradación.

Puede analizarse también la evolución del mercado de trabajo, en particular de la demanda, desde la perspectiva del tipo de trabajador requerido.

El efecto del cambio en el peso relativo de cada rama de actividad ha producido toda una serie de transformaciones en la demanda laboral.

La reducción del peso del comercio minorista, el sector público y las actividades manufactureras ha marginado a varones adultos (jefes de hogar) y ha producido una incorporación al mercado de trabajadores mujeres y jóvenes como principales o secundarios rotando el tipo de empleo predominante del grupo familiar.

Las actividades que crean empleo demandan contingentes de jóvenes de ambos sexos con una formación educativa media y con ello se fortalece el proceso de marginación de adultos mayores de 40 años en su mayoría jefes de hogar.

En general no se advierte una asociación fuerte entre niveles de instrucción y creación de empleo. El sesgo del tipo de demanda, que se utiliza para argüir lo definitivo del bagaje educacional para el acceso al empleo, no representa el requerimiento específico, mínimo imprescindible, para el puesto sino la elección dentro de un contexto de sobre oferta de trabajadores con idéntica pretensión salarial y mayor nivel de instrucción. Donde sí parece verificarse una influencia importante en los mecanismos de acceso al empleo es en la red de relaciones sociales.

La revisión del comportamiento del PBI y el empleo en el período bajo análisis no deja lugar para el optimismo ya que con una elasticidad cercana al 0.3 (tomando en cuenta que como cociente la elasticidad no califica el tipo de empleo generado o si se refiere a planes oficiales) se requieren tasas sostenidas de crecimiento superiores al 6% para compensar el incremento de la población económicamente activa manteniendo constantes las deformaciones del mercado de trabajo.

Dicha evolución, si bien se verificó en el período 1991/94, se hace difícilmente reproducible a la luz de la creciente vulnerabilidad externa y del cambio en el escenario económico internacional.

ALGUNAS CONCLUSIONES

La cuestión del trabajo se ha convertido en el principal problema de la sociedad argentina. Es un fenómeno estructural, de largo alcance, que no puede ser tratado con políticas aisladas o soluciones milagrosas.

La primera tarea para afrontarlo es imponer su centralidad en el debate público rescatando que es un eje civilizatorio que concurre a determinar aún la inclusión social y las identidades personales y colectivas.

La segunda tarea es subordinar la lógica de la formulación de políticas a la satisfacción del objetivo del empleo. El empleo no puede ser un saldo, querido si se crea o repudiado si se destruye, de estrategias de desarrollo impuestas sin tomarlo en cuenta. La dinámica de este patrón de sociedad destruye el mundo del trabajo y en consecuencia las decisiones no se toman en el vacío sino en relación a ese rumbo predominante.

La tercer tarea pasa por reconocer que, si está en duda la capacidad de trabajo pleno por integrar a las sociedades como en el pasado, la alternativa no pasa por la dualización y la beneficencia sino por el reparto equitativo del trabajo y el paro. Un nuevo eje civilizatorio no debe ser fundado sobre la desigualdad que es lo que explicó las luchas y las impugnaciones de los trabajadores a la propia civilización del trabajo.

VOLÁTILES E INSIGNIFICANTES: LOS PLANES DE EMPLEO DE LA ERA MENEMISTA

A partir de 1992 comienza a desplegarse, bien que con un impacto presupuestario y fiscal marginal, una serie de programas denominados políticas de empleo cuya formulación resultaría directamente proporcional a la evolución de la tasa de desocupación y no al resto de los indicadores que evidencian una degradación de las relaciones laborales y la pérdida de centralidad de empleo como núcleo social de integración y distribución del ingreso.

En efecto, a partir de la tasa de desempleo del 7% de ese año, y sin atender la experiencia evidenciada desde 1990 en que la subocupación resultaba un fenómeno más amplio y extendido y hasta 1993, en que la desocupación la alcanza por primera vez (ambas representan el 9,3%), comienza a hacerse presente un diagnóstico unificado y a ponerse en marcha una serie de iniciativas de política.

El diagnóstico consistía en que los problemas del mercado de trabajo (con un desempleo que había crecido un 18.8 desde 1991 y una subocupación que registraba un incremento del 5,2 para el mismo período totalizando ambos un 15.1% de la población) eran producidos por la acción combinada de una rígida legislación laboral y de costos laborales muy altos. Más tarde se incorporaría la cuestión de la calificación como otro de los ejes explicativos de los problemas de empleo y como punto orientador de políticas públicas.

Las políticas recomendadas debían, por un lado, introducir mecanismos de flexibilidad para la contratación y el uso de la fuerza de trabajo y por el otro, reducir los costos de las empresas para financiar la seguridad social en la forma de salarios indirectos o diferidos y fomentar la calificación de la fuerza de trabajo a los efectos de facilitar su incorporación a los procesos productivos.

Las políticas de empleo iban a ser administradas desde tres ventanillas alternativas:

- El Ministerio de Trabajo se haría cargo de los programas de capacitación, fomento del empleo y administración del seguro a los desempleados bajo la forma de asignación de subsidios. Debe tenerse presente que estos programas se financiaban en su mayoría de fondos provenientes de la nómina salarial por lo que, paradójicamente, se disponía de menos fondos cuando aumentaba la desocupación, o el trabajo no registrado o se reducían los salarios.
- El Ministerio de Economía trabajaría sobre la promoción de las actividades informales con el objeto de mejorar su productividad e incorporarlas a la economía registrada mediante asistencia técnica y facilidades crediticias.
- El área de Desarrollo Social trataría sobre algunas poblaciones consideradas en riesgo mediante la asignación de subsidios y asistencia directa.

Lo cierto es que tras casi siete años de aplicación pueden anotarse algunas consideraciones relevantes.

En primer lugar no puede distinguirse cuál era el objetivo real, más allá de reducir los valores de la tasa de desocupación exclusivamente, de las políticas puestas en práctica en lo referido a si apostaban a la generación de empleo (de hecho la arquitectura de los planes no estaba francamente orientada a la creación de puestos de trabajo mas allá de la asignación del beneficio de naturaleza mensual cuyo período de asignación podía ser trimestral o semestral), a la recalificación de la fuerza de trabajo (entendida esta como el complemento de una formación anterior ya existente a la que se adicionan nuevos saberes tecnológicos u operativos) o, finalmente, a la asistencia al desocupado (con cuestiones que van desde su contención social hasta la provisión de fondos para acceder a una canasta básica).

En segundo lugar, la superposición de planes y programas ya que se pueden contar entre 1995 y 1996, no por casualidad los años de mayor tasa de desocupación, casi treinta iniciativas simultáneas en muchos casos atacando problemas similares o con las mismas poblaciones objetivo junto a la ausencia notable de cualquier control o evaluación pública del impacto o rendimiento de los mismos.

En realidad algunos programas tuvieron entre 9 y 24 meses de vigencia.

En tercer lugar, si a la volatilidad de las políticas aplicadas se la interroga desde el ángulo de su comportamiento efectivo surge claro el siguiente itinerario. En la primera etapa hasta que se agotaron los efectos de la recesión de 1995 se amontonaron políticas con el objetivo de reducir la tasa de desocupación, bien que con ejercicios discrecionales en materia de distribución de los planes por jurisdicción, y dichas

políticas más allá de su título pueden ser asimilables a la asistencia dineraria al desocupado; en una segunda etapa formalizada hacia 1997 (con tasas de desocupación decrecientes aunque no de subocupación) se concentra el número de programas sin que varíe su racionalidad. Adquieren centralidad aquí los programas Joven, Trabajar en sus tres fases y el seguro de desempleo.

En este cambio operan simultáneamente la presión de los organismos internacionales cofinanciadores de los proyectos como así también la decisión del gobierno argentino de abandonar implícitamente la finalidad de generación de empleo del repertorio de objetivos de las políticas públicas asimilando, en los hechos, a los programas que implican pagos de subsidios contra prestaciones personales a un seguro de desempleo con colaboración del desocupado.

Hay que destacar que este último punto puede implicar la fijación de un umbral de integración social que tiene un costado remunerativo (cercano a los \$ 200) y un tipo de ocupación (malas condiciones, actividades rutinarias y de baja calificación, asignación errática y de corta duración) que configuran una alternativa a lo que en tiempos de la centralidad del empleo en la organización social significaba el salario mínimo, vital y móvil.

Alguna comparación resulta altamente ilustrativa de lo dicho más arriba.

En efecto, gran parte de las becas asignadas o los subsidios emitidos se convierten en prestaciones no remunerativas y por ende no realizan contribuciones a la seguridad social aunque en algunos casos los cubre un sistema de seguro sobre riesgos del trabajo y los máximos a percibir por los beneficiarios no alcanzan al 25% del salario promedio de la economía ni llegan al 20% de la canasta de subsistencia.

Pero un nuevo dato concurre a la corroboración empírica de lo planteado ya que si se analiza la evolución per cápita de las prestaciones de seguro de desempleo (no obstante que la canasta básica de subsistencia aumentó) se observa que entre 1993 y 1997 estas han descendido casi un 33%.

En una línea de razonamiento similar cabe destacar que las jubilaciones mínimas tampoco se alejan de dicha cifra con lo que la teoría del nuevo umbral encuentra reflejo en los trabajadores activos y en los pasivos.

**DISTRIBUCIÓN POR DISTRITO DEL PLAN TRABAJAR II AÑO 1997.
BENEFICIARIOS, MONTO ASIGNADO Y COBERTURA**

DISTRITOS ASISTIDOS	BENEFICIARIOS TRABAJAR II	MONTO ASIGNADO \$	DESOCUPADOS RESIDENTES	COEFICIENTE DE COBERTURA	ASIGNACIÓN POR BENEFICIARIO	% BENEFICIARIOS	% DESOCUPADOS	RANKING ASISTENCIA
Santiago	21.779	17.286.170	22.000	1.01	132.28	8,04	1,23	1
Misiones	13.117	13.275.200	16.000	1.22	168.68	4,84	0,90	2
Formosa	7.910	9.042.400	10.000	1.26	190.53	2,92	0,56	3
Santa Cruz	2.040	1.657.400	3.300	1.62	135.41	0,75	0,18	4
Chaco	17.210	18.179.000	31.800	1.85	176.05	6,35	1,78	5
La Rioja	4.488	4.746.000	9.200	2.05	176.25	1,66	0,51	6
Jujuy	13.169	12.873.400	31.100	2.36	162.93	4,86	1,74	7
Neuquén	9.192	7.846.020	23.000	2.50	142.26	3,39	1,29	8
San Juan	6.883	6.326.130	18.000	2.62	153.18	2,54	1,01	9
Río Negro	7.254	7.206.050	20.000	2.76	165.56	2,68	1,12	10
Catamarca	4.951	4.973.100	14.700	2.97	167.41	1,83	0,82	11
Tucumán	23.562	20.619.930	73.000	3.10	145.86	8,69	4,08	12
Corrientes	14.039	13.790.240	43.600	3.11	163.71	5,18	2,44	13
San Luis	4.829	5.278.600	15.100	3.13	182.18	1,78	0,84	14
Mendoza	11.372	11.247.410	35.600	3.13	164.84	4,20	1,99	15
Salta	15.229	16.338.880	54.300	3.57	178.81	5,62	3,04	16
La Pampa	3.216	3.399.800	11.500	3.58	176.19	1,19	0,64	17
Entre Ríos	10.014	10.448.900	48.800	4.87	173.90	3,69	2,73	18
Tierra del Fuego	842	687.000	4.200	4.99	135.99	0,31	0,23	19
Santa Fe	31.641	34.183.130	170.000	5.37	180.06	11,67	9,51	20
Chubut	3.103	3.098.720	19.500	6.28	166.44	1,14	1,09	21
Córdoba	19.208	19.308.960	201.000	10.46	167.54	7,09	11,24	22
Buenos Aires	24.190	24.443.800	747.000	30.88	168.42	8,92	41,79	23
Capital	1.799	1.518.800	165.000	91.72	140.71	0,66	9,23	24
Total país	271.037	2.677.755.040	1.787.70000	6.60	164.66	1387	100	

Fuente: Equis/IDEP con datos del MTSS y Sec. De Programación Económica.

El interrogante acerca de si se marcha hacia una sociedad que gira alrededor de los \$ 250 como salario básico no resulta menor ya que es sobre la integración de salarios y pasividades que se articuló históricamente el sistema de distribución del capitalismo moderno.

HABLEMOS MUCHO, REPARTAMOS MAL Y HAGAMOS POCO

Mas allá de los enunciados la valoración del interés que un gobierno tiene por una política está íntimamente asociado a dos cuestiones: el nivel de esfuerzo fiscal que le destina y la cobertura sobre la cantidad de destinatarios potenciales que ésta realiza.

GASTO FINALIDAD TRABAJO COMO% DEL PBI

PERIODO	VARIACIÓN			
	PBI	GASTO	OCUPACIÓN PLENA	DESEMPLEO
1992	10.3	0.03	2.4	18.8
1993	6.3	0.20	-0.5	28.7
1994	8.5	0.23	-3.1	31.6
1995	-4.8	0.23	-4.9	40
1996	4.8	0.25	0.5	4.5
1997	8.6	0.21	9.1	-13.8
1998	6.9(1)	0.18 (2)	4.7(3)	-18.0(3)

(1) Primer trimestre. - (2) Estimado. - (3) Mayo.

La lectura del cuadro permite arribar a las siguientes conclusiones:

Una fuerte asociación ya destacada entre el gasto de los programas de empleo y la tasa de desocupación y una notoria ausencia de programas para combatir la subocupación no obstante la evidencia de un desempeño creciente y sostenido.

Un incremento de las denominadas políticas activas de empleo por sobre el seguro de desempleo no obstante que el tipo de políticas considerado opera como un seguro de desempleo con contraprestaciones.

Una evolución asociada al ciclo político (v. gr. elecciones con picos en 1995 y 1997 de los programas de empleo mas allá aún de la evolución de la tasa de desocupación.

Una participación marginal de menos de un 0.25% del producto destinada al financiamiento de todas las políticas de empleo con un techo en su ejecución que no llega a los 410 millones de pesos.

Una mayor participación de los programas que incluyen subsidios y tareas complementarias (básicamente Trabajar) en una relación del 76% al 24% con los de capacitación.

Desde otro ángulo puede verificarse la relación de estos programas con el total de la población objetivo a la que estaban destinados.

La primera observación es que el total declarado de beneficiarios no superará durante 1998 a los 428 mil personas que incluyen:

- 120 mil del Trabajar
- 15 mil de servicios comunitarios
- 26 mil del Forestar
- 127 mil calificación para el empleo
- 113 mil políticas de empleo y formación profesional
- 7.5 mil pequeños productores en pobreza
- 20 mil programa social agropecuario

Para encuadrar el impacto efectivo de dichos programas cabe consignar que en ningún caso se supera el 10% (en el caso del seguro de desempleo no llega al 5%) de la población objetivo si se divide la cantidad de prestaciones mensuales por la cantidad de beneficiarios potenciales que existirían con los actuales requerimientos en materia de credenciales para el acceso a dichos programas

ALGUNAS CONCLUSIONES

La problemática del desempleo, la subocupación y la sobreocupación, las disfuncionalidades en materia de calificación no son objeto de un tratamiento sistemático de las políticas públicas y su participación en estos temas muestra signos inequívocos de dogmatismo en el diagnóstico, erraticidad en la aplicación y baja calificación en la tabla de prioridades a la hora de asignar recursos fiscales para atemperar o construir un escenario que tienda a erradicar los factores que dinamizan el crecimiento del desempleo, la subocupación y los empleos de baja calificación y productividad.

No obstante ello, no es la manipulación oficial en la asignación de las cuotas por jurisdicción territorial ni el persistente recorte sobre el número y tipo de prestaciones el dato más alarmante de las políticas de empleo.

La cuestión más grave es el surgimiento, evidenciado a partir de ellas, de un patrón de inserción social formulado desde el Estado que incluye una remuneración para trabajadores activos y pasivos que no supera los \$ 300 y condiciones de contratación de la fuerza de trabajo (erráticas, no formales, sin seguridad social, en actividades de baja calificación) que prefigura en estos tiempos de desintegración social y de pérdida de centralidad del empleo un nuevo estatuto de derechos que suple el nunca consolidado de las anteriores conquistas sociales y del salario mínimo, vital y móvil.

TERRORISMO LABORAL: EL “RETIRO (IN)VOLUNTARIO” EN LAS EMPRESAS PRIVATIZADAS

Luis Enrique Ramírez

*Ex Presidente de la Asociación de Abogados laboristas Coordinador del
Departamento Legal de la CTA-Capital*

I. EL CASO “QUINTEROS”

“Néstor A. Quinteros es un buen tipo. Y hasta no hace mucho tiempo era un tipo feliz. Como todo hombre sencillo había aprendido a ser feliz con las cosas simples de la *vida*: una buena pareja, un buen trabajo, una casita (“de material hecha a pulmón”) y *buena salud*.

Trabajó toda su vida (hoy tiene 51 años), por eso sólo pudo cursar estudios primarios. Pero cuando se trata de valores humanos, “sabe” mucho.

Desde hace 23 años que trabaja en telefonía, primero en ENTEL y, después de su privatización, en TELECOM. Tenía un legajo intachable y, como todo tipo sencillo, pensaba que su empleadora valoraba y reconocía su dedicación al trabajo. Al menos así parecía ser hasta mediados de 1995.

No sabe en qué momento un tecnócrata decidió que Quinteros “*no esté en los planes de la componía*”. Ni siquiera lo sospechó cuando lo destinaron a realizar trabajos de reparación/instalación en “zonas peligrosas”, como la “villa miseria” La Cava, de San Isidro, donde no entra ni la policía.

Pero Quinteros es un tipo sencillo y entiende a la gente sencilla. Además ha vivido casi toda su vida cerca de una villa miseria (“yo los respeto y ellos me respetan a mí, no tiene porqué ser de otra manera”, dice). Conoce los códigos de la villa y por eso no tuvo problemas en cumplir con lo que se le pedía.

A esta altura del relato conviene recordar que las empresas telefónicas continuadoras de ENTEL, asumieron ante el gobierno el compromiso –político y jurídico– de no producir “despidos” de personal. No obstante hoy hay casi 20.000 trabajadores telefónicos menos. ¿Cómo lo consiguieron? Con los *retiros* “*voluntarios*” (ver denuncia gremial adjunta).

Las empresas montaron todo un aparato de presión para “convencer” a los trabajadores sobre las “ventajas” de pedir el retiro. Ello incluye profesionales de la psicología.

Al fracasar el intento de atemorizar a Quinteros con el cambio de tareas, inician el proceso de presión psicológica. Primero lo citan a una entrevista con una “licenciada”, que le comunica que la empresa ha decidido desvincularlo y que le convenía solicitar el retiro “voluntario”. Cuando pregunta los motivos y por qué no lo reubicaban, le contesta que era una decisión empresaria y que los motivos “a Ud. no le interesan”. Durante 40 minutos la “licenciada” pasa de la seducción a las amenazas. Quinteros contesta que a él sólo le interesa conservar su trabajo, ya que tiene a su compañera enferma y en tratamiento médico por una patología cardíaca. Mientras mantenga su empleo, piensa, podrá darle cobertura médica.

Pese a su categórica negativa, es citado en varias oportunidades para continuar con la tarea de “ablande”. Todo esto sucede durante los primeros días de enero de 1996. En la última reunión la “licenciada” le dice que si no pedía el retiro lo destinarían al Chaco. No era una simple amenaza. El 12 de enero de 1996 recibe el telegrama 328 en el que le notifican que *en dos semanas debía tomar servicio en la localidad de Roque Saénz Peña, Chaco* (aquí a la vuelta ¿vió?).

Quinteros se resiste a este brutal desarraigo y desacata la orden empresaria. Pero continúa negándose a pedir el retiro “voluntario”.

El aparato de tortura psicológico de la empresa no se iba a dar por vencido tan fácilmente. El nuevo destino de Quinteros sería una oficina en Forest 1276, Capital, conocida como “El Corralito”. En ese lugar la empresa junta a los “rebeldes” (en ese momento había unos 15) y *los tiene 8 horas diarias sin darles tarea alguna* (“mirando la pared”).

Continúan las citaciones a reuniones de “apriete”. En un día lo citaron hasta dos veces. No le permitieron que lo acompañe un delegado gremial.

Cuando la presión se hacía insostenible, Quinteros pidió que le otorguen unas vacaciones que le adeudaban. Insólitamente se las concedieron, pero sólo para cortárselas abruptamente. Tiene una nueva reunión con la “licenciada” y ante la ratificación de su posición, ella le notifica que sería destinado a una oficina de La Pampa al 2200, conocida como “el 110” (información al público).

La elección del nuevo destino de Quinteros no era casualidad. A un trabajador de 50 años, con 6° grado y que toda su vida hizo trabajo manual y en la calle, se lo enviaba a una oficina llena de computadoras, con un ritmo de trabajo infernal y brutalmente estresante. Lo sientan frente a un equipo donde había una operadora y le dicen que observe, ya que en quince días debía aprender su funcionamiento.

Al borde del colapso, el 8 de marzo de 1996 Quinteros pide un cambio de tareas. Se sentía muy mal, no podía dormir, tenía dolores en el cuerpo, en la nuca, y transpiraba a pesar del aire acondicionado. Nunca le contestaron..

Diez días después, estando en la oficina, comienza a notar que se le movía el piso, las paredes, los objetos. Siente que se ahoga. Lo atiende un médico de la empresa y

advierte que tiene una presión altísima (23/12) y pide una ambulancia. Pierde el conocimiento. Al despertar en el Sanatorio Mitre sufría una hemiplejía en el lado derecho.

Estuvo casi medio año en tratamiento médico y recuperación. Hoy vive medicado. Tiene problemas físicos, psíquicos y emocionales. Sufre de ataques de depresión.

Por ahora la empresa se apiadó de él y continua trabajando. A pesar del rencor por lo que le hicieron sigue siendo un buen tipo, pero *ya no podrá ser un tipo feliz.*

Quinteros, un caso más de los centenares de víctimas del *retiro voluntario.*”

La historia de vida que he transcripato precedentemente es parte de una denuncia pública que, durante el año 1997, hizo el llamado “*Plenario de Trabajadores Telefónicos-Mesa de Enlace*”, que reunía a la mayoría de las agrupaciones gremiales opositoras.

En un extenso documento, titulado “*algunas pruebas sobre el genocidio de trabajadores telefónicos*”, la “Mesa de Enlace” denunciaba la política laboral salvaje de las empresas telefónicas continuadoras de ENTEL, en particular en lo que hace a la instrumentación de los llamados “*retiros voluntarios*” y los procedimientos de tortura física y psicológica a los que sometían a los trabajadores. Conceptualmente la denuncia decía:

“Las empresas telefónicas privadas, continuadoras de ENTEL, asumieron en su oportunidad el compromiso –jurídico y político– de no producir despidos entre el personal que les fue transferido. No obstante han logrado efectuar un brutal ajuste de sus *plantillas* en muy poco tiempo.

¿Cómo realizaron este *milagro*? Con los llamados *retiros voluntarios*, eufemismo utilizado para identificar un salvaje procedimiento de segregación de miles de trabajadores *que no entraban en los planes de las compañías*. Fue así como casi 20.000 telefónicos perdieron su fuente de trabajo.

Pero esto no es lo más grave. Lo aberrante son *los procedimientos de tortura mental y física a que fueron sometidos* esos trabajadores, en particular aquéllos que no aceptaban la *invitación* a retirarse. A pesar de su negativa, en algunos casos eran citados más de diez veces en poco tiempo. Si soportaban esa presión, se comenzaba con los traslados a distantes lugares de trabajo y con la degradación de sus condiciones laborales. Se los discriminaba en el otorgamiento de horas extras o de cualquier tipo de tareas que hasta ese momento les significaban un adicional en sus remuneraciones. En algunos casos directamente no se les daba tareas o se les adjudicaba “alguna que excediera las capacidades intelectuales del afectado.

En esta misión han participado con fervor verdaderos profesionales de la tortura psicológica que presionaban, mentían o amenazaban hasta quebrar a la víctima.

Los resultados están a la vista. Un elevado porcentaje de telefónicos que fueron sometidos a estas iniquidades posteriormente fallecieron o sufrieron graves patologías (infartos, hipertensión, hemiplejías, gastritis, cáncer, depresión y otras dolencias psicológicas, alcoholismo, etc.). Ello sin perjuicio de los problemas y conflictos familiares que todo esto origina.

Se está confeccionando un registro y estadísticas que ya nos permiten afirmar que estamos en presencia de un auténtico genocidio cometido por estas empresas contra los trabajadores telefónicos.

¿El sindicato? Bien, gracias.

Valga la aclaración que a fines de 1997, una lista surgida de la opositora “Mesa de Enlace” ganó las elecciones y se hizo cargo de la conducción del gremio (FOETRA, Sindicato Buenos Aires), lo que ha permitido “oficializar” una denuncia hasta ese momento “underground”.

II. ¿QUIÉN SE OCUPA DE LOS TRABAJADORES CON EMPLEO?

A partir de la década del ‘90 la mayoría de los argentinos conocimos una gravísima patología social: la desocupación. No es una mera coincidencia que este flagelo se haya desarrollado y profundizado en forma contemporánea con la aplicación en el país de las políticas neoliberales: economías de mercado desreguladas y abiertas al flujo de capitales que –según la experiencia actual– son fuertemente especulativos e inestables.

Lo cierto es que la gran preocupación de los argentinos pasó a ser la problemática del desempleo, el subempleo y el trabajo “en negro”. Y así fue recepcionada en los debates en el campo de los intelectuales sobre las consecuencias del modelo.

Pero de los trabajadores con empleo prácticamente nos olvidamos. Incluso, casi podría decir que muchos “compraron” esa parte del discurso oficial que los consideraba como “privilegiados”, con lo que el gobierno pretendía legitimar su política de demolición de la estructura jurídica que tutelaba sus derechos. El Poder Ejecutivo ha planteado permanentemente que la única forma de combatir el desempleo es eliminando o reduciendo derechos de esos “privilegiados” que tienen empleo, llevando a que cualquier resistencia al cambio sea calificada como egoísta e insolidaria.

Por ello es que no es mucho lo que se ha dicho o escrito sobre la situación de los trabajadores con empleo estable. Casi una minoría que ocupa una ciudadela rodeada por un ejército de desocupados, subocupados, trabajadores informales y “en negro”, que presionan con desesperación para conquistarla.

Según datos elaborados por la Fundación de Investigación y Desarrollo (FIDE), sobre la base de la encuesta de mayo de 1998 del INDEC, en Capital Federal y Gran Buenos Aires *sólo el 28% de los trabajadores tienen un empleo estable*. Lo grave es que en la encuesta de octubre de 1994 representaban el 42,3%, lo que demuestra el avance incontenible de la precarización laboral y el trabajo “en negro”. Según el propio Ministerio de Trabajo, en abril de 1996 los trabajadores con contratos “basura” eran el 6,1%. En abril de 1997 el 18,4% estaba a prueba, con contratos temporales o por agencias.

En el mismo ámbito territorial (Capital y Gran Buenos Aires) se detectó que el 62% de los que buscan empleo son trabajadores insatisfechos con su trabajo. Al comienzo del plan “de Convertibilidad”, había medio millón de ocupados buscando

empleo, pero la cifra trepa a 1.300.000 en la actualidad, conforme a la Encuesta de Hogares del INDEC. Tenemos así otro batallón de asalto que acecha la ciudadela del resto de los trabajadores con empleos estables.

¿Cómo afecta esta situación de “ciudadela sitiada” a sus ocupantes? Por un lado con la lógica reducción de su nivel salarial y, por el otro, haciéndolos vulnerables y dejándolos *casi indefensos frente a la arbitrariedad, el abuso y la prepotencia patronal*. A ello debe agregarse que esta situación de por sí debilita la capacidad de acción de los sindicatos, lo que se ve repotenciado por la deserción o complicidad de la mayoría de la dirigencia gremial cupular.

Tal como queda planteado al inicio, en este trabajo pretendemos ocuparnos de lo ocurrido con los trabajadores de las empresas estatales privatizadas, en general, y en, particular con los del sector telefónico, que tienen la característica de ser un sector de trabajadores con estabilidad laboral, con buen nivel salarial y con una extensa e intensa práctica sindical, lo que los hace menos vulnerables que otros grupos laborales.

III. PRIVATIZACIÓN Y “MODERNIZACIÓN” LABORAL

No pretendo en esta ocasión, reabrir el debate sobre la oportunidad, conveniencia ventajas de la privatización de las empresas públicas. Menos aún sobre los resultados en la eficiencia y “economía” del servicio público que prestan. Sólo intento hacerme eco de una grave denuncia, por cierto muy bien documentada, de los trabajadores de esas empresas, a la que sumo mi propia experiencia personal como abogado de muchas de las víctimas y, actualmente, de uno de los sindicatos involucrados: FOE-TRA-Sindicato Buenos Aires.

Al iniciarse la gestión empresaria privada, la mayoría de los grupos económicos colocaron en la conducción de las diferentes áreas, en general, a directivos con escasa experiencia en el manejo de estas mega empresas y con no demasiados conocimientos del servicio público que prestan. En muchos casos y en particular en el área de los llamados “Recursos Humanos”, aparecieron algunos “yuppies”, cargados de prejuicios contra los trabajadores de la empresa, a los que consideraban poco afectos al trabajo, demasiado sindicalizados, corruptos e irrecuperables. Además, estaban convencidos que la tecnología y el aumento de la productividad laboral provocarían un desajuste entre las necesidades de la empresa y la estructura del plantel heredado de la gestión empresaria estatal.

A partir de ese diagnóstico, arribaron a la conclusión que, no sólo había que reducir la cantidad de personal, sino, en lo posible, *sustituir esos trabajadores por mano de obra barata* y sumisa. Pero había un obstáculo: el marco regulatorio de las privatizaciones y compromisos políticos asumidos con el gobierno no les permitía producir el ajuste de las plantillas en forma “cruenta”. Además, se podía suponer que despidos colectivos, aún con el pago de indemnizaciones, iban a originar una resis-

tencia sindical, de imprevisibles consecuencias (más que por el espíritu “combativo” de la dirigencia cupular, por la presión de sus “bases”).

Este último riesgo se neutralizó con diferentes medidas. La primera fue la asociación de gran parte de la dirigencia sindical a los negocios que ofrecía la privatización, como el manejo discrecional de los Programas de Propiedad Participada (P.P.P.) y otras prebendas. Adviértase que la gestión privada permite ciertos manejos económicos que eran impensables cuando la conducción estaba a cargo de funcionarios estatales.

Otra forma de sumisión sindical fue canjearles la introducción de la “flexibilización laboral” en los convenios colectivos de trabajo, por significativos aportes económicos para los sindicatos. Fue así que al conocido aforismo criollo “*empresas pobres y empresarios ricos*” se le agregó “*sindicalizados pobres (laboralmente) y sindicatos ricos*” (el mejor ejemplo es el caso de la Federación de Luz y Fuerza). En el caso telefónico la Federación sindical recauda más dinero con un aporte empresario (art. 100 del C.C, d T. N° 201 /92), que con la cuota de los afiliados.

Neutralizada la acción sindical, los otros obstáculos serían salvados con un plan perverso: *los retiros voluntarios*. Se le ofrecería a los trabajadores importantes sumas de dinero para que optaran por egresar. Al principio, la idea pareció funcionar y muchos trabajadores eligieron rescindir de común acuerdo con la empresa sus contratos laborales. Pero rápidamente las circunstancias cambiaron.

IV. LOS “RETIROS (IN)VOLUNTARIOS”

El mejor ejemplo de lo que llevo dicho es lo que sucedió con las empresas telefónicas, que continuaron la gestión de ENTEL desde fines de 1990, *cuando el índice de desocupación era inferior al 6%*. Pero a partir del plan de Convertibilidad en abril de 1991, y como consecuencia directa, natural y lógica del modelo económico adoptado por el gobierno, el desempleo aumentó más de un 300%, superando en poco tiempo el 18% según estadísticas oficiales.

En ese marco la gente colocó como un valor supremo el trabajo y la estabilidad laboral. En una encuesta del diario Clarín del 30 de agosto de 1998, se comprueba que la mayor preocupación de los argentinos es que aumente la desocupación (80%), que siga la “flexibilización laboral” (50,2%) y a perder el empleo (48,5%). Para tener un punto de referencia, vale destacar que “la suba de las tasas de interés” sólo le preocupa al 6,9% de los encuestados.

En la medida que aumentaba vertiginosamente el desempleo, descendía en forma inversamente proporcional la aceptación del “retiro voluntario”. Como las metas de ajuste de la estructura del plantel de trabajadores y de sustitución no se habían cumplido, las áreas de Recursos Humanos comienzan a desarrollar un plan para obligar a los remisos a retirarse de la empresa.

No los podemos acusar de poco generosos, ya que la primer medida fue mejorar las ofertas de dinero que, en algunos casos superaron el 300% de lo que sería una in-

demnización conforme a la L.C.T. (Ley de Contrato de Trabajo). No obstante fueron pocos los trabajadores que no pudieron resistir la tentación.

Aceptada la premisa de que el dinero no sería ya el elemento de convencimiento, se pasó a la segunda etapa del plan, que se llamó “*los inducidos*”. Es cuando se monta todo un aparato de presión psicológica sobre los trabajadores, destinada a eliminar cualquier resistencia al egreso.

V. “LOS INDUCIDOS”

El 5 de marzo de 1997 un grupo de diputados nacionales presentó un Proyecto de Resolución (expte. N° 2248), en el que proponían a la Cámara de Diputados que solicitara informes al Poder Ejecutivo Nacional sobre los retiros “voluntarios” en Telefónica, Telecom, Telintar y Startel. Después de transcribir la denuncia de los trabajadores telefónicos que hemos citado en el capítulo 1, los legisladores decían lo siguiente:

- “Profundizando en esta denuncia hemos podido corroborar lo siguiente.
- a) Todo el personal que estas empresas consideran que “no entran en sus planes”, son incorporados a una lista bajo el indigno mote de “inducidos” (porque hay que “*inducirlos*” para que acepten el retiro “voluntario”);
 - b) Circulan en las empresas diversos “memos”, generalmente con aclaración de los funcionarios o áreas de confección y destino, pero sin firmas, que indican el tratamiento que hay que darles a los “inducidos” para que se vayan. En uno se llega a decir que hay que darles los peores trabajos;
 - c) Existen funcionarios especialmente dedicados a la tarea de “convencer” a los trabajadores;
 - d) Primero comienzan por citarlos para hacerles saber que no tienen futuro en la empresa. Si hay una negativa por parte del trabajador, se lo continúa convocando las veces que haga falta. Hay casos en los que han sido citados más de diez veces y más de una vez por día;
 - e) Si la “presión” que ejercen estos funcionarios no da resultado, se toman represalias que pueden consistir en:
 - e.1) Traslados compulsivos a miles de kilómetros (por ejemplo de Buenos Aires al Chaco (Telecom) o a San Luis (Telefónica);
 - e.2) Discriminación en el otorgamiento de tareas que generan una mayor salario (no se les da horas extras, o turnos rotativos, en igualdad de condiciones con el resto del grupo o sector);
 - e.3) En algunos casos directamente no se les da tareas y quedan “a órdenes” en su domicilio durante meses;
 - e.4) Ubicación en oficinas en las que durante toda la jornada no se hace nada, para que “reflexionen”;
 - e.5) Destinar a personal con escuela primaria y que durante toda su vida laboral

hicieron tareas manuales y de calle, a oficinas con computadoras, auriculares y ritmo feroz de trabajo;

- e.6) Sanciones a delegados con estabilidad sindical, disfrazadas de “apercibimientos” que implican la pérdida de adicionales salariales;
- e.7) Incorporación a la lista de “inducidos” de trabajadores que hayan adherido a legítimas medidas de acción sindical, dispuestas por la C.G.T., la C.T.A. y el M.T.A. y acatadas por el gremio.

Todo esto ocurre porque, en el marco de la hiperdesocupación que nos agobia, los trabajadores no quieren el dinero de una indemnización. Quieren un empleo seguro que les permita ver el futuro con esperanza y no con incertidumbre. Hoy no alcanza con tener asegurado el pan para hoy y quizás para mañana. Nuestros trabajadores demandan la estabilidad laboral que parece negarles la estabilidad económica.

Y todo esto ocurre también porque el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social ha sido cómplice, por acción u omisión, de esta maquinaria de segregación de trabajadores y de liquidación de puestos laborales.”

VI. LA PSICOLOGÍA COMO HERRAMIENTA DE TORTURA

Cada una de las medidas detalladas por los legisladores ha sido fríamente proyectada, analizando el efecto devastador que tendría sobre la psiquis del trabajador._

Para ello se tomó como punto de partida la importancia que le asignan las personas al trabajo dentro de sus vidas, no sólo en su dimensión económica, sino –principalmente– en lo humano, familiar y social. Valoración repotenciada a partir de la aparición del flagelo del desempleo.

Por lo tanto, la primer medida era hacerle conocer a la víctima que “*la compañía ya no lo tiene en cuenta*”. Es decir, romper ese vínculo generado durante años, que determinaba que el trabajador “*se ponía la camiseta*” de la empresa y le permitía creer que su dedicación era reconocida y recompensada con protección.

El segundo paso era hacerlo sentir un inútil: “*Usted no está en condiciones, ni en edad de adaptarse a los cambios y a las nuevas tecnologías*”. Telefónica de Argentina S.A., por ejemplo, remitía una nota a los trabajadores que pretendía que se acogiesen a una de las tantas modalidades de egreso, diciéndoles que se trataba de personal “*de difícil reinserción laboral*” y que “*los requerimientos del mercado de trabajo fijan limitaciones a una población laboral que, si bien biológica y cronológicamente es considerada joven, excede las expectativas de las empresas en lo que respecta a la edad ideal para el inicio de una nueva actividad*”. El próximo paso, si no aceptaban, era el traslado a la provincia de San Luis.

Para que no tuvieran tiempo de recomponer su dañada autoestima, el “inducido” era citado hasta diez veces en poco tiempo, para transmitirle la necesidad de que acepte el “retiro (in)voluntario”. No importaba cuán categórico hubiera sido su rechazo a la oferta empresaria. Muchas veces el entrevistador lo sometía a la humillación

de largas esperas antes de recibirlo. En algunos casos *el “inducido” fue citado tres veces en el mismo día.*

Para los que lograban superar esta terrible presión, había medidas mas drásticas. Una fue notificarles *“que por necesidades del servicio se lo traslada a San Luis”* (Telefónica) o *al Chaco* (Telecom). ¿Hace falta explicar lo que significaba para estos trabajadores semejante desarraigo? Muchos optaron por el “retiro”.

Pero si el trabajador y la presión sindical lograban resistir esta amenaza, las empresas contaban con otra batería de medidas. Una era la de darles como destino oficinas en las que no se les otorgaban tareas para realizar. En Telecom se la llamaba “el corralito” (Forest 1276). Las víctimas debían internalizar que eran considerados unos “inútiles” a los que la compañía no podía confiarles tarea alguna, sometiéndolos a la indignidad de recibir el salario sin trabajar.

En algunos casos –todos documentados– directamente se los dejaba “a órdenes en su domicilio” *durante meses*. En la jerga telefónica se le decía “arresto domiciliario”. De esta forma el “inútil” era enfrentado con su propia familia, lo que aumentaba la presión psicológica que sufría.

Telefónica de Argentina, la más imaginativa para estas torturas, no les permitía tomar servicio a los trabajadores enfermos o accidentados que obtenían el alta de sus médicos particulares u obra social. Incluso, se llegó hasta hacer caso omiso del alta brindada por los profesionales de la propia A.R.T. (Aseguradora de Riesgos de Trabajo). Los médicos patronales aguardaban instrucciones del área de “Recursos Humanos” para convalidar o no la reincorporación del trabajador. Si se trataba de alguien que estaba en la lista de “inducidos”, se le hacía agotar la licencia paga y se lo encuadraba en el art. 211 de la L.C.T., amenazándolo con despedirlo sin indemnización alguna al agotarse este plazo. Salvo –claro está– que aceptara el generoso “retiro (in)vo-luntario”.

Tal como refleja el proyecto de algunos legisladores nacionales que hemos citado más arriba, otra fórmula de presión era no otorgarles a los “inducidos” la posibilidad de realizar horas extraordinarias o de trabajar durante el fin de semana –en un pie de igualdad con el resto de los trabajadores– causándoles el daño material de la reducción de sus ingresos y el perjuicio moral del sentimiento de la discriminación.

VII. POLÍTICA ANTISINDICAL

Todas estas medidas fueron acompañadas por otras destinadas a debilitar o eliminar toda posibilidad de resistencia sindical.

De por sí, la significativa reducción de trabajadores y la sustitución de muchos de ellos por pasantes, aprendices, contratados o personal de agencias –la mayoría de las veces en forma laboralmente fraudulenta– ha limitado la capacidad de acción de los sindicatos que agrupan al personal de estas empresas.

No obstante ello, estas compañías han desarrollado también una vigorosa política antisindical, que podemos resumir en los siguientes puntos:

- 1°) traspaso masivo de trabajadores sindicalizados al sector de los llamados “fuera de convenio”. Generalmente el nuevo encuadramiento ha sido fraudulento, ya que la inmensa mayoría de los casos no cumple con los requisitos (función, poder de dirección, nivel remunerativo, etc.) para ser excluidos de su convenio colectivo de trabajo.
- 2°) presión sobre los trabajadores agrupados en sindicatos de personal jerarquizado, para que se desafilien.
- 3°) traspaso de trabajadores afiliados a gremios de base, a otros de técnicos o jerárquicos, de escasa o nula capacidad de acción sindical.
- 4°) desmantelamiento de los cuadros sindicales intermedios, mediante suculentos “retiros voluntarios”.
- 5°) persecución laboral de los delegados del personal considerados “combativos”, discriminados en el ámbito de trabajo y permanentemente amenazados por acciones judiciales de exclusión de la tutela sindical.

La uniformidad de estas políticas en las empresas públicas privatizadas, permiten imaginar la existencia de un mismo asesoramiento.

VIII. LAS CONSECUENCIAS

Al poco tiempo de haberse instrumentado los procedimientos para obligar a los trabajadores a aceptar el “retiro (in)voluntario”, comenzaron a notarse sus consecuencias.

Primero surgió el comentario sobre las “desgracias” de algunos compañeros que ya no trabajaban más en la empresa. Pero poco a poco se comenzó a vislumbrar que las “coincidencias” podían no ser tales. Demasiados intentos de suicidio, demasiadas enfermedades terminales, demasiados infartos, demasiados problemas familiares, divorcios o separaciones, como para que fuera una simple casualidad.

Ante la inactividad sindical, un grupo de delegados telefónicos comenzó a realizar una investigación -con medios absolutamente precarios- de la que parece resultar que la casualidad era, en realidad, causalidad.

Como botón de muestra tomamos el caso de Telefónica de Argentina S.A.:

1°) Trabajadores del Sector “110” que, ante su negativa a aceptar el “retiro (in)voluntario”, fueron enviados a sus domicilios durante períodos que llegaron a 7, 8 y 12 meses, con percepción de haberes (sin adicionales):

Chbatchurbe, Juan (*)
Garcilazo, Mónica
Iannello, Antonio (*)
Lepellere, Juan Carlos (1)
Lombi, Norma (2)
Montenegro, Guillermo (*) (3)

Mora, Silvia
Ocampo, María Inés
Osan, Jorge Roque (*)
Pereyra, Stella
Perillo, Brígida
Quentaci, Sara
San Martín, José (*)
Loduca, Silvia (*) (4)

(*) No soportaron la situación y aceptaron el “retiro” (in)voluntario”.

(1) Fue citado once (11) veces para presionarlo a que acepte el retiro.

(2) Enfermó gravemente.

(3) La situación le desencadenó hipertensión severa.

(4) Enfermó gravemente.

2º) Algunos ejemplos de trabajadores que aceptaron el “retiro”, después de pasar por una presión psicológica insoportable, están resumidos en la denuncia sindical a la que aludimos en el inicio, y que agregamos como un anexo a este trabajo.

En ese documento aparece fotocopiada una Circular de la empresa, retransmitida por fax, en la que un funcionario se dirige a otros sobre temas vinculados con la distribución del trabajo en un sector, y al final les dice: *“Los inducidos y sin perfil no deben tener contacto con el cliente por lo que sólo pueden hacer tareas menores y que en lo posible les resulten disgustantes”*.

**ALGUNOS CASOS QUE TESTIMONIAN EL GENOCIDIO
DE TRABAJADORES TELEFÓNICOS**

APELLIDO Y NOMBRE	LUGAR DE TRABAJO	EMPRESA	TESTIMONIO
LOIÁCOMO HÉCTOR HUGO	JONTE	TELEFÓNICA	Citado a retiro voluntario en reiteradas oportunidades, intentó suicidarse bajo un profundo estado de depresión. Se disparó dos tiros, un proyectil alojado en la cara le fue extraído en una operación, el otro lo tiene alojado en el cerebro. Como consecuencia balbucea y tiene problemas motrices y de coordinación.
PEGAZANO GRACIELA NOEMÍ	CULPINA	TELEFÓNICA	Citada al retiro voluntario en reiteradas oportunidades, trasladada adentro y fuera de su zona de trabajo, varias veces en poco tiempo, presionada en forma continua adolecía de trastornos estomacales. Falleció como consecuencia de una hemorragia estomacal.
MAIDANA JUAN RAMÓN	PLAZA	TELEFÓNICA	Citado al retiro voluntario en reiteradas oportunidades, presionado y discriminado laboralmente, sufrió un preinfarto por lo que fue internado en unidad coronaria en el Sanatorio Mitre.
FLORES CARLOS	PLAZA	TELEFÓNICA	Citado al retiro voluntario en varias oportunidades, presionado y discriminado laboralmente en forma constante. Sufrió un preinfarto por lo que tuvo que ser internado.
TORINO ROBERTO	GOYA	TELEFÓNICA	Bajo presión laboral constante, comenzó sufriendo grandes dolores estomacales y en el pecho, fue perdiendo el habla progresivamente. Se le declaró cáncer y falleció como consecuencia de esta enfermedad.
GUINBOURG DOMINGO	LINIERS	TELEFÓNICA	Obligado a realizar cursos con contenido que excedían a su especialidad para ratificar el puesto de supervisor que ejercía desde hacía varios años, falleció víctima de un derrame cerebral en un cuadro de depresión y angustia

**ALGUNOS CASOS QUE TESTIMONIAN EL GENOCIDIO
DE TRABAJADORES TELEFÓNICOS**

APELLIDO Y NOMBRE	LUGAR DE TRABAJO	EMPRESA	TESTIMONIO
CANTONE SERGIO	CUYO	TELEFÓNICA	Presionado constantemente, trasladado en reiteradas oportunidades, incluido un traslado a Mendoza. Se fue con retiro voluntario. Se encuentra internado en el Hospital Paroissien, con graves trastornos psicológicos.
CERVIÑO SUSANA	24 DE NOVIEMBRE	TELEFÓNICA	Estuvo un año encerrada en una oficina sin que se le asignara tarea alguna, presionada laboralmente, citada en reiteradas oportunidades al retiro voluntario. Cayó en un pozo depresivo muy profundo. Intentó suicidarse disparándose tres tiros.
MELNIK GREGORIO	LEZICA	TELEFÓNICA	Trasladado en reiteradas oportunidades se le cambió de función varias veces, presionado y discriminado continuamente, citado al retiro voluntario en reiteradas oportunidades. Sufrió parálisis facial.
ZELANO ROBERTO	VERNET	TELEFÓNICA	Discriminado laboralmente fue objeto de un continuo hostigamiento. En un cuadro de profunda depresión, intentó suicidarse prendiéndose fuego. Como consecuencia sufrió graves quemaduras.
POMPIANI ALBERTO	GOYA	TELEFÓNICA	En su puesto de supervisor enfrentó grandes presiones para inducir retiros arbitrarios, en contra de quienes fueron sus compañeros de trabajo durante muchos años. En un cuadro de depresión y angustia falleció como consecuencia de un derrame cerebral.
LOMBI NORMA	JONTE	TELEFÓNICA	Citada al retiro voluntario en reiteradas oportunidades, presionada laboralmente, obligada a concurrir a cursos de reconversión para ser trasladada al 110 Informaciones, los que rindió en forma satisfactoria. Pese a ello, le fue negado el pase y se la envió a su domicilio durante varios meses sin dejarla tomar servicio, como presión para que terminara aceptando el retiro voluntario. Debido a esta situación entró en un profundo estado depresivo que favoreció el desarrollo de una grave enfermedad.

Lo más grave de los hechos denunciados en el documento sindical es la impotencia de las víctimas para impedir la arbitrariedad patronal.

Ante la inactividad sindical, buscaban y no encontraban en la ley una respuesta eficiente al atropello que estaban sufriendo.

Las empresas violaban decenas de normas legales y convencionales, pero la única solución que se le ofrecía al trabajador era la de los artículos 66 (ejercicio abusivo del “ius variandi”) o el 242 (injuria laboral por grave incumplimiento contractual) de la L.C.T., o sea, la de considerarse despedido y accionar judicialmente durante 4 ó 5 años. Era eso o... el “retiro (in)voluntario.

Como puede advertirse, si es grave la situación de los trabajadores desocupados, no lo es menos la de los ocupantes de la “ciudadela sitiada”, sometidos permanentemente a la prepotencia e iniquidades de sus empleadores. La deserción de la mayoría de la dirigencia sindical cupular y la subordinación del Estado a los intereses de los grupos económicos nos ha llevado a que situaciones propias del siglo XIX, sean hoy una triste realidad.

Pero estas estructuras sociales autoritarias e injustas no pueden perdurar mucho tiempo. La experiencia demuestra la inviabilidad de estos modelos de desarrollo y crecimiento económico sin justicia social.

DERECHO DEL TRABAJO, MODOS DE PRODUCCIÓN Y ESPECIALIZACIÓN PRODUCTIVA: APORTES AL DEBATE SOBRE LA FLEXIBILIDAD LABORAL

Beatriz Fontana

Abogada

Docente de la Facultad de Derecho-U.B.A.

Investigadora del Instituto de Estudios y Formación CTA

I. DERECHO DEL TRABAJO, MODOS DE PRODUCCIÓN Y VARIABLES MACROECONÓMICAS

La relación entre el Derecho del Trabajo y los Modos de Producción se remonta hasta los mismos orígenes del primero, en tanto la ordenación jurídica del trabajo voluntario, dependiente y por cuenta ajena es fruto del modo de producción capitalista-industrial.

La convergencia en tiempo y espacio de: a) el individualismo liberal; b) la revolución industrial; y c) la concentración de capitales o capitalismo; y las consecuencias que esto trajo aparejado en las condiciones de vida de los trabajadores, produjo ante todo la necesidad de estos últimos de poner en marcha instrumentos tendientes a lograr ciertos niveles de protección. Ante la inexistencia de normas específicas que regularan la relación de trabajo por cuenta ajena, y la ineficacia de las normas emanadas del derecho común, fueron surgiendo las “normas consensuadas”, antecedente de los convenios colectivos, arrancados generalmente por la fuerza de los conflictos en los lugares de trabajo.

Con el tiempo, y ante la necesidad de responder no solamente al interés de los trabajadores, sino también a demandas de los empleadores (reglamentación de la competencia) y del propio sistema político (surgimiento del sufragio universal), hizo su aparición la regulación heterónoma del trabajo. Esta intervención del Estado en las relaciones de producción –esencialmente relaciones entre sujetos privados– constituye un fenómeno de signo contrario al Estado abstencionista propio del liberalismo político. Pero resultó funcional al sistema en su conjunto, en tanto vino a imponer un

cauce de desenvolvimiento al conflicto “capital-trabajo”, que lo hiciera compatible con la subsistencia y desarrollo del modo de producción y del modo de acumulación del capitalismo industrial.

Esa correspondencia histórica entre legislación laboral y contenidos fácticos del trabajo subordinado, permite comprender la necesaria correlación entre contenidos del derecho del trabajo y características propias del modo de producción capitalista industrial, correlación que alcanza no solamente al contrato individual de trabajo, sino que se expresa también en el tipo de organización sindical, las formas adoptadas por la negociación colectiva, y por cierto, las expresiones de los conflictos laborales.

En una recorrida histórica puede afirmarse que el momento de mayor convergencia de la relación capital-trabajo, incluso en su manifestación legal, fue el correspondiente al “fordismo”, etapa también conocida como “edad de oro”.

El fordismo puede ser analizado en tres planos diferentes, que permiten visualizar la cantidad de variables que fue posible conciliar dentro de ese modelo.

Por un lado, el fordismo constituyó un paradigma industrial, es decir, un compromiso social, aceptado tanto por los empleadores como por los trabajadores. Desde ese punto de vista, el fordismo es el taylorismo más la mecanización. El taylorismo aportó la consabida separación entre la concepción del proceso de producción y la organización por un lado, y los trabajos a nivel de fábrica por el otro. La mecanización implicó la incorporación a las maquinarias del saber colectivo relativo a métodos y ritmos de producción.

Por otro lado, en tanto estructura macroeconómica, el fordismo se basaba en la existencia de contrapartidas a los incrementos de la productividad logrados por sus principios de organización. Esas contrapartidas se expresaban en el crecimiento de las inversiones financiadas por los beneficios, y en el incremento del poder de compra de los trabajadores financiado por los salarios. El resultado era que se mantenía constante la participación de los salarios y del capital en el valor agregado; que la tasa de ganancia era más o menos estable; y que la expansión de la productividad avanzaba paralelamente con la expansión de los mercados.

Por último, el fordismo puede ser analizado también como sistema de reglas o modelo de regulación del trabajo. En ese sentido, el sistema en su conjunto requería la existencia de un contrato de trabajo estable (permanente), con límites rígidos al despido, el crecimiento de los salarios indexados por precios y productividad. En este último punto, era determinante la participación de un sistema sindical que fue adoptando estructuras organizativas que lo hicieran apto para la necesaria relación con el aparato productivo, es decir, de acuerdo a las formas organizativas adoptadas por el capital.

Claro está que, para comprender adecuadamente el fundamento que hizo posible el surgimiento del fordismo como modelo hegemónico dentro del sistema capitalista, es necesario incorporar las ideas macroeconómicas de J.M. Keynes, y el impulso que tuvo el llamado “New Deal” en la etapa de la presidencia de Roosevelt en Estados

Unidos, todo ello como consecuencia de la gran depresión de los años 29/30, y de la situación existente al finalizar la Segunda Guerra Mundial.

Asumida la necesidad de solucionar la crisis del capitalismo mediante el fortalecimiento de la demanda, y ante el interés de consolidar el sistema en una Europa devastada por la guerra, evitando así la posible expansión del poder soviético, se daban todas las condiciones necesarias para que surgiera el “Estado de Bienestar”, con características que hubieran resultado impensables dentro del ideario liberal del siglo XVIII.

El Estado de Bienestar producía la necesaria redistribución de los ingresos, asegurando el poder adquisitivo de los trabajadores y la participación de los mismos en la demanda de bienes masivos de bajo costo. De esta forma, se conformaba un “círculo virtuoso” basado en un sistema de producción masiva de productos estandarizados con costos en disminución, la ampliación del círculo de consumidores, y la posibilidad cierta de transferencia de los incrementos de productividad hacia los salarios.

En la base del modelo, deben situarse parámetros macroeconómicos fundamentales, como son: a) la posibilidad de sostener el sistema con déficit fiscal controlado por Estados económicamente soberanos; y b) la producción basada en atender necesidades de los mercados internos, siendo marginal la incidencia del intercambio internacional.

El modelo que aquí se denomina “fordismo”, debe ser entendido como una construcción teórica que permite analizar una etapa histórica, pero que como tal no existió en estado puro en la realidad. Más aún, debe tenerse presente que las variables explicitadas tienen que ser diferenciadas en sus contenidos y en sus alcances, si se aplican a los países llamados “centrales”, o a los “periféricos”.

Con esas salvedades, es posible afirmar que el fordismo fue un modelo hegemónico a partir de la Segunda Guerra Mundial, y hasta finales de los años sesenta.

Comienza entonces lo que se conoce como “crisis del fordismo”, que responde a una multiplicidad de causas, tanto coyunturales como estructurales.

En primer lugar, la competencia empezó a encontrar límites claros, especialmente en Estados Unidos, Europa y Japón, haciendo necesaria la búsqueda de economías de escala. Esto indujo a la internacionalización de los procesos productivos y de los mercados.

Por otro lado, el incremento del costo de materias primas importadas por los países centrales, en especial la llamada crisis del petróleo, hizo necesario el incremento de las exportaciones, cuestionando de esa forma la posibilidad de seguir alimentando el crecimiento de los mercados internos a través del aumento salarial.

El surgimiento de las Nuevas Tecnologías, constituyó un fenómeno decisivo en los cambios de esta etapa, tanto en lo que hace a los modos de producción, como a las tendencias del consumo, y por lo tanto con claro impacto en los ejes en que se asienta la productividad y la competitividad empresarial.

En efecto, la nueva revolución tecnológica marca el inicio de una etapa en que la competitividad deja de basarse en “producción masiva estandarizada y de bajo costo”, desplazándose hacia la producción diferenciada y de calidad. Esa diferencia-

ción de productos y la necesidad de innovación constante, pusieron en crisis a la vez al sistema basado en grandes stocks de producción, irrumpiendo lo que se conoce como sistema “just in time”, que requiere producir lo que se vende, pero con calidad, con diferenciación, y con tiempo de entrega previsto y competitivo.

Las nuevas tecnologías también potenciaron el fenómeno de internacionalización del comercio y de la producción, al hacer posible la descentralización de las diversas partes del proceso y la de localización productiva, produciendo un corte entre lugar de producción y mercado de consumo.

A todo ello debe agregarse el surgimiento de un poder financiero internacional sin reglamentación alguna, que puso seriamente en cuestión la posibilidad de regulación por parte de los Estados nacionales.

Evidentemente, todos estos cambios han tenido un impacto significativo en las relaciones laborales, tanto por los cuestionamientos que comenzaron a formularse respecto de los costos laborales, como por los efectos de las nuevas tecnologías en los procesos productivos y en los niveles de empleo. Pero también impactaron en las relaciones laborales los cuestionamientos a la sustentabilidad del Estado de Bienestar, y las nuevas formas de organización del capital (incidencia de empresas transnacionales, grupos económicos, diversificación productiva, etc.) que no tuvieron su correlato en forma inmediata en la organización sindical y en la expresión de la negociación colectiva y del conflicto.

Tal como se afirmó respecto de la consolidación del fordismo, también las expresiones de su crisis deben ser contextualizadas diferenciando países centrales de países periféricos, a fin de no incurrir en el error tantas veces repetido de importar diagnósticos y propuestas de una realidad a otra, sin tener en cuenta las variables propias de cada país.

Por otro lado, también parece necesario distinguir posturas frente a la crisis del fordismo. Si se acepta que este último fue posible porque existió una convergencia de intereses tanto por parte del capital como del trabajo, es preciso reconocer que ante la crisis de aquel modelo quedaron al desnudo intereses diferentes y en muchos casos contrapuestos. Es decir que las interpretaciones sobre las causas de la crisis y las propuestas de superación, no necesariamente son objetivas en todos los casos, sino que bien pueden estar respondiendo a la necesidad de priorizar unos intereses sobre otros.

En ese sentido, es importante recordar por lo menos dos grandes grupos de interpretaciones de la crisis, que han tenido expresiones diferentes en lo que hace a la regulación del trabajo.

La llamada “interpretación oficial”, que fue la adoptada por el Grupo de los Siete en la reunión de Venecia en 1980, se basó en la disminución de los beneficios. Para esta teoría, la elevación del precio relativo del trabajo y de las materias primas era el resultado de la expansión precedente y del pleno empleo. Asimismo, se ponía a cuenta del Estado de Bienestar el haber reducido significativamente el costo de la pérdida del trabajo, lo que habría provocado la desaceleración de la productividad. Es decir que, según esta teoría, los beneficios eran bajos porque los trabajadores y los pro-

ductores de materia prima eran muy fuertes, y eso se debía a que las reglas de juego eran excesivamente rígidas, dificultando la reestructuración del aparato productivo, con el riesgo de perder las oportunidades de la revolución tecnológica.

En virtud de este análisis se afirmó que la primera prioridad era combatir la inflación antes que el desempleo, cuestionando así el déficit fiscal como instrumento al servicio del Estado de Bienestar. Era necesario entonces aumentar la productividad, y redistribuir el capital desde los sectores en declinación hacia los que estaban en expansión: del sector público al privado; y del consumo hacia la inversión. Fue así como se firmó en Venecia el compromiso de “evitar las medidas de protección a los intereses particulares afectados por la severidad del ajuste”.

Esa interpretación de la crisis tuvo su expresión en políticas económicas concretas, y por supuesto, también en la regulación del trabajo. Ese fue el momento en que irrumpió en la escena la llamada “flexibilidad laboral”, en las versiones puestas en práctica por Inglaterra y Estados Unidos, primero, y luego por otros países de la OCDE.

La otra explicación de la crisis, que puede considerarse alternativa o complementaria de la llamada “oficial”, cuestiona sobre todo que la caída de la productividad pueda ponerse a cuenta del pleno empleo y de la protección contra el despido. Sostiene que pudo ser así a finales de los años sesenta, pero que ese argumento no explica la consolidación de la tendencia en los años siguientes, sobre todo con coeficiente de capital creciente.

Según esta interpretación, la caída de la productividad se debe a la supervivencia de los principios tayloristas de organización del trabajo, que hacen depender la productividad máxima de una instalación, de la productividad del obrero individual en su puesto de trabajo, lo que conduce a maximizar el gasto del trabajo individual en cada puesto. La propuesta sería en cambio avanzar hacia una forma de organización superior, más horizontal, que contribuya a involucrar a los trabajadores en el proceso productivo incentivando su propia responsabilidad, a fin de mejorar los resultados de la productividad. Ese sería para esta interpretación, el camino adecuado para organizar el trabajo con las nuevas tecnologías, y con los nuevos métodos de gestión del tipo “just in time”.

Este último fue el camino elegido para la regulación de las relaciones laborales en Alemania, Japón y Escandinavia.

Si la regulación del trabajo en el sistema fordista era la combinación de: a) el control directo de la administración sobre los trabajadores (empresa vertical); y b) la rigidez del contrato de trabajo plasmada en límites al despido y aumentos salariales constantes, las dos interpretaciones de la crisis que hemos mencionado podrían caracterizarse respecto del impacto en la regulación laboral, como evoluciones sobre una de esas características.

La interpretación de la crisis basada fundamentalmente en la disminución de beneficios, propone que en el terreno de la regulación laboral se evolucione desde la “rigidez del contrato”, hacia la flexibilidad, entendida como liberalización del despido y reducción de costos salariales.

La interpretación que vincula la caída de la productividad con los principios de organización taylorista, propone una evolución del “control directo” o empresa vertical, hacia una organización del trabajo horizontal con involucramiento responsable de los trabajadores en el proceso productivo.

Una vez más estamos frente a construcciones teóricas de análisis, que en modo alguno pueden encontrarse en formas puras en ninguna realidad social concreta. Pero sí es posible fijar un límite de coherencia: no parece posible apuntar a lograr el compromiso de los trabajadores en el proceso productivo basado en su autonomía responsable, si por otro lado no existen contrapartidas que garanticen la solidaridad de destino entre las empresas y su personal. Es cierto que, en un contexto de elevado nivel de desocupación, puede ejercerse coerción sobre los trabajadores para lograr determinados objetivos. Pero también es cierto que los resultados de ese trabajo no pueden ser comparados con los obtenidos en un sistema que promueva la propia responsabilidad y el aporte creativo al proceso productivo.

Por último, es necesario tener en cuenta que, en tanto estamos hablando de “sistemas”, la opción que se haga en un lugar determinado entre una u otra tendencia de regulación laboral, debe necesariamente ser enmarcada en el contexto más amplio que abarca y comprende el posicionamiento global ante la nueva etapa. Es decir que la opción respecto de la regulación del trabajo es parte necesaria del camino elegido por cada país respecto de su inserción en la nueva etapa de la economía mundial. En efecto, si como se decía al inicio, la regulación del trabajo por cuenta ajena mantiene una relación histórica y necesaria con la evolución de los modos de producción, debe admitirse que aquélla estará necesariamente influenciada y condicionada por el mayor o menor grado de tecnificación de los procesos productivos. Y en la etapa actual de la economía mundial, también estará necesariamente influenciada y condicionada por el mayor o menor grado de desarrollo tecnológico y de la investigación científica aplicada al proceso productivo y al desarrollo de nuevos productos.

II. ESPECIALIZACIÓN PRODUCTIVA, COMPETITIVIDAD ECONÓMICA Y DERECHO DEL TRABAJO

La crisis del fordismo y la llamada “globalización económica” conducen a complejizar el concepto de “competitividad”, enriquecido ahora por los llamados “elementos no costo”.

La globalización implica competencia y confrontación por abarcar mercados diferenciados y variados. Por lo tanto, la competitividad no puede basarse solamente en “bajos costos”, sino que implica la capacidad de adaptación a demandas variadas.

Por otra parte, debe tenerse en cuenta el factor “innovación” como parte de la nueva trayectoria tecnológica, que ha producido la transformación de sectores tradicionales, pero también el surgimiento de sectores productivos totalmente nuevos. Dado que estos últimos son los que tienen la tasa de crecimiento relativo más elevada, la falta

de presencia en esos sectores genera un problema grave de competitividad global, que no resulta compensable por los bajos costos en los sectores de demanda decreciente.

Para que exista una economía en desarrollo se requiere entonces la presencia de innovadores, que abran la frontera tecnológica, o bien de imitadores creativos, que mediante procesos de imitación produzcan una adaptación tecnológica temprana e innovaciones menores. Esto es lo que se denomina una “opción dura”, desde el punto de vista del cambio técnico, de la inversión y del cambio social. Dentro de ese esquema, la ciencia, la tecnología y la inversión son cuestiones prioritarias tanto para el diseño de las políticas públicas como para las estrategias del poder económico.

Esto requiere por lo tanto, inversiones en investigación y desarrollo, cumplimiento de normas técnicas, adaptación a normas internacionales de calidad, adaptación de los procesos productivos a las restricciones propias del derecho ambiental, etcétera.

Por otra parte, se requiere incrementar la productividad, para lo cual es necesaria la incorporación de tecnología. Pero ello no es suficiente si no se complementa con la debida calificación profesional, que garantice la necesaria adaptación de la producción a los niveles de calidad y diferenciación requeridos, y a las exigencias de tiempo de entrega del producto.

El modelo opuesto al de una economía en desarrollo sería la llamada “economía de adaptación”, o con adaptación tecnológica tardía. Estos sistemas se sustentan en la existencia de oligopolios no innovadores, amparados de la competencia por las políticas públicas. No hay desarrollo, sino fases de expansión producidas por impulsos exógenos y por la adaptación —tecnológicamente tardía— a dichos impulsos. La dinámica económica de largo plazo es sustituida por una serie de “burbujas” que, al agotarse, no dejan bases firmes para el proceso de desarrollo, generando en cambio nuevas restricciones al surgimiento del mismo. Son las llamadas “opciones blandas”, cuya consecuencia es que la ciencia, la tecnología, y las políticas científicas, tecnológicas e industriales, están ausentes o tienen un lugar muy secundario en las políticas públicas y en las estrategias del poder económico.

Al no contar con el factor “innovación”, estas economías de adaptación u opciones blandas parecen revelar un problema grave de competitividad en la nueva etapa de la economía mundial, problema que necesariamente debe ser entendido como estructural.

Obviamente, la ausencia de innovación y desarrollo remite necesariamente a una economía basada en explotación de recursos naturales, materias primas y “commodities”, es decir, una economía en que la competitividad sigue sustentada en los bajos costos de los productos, propia del sistema fordista.

Siendo ello así, es posible pensar que en estos sistemas productivos se apele a la flexibilidad laboral, como una forma de reducción de por lo menos uno de los costos de producción. Por otra parte, si la especialización productiva en este caso no requiere necesariamente diversificación de productos, ni alcanzar determinados niveles de calidad, es posible que la tecnología tardíamente incorporada permita incrementos de productividad sin requerir elevados niveles de calificación profesional. Todo lo cual

también permite pensar que pueda compatibilizarse la liberalización del despido y los bajos salarios con los requerimientos de la producción.

Por el contrario, las necesidades propias de lo que hemos denominado “economía de desarrollo” parecen establecer un límite fáctico a la flexibilidad laboral, en tanto no pueden alcanzarse los objetivos de innovación, diversidad productiva, calidad, tiempo de entrega, etc., sin un determinado nivel de compromiso de los trabajadores con el proceso productivo. Y, como ya se ha visto, ese nivel de compromiso no puede lograrse en un contexto de flexibilidad laboral entendida como liberalización del despido y rebajas salariales.

De esta forma, el debate sobre la flexibilidad laboral se complejiza ampliamente, en tanto parece posible relacionar la especialización productiva y el tipo de crecimiento económico, con el modo de producción imperante, y por ende, con la tendencia predominante en la regulación de las relaciones laborales.

En otras palabras: durante el fordismo, las relaciones laborales se basaban en un contrato estable, con límites al despido y un incremento progresivo de los salarios. Esta era una pauta hegemónica, necesaria para el mantenimiento de un sistema basado en el consumo masivo y creciente de productos estandarizados de costo decreciente.

En el “post-fordismo”, la regulación de las relaciones laborales parece apuntar a por lo menos dos grandes tendencias claramente diferenciadas: a) la flexibilidad laboral, basada en contratos temporales, liberalización del despido y reducción del costo salarial; o b) el contrato estable, con inversiones en salarios y calificación profesional que promueve el compromiso e involucramiento del trabajador con el proceso productivo.

Pero estas tendencias en la regulación del trabajo resultan a su vez condicionadas o determinadas por el tipo de especialización productiva, sea de un país, de un sector o de una empresa en particular.

A su vez, la evaluación de la especialización productiva remite a una cuestión que trasciende la situación concreta de los trabajadores, en tanto puede revelar una inserción adecuada en la economía mundial, o, por el contrario, una crisis de competitividad estructural, con claras consecuencias sobre la sociedad en su conjunto.

Por otra parte, debe tenerse en cuenta que ya no parece posible que los Estados sigan apelando al déficit fiscal para el financiamiento de políticas redistributivas, suscitando un conflicto en las pautas macroeconómicas y políticas: o se derogan los beneficios del Estado Social, o se deben reelaborar las pautas de política tributaria y de la política social.

III. ESPECIALIZACIÓN PRODUCTIVA, LEGISLACIÓN LABORAL Y ROL DEL ESTADO EN ARGENTINA

El análisis pormenorizado de la evolución productiva de nuestro país requeriría de un estudio interdisciplinario, que excede ampliamente los objetivos de este trabajo.

Sin embargo, aplicando los parámetros barajados en el punto anterior respecto de lo que se considera una “economía de desarrollo” y una “economía de adaptación”, es posible detectar cómo se ha configurado esta última en Argentina, por lo menos desde 1976 hasta la fecha, período que interesa considerar en tanto coincide con la “crisis del fordismo” y con el surgimiento de una nueva etapa tecnológica a nivel internacional.

Las políticas llevadas a cabo durante la dictadura militar iniciada en 1976, produjeron cambios estructurales que afectaron sobre todo al tejido productivo. Las mayores tasas de ganancia fueron generadas a partir de entonces por las actividades financieras en desmedro de las productivas, y los principales beneficiarios fueron los conglomerados o grupos de empresa que se constituyeron al amparo de políticas comerciales, financieras y de subsidios que los resguardaban de la competencia externa.

Esa tendencia continuó vigente desde 1984 en adelante, y no logró ser modificada por intentos posteriores de implementar políticas de desarrollo. La élite económica argentina acentuó su comportamiento rentístico no innovador y su aversión al riesgo –sabiamente denunciada ya por Jauretche en *El medio pelo en la sociedad argentina*–, y a despecho de todo intento de implementar políticas de desarrollo con otra tendencia, puso el énfasis en bienes y servicios no transables/no importables, en actividades cuyas ventajas comparativas dependen de los recursos naturales, o sostenidas por mecanismos de subsidios directos o indirectos.

Desde principios de los noventa, el nuevo tipo de políticas públicas implementadas, fundadas básicamente en la apertura económica, la desregulación y las privatizaciones fueron una vez más utilizadas por el poder económico para reforzar las opciones blandas, expandiendo sus activos no mediante la inversión y la innovación, sino mediante la adquisición de los ya existentes que pudieran asegurar obtención de rentas en condiciones monopólicas.

La plena vigencia de sucesivas “opciones blandas” por parte del poder económico, (ausencia de innovaciones y restricciones para el desarrollo), es lo que explica la grave situación de la balanza comercial en el año en curso, en que los pronósticos señalan un posible déficit de u\$s 7.000 millones. Los intentos de sostener una interpretación optimista al respecto, además de contradecir las preocupaciones emanadas del Fondo Monetario Internacional, no hacen más que probar acabadamente la ausencia de una economía de desarrollo.

En efecto, desde la interpretación gubernamental, el déficit comercial sería “saludable” en tanto significa que hay más compras de bienes de capital (es decir, maquinarias), lo que amplía la capacidad de producción y anticipa mayores exportaciones.

Sin embargo, a la luz de lo analizado en el punto anterior, el déficit comercial imputable a compra de bienes de capital estaría demostrando en todo caso la ausencia de innovación tecnológica propia, y hasta la inexistencia de “imitadores creativos” que pudieran producir una adaptación tecnológica temprana. En otras palabras, demuestra la vigencia de una “economía de adaptación” tecnológicamente tardía, sin presencia en los sectores de demanda creciente en la economía globalizada.

Por otra parte, la conformación de las exportaciones argentinas expresa claramente el grado de vulnerabilidad del tipo de crecimiento en marcha. Dichas exportaciones se componen fundamentalmente de “commodities”, materias primas y manufacturas de poco valor agregado. Pero las señales de los mercados internacionales indican que la baja de precios de esos productos, y en especial de “commodities” y del petróleo crudo, no puede considerarse coyuntural. En otras palabras, que aun cuando se exportara más cantidad de esos productos –lo cual no depende de la sola voluntad de los exportadores sino de la demanda mundial–, la resultante económica de esas exportaciones seguiría siendo insuficiente para hacer frente a los costos de importaciones de muy alto valor agregado.

Claro está que la interpretación que se hace desde el discurso oficial también puede ser contextualizada en el marco de las políticas públicas que hacen posible la opción blanda adoptada por el poder económico. En efecto, en la competencia entre países que se da en el marco de la economía global, la ciencia, la tecnología y las industrias impulsoras y portadoras de progreso técnico son consideradas “armas para la competencia internacional”. Por el contrario, y a contramano de lo que sucede en la economía mundial, el comportamiento de la élite económica argentina resulta reforzado por un gobierno que excluye absolutamente de sus prioridades y de su agenda a las políticas científicas, tecnológicas e industriales.

Dentro de ese esquema debe ser analizada la flexibilización laboral implementada en nuestro país desde 1989 en adelante. En ese sentido, la tendencia a la implantación de la flexibilidad laboral –basada en liberalización del despido y reducción de costos laborales– puede ser entonces resignificada como una expresión más de las políticas públicas tendientes a reforzar y garantizar la continuidad de la opción blanda de la élite económica, agudizando así los efectos sobre toda la sociedad de una especialización productiva regresiva y reprimarizada, con graves problemas de competitividad en la etapa económica mundial.

En otras palabras, si tal como se ha intentado demostrar hasta aquí, la regulación del trabajo se relaciona con el modo de producción vigente, y si a su vez este último en la etapa del post-fordismo depende del tipo de especialización productiva y del grado de desarrollo tecnológico, las políticas llevadas a cabo respecto de la legislación laboral en su conjunto deben necesariamente ser evaluadas no solamente por los efectos que puedan tener sobre las condiciones de vida de los trabajadores, sino por lo que significan en términos de direccionamiento de la economía argentina y de opción elegida para insertarse en las reglas de juego de la economía mundializada.

IV. ALGUNAS PROPUESTAS PARA EL DEBATE

El presente trabajo no constituye más que una apretada síntesis de los cambios operados respecto de variables económicas y sociales, que impactan en la regulación

de las relaciones laborales, pero sobre todo, influyen decisivamente en el tipo de crecimiento económico que es condicionante de dicha regulación.

De todo lo dicho, surge como una cuestión a debatir cuál es (cuál debería ser) el rol del Estado en esta etapa de cambios profundos. En base a los datos analizados, ¿es posible pensar en regulaciones emanadas solamente del “libre juego del mercado”, o sería necesario debatir el tipo de intervenciones que deberían producirse desde las políticas públicas?

En la situación concreta de la Argentina, ¿es posible afirmar que el Estado se mantuvo “prescindente”? ¿O se podrían calificar las políticas implementadas desde 1989 en adelante como reforzadores de un determinado sector económico (y por lo tanto “no prescindentes”)? Y, en este último caso, ¿es posible concluir que dichas políticas fueron las adecuadas en función de los resultados económicos obtenidos? ¿O deberíamos concluir que esos resultados ponen de manifiesto debilidades estructurales que es necesario corregir a la brevedad?

Con respecto a la regulación del trabajo por cuenta ajena, cabría preguntarse ante todo si es legítimo pensar que la generación genuina de puestos de trabajo se puede hacer depender de una determinada tendencia en la legislación respectiva. En otras palabras: si puede seguir afirmándose –como lo ha hecho hasta ahora el “credo oficial”– que la rebaja de los “costos” laborales es suficiente para crear empleo. O si, como lo han sostenido estudiosos del tema, y lo demuestra la realidad de nuestro país, la rebaja de costos laborales no sólo no sirve para crear empleo, sino que además contribuye a reforzar una economía y un sistema productivo que no incluye ni contempla el desarrollo tecnológico.

Desde otra perspectiva, sería preciso reflexionar si, desaparecida la convergencia de intereses macro y microeconómicos que hicieron posible el “fordismo” y su expresión en el Estado de Bienestar, es legítimo abordar los cambios de la nueva etapa solamente desde el punto de vista de los intereses del capital. O si, por el contrario, es preciso delinear un sistema de reglas de juego que contemple e integre el respeto por los valores humanos fundamentales.

Por otra parte, y teniendo a la vista los resultados de la economía argentina al finalizar la década, ¿puede afirmarse sin ninguna duda que las políticas encaminadas a reforzar los beneficios de un sector en desmedro del resto contribuirán finalmente a un crecimiento sustentable? ¿O sería ya tiempo de pensar seriamente que la exclusión y la marginalidad comienzan siendo patrimonio de los más débiles, pero acaban poniendo en cuestión la existencia misma de toda la sociedad?

Estas y otras preguntas posibles parecen dejar en claro que el debate es todavía una asignatura pendiente.

BIBLIOGRAFÍA

- Lipietz, Alain. Las Relaciones Capital-Trabajo en los Comienzos del Siglo XXI. IDEP-ATE, Mayo 1992.
- Coriat, Benjamin. Los Desafíos de la Competitividad: Globalización de la Economía y Dimensiones Macroeconómicas de la Competitividad. Documento de Trabajo N° 1. PIETTE-CONICET, Bs. As., Marzo 1994.
- Coriat, Benjamin. Los Desafíos de la Competitividad: El Trabajo, Los Trabajadores y la Competitividad. Documento de Trabajo N° 2. PIETTE-CONICET, Marzo 1994.
- Coriat, B-Taddei, D. Made In France: Cómo enfrentar los desafíos de la competitividad industrial. Alianza Editorial, Madrid/Buenos Aires, 1995.
- Santantonio, S.-Tavilla, P. Flexibilización laboral, empleo y competitividad internacional: aportes para debatir el caso argentino. Informes de Becarios N° 1. PIETTE-CONICET, Enero 1995.
- Boyer, Robert. La Flexibilidad de Trabajo en Europa. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Madrid, 1987.
- Boyer, R.-Durand, J.P. LíAprÈs Fordisme. Ed. Syros. París, 1993.
- Azpiazu, D.-Nochteff, H. El Desarrollo Ausente. Tesis Grupo Editorial Norma S.A. Buenos Aires, 1994.
- Rifkin, Jeremy. El Fin del Trabajo. Paidós, Bs.As., 1996.
- Basualdo, Eduardo. El Impacto Económico y Social de las Privatizaciones. Realidad Económica N° 123, Bs. As., 1994.
- Azpiazu, D.-Basualdo, E.-Nochteff, H. Los límites de las Políticas Industriales en un periodo de reestructuración regresiva: el caso de la informática en Argentina. Desarrollo Económico-Revista de Ciencias Sociales. N° 118, Bs.As., 1990.
- Fontana, Beatriz. Flexibilidad Laboral y Desempleo en Argentina: El Fracaso de una Política o Un Ingrediente Necesario del Modelo Económico? Informe de Coyuntura del Centro de Estudios Bonaerense N° 69, Bs.As., 1997.
- Kosacoff, Bernardo. Estrategias empresariales en la transformación industrial argentina. Boletín Informativo Techint N° 288, Bs.As. 1996.
- Boscherini, rabio. La experiencia de los Distritos Industriales Italianos. Boletín Informativo Techint N° 288, Bs.As., 1996.
- Rocca, Roberto. La Industria en la Economía Argentina. Boletín Informativo Techint N° 287. Bs. As.-1996.
- Portnoy, S.-Castillo, J.-Lulo, J. Desarrollo de Proveedores y competitividad Industrial. Boletín Informativo Techint N° 287, Bs. As., 1996.
- Prensa Económica. Ranking de Exportadores, N° 222, 1997.
- O.I.T. El Empleo en el Mundo 1996-1997-Las Políticas Nacionales en la era de la Mundialización, Ginebra, 1997.
- D'Andrea Tyson, Laura. Una Sociedad Desigual. Clarín -Suplemento Económico- pág. 16, Bs. As. 27-7-97.
- Naishtat, Silvia. Nuevo Escenario Económico: El 5111 de las Ventas en manos de Multinacionales. Clarín, pág. 22, 25-6-1997.
- El presente trabajo es reproducción del publicado en "Contextos Revista Crítica de Derecho Social N° 2. Editores del Puerto, Bs.As. 1998.

**III. TRABAJO Y POLÍTICA
EN LA ARGENTINA DE FIN DE SIGLO**

LAS NUEVAS FORMAS DEL TRABAJO. LA IMAGEN Y EL TIEMPO EN LAS LUCHAS SOCIALES

Horacio González
Sociólogo

Estamos en un salón que seguramente nos llama la atención por sus virtudes arquitectónicas. Es la arquitectura de la generación del 80, aunque este edificio es un poco posterior.

Hay una pompa versallesca y al mismo tiempo está el movimiento obrero argentino.

No deja de ser una rara construcción cultural, y es un hecho que también invita a reflexionar. No sólo porque lo han construido, seguramente, albañiles italianos, españoles o criollos, argentinos y argentinos de la inmigración, sino porque también significa que hay un legado cultural, un legado de la técnica, que no es ocioso decir que debemos seguir interrogando.

Si podemos sentarnos cómodamente en este salón, podemos también recordar lo que significa la forma pomposa con que a través de la arquitectura, una generación dominante establecía su principio de predominio, o de influencias en el resto de la sociedad. Ese mismo problema se le plantea ahora al movimiento obrero y a los trabajadores argentinos.

¿Cuáles son sus formas culturales? ¿Cuáles son sus legados? ¿Cuáles son también las críticas que nos lleven a construir horizontes culturales, intelectuales, colectivos, artísticos, que presupongan una nueva intervención de los trabajadores en la escena histórica?

Esa es una cuestión que promueve nuestros debates, nuestras preocupaciones. Está asociada a todas nuestras luchas. Porque así como éstas son paredes sólidas, y aquí hay una arquitectura neoclásica de fuerte inspiración francesa, se revela hasta qué punto la Argentina de principios de siglo era también una Argentina que se universalizaba. Estamos en este Nacional Buenos Aires, que es uno de los corazones de la política argentina de todo el siglo. Lo saben bien los jóvenes estudiantes de esta casa de estudios.

Es una oportunidad propicia para preguntarnos por el destino del trabajo en relación a las obras de la cultura; en relación a las construcciones culturales; en relación a lo que hoy es la pregunta de los trabajadores respecto a qué es lo que hacen y qué visibilidad tiene lo que hacen, y qué destino tiene aquello que se dice que hacen, es decir, trabajar. Cuestiones que parecerían absurdas o fuera de lugar hace diez, quince años. Incluso hasta hace menos años. Todo el siglo XIX y el siglo XX fueron atravesados por la certeza de que el trabajo era el lugar a partir del cual había que comenzar a pensar a la sociedad, la crítica a la sociedad, sus tendencias artísticas, científicas, culturales.

¿Estamos en esa misma situación? No lo parece.

La idea del trabajo, la idea del trabajador tienen escasa visibilidad. Pero también hay luchas sociales, luchas más o menos remotas, que ocurren en cualquier lugar, pero digamos las que ocurren en la Argentina, las que ocurren más o menos lejanas de Buenos Aires, y también oscuras luchas que se desarrollan en esta ciudad por parte de trabajadores, que son muchos, mejor o peor organizados, son las luchas por reivindicaciones específicas, o simplemente para expresar una difusa disconformidad. Pero también es una lucha por decirse nuevamente trabajadores, por restituir nuevamente la idea del trabajo, y para convertirlo nuevamente en una identidad pública. Y sí, también por eso se lucha.

En el siglo XIX, también hubo luchas por la visibilidad del trabajo. Grandes obras teóricas de ese siglo trataron el tema. Y no de uno o dos pensadores aislados, aunque uno pueda señalarse por encima de los demás. Pero toda una escuela de pensamiento significó y precisó la idea del trabajo como el lugar donde se creaban valores, el lugar donde efectivamente se producía la crítica, el lugar donde se jugaba con el tiempo, donde se construía el tiempo colectivo en la sociedad.

Y precisamente una de las críticas más llamativas que se hacen en el siglo XIX a partir de la idea del trabajo, era aquella que señalaba que había un velo de ilusión a partir del acto del trabajo, a partir del cual éste no surgía a la visibilidad pública. Por el cual el producto del trabajo no parecía precisamente ser aquello a partir de lo cual se podía pensar el trabajador como sujeto, al acto en el cual el trabajador se empeñaba. Es decir, en una verdadera inversión de los términos con los cuales debía pensarse la cuestión del trabajo, los productos del trabajo parecían ser independientes de aquel que los había creado. Esa fue una magnífica crítica de gran influencia en el siglo XX, por la cual el siglo XIX señaló desde el punto de vista de las más rigurosas observaciones críticas que el acto de trabajo era también un acto que podía enmascararse, ocultarse. Era un acto que podía aparecer velado, oscurecido, precisamente por una trama densísima de dominación, por la cual el trabajo era el lugar donde se permitía la explotación, pero al mismo tiempo el lugar donde no había ninguna visibilidad, ningún discurso, ningún lenguaje. Que el trabajo tenía brazos pero no tenía lengua.

La restitución de la lengua al trabajo, la restitución del habla al trabajo fue motivo de luchas del siglo XX. Y en ese sentido se construyeron las grandes sociedades

industriales para las cuales el trabajo fue un eje central. Ese pensamiento de la gran crítica del siglo XIX al hecho de que el trabajo aparecía velado, se expresaba diciendo que “la forma de una mercancía parecía tener vida propia mientras se le restaba vida al obrero”. ¿Cuántas verdades de lucha alimentó este pensamiento? ¿Cuántos momentos de la tradición obrera en Argentina, en todo Occidente, también en Oriente, (porque el trabajo es el gran momento de pensamiento de la humanidad como un lugar donde se trabaja, se construyen obras y se lucha). Esos grandes pensamientos aparecieron precisamente para celebrar que el trabajo era el lugar donde se reapropia la raíz humana de los trabajadores porque el reconocimiento del trabajo como el lugar visible de la práctica social es el lugar en donde el hombre se hace hombre. Es el lugar donde la naturaleza, al mismo tiempo que se domina, es el lugar a partir del cual se debe pensar. A partir del cual la naturaleza da paso a la historia y la historia se reapropia de la naturaleza en términos también humanos, y a un estado de construcción de la sociedad en términos de libertad, de emancipación. ¿Cuántas luchas, cuántos trabajadores, cuántos dirigentes sindicales de la historia del movimiento obrero de este país se expresaron de ese modo? Es una historia muy compleja, es una historia a la cual debemos volver, porque los nuevos pensamientos surgen a condición de que encuentren sus raíces en una historia obrera en la Argentina con todas las tradiciones del movimiento obrero, absolutamente todas, y con sus grandes heroísmos, sus grandes martirologios, sus grandes luchas cotidianas.

La sociedad industrial del siglo XX pensó en resolver ese problema. El pleno empleo, el Estado de bienestar, Keynes. El trabajo parecía no ya ser el lugar de una invisibilidad que había que poner a luz esgrimiendo armas de la crítica, que son armas de la filosofía. Parecía que el trabajo, tenía un lugar efectivamente establecido, y bastaba llamar a los luchadores, bastaba organizar al movimiento obrero, bastaba tener política frente al Estado, bastaba definir adversarios, enemigos, bastaba definir burguesías, bastaba definir el producto social y sus formas infinitas de propiedad, y finalmente podía resumirse en la apropiación de los medios de producción en términos de justicia.

No son éstas las épocas donde esos pensamientos, bajo los cuales se atravesó buena parte de la historia de los movimientos sociales del siglo, estén hoy en nuestro horizonte de certezas.

Evidentemente algo ha pasado, que escapa a nuestra comprensión inmediata, algo ha pasado que exige de éstas y de muchos más debates como estos. Algo ha pasado que se ha quebrado muy profundamente, puesto que las sociedades industriales también dejan lugar a lo que hoy se llaman sociedades posindustriales, poslaborales. El prefijo pos es de algún modo mortal. Pero tenemos también que algo ha pasado, y tenemos que definir qué es lo nuevo que ha pasado.

Puesto que los modelos partidarios estaban también auspiciados por una interpretación de lo que era el trabajo, más la fuerte visibilidad que tenían las sociedades para declarar su sentido, eso también ha quedado bajo fuerte discusión.

La idea partidaria, una de las grandes ideas partidarias del siglo fue la idea de un partido centralizador, que se hacía, además, a semejanza de la centralización del tra-

bajo capitalista en la fábrica. Pueden leerse en ese sentido innumerables trabajos de Lenin. En el sentido precisamente de que la idea partidaria tenía el mismo centralismo que le permitía leer los acontecimientos vitales de la estructura capitalista.

En la Argentina, una estructura que tuvo amplia vigencia popular, fue la del “movimiento”. De algún modo, partía también de la fábrica, aunque la acompañaba con la idea de “ramas de actividad” y “ramas del movimiento”. El movimiento se dividía por ramas porque la sociedad se dividía en distintos ámbitos de vida, de sexualidad y de producción. De algún modo también la idea del movimiento con las críticas que podamos hacerle pertenece al mismo mundo histórico que la idea de partido. Era el mundo histórico de la sociedad industrial. Era el mundo histórico del Estado arbitral, era el mundo histórico de la construcción de otros Estados posibles donde la idea de solidaridad, de igualdad, de socialismo estuvieran en la raíz misma de la relación del trabajo con la política, con el Estado y con la sociedad.

No se puede decir que hoy estemos en un momento donde debemos pensar que todas esas ideas estén sufriendo apenas una parálisis momentánea, o un paréntesis del cual emergeremos nuevamente esgrimiendo la reiteración de aquellas ideas. Todos sospechamos que no debe ser así, al mismo tiempo que sospechamos que todas esas ideas son muy vastas, que han tenido muchos luchadores a su servicio. Hay fuertes herencias que hay recuperar, hay fuertes inspiraciones en las cuales basarse, y el deber de aquellos que se sientan inspirados en esas luchas, es el de revisar con nuevas lecturas lo que está pasando en un mundo donde la iniciativa técnica, la iniciativa científica, la iniciativa social, cada vez pertenecen menos al mundo del trabajo.

Precisamente porque también en las sociedades industriales un debate sumamente amplio consiste en preguntar: ¿qué hacer con la técnica? ¿cómo juzgar la técnica?

La socialdemocracia europea tuvo, y de algún modo la nueva socialdemocracia europea es heredera de una fuerte idea que la caracterizó durante todo el siglo, de que la técnica era el lugar apropiado para pensar la sociedad, y que el movimiento social, el movimiento obrero debía ser heredero de la técnica.

Esas ideas también se resquebrajaron. ¿Y ahora hasta qué punto es un debate en la socialdemocracia europea? Pero la idea de que la técnica era el lugar donde el movimiento debía asociarse, en los años 60, en las grandes rupturas de los años 60, evidenciaron que la idea de la técnica también merecía reflexión. Que la técnica no era necesariamente un lugar neutro. Que las sociedades podían dejar de ser sociedades industriales o de primer grado, y convertirse en sociedades de producción de conocimiento. Y la idea de producción y trabajo se derivaba, de algún modo hacia la idea del conocimiento. Las filosofías de la época, especialmente el estructuralismo, fueron filosofías que señalaban que el conocimiento era una estructura compleja de producción. Larguísimos debates podríamos hacer en relación a eso, porque al mismo tiempo se estaba rehabilitando la idea de trabajo material, la relación de la historia con la naturaleza.

Pero todas las teorías de la época, los grandes esfuerzos de reflexión de la época, señalaban que la técnica no era neutra, que el movimiento obrero no había hecho un

gran negocio al hacer la apología de la técnica, que había que pensar en términos de otras grandes expresiones de subjetividad. Son los momentos en que la política se vuelva a ser pensada a partir del eros. *Eros y Civilización* era un libro de la época. La misma obra de Habermas, señala la importancia del trabajo, pero junto a él viene la cultura, lo que llama “interacción”, las formas de comunicación. De algún modo, en los años 60 se puede decir que la idea del trabajo no había sucumbido, pero se la rodeaba, o se la desplazaba hacia ámbitos productivos nuevos. Ámbitos productivos que debían mostrar su legitimidad, pero que efectivamente indicaban que la ciencia y la técnica estaban en debate.

Esta situación hoy se ha aumentado, agravado. Esta situación hoy enlaza nuestra vida cotidiana y nuestras certezas políticas al mismo tiempo que las de los años 60 no resolvieron esa situación. Basta recordar cómo esta situación, que influyó fuertemente en todos los movimientos sociales y políticos de la época, desde la tradición nacional y popular, y la tradición de izquierda, todos lanzados a discutir las nuevas formas políticas, la idea de militante, la idea de una sociedad emancipada y con un democrático dominio de la técnica. O no con un dominio de la técnica. Todas esas ideas libertarias de los años 60 que también estuvieron presentes en el peronismo, no hay que olvidarlo, fueron de algún modo cerradas por ciertos discursos que volvieron a declarar a los dirigentes sindicales de la época, del aparato central de la dirigencia sindical de la época, como “sabios y prudentes”, sin que precisaran demostrarlo en las luchas y la reflexión.

Tenemos que reflexionar sobre ese momento histórico de la Argentina, cuya sombra está presente, en nosotros también. Cuando se dice eso de algún modo se estaba clausurando también en Argentina, una idea tradicionalista del trabajo, todo lo que el movimiento social argentino había avanzado en el sentido de seguir poniendo el trabajo en el centro de la política, y al mismo tiempo discutir qué técnica, qué es la técnica, qué ciencia, qué es la ciencia. Al decir que esos dirigentes sindicales eran sabios y prudentes, aun cuando la idea es valorable, de algún modo estaba cerrando la evolución que había hecho la sociedad argentina, y era una fuerte evolución que aún tenemos que seguir interrogando, porque a esa evolución crítica es necesario seguir protagonizándola. Porque hay que adquirir nuevas sabidurías, y ya es responsabilidad de los nuevos dirigentes sindicales.

Quiero hacer una breve referencia también a las arquitecturas del movimiento obrero argentino, que también las tenemos que observar con atención, porque en 1930 la CGT estaba en el edificio de la Unión Ferroviaria, en la calle Independencia y Dean Funes. Ese edificio es un edificio de la arquitectura racionalista de la época, fue un edificio muy moderno para la época, porque el gremio ferroviario era un gremio de avanzada, era el gremio de los socialistas, o de los anarcosindicalistas. Era el gremio que al mismo tiempo podía construir ese edificio que hoy está destartado, podía construir ese gran edificio sindical.

El otro edificio es el edificio oficial, del actual sindicalismo empresario. Es uno de los edificios de la memoria social argentina, y eso también es un gran desafío del

movimiento social y de los nuevos movimientos sociales argentinos, y especialmente de la CTA, porque también ese edificio está construido con una arquitectura blanca, ascética, racionalista. Quizá no era el edificio que en realidad convenía a la idea de que el movimiento social argentino no puede quedar preso a formas fijas. Es un edificio frío, el edificio mismo enfría las luchas sindicales. Ese edificio siempre destiló un hálito de burocracia.

Entonces, tenemos que señalar que son todos desafíos, para recolocar la idea del trabajo en el centro del debate actual.

En este momento, nos debe interesar la idea de vincular el trabajo a la idea de los medios de comunicación de masas. Evidentemente, las técnicas de información, son portadoras de nuevos conceptos que hay que examinar y revisar si es el caso: teleinformática, teletrónica, cibernética. Los que estudian estos temas ensayan distintas terminologías porque finalmente, se está discutiendo con ellos la idea misma del trabajo en las nuevas formas de tiempo, en nuevas formas de la temporalidad. Se escucha que un operador de bolsa en la Argentina se levanta a las 3 de la madrugada para saber lo que pasa en Tokio. Esa nueva idea de circulación también forja figuras nuevas: el piquetero, el fogonero, que surgen del movimiento social, pero que son construcciones que pueden quedar pulverizadas por el tratamiento que le dan los medios. Y esto hay que saberlo porque las luchas sociales, si no piensan los medios de comunicación, serán luchas sociales que serán pensadas por los medios de comunicación en los cuales se depositan en gran medida las nuevas formas de reproducción a través de finísimas simbologías que replantean la tradición y todos los procesos capitalistas conocidos. De modo tal que esos pensamientos también tienen que generar una nueva idea del trabajo y pensarla como una gran herencia, como este edificio que también es una herencia del movimiento social y cultural argentino. Tiene que ser pensada en términos, precisamente, de cómo las nuevas formas del trabajo permiten tomar las nuevas alianzas entre la imagen, el tiempo y las luchas sociales. Evidentemente tienen que ser fórmulas que deben ser incorporadas en el programa de los movimientos sociales, en el programa del movimiento obrero. Si no se hiciera de este modo el movimiento obrero no contendría su legado principal, su legado más importante. Y leer la novedad de los tiempos, recoger la herencia de las luchas y la novedad de los tiempos, decir precisamente que esos desafíos fueron aceptados, esa es también la tarea social y cultural de los trabajadores. Que las formas de justicia, las más radicales, eran posibles aún de ser protagonizadas.

La conciencia de que reiteran viejos momentos de lucha debe ser también el orgullo de los movimientos obreros. Entre el orgullo de la reiteración de un legado, y el desciframiento de los grandes jeroglíficos del mundo moderno está, quizá la aventura política, el desafío, que tenemos que protagonizar.

TRABAJO, EXCLUSIÓN Y POLÍTICA

Juan Villarreal

Sociólogo

Investigador de FLACSO

La iniciativa del Encuentro Nacional por un Nuevo Pensamiento es un aporte muy interesante. Intentar revertir una situación que en Argentina se viene viviendo desde hace años: de dificultad en remontar la pasividad, superar el “pensamiento único” que se hacía carne en nosotros, los argentinos.

Ese pensamiento neoliberal, esas concepciones individualistas, fragmentarias, que nos impedían muchas veces organizarnos, ir adelante, desarrollar organizaciones nuevas, y fundamentalmente “repensar” las cosas; pero repensarlas desde un pensamiento que no se desvincule de las prácticas concretas, de las luchas sociales de nuestro pueblo y de su perspectiva de futuro.

Lo que quiero subrayar es lo positivo que acá aparece, que tiene algunos elementos particularmente importantes, como el hecho de que no nos encontramos con una central de trabajadores argentinos al estilo tradicional. No nos encontramos con una CGT al estilo de los 50 ni de los 90. No se trata de esas organizaciones del trabajo corporativas, uniformes, que *restringían el ingreso* (a veces sin quererlo) y *la participación a otras formas de lucha*, a otros sujetos sociales; sectores, que pluralmente hoy, en la sociedad argentina están empezando a aparecer, a manifestarse en sus luchas, y que expresan nada más y nada menos que la punta del tímpano de una estructura social que ha cambiado, que sigue cambiando.

Que hoy no solamente tiene en su seno una columna vertebral analizable de estratificación social, que está también presente como conflicto de clases, y que se expresa en la lucha de los trabajadores, en las huelgas, en los conflictos diversos, y que tiene que ver con desigualdad, con la desigualdad socioeconómica; sino también hay otro plano que se combina con este anterior en el análisis de la sociedad argentina hoy, en la transición que estamos viviendo, que es el *plano de la exclusión social*.

Una fractura cualitativa más que cuantitativa. Que diferencia a los de abajo de los de afuera, a los trabajadores explotados de los desocupados que buscan la explotación

a la inclusión de la exclusión. Una fractura que para tratarla no alcanza con hacer referencia a la explotación, la desigualdad en la distribución del ingreso o a la desocupación solamente.

Tiene que ver con la desocupación, pero también con sectores que han sido apartados de la producción en activo, han sido excluidos de la sociedad económica. No han salido como producto de una crisis como la crisis del 30 y se han reintegrado a corto o a mediano plazo. Han salido de la sociedad y la producción para quedarse afuera. No producen, no deciden y por eso puede concebirse que tampoco voten: completando su condición de ser “los de afuera”.

No son “los de abajo”, como gran parte de la gente que está acá presente, como son los de CTERA o los estatales. Los de abajo en el sentido de trabajadores que están incluidos en el sistema social, pero están incluidos desde abajo, desde una situación de explotación. Estos otros están afuera del sistema social, casi luchan por ser explotados. Ni siquiera son explotados; “están afuera”, desocupados permanentes, villeros, mujeres, jóvenes, ancianos, homosexuales, indígenas, migrantes, inmigrantes, diversas situaciones cualitativas; “diversidades” que se están incorporando en la lucha, que están presentes en la sociedad argentina, y que debemos repensar las formas de articularlas.

Son “los de afuera”, con diversas cualidades e intensidades. Expresándose en nuevas organizaciones, cortes de ruta, estallidos.

De hecho, mucho se está haciendo, se habló de muchas de estas cosas, y prácticamente los desocupados están presentes, sectores sociales que no son estrictamente trabajadores. Y están presentes también, mujeres, jóvenes, una serie de sectores que la sociedad adulta, occidental, del varón dominante deja afuera.

Toda esa parte de la sociedad debemos recogerla. Claudio Lozano decía: “debemos recoger esa diversidad de grupos, de pensamiento, de organizaciones, revistas, etc., para hacer algo más plural y complejo, que incluya la diversidad de la sociedad fragmentaria en que nos han constituido”. Es ahí donde debemos ir pensando en términos de pensamiento y de acción, en términos de teoría y de práctica. Debemos apuntar a *recoger estas diversidades también en la práctica*. Abandonar lo homogeneizante, esa idea de sociedad homogénea, que en un sentido era positiva, pero en otro sentido también implicaba aspectos de control social, limitantes en cuanto a recoger reivindicaciones de ciertos grupos sociales cualitativamente distintos. Fortalecer la solidaridad, pero respetando y articulando las diferencias.

No se trata de abandonar el sentido de unión y solidaridad, tampoco de dejar de pensar en recomponer el tejido social articulador de los sectores populares: si de pensar en la equidad, el respeto a los pluralismos y la reconstitución de una utopía que rescate la justicia social sin apresurarnos en la definición de hegemonías sociales homogeneizantes.

Esta pluralidad de distintos –escasamente concebible en la Argentina de los 70, de los sindicatos corporativos y de la escasa tolerancia a la diferencia– presentaba una potencialidad transformadora. También, la fuerza de la actividad integrada del asalariado

do y la clase obrera de los 70 puesto en movimiento; como un río libre de trabas pero definible a priori.

Si habitualmente habíamos pensado la dinámica social en términos de enfrentamiento de clases, de *dialéctica de opuestos* –en los marcos de Hegel y Marx–; hoy los cambios en la estructura y conciencia sociales nos llevan a referirnos a fragmentaciones diversas (sintetizables a posteriori), individuaciones y heterogeneidad social, que nos inducen a adicionar una *dialéctica de distintos* –referible a Croce y Gramsci– que, quizás, remite a conflicto de trabajo, obreros, proletarios; pero también a diversidades variables: de sexo, edad, origen, raza, cultura, etcétera.

Diferenciaciones cualitativas que generan reivindicaciones heterogéneas y no facilitan la articulación integradora de la secuencia clase obrera, sindicato, partido. Que piensan más en el accionar múltiple del sector social que en los poderes excluyentes –basándose en Keynes– de Estado y mercado.

En otro plano, el debilitamiento social del trabajo, la producción enraizada y la valorización cultural de lo laboral en la sociedad, altera las razones de nuestra racionalidad.

Nuestra época social de “transición” hace que se interpenetren estratificación y exclusión, explotación y segregación, en una combinación de conflictos que dan cuenta de una dinámica más compleja. En la que las vinculaciones de contrarios/distintos –con una tendencia a largo plazo hacia el reemplazo del hombre por la máquina, en los marcos de una productividad y automatización progresivas, nos hablan de un replanteo del mundo del trabajo–, nos hacen pensar que la estratificación socioeconómica ya no está sola. Lo sociocultural pesa cada vez más en los múltiples agrupamientos de los excluidos.

Aquí, entonces, deberemos pensar en la reformulación de las organizaciones sociales, las formas de lucha y los sindicatos. Valorando en mayor medida la “diferencia” y dejando de absolutizar el papel del trabajo como eje de organización, lucha, reivindicaciones.

Sumando con sabiduría, no restando nada de lo que nos es dado por la historia. Pensando –y actuando consecuentemente– que todos los seres humanos (y los naturales) tenemos derecho a vivir dignamente en este mundo. Sin cercas privadas, ni hambre, ni confinamiento. Trabajando en empleos asalariados diversos de tipo capitalista, en otros empleos que también implicarán apropiación de “excedente”, buscando como desocupados casi excluidos alguien que los explote, realizando actividades marginales no propiamente económico/capitalistas (tales como granjas comunitarias, trueque, cirujeo, o limosna) y en el fondo de la bolsa (pero tal vez no con la bolsa más pequeña), desarrollando tareas “transgresoras” que se desarrollan en los márgenes superiores e inferiores de la sociedad. Que no es la que imaginaron Calvino, Lutero, Zwinglio o Wesley. Al menos en lo manifiesto. Porque la salvación no pasa por el trabajo y la acumulación, sino por otros caminos.

En este marco de constante cambio, los trabajadores de la CTA y sus diferentes organizaciones podrán/deberán hacer un esfuerzo por contener, darle desembocadu-

ra, incluir sin indiferenciar, a las distintas formas de pensamiento, cultura de vida y acción social que la sociedad está generando. Si huelgas y solidaridad sindical, también protestas villeras y cortes de ruta. Tratar de ser una de *las bisagras que unirán la fractura*.

Porque hoy, en relación a la Argentina escasamente latinoamericanizada de antes, al lado del militante sindical cada vez más se ubica codo a codo (y no sin contradicciones), el “piquetero”, el “fogonero”, el “visitante” de los supermercados. Porque la heterogeneidad latinoamericana ya está en nosotros.

Todo esto nos induce a repensar cosas, a formular quehaceres y esta es la tarea a la que nos convocan los Encuentros para un Nuevo Pensamiento. Porque “en el principio era el verbo”; pero éste implica hacer y decir. También mirar los cambios de la realidad. *Verlos con una perspectiva nueva* y aportar a un futuro que todos estamos construyendo. Teniendo en cuenta que tenemos derecho a la “igualdad” de ingresos entre los que percibimos ingresos y aun más: a la “inclusión” y dignidad de todos los seres humanos.

Quizás en todo lo que hemos señalado, parezca introducirse subrepticamente *otro espíritu* –que no es el de las luchas históricas de nuestros trabajadores en este siglo, con su anarquismo, socialismo, peronismo, etc.– que actúa y piensa. Ruptura liberal, posmoderna, nihilista. Pero no es ese el sentido de nuestro mensaje: queremos rescatar el “espíritu” del Cristianismo original, de Marx, Keynes y sobre todo las marcas de la lucha obrera en la historia; tal vez no parte de su “letra”, porque constatamos que la sociedad, el trabajo y las luchas han cambiado. *Por lo que debemos prepararnos para pensar lo nuevo. Para pensar y hacer lo que antes estaba sin estar.*

LA CULTURA DE LA MORTIFICACIÓN UNA FORMA DE LA PSICOPATOLOGÍA SOCIAL

Fernando O. Ulloa

Psicoanalista

La Cultura de la Mortificación (CM) es una idea que da cuenta de las distintas formas de psicopatología institucional y social. Inspirada en las que Freud describiera, al comienzo de su práctica, como Neurosis actuales, se precisó luego su perfil en el Síndrome de Violentación Institucional (SIV) y en la Encerrona Trágica, cuya frecuencia en los numerosos ámbitos de la cultura institucional hace de ella una suerte de virus epidemiológico causante de mortificación.

En el empobrecimiento subjetivo que constituye el rasgo mayor de la CM, la valentía deja paso a la resignación acobardada, se produce una merma del accionar crítico y en especial del autocrítico, la queja no se recibe de protesta y la infracción nunca llega a cobrar valor de transgresión. Además, la referencia a la muerte y lo mortecino afecta al cuerpo, que se muestra agobiado por la fatiga, cercano al viejo cuadro clínico de la neurastenia.

En cuanto al SIV, los síntomas que vienen a integrarlo son, en primer lugar, una tendencia a la fragmentación en el entendimiento, tanto en el nivel administrativo como en el conceptual. Se constituye así un desierto de oídos sordos, con sus respectivos predicadores, que conspira contra toda posibilidad de acompañamiento solidario.

En esta comunidad de individuos cada vez más aislados de la realidad contextual y con un enajenamiento paulatinamente mayor, reina el empobrecimiento propio de la alienación. Se suma a ella, como tercer síntoma que completa el síndrome, el desadueñamiento del propio cuerpo. En sus diversos grados, éste parece relacionarse con la falta de especularidad comunicacional y la merma de estímulos libidinales, efecto de la enajenación. Desadueñamiento que concierne tanto al placer como a la acción y que da cuenta de las abundantes patologías asténicas propias de la mortificación.

Un mecanismo prevaleciente en todos estos cuadros es el que el psicoanálisis define como renegación; mecanismo que implica, en primer término, un repudio que impide advertir las condiciones contextuales en las que se vive, por ejemplo, el clima de

hostilidad intimidatoria. Este repudio se refuerza al negar que se está negando, de modo que a la fragmentación del espacio de comunicación, se suma la del aparato psíquico de los individuos. En su doble vuelta, la renegación constituye con certeza una amputación del pensamiento.

La Encerrona Trágica, por su parte, es un concepto que extraje de mi quehacer en el campo de los derechos humanos, principalmente referido a la tortura como situación límite. En ella, la víctima está a merced de algo que rechaza con todas sus fuerzas, circunstancia que se da cada vez que alguien depende para vivir de algo o alguien que lo maltrata o simplemente lo “distrata”, negándolo como sujeto. No hay allí sino dos lugares: dominado y dominador; marginado y marginador, sin tercero que represente la ley.

Pero sin llegar a estos extremos, incluso bastante alejado de ellos, es frecuente que en una comunidad institucional, mortificada y acallada tras los muros de la resignación, surjan algunos momentos expresivos de las distintas formas de la tragedia y su efecto siniestro, oprimiendo a quienes viven familiar y cotidianamente con esta intimidad hostil, hecha remedo de cultura “normalizada”.

La calidad siniestra depende de ese accionar renegador, mediante el cual los afectados terminan secreteando para sí la situación negativa en la que conviven.

Sólo una actividad crítica constante puede revertir la doble vuelta de la renegación en la que se funda el malestar quejoso propio de la CM. Se trata de establecer una doble vuelta distinta, ahora denegación positiva que se niega a aceptar todo aquello que niega (repudia) las verdaderas causas de ese malestar.

Esta doble negación positiva configura una revalorización moderna de la utopía, que así considerada, casi en el sentido de ahora o nunca, algo propio de la denuncia, no hace de la utopía memoria del mañana o de los tiempos míticos del consuelo, sino propósito con tónica actual. En este sentido, resulta una actividad crítica promotora de crisis.

LLENAR LAS CALLES POR MÁS DIGNIDAD

Oswaldo Bayer

Historiador y periodista

Enhorabuena este Encuentro por el Nuevo Pensamiento. Era hora. En la última década hemos tenido tiempo no sólo de analizar lo ocurrido después de la Caída del Muro sino también los efectos de la desatada globalización. Los hechos nos enseñaron que “así, no” del pasado, pero también el “esto, tampoco”, del presente. Para encontrar una nueva fórmula de los hombres y mujeres de buena voluntad sabemos que estamos al comienzo del largo camino por el desierto. Pero también, que en el desierto hay oasis y horizontes azules y finalmente verdes, no ya de la mera esperanza sino del suelo fructífero.

Les pido que me permitan una pequeña reflexión acerca de un hecho vivido hace poco. Fue el homenaje que se le hizo en un pueblito de la Patagonia –de unos 160 habitantes– a un gaucho entrerriano fusilado hace setentisiete años. Me refiero a don José Font, llamado “Facón Grande”, héroe de las huelgas patagónicas de la segunda década de este siglo. Movimiento de protesta llevado a cabo por gente que no tenía absolutamente ninguna experiencia sindical, muchos de ellos analfabetos, pero con un sentido enorme de la justicia y de la dignidad. Facón Grande fue un ejemplo de altruismo, porque él no era peón rural sino un pequeño propietario de chatas pero que salió en representación de las peonadas por pedido expreso de estas, porque le tenían confianza. El aceptó y murió fusilado por el Ejército Argentino.

Como decíamos, casi ochenta años después, el pequeñísimo pueblito de Jaramillo lo eligió su héroe, le levantó su monumento en medio del desierto. Y la población cambió el nombre a la calle principal que por supuesto se llamaba General Roca, como en todos los pueblos y ciudades del sur, y se la bautizó “Facón Grande”. Realmente todo un símbolo. Esta iniciativa fue tomada de común acuerdo sin esperar permisos ni resoluciones de burócratas o mandamases.

Es decir, los ejemplos no faltan. En Jaramillo no fue aceptado el “Fin de la Historia” ni el cinismo posmodernista. Se aplicaron las pautas del coraje civil, de la

acción democrática mancomunada, del más profundo sentido de la dignidad. Aún en el desierto, en la pobreza, con el protagonismo de todos.

Porque no todo ha sido derrota. Por ejemplo, cuántas batallas tan difíciles se han ido ganando en los derechos humanos. Se hicieron mil reuniones, se caminaron centenares de kilómetros en las manifestaciones, las gargantas cantaron mil estribillos contra los verdugos. Y en esto no se ha requerido color político, la gente se ha juntado y ha salido a la calle por un principio de solidaridad, de abnegada generosidad. Y así como los habitantes patagónicos de aquel solitario pueblito de Jaramillo, también los habitantes de Quilmes le cambiaron el nombre a la calle Magallanes y le pusieron el de una muchacha desaparecida que embarazada dio a luz bajo la mirada bestial del médico Bergez, quien después de quitarle al recién nacido la hizo desaparecer. Justamente en esa calle Magallanes vive el torturador Bergez. Los pobladores se lastimaron las manos de tanto aplaudir. ¡Qué hermoso símbolo de la lucha humana por la virtud y la ética! ¡Qué derrota total de los étnicos y los desmemoriados!

Por eso en los nuevos Encuentros del Nuevo Pensamiento debemos juntar instituciones del tercer sector, organizaciones ecológicas, los organismos de derechos humanos, etc., pero también las cátedras de derechos humanos universitarias que han ido abriéndose una a una desde la capital a todo el interior. Y también las cátedras libres de Extensión Universitaria que se crearon con mucho sacrificio, con la lucha continua de estudiantes, docentes y no docentes.

Y en los futuros Encuentros del Nuevo Pensamiento debe constar una actividad fundamental: el apoyo a la enseñanza de los derechos humanos. Debemos apoyar a los que luchan por el respeto a la vida y por una nueva sociedad. Y en este espacio tienen una importancia invaluable los docentes. Empezar por enseñar a los alumnos no quién ganó o perdió tal batalla sino hablar de la lucha de los derechos de la gente, de la historia de las conquistas sociales, hablar de todas las conquistas épicas que se llevaron a cabo por las ocho horas de trabajo, por ejemplo, aquel sueño de los Mártires de Chicago. Que pedían las ocho horas no para trabajar menos sino para tener tiempo para vivir, el derecho al ocio, ese sagrado derecho que debe pertenecer al ser humano para gozar de la cultura, de la naturaleza, del juego con los hijos, del derecho al amor.

Tenemos que movilizar el pensamiento altruista. Poner en la calle el deber de la solidaridad. Volver a sentirnos compañeros de la gente, como aquellos setenta mil obreros que el 1° de Mayo de 1902 en una Buenos Aires casi aldea llenaron las calles con sus voces y su presencia en el ansia por vivir en una sociedad más digna.

NO HAY LUCHA SIN UN PENSAMIENTO QUE LA PROYECTE

Víctor De Gennaro
Secretario General de la CTA

Estoy feliz de poder contar con la presencia de todos ustedes un domingo a la mañana. Esto confirma lo que fuimos sintiendo a lo largo del año: estamos viviendo un nuevo tiempo y este encuentro es una de sus manifestaciones. Y porque vivimos este nuevo tiempo podemos reconocer las dificultades que dejamos atrás.

Porque este nuevo tiempo no nos lo regaló nadie; lo estamos pariendo entre todos. Acá están Cutral-Co, Tartagal, Cruz del Eje, los cinco paros nacionales, la carpa docente, el apagón, el cachetazo electoral del 26 de octubre, las luchas de los trabajadores de estos años.

ROMPER EL “UNICATO DEL PENSAMIENTO” PARA DISCUTIR SIN TEMOR UNA ESTRATEGIA DE PODER

Debemos partir de esta actitud, aunque a veces nos cueste: el argumento de que este modelo es bueno ya no convence. Pasó el tiempo en que hasta nuestros propios compañeros –algunos por desesperanza, porque “cayó el campo socialista”, “el mundo cambió”, y otros por esperanza– creyeron en el “pensamiento único”. Hoy es evidente que este modelo no nos da la solución. Cuando, por ejemplo, decíamos que el retiro voluntario era pan para hoy y hambre para mañana y que no había que aceptarlo, algunos compañeros opinaban que era la alternativa individual. Hoy ya no pueden usar esa fórmula tan fácilmente como en el período anterior.

La ideología del enemigo, que penetró en nosotros, no está sólo afuera. Deambula por todas nuestras organizaciones, en nuestros militantes y en nosotros mismos. Deambula el terror, que nos caló los huesos; porque también es cierto que no llegamos a esto por convencimiento: el enemigo impuso su ideología a sangre y fuego.

¿Cómo no va a haber en este parto del nuevo tiempo, en esta discusión de un nuevo pensamiento, temor a plantear lo que uno piensa? Si en la Argentina explicitar el deseo, el sueño, explicitar una estrategia de poder significaba la muerte. Discutir un nuevo pensamiento no es poca cosa: significa enfrentar a quienes concentran el poder como nunca antes; significa enfrentarnos a nosotros mismos, a cada uno de nosotros, y ser capaces de volver a creer que vale la pena apostar, con la voluntad organizada a un sueño colectivo que a veces se lleva nuestras vidas.

Pero vuelvo a decir que si queremos ser protagonistas, recuperar el trabajo, hacer política, ser poder en nuestro país no lo hacemos desde una perspectiva individual sino para volver a construir la felicidad en nuestro país, para gozar como alguna vez soñamos que era posible.

Esto implica aceptar el desafío de saber en qué nos metieron: muchas veces caemos en planteos del “pensamiento único”, quedamos presos del “unicato” que tanto nos limita. Porque es tanto lo que uno tiene que explicar que aparece la tentación de encontrar una cosa única que, autoritariamente, por decreto, pueda explicar transversalmente desde lo individual hasta lo universal. Y este es el modo en que ellos explican la realidad, de manera “global”. Y nos encontramos entonces hablando de “la gente”, de las cosas globalizadas y entramos en la perspectiva de este “unicato” del pensamiento según la cual el que tiene más poder es capaz de explicar mejor la realidad y subordinarnos con mayor capacidad. Así, los que tenemos menos poder no podemos empezar a discutir nuestra perspectiva. Es la teoría del “cero o cien”: o nadie lucha, o tenemos que tomar el poder que tienen ellos; si no, es imposible. Hay que tener un cargo nacional o no se puede hacer nada; y así se pierde la oportunidad de ver lo que realmente ocurre.

Hay millones y millones, no sólo de argentinos, de compatriotas de este mundo, que están peleando para marcar también este nuevo tiempo, que no es sólo nuestro. Es también el “unicato” el que nos lleva a decir “los sindicalistas”, “los políticos”, “los intelectuales” y creo que hay que empezar a hablar del verdadero enemigo: los sindicalistas, los políticos y los intelectuales del enemigo. Hay que ser generosos para romper este “unicato” que nos impide ver a los sindicalistas, políticos e intelectuales de nuestro pueblo, que no nos deja pensar y ver nuestro poder para empezar a transitar un tiempo distinto.

Me siento orgulloso de estar acá y quiero reconocer que no hay lucha sindical, no hay lucha reivindicativa, si no hay atrás un pensamiento que la proyecte; no puede haber acción sin pensamiento. Es una dicotomía falsa y por eso quiero saludar a los intelectuales, pero no a los intelectuales en abstracto, sino a los que estuvieron acá, a los que con nosotros forjaron este encuentro y con nosotros trabajan para parir este nuevo tiempo.

Romper con el “unicato” del pensamiento y empezar a ser conscientes de nuestro propio poder es lo que nos puede llevar a discutir sin temor una estrategia.

HAY QUE HABLAR DE LO QUE NO QUIEREN QUE HABLEMOS

Ayer, cuando se discutía acerca del poder -discusión que a mí me gusta mucho- oí algo que decíamos en la década del 70: “tomar el poder”. Como si el poder estuviera en algún lado y “porque somos una fuerza organizada”, una “patrulla viva y hábil”, o porque “alguien se lo olvidó” pudiésemos tomarlo y alcanzar la felicidad. Parece que la cosa es más concreta y que quienes tienen capacidad para hacer lo que ellos quieren no están dispuestos a regalarla. En última instancia, el poder es esa construcción colectiva que nos permite hacer lo que se puede y se debe hacer. Una construcción colectiva que nos contiene y nos necesita a todos. Necesitamos muchos más, y seguramente hay muchos más que no están acá; por eso hay que abrir el debate, llevarlo a fondo y reconocer los valores que cada uno tiene.

Pero, ¿qué es abrir el debate? El “unicato” del pensamiento lleva a algunos compañeros a creer que se puede cambiar el “pensamiento único malo” por un “pensamiento único bueno”. Y al pensamiento único del enemigo no se lo derrota con otro pensamiento único: se lo derrota con el libre debate de las ideas que está fluyendo entre nosotros; capaz de hacernos sentir orgullosos de nuestras raíces, de nuestras identidades. Se lo derrota con esta riqueza que a veces tenemos temor de enfrentar porque de “eso” -que no es otra cosa que lo nuestro- “no hay que hablar”. Porque hablar de lo nuestro, de nuestro pasado, es doloroso; no sólo por lo que nos sucedió, sino porque significa ver nuestras debilidades -que es lo que casi siempre priorizamos y nos atemoriza- y nuestras fortalezas. Enfrentar el desafío de construir el nuevo tiempo, la nueva sociedad, significa hablar de lo que no quieren que hablemos.

Quiero poner un ejemplo concreto. Tuvimos, en marzo de este año, la gran suerte de estar frente al juez Baltazar Garzón, con Víctor Mendibil, Marta Maffei, Juan Carlos Camaño, Alberto Morlachetti y Alberto Piccinini, representando por primera vez a una central de trabajadores que dejó de preocuparse por si hay que cambiar la C.G.T., y comenzó su propia construcción. Estuvimos con el juez Garzón y le pudimos llevar 5.000 folios sobre lo que habían significado el genocidio y el terrorismo de Estado en la Argentina. Pudimos demostrar allí que el 67% de los compañeros detenidos-desaparecidos eran trabajadores; que hubo más de 90.000 torturados, presos puestos a disposición del Poder Ejecutivo; que hubo medio millón de compañeros activistas, delegados, dirigentes sindicales despedidos de sus trabajos. Pudimos demostrar que los genocidas no fueron unos locos a los que les gustaba la represión sino que tenían detrás a los grupos económicos que financiaron y ejecutaron ese proyecto que además de económico era político, social, sindical y cultural.

De esto no quieren que hablemos, y de esto nos cuesta a nosotros mismos hablar. Por eso, en un momento le dijimos al juez Garzón que había abierto una puerta a la esperanza pero también al dolor. Conseguir todos estos datos, reconstruirlos, fue hacer consciente lo que significó ese genocidio y ese terrorismo de Estado planificado, no sólo para ese millón de víctimas directas, sino para la vida cotidiana de todo nuestro pueblo. Fue enfrentar nuevamente el terror, pero además, ser conscientes del dolor; y

no puedo negar que lloramos frente a él cuando fuimos conscientes de esto. A veces uno tiene dudas sobre si puede volver a ser feliz con esta carga, con estos compañeros, con esta historia, y pudimos decirlo con toda claridad porque, además de llevar esto, pudimos llevarnos ante el juez Garzón a nosotros mismos. Porque mientras ocurría el genocidio, durante el terrorismo de Estado, también hubo luchas y paros: en el '76, en el '77, en el '78, en el '79, en el '80, en el '81, en el '82, en el '83. Fuimos con el brazo de los trabajadores organizados, los que peleamos por recuperar la democracia. Fuimos a mostrarle al juez Garzón, y a quien quisiera escuchar y abrir su cabeza y su corazón, que en la Argentina podrá haber dirigentes sindicales traidores que se "olvidaron" de decir en el Juicio a las Juntas que había desaparecidos en nuestro país, pero que hubo y hay una clase trabajadora que ha luchado. Para ser claro y concreto, no hay olvido ni perdón para estos genocidas y los responsables que los han financiado.

COMENZAMOS A EXCAVAR EN NOSOTROS MISMOS

¿Cómo no estar felices si hemos empezado a hablar de lo que no se habla: de nuestra propia conciencia y de nuestro propio poder?

En el Congreso del Luna Park dijimos que necesitábamos a nuestros intelectuales y a nuestros artistas para que nos ayudaran a abrir nuestra cabeza y nuestro corazón. Ayer Tito Cossa decía algo muy especial: que los artistas hablan al inconsciente colectivo, lo que nos cuesta. Nuestro aporte desde la CTA fue haber dejado de echarle la culpa a otros de lo que nosotros no podíamos hacer. Nuestro aporte como trabajadores va a ser invitarlos a que vivan con nosotros, a que nos acompañen con toda su fuerza de cuestionadores, de artistas el 28 y 29 de mayo del año que viene al Congreso de la CTA en Mar del Plata. Ese día, cuando se cumpla el 30° Aniversario del Cordobazo (lucha que nos parió como tantas otras) más de 7 mil delegados de los trabajadores van a decir qué Argentina queremos, que no es la que nos quieren vender, sino la que estamos dispuestos a construir.

Termino con alegría; lo más difícil en este tiempo fue entender que el poder no es una fotografía sino un proceso: este encuentro es muchos encuentros; vamos reconociéndonos, reconstruyendo el tejido de nuestro propio poder, que no nos alcanza para cambiarlo todo pero que tampoco es tan poco como para quedarnos sólo en la resistencia. Resistir ha sido esencial en el peor momento, pero hoy además de reaccionar, hay que crear.

Los otros días estuve en General Rodríguez. Estaban en plena lucha contra La Serenísima. La lucha era, justamente, porque habían despedido a cinco compañeros que propusieron hacer un sindicato. En un lugar en el que se conoce a todos los trabajadores –allí no sólo se es dueño de la fábrica, se es dueño del pueblo, del intendente, de algunos concejales, de algunos periodistas, de algunos dirigentes–, es difícil explicitar el deseo y la estrategia. Y, sin embargo, el resto de los trabajadores enfrentaba a

La Serenísima. Cuando más tarde estuve dando una charla sobre estas contradicciones con las que debemos enfrentarnos a diario, los compañeros de la CTA de General Rodríguez me regalaron un libro de poesías de Mario Benedetti. Leí la primera poesía que se llamaba Rastro y que, además de plantear que hay que ser capaces de luchar, de resistir, decía algo así: “Un país lejano puede estar cerca/puede quedar a la vuelta del espacio/ pero también puede irse despacio/y hasta borrar sus huellas/En ese caso no hay que rastrearlo/ni con perros de caza/ni con radares/La única forma aceptable/es excavar en uno mismo/hasta encontrar el mapa. Seamos capaces, compañeras y compañeros, de excavar en serio en nosotros, volver a recuperar esa alegría que nos permitió acompañar las utopías de las que no nos arrepentimos y, en serio, construyamos con voluntad de poder la fuerza para transformar la realidad.

ESTE DOCUMENTO FUE DESCARGADO DESDE:



<http://www.bibliotecacta.org.ar>

Biblioteca CTA

especializada en Historia del Movimiento Obrero de Argentina

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN

Archivo de la Central

La Biblioteca CTA fue creada el 17 de diciembre de 2004 como parte de la apuesta estratégica que hace la Central de I@s Trabajadores de la República Argentina, en la disputa de sentido para transformar nuestra sociedad; de cómo leer y releer los hechos y acontecimientos de la Historia, a la luz de nuestro protagonismo en los movimientos sociales y nuestra identidad de clase. Su misión es dar cuenta de la existencia del patrimonio histórico, político y cultural, a través de la preservación-difusión documental de la memoria colectiva e institucional y del desarrollo de la red documental. Estamos trabajando para que la biblioteca esté disponible y accesible para la consulta física y digital, a través de ambientes que garanticen el acceso universal.

CTA - Central de Trabajadores de la Argentina

Av. Independencia 766 - C1099AAT - CABA - Argentina -5411-4361-3140/22592/2421 int. 122 - E-Mail: biblioteca@cta.org.ar